

JUAN DE  
GOYENECHE  
Y EL TRIUNFO  
DE LOS NAVARROS  
EN LA MONARQUÍA  
HISPÁNICA DEL  
SIGLO XVIII







JUAN DE  
GOYENECHE  
Y EL TRIUNFO  
DE LOS NAVARROS  
EN LA MONARQUÍA  
HISPÁNICA DEL  
SIGLO XVIII

FUNDACIÓN CAJA NAVARRA





JUAN DE  
GOYENECHE  
Y EL TRIUNFO  
DE LOS NAVARROS  
EN LA MONARQUÍA  
HISPÁNICA DEL  
SIGLO XVIII

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES  
DE SAN FERNANDO, MADRID  
OCTUBRE - NOVIEMBRE DE 2005  
MONASTERIO DE AGUSTINAS  
RECOLETAS, PAMPLONA  
DICIEMBRE DE 2005 - ENERO DE 2006





## CAJA NAVARRA

**PRESIDENTE**  
MIGUEL SANZ SESMA

**DIRECTOR GENERAL**  
ENRIQUE GOÑI BELTRÁN  
DE GARIZURIETA

**DIRECTOR FUNDACIÓN  
CAJA NAVARRA**  
DÁMASO MUNARRIZ DIEZ  
DE ULZURRUN

## EXPOSICIÓN

**COMISARIOS**  
M.ª CONCEPCIÓN GARCÍA GAÍNZA  
RICARDO FERNÁNDEZ GRACIA

**COORDINADORA**  
PILAR ANDUEZA UNANUA

**DISEÑO Y DIRECCIÓN DE  
MONTAJE**  
ESTUDIO DE DISEÑO E.G. S.L.

**ARQUITECTO-DIRECTOR**  
EMANUELA GAMBINI  
CON LA COLABORACIÓN DE  
ALMUDENA PALANCA BARROSO

**MONTAJE**  
MANUEL PÉREZ CAZORLA  
ALEJANDRO SEGOVIA DÍAZ  
JOSÉ BLAS DEL MAZO

**RESTAURACIÓN**  
LA CATEDRAL. CONSERVACIÓN Y  
SERVICIOS PARA EL PATRIMONIO

**TRANSPORTE**  
LA CATEDRAL. CONSERVACIÓN Y  
SERVICIOS PARA EL PATRIMONIO

## REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

**DIRECTOR**  
RAMÓN GONZÁLEZ DE AMEZUA

**VICEDIRECTOR-TESORERO**  
PEDRO NAVASCUÉS PALACIO

**SECRETARIO GENERAL**  
ANTONIO IGLESIAS ÁLVAREZ

**DELEGADO DEL MUSEO**  
VÍCTOR NIETO ALCAIDE

**CONSERVADORA**  
MERCEDES GONZÁLEZ DE  
AMEZUA

**COORDINACIÓN**  
PEDRO PÉREZ MIGUEL  
ROSA MARÍA RECIO AGUADO  
BEATRIZ BARCHINO CANO

## CATÁLOGO

**EDITA**  
FUNDACIÓN CAJA NAVARRA

**DISEÑO Y MAQUETACIÓN**  
BERMEJO COMUNICACIÓN

**FOTOGRAFÍA**  
LARRIÓN-PIMOULIER  
JUAN LAMERINAS  
RAÚL FIJO  
MUSEO SOUMAYA  
JAVIER HINOJOSA  
REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES  
DE SAN FERNANDO

**IMPRESIÓN**  
I. G. CASTUERA S.A.

**COPYRIGHT DE LOS TEXTOS**  
FUNDACIÓN CAJA NAVARRA  
Y LOS AUTORES

**COPYRIGHT DE LAS FOTOGRAFÍAS**  
FUNDACIÓN CAJA NAVARRA  
Y LARRIÓN & PIMOULIER

**CUBIERTA**  
DETALLE DE LA CORONA DE LA  
VIRGEN DEL SAGRARIO (1736)

**ISBN**  
84-96506-05-3

**DEPÓSITO LEGAL**  
NA-2654-2005





## AUTORES DE LOS TEXTOS

ALFREDO  
FLORISTÁN IMIZCOZ

JOSÉ MARÍA  
IMIZCOZ BEUNZA

ANTONIO  
BONET CORREA

CONCEPCIÓN  
GARCÍA GAÍNZA

RICARDO  
FERNÁNDEZ GRACIA

RAFAEL  
TORRES SÁNCHEZ

AGUSTÍN  
GONZÁLEZ ENCISO

## AUTORES DE FICHAS CATALOGRÁFICAS

A.A.P.  
ALICIA ANDUEZA PÉREZ

A.O.S.  
ASUNCIÓN ORBE SIVATTE

C.H.M.  
CARMEN HEREDIA MORENO

C.J.S.  
CARMEN JUSUÉ SIMONENA

C.M.G.H.O.  
CARLOS MARÍA GONZÁLEZ  
DE HEREDIA OÑATE

E.M.S.  
EDUARDO MORALES SOLCHAGA

E.V.  
ELISA VARGASLUGO

F.M.P.N.  
FAUSTINO MENÉNDEZ-MIDAL  
DE NAVASCUÉS

I.M.V.  
IGNACIO MIGUÉLIZ VALCARLOS

F.G.L.I.  
FRANCISCO JAVIER  
DE LIZARZA INDA

J.J.A.L.  
JOSÉ JAVIER AZANZA LÓPEZ

J.L.E.L.  
JOSÉ LUCINIO  
FERNÁNDEZ LÓPEZ

J.L.M.M.  
JOSÉ LUIS MOLINS MUGUETA

J.M.U.G.  
JESÚS MARÍA USUNÁRIZ GARAYOA

J.U.F.  
JESÚS URREA FERNÁNDEZ

L.A.M.  
LETIZIA ARBETETA MIRA

L.J.F.  
LUIS JAVIER FORTÚN

M.C.G.G.M.  
CONCEPCIÓN GARCÍA GAÍNZA

## AGRADECIMIENTOS

LA ORGANIZACIÓN  
DE ESTA EXPOSICIÓN  
AGRADECE A CUANTAS  
PERSONAS E INSTITUCIONES HAN  
COLABORADO GENEROSAMENTE  
CON LA CESIÓN DE SUS PIEZAS  
PARA ESTE EVENTO, Y DE MODO  
ESPECIAL A LA ARCHIDIÓCESIS  
DE PAMPLONA-TUDELA.

M.E.M.  
MARGARITA ESTEIL LA MARCOS

M.G.L.  
MERCEDES GALÁN LORDA

P.A.U.  
PILAR ANDUEZA UNANUA

P.E.G.  
PEDRO ECHEVERRÍA GOÑI

P.G.S.  
PABLO GUIJARRO SALVADOR

R.F.D.  
REYES FERNÁNDEZ DURÁN

R.F.G.  
RICARDO FERNÁNDEZ GRACIA

S.A.O.  
SANTIAGO ALCALDE DE OÑATE

V.N.A.  
VÍCTOR NIETO ALCAIDE





## ÍNDICE

<b>PRESENTACIÓN</b>	<b>013</b>
<b>PRÓLOGO</b>	<b>015</b>
<b>SINGULARIDAD DEL REINO DE NAVARRA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVIII</b>	
ALFREDO FLORISTÁN IMÍZCOZ	019
<b>LA HORA NAVARRA DEL XVIII: RELACIONES FAMILIARES ENTRE LA MONARQUÍA Y LA ALDEA</b>	
JOSÉ MARÍA IMÍZCOZ BEUNZA	045
<b>DON JUAN DE GOYENECHE: SU MEMORIA Y SUS OBRAS</b>	
ALFREDO FLORISTÁN IMÍZCOZ	079
<b>JUAN DE GOYENECHE, SU PALACIO Y LA ACADEMIA</b>	
ANTONIO BONET CORREA	105
<b>LA REAL CONGREGACIÓN DE SAN FERMÍN DE LOS NAVARROS. DEVOCIÓN Y ENCARGOS ARTÍSTICOS</b>	
MARÍA CONCEPCIÓN GARCÍA GAÍNZA	115
<b>LA PROMOCIÓN DE LAS ARTES EN NAVARRA DURANTE EL SIGLO XVIII. HOMBRES E INSTITUCIONES, PATRONOS Y MECENAS</b>	
RICARDO FERNÁNDEZ GRACIA	147
<b>LA HORA DE LOS NEGOCIOS. EL TRIUNFO ECONÓMICO DE LOS NAVARROS EN EL SIGLO XVIII</b>	
RAFAEL TORRES SÁNCHEZ	195
<b>LA MONARQUÍA COMO DESTINO: ADMINISTRACIÓN, EJÉRCITO, IGLESIA</b>	
AGUSTÍN GONZÁLEZ ENCISO	215
<b>CATÁLOGO DE OBRAS</b>	<b>239</b>





## PRESENTACIÓN

ENRIQUE GOÑI BELTRAN DE GARIZURIETA  
DIRECTOR GENERAL DE CAJA NAVARRA

A lo largo de su historia, Navarra ha contado con destacados y singulares personajes que merece la pena rescatar del olvido. Azpilicueta, Carranza y Jerónimo de Ayanz en el siglo XVI, o quienes en el siglo XVIII se afincaron en la villa y Corte de Madrid al amparo de don Juan de Goyeneche, y conformaron un auténtico grupo de poder socioeconómico.

Esta exposición que presentamos hoy habla de esos hombres que se enriquecieron y ascendieron socialmente en el siglo XVIII, prestando sus servicios a la dinastía borbónica. Aquel fenómeno sin precedentes, de acumulación de sustanciosos patrimonios –sobre todo en Madrid e Indias– revirtió en mayor o menor medida en diversos lugares del Reino de Navarra y se reflejó en la arquitectura y las artes de aquel periodo.

En Caja Navarra consideramos fundamental colaborar en la recuperación y conservación de nuestro patrimonio artístico y cultural. De hecho, a ese fin destinamos una importante partida del presupuesto que gestiona la Fundación y que, desde hace más de un año, se distribuye aplicando las decisiones de nuestros clientes. Sabemos que en una sociedad moderna y avanzada el progreso se mide en gran medida por el nivel cultural que hayan alcanzado sus ciudadanos, y esto se traduce en una extensa y variada oferta de conciertos, exposiciones, libros, cine, teatro, etc. a la que pueda acceder todo tipo de público.

Espero que disfruten y aprendan con cada pieza de esta exposición. En su organización han colaborado numerosas personas e instituciones que generosamente han cedido sus obras y su conocimiento para que podamos comprender mejor nuestro pasado. A todas ellas, gracias.



## PRÓLOGO

MARIA CONCEPCION GARCIA GAINZA / RICARDO FERNANDEZ GRACIA  
COMISARIOS DE LA EXPOSICION

La exposición “Juan de Goyeneche y el triunfo de los navarros en la Monarquía hispánica del siglo XVIII” trata de mostrar, a través de imágenes artísticas, obras significativas y documentos, la brillantez de un periodo, los años finales del siglo XVII y la primera mitad del siglo XVIII, en que los hombres originarios del reino de Navarra alcanzaron un inusitado protagonismo en la vida política, social, económica y cultural bajo la Monarquía borbónica. Un fenómeno puesto de relieve por Julio Caro Baroja y bautizado con acierto como “La hora navarra”.

Con la llegada de los Borbones sólo Navarra conservó su identidad política, junto con Castilla. Las instituciones del reino, el Consejo Real y los tribunales continuaron funcionando, lo mismo que el gobierno local. Se convocaron sus Cortes Generales en diez ocasiones durante el XVIII, y una Diputación del Reino funcionó ininterrumpidamente el resto del siglo. Una red de aduanas y una moneda propia hacían patente su singularidad. Todo esto no debe entenderse como una casualidad conservadora. Hubiera sido imposible sin un largo proceso previo. Los navarros habían defendido su derecho y reelaborado su historia como fundamentos de su identidad en España. Ahora pudieron presentarlos en la *Novísima Recopilación* (1735) y en los *Anales del Reyno* (1684-1715). Y se habían adaptado bien a la nueva Monarquía española. Ni sus instituciones ni su funcionamiento eran, en verdad, las del reino medieval. “La singularidad de la Navarra del XVIII –como escribe A. Floristán– es la del éxito de su transformación paulatina, y no la defensa de una estructura arcaizante”.

En este contexto, destaca la figura de don Juan de Goyeneche (1656-1737), una de las personalidades más relevantes e innovadoras de los reinados de Carlos II y Felipe V. Este baztanés nacido en Arizkun (Navarra) y formado en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús de Madrid, llegó a ser, gracias a su habilidad y tesón, administrador secreto de Carlos II y tesorero de su esposa doña Mariana de Neoburgo. Partidario de la causa borbónica, apoyó con sus empresas a Felipe V en la guerra de Sucesión y continuó mereciendo la confianza regia al ejercer como tesorero de las reinas María Luisa de Orleáns e Isabel de Farnesio. De burócrata pasó a ser hombre de negocios, asentista y arrendador de rentas reales. Compaginó estas actividades con empresas industriales, como la fundación y construcción de Nuevo Baztán, fruto de su mentalidad preilustrada, cuya edificación encargó a José Benito de Churriguera.



No obstante, el retrato de Juan de Goyeneche nos lo muestra como un intelectual, en su biblioteca y con el *Teatro Crítico* del Padre Feijoo en la mano cuya edición había patrocinado, al igual que *La Mística Ciudad de Dios* de la Madre Ágreda o las obras de Antonio Solís. Faceta representativa de su condición de intelectual fue su amor a la historia, disciplina que cultivó desde su juventud, con la publicación en 1683 de la *Ejecutoria de Nobleza. Antigüedad y Blasones del Baztán*. Reunía tertulias en su casa de Nuevo Baztán a las que, según escribe el Padre Feijoo, acudían los ingenios de la época. Goyeneche se dedicó también a empresas editoriales y publicó en su casa *La Gaceta de Madrid*, el primer periódico publicado en España. El palacio Goyeneche que él construyó, en la actualidad Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, constituye el ámbito propio para esta muestra.

Don Juan de Goyeneche perteneció a la Real Congregación de San Fermín de los Navarros, una agrupación de naturales que integró a todos los navarros residentes en la Corte, con el fin de rendir culto al santo patrono y ejercer la beneficencia. Fue fundada el 7 de julio de 1683, durante el reinado de Carlos II, quien se asentó como prefecto de la Real Congregación en 1684; a partir de él todos los reyes de España ostentarán este título. La Real Congregación tuvo su primera sede en el convento de Mínimos de la Victoria, pasó luego al convento de Trinitarios de la calle Atocha hasta que contó con capilla propia e independiente en la casa y jardín que habían sido del conde de Monterrey, en el Prado de San Jerónimo. La finca fue adquirida por los congregantes en 1744 y acto seguido remodelada la antigua galería, para transformarla en capilla que se adornó con suntuosos retablos y esculturas hasta convertirse en una de las más ricas de la Corte. Una de sus obras artísticas más destacadas es el *Niño del dolor*, legado testamentario de la reina Mariana de Neoburgo.

La Real Congregación atravesó un período de esplendor en la primera mitad del siglo XVIII en la que coincidieron como congregantes ilustres nobles, prelados e importantes hombres dedicados a los negocios, las finanzas o la cultura. Se contaban entre ellos Juan de Goyeneche, sus hijos el Marqués de Belzunce y el Conde de Saceda, Miguel Gastón de Iriarte, Juan Bautista Yturralde, Gerónimo de Uztáriz, Juan Antonio de Aldecoa o Juan Antonio Pérez de Arellano, entre otros muchos. Las relaciones y los contactos que se fraguaron entre sus miembros en el seno de la Real Congregación tendrían consecuencias del mayor interés tanto desde el punto de vista religioso como económico o artístico. Importantes fueron los encargos artísticos de los congregantes a escultores como Roque Solano, Luis Salvador Carmona o Pascual de Mena con destino a la capilla madrileña, o las que hicieron para enviar como legados a su tierra de origen.

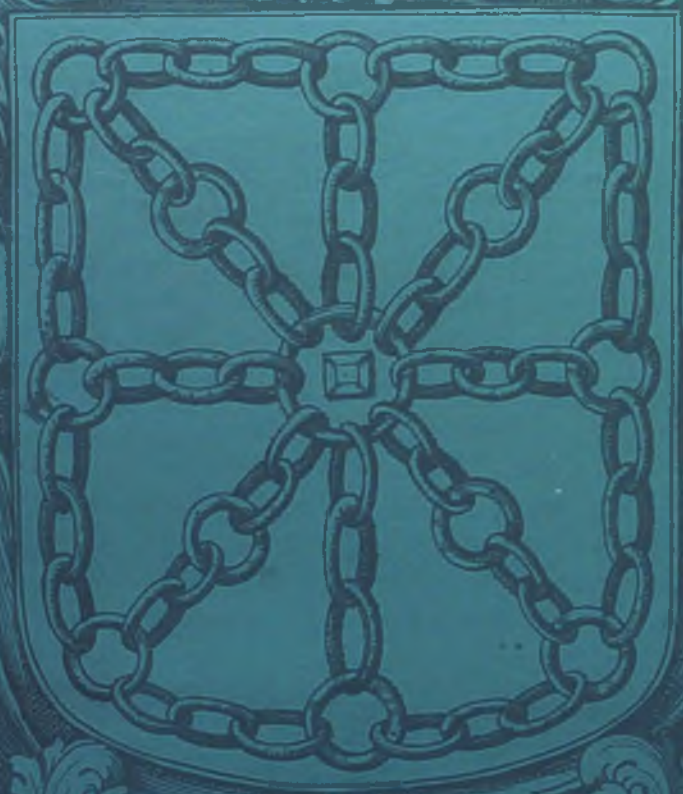
Otras congregaciones de naturales de Madrid han desaparecido en la actualidad; sin embargo, la Real Congregación de San Fermín de los Navarros, convertida en una reliquia histórica, continúa cumpliendo los fines para los que fue fundada.

En el territorio del reino navarro, el conjunto de circunstancias favorables ya referidas propiciaron el desarrollo de la arquitectura, las artes figurativas y suntuarias. Junto a las instituciones públicas y la Iglesia, destacaron en el patrocinio de las artes personajes que se enriquecieron y ascendieron socialmente, prestando sus servicios a la dinastía borbónica en la administración, la milicia o la Iglesia. La formación de sustanciosos patrimonios, especialmente en Madrid e Indias, revirtió en mayor o menor medida en diversos lugares del Reino de Navarra.

Los cascos urbanos de muchos pueblos se transformaron con la construcción de enormes casas y palacios, inimaginables sin fortunas amasadas allende las fronteras navarras. Maestros navarros perfeccionaron su actividad en la Corte de Madrid y algunos no volverían a la tierra que les vio nacer, como ocurrió al pintor Antonio González Ruiz, que llegó a ser director de la Real Academia de Bellas Artes.

Destacados proyectos y obras de talleres autóctonos de Pamplona, Tudela y Estella, con aportes foráneos de piezas, constituyen uno de los capítulos más interesantes del patrimonio de la Navarra del Siglo de las Luces, destacando por su importancia la arquitectura civil y el género escultórico de los retablos. La evolución de las tipologías y modelos artísticos estuvo directamente relacionada con la importación de modelos, trazas, proyectos y obras que llegaron con frecuencia desde diferentes puntos como Roma, Indias, Madrid, Zaragoza y otros destacados focos peninsulares. Todo aquel conjunto de piezas salidas de afamados artistas constituyeron un revulsivo en el barroco imperante de corte tradicional que dominaba la producción artística, íntimamente relacionada con las corporaciones gremiales, dando entrada a un arte europeo y, en algunos casos, exótico.





NUEVA RECOPILACION  
DE LEYES DE EL REYNO  
DE NAVARRA



## SINGULARIDAD DEL REINO DE NAVARRA EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVIII

ALFREDO FLORISTAN IMÍZCOZ UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

La apreciación de la identidad de Navarra durante el siglo XVIII puede abordarse desde perspectivas diferentes, que cambian con el paso del tiempo. El testimonio de los navarros que vivieron durante el setecientos indica, en conjunto, una evolución: de la satisfacción por los logros adquiridos en la centuria precedente, a la preocupación por el futuro inmediato; de la práctica unanimidad en torno a Felipe V de Borbón, a una división y confusión profundas sobre los cambios que impulsaban los gobiernos ilustrados de Carlos III y de Carlos IV, primero, y la revolución liberal, después. En la medida en que, a principios de siglo, se abolió lo fundamental del régimen político-jurídico de la Corona de Aragón y se avanzó hacia un gobierno más administrativo, unificado y centralizado de España, también cambió la percepción del reino de Navarra desde fuera. A finales de siglo no es visto ya como uno de los reinos fundacionales, con lo que esto suponía de honor colectivo por la antigüedad de sus reyes, fueros e instituciones. Comienza por entonces su asimilación a las “provincias exentas” de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, y es percibido como un reducto fiscal y jurídico extraño, que obstaculiza la benéfica y sabia autoridad del rey, y que defiende intereses egoístas o espurios.

También la historiografía elaborada durante los siglos XIX y XX puede articularse en torno a dos grandes construcciones sobre la Navarra de aquella centuria. Una, más centrada en la primera mitad, se nos presenta cargada de connotaciones positivas ampliamente compartidas hoy, y ha tenido un importante desarrollo reciente. La otra plantea, para la segunda mitad del siglo, cuestiones complejas y que tienden a dividir los espíritus por sus implicaciones políticas, por lo que ha sido motivo de discusión desde posiciones enfrentadas. Tenemos, por una parte, la “hora navarra del XVIII”, ya apuntada por el marqués del Saltillo en 1945 y que consagró Julio Caro Baroja en 1969, como un cliché que ha desbordado el ámbito de los especialistas hasta convertirse en un lugar común para muchos navarros<sup>1</sup>. La imagen de los Goyeneche, Arizcun, Mendinueta, Ustáriz, etc., que triunfan en Madrid, Cádiz o las Indias al frente de empresas mercantiles, financieras y manufactureras, o que ascienden a puestos relevantes del gobierno de España y de América, ha calado con viveza en el ideario colectivo. Probablemente esto ha ocurrido así porque reconocemos en aquellos hombres, en grado eminente, cualidades y valores que nos interesan hoy o, con mayor precisión, porque les atribuimos virtudes que hoy consideramos modernas. Los grandes misioneros y militares navarros de los siglos XVI y XVII no pueden competir en la actualidad –aunque lo hicieron ventajosamente en otros momentos– con estos hombres emprendedores, cuya emigración, ascenso social y enriquecimiento material sintonizan mejor con una sociedad como la nuestra, secular y de clases, que no aprecia del mismo modo los valores de la religión y del honor.

<sup>1</sup> CARO BAROJA, J., *La hora navarra del XVIII (Personas, familias, negocios e ideas)*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1969.



Edición de la *Novissima Recopilación* de 1735.

Por otra parte, está la cuestión de los fueros y de las instituciones particulares del reino de Navarra, y de su pervivencia y adaptación a los nuevos tiempos, que empezó a plantearse dramáticamente en el siglo de la Ilustración. Este tema ha tenido interpretaciones radicalmente enfrentadas, comenzando por el debate entre liberales y carlistas que dividió profundamente a los navarros, al menos durante todo el siglo XIX. Yanguas y Miranda lamentó la debilidad y el anacronismo de las instituciones del reino a la hora de frenar el absolutismo monárquico y de llevar adelante las reformas de todo tipo en las que cifraba la felicidad del país; y, como revolucionario que era, prefirió cambiar los fueros medievales particulares por una constitución liberal española que, en su opinión, los venía a desarrollar, perfeccionar, actualizar. Quienes, como Alejandro Dolarea o Ángel Sagasete de Ilúrdoz, tenían una visión menos negativa de los fueros y confiaban en la capacidad de las instituciones tradicionales para frenar los abusos del rey y para modernizarse, resultaron desbancados.

Durante la segunda mitad del siglo XX, la identidad de Navarra dentro de España ha superado el debate sobre el marco socio-político general. Desde entonces, lo ocurrido en el setecientos se ha relacionado cada vez más estrechamente con posiciones políticas de corte más o menos centralista, fuerista o nacionalista que debaten, en definitiva, sobre la estructura político-institucional del estado y de la nación española, temas sobre los que se sigue discutiendo hoy vivamente. La conciencia de sus fueros e instituciones particulares ha venido a ser uno de los principales “lugares de memoria” colectiva de los navarros, aunque sea de un modo impreciso y poco reflexivo. Algunos recuerdan el siglo XVIII como el primer momento de los ataques centralizadores y unificadores del gobierno de Madrid, que fueron respondidos con una unánime defensa de los derechos e instituciones seculares. Con energía, constancia y habilidad, Navarra habría logrado preservar lo esencial de sus fueros políticos, adaptados a los nuevos tiempos, sin solución de continuidad hasta nuestros días, en virtud de la ley de 1841. Otros interpretan las tensiones políticas del XVIII como un estadio destacado del largo combate de la nación española que pretende aniquilar a la nación vasca. Se estaría gestando el “conflicto político vasco” contemporáneo que, en su imaginario, el nacionalismo puede retrotraer a cualquier otro momento histórico según su conveniencia política. El estudio científico de todas estas cuestiones que han impulsado los historiadores, desde los trabajos de J.I. del Burgo (1967) y M.<sup>a</sup>C. Mina (1981) y de R. Rodríguez Garraza (1968 y 1974), quizás no ha calado todavía lo suficiente como para superar esquemas tan simplistas como tendenciosos<sup>2</sup>. Sin embargo, hoy es incontrovertible que el absolutismo ilustrado no trabajó tan unánime ni tan constante en contra de los fueros como se ha podido creer por algunos, en buena medida por sus propias limitaciones doctrinales y personales. Por otra parte, se comprueba que cuando entró en conflicto la lealtad al rey y a los fueros, los navarros se mostraron tan confundidos y divididos como los demás españoles, y por parecidos motivos.

Pero no pretendo revisar ahora las grandes interpretaciones historiográficas sobre el siglo XVIII navarro, ni subrayar cómo responden –porque no puede ser de otra manera– a un cambiante contexto político, social y cultural. Tampoco ensayaré una revisión de las investigaciones más recientes, que son muchas y de calidad, y de lo que han aportado a nuestro conocimiento de aquella centuria. Considero más oportuno, en este breve ensayo, subrayar algunos argumentos sobre cuestiones que tienen que ver con la pervivencia y, simultáneamente, con la renovación de la identidad de Navarra en España durante el setecientos. Los que triunfaron en la corte y los que

<sup>2</sup> DEL BURGO, J.I., *Origen y fundamento del régimen foral de Navarra*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1968; MINA APAT, M.<sup>a</sup>C., *Fueros y revolución liberal en Navarra*, Madrid, Alianza Editorial, 1981; RODRÍGUEZ GARRAZA, R., *Navarra, de reino a provincia (1828-1841)*, Pamplona, Eunsu - Príncipe de Viana, 1968, y *Tensiones de Navarra con la administración central (1778-1808)*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1974.

# NOVISSIMA RECOPIACION DE LAS LEYES DE EL REINO DE NAVARRA,

HECHAS EN SUS CORTES GENERALES DESDE EL  
año de 1512. hasta el de 1716. inclusive.

*QUE CON ESPECIAL ORDEN DE LOS TRES ESTADOS HA  
coordinado el Licenciado Don Joachin de Elizondo, Sindico, y Diputado que fué del  
mismo Reino, Oidor Togado de la Camara de Comptos, y ahora Oidor del Real  
Consejo, infiriendo en la Recopilacion de los Sindicos, y a los Titulos A  
que pertenecen todas las promulgadas en el referido tiempo.*

Y DEDICA

AL MISMO ILUSTRISIMO REINO, Y A SUS TRES ESTADOS.

TOMO SEGUNDO.



Año

1735.

En Pamplona: En la Oficina de Joseph Joachin Martinez.



permanecieron en la aldea, lo mismo que todos los navarros de hoy y de siempre, nos debatimos entre ambas alternativas, que no son excluyentes sino que admiten una compleja gradación de ritmos, matices y valoraciones.

## LOS PROLEGÓMENOS: INTEGRACIÓN EN ESPAÑA Y PARTICULARIDAD DEL REINO EN 1700

La entronización de Felipe V de Borbón en 1700, heredero de unos reyes injustamente despojados en 1512, permitió a Francisco Alesón reinterpretar la historia en términos menos dramáticos que los utilizados por sus predecesores. En el tomo V de los *Annales del Reyno de Navarra*, publicado en 1715, pudo describir lo ocurrido dos siglos antes con la perspectiva de la 'restauración' que finalmente se había producido en un descendiente de Juan de Albret y Catalina de Foix. Así pudo soslayar el siempre doloroso estigma de la 'conquista', con sus problemáticas derivaciones políticas y jurídicas. Pero también reconoció expresamente que "jamás, ni en tiempo de sus antiguos reyes, se les guardaron más exactamente a sus naturales sus leyes y franquezas, y esto con las mejoras adquiridas por su unión con los reinos de Castilla"<sup>3</sup>. Probablemente esta era una percepción ampliamente compartida incluso por quienes no se sentían muy identificados con el Reino. Cuando el P. Isla publicó su crónica burlesca sobre la proclamación de Fernando II de Navarra y VI de Castilla (1746), aludió a la antigua ceremonia de unción y coronación, que no se practicaba desde 1494: "Algo de esto se usó también en Navarra in illo tempore, pero ya los tiempos son otros, y no son peores que los pasados, por más que gruñan los que están mal con todo lo presente"<sup>4</sup>.

Los navarros de principios del XVIII tenían razones objetivas y evidentes para sentirse satisfechos como comunidad si miraban hacia atrás y a su alrededor. Nunca como entonces el reino, sus naturales y sus instituciones, habían brillado en la Monarquía de España con tanta luz propia. Nunca había habido tantos compatriotas tan influyentes en los consejos y en la corte de Madrid como en aquellos años que preparaban la 'hora navarra'. Sus cortes, diputaciones y fueros, una vez suprimidos los de Aragón, Cataluña, Mallorca y Valencia tras la guerra de Sucesión, constituían, además de importantes instrumentos de poder en manos de sus élites, un timbre de honor para todos, porque proclamaban su fidelidad como Reino. Ahora bien, esta situación aventajada se había afianzado más recientemente de lo que solemos reconocer, no antes de mediados del seiscientos, aunque como culminación de esfuerzos antiguos. Hasta 1640, aproximadamente, los navarros seguían convencidos de que sus fueros no tenían el cumplimiento debido, de que se les marginaba en el acceso a la administración real, de que su gloriosa historia permanecía olvidada –si no usurpada–, y de que el reino agonizaba 'confundido' con los otros territorios de Castilla. Sin embargo, durante la segunda mitad del siglo XVII, cortes y diputaciones incrementaron su protagonismo fiscal y político hasta alcanzar la plenitud que observamos en el setecientos, y que nunca habían ejercido antes de 1512. También por entonces terminaron de perfilarse los rasgos distintivos de Navarra como reino, como nación y como iglesia particular, con los que se identificaron masivamente sus naturales durante todo el XVIII e incluso después.

Y, por último, en el reinado de Carlos II es cuando los navarros empezaron a ser percibidos con claridad como un grupo nacional poderoso en la corte<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> ALESÓN, F., *Annales del Reyno de Navarra* [Pamplona 1715], Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, 1971, t. V, p. 424.

<sup>4</sup> DE ISLA, J. F., *Triunfo del amor y de la lealtad, día grande de Navarra* [Pamplona 1746], Pamplona, Mintzoa, 1983, p. 28.

<sup>5</sup> FLORISTÁN IMÍZCOZ, A., "Le rétablissement d'un royaume pyrénéen: la Navarre, 1642-1726", en BRUNET M. (Coord.), *Pays Pyrénéens & Pouvoirs Centraux, XVI-XX s.*, Foix, Conseil Général de l'Ariège, 1993, pp. 91-104.

## Desarrollo de los fueros

A mediados del XVII, la guerra contra Francia (1635-1659) y la rebelión de Cataluña (1640-1652) y de Portugal (1640-1668), habían tensado hasta el extremo las relaciones entre el gobierno común y el de cada uno de los miembros de la Monarquía. En aquella coyuntura, las élites dirigentes navarras mantuvieron la fidelidad y, a cambio de su colaboración, adquirieron un notable capital político, que hicieron valer con habilidad. Entre 1642 y 1726 cambió profundamente el modo como los navarros contribuían a las necesidades de dinero y de soldados del rey. En 1642, las Cortes negociaron por primera vez un servicio de hombres con condiciones aceptables para ambas partes, sin escudarse en la letra del fuero medieval. No es casual que, en 1645, Felipe IV reconociera expresamente que los navarros podrían disfrutar de oficios y beneficios en Castilla sin ser vetados como extranjeros, porque la suya había sido una unión "equeprincipal".

La contribución fiscal se renovó también, de modo que los gobernantes navarros dispusieron de un instrumento de presión con mayores posibilidades que nunca, a la vez que adquirieron unos recursos y una experiencia de gestión que jamás habían tenido. Desde 1654, el donativo de las Cortes dejó de ser "anualmente preciso", es decir, ya no se computó mecánicamente contando las anualidades transcurridas desde el anterior. En lugar de calcular años de "cuarteles y alcabalas" se votaron cantidades alzadas, que se negociaban para atender a necesidades concretas, y que se entregaban por adelantado. Cuando, en el siglo XVIII, el reino dejó de ser frontera activa, el rey se convenció de que este sistema ya no le convenía. En 1717 el virrey calculó que, de haberse mantenido el sistema tradicional, el 'atraso' de cuarteles y alcabalas habría sumado más de millón y medio de pesos. Pero Felipe V renunció a reclamarlo y el nuevo servicio se afianzó definitivamente. A finales del XVII se empieza a reconocer, explícita o implícitamente, que el donativo tiene que ver con ciertas concesiones del rey, y desde 1702 sus condiciones y cuantía se recogen en una ley, la última del Cuaderno de Cortes.

Durante los años de guerras con Francia de mediados del siglo XVII, al rey le había convenido recibir el dinero del reino por adelantado y sin complicaciones, por lo que aceptó transferirle una parte de la administración fiscal. Hasta 1642, el reino había manejado apenas 1.500 ducados deducidos del servicio y con poca autonomía, pero desde entonces el rey le autorizó nuevas fuentes de ingresos, sobre las que admitió ejercer una menor vigilancia. Así se desarrolló el "vínculo" o hacienda del reino, que empezó con el estanco del tabaco y una tasa sobre la exportación de lana, y que no dejó de crecer con nuevas rentas (expediente de los tribunales en 1645, repartimiento por fuegos en 1654, estanco del chocolate en 1678, nuevo impuesto sobre la lana en 1705, etc.). Hacia 1780 se calculó que la Diputación manejaba más de 15.000 ducados anuales sin que el Consejo de Navarra supiera muy bien cómo los administraba. La cobranza, administración y pagos de los cuarteles y alcabalas había dependido siempre de la Cámara de Comptos y del Tesorero general, que eran ministros del rey. Sin embargo los nuevos "repartimientos generales", que sustituyeron parcialmente a aquellos, dependieron sólo del reino, que desde 1766 se hizo cargo de la recaudación de todo lo votado como servicio<sup>6</sup>.

## Fragua de una identidad navarra

Este 'renacimiento' político-institucional lo interpretaron a la luz de una renovada conciencia de su historia y de sus fueros, que las autoridades navarras empezaron a proclamar a

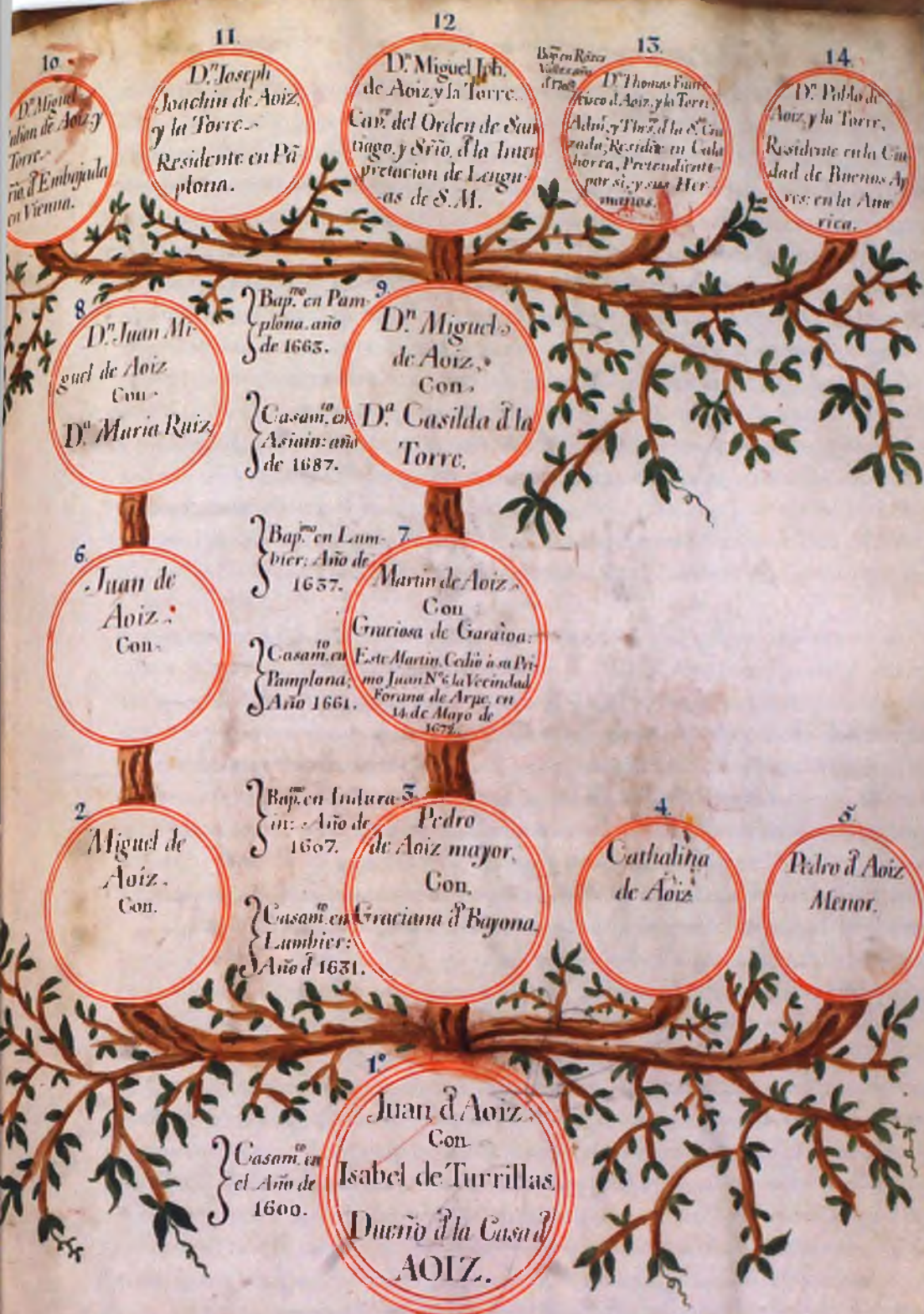
<sup>6</sup> Sobre las cuestiones hacendísticas, es muy útil la síntesis de SOLBES FERRI, S., *Rentas reales de Navarra: proyectos reformistas y evolución económica (1701-1765)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999. También, la información que proporciona GARCÍA-ZÚÑIGA, M., *Hacienda, población y precios (siglos XVI-XVIII)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1996.



Handwritten text on the left margin, likely a library or collection label, possibly reading "Bibl. de la Cour de France".







Casa Troncal del Apellido  de AOIZ, en Indurain.

Se halla en ella el Escudo de Armas; y goza tambien esta Casa el distintivo de dos Vecindades Foranas.



los cuatro vientos. La institucionalización de un cronista oficial, que ejercieron sucesivamente José Moret, Francisco Alesón y Pablo Miguel Elizondo, entre 1654 y 1728, resultó decisiva. La elaboración ideológica más depurada acerca de los orígenes del reino y de la realeza se la debemos a Moret, que moderó y navarritzó otras interpretaciones anteriores, demasiado próximas al relato sobrarbiense desarrollado en Aragón. Y Alesón escribió la explicación más influyente sobre lo ocurrido en 1512, en términos de restauración providencial y no ya de conquista justificable, como había sido lo habitual hasta entonces. El Compendio de los cinco tomos de los *Annales de Navarra* (1732) de Elizondo tiene que ver con el empeño en proclamar estos discursos histórico-políticos, lo mismo que la reedición con grabados de los *Annales* de 1766. Por su parte, Antonio Chavier preparó una nueva recopilación de las leyes de Cortes posteriores a 1512 pero anteponiendo la edición, por primera vez, del Fuero General y de los mejoramientos bajomedievales (1686). En el prólogo explicó el simbolismo de la ceremonia de juramento-unción-coronación regia que había tenido lugar en 1494, y lo ilustró con un grabado en el que el rey Carlos II, figuradamente, era levantado sobre el escudo en medio de los Tres Brazos. De este modo, se fundamenta la identidad jurídica del reino en un pasado remoto, idealizado, salvando la quiebra que supuso la conquista<sup>7</sup>.

Este contexto político explica los prolegómenos del triunfo personal de algunas familias en la corte, que culminará en el siglo XVIII. Los navarros habían definido con claridad su estatus dentro de la Monarquía de España en 1645. El argumento de que la suya había sido una unión "equeprincipal", reconocido legalmente en este año y no antes, se convirtió en la piedra angular de cualquier alegación en defensa de los fueros. Pero también los navarros se sintieron más próximos e identificados con Castilla que los habitantes de otros territorios peninsulares, y lo demostraron con hechos de lealtad y de servicio en los momentos críticos de mediados del XVII. Así lo expresaron los cabildos eclesiásticos de Pamplona y de Tafalla en un pleito de 1664: "Este Reino de Navarra está unido a los de Castilla y León de manera que, aunque se gobierne por fueros y leyes propias, en cuanto a lo político es uno mismo con los de Castilla y León"<sup>8</sup>.

El éxito profesional de ciertas familias de letrados no se explica de otra manera. Nueve navarros ingresaron en el Consejo de Castilla, el principal organismo de gobierno, entre 1676 y 1703, cuando Felipe IV sólo había promocionado a tres en 1621-1665. Y algo parecido se advierte entre los burócratas —secretarios, contadores, etc.— en la corte. Es verdad que algunos habían destacado como secretarios reales (Francisco de Eraso, Marrín de Gaztelu, Juan de Ciriza), pero su presencia constante, familiar, parece novedosa en la segunda mitad del siglo XVII, cuando Jerónimo de Eguía llegó a secretario de Estado y del Despacho Universal. Así se comprende que la "Real Congregación del Glorioso San Fermín" (1683), que reunía a los navarros en la corte de Carlos II, fuera promovida e impulsada, inicialmente, por dos letrados y dos hombres de pluma: Esteban Fermín Marichalar, del Consejo de Castilla, y Miguel López de Dicastillo, del Consejo de Indias, y Gaspar de Legasa y José Bruñón, secretarios del rey y oficiales de la Secretaría de Guerra<sup>9</sup>.

## PLENITUD Y SINGULARIDAD

Precisamente cuando Navarra había adquirido un estatus satisfactorio dentro de la Monarquía de reinos española, ésta se desintegró como tal. De resultas de la guerra de Sucesión, se desvincularon los territorios italianos y los Paí-

<sup>7</sup> FLORISTÁN IMÍZCOZ, A., "Ex hostibus et in hostes. La configuración de identidades colectivas como confrontación múltiple: Navarra entre Sobrarbe y Cantabria (siglos XVI y XVII)", en GARCÍA, B., *La Monarquía de las naciones. Patria, nación y naturaleza en la Monarquía de España*, Madrid, Fundación Carlos de Amberes, 2004, pp. 327-354.

<sup>8</sup> Archivo General de Navarra [AGN], *Negocios eclesiásticos*, leg. 2, carp. 82.

<sup>9</sup> FAYARD, J., *Les membres du Conseil de Castille à l'époque moderne (1621-1746)*, Genève, Droz, 1979; MARTÍNEZ ARCE, M.<sup>a</sup> D., *El Consejo Real de Navarra en el siglo XVII*, Tesis doctoral defendida en la Universidad de Navarra, Pamplona, 1994; SAGÜÉS AZCONA, P., *La Real Congregación de San Fermín de los Navarros en Madrid (1683-1961)*, Madrid, 1963.

ses Bajos, y los de la Corona de Aragón fueron reorganizados según una Nueva Planta de gobierno, como castigo por su infidelidad, suprimiendo sus cortes y diputaciones, sus aduanas e impuestos que les identificaban como reinos. Todo esto vino a resaltar la singularidad del de Navarra, en el que Felipe V no cambió nada, de momento, como reconocimiento a su lealtad y, sobre todo, por motivos prácticos. Siguió gobernada por el virrey y el Consejo Real, bien controlados desde Madrid, instituciones singulares en el XVIII peninsular pero no en las Indias. También es cierto que ambas magistraturas venían colaborando de un modo no muy distinto al que disponía el “real acuerdo” implantado entonces en la Corona de Aragón entre los nuevos capitanes generales y las renovadas Reales Audiencias. Por otra parte, conservaron sus cortes y diputaciones, sin participar en las renovadas Cortes de Castilla, donde se reunieron representantes de ciudades castellanas y de la Corona de Aragón. Aunque las instituciones del reino se habían desarrollado muy notablemente desde el siglo XVI, no eran tan poderosas ni tan ricas como lo habían sido en Aragón, Cataluña y Valencia. Habían madurado tras la incorporación a la Monarquía, bien adaptadas a ese marco general. Sólo en un punto la singularidad de Navarra devino problemática, y Felipe V pretendió solucionarlo imponiendo una “nueva planta” de las aduanas.

### Antigua y nueva ‘planta de gobierno’

En agosto de 1717 el rey dispuso que las “tablas” se trasladasen de la línea del Ebro a la frontera del Pirineo con Francia, a la vez que ordenaba mover las aduanas vascas de su emplazamiento tradicional en el interior (Orduña, Valmaseda y Vitoria) a la costa. Quiso incorporar estos territorios al reciente mercado común castellano-aragonés, e imponer el arancel de 1709 para, a la vez, aumentar los ingresos y terminar con el contrabando vasco y navarro. Las protestas de contrafuero fueron desoídas y el virrey lo hizo efectivo, pero resultó un fracaso inmediato (1718-1722). Felipe V rectificó obligado por las circunstancias: una inoportuna guerra con Francia hundió el comercio y el control aduanero, con lo que no se lograron los beneficios fiscales esperados, y además estalló en Vizcaya y Guipúzcoa una “matxinada” o rebelión popular, aunque no se extendió a Navarra. Lo ocurrido sentó un pésimo precedente: demostró que el rey, si lo consideraba necesario, podía acudir a su “poder absoluto”, pero también que de su debilidad se podían esperar rectificaciones radicales. En definitiva, se comprobó que cualquier cambio constitucional, para resultar duradero, debía ser discutido y acordado por rey y reino, preferiblemente en sus Cortes.

De hecho, en la reunión de 1717 los Tres Estados ya habían cedido en dos puntos importantes. El estanco del tabaco, que administraba el vínculo o hacienda del reino, se cedió al rey en arrendamiento por 46.500 reales por un plazo de ocho años, que se renovó ininterrumpidamente durante el siglo sin aumentar la renta. El rey se embolsó así unos ingresos muy sustanciosos, porque el consumo de tabaco superó en mucho el precio del arrendamiento; y, simultáneamente, se le facilitó la persecución del contrabando hacia Castilla y Aragón. Además, los navarros renunciaron a una parte de sus ventajas aduaneras tradicionales: durante cuatro años pagarían derechos de entrada por los productos que importaran, salvo algunos de primera necesidad, y de salida por la exportación de lana, contribuyendo lo mismo que los extranjeros. Pero, además de engrosar la hacienda del rey, se comprometieron a registrar todas sus importaciones, fuesen libres o gravosas, adquiriendo el certificado correspondiente, de modo que se le facilitase al rey la persecución del contrabando. La cesión del estanco del tabaco y el nuevo “impuesto de mercaderías”, aunque se concedieron

“con fuerza de ley contractual”, responden a las presiones del monarca, que amenazaba con reclamar los presuntos atrasos de cincuenta años de cuarteles y alcabalas de servicio<sup>10</sup>.

En la España peninsular del siglo XVIII, sólo Navarra seguía siendo un reino con instituciones públicas que lo identificaban inequívocamente como tal. Pero otros varios territorios —Guipúzcoa, Álava, Vizcaya— y cuerpos sociales —nobleza y clero, gremios, señoríos, ciudades, etc.— se regían también por leyes particulares, habitualmente llamadas fueros, porque la desigualdad legal era consustancial con la Monarquía y la sociedad española del siglo XVIII. El rey, como soberano, debía armonizar la concurrencia de los derechos de los diversos cuerpos políticos de la Monarquía en aras al bien de la comunidad. Aunque no sólo Navarra tenía fueros, sus fueros de derecho público como reino constituían un edificio jurídico-político sin parangón en la España del XVIII. Sin dudas, estaba mucho mejor fundamentado, definido y desarrollado que los diferentes fueros de las “provincias vascongadas”, de origen discutible y construcción más reciente y todavía incompleta<sup>11</sup>. Los navarros no necesitaron defender el fundamento de sus fueros públicos al modo como hicieron los vizcaínos con Pedro de Fontecha (1742) o los guipuzcoanos con Manuel de Larramendi (c.1758), frente a los ministros del rey, porque eran evidentes en su despliegue medieval y en su continuidad moderna.

La historia demostraba sin lugar a dudas que Navarra era un reino de los primitivos de España, cuya realeza había nacido vinculada a unos fueros que los monarcas habían jurado ininterrumpidamente durante siglos. Pero la incorporación a la Monarquía de España planteaba el punto débil, porque la conquista constituía un hito demasiado incómodo. De hecho, cuando el Reino tuvo que argumentar la defensa de sus fueros, en contra de la imposición de quintas para el reclutamiento militar, o en contra de los nuevos impuestos no acordados en Cortes, o en contra del traslado de las aduanas, siempre desarrolló estos dos grandes tópicos. Los dos pilares del argumentario foral navarro del siglo XVIII fueron el juramento real ininterrumpido desde los orígenes de la realeza, y la unión “principal” a Castilla. La libertad originaria de los navarros como comunidad política, que se habían dotado de unas leyes antes de elegir rey, constituye un mito vivo. Todos los reyes, desde entonces, habían jurado unas mismas condiciones concretas en su acceso al trono, que debían respetar. No por ello, consideraban, se menoscababa su soberanía, porque también Dios todopoderoso se había limitado a sí mismo en virtud de ciertas promesas. Y lo ocurrido en 1512 no había interrumpido esa legalidad, porque, como se reconoció formalmente en 1645, se había tratado de una unión principal, de modo que el Reino conservaba sus leyes e instituciones.

La defensa de los fueros por parte del Reino se movió en el ámbito de la cultura jurídica más tradicional, salvo excepciones muy contadas. El abogado Juan Bautista de San Martín se atrevió a afirmar que el gobierno de Navarra era “mixto, que participa del soberano y pueblo juntamente”, por lo que no dudaba en afirmar que el reino era “cosoberano con el rey, colegislador y comandante”. Pero el Reino nunca hizo suyas posiciones tan revolucionarias y jamás negó que sólo el rey fuera soberano, es decir, “supremo legislador” y juez último. Sólo de él, como de un padre, esperó la reparación de los contrafueros y la autorización de las nuevas

normas. No había otro valladar contra la arbitrariedad despotica —que se achacaba más a sus ministros que a la persona de un rey que se suponía siempre justo y benéfico— que el juramento regio, su sola palabra, que le exigía mo-

<sup>10</sup> Sobre el fracaso del traslado aduanero y las novedades hacendísticas que lo rodearon, SOLBES FERRI, S., *Op.cit.*, cap. 3.

<sup>11</sup> PORTILLO VALDÉS, J. M., *Monarquía y gobierno provincial. Poder y constitución en las provincias vascas (1760-1808)*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1991.



ralmente en conciencia. Sólo como castigo de una infidelidad al rey, según esta cultura jurídica, podían los navarros verse privados de sus fueros, que por esto mismo eran signo de su lealtad y emblema de su honor colectivo.

La defensa de los fueros era bastante más importante que la de privilegios o intereses materiales, que beneficiaban a unos más que a otros. “Después de lo que adoran dentro de la custodia —escribió irónicamente el P. Isla en 1746— es lo que veneran los navarros”; “constantes y aun obstinados en la defensa de sus leyes”, los calificó el virrey en 1794. Todo esto dificultó enormemente las reformas que pretendió, no solo el gobierno de la Monarquía, sino una parte de los mismos navarros. Cuando se debatió sobre el traslado de las aduanas, por ejemplo, no se sopesaron exclusivamente ventajas e inconvenientes comerciales, fiscales, jurídicos o políticos, sino también una consideración sentimental, que tiene que ver con una identidad política colectiva, forjada a lo largo de siglos de historia. “Creen que [las aduanas] es un distintivo y marca de su fidelidad [esto es, de su honor]”, reconoció Isidoro Gil de Jaz, un navarro al servicio de los proyectos reformistas del rey<sup>12</sup>.

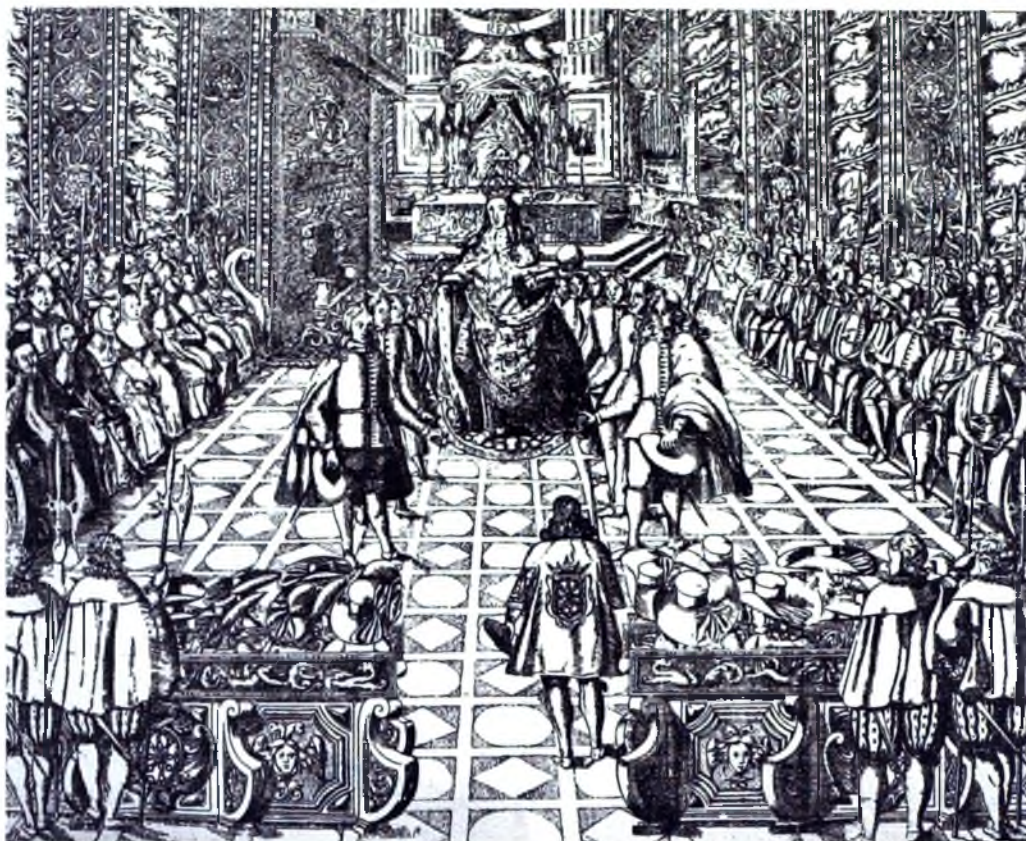
Cortes y diputaciones tuvieron un amplio protagonismo en la vida de Navarra durante el XVIII, precisamente cuando se habían suprimido las asambleas estamentales de la Corona de Aragón, y sólo se convocó la de Castilla en ocasiones excepcionales. Los reyes, como siempre, procuraron limitar su autoridad, pretendiendo que votaran servicios generosos con el menor coste político. Por eso, sin las urgencias de la Guerra de Sucesión (1701, 1705 y 1709) o de la Convención (1794), espaciaron sus convocatorias (1716, 1724, 1743, 1757, 1765, 1780), aunque no pudieran limitar su duración, de modo que estuvieron reunidas, en el conjunto del siglo, durante casi siete años. También se propusieron manipularlas y reformarlas, aunque con poco éxito, pero nunca soñaron con suprimirlas del todo. Precisamente en la medida en que buscaron el apoyo de los Tres Estados para abordar ciertas reformas constitucionales, apuntalaron su autoridad, que se había afianzado en los siglos anteriores.

## Las Cortes

Se trataba de una asamblea estamental perfectamente configurada en su composición, funcionamiento y atribuciones desde finales del siglo XVII<sup>13</sup>. Una docena de eclesiásticos, aproximadamente un centenar de nobles caballeros, y los procuradores de 38 ciudades y villas eran los convocados, aunque realmente no solían asistir más de cincuenta personas. Se llamaba a los miembros más distinguidos de aquella sociedad, que la representaban verdaderamente, aunque no según nuestras formas democráticas, claro está. No hubo apenas movilidad social y en los Tres Brazos se siguieron sentando las mismas familias y con parecidos criterios que en el siglo anterior. Tampoco cambiaron las normas básicas de su funcionamiento. Las convocaba formalmente el rey, pero el virrey y sus consultores del Consejo de Navarra llevaban el peso del diálogo: ellos negociaban la cuantía y condiciones del servicio, y contestaban a las peticiones de contrafuero y de nuevas leyes. Sólo en los grandes asuntos se hacían sentir las directrices o las decisiones del gobierno central. Los Brazos debatían conjuntamente, lo que agilizaba los trabajos y facilitaba la configuración de estados de opinión, aunque votaban por separado y se requería el acuerdo de los tres para cualquier decisión.

<sup>12</sup> FLORISTÁN IMÍZCOZ, A., *La Monarquía española y el gobierno del reino de Navarra, 1512-1808*. Comentario de textos históricos, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1991, caps. 3.3 y 3.4.

<sup>13</sup> Sobre su composición, funcionamiento y atribuciones, sigue siendo útil el libro clásico de HUICI GONÍ, M.<sup>a</sup> P., *Las Cortes de Navarra durante la Edad Moderna*, Madrid, Rialp, 1963. Una aproximación renovadora de algunas cuestiones en OSTOLAZA, M.<sup>a</sup> I., *Las Cortes de Navarra en la etapa de los Austrias (s. XVI-XVII)*, Pamplona, Parlamento de Navarra, 2004; y en FLORISTÁN IMÍZCOZ, A., “Honor estamental y merced real. La configuración del Brazo Militar en las Cortes de Navarra, 1512-1828”, revista *Príncipe de Viana*, 2004 (en prensa).



Grabado de Dionisio de Otlo de las Cortes de Navarra presenciando el alzamiento del rey. 1686

El rey reunió las Cortes para conseguir dinero y apoyo en ciertos momentos críticos, mientras que el Reino esperaba que se atendieran sus quejas y que prevaleciera su criterio acerca del modo de organizar su vida cotidiana. Formalmente, al reparo de los contrafueros seguía la petición de nuevas leyes, para finalizar con la votación del servicio o donativo. Nunca se dudó de que sólo el rey, con su autoridad, podía hacer leyes y normas, pero desde mediados del XVI el Reino reivindicó ciertos principios, que fundamentaba en el Fuero General, sobre su participación en este ámbito. Básicamente eran estos tres: 1.º las “leyes generales decisivas” debían hacerse en Cortes y a petición del Reino; 2.º las disposiciones normativas del rey y sus ministros (pragmáticas, ordenanzas, cédulas, etc.), como subordinadas a estas “leyes de cortes”, no podrían contradecirlas; 3.º si el Reino no aceptaba el decreto con que el virrey respondía a la petición, no entraba en vigor. Durante el siglo XVIII, las Cortes constituyeron un foro propicio para negociar, internamente y con el rey, las normas que ordenaran la vida social, económica, etc., de los navarros. Los diez Cuadernos de leyes y agravios reparados que se publicaron resultaron de un amplio consenso entre los Tres Brazos y con el rey: con 226 agravios reparados –de los 345 que se pidieron– y con 319 leyes –de las 440 solicitadas.

Es verdad que muchas de estas normas retocan superficialmente o, simplemente, prorrogan otras anteriores, o adaptan las ya vigentes en Castilla, y, por supuesto, muchas peticiones de agravios no podían ni deshacer ni prevenir eficazmente nada. Pero no es la superioridad, la novedad o la “navarriedad” del contenido lo que importa, sino el que las élites del país, convencidas de que éste era su derecho, intervinieran tan activamente en la organización de sus asuntos, y que el rey tolerara esta situación durante tanto tiempo. Felipe V y Fernando VI no tuvieron reparo en conculcar ocasionalmente las leyes en los mismos temas que siempre –contribución militar, independencia jurisdiccional, contrabando– y con el tradicional argumen-



ro de la necesidad extraordinaria y de la soberanía absoluta. Aceptaron casi el 90% de las reclamaciones de contrafuero, porque ni les costaba mucho ni les ataba las manos para volver a actuar del mismo modo. Pero también accedieron a tres de cada cuatro peticiones de ley, tolerando de buen grado una amplia autonomía normativa. Más de la mitad regulan asuntos sociales y económicos, actualizando o desarrollando leyes anteriores: el comercio de granos y de vino, la oligarquización de los gobiernos locales, la repoblación forestal, la recogida de vagabundos, la enseñanza de primeras letras, etc.

Preguntarse sobre el carácter conservador o reformista de tales peticiones no lleva muy lejos, porque hubo de todo. Tiene más sentido reflexionar sobre el grado de consenso interno a que obligó este sistema de trabajo, el espíritu que alentó entre los navarros y las tensiones políticas que se generaron con el gobierno común. Carlos III y Carlos IV, en la segunda mitad de siglo, parecieron dispuestos a imponer a los navarros las mismas normas y a la vez que a los otros súbditos y, de hecho, aceptaron poco más de la mitad de los agravios pedidos y frustraron muchas propuestas de ley. Los ministros reales se inmiscuyeron a regular las costumbres, las diversiones, la beneficencia, la educación y otros ámbitos muy alejados de sus intereses tradicionales. Estaban convencidos de que era imprescindible ese impulso ilustrado que rompiera “la confusa anarquía de opiniones vagas de una multitud”, de modo que a Navarra también llegaran las reformas que auguraban la felicidad del país. Pero recelaban de la autoridad política que, de hecho, había acumulado el congreso navarro, como se reconoce en un informe de 1782: “[las Cortes] afecta[n] aires de independencia y libertad, y toma[n] una principal parte en la legislación [...]; se erige[n] en superior a todo y a todos, [y] arreglan los servicios pecuniarios”. Y, sobre todo, tenían el espíritu de independencia que animaba a los Tres Estados. Los gobernantes ilustrados reconocían que sus peticiones, “aunque en lo más de puro aire, [eran] poderosas sobradamente a alimentar en los ánimos cierto orgullo e ideas de propia grandeza, poniendo falsas diferencias con otras provincias”<sup>14</sup>.

### La Diputación de los Tres Estados

En la medida en que se espaciaron las reuniones de Cortes, su autoridad tendió a trasvasarse a la Diputación, un comité de siete miembros elegidos por los Estados, sin límite de tiempo, hasta la próxima convocatoria<sup>15</sup>. Un eclesiástico, dos caballeros y cuatro procuradores de las “repúblicas” (dos por Pamplona y dos por turno de las otras merindades) eran votados libremente, de modo que los líderes naturales del congreso venían a formar su diputación, adquiriendo experiencia política durante periodos prolongados. La simple mayoría de votos —1 el eclesiástico, 2 los caballeros y 2 las ciudades— facilitaba la toma de decisiones, que en las Cortes requería la concordancia de los Tres Brazos. La última de las diputaciones de los reinos hispánicos (1576) nació con una función de representación política, pero desde mediados del siglo XVII no dejaron de crecer sus competencias administrativas y sus recursos económicos. En tiempos de Felipe V, las Cortes pidieron que su diputación, además de encargarse de recaudar parte del donativo y de organizar los servicios militares, administrara competencias nuevas, como la prisión de mujeres. En realidad, aspiraba a ser escuchada por el Consejo Real en los asuntos que más interesaban a todos, que eran la confección de listas de sorteables para los gobiernos locales, el examen de las cuentas anuales de los pueblos o en la concesión de los permisos comerciales. En 1692 se había conseguido que cual-

<sup>14</sup> AGN, Cortes, leg. 10, carp. 19. *Sobre los contrafueros y leyes de Cortes del XVIII*, VÁZQUEZ DE PRADA, V. y FLORISTÁN, A., “The Relationship of the Kingdom of Navarre to the Central Government in the Eighteenth Century: the Struggle for Legislative Power,” en *Parliaments, Estates and Representation*, IX, 1989, pp. 123-135. También, con abundante información, VÁZQUEZ DE PRADA, V. y USUNÁRIZ GARAYOA, J.M.<sup>a</sup>, *Las Cortes de Navarra desde su incorporación a la Corona de Castilla. Tres siglos de actividad legislativa (1513-1829)*, Pamplona, Eunsa, 1993.

<sup>15</sup> No se han revisado los trabajos institucionales de SALCEDO IZU, J., *La Diputación del Reino de Navarra*, Pamplona, Eunsa, 1969, y *Atribuciones de la Diputación del Reino de Navarra*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1974.

quier disposición que afectara a Navarra o a sus naturales se comunicara previamente a la Diputación, antes de que el Consejo Real procediera a su “sobrecarta” o convalidación legal. Pero la realidad es que la Diputación careció de sede fija hasta la construcción, en el siglo XIX, de su palacio actual, mientras el Consejo ocupaba un amplio palacio erigido en el siglo XVI, hoy desaparecido, lo que indica su posición subordinada.

## El Consejo Real

El gobierno cotidiano, que dependía del rey, pasaba fundamentalmente por las manos del poderoso Consejo de Navarra, formado por un regente y seis oidores, aparte otros oficiales y subalternos (fiscal, abogados, relatores, alguaciles, etc.)<sup>16</sup>. Eran letrados, con título universitario de derecho y una carrera de servicio judicial, cuatro navarros y los otros tres –entre ellos el regente que lo presidía– castellanos. Todos dependían estrechamente del favor del rey, que los nombraba y promocionaba a su voluntad, a muchos de ellos desde los tribunales inferiores con sede también en Pamplona: el de Corte Mayor, como instancia judicial previa, y el de la Cámara de Comptos, para la administración de la hacienda real. Como tribunal, el Consejo reclamó siempre su condición de supremo, sin instancia superior, para todas las causas navarras, aunque de hecho algunos procesos fueran avocados por el rey a otros tribunales. Pero, en aquellos momentos en los que el poder se veía como jurisdicción (establecer el derecho), intervenía en muchos otros asuntos que nosotros entendemos como de gobierno. Durante el siglo XVIII, el rey remitió más de 2.500 disposiciones y el Consejo elaboró otros 500 autos, la mayoría decisiones de gracia (nombramientos, privilegios y exenciones). El Consejo tutelaba la vida de las corporaciones locales y profesionales (aprobación de ordenanzas, examen de cuentas, supervisión del gobierno), vigilaba el orden público (fiestas, mesones, juegos), intervenía en la reparación de los caminos y en muchos otros asuntos de interés económico (tasas de precios, licencias de exportación, de roturación, de cultivo, etc.).

Aunque, desde 1692, la Diputación debía ser informada previamente, el Consejo publicó 947 documentos regios sin su conocimiento. También certificó con subordinación que las disposiciones regias no conculcaban los fueros, que en esto consistía el pase de la “sobrecarta”, establecido en 1561 como una garantía legal, no como control político. Pero en la medida en que parte de los jueces eran navarros y, sobre todo, porque compartían intereses corporativos y políticos bien definidos, el Consejo jugó un papel bifronte. El informe antes citado de 1782 alaba que el Consejo amparara las providencias reformistas del gobierno de Madrid, “despreciadas frías reclamaciones de pretensos contrafueros”. Pero también se queja de que no era siempre un instrumento dócil: “Donde más de ordinario se ve sin curso la real voluntad, o frustrada cortesamente su deliberación, es en el común paso de la sobrecarta, equivalente en sus términos, forma y fines, al regio plácito o exequatur, de manera que Navarra usa con Vuestra Majestad de las mismas armas que Vuestra Majestad con Roma, mudados los términos”<sup>17</sup>. La envidia con que la Diputación miraba al poderoso Consejo se correspondía con el recelo que éste le devolvía, sobre todo al comprobar su expansión en ciertas competencias nuevas como la de los caminos carretilles. Cuando en 1783 se planteó su construcción, Floridablanca prefirió confiar a la Diputación su gobierno, desautorizando al Consejo, que se había encargado hasta entonces. No

simpatizaba con la actitud “arrogante en su generosidad” del Reino, pero estaba convencido de que, para construir caminos (buscar financiación y administrar el proceso), la experiencia gubernativa de la Diputación era más adecuada que la formación jurídica de los

<sup>16</sup> SESE ALEGRE, J.M., *El Consejo Real de Navarra en el siglo XVIII*, Pamplona, Eunsa, 1994; GARCÍA PÉREZ, R.D., “El Consejo Real de Navarra, entre el derecho del rey y las libertades del reino (1800-1836)”, en *Anuario de Historia del Derecho Español*, LXXII, 2002, pp. 125-200.

<sup>17</sup> AGN, Cortes, leg. 10, carp. 19.



Sépulcro del conde de Gages  
en la catedral de Pamplona

oidores. No es adecuado alinear a todos los ministros del rey, en Pamplona y en Madrid, frente a las instituciones del Reino, como bloques antagónicos. Otras fracturas transversales actuaron más decisivamente durante el siglo XVIII, como la que diferenciaba la experiencia administrativa de los burócratas, que ocupaban las "secretarías de estado", de la visión judicialista y el corporativismo propio de los letrados en los consejos y tribunales. O el recelo que empezó a separar a quienes auspiciaban ciertas reformas de quienes las consideraban contrarias a sus intereses.

## REFORMAS Y RESISTENCIAS

El edificio político-institucional del Reino de Navarra, que sobrevivió sin dificultad a la Guerra de Sucesión de principios del XVIII, tuvo que amoldarse a los nuevos tiempos, además de resistir algunos ataques concretos, sobre todo a finales de aquella misma centuria. Pero no porque los reyes de la casa de Borbón fuesen de diferente condición que los Austria, sino porque las circunstancias de España lo hicieron posible a la vez que lo exigieron. El despliegue



de una 'Monarquía administrativa', que potenciaba una novedosa centralización y unificación en sus procedimientos, orientados en sus últimas etapas hacia formas plenamente estatales, resultó cada vez menos compatible con los fueros del Reino, que había quedado como reliquia de otra España muy distinta. Los vaivenes de la política exterior, que dictaban las urgencias de dinero y de soldados del rey, explican los cambios más evidentes y las crisis mejor conocidas. Sin embargo, esto no debe mermar la consideración de una evolución de fondo, no menos importante aunque más difusa y menos explícita: la de las actitudes cambiantes de los mismos navarros. Porque no parece operativo considerarlos –ni en el setecientos ni nunca– sólo como sujetos pasivos, que resisten con más o menos éxito las presiones 'antiforales' ejercidas desde la Corte.

Quizás sea más adecuado, para comprender los cambios político-institucionales, considerar un tiempo amplio, desde mediados del siglo XVII hasta principios del siglo XIX. Así se pueden enfocar más adecuadamente los ajustes y reequilibrios que se produjeron en torno a cuestiones tan fundamentales como el servicio de soldados o la contribución fiscal. En la primera no fue posible llegar a un acuerdo estable entre rey y reino, quizás, porque lo que se planteaba con gravedad en ciertas coyunturas perdía también pronto su urgencia, y porque eran posibles soluciones intermedias, no del todo insatisfactorias para las partes. En cuanto al dinero, cabía un margen de negociación todavía más amplio, que fue aprovechado con pragmatismo nada doctrinario por reino y rey, salvo cuando las urgencias extremas de este último abortaron el diálogo.

### Levas y quintas de soldados

Los monarcas, porque era algo inherente a su soberanía, nunca renunciaron a que sus súbditos navarros les sirvieran con las armas en la mano, como era su deber<sup>18</sup>. Aunque éstos pretendieron atenerse a la letra de los fueros y de las instituciones medievales, que prescribían un alistamiento sólo defensivo, por tres días y bajo sus autoridades propias, los reyes no lo consintieron, e impusieron la recluta de soldados en varias ocasiones concretas antes de 1640. Entre 1642 y 1677, las Cortes levantaron compañías de soldados bajo condiciones, para servir al rey durante unos meses en Cataluña o Portugal, pero después se limitaron a dar dinero para fortificaciones y fábricas militares, lo cual, en definitiva, favorecía a determinados sectores de la economía del país. Mientras la guerra fue una realidad viva o un riesgo inmediato, hasta 1720, el rey pudo forzar a los navarros a soportar de facto una parte de las cargas militares (alojamientos, abastecimientos, fortificaciones, fábricas). Pero durante el siglo XVIII, de paz con Francia y guerras lejanas, marítimas y coloniales, necesitó soldados profesionales en una centuria en que los españoles, y los navarros, estaban menos dispuestos que nunca a alistarse voluntariamente. Entonces se ensayaron, como en toda Europa, primero las levatas forzadas y finalmente el sorteo por quintas, lo que supuso una violenta novedad.

Los Borbón impusieron a Navarra los mismos servicios de soldados que al resto de los españoles, y si rectificaron o rebajaron luego en la práctica sus pretensiones no dejaron de hacerlo también en otros territorios, donde la protesta social no fue menor. El levantamiento de 'milicias provinciales', de reservistas, no planteó demasiados problemas durante la primera mitad del siglo. En 1719 el virrey ordenó movilizar los 'cuatro tercios' ante la invasión francesa, pero la inmediata paz impidió que actuaran. En 1734, una nueva Ordenanza adjudicó al Reino uno de los 33 regimientos previstos, y el navarro don José de Elío, decano del Consejo y que ejercía interinamente como virrey,

<sup>18</sup> FLORISTÁN IMÍZCOZ, A., *La Monarquía española y el gobierno del reino de Navarra, 1512-1808. Comentario de textos históricos*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1991, cap. 3.5.

ordenó alistar mil hombres, que sirvieron de guarnición en Pamplona unos meses en 1737. En ambos casos, las Cortes reclamaron lo sucedido como agravio de sus fueros con poco éxito. Pero el problema se centraba en la renovación de las tropas veteranas cuando las reclutas de voluntarios no bastaban, por lo que se dictaron levas forzosas de “vagos y maleantes”. Las autoridades, que colaboraron para ‘limpiar’ de indeseables y desarraigados sus pueblos olvidándose de los fueros, se empezaron a preocupar cuando se planteó un nuevo sistema de quintas, por el que todos los solteros de 18-40 años podrían ser alistados. En 1730 y en 1741 se hicieron sorteos para toda España, y en 1746 se dictó la primera recluta numerosa, de 25.000 hombres, de los que 500 habrían de ser navarros.

Mientras pudieron poner sustitutos y las autoridades locales se encargaron del sorteo y de administrar las exenciones, protegiendo a los vecinos y en perjuicio de los desarraigados, el sistema, de hecho, no se diferenció mucho de una leva forzosa. Pero cuando Carlos III, a partir de 1770, pretendió aplicar con regularidad y rigor las quintas, las protestas se multiplicaron. En 1773, 1775 y 1777 se hicieron alistamientos y sorteos de mozos útiles de acuerdo a las nuevas Ordenanzas, que determinaban el número de soldados que debía aportar Navarra. Sin embargo, no está claro que finalmente empuñaran las armas, en parte por las protestas populares —como en Cataluña y el País Vasco— y en parte porque la presión estimuló la generosidad de las autoridades locales. La Diputación y los pueblos acabaron reuniendo los soldados exigidos de Navarra, aunque mediante sistemas tradicionales menos dolorosos que el de las quintas, como las levas de vagos (1786) y de voluntarios (1793), o pagando su equivalente en dinero (1803, 1806).

La reacción contra el servicio militar obligatorio por quintas estimuló a los fueristas navarros, que con tal ocasión elaboraron interesantes reflexiones sobre su régimen jurídico-político, aunque no convencieron en absoluto a los ministros del rey para cambiar de política. Desde los años 1770 el Gobierno obtuvo los hombres que necesitaba para renovar el ejército real sin que las instituciones del Reino intervinieran para nada en la determinación del número o las condiciones del reclutamiento. Las Cortes de 1780-1781 se disolvieron sin plantear siquiera este asunto, de modo que el servicio de soldados, que en 1642-1677 se había formalizado como una especie de pacto, volvió a entenderse como una obligación inexcusable. Sólo en cuanto a su ejercicio práctico el Gobierno toleró una amplia autonomía provincial y local, que mitigaba la dureza del sorteo universal, a fin de facilitar la introducción de una novedad que lo era por igual para todos los españoles.

### El servicio de las Cortes

Sin embargo, desde el punto de vista fiscal, el régimen navarro no tenía ya parangón en España<sup>19</sup>. El rey no había vuelto a negociar con las Cortes de Castilla los servicios financieros desde 1665, y las ciudades lo renovaban poco menos que automáticamente; el ministro Ensenada fue quien diseñó una profunda reforma en 1749, de la que se venía tratando en la Corte desde el siglo XVII, que no negoció con la asamblea castellana. En los reinos de la Corona de Aragón, con la supresión de sus Cortes y la consiguiente desaparición de sus servicios, también se impuso un régimen fiscal radicalmente nuevo (“equivalente”, “catastro”, “contribución única”, “talla”), en el que los reinos no tenían nada que decir ni que hacer. Sólo en Navarra unas cortes estamentales siguieron votando un ‘donativo voluntario’, negociando con el rey sobre su cuantía y sus condiciones, y adaptando el régimen fiscal a sus intereses sociales y políticos. En Álava, Guipúzcoa y Vizcaya,

<sup>19</sup>SOLBES FERRI, S., *Op. cit.*, págs. 3-5; FLORISTAN IMÍZCOZ, A., *Op. cit.*, cap. 3.6; GARCÍA-ZÚÑIGA, M., *Op. cit.*, pp. 21-150.

Escudo de Navarra con alegorías de José Lamarca, c. 1766. Pamplona. Colección particular

las Juntas Generales no tenían semejante capacidad. Cuando, desde la segunda mitad del siglo empiece a generalizarse en España la consideración de unas “provincias exentas”, englobando a los cuatro territorios, se referirá más concretamente a la peculiaridad aduanera.

Como Felipe V respetó la constitución de Navarra, los reyes tuvieron que atenerse en este punto a unos procedimientos tan excepcionales en la España del XVIII que terminaron por parecer difícilmente compatibles con la soberanía del monarca y el buen orden político. Los reyes pretendieron, a corto plazo, mejorar el rendimiento que obtenían de Navarra, sacando más dinero y de forma más inmediata, y lo consiguieron en buena medida negociando con las élites en sus Cortes. Los dirigentes del Reino, ante esta creciente presión fiscal, no soñaron ofrecer una resistencia frontal, que hubiera sido peligrosa, sino en absorberla del mejor modo posible, obteniendo a cambio compensaciones de diverso tipo, tanto sociales como políticas. Mientras el debate se mantuvo en estos términos, se pudo llegar a acuerdos, pero no cuando el rey, obligado por la crisis hacendística de finales de siglo, se empeñó en imponer un sistema fiscal radicalmente nuevo. El Reino se plegó entonces a soluciones provisionales (1801), intentando salvar los restos de un naufragio que parecía irremediable e inminente. La guerra de Independencia evitó, in extremis, que la peculiaridad fiscal navarra desapareciera por completo y se volviese a una situación similar a la que había empezado a superarse en 1654.

Entre 1726 y 1757, en tres reuniones de Cortes, se recaudó como ‘donativo’ un promedio de 3,5 millones de maravedís anuales, mientras que las tres de la segunda mitad (1766-1797) supusieron casi el doble (6,9 millones de maravedís). Si contamos los años sobre los que realmente se gravó el servicio, esta diferencia se agranda todavía más, por ejemplo, entre el servicio de 1709 (16.666 pesos/año en un trienio) y el de 1797 (35.434 pesos/año durante un decenio). El sistema era muy poco regular porque dependía de la convocatoria de Cortes por el rey, que no podía pretender acumular nuevos servicios sobre años que ya estuviesen comprometidos, pero que no cuidó de reunirlos con la frecuencia necesaria para evitar años ‘vacíos’. El donativo de 1726 se recaudó sobre el quinquenio 1725-1729, de modo que los catorce años posteriores (1730-1743), hasta el servicio de 1744, quedaron en blanco; en 107 años (1700-1806) hubo 36 en que no se contribuyó por ninguno de los tres conceptos que formaban el donativo. Lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que el rey, en ese tiempo, no percibiera otras rentas más cuantiosas y que no dependían del voto de las Cortes, como eran las aduanas y el estanco del tabaco.

La convocatoria de Cortes siempre planteó una incertidumbre y un dilema, pero tanto al rey como –aunque suele olvidarse– también al Reino. Sin duda resultaba irritante para la soberanía regia tratar, aunque fuese desde una posición de autoridad, con unos estamentos provinciales, sobre agravios, leyes y servicio fiscal. Muy pocos monarcas europeos del XVIII tenían ya que sufrirlo, y Navarra no tenía parangón en España. Pero si el rey quería más dinero tenía que reunir a los Tres Estados, para quienes el dilema era exactamente el contrario: una convocatoria frecuente les hubiera obligado a pagar más, y en más de un momento debieron de dudar si los desagavios y las leyes de Cortes merecían tal esfuerzo. Porque debemos desecher el prejuicio, infundado y del todo anacrónico, de que los navarros aspiraran a gobernarse a través de sus Cortes, desplazando al rey. Simplemente, querían preservar sus ‘libertades’, que se respetara su derecho propio, fundamento de su identidad política y baluarte de una serie de intereses concretos, que no todos compartían, al menos del mismo modo.





El Reino defendió con vigor el principio de que el donativo era un contrato con el rey, que resultaba de alcanzar un acuerdo similar al que sustentaba la publicación de nuevas leyes. Por eso, muy especialmente desde 1726, se insistió en que el donativo era una 'ley', y que no se pagaría un maravedí hasta que se publicara junto con las restantes del Cuaderno de Cortes. El Reino maneja conceptos poco originales a la hora de definir el servicio –“pacto”, “contrato”, “libertad”, “ley contractual”, “condiciones”– que las Cortes de Castilla habían utilizado de un modo parecido en la primera mitad del siglo XVII en torno al servicio de millones. Lo desconcertante, para los ministros del rey, era la pervivencia de un lenguaje y de unas categorías que, sin ser extrañas ni contradictorias con la cultura jurídica y política todavía dominante, no tenían equivalentes inmediatos en este ámbito.

Hasta 1654, todo el donativo se recaudaba por un único concepto, el tradicional de “cuarteles y alcabalas”, cuya administración y control dependía por completo de los ministros del rey (Cámara de Comptos, Tesorero General). En ese año se incorporó un segundo recurso fiscal, los “repartimientos por fuegos”, que dependía exclusivamente de la Diputación, y que en adelante reunió entre la mitad y un cuarto del donativo. Finalmente, desde 1717 se recurrió a un tercer “expediente de mercaderías”, también manejado por el Reino, de modo que el peso de los dos anteriores se redujo. En definitiva, se advierte una transformación de los tipos fiscales, cuya valoración económica y social resulta compleja. Cuarteles y alcabalas respondían a cantidades prácticamente anquilosadas desde el siglo XVI, con un reparto geográfico y social muy poco igualitario; además, tenían un importante valor como signo de distinción social: identificaban la exención de los hidalgos y suponían un ingreso importante para ciertos señores, que tenían el privilegio de percibir los correspondientes a sus estados. Los repartimientos foguerales fueron mucho más sensibles a los cambios demográficos, porque se actualizaron con cierta frecuencia, y reconocieron menos exenciones, no primordialmente estatales, aunque no consideraban las diferencias de fortuna que, en algún caso, sí contemplaban los cuarteles y alcabalas. Por último, el expediente de mercaderías afectaba por igual a todos los que importaban ciertos productos de fuera de Navarra.

Hasta mediados del XVII, el rey no disponía del dinero del donativo votado en Cortes sino después de los 3-4 años previstos para su recaudación. Sin embargo, durante la segunda mitad y primera del XVIII una parte, que varía entre un cuarto y tres cuartos del total, se le entregó de inmediato, y desde 1766 el Reino hizo el esfuerzo de adelantárselo íntegramente. En este año se le dieron a Carlos III 180.000 pesos sin las deducciones legales, los gastos de recaudación o la parte que se quedaba el vínculo, pero se autorizó al Reino la recaudación de 214.500 pesos, un 19% más, para financiar la deuda que hubo de contraer y algunos de los compromisos mencionados. El abismo entre el donativo entregado y el recaudado no dejó de crecer hasta casi un 40% a finales de siglo. El pago de la deuda acumulada lo justifica en parte, pero los ministros del rey siempre recelaron manejos poco claros por parte de la Diputación, de la que sospechaban que nadaba en la abundancia, que escatimaba su dinero al rey, que lo empleaba con criterios discutibles y, sobre todo, que se negaba a dar cuentas, con gran enfado del Consejo y de la Cámara de Comptos. En palabras del secretario de la corporación, en 1783, “la defensa de esta inmunidad –de dar cuentas del manejo del dinero salvo a los Tres Estados– [era] la niña de los ojos del reino”.

Cuando el Reino se hizo cargo íntegramente de recaudar el donativo, la Diputación se negó a satisfacer los tradicionales acostamientos o pensiones sobre cuarteles y alcabalas, y mucho me-



nos los “rebates” de algunos grandes señores, que se embolsaban lo correspondiente a sus señorios. Ante las reclamaciones del duque de Granada de Ega, las Cortes respondieron sin vacilación “ningún contrato ni obligación tiene contraída este reino con dicho ilustre vuestro Mariscal ni ningún otro agraciado para haberles de satisfacer ni solicitar medios para que se les pague”. Aunque ella sí se reservó en torno al 3-4% del donativo para engrosar el vínculo del Reino.

### Los problemas del traslado aduanero

De todos los signos de identidad de Navarra en el siglo XVIII, éste de sus aduanas particulares resulta el más notorio, el que mayores problemas políticos suscitó y el que mejor evidencia los límites de las opciones reformistas en aquella centuria<sup>20</sup>. Todo el perímetro del Reino –con Francia, Aragón, Castilla, Álava y Guipúzcoa– estaba salpicado de unas 80 ‘tablas’ o puestos donde se cobraban derechos de entrada y de salida. Las tres provincias vascongadas, que tampoco estaban integradas en el mercado común español, vivían una situación paralela en cierta medida a la de Navarra. Por eso, y porque su peculiaridad fiscal y administrativa empezaba a resultar también singular, el Gobierno de España, con una evidente intencionalidad política, empezó a referirse al conjunto de estos territorios como ‘provincias exentas’.

El problema aduanero se planteó seriamente cuando los Borbones impulsaron un programa mercantilista más riguroso, que había sido inaccesible para la monarquía plural de los Austrias. Se trataba de favorecer la industria propia y el mercado nacional castellano-aragonés, frenando las importaciones y la dependencia comercial extranjera, principalmente francesa. Navarra producía habitualmente suficiente grano y vino para su consumo, y exportaba excedentes hacia Guipúzcoa-Álava-Francia. Sin embargo, era deficitaria en productos textiles de calidad, en ciertas manufacturas de lujo y no criaba suficientes animales de tiro, que se importaban de Francia o de las provincias vascongadas. Este desequilibrio, que era antiguo, se complicaba con dos nuevas corrientes comerciales, acrecentadas en el XVII. La introducción de “ultramarinos”, principalmente cacao y tabaco –además de las especias– a los que tan aficionados se hicieron los navarros como los restantes españoles, encontró en Bayona-Burdeos un centro de abastecimiento más barato que Sevilla. Y la exportación de lanas, tanto castellanas como navarras y aragonesas, encontró en Francia una demanda creciente, que competía con la tradicional salida a los Países Bajos o a Inglaterra. Con una amplia frontera fácil de cruzar, y sin puerto de mar, Navarra se convirtió en lugar de paso para un intenso comercio a larga distancia, con cabeceras en Pamplona y en Bayona desde la segunda mitad del siglo XVII. La exportación de lanas navarro-aragonesas y de la Castilla más próxima (Soria y Rioja) se dirigió por tierra hacia Bayona, de donde se distribuía a los telares franceses de Languedoc y del norte. En contrapartida, los ultramarinos y manufacturas importadas a través de Pamplona se redistribuían por el valle del Ebro y las tierras de la cabecera del Duero.

Los derechos aduaneros de “saca y peaje” (exportación e importación) que pagaban los naturales eran muy bajos, y el Reino se regía, básicamente, por la legislación comercial de sus Cortes. Además, tradicionalmente se había favorecido el abastecimiento hasta el punto de considerar libres todas las importaciones que hicieran los navarros para su consumo. Esto favoreció un intenso comercio intermediario, más o menos legal o de contrabando: se importaba de Francia mucho más tabaco y chocolate del que se podía

<sup>20</sup> Una revisión general sobre el sistema aduanero, en SOLBES FERRI, S., *Op.cit.*, pp. 57-75. El periodo 1724-1757 lo estudia particularmente ECHEVERRÍA ARANA, P.J., *Navarra y el centralismo borbónico (1724-1757)*, Tesis doctoral defendida en la UNED, 1994. El contexto hacendístico y mercantil lo estudia magníficamente HERNÁNDEZ ESCAYOLA, M.<sup>o</sup>C., *Negocio y servicio. Finanzas públicas y hombres de negocios en Navarra en la primera mitad del siglo XVIII*, Pamplona, Eunsa, 2004. Una sólida visión sobre el comercio y los comerciantes, AZCONA GUERRA, A., *Comercio y comerciantes en la Navarra del siglo XVIII*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1996.



fumar y beber, porque se pasaba a Aragón y Castilla, y se exportaba a cambio mucha más lana de la que producían, porque se le añadían muchas sacas procedentes de esos mismos reinos. Este tráfico era el que preocupaba al rey, que pretendía fomentar la industria española dificultando las exportaciones lanares, y el comercio ultramarino frenando las importaciones francesas, y que veía el daño fiscal que le ocasionaban el contrabando y otras prácticas fraudulentas. Una minoría de grandes hombres de negocios, sobre todo de Pamplona y de la Ribera, controlaban ambos tráficos, aunque eran muchos más los que participaban de alguna manera en el contrabando. Por su parte, los labradores estaban más divididos en cuanto a sus intereses: los viticultores temían que los bodegueros aragoneses y riojanos quebraran su monopolio sobre el mercado de la Montaña navarra si se levantaban ciertas restricciones; y los grandes arrendadores-almacenistas de grano pretendían más libertad de exportación, que hubiera subido los precios en perjuicio de los consumidores de Pamplona y los valles pirenaicos. Estos últimos no podían subsistir sin importar ganado y otros productos cotidianos de Francia.

La Real Hacienda no vaciló en perseguir el contrabando, pero las reformas de 1717 antes citadas y la administración directa de las aduanas desde 1748 evidenciaron que sólo una medida drástica podría atajar el mal. El fracaso del traslado forzoso impuesto por el rey en 1718-1722 aconsejó negociar con los Tres Estados. Probablemente los ministros de Fernando VI tuvieran alguna esperanza de que la Asamblea aceptaría suprimir su sistema aduanero con parecidas reservas a como habían consentido ceder a su padre el estanco del tabaco: mediante una “ley contractual”, sólo por cierto tiempo y con compensaciones. Así se planteó a las Cortes de 1757, pero todo el esfuerzo de persuadir y amenazar a sus miembros, utilizando los recursos tradicionales, fracasó estrepitosamente. Aunque se oyeron las primeras voces favorables, parece que una amplia mayoría se opuso por motivos muy variados. Los económicos son los más evidentes: los grandes hombres de negocios y los contrabandistas, pero también los pequeños bodegueros y los montañeses en general, temieron la ruina o serias dificultades. Pero probablemente pesaron mucho, más de lo que imaginamos, otras consideraciones políticas y jurídicas que tienen que ver con la identidad de Navarra como Reino. “Los límites de su corona equivocados, las diferencias de derechos reales exequadas, los establecimientos de muchas leyes suyas abolidos y el orden de su antiquísimo gobierno alterado”: esto es lo que quisieron evitar negando la reforma aduanera, convencidos de que así defendían su “nativa libertad” y sus “privilegios y distinciones que costaron méritos continuados de muchos siglos”<sup>21</sup>.

Carlos III volvió a plantear la misma cuestión a las Cortes de 1780, aunque desde una posición ventajosa y contando con bastantes más apoyos entre los navarros<sup>22</sup>. En 1778 se liberalizó el comercio con América y en 1779 se gravó a los productos navarros en un 15% de su valor al entrar en Castilla-Aragón, como “extranjeros”. Esto redujo la alternativa a elegir el menor de entre dos males: o el traslado de las aduanas para integrarse en el mercado español, o conservar su régimen propio a costa de marginarse de él. Los partidarios de la reforma se plantearon, si no una equiparación total, sí un “traslado condicionado”, incluso temporal, pretendiendo que el rey mitigara las consecuencias más negativas sobre algunos sectores. Tal planteamiento hubiera podido sustentar un acuerdo, porque al rey le interesaba cortar el contrabando de ultramarinos y tejidos de calidad más que imponer a los navarros un mayor

esfuerzo fiscal. Los cosecheros y vinateros de la Ribera y Zona Media vieron la oportunidad de ampliar sus mercados exteriores sin perder del todo su ventaja en el interior.

<sup>21</sup> AGN, Traslacion de aduanas, leg. 1, carp. 28.

<sup>22</sup> RODRÍGUEZ GARRAZA, R., *Op. cit.*, pp. 97-132.



Pero hubiera arruinado el comercio Pamplona-Bayona de tabaco, cacao, especias y tejidos finos, que alimentaba un amplio contrabando. Los que se oponían al traslado apenas aumentaron su posición, no porque carecieran de poderosísimos motivos, sino porque éstos eran muy poco confesables.

*Edición de los Annales del Reyno de Navarra, de 1766  
Colección Sixto Jiménez*

Las Cortes discordaron en tres votaciones, en las que el Brazo nobiliario apoyó la reforma y los eclesiásticos y las universidades (arrastradas por Pamplona) se opusieron. Los ministros del rey y los partidarios del traslado estuvieron a punto de lograr su objetivo, lo que explica el optimismo de la Secretaría de Hacienda, que durante los años 1780 y 1790 siguió estudiando la posibilidad de plantear de nuevo el traslado aduanero porque cada vez eran más las voces favorables. Las Cortes estamentales, por su composición y funcionamiento, tenían dificultades para adoptar con agilidad decisiones muy innovadoras, necesarias para afrontar situaciones de cambios tan extraordinarios y desconcertantes como los que se vivieron a finales del XVIII y principios del XIX.

## “NOVEDADES FUNESTAS A NUESTRA CONSTITUCIÓN”. LA DIVISIÓN DE LOS ESPÍRITUS, 1796-1808

Entre 1793 y 1808, salvo un breve paréntesis, la Monarquía de España participó en tres guerras. La primera, contra la Francia revolucionaria de la Convención (1793-1795), tuvo uno de sus frentes principales en el Pirineo navarro<sup>23</sup>, mientras las otras dos, contra el Reino Unido, fueron navales y coloniales. El 27 de julio de 1795 el virrey convocó en “apellido” a los navarros obligados por el fuero a empuñar las armas en defensa de su rey –unos 25.000–, aunque no entraran en combate, y una parte importante de los costes del conflicto repercutieron sobre el Reino, que lo vivió en sus tierras. Sin embargo, desde 1796 sólo pudieron colaborar con hombres o con dinero en un conflicto lejano que resultó muchísimo más caro, porque arruinó el comercio con América, que era la principal fuente de riqueza y de ingresos de la Monarquía. Las urgencias extraordinarias de la Real Hacienda, entonces, obligaron a un ministro todopoderoso como Godoy a tomar disposiciones claramente contrarias a los fueros, no sólo de Navarra y de las provincias Vascongadas, sino también de muchas otras instituciones y cuerpos sociales de la Monarquía.

En 1799 se dirigieron a Navarra varias Reales Cédulas que exigían contribuciones indirectas (sobre herencias, criados, tiendas, etc.) del mismo modo que al resto de España, y que, en palabras de su Diputación, dieron inicio a las “novedades funestas a nuestra constitución”. Carlos IV no estaba dispuesto a negociar con las Cortes, no ya la cuantía y las condiciones, como había hecho desde mediados del siglo XVII, sino que negaba incluso el concepto mismo de ‘donativo’ afianzado en la Baja Edad Media. Las protestas formales y los argumentos jurídicos del Reino no sirvieron, en esta ocasión, absolutamente para nada. Elevó al rey sus quejas y argumentó jurídicamente los agravios contra los fueros, pero nada más pudo hacer. Ni siquiera resultaba prudente insistir con energía o replicar demasiado ostensiblemente cuando el soberano había manifestado su “real desagrado”. Debía aguardar con paciencia que se le hiciera justicia y se reconociera su derecho, aunque fuese a posteriori. Esto tenía mucho que ver con la figura de Godoy, el primer ministro y todopoderoso válido, al que los navarros culpaban de todo, como siempre se había hecho con los malos ministros que tienen secuestrada, por su interés, la voluntad justa y benéfica de los soberanos. Pero el hecho es que Godoy, aunque hubiera querido, no estaba en situación de ceder absolutamente nada, y los navarros optaron por dar un paso atrás.

Por mediación de algunos navarros influyentes, como José de Goya, la Diputación se avino a pagar lo que calculó que rentarían los nuevos impuestos, pero siempre que se guardaran las formas, esto es, que se votara como donativo de unas cortes. Carlos IV las convocó en Olite, en mayo de 1801, con unas condiciones tan antiforales como rigurosas: sólo podrían durar 20 días y tratar exclusivamente del servicio. Veinte años antes, su padre había pretendido, sin éxito, algo parecido, pero ahora los Tres Estados se doblegaron y prescindieron de la negociación de los reparos de agravios y peticiones de leyes. Con la perspectiva de lo sucedido, puede considerarse una suerte que no triunfara la opción de quienes pretendían una resistencia en regla. Las Cortes inmediatas, que pudieron reunirse en 1817-1818, sencillamente, no consideraron válidas las de 1801, ignorándolas como si no hubieran existido.

<sup>23</sup> Disponemos de la reciente Tesis doctoral de OSLE GUERENDIÁIN, I.E.E., *Navarra y sus instituciones en la Guerra de la Convención (1793-1795)*, Pamplona, Universidad Pública de Navarra, 2003.

Pero la cuestión era más compleja y no tenía que ver sólo con el dinero. En 1801 se ofreció un donativo cuatro veces superior al de 1797, para recaudar en menos años, pero a cambio



de que se suprimiesen las cédulas de contribuciones. El rey no lo aceptó. La asamblea se disolvió apoderando a su Diputación para que negociara las condiciones de la contribución del Reino, en lo que se ocupó los años inmediatos. En 1805 empezó a barajarse una posible solución intermedia que consistiría, esencialmente, en un retorno parcial a la situación anterior a 1654, es decir, a una contribución anual constante y, por lo tanto, innegociable por las Cortes. Se trató la posibilidad de que Navarra contribuyera todos los años con un millón de reales, aunque no se reuniesen sus Estados, además de otros servicios ocasionales por las Cortes. A cambio, se suprimirían los nuevos impuestos generales, definidos y administrados por el rey, y la Diputación determinaría y gestionaría su recaudación con amplia autonomía. La invasión francesa de 1808 paralizó un arreglo financiero que, en otro contexto, volvió a negociarse en 1839-1841, cuando finalmente se acordó que Navarra pagaría un cupo anual de 1,5 millones de reales, una vez descontados los gastos de administración<sup>24</sup>.

En estos años de 1796-1808, los navarros más conscientes se fueron decantando en torno a dos grandes opciones políticas, que se perfilaron al hilo de las circunstancias generales de la Monarquía y del impacto ideológico revolucionario, hasta configurar una disyuntiva insoslayable desde 1812 en adelante. Unos consideraron que todos los males tenían que ver con Godoy, y que la caída del 'tirano', que esperaban con impaciencia, liberaría de su nefasta influencia a un monarca, Carlos IV, que seguía siendo justo y piadoso. Entonces el rey les restablecería en la plenitud de sus fueros, tal y como había ocurrido en muchas otras ocasiones anteriores, anulando lo actuado injustamente, porque no habían merecido semejante castigo. La monarquía 'absoluta' —que no equivale, en su cultura jurídica, a ilimitada o despótica— y los fueros siguen siendo apreciados como un modo de gobierno inmejorable. Otros navarros, sin embargo, empezaron a barruntar que los cambios ministeriales y la justicia del soberano constituían fundamentos demasiado precarios, insuficientes en los nuevos tiempos, para asegurar las antiguas libertades, que ahora empiezan a entender de un modo distinto. Son críticos sobre la composición y el funcionamiento de las instituciones particulares del reino, desde las cortes y diputaciones hasta los regimientos. Pero también lo son, en mayor medida y a la vez que los demás españoles, de muchas instituciones sociales y económicas que estructuraban lo que empezó a denominarse como "antiguo régimen": las desigualdades jurídicas ante la ley, los señoríos, los derechos feudales, los mayorazgos, los comunales, etc. A principios del XIX, el debate fundamental entre las posiciones absolutistas y las liberales, que se desarrolló en Navarra del mismo modo que en el resto de España, eclipsó la notoria singularidad con que había vivido durante todo el siglo XVIII.

<sup>24</sup> RODRÍGUEZ GARRAZA, R., *Op.cit.*, pp. 237-302



## LA HORA NAVARRA DEL XVIII: RELACIONES FAMILIARES ENTRE LA MONARQUÍA Y LA ALDEA

JOSÉ MARÍA IMÍZCOZ BEUNZA · UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO



En 1969, Julio Caro Baroja observó el ascenso en la corte de los Borbones de un grupo poderoso de navarros, la mayor parte de ellos baztaneses, y bautizó aquel acontecimiento como “la hora navarra del XVIII”, una denominación de origen que ha hecho fortuna<sup>1</sup>. Gracias a este trabajo pionero, hoy podemos retomar y redimensionar aquel fenómeno. La “hora del XVIII” no fue solamente “navarra”, sino que formó parte de un proceso más general de ascenso de nuevos grupos de familias en las instituciones de la monarquía. Saber esto nos ayuda a explicar mejor su significado. Tampoco “la hora del XVIII” fue solamente un momento cortesano, aunque este resultara central. Las posiciones de estas familias en la Corte permitieron a sus parientes conseguir cargos elevados en muy diversas instituciones y territorios de la Monarquía. En cuanto a la duración, aunque el momento de mayor esplendor fuera el reinado de Felipe V, esta hora se prolongó y renovó a lo largo de todo el siglo, a través de mecanismos familiares de reproducción. Incluso se amplió considerablemente en su base. Porque, vista desde la comunidad de origen, la “hora del XVIII” no fue solamente la historia del grupo cortesano más encumbrado. Por debajo de él hubo, a lo largo del siglo, centenares de navarros que hicieron fortuna y carrera en las instituciones de la monarquía y en el comercio colonial, muchas veces gracias al apadrinamiento directo de los anteriores. Por último, si la “hora del XVIII” tuvo manifestaciones palaciegas y artísticas en la Corte, no menos tuvo consecuencias importantes en las comunidades de origen, efectos económicos, sociales y culturales de gran significado para su historia. Todo esto estaba implícito en mayor o menor medida en el libro de Caro Baroja y recor-

Vista de Lekároz, con el palacio de Arostegui en primer plano. Las pequeñas aldeas del Valle de Baztán fueron el foco principal de “la hora navarra del XVIII”.

<sup>1</sup> CARO BAROJA, J., *La hora navarra del XVIII (Personas, familias, negocios e ideas)*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1969.



darlo no resta nada, sino que le da mayor proyección. Al adoptar el punto de vista de las "familias" y tirar del hilo de sus vínculos sociales, aparecen las relaciones íntimas entre los promotores de aquel fenómeno y las generaciones posteriores, entre la cúspide cortesana y las bases mercantiles y campesinas, la economía de vasos comunicantes entre la aldea, la corte y el imperio, entre una historia aparentemente lejana y sus consecuencias en la sociedad navarra.

## "LA HORA DEL XVIII": NUEVOS GRUPOS FAMILIARES EN EL GOBIERNO DE LA MONARQUÍA

La "hora navarra del XVIII" no fue un hecho aislado. Resultó del encuentro entre unos grupos familiares, originarios en su mayoría de los valles del norte de Navarra, y el movimiento más general que se produjo en la Monarquía hispánica con el advenimiento de los Borbones. A comienzos del siglo XVIII tuvo lugar en España una importante elevación de nuevas élites gobernantes. Felipe V, que en la guerra de Sucesión sufrió la desafección de una buena parte de los Grandes, desplazó a la alta aristocracia castellana que había controlado durante dos siglos los cargos de gobierno, en favor de una nueva nobleza elevada por el rey<sup>3</sup>. Este cambio no fue solamente circunstancial. A lo largo del siglo, Felipe V y Carlos III, para gobernar más libremente, sin la presión tradicional de los poderosos del reino, se rodearon especialmente de "extranjeros" a la alta sociedad castellana: de franceses, italianos, holandeses, o irlandeses; de hombres de la periferia, como estos navarros, vascos, montañeses y otros hidalgos norteños que ascendieron entonces muy abundantemente en la alta administración real, y de los representantes de las familias minoritarias de la élite aragonesa, catalana y valenciana que en la guerra de Sucesión habían seguido a Felipe V en contra de la mayoría austracista de sus reinos<sup>4</sup>.

Esta renovación en la cúspide de la monarquía abrió un espacio político y económico considerable que facilitó la elevación de numerosas familias de hidalgos norteños a las más altas instancias políticas y honoríficas. Este movimiento de ascenso tuvo proporciones notables, por su amplitud y sus manifestaciones, y un significado histórico importante, por sus consecuencias para la renovación de las élites dirigentes de la Monarquía<sup>5</sup>.

En aquel proceso se elevaron miembros de familias que ya habían ascendido anteriormente, a lo largo del siglo XVII, del comercio a la nobleza media. Pero, como muestra el ejemplo de los baztanenses y de otros navarros de "la hora del XVIII", lo que más llama la atención, por su novedad, fuerza y número, es la rápida elevación de numerosas familias nuevas, de estatuto "hidalgo" gracias a la "nobleza universal", pero, de hecho, originarias, en su mayoría, de simples casas campesinas. Algunas de estas casas gozaban de cierta posición notable a escala local, pero

otras veces eran familias de condición relativamente humilde que, gracias a sus vínculos de parentesco con personajes que ya se habían elevado anteriormente en el comercio o en el servicio al rey, se vieron introducidas en aquella dinámica hasta alcanzar posiciones insospechadas. Este proceso permitió a muchos hidalgos norteños pasar en dos generaciones de la labranza y el comercio al gobierno de la monarquía, un ascenso fulgurante, atípico, que rompe con los cánones tradicionales de la sociedad aristocrática y prepara nuevos tiempos<sup>6</sup>.

<sup>3</sup> KAMEN, H., *La Guerra de Sucesión*, Barcelona, Grijalbo, 1974, cap. V.

<sup>4</sup> DEDIEU, J. P., y MOUTOUKIAS, Z., "Approche de la théorie des réseaux sociaux", en CASTELLANO, J. L., y DIDIEU, J. P., *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien Régime*, Paris, CNRS, 1998, p. 26; DEDIEU, J. P., "Dinastía y élites de poder en el reinado de Felipe V", en FERNÁNDEZ ALBADALEJO, P., *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid, Marcial Pons, 2001, pp. 381-399.

<sup>5</sup> Hemos sugerido algunas hipótesis al respecto en IMÍZCOZ, J. M., "Las élites vascas y la Monarquía hispánica: construcciones sociales, políticas y culturales en la Edad Moderna", V *Jornadas de Estudios Históricos "Espacios de poder en Europa y América"*, Vitoria-Gasteiz, 10-12 de noviembre de 2003 (en prensa).

<sup>6</sup> CRUZ, J., *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la Revolución liberal española*, Madrid, Alianza, 2000.



Palacio de Jorola, en Elbetu, reconstruido por el capitán Miguel de Vergara en 1681.

En esta historia, el ejemplo de los baztaneses es paradigmático. El ascenso de un poderoso grupo de baztaneses en la corte de Felipe V tuvo sus bases, ya en tiempos de Carlos II, en un grupo de comerciantes y hombres de negocios que provenían de casas campesinas de un valle hidalgo del norte de Navarra y que, estrechamente vinculados por relaciones de parentesco, de amistad y de paisanaje, actuaban en el comercio peninsular y americano. Las bases más lejanas de aquel ascenso, perceptibles desde mediados del XVII, parecen hallarse en la dinámica de un grupo de baztaneses emparentados, entre los que destacó la rica parentela de los Borda, y de hombres de acción, como el capitán don Miguel de Vergara, que se enriquecieron rápidamente en el comercio y que actuaron como promotores de sus parientes y paisanos de las nuevas generaciones. De aquel patrocinio se beneficiaron jóvenes como Juan de Goyeneche, que jugarían un papel definitivo en el ascenso del grupo baztanés en la Corte de los Borbones. Así publicitaba, en 1685, Juan de Goyeneche el reconocimiento hacia su mentor: "Entre todos, me obliga la amistad y el agradecimiento a no callar el nombre del capitán D. Miguel de Vergara, caballero del hábito de Santiago, bien conocido de todos por el patrocinio y favor que experimentan de su liberalidad los baztaneses que peregrinan a otras tierras por mejorar de fortuna"<sup>6</sup>.

Sin embargo, siguiendo aquella dinámica estos baztaneses no hubieran pasado de ser un grupo más de hombres de negocios. Fue la poderosa mano del rey la que los elevó a unas alturas a las que aquellos comerciantes que provenían de pequeñas aldeas hidalgas, pobres y lejanas, nunca hubieran podido acceder de otro modo, dados los principios aristocráticos que dominaban la jerarquía y el reparto del poder en aquella sociedad. Siendo joven, Juan de Goyeneche y Gastón (Arizkun, 1656-1735) tuvo la confianza de Carlos II, que le nombró su tesorero privado, le encargó la Tesorería General de las Milicias y le nombró tesorero de la reina Mariana de Neoburgo, cargo en que continuaría, ya en tiempos de Felipe V, con sus sucesoras, María Luisa de Saboya e Isabel de Farnesio<sup>7</sup>. A finales del reinado de Carlos II, don Juan empezó a prestar importantes servicios económicos a la corona y a tomar asientos, pero el momento decisivo para su elevación y la de su círculo de parientes y allegados fue la guerra de Sucesión, en la que

<sup>6</sup> *Executoria de la nobleza, antigüedad y blasones del Valle de Baztán, que dedica a sus hijos y originarios Juan de Goyeneche*. En Madrid, en la imprenta de Antonio Román, año de 1685, p. 17.

<sup>7</sup> CARO BAROJA, J., *Op.cit.*, pp. 90-91.

destacó como aprovisionador y armador de los ejércitos de Felipe V en los momentos más duros de la guerra, lo que le valió la entera confianza del rey y su recompensa una vez asentado en el trono<sup>8</sup>.

Sobre estas bases iniciales se elevó un amplio grupo de familias emparentadas entre sí cuyos miembros se introdujeron como asentistas y arrendadores de las finanzas de la corona, como secretarios y tesoreros de las casas reales y como gobernantes en la alta administración de la Monarquía. Estos hombres de negocios tendieron a rodearse de familiares que hacían venir desde la aldea para trabajar con ellos. Promocionaron poderosamente a sus hijos y sobrinos, los colocaron como secretarios y tesoreros de la familia real, los introdujeron en las secretarías y los consejos, los situaron en la jerarquía militar y eclesiástica y, en los casos más elevados, fundaron mayorazgos y consiguieron títulos nobiliarios y distinciones honoríficas.

Además de la mano del rey, las trayectorias de estos personajes se apoyaron en unas específicas relaciones de parentesco, de amistad, de paisanaje y de patrocinio. A partir de unas bases iniciales, la política de estas familias se basó en la colocación sistemática de sus hijos varones en el comercio y la administración real, apadrinados por sus parientes. Mientras que en una economía agraria la relación paterno-filial y el linaje eran claves para la propiedad, el trabajo y la transmisión de la tierra y del estatus, en la economía en que se movieron estas familias –la economía del Estado, del gran comercio y del imperio colonial–, las claves para acceder a las diversas fuentes de poder y de riqueza fueron el parentesco colateral y la apertura de su red de relaciones a través de las nuevas alianzas matrimoniales, de las amistades juveniles y profesionales que establecían sus miembros, al filo de sus estudios, carreras y negocios, y de otras relaciones como el paisanaje, reforzado a través de su reunión en cofradías piadosas, y el patronazgo<sup>9</sup>.

Como veremos más adelante, las carreras de aquellos hombres se sustentaron, desde la infancia, en una política familiar de colocación consciente y estable que se basaba en el apadrinamiento de los parientes ya establecidos en el ámbito de la Monarquía –que colocaban y financiaban la carrera de sus jóvenes parientes–, y que pasaba por el aprendizaje del castellano, de la lectura, la escritura y la aritmética. La colocación en la casa de comercio o en la empresa familiar, o la promoción en la Administración, la Iglesia o el Ejército fue la regla general, aunque se exigía de los jóvenes comportamientos adecuados, trabajo, méritos y correspondencia. Por estos cauces, el ascenso de un personaje tenía un efecto multiplicador y se traducía, siguiendo las relaciones de parentesco, en la elevación de un grupo de parientes.

Estas relaciones no eran algo accesorio, sino una condición *sine qua non*, la base y motor principal de aquella dinámica. El ingreso en la alta administración no se hacía a través de cauces públicos y abiertos, como en los estados contemporáneos, sino a través de relaciones privilegiadas de parentesco, amistad y patronazgo. Las familias de las élites pugnaban por obtener plazas, cargos, prebendas y privilegios. Según descripciones de finales del siglo XVIII, nume-

rosos hidalgos acudían a la Corte para intentar conseguir cargos públicos. Presentaban memoriales con los méritos de su linaje, buscaban patronos poderosos que se dignaran recomendarles, se agotaban en el empeño, pero la mayor parte no lo conseguían. Hasta tal punto que, repetidas veces, Carlos III tuvo que ordenar que los aspirantes a empleos públicos abandonasen la Corte para volver a sus respectivos pueblos en el

<sup>8</sup> CARO BARQUA, J., *Op. cit.*, pp. 106-111; SANZ AYAN, C., *Los banqueros de Carlos II*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1989, p. 569; KAMEN, H., *Op. cit.*, pp. 81-82, 206, 234, 254, 258 y 413.

<sup>9</sup> IMÍZCOZ, J.M., "Parentesco, amistad y patronazgo. La economía de las relaciones familiares en la hora navarra del XVIII", en FERNÁNDEZ C., y MORENO A. (Coords.), *Familia y cambio social en Navarra y el País Vasco, siglos XIII-XX*, Pamplona, Navarra Gráfica, 2003, pp. 165-216.



plazo de un mes. En 1785 volvía a reiterarlo en dos decretos: "Ha llegado a hacerse insoponible la desordenada concurrencia a mi Corte de pretendientes de rentas, pues además de la Confusión que originan con sus importunidades en los Ministerios y oficinas, turban mi servicio (...)"<sup>10</sup>. Esta imposibilidad para muchos de conseguir empleos públicos contrasta con la facilidad con que los navarros introducidos en la alta administración obtenían cargos y prebendas para sus parientes. Un ejemplo entre cien otros es la soltura con la que Juan Francisco de Lastiri, secretario de Gracia y Justicia de la Cámara de Castilla, obtenía del rey, en 1782, una media prestamera para el hijo de una prima, su sobrino segundo José Isidro de Dolarea. Así comunicaba la noticia a su hermana: "Mi querida hermana: Esta mañana me han avisado del Pardo reservadamente cómo al sobrino Joseph Ysidro de Dolarea le ha dado el Rey una media prestamera, que valdrá de trescientos a cuatrocientos ducados, moneda de Castilla, que los podrá comer en la casa sin carga alguna. Esta gracia no se publicará hasta de hoy en ocho días, pero a mi se me ha confiado amistosamente, como que he sido el solicitador. Te aseguro que tengo el mayor gusto y quiero que seas tu quien avises a la prima Maria Pepa, a quien no escribo nada dejándote a ti la acción para que lo hagas. Recibe mis expresiones de parte de Manuela y de la prima Felicia y Dios guarde los muchos años que desea tu hermano que te ama de corazon, Juan Francisco"<sup>11</sup>.

El comercio fue la base inicial del ascenso económico y social de estos grupos familiares. A lo largo del XVIII, siguió siendo una actividad destacada para muchos navarros, sobre todo el comercio con Indias, y una vía de ascenso abierta y en continuo aumento hasta finales de siglo por la que siguieron elevándose nuevas familias, a través del apadrinamiento de sus parientes colaterales. Así, muchos jóvenes baztanenses fueron enviados a las casas de comercio de sus parientes en Madrid, Cádiz y las Indias<sup>12</sup>. El pariente comerciante los ponía a trabajar a su servicio, les enseñaba el oficio, costeaba su manutención, ropa y estudios, y llevaba a cabo sus tratos apoyándose en ellos, sobre la base de un intercambio de servicios y obligaciones, de confianza, autoridad y dependencia. En esta relación jerárquica se forjaban los niños y mozos. Con el tiempo, el joven aprendiz podía suceder en el negocio a su pariente o instalarse por su cuenta, recibiendo ayuda de aquél bajo forma de préstamos o donaciones, recomendaciones y apoyos de su red mercantil.

Una economía basada en el crédito es una economía basada en la confianza y la actividad mercantil se establecía como una red de relaciones constituida y renovada sobre la base de vínculos familiares, matrimoniales, de parentesco o de amistad. Las grandes empresas de comercio no eran un negocio individual, sino que formaban parte del imperio económico diversificado de una familia. La familia buscaba ocupar todas las posiciones de dirección y de control del negocio con personas de confianza relacionadas con ella por lazos de sangre o matrimonio, y tendía a asociarse con aquellos que tenían una afinidad de amistad y de paisanaje<sup>13</sup>. Así, por ejemplo, en la primera mitad del siglo XVIII, la casa Arizkun de comercio, una de las principales de la Corte, se apoyaba en buena medida en las estrechas relaciones de Miguel de Arizkun y Mendinueta con su hermano Francisco, con su primo Ambrosio Agustín de Garro (que luego se casaría con una hija de Francisco), y con su primo Francisco de Mendinueta y Hualde. Además colaboró estrechamente con otros parientes y paisanos del círculo baztanés como Miguel Francisco de Aldecoa, Matías de Lavaquia, Juan de Ga-

<sup>10</sup> Decreto del 16/9/1778, Edicto del 18/5/1779, Decretos del 17/3/1785 y del 9/11/1785, citados por MORALES MOYA, A., *Reflexiones sobre el Estado español del siglo XVIII*, Madrid, INAP, 1987, p. 47.

<sup>11</sup> Archivo de la casa Gastón de Iriarte (ACGI), carta de Juan Francisco de Lastiri (Madrid) a Maria Josefa de Lastiri, 2 de febrero de 1782. Agradezco la consulta de dicho archivo a D. Gaspar Castellano de Gastón.

<sup>12</sup> OTAZU Y LLANA, A., *Hacendistas navarros en Indias*, Bilbao, Gráficas Ellacuría, 1970; ARAMBURU J. M., y USUNÁRIZ, J. M., "De la Navarra de los Austrias a la hora navarra del XVIII" en ANDRÉS-GALLEGU, J. (Coord.), *Navarra y América*, MAPFRE, Madrid, 1992; MALAMUD, C. D., "El fin del comercio colonial: una compañía comercial gaditana del s. XIX", en *Revista de Indias*, n.º 151-152, 1978, pp. 287-349; TORRES SÁNCHEZ, R. (ed.), *Capitalismo mercantil en la España del siglo XVIII*, Pamplona, Eunsu, 2000.

<sup>13</sup> KICKA, J. E., *Empresarios coloniales. Familias y negocios en la ciudad de México durante los Borbones*, México, FCE, 1986, p. 47.



Casa Arizkunenea de Elizondo, perteneciente a Miguel de Arizkun y Mendinueta (Elizondo, 1691-1741), rico comerciante y asentista en la Corte, primer marques de Iturbeta

raicoechea y otros<sup>14</sup>. Otro ejemplo significativo, esta vez en el comercio colonial de Cádiz, fueron las importantes compañías de comercio de la familia Uztáriz, navarros de Oyeregui, en las que los puestos de dirección estaban ocupados por hermanos y primos y los factores en Indias eran parientes y hombres de confianza<sup>15</sup>.

Sobre bases semejantes se apoyaban los negocios financieros con la corona. Como muestra el grupo de asentistas baztaneses en torno a Juan de Goyeneche, era frecuente la asociación de parientes, amigos y paisanos, para tomar los asientos o contratas con la Real Hacienda para el aprovisionamiento de los ejércitos y las armadas, o para la elaboración y conducción a los mercados de los géneros estancados, como la sal o el tabaco<sup>16</sup>. Estos negocios requerían determinadas redes de relaciones. Para adelantar al rey dinero abundante, los financieros disponían no sólo de fortuna personal, sino de una red de socios e inversores que les permitía reunir grandes sumas, para luego cobrarlas por diferentes medios y repartir los beneficios entre los participantes en aquellas sociedades<sup>17</sup>.

Semejante apadrinamiento guiaba a los niños cuyas familias destinaban a carreras cortesanas, burocráticas, militares o eclesiásticas<sup>18</sup>. Por lo general, salían de casa desde muy jóvenes y, siguiendo los caminos del parentesco, pasaban

bajo el amparo de parientes convenientemente situados que les alojaban y mantenían, les procuraban instrucción y estudios, les inculcaban principios morales y religiosos, les introducían en academias y administraciones, y se encargaban de presentarlos en la Corte y ante sus futuros jefes como miembros del círculo familiar. En estos casos, sin embargo, el apadrinamiento tenía que adaptarse a las condiciones de ingreso y carrera de cada institución.

<sup>14</sup> CARO BAROJA, J., *Op cit.*, pp 267 ss.

<sup>15</sup> RUIZ RIVERA, J. B., "La Compañía de Uztáriz, Las Reales Fábricas de Talavera y el comercio con Indias", en *Anuario de Estudios Americanos*, t. XXXVI, 1979, pp. 219-221, 229-230, 235, y "La casa de los Uztáriz, San Gines y Compañía", en *La burguesía mercantil gaditana, 1650-1868*, Cadiz, Instituto de Estudios Gaditanos, 1979.

<sup>16</sup> CARO BAROJA, J., pp 220-221, 250, 252-253 y 267, Base de datos Fichero (grupo PAPE) AQUEERRETA, S., *Negocios y finanzas en el siglo XVIII: la familia Goyeneche*, Pamplona, Eunsa, 2001. AQUEERRETA, S. (coord.), *Francisco Mendinueta: Finanzas y mecenazgo en la España del siglo XVIII*, Pamplona, Eunsa, 2002. HERNÁNDEZ ESCAYOLA, M. C., *Negocio y servicio: Finanzas públicas y hombres de negocios en Navarra en la primera mitad del siglo XVIII*, Pamplona, Eunsa, 2004.

<sup>17</sup> BAYARD, F., *Le monde des financiers au XVIIIe siècle*, Paris, Flammarion, 1988.

<sup>18</sup> IMIZCOZ, J. M., y GUERRERO, R., "Familias en la Monarquía. La política familiar de las élites vascas y navarras en el Imperio de los Borbones", en *Casa, familia y sociedad (País Vasco, España y América, siglos XV-XIX)*, Bilbao, UPV, 2004, pp. 177-238.



Miembros de estas familias ejercieron cargos en las casas reales, especialmente como secretarios y tesoreros, jugando un papel importante en la gestión burocrática y económica del palacio<sup>19</sup>. Así encontramos, al menos, una veintena de baztaneses como secretarios y tesoreros de reyes, reinas e infantes. Se trataba en su mayor parte de hombres de aquella primera generación de “la hora navarra” que se introdujeron a comienzos del siglo XVIII en la administración de las casas reales, pero también de baztaneses de la segunda generación, o de hijos de baztaneses nacidos en Madrid, que los primeros fueron introduciendo<sup>20</sup>. Juan de Goyeneche fue el promotor de una serie de parientes que acapararon los cargos de tesorería de palacio y que ostentaron otros cargos honoríficos en la Corte<sup>21</sup>. Estos, a su vez, traspasaron sus cargos a sus hijos o introdujeron a sus parientes<sup>22</sup>.

Estas posiciones en la casa real les procuraron ventajas importantes. Fueron especialmente útiles para sus empresas, al simultanearlas con cargos en la Administración de Hacienda y con negocios particulares como asentistas y comerciantes<sup>23</sup>. Al controlar el reclutamiento de los cargos subalternos de la casa real, introdujeron a jóvenes parientes como furrieres de caballerizas, caballerizos de campo, reposteros de camas, etc., que muchas veces fueron el punto de partida para ascender en palacio. Además, varios eclesiásticos miembros de aquellas familias tuvieron el título de capellanes de honor de Su Majestad<sup>24</sup>. Así mismo, la cercanía a los reyes les permitía obtener directamente del monarca mercedes para sus parientes, sin tener que pasar por el pesado aparato burocrático. Por ejemplo, cargos en el alto clero, cuyo nombramiento era prerrogativa del patronato regio. Así, en 1745, María Josefa de Landabere, camarera mayor de la reina<sup>25</sup>, conseguía un cargo de maestre escuela de la catedral de Málaga para su sobrino Andrés de Irigoyen (Erratzu, 1712-1770): “Sobrino querido mío: Sea enhorabuena que a la magnanimidad de mi amo hayas merecido la singular honra de haberte nombrado maestre escuela de la Santa Iglesia de Málaga, favor que por toda la vida debes reconocer, así a Su Majestad como a mi ama y señora, encomendándoles a Dios con particular mención en los sacrificios que en ella celebrares (...) su liberalidad excede con la magnanimidad que acostumbra a la satisfacción de algún servicio que yo haya podido hacer a sus reales pies”<sup>26</sup>.

A lo largo del siglo XVIII, estos navarros tuvieron asimismo una presencia destacada en la alta administración, especialmente en las instituciones nuevas, reformadas o am-



Miguel Gastón de Irarte y Borda, natural de la casa Irarte de Erratzu (1679-1761), influyente hombre de negocios en la Corte, sobrino de Juan de Goyeneche (Amabilidad de D. Gaspar Castellano de Gastón).

<sup>19</sup> GÓMEZ-CENTURIÓN JIMÉNEZ, C., SÁNCHEZ BELÉN, J. A., “La Casa Real durante el siglo XVIII: perspectivas para su estudio”, en CASTELLANO, J. L. (Ed.), *Sociedad, Administración y poder del Antiguo Régimen. Hacia una nueva historia institucional*, Granada, Universidad de Granada, 1996, pp. 173-174.

<sup>20</sup> Archivo General de Palacio (AGP), Fondo Personal, exp. de Juan de Goyeneche, 476/47; exp. de Francisco Miguel de Goyeneche, 476/46; exp. de Juan Francisco de Goyeneche, 476/48; AGP, Sección Registros, “Registros de criados de la casa de la reina, 1701-1739”, sig. 573, fols. 196v-197v; exp. de Tomás de Iriberry, 526/20; exp. de Juan Francisco de Iriberry y Goyeneche, 7959/6; exp. de Antonio de Iriberry, 526/16; exp. de Francisco de Indaburu, 7703/18; exp. de Juan Bautista de Iturraide, 527/29; exp. de Pedro de Astrearena, 82/8; exp. de Jacobo de Astrearena, marqués de Murillo, 82/7.

<sup>21</sup> El propio Juan de Goyeneche y Gastón (Arizkun, 1656-1735) fue tesorero privado de Carlos II y tesorero sucesivamente de las reinas Mariana de Neoburgo, María Luisa de Saboya e Isabel de Farnesio. Desde estas posiciones introdujo a su hijo Francisco Miguel de Goyeneche y Balanza (Madrid, 1705-1762), tesorero de la reina Mariana de Neoburgo y de Isabel de Farnesio, y a varios sobrinos: Juan Tomás de Goyeneche e Irigoyen (Arizkun, 1691), tesorero y caballero de Mariana de Neoburgo; Juan Francisco de Goyeneche e Irigoyen (Arizkun, 1689-1744), hermano del anterior, mayordomo de la reina, Tomás de Iriberry y Goyeneche (Maya, 1682), furrier de la caballería de la reina en 1707; y su hermano Juan Francisco de Iriberry y Goyeneche, capellán de honor de Su Majestad.

<sup>22</sup> Un hijo de Tomás de Iriberry y Goyeneche, Antonio de Iriberry y Lastiri, entró como paje de Felipe V y fue caballerizo de campo de Su Majestad. Francisco de Indaburu y Borda, natural de Azpilkueta, sucedió a su primo político Francisco Miguel de Goyeneche, conde de Saceda, como tesorero de Isabel de Farnesio. A su vez, en la generación siguiente, un sobrino de Francisco, Sebastián de Indaburu y Barberena (Arizkun, 1722-1790) entró como cajero de dicha Tesorería de la reina Madre en 1770, cargo que abandonó dos años más tarde, tras la muerte de éste.

<sup>23</sup> CARO BAROJA, J., *Op. cit.*, p. 65.

<sup>24</sup> Como Juan Francisco de Iriberry y Goyeneche, Juan de Echenique y Aguirre, Andrés de Apezteguía y Erratzu, Juan de Ariztia y Elizacochea, o los naturales del vecino lugar de Oyeregui (valle de Bertizarana) Pedro de Laurinaga y Gortari, o Juan Miguel de Barberena y Perurena.

<sup>25</sup> Y anteriormente asistente de la duquesa de Linares, AGP, Sección Registros, “Registros de criados de la casa de la reina, 1701-1739”, sig. 573, fols. 274r-274v.

<sup>26</sup> ACGI, carta de María Josefa de Landabere (San Ildefonso) a Andrés de Irigoyen, 13 de septiembre de 1745.



Miguel José Gastón de Iriarte y Elizacoechea, natural de la casa Iriarte de Erratzu (1716-1797), caballero de Santiago, teniente general de la Real Armada, comandante de las Reales Compañías de Guardias Marinas y capitán general del departamento de Cartagena

pliadas por los Borbones, como las secretarías del Despacho o las intendencias<sup>27</sup>. En la cúpula del Estado, las secretarías del Despacho –superpuestas a la tradicional estructura polisindial– se convirtieron (claramente en la segunda mitad de la centuria) en el centro del aparato político-administrativo de la Monarquía, germen de los futuros ministerios. Estos ministros tuvieron un gran poder efectivo. Desde estas posiciones gozaron también de una inmensa capacidad de patronazgo sobre sus parentelas y sus comunidades de origen. A pesar del progreso de los criterios más profesionales de ascenso burocrático que se abren paso en el siglo XVIII, sobre todo en las secretarías del Despacho, las relaciones de parentesco y de patronazgo siguieron pesando de forma decisiva. Se entraba en la Administración por influencias. Luego era necesario, en principio, seguir el *cursus* burocrático establecido. Pero el favor del rey o de sus ministros era de nuevo necesario para ascender a los cargos más relevantes<sup>28</sup>.

<sup>27</sup> LÓPEZ-CORDÓN, M.V., "Secretarios y secretarías en la Edad Moderna", en *Studia Historica, Historia Moderna*, n.º 15, 1998, pp.120-121 y 126-128; y "Cambio social y poder Administrativo en la España del siglo XVIII" en, pp. 116-117 y 123-124; FRANCO RUBIO, G.A., "La Secretaría de Estado y Despacho de Guerra en la primera mitad del siglo XVIII", CASTELLANO, J.L. (ed.), *Sociedad, Administración y poder en la España del Antiguo Régimen*, Granada, Universidad de Granada, 1996, p.151; ABBAD, F., OZANAM, D., *Les Intendants espagnols du XVIIIe siècle*, Madrid, 1992.

<sup>28</sup> CASTELLANO, J.L., "La carrera burocrática en la España del siglo XVIII" en CASTELLANO, J.L. (ed.) *Sociedad, Administración y poder en la España del Antiguo Régimen*, Granada, Universidad de Granada, 1996, p. 43; ESCUDERO, J.A., *Los orígenes del Consejo de Ministros en España (vol. 1)*, Madrid, Editora Nacional, 1979, p.146; MARTÍNEZ ROBLES, M., *Los oficiales de las Secretarías de la Corte bajo los Austrias y los Borbones, 1517-1812*, Madrid, INAP, 1987, pp. 98 y 142; LÓPEZ-CORDÓN, M.V., "Secretarios y secretarías en la Edad Moderna", en *Studia Historica, Historia Moderna*, n.º 15, 1998, pp.119-120 y pp. 121-124.

<sup>29</sup> Por ejemplo, tres sobrinos de Juan de Goyeneche ocuparon cargos en la Administración de Hacienda. Juan Tomás de Goyeneche e Irigoyen fue contador mayor de Hacienda, Juan Francisco de Goyeneche e Irigoyen fue director de la Renta del Tabaco y consejero de Hacienda y Tomás de Iriberry y Goyeneche fue tesorero general y consejero de Hacienda. Jerónimo de Uztáiz y Hermiaga (Santesteban, 1670-1732), oficial de la Secretaría del despacho de Guerra, incorporó en el puesto de escribiente de su secretaria, cuando aun no tenía trece años, a su hijo Casimiro, quien llegaría a ser secretario del despacho de Estado y Guerra, y marqués de Uztáiz. Esteban de Lastiri y Montalena (Erratzu, 1665), tesorero general del Consejo de Órdenes (1716), introdujo en la Administración a sus dos hijos, Juan de Lastiri y Castañón (Madrid, 1710), caballero del hábito de Santiago (1725), secretario del rey (1727) y secretario de la Junta de Obras y Bosques; y su hermano Manuel (Madrid, 1692), tesorero general del Consejo de Órdenes Militares en 1716, por renuncia de su padre. Juan Francisco de Lastiri y Gastón de Iriarte, siendo secretario del Consejo de Órdenes Militares, introdujo en la carrera administrativa a su sobrino Miguel de Buztinaga y Lastiri como escribiente de la secretaria del Consejo de Órdenes Militares. Más tarde, cuando Lastiri fue nombrado secretario de Gracia y Justicia del Patronato de Castilla en 1778, su sobrino continuó bajo su patrocinio, ya que fue trasladado en 1780 a esa secretaría con el grado de oficial.

<sup>30</sup> CARO BAROJA, J., *Op.cit.*, p. 231.

<sup>31</sup> ACGI, "Poema épico. La Sociedad anti-Hispana de los enemigos del País, establecida y fortalecida en Madrid, en casa del excelentísimo señor Marqués de Grimaldí la noche de el día 28 de Diciembre: Día de Inocentes año de 1775. Jefe: el Marqués. Chanciller: el Abate Pico", s.p.

<sup>32</sup> Juan Bautista de Iturralde y Gamio, marqués de Murillo (1739-1740); Miguel de Múzquiz y Goyeneche, conde de Gausa (1766-1785), y Nicolás Ambrosio de Garro y Anzkun, marqués de las Hormazas (1797 y 1809-1810).

<sup>33</sup> Juan Francisco de Goyeneche e Irigoyen, marqués de Ugena; Tomás de Iriberry y Goyeneche, marqués de Valbuena; Jerónimo de Mendinueta y Múzquiz, conde de la Cámara, Juan Matías de Arozarena, Juan Gabriel de Arozarena; Pedro Fermín de Indart, y Antonio de Iriberry y Lastiri.

<sup>34</sup> Entre más de treinta cargos recensados se contaban siete oficiales de las secretarías del Despacho y del Consejo, dos directores generales de rentas, varios directores y administradores de diferentes rentas en diversos territorios; un ministro de la contaduría mayor de cuentas y varios contadores, tesoreros y comisarios.

<sup>35</sup> Como, por ejemplo el baztanés Juan de Elizondo y Echenique, secretario del despacho de Estado y Guerra, o Casimiro de Uztáiz, orundo de Santesteban, secretario del despacho de Estado Guerra y primer marqués de Uztáiz.

<sup>36</sup> Entre otros, Miguel de Mendinueta y Múzquiz, gobernador del Consejo de Castilla, Juan Martín de Gamio Encoreña, consejero del Consejo de Castilla, Francisco Javier de Goyeneche y Balanza, consejero del Consejo de Indias. Así mismo, Juan Francisco de Lastiri y Gastón de Iriarte, secretario de Gracia y Justicia de la Cámara de Castilla, y varios oficiales y tesoreros generales de diferentes consejos.

<sup>37</sup> Como Pedro Francisco Goyeneche y Martiarena, Juan Miguel Indart y Galandea, y Martín de Iturralde y Layaqui.

Los personajes establecidos en las secretarías del despacho y en los consejos ejercieron un intenso patrocinio sobre sus parientes y paisanos, introduciendo a los suyos en las administraciones que estaban a su cargo o en las que tenían entrada<sup>29</sup>. Las críticas de sus rivales muestran que aquellos personajes tuvieron fama de colocar a los suyos. Así, por ejemplo, los detractores de Juan Bautista de Iturralde, fugaz secretario de Hacienda entre 1739 y 1740, le reprocharon que "acomodó a los suyos y dejó el ministerio"<sup>30</sup>. Por su parte, duendes anónimos de la corte de Carlos III criticaban así a su persistente ministro de Hacienda baztanés (1766-1785): "Múzquiz es inmortal, Dios le conserve/ para el más consumado desgobierno/ para bien de los suyos y apropiarse/ por de comiso el patrimonio ajeno"<sup>31</sup>.

Los mecanismos habituales del patrocinio familiar y la endogamia matrimonial y profesional de estas familias propiciaron concentraciones de grupos de parientes y paisanos en determinadas administraciones. Los baztaneses se concentraron de forma especialmente notable en la Administración de Hacienda. A lo largo del siglo XVIII hubo tres ministros de Hacienda de origen baztanés<sup>32</sup>, siete consejeros de Hacienda<sup>33</sup> y un número notable de cargos relacionados con las finanzas reales<sup>34</sup>. Hubo así mismo navarros encumbrados en otras secretarías de Despacho<sup>35</sup>, en los consejos reales y en sus secretarías<sup>36</sup>, o como intendentes<sup>37</sup>.

Las posiciones de los miembros de estas familias en las casas reales y en la alta Administración les permitieron colocar así mismo a sus parientes en elevadas carreras militares y eclesiásticas. Hubo abundantes carreras en la jerarquía militar. Gracias a su capital relacional, los jóvenes de estas familias ingresaron en los cuerpos y academias más elitistas del Ejército y la Marina –como las Guardias Reales, las





Guardias Marinas o la Academia de Artillería— que tradicionalmente habían sido el coto preferido de la más alta nobleza y de los hijos de generales<sup>38</sup>.

Siguiendo pautas de auto-reclutamiento y de endogamia matrimonial, tendieron a crear sagas familiares, introduciendo a sus hijos y sobrinos en estas carreras y casando con hijas de militares. Así por ejemplo, Miguel José Gastón de Iriarte y Elizacochea (Erratzu, 1716-1797), teniente general de la Real Armada en 1779, dio lugar a una importante saga de marinos y militares<sup>39</sup>. Casó en 1765 con Josefa de Navarrete y Lanz, hija del mariscal de campo y capitán general del Yucatán don Melchor de Navarrete, y dio carrera en la Marina a sus tres hijos varones, uno de los cuales, Miguel María, sería, como su padre, teniente general de la Real Armada, en 1825. Así mismo, casó a sus hijos e hijas con familias de mandos militares y, a su vez, en la generación siguiente, bastantes nietos siguieron igualmente carreras en la Real Armada y en las Guardias Reales<sup>40</sup>.

Una vez situados en estas instituciones, utilizaban sus cargos o sus amistades para introducir y promocionar a sus parientes. Es lo que ocurrió con el joven Francisco Esteban de Dolarea y Gastón de Iriarte (Gaztelu, 1759-1783), a quien, en 1774, sus parientes orientaron hacia las Guardias Marinas. Así lo contaba su hermano Juan Félix: “El hermano Francisco Esteban, se ha determinado el que se quede, con motivo de haberle echado la especie este señor don Juan Agustín de Uztáriz de que era propio para guardia marina a que está inclinado, siendo del mismo parecer dicho señor don Juan Agustín y el señor tío don Miguel<sup>41</sup> de que entre en el cuerpo; no hay duda tiene admirable pinta para el efecto y no dejará de adelantar con la protección del señor tío<sup>42</sup>. Más adelante, el propio Francisco Esteban se alegraba cuando su tío Miguel José iba prosperando en la carrera y le resultaba evidente que ello serviría a su propia promoción: “El tío don Miguel está muy contento con la paz y con la encomienda que sabe está hacendada en veinte y cinco mil reales. Le dan a mandar la primera flota. Podrá dejar qué comer a sus hijos y no dejaríamos de aprovecharnos sus sobrinos<sup>43</sup>”.

En no pocas ocasiones las carreras militares tuvieron importantes consecuencias políticas. Muchas veces, el generalato en el Ejército llevaba a ejercer gobiernos político-militares: coman-

dancias, gobernaciones, capitanías generales y virreynatos en las Indias<sup>44</sup>. Esto explica el importante número de virreyes y gobernadores navarros en América durante la segunda mitad del siglo XVIII, como, por ejemplo, los virreyes baztaneses Pedro de Mendinueta y Múzquiz, capitán general de los reales ejércitos y virrey de Nueva Granada (1797-1800), Agustín de Jáuregui y Aldecoa, teniente general de los Reales Ejércitos, gobernador y capitán general de Chile (1773-1780) y virrey del Perú (1780-1784), o su yerno y primo político José Joaquín de Iturrigaray y Aróstegui, virrey de la Nueva España en 1802. Estos gobernantes formaban parte de la segunda o tercera generación de aquellas familias que a comienzos del siglo XVIII se habían elevado con Felipe V, que habían dado entrada a sus vástagos en los cuerpos de élite del Ejército, y que ahora se encontraban de nuevo entre los principales agentes de la monarquía.

Así mismo, aquellas familias colocaron a sus vástagos en la más elevada jerarquía eclesiástica, como lo muestra la extensa nómina de

<sup>38</sup> ANDÚJAR, F. “Las élites de poder militar en la España borbónica” en CASTELLANO, J.L. (ed.), *Sociedad, Administración y poder en la España del Antiguo Régimen*, Granada, Universidad de Granada, 1996, pp. 219 y 228.

<sup>39</sup> Marqués de JAUREGUIZAR, *Nobiliario de Navarra*, Madrid, Minerva, 1978, pp. 42-48; PAVÍA, F.P., *Galería biográfica de los generales de Marina*, Madrid, 1873, pp. 7-14; *Real Compañía de Guardias Marinas y Colegio Naval. Catálogo de pruebas de caballeros aspirantes*, Instituto Histórico de Marina, Madrid, 1943-1955, 7 tomos.

<sup>40</sup> PAVÍA, F.P., *Galería biográfica de los generales de Marina*, Madrid, 1873, pp. 7-14; Marqués de JAUREGUIZAR, *Op.cit.*, pp. 44-48; de GABRIEL Y RUIZ DE APODACA, F., *Apuntes biográficos del señor don Juan Ruiz de Apodaca y Eliza, conde de Venadito*, Burgos, Librería de José Antonio de Azpiazu, 1849; ACGI, “Cuadro de los descendientes del E. S. teniente general de la Armada D. Miguel Gastón”, por Pedro de Tavira y Gastón, Madrid, 14 de junio de 1882.

<sup>41</sup> Miguel José Gastón de Iriarte y Elizacochea.

<sup>42</sup> ACGI, carta de Juan Félix de Dolarea (Cádiz) a Pedro José Gastón de Iriarte (Erratzu), 31 de agosto de 1774.

<sup>43</sup> ACGI, Carta de Francisco Esteban de Dolarea (Cádiz) a Pedro José de Dolarea y María Josefa Gastón de Iriarte (Gaztelu), 7 de febrero de 1783. Archivo del Museo Naval, caja 26, n.º 1352. Expediente de probanza de hidalguía para el ingreso en la Real Compañía de Caballeros de Guardias Marinas de Francisco Dolarea y Gastón de Iriarte, 1775.

<sup>44</sup> ANDÚJAR, F., *Los militares en la España del siglo XVIII. Un estudio social*, Granada, 1991, p. 367; y “Las élites de poder militar en la España borbónica” en CASTELLANO, J.L. (ed.), *Sociedad, Administración y poder del Antiguo Régimen. Hacia una nueva historia institucional*, Granada, Universidad de Granada, 1996, p. 234.





Palacio de Oñáriz, cuna de Agustín de Jauregui y Aldecoa (1711-1784), teniente general de los Reales Ejércitos, gobernador y capitán general de Chile (1773-1780) y virrey del Perú (1780-1784)

obispos y dignidades catedralicias en la Península y en América. Entre ellos destacaron los obispos baztaneses Martín de Elizacochea y Dorre, obispo sucesivamente de Durango (1735-1745) y de Valladolid de Michoacán (1745-1756), en la Nueva España; Juan Lorenzo de Irigoyen y Dutari, obispo de Pamplona (1768-1778); Pedro Luis de Ozta y Múzquiz, obispo de Calahorra-La Calzada (1785-1789); y, ya en el siglo XIX, descendientes de estas familias como José Sebastián de Goyeneche y Barreda, obispo de Arequipa, en Perú (1816-1872), y Miguel José de Irigoyen y Dolarea, obispo de Zamora (1847-1850) y de Calahorra-La Calzada (1850-1852). Por debajo de estos obispos y arzobispos, hubo un número importante de arcedianos, capiscolos, maestrescuelas y simples canónigos en muy diversas catedrales de la Península y de las Indias. Como en los casos anteriores, estas carreras se apoyaron –además del mérito personal– sobre el apadrinamiento del círculo familiar. Por un lado, los miembros cortesanos de estas parentelas captaron el patronato regio a favor de sus familiares. Por otro, los propios prelados ejercieron su patrocinio directo sobre sus jóvenes



Juan Lorenzo Irigoyen y Dutari, natural de la casa Buztinaga de Erratzu (1712-1778), obispo de Pamplona entre 1768 y 1778

parientes, a los que financiaban los estudios, procuraban cargos eclesiásticos y colocaban como sus colaboradores más inmediatos. Como en otras carreras, estos mecanismos tuvieron un efecto multiplicador notable.

Los eclesiásticos que todavía no tenían capacidad de nombramiento podían colocar a sus jóvenes parientes bajo la protección de prelados amigos. Juan Javier Gastón de Iriarte (Erratzu, 1714-1798) fue enviado a Madrid con nueve años, y de ahí a México con once, para seguir una carrera eclesiástica bajo los auspicios de su tío don Martín Elizacochea. Éste todavía era deán de la catedral de México y lo colocó como paje de su amigo y medio paisano el arzobispo Vizarrón. Así lo narraba el propio Juan Javier a su tío Pedro Felipe, en una carta de 1731: "Mi s(ñor) tío fue servido de ponerme a page de el y(lustrisimo) S(ñor) D(on) Juan Antonio de Bizarron, arzobispo de esta ciudad, a donde estoy bueno aunq(ue) disgustado porq(ue) se pasea mucho y estudia poco y aseguro a v(uestra) m(erced) que q(uan)to sabía antes de entrar en este palacio se me ha olvidado totalmente"<sup>45</sup>. Juan Javier acabaría la carrera como canónigo y capiscol de la catedral primada de Toledo.

Luego, cuando llegaban a ser obispos y disponían de poder de nombramiento, colocaban directamente a sus parientes como colaboradores suyos en el obispado, o en parroquias de su diócesis. Así, una vez convertido en obispo, Martín de Elizacochea se rodeó

en su diócesis de Durango o de Michoacán de sus sobrinos eclesiásticos Nicolás y Pedro de Echenique y Juan Martín de Indaburu<sup>46</sup>. De forma semejante, don Juan Lorenzo de Irigoyen y Dutari (Erratzu, 1712-1778) llevó consigo a lo largo de su carrera a varios parientes<sup>47</sup>, les dio educación, los promocionó en la carrera eclesiástica y, cuando fue obispo de Pamplona, entre 1768 y 1778, los colocó como sus colaboradores más inmediatos. Así favoreció a varios parientes y paisanos como Juan Miguel de Echenique, Fermín Lorenzo de Irigoyen y Echenique, Bartolomé Echeverría o Juan Ignacio de Asco<sup>48</sup>.

<sup>45</sup> ACGI, Carta de Juan Javier Gastón de Iriarte (México) a Pedro Felipe Gastón y Borja (Valle de Baztán), 20 de julio de 1731.

<sup>46</sup> GUTIÉRREZ TORRECILLA, L.M., "Martín de Elizacochea. Un navarro obispo en América (1679-1756)", en *Príncipe de Viana*, año LV, n.º 202, 1994, pp. 391-405; CASTELLANO DE GASTÓN, G., "Baztaneses en América: Epistolario de un Eclesiástico, de un Indiano y de un Oficial de Artillería", en *Segundo Congreso General de Historia de Navarra*, Príncipe de Viana, anejo 13, 1991, pp. 283-284.

<sup>47</sup> Archivo Histórico del Valle de Baztán (AHVB), Filiaciones, Erratzu, leg. 58, n.º 12.

<sup>48</sup> GÓÑI GAZTAMBIDE, J., *Historia de los obispos de Pamplona*, t. VIII, *Siglo XVIII*, Pamplona, Eunsa, 1989, p. 113; IRIGOYEN Y OLONDIZ, M., *Noticias históricas y datos estadísticos del Noble Valle y Universidad de Baztán*, Pamplona, 1890, pp. 96-97, 101.

<sup>49</sup> Conde de Saceda (Francisco Miguel de Goyeneche y Balanza, en 1731), marqués de Ugena (Juan Francisco de Goyeneche e Irigoyen, en 1735), marqués de Balbuena (Tomás de Iriben y Goyeneche, en 1732), marqués de Murillo del Cuende (Juan Bautista de Iturralde y Garrio, en 1739), marqués de Iturbeta (Miguel de Arizkun y Mendinueta, en 1742), conde de Gausa (Miguel de Múzquiz y Goyeneche, en 1783), marqués consorte de las Hormazas (Nicolás Ambrosio de Garro y Arizkun, por casamiento, en 1790), marqués de Aycinena (Juan Fermín Aycinena Irigoyen, en 1783), marqués de Ribacacho (Casimiro de Oza y Múzquiz), conde de la Cibera (Jerónimo de Mendinueta y Múzquiz) y conde de Guauri (José Manuel de Goyeneche y Barreda).

La "hora navarra del XVIII" no fue solamente la del grupo cortesano de mayor lustre. Las familias que participaron en aquel movimiento alcanzaron posiciones muy diferentes, formando una pirámide de cúspide estrecha y de base muy amplia. Los más elevados consiguieron títulos nobiliarios. Por ejemplo, los baztaneses y sus descendientes inmediatos obtuvieron de los Borbones no menos de cuatro condados y ocho marquesados<sup>49</sup>. Más amplio fue el grupo de caballeros que alcanzaron hábitos de órdenes militares. Durante el siglo XVIII y primer tercio del XIX vistieron estas distinciones honoríficas no menos de 82 baztaneses, hijos de





Casa Ingoyen del barrio Peraltaz de Anzkun, de la que hicieron carrera en la administración real y los negocios cuatro hermanos Iribarren Elizacorchea. Puede simbolizar la base más amplia y menos conocida de "la hora del XVIII"

baztaneses u originarios de las aldeas más inmediatas del valle de Bertizarana, emparentados muchas veces con aquellos: 58 hábitos de Santiago, 20 caballeros de la orden de Carlos III, y al menos dos de la de Alcántara y dos de la de Calatrava<sup>50</sup>.

En la base de esta pirámide de parentescos hubo muchos más, en posiciones más modestas de la administración real, el ejército, el clero y el comercio colonial<sup>51</sup>. A lo largo del siglo XVIII, varios centenares de baztaneses hicieron "informes de filiación y limpieza de sangre" con diversos fines, en particular para acreditar su nobleza y poder acceder a determinados cargos y privilegios para los que se requería la condición noble<sup>52</sup>. Si contamos sólo a aquellos de los que tenemos mención del lugar de residencia, en una primera aproximación hallamos más de trescientos, establecidos en muy diversos territorios de la Monarquía. La nómina no es completa, ni mucho menos, ya que faltan bastantes personajes que conocemos por otro lado. Sin embargo, se pueden apreciar algunos rasgos generales. Son centenares los baztaneses que participaron en las carreras de "la hora del XVIII", en diferentes niveles. A partir de unos grupos iniciales, y siguiendo mecanismos de apadrinamiento, su número se fue multiplicando a lo largo del siglo. Los miembros de aquellas parentelas se extendieron "a escala de imperio", siguiendo negocios y carreras en toda la Península y en las Indias. De las 331 menciones de residencia que figuran en nuestra lista provisional de Filiaciones, domina la Península (263) con respecto a América (68). Dentro de la Península, los principales focos son la Corte (92) y Cádiz (53), pero se observa también una llamativa dispersión de baztaneses establecidos, al filo de sus negocios y destinos, en ciudades como Pamplona (19), Zaragoza (17), Cartagena (9) y, en menor número, en muchas otras, como Alcalá, Sevilla, Murcia, Alicante, San Sebastián, Valencia, Segovia, Soria, Málaga, Granada, Palma de Mallorca, etc.

<sup>50</sup> CADENAS Y VICENT, V. [Extracto de las informaciones de los] *Caballeros de la Orden de Santiago. Siglo XVIII*, 5 t., Madrid, Hidalguía, 1977-1980 (1701-1777), *Extractos de los expedientes de la Orden de Carlos III (1771-1847)*, 13 t., Madrid, Hidalguía, 1979-1988; *Caballeros de la orden de Calatrava que efectuaron sus pruebas de ingreso durante el siglo XVIII*, 4 t., Madrid, Hidalguía, 1986-1987, *Caballeros de la orden de Alcántara que efectuaron sus pruebas de ingreso durante el siglo XVIII*, 2 t., Madrid, Hidalguía, 1991-1992.

<sup>51</sup> Durante el siglo XVIII, recensamos a cerca de cuatrocientos baztaneses y no menos de doscientos originarios de la regata del Bidasoa en la administración real y el comercio colonial.

<sup>52</sup> AHVB, Filiaciones y Archivo General de Navarra, Protocolos notariales



## LA HORA NAVARRA DEL XVIII: UNA ECONOMÍA DE VASOS COMUNICANTES ENTRE LA CASA Y LA MONARQUÍA

### La política de colocación familiar: educación, financiación y empleo

Muy pronto, tras los éxitos de la primera generación de “la hora del XVIII”, una serie de familias se establecieron en una política consciente y sistemática de dar determinadas carreras a sus hijos. Esta política se apoyaba en las relaciones familiares introducidas en los negocios y las instituciones de la monarquía y requería una inversión educativa y económica, que muchas veces corría a cargo de los mismos parientes poderosos que patrocinaban las carreras de sus familiares.

Los Gastón de Iriarte, de la casa Iriarte de Erratzu, representan el ejemplo de familia baztanesa que participó de forma estable en esta dinámica, sin desarraigarse de la comunidad de origen. Durante varias generaciones, desde las últimas décadas del siglo XVII y a lo largo de todo el XVIII, esta familia colocó a los hijos varones en negocios y carreras, manteniendo a uno de ellos como sucesor en la casa nativa<sup>49</sup>. De este modo, en cada generación, los varones podían hacer carrera, y las hijas contraer matrimonio, bajo el patrocinio de los parientes de la generación anterior, que, desde sus cargos y posiciones, les promovían movilizando sus influencias y amistades. Al mismo tiempo, la casa permanecía arraigada en la comunidad, se enriquecía con las aportaciones económicas y honoríficas de sus hijos, sus dueños formaban parte del patriciado local y gozaban de relaciones excelentes en instancias de poder, lo que les permitía jugar un papel muy influyente como mediadores entre la Corte y la aldea.

La familia Gastón de Iriarte se incorporó a esta dinámica en las últimas décadas del siglo XVII, gracias a su parentesco con Juan de Goyeneche y Gastón. Hasta entonces, el horizonte de su economía y de la colocación de sus hijos había sido local. En las décadas finales de la centuria, los dueños de Iriarte, Juan Gastón de Iriarte (1660-1744) y María de Borda tuvieron cuatro hijos y cuatro hijas. De los cuatro varones, el primero, Pedro Felipe, quedó todavía como vicario de una parroquia local, Elvetea. Pero el segundo, Miguel (1679-1761), fue enviado con once años a Madrid, donde estaba su tío don Juan, y a los dieciséis años a Veracruz, de donde volvió más tarde para continuar sus negocios en la corte bajo la protección de su tío don Juan, que hizo de él uno de sus hombres de confianza. El tercer hermano, Martín (1681-1713), fue enviado también a Madrid, en 1694, con doce años, y en 1702 fue a Cádiz con el cargo de administrador y tesorero del Bolsillo Secreto, sin duda bajo la dirección de su tío don Juan. La casa troncal de Iriarte quedaba en manos de Antonio, el cuarto varón.

En la generación siguiente, los hijos de Antonio Gastón de Iriarte (1691-1773) y de Estefanía de Elizacocchea hicieron carrera bajo la protección de los dos tíos poderosos de la familia, don Miguel Gastón de Iriarte, hombre influyente en la Corte, y don Martín de Elizacocchea, que sería obispo de Durango y de Valladolid de Michoacán, en la Nueva España. Bajo este patrocinio, en los años 1720 la casa Iriarte fue enviando a Madrid a sus tres hijos varones conforme iban cumpliendo los nueve o diez años, y de allí se les iba situando en diversos destinos. El mayor, Juan Javier (1714-1798), fue enviado a Madrid con nueve años, y de ahí a México con once, para iniciar, bajo los auspicios de su tío don Martín, una carrera eclesiástica que culminaría

como canónigo y capiscop de la catedral primada de Toledo. El segundo hermano, Miguel José (1716-1798), llegó a Madrid con

<sup>49</sup> ACGI, “Razon de los hijos y dueños de la casa Iriarte de Erratzu, en el Valle de Baztan, desde el año 1600”, manuscrito de Joaquín Isidoro Gastón de Iriarte y Dolarea, 30 de junio de 1855.



Casa Iriarte de Erratzu, reconstruida con factura palaiega entre 1754 y 1755

diez años, fue introducido en las Guardias Marinas en 1733 y, tras una brillante carrera, alcanzaría en 1779 el grado de teniente general de la Armada<sup>54</sup>. El tercer varón, Pedro José (1718-1789), salió hacia Madrid con diez años, ingresó en las Guardias Reales en 1735 y era teniente coronel cuando tuvo que retirarse para volver a la aldea y suceder en la casa nativa, en 1755<sup>55</sup>.

A su vez, convertido en el nuevo amo de Iriarte, Pedro José Gastón de Iriarte colocó en carreras militares a sus dos hijos varones, gracias al apadrinamiento de sus hermanos y de sus amigos militares. José Joaquín (1766-1823) fue guardia marina en Cádiz, entre 1782 y 1786, pero, alegando motivos de salud, abandonó la Academia, regresó a la aldea y sucedió en la casa nativa. Luis Gonzaga (1774-1855) ingresó en la Academia de Artillería de Segovia en 1789 y alcanzó el grado de mariscal de campo en la primera guerra carlista<sup>56</sup>.

Esta casa no fue una excepción. Abundan las familias baztanesas que colocaron a sus hijos varones en carreras semejantes. En 1757, cuatro hermanos Iribarren Elizacochea, de la casa Irigoyen de Arizkun, se hallaban colocados en diversos destinos<sup>57</sup>. En 1776, la casa Unandegui de Erratzu tenía a cuatro hijos en la Corte y a uno en Sevilla. En 1754, tres hermanos de la casa Irigoyen de Erratzu se hallaban en Madrid. En 1771, cuatro hermanos Iriarte Echeverría, de la casa Indarte de Garzain, se encontraban en Caracas<sup>58</sup>. Estas carreras correspondían así mismo a las configuraciones del parentesco. Así lo muestra, por ejemplo, la parentela Múzquiz-Mendinueta-Ozta, en la segunda mitad del siglo XVIII. Las figuras del ministro Miguel de Múzquiz y Goyeneche y de los hijos de sus hermanas Josefa y Ana María dieron lugar a un número importante de hermanos y primos en cargos de la mayor elevación: cinco hermanos Mendinueta y Múzquiz, de la casa Isteconea de Elizondo<sup>59</sup> y cuatro hermanos Ozta y Múzquiz, de la casa Zamarguillenea de Elvetea<sup>60</sup>.

<sup>54</sup> PAVÍA, F.P., *Op. cit.*, pp. 7-14, Marqués de JAUREGUIZAR, *Op. cit.*

<sup>55</sup> Archivo Histórico Nacional (AHN), Órdenes Militares, Santiago, 3357, n.º 3, "Pruebas de D. Pedro José Gastón y Elizacochea", "Pruebas de D. Miguel José Gastón y Elizacochea", ACGI, "Solicitud de grado de coronel con la relación de méritos y servicios" de D. Pedro José Gastón de Iriarte y Elizacochea.

<sup>56</sup> ACGI, Fondo Iriarte de Erratzu, papeles sueltos, Archivo del Museo Naval, caja 37, n.º 1703, Expediente de probanza de hidalguía para el ingreso en la Real Compañía de Caballeros de Guardias Marinas de José Gastón de Iriarte y de Cortezarena, ACGI, Hoja de servicios de D. Luis Gastón en el Real Cuerpo de Artillería, San Sebastián, 31 de diciembre de 1829.

<sup>57</sup> Vicente fue tesorero de las Aduanas del Puerto de Santa María; Pedro Matius, empleado de Su Majestad en las provincias de Orán; Juan Ignacio, oficial de la tesorería de la reina viuda, y Juan Luis, un hombre de negocios instalado en Madrid. Archivo Histórico del Valle de Baztán (AHVB), Filiaciones, Anzkun, leg. 45, n.º 20.

<sup>58</sup> AHVB, Informes de filiación y limpieza de sangre.

<sup>59</sup> Pedro Mendinueta y Múzquiz (1736) siguió la carrera militar y obtuvo en 1797 el cargo de capitán general de los Reales Ejércitos y virrey de Nueva Granada. Miguel (1739-1806) fue gobernador del Consejo de Castilla. Antonio (1744-1829) siguió la carrera eclesiástica y llegó a ocupar el cargo de chantre en la catedral de Pamplona. Jerónimo fue consejero del Consejo de Hacienda en 1789, consejero camarlita de la Cámara de Indias por honores en 1793 y conde de la Cibera. Pedro Simón obtuvo en 1798 el puesto de administrador general de Cádiz e intendente honorario del Ejército. Por último, Joaquín (1760-1820) fue también eclesiástico, alcanzando en 1803 el cargo de arcediano de Valdonsella de la catedral de Pamplona.

<sup>60</sup> Casimiro Ozta y Múzquiz fue marqués de Ribascacho. Pedro Luis (Elvetea, 1742), obispo de Calahorra y la Calzada. Juan Rafael (Elvetea, 1757) fue tesorero de la Real Hacienda en Cádiz e intendente de provincia honorario. Y José Ignacio, Arcediano de Álava de la catedral de Calahorra.

La familia de la aldea solicitaba la colocación de sus vástagos a los parientes establecidos. En este punto tuvieron gran importancia los padres de dichos personajes (y muchas veces especialmente las madres) que intercedían en favor de sus hijos y nietos, pidiéndoles que los patrocinaran. La famosa relación entre tíos y sobrinos fue muchas veces, antes que otra cosa, la prolongación de la relación entre padres e hijos colocados, o entre hermanos. Si era necesario, los parientes solicitaban la colocación de los suyos con insistencia. Así, por ejemplo, Antonio Gastón de Iriarte se muestra especialmente persistente con su cuñado D. Martín de Elizacochea, obispo de Valladolid de Michoacán, y en cinco cartas consecutivas, entre 1750 y 1753, le reitera que “el sobrinito de Dorrea” (un sobrino-nieto del obispo) estaba en disposición de aviar a la Nueva España. Le insiste en que “es muchacho de buenas condiciones y que en la escuela da buenas muestras de disposición y está en lo mejor”, que “será muchacho de buenas costumbres”, que es “muchacho de buenas prendas y que va creciendo bastante”, que está con un preceptor al sur de Pamplona, “adonde se le envió con el fin de que al mismo tiempo que en la gramática se aproveche en el castellano, y parece da buenas muestras” y, finalmente, que “prosigue en la gramática y parece tiene buenos principios y que entra con afición al estudio”<sup>61</sup>.

Como hemos visto, la promoción de los niños se apoyaba generalmente en una relación directa con familiares o parientes cercanos. Otras veces, sin embargo, la familia no disponía de estas relaciones inmediatas y recurría al patrocinio de parientes más lejanos. Así, por ejemplo, para colocar a su hijo en la carrera militar, Ana Joaquina de Alduncín y Cortejarena escribía en 1792 a su primo José Joaquín Gastón de Iriarte pidiéndole que actuara como mediador o intercesor ante sus tíos poderosos. Esta madre se hallaba muy preocupada por el futuro de su hijo Claudio Antonio de Santo Domingo, ya que no había podido colocarlo aún y temía se le pasase la edad. Así lo expresaba: “Ya sabe vuestra merced las obligaciones de los padres para con sus hijos, siendo una de ellas el darles estado correspondiente a su honor y vocación de Dios. Como madre que soy de dos hijos, siendo el mayor de edad de 14 en que debo dirigirle al estado de su más honrado lucimiento (...)”. Su hijo se inclinaba por la carrera militar “como su abuelo don Juan José de Santo Domingo, que murió de capitán graduado de teniente coronel del regimiento de caballería de la reina”. Sin embargo, entre tanto, esta madre había perdido los cauces de colocación de que disponía (“quedé huérfana, sin padres ni hermanos que puedan favorecerme”) y, buscando “los medios que pueden proporcionarme el fin de ver a mi hijo colocado (...) no encuentro otro de más confianza y satisfacción para mí que el de dirigirme a la protección de vuestra merced y sus señores tíos, el excelentísimo señor teniente general don Miguel Gastón y el ilustrísimo señor canónigo de Toledo, don Javier Gastón”. Para conseguir esa ayuda, Ana Joaquina invocaba “el grande amor y cariño” que le profesaba su difunto tío, el padre de José Joaquín, y escribía a éste y a sus tíos para que “coloquen a mi hijo Claudio Antonio de Santo Domingo en la carrera más proporcionada para sus adelantamientos”<sup>62</sup>.

Aquella política familiar de colocación conllevaba unas inversiones. En particular, había que dar una educación a los niños para que aprendiesen o perfeccionasen el castellano y para que supieran leer, escribir y contar<sup>63</sup>. Muchas veces, los parientes que iban a patrocinar a sus sobrinos instaban a sus familias a que les procurasen la instrucción necesaria, incluso pagaban sus estudios con un preceptor o en la escuela del pueblo. Así, por ejemplo, el canónigo Juan Javier Gastón de Iriarte velaba, desde Toledo, sobre la instrucción

<sup>61</sup> ACGI, Cartas de Antonio Gastón de Iriarte (Erratzu) a don Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, Nueva España), 8 de septiembre de 1750, 9 de febrero de 1751, 8 de junio de 1751, 5 de diciembre de 1752 y 26 de abril de 1753.

<sup>62</sup> ACGI, carta de Ana Joaquina de Alduncín y Cortejarena a José Joaquín Gastón de Iriarte (Erratzu), 23 de marzo de 1792.

<sup>63</sup> IMIZCOZ, J.M. “El patrocinio familiar. Parentela, educación y promoción de las élites vasco-navarras en la Monarquía borbónica”, en CHACÓN, F. y HERNÁNDEZ FRANCO, F. (Coords.), *Familias, poderosos y oligarquías*, Murcia, Universidad de Murcia, 2001, pp. 95-132.



de su sobrino Juan Tomás de Dolarea y Gastón de Iriarte, muchacho natural de Gaztelu que en los años 1760 fue enviado a casa de un tío, en Pamplona, donde aprendía las primeras letras. Juan Javier se dirigía a su hermana María Josefa<sup>64</sup> y le daba consejos detallados para que su sobrino Juan Tomás aprendiera a escribir correctamente: “Me parece muy conveniente que se ataree a escribir, porque ahora, con alguna aplicación, podrá asegurarse en la forma que ha tomado y soltar la mano con facilidad, así como acostumbrarse a tomar bien y larga pluma y escribir con la cabeza alta, que es el medio de cansarse menos y de trabajar con más liberalidad. Según lo que me parece que ha acostumbrado en la letra, de algún tiempo a esta parte, creía que en este verano pudiera ponerse en paraje de escribir bien y suelto. Esto lo ha de lograr a costa de aplicación”. Tras una enfermedad del niño, que le obligó a retirarse a la aldea por un tiempo, el tío Juan Javier animaba a la familia a que lo devolvieran a Pamplona para proseguir en aquel aprendizaje, ya que “si hasta ahora ha aprovechado allí, se debe presumir que continuará logrando ventajas”. La intención del tío era que su sobrino prosiguiera la instrucción bajo su patrocinio: “Mi ánimo es que, en escribiendo suelto, el sobrino estudie Gramática, ya sea ahí [en Pamplona], o ya sea aquí [en Toledo], y por esto es mi deseo de que se habilite en escribir bien, así como sus tíos (...)”.

La ayuda del tío clérigo no se quedaba en consejos y directrices. Para una familia de aquellas aldeas la instrucción del niño, sobre todo cuando se le enviaba fuera del Valle, suponía un gasto importante. En este caso, como en otros, el tío Juan Javier corría con los gastos, si no totales, parciales, de aquella educación: “No envió la mesada del año que se ha cumplido porque no sé los demás gastos de ropa, etc., que ha podido tener y espero que luego que recibas ésta, me avises sin dilación lo que se deba por este motivo, porque ciertamente me sirve de mortificación el dejar de satisfacer a su tiempo, cuando buenamente puedo hacerlo”<sup>65</sup>.

Llama la atención la abundancia de fundaciones para la dotación y mantenimiento de maestros en los pueblos por parte de aquellos personajes que habían medrado en las estructuras de la Monarquía. Sus carreras habían sido posibles gracias a su aprendizaje del castellano y de la lectura, la escritura y las cuentas, y, por lo tanto, parece lógico que se preocuparan por financiar escuelas que sirvieran de base para las futuras carreras de sus parientes y paisanos. En el valle de Baztán, las referencias a escuelas de primeras letras pasan de dos solamente a finales del siglo XVII —las de Erratzu y Maya— a ocho a finales del XVIII. Las fundaciones más precoces de escuelas fueron obra de gentes, como el capitán Juan Lastiri Bicondo, en Erratzu, o Martín de Borda, en Maya, que se hallaban entre los promotores de aquella dinámica sistemática de carreras en el comercio y en las instituciones de la Monarquía desde mediados del siglo XVII. Las dotaciones de maestrías se fueron haciendo más intensas a medida que avanzaba el siglo XVIII y se multiplicaban aquellas carreras. En 1797 se contaban en el Valle de Baztán ocho escuelas de primeras letras (sobre un total de catorce lugares), a las que asistían 299 niños y 30 niñas<sup>66</sup>.

Hubo también fundaciones destinadas a financiar los estudios y carreras de los jóvenes tras las primeras letras. Así, se crearon becas para que los varones pudieran estudiar en colegios o en universidades y para subvencionar carreras militares, eclesiásticas o burocráticas<sup>67</sup>. Estas fundaciones estaban destinadas prioritariamente a los parientes y descendientes de los fundadores y eran

<sup>64</sup>ACGI, carta de Juan Javier Gastón de Iriarte (Toledo) a María Josefa Gastón de Iriarte (Gaztelu), 2 de junio de 1764.

<sup>65</sup>ACGI, carta de Juan Javier Gastón de Iriarte (Toledo) a María Josefa Gastón de Iriarte (Gaztelu), 2 de junio de 1764.

<sup>66</sup>Archivo General de Navarra (AGN), Sección de Estadística y Población, leg. 8, carpeta 12, Empadronamiento de 1797.

<sup>67</sup>Por ejemplo, en 1748 se destinaron, del legado de don Juan Bautista de Iturralde y doña Manuela de Munáiz, 11 000 reales anuales para financiar los estudios de cuatro estudiantes en la Universidad de Salamanca. Los primeros beneficiarios de esta ayuda debían ser los parientes de los fundadores, empezando por los más cercanos. En la misma fecha, se asignaron también 7 200 reales anuales para la asistencia de cuatro militares que sirvieran en los ejércitos de tierra y marina, con la misma preferencia de los parientes; cf. M. IRIGOYEN Y OLÓN-DRIZ, *Op.cit.*, pp. 76-77.

un modo de procurarles un cauce de financiación estable y duradero para que en el futuro pudieran realizar aquellas carreras.

Las casas de origen eran muchas veces casas campesinas que no disponían de recursos para afrontar los gastos de la instrucción, equipamiento y viaje de aquellos muchachos, y eran a menudo los parientes enriquecidos quienes se encargaban de su financiación. Así ocurría, por ejemplo, con Juan Martín de Oteiza y Elícegui, natural de Elizondo y Juan José de Oteiza y Larnaga, natural de Nabarte, cuyos padres eran labradores de “cortas haciendas y poseedores de un poco de ganado”. Ambos fueron aviados en 1789 a la Nueva España, gracias a su tío don Juan José de Oteiza y Vértiz, vecino de la ciudad de México, que poseía bienes cuantiosos y que financió su viaje<sup>68</sup>. Del mismo modo, dos poderosos comerciantes de Lima, los hermanos Antonio y Matías de Elizalde, financiaron todos los gastos de la educación y viaje de su sobrino-nieto Juan Matías de Echandi y Elizalde, natural de Garzáin: “Pueden estar descuidados sus padres por lo que respecta a su gasto, pues éste correrá por nuestra cuenta”, incluso insisten en que “no tenéis que hacerle otra cosa que la ropa interior y lo indispensable del exterior” para el viaje hasta Lima<sup>69</sup>.

La salida de casa y el itinerario que seguían los niños transcurría por los caminos del parentesco. Sus parientes les acogían en sus casas y se ocupaban de su alojamiento, manutención e instrucción. Unas veces iban a vivir a su casa para formar parte de la vida doméstica y trabajar bajo su autoridad en el comercio o el negocio familiar. Otras ingresaban en una academia, colegio u oficina en la que comenzaban su carrera, pero seguían bajo el amparo y administración de sus familiares. También, de la mano de sus parientes poderosos los jóvenes eran socializados en la esfera de las élites gobernantes de la Monarquía. Así, por ejemplo, en 1789 Juan Francisco de Lastiri, secretario de Gracia y Justicia de la Cámara de Castilla, se encargó de presentar a su sobrino Luis Gonzaga Gastón de Friarte al conde de Lacy, director de la Academia de Artillería de Segovia en la cual el muchacho iba a ingresar<sup>70</sup>.

Por otra parte, la vida de estos navarros transcurría en buena medida en el círculo de parientes y amigos de la familia que se encontraban establecidos en una ciudad, así como en los círculos de sociabilidad en que éstos participaban, como podían ser la Congregación de San Fermín de los Navarros, en Madrid, o las cofradías de Cádiz, México, Lima, etc. que, bajo diversas advocaciones, agrupaban a paisanos según conceptos más o menos amplios de paisanaje.

### Los parientes de la monarquía y las familias de la aldea: una financiación ordinaria, regular y estable

La correspondencia epistolar de familias baztanesas que siguieron esta dinámica muestra cómo, desde aquellas posiciones en la alta administración y los negocios, aquellos parientes se ocuparon de sus casas nativas y de sus familias, desviaron importantes recursos hacia ellos, promocionaron y financiaron las carreras de los jóvenes varones, enviaron dotes para casar a sus

sobrinas, o para colocarlas en un convento, así como dinero para reconstruir sus casas nativas y mejorar las haciendas.

Las relaciones entre los parientes de la monarquía y sus familias de la aldea sustentaron una economía de vasos comunicantes. Son frecuentes los ejemplos de parientes muy implicados en la

<sup>68</sup> AHVB, Filaciones, Elizondo, leg. 55, n.º 31.

<sup>69</sup> AHVB, Filaciones, Elizondo, leg. 55, n.º 36. Carta de Matías y Antonio de Elizalde (Lima) a su hermano Fermín de Elizalde, 28 de noviembre de 1802.

<sup>70</sup> ACGI, carta de Juan Francisco de Lastiri (Madrid) a Pedro José Gastón de Friarte, 26 de febrero de 1789.

ayuda y promoción de sus familias y parentelas del Valle, sobre todo los tíos solterones, los eclesiásticos y los casados sin hijos. Los que cargaban con su propia prole tenían otras prioridades, aunque no dejaban de ayudar a su casa nativa. Así, por ejemplo, cuando su familia le pide ayuda en un momento de crisis, Miguel José Gastón de Iriarte, por entonces jefe de la escuadra de Cádiz, se queja de que “se va aumentando la familia y que tiene el gabarro de tener consigo a la suegra y a la cuñada y que su sueldo es corto para mantener tanta gente con la decencia correspondiente”<sup>71</sup>, aunque acaba enviándoles 4.000 reales<sup>72</sup>. En cambio, los tíos desprovistos de cargas familiares propias se entregaron muchas veces a ayudar a su casa nativa y a su parentela, de una forma no episódica, sino sostenida y continuada, con aportaciones económicas regulares y con prestaciones de muy diverso signo para dar carrera, obtener información privilegiada, allanar obstáculos, asesorar en pleitos e inversiones, mover relaciones para obtener favores, o conseguir cargos y honores para los suyos.

Don Miguel Gastón de Iriarte (Erratzu, 1679-Madrid, 1761) podría encarnar el prototipo del personaje que sale de su aldea siendo niño, que prospera en los negocios y en la Corte y que, solterón, se implica profundamente en la ayuda a sus familiares. Así se expresaba en 1755, al donar a su casa nativa 16 acciones de la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas: “[es] mi ánimo el mantener y aumentar en el modo posible el lustre y esplendor de la dicha casa de Iriarte”<sup>73</sup>. Con la misma fe se expresó reiteradas veces a lo largo de su vida: “en cuanto he dicho y hecho por sus hijos, no he llevado ni tenido más fin ni interés que complacer a Padre, que esté en el Cielo, y aliviar a los hermanos y a la casa en que nací”<sup>74</sup>.

Don Miguel fue un hombre entregado a su casa y familia. Frugal en su vida personal, no escatimó el dinero para sus parientes. Ya en su vejez, temeroso por los días que le quedaban por vivir, recapitulaba lo mucho que había dado a su familia y lo poco que conservaba: “Yo que a haber sido guardoso pudiera hoy verme rico o con muy decentes conveniencias, me hallo también estrecho y acobardado por los gastos hechos con los sobrinos y otros muchos que se me han ocasionado, y como ahora estoy sin empleo ni sueldo alguno, es mayor la cobardía (...)”<sup>75</sup>.

Por su parte, desde abajo, las familias de la aldea acudían a sus parientes benefactores como fuente de recursos. Les participaban sus dificultades y les pedían ayuda económica para hacer frente a sus necesidades, en especial para mejorar la casa y para colocar ventajosamente a sus hijos e hijas. “Condescienda a mi pretensión, socorriendo a mis hijas, por cuanto no tengo otro de quien valerme para el alivio que solicito”<sup>76</sup>: Así acudía Estefanía de Elizacochea a su hermano don Martín, obispo de Durango, en la Nueva España, con el objeto de conseguir dinero para dotar a sus hijas, en un momento crucial de la política de colocación de los vástagos de la casa Iriarte de Erratzu.



Martín de Elizacochea y Dorre, natural de Azpikueta (1682-1756), obispo de Durango (1736-1747) y de Valladolid de Michoacán (1747-1756), en la Nueva España.

<sup>71</sup> ACGI, carta de Juan Javier Gastón de Iriarte a Pedro José Gastón de Iriarte, 13 de diciembre de 1774.

<sup>72</sup> ACGI, carta de Juan Javier Gastón de Iriarte a Pedro José Gastón de Iriarte, comienzos de 1775.

<sup>73</sup> ACGI, copia de la “donación y cesión” de don Miguel Gastón de Iriarte, Madrid 3 de diciembre de 1755.

<sup>74</sup> ACGI, carta de Miguel Gastón de Iriarte (Madrid) a Pedro Felipe Gastón de Iriarte (vicario de la parroquia de Elvetea, Valle de Baztán), 18 de mayo de 1746.

<sup>75</sup> ACGI, carta de Miguel Gastón de Iriarte (Madrid) a Pedro Felipe Gastón de Iriarte, 26 de marzo de 1749.

<sup>76</sup> ACGI, carta de Estefanía de Elizacochea (Erratzu) a Pedro de Echeñique (México), febrero de 1742.



En contrapartida, los parientes favorecidos le agradecen su ayuda y le expresan su afecto y su deferencia. En este caso, Don Martín se mostró generoso y el dueño de Iriarte se lo expresaba así: “No tengo que ponderar los efectos que el favor de Vuestra Señoría Ilustrísima ha causado en mi familia, porque Estefanía dirá algo en su carta, y yo apenas podré explicar (como el más interesado) el gran reconocimiento en que quedo a la remesa de los mil pesos que Vuestra Señoría Ilustrísima envía para el acomodo de una de mis hijas porque es de suma importancia este socorro para mi casa”<sup>77</sup>. En estas familias y parentelas las relaciones de autoridad tradicionales se vieron parcialmente modificadas. Los personajes que medraban en el ámbito de la Monarquía eran “segundones” que en la sociedad tradicional quedaban desheredados, en una posición subordinada dentro de la casa troncal, y que ahora, sin embargo, se elevan a una posición de particular influencia en sus familias. Se convierten en una fuente privilegiada de recursos para ellas y, en contrapartida, los familiares de la aldea les tratan con deferencia y agradecimiento, y aceptan su influencia en la política familiar de sucesiones, matrimonios y colocaciones.

Esto no quiere decir que las relaciones de parentesco fueran idílicas, que no hubiera también indiferencia y tensiones. Significa que los efectos que constatamos fueron el resultado de sumas y restas, de solidaridades y de conflictos, y que, en cualquier caso, los frutos que vemos, abundantes, objetivos y cuantificables, se produjeron en la medida en que aquellas solidaridades y prestaciones fueron efectivas. Desde luego, aquella economía debió más a los que más hicieron por ella.

La correspondencia epistolar y los libros de cuentas revelan que las ayudas económicas a la casa y familia no llegaban solamente mediante herencias y fundaciones, en el momento de la muerte del “emigrante”, como se ha creído al trabajar solamente con testamentos, o en forma de remesas episódicas, como parecía indicar la consulta de cartas sueltas, sino que hubo una ayuda habitual y continuada. Los parientes más implicados en la causa de sus familiares seguían de cerca sus necesidades y practicaban una asistencia ordinaria, en el marco de unas relaciones sostenidas.

Veamos un ejemplo. Juan Javier Gastón de Iriarte, canónigo de la catedral de Toledo, participaba continuamente en los gastos de su casa nativa y financiaba muy diversas necesidades de sus parientes. En 1764, pagaba la estancia en Pamplona, educación, gastos de ropa, etc., de su sobrino Juan Tomás de Dolarea y Gastón de Iriarte, natural de la casa Capellanea de Gaztelu e hijo de su hermana María Josefa<sup>78</sup>. En 1774 aparece dispuesto a sostener financieramente la educación de sus sobrinos de Iriarte, que acababan de quedar huérfanos de madre: “Aunque muchas veces me sucede hallarme ten con ten para salir del mes, como cuento con la mesada el día primero del siguiente, y por la misericordia de Dios me hallo en el día a mi parecer sin deuda alguna, no me falta espíritu para pensar que, dándome su Majestad Su Vida, podré contribuir a la educación de esos sobrinos que tengo bien presentes”<sup>79</sup>. En 1774 envía dinero para la dote de entrada en el convento de San Pedro de Pamplona de su sobrina María Francisca de Dolarea, de la casa Capellanea de Gaztelu<sup>80</sup>. En 1777 participa en los gastos de las nuevas obras de la casa Iriarte: “Ya me esforzaré a ayu-

darte para que puedas concluir las obras [de la casa] cuyo coste tienes regulado a los 600 pesos”. Ese mismo año, dota el ingreso de su sobrina y ahijada Josefa Javiera Gastón de Iriarte en el convento de San Pedro de Pamplona. Dos años después le vemos participar en los gastos de alimentación de sus dos sobrinas en las Beatas y enviar dinero “para zapatos y otras cosillas

<sup>77</sup> ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a don Martín de Elizacoechea, febrero de 1744, cartas de Juan Javier Gastón de Iriarte (Madrid) a Antonio Gastón de Iriarte, 9 de marzo de 1746 y 23 de marzo de 1746.

<sup>78</sup> ACGI, carta de Juan Javier Gastón de Iriarte (Toledo) a María Josefa Gastón de Iriarte (Gaztelu), 2 de junio de 1764.

<sup>79</sup> Juan Javier Gastón de Iriarte a Pedro José Gastón de Iriarte, 13/11/1774.

<sup>80</sup> ACGI, carta de Juan Javier Gastón de Iriarte (Toledo) a María Josefa Gastón de Iriarte (Gaztelu), 1 de mayo de 1774.

que necesiten". En 1787 enviaba 12.000 reales de vellón para repartir entre sus hermanos Pedro José y María Josefa, sin duda con ocasión de la boda entre los hijos de ambos. Así mismo, Juan Javier participaba regularmente en la financiación de los estudios de su sobrino Luis Gonzaga Gastón de Iriarte en el seminario de Vergara y, más adelante, en la Academia de Artillería de Segovia<sup>81</sup>. En seis años, el canónigo Juan Javier envió para su casa y sus familiares no menos de 61.121 reales de vellón, en diez envíos diferentes, esto es más de 10.000 reales anuales.

Además, Juan Javier seguía de cerca los problemas económicos de la casa Iriarte. Se preocupa por las epidemias de ganado vacuno, por la sequía que amenaza la cosecha de maíces y manzanas, por la escasez de castañas, promete ayudar a su hermano para continuar con las rozas y mejoras de la hacienda, o estimula y participa financieramente en la adquisición de una nueva tierra que "hermosearía la heredad"<sup>82</sup>. Sigue de cerca los movimientos financieros de Iriarte y participa estrechamente en su política económica mediante su asesoramiento, la información privilegiada que obtiene en la Corte y gracias a sus propias aportaciones de dinero. Así, por ejemplo, interviene en la participación de su hermano, el dueño de Iriarte, en el comercio de Cádiz, le asesora sobre la política a seguir con las 16 acciones de la Compañía de Caracas que había donado a la casa el tío don Miguel<sup>83</sup>, recaba información privilegiada en la Corte sobre la marcha de dicha compañía, o aconseja sobre la conveniencia de invertir dinero en mejoras de la casa o en censos.

Otros ejemplos muestran que esta ayuda regular a la casa nativa no era algo episódico sino continuado, muchas veces mensual. El libro de cuentas de Pedro José Gastón de Iriarte muestra cómo varios parientes principales del círculo de Iriarte enviaban pensiones regulares a sus casas nativas por mano de Pedro José, que las recibía y las administraba. Entre 1755 y 1789, fechas en que dura dicho libro de cuentas, Juan Francisco de Lastiri y Gastón (Erratzu, 1725-1802), secretario de Gracia y Justicia de la Cámara de Castilla, financió regularmente los gastos de su casa nativa Urdoz de Erratzu<sup>84</sup>. Enviaba dinero para las necesidades de sus sobrinos Juana María, Vicenta y Miguel de Buztinaga; para dotes; para zapatos, ropa, telas, cintas y aderezos traídos de Bayona, Pamplona y Elizondo; para gastos de médico, cirujanos y boticarios en las enfermedades; para los sueldos de los criados y el pastor que trabajaban para la casa; para reedificar bordas de ganado; para arreglar o blanquear el edificio; para quitar deudas; para comprar una parte de molino; para gastos en la iglesia; para bancos, sillas, mantelerías y vajilla, etc. Así mismo, a partir de 1764 enviaba a los dueños de Urdoz pensiones mensuales que les hacía llegar a través de su primo Pedro José Gastón de Iriarte<sup>85</sup>. En 1760, Lastiri se llevó consigo a Madrid a su sobrino "Miguelito" (Miguel de Buztinaga, Erratzu, 1752-Madrid, 1809), que tenía ocho años, y le dio carrera en la administración, bajo su sombra<sup>86</sup>. Este ejemplo muestra cómo la colocación de un pariente se inscribía en el contexto de una ayuda mucho más amplia y continuada.

En este círculo de familias el envío de pensiones mensuales parece una práctica habitual. Francisco de Indaburu, tesoroero de la reina Isabel de Farnesio, hacía llegar, a través de su cuñado Pedro José Gastón de Iriarte, una pensión de un real

<sup>81</sup> ACGI, carta de Juan Javier Gastón de Iriarte (Toledo) a Pedro José Gastón de Iriarte, 11 de mayo de 1777, 21 de diciembre de 1777, 3 de octubre de 1779, 18 de enero de 1787 y carta sin fecha (entre el 18 y 25 de enero de 1787), 14 de febrero de 1789, y carta de Fermín Lorenzo de Irigoyen (Segovia) a Pedro José Gastón de Iriarte, 10 de marzo de 1789.

<sup>82</sup> ACGI, carta de Juan Javier Gastón de Iriarte (Toledo) a Pedro José Gastón de Iriarte, 2 de octubre de 1774, 6 de septiembre de 1778, 31 de octubre de 1779, 11 de mayo de 1777 y 7 de marzo de 1779.

<sup>83</sup> ACGI, copia de la donación y cesión de don Miguel Gastón de Iriarte y Borda, Madrid, 3 de diciembre de 1755, contrato matrimonial de Pedro José Gastón de Iriarte, Erratzu, 17 de febrero de 1756. El valor de las 16 acciones ascendía a 120.000 reales de vellón.

<sup>84</sup> ACGI, Libro de cuentas de Pedro José Gastón de Iriarte, "Cuenta con don Juan Francisco de Lastiri".

<sup>85</sup> 976 reales antiguos de plata y 33 1/2 mrs. en 1765, 414 reales fuertes y 13 1/2 mrs. en 1766; 382 rs. sencillos de plata y 18 mrs. entre 1767 y 1776, y 720 rs. de vellón ("a razón de 60 rs. de vellón al mes") entre 1777 y 1787.

<sup>86</sup> En 1774, siendo secretario del Consejo de Órdenes Militares, lo introdujo como escribiente de su misma secretaría y, luego, cuando Lastiri ascendió a la Secretaría de Gracia y Justicia del Patronato de Castilla, su sobrino le siguió a ella con el cargo de oficial, en 1780. Miguel proseguiría su carrera como contador de Provincia en Segovia, a partir de 1784, y, desde 1796, como contador principal de la Intendencia de Segovia y como contador de Juros en Madrid.

Casa Echartenea de Azpilkueta, nativa de don Francisco de Indaburu y Borda, tesorero de la reina Isabel de Farnesio desde 1766 hasta su muerte en 1771

fuerte diario, a partir del 1 de octubre de 1760, al dueño de su casa nativa, Echartenea de Azpilkueta<sup>87</sup>. Juan Javier de Goyeneche e Indaburu, conde de Saceda, enviaba dinero a Pedro José Gastón de Iriarte, como administrador de sus propiedades en el valle de Baztán, para que repartiéndose pensiones entre algunos parientes. Don Andrés de Irigoyen (Erratzu, 1712-1770), maestrescuela de la catedral de Málaga, enviaba regularmente mensadas a su casa nativa de Aguerrea. Uno de los hermanos Iribarren envía pensiones desde Toledo para que Pedro José Gastón de Iriarte “socorra a su padre” o “a su padre y hermana” por mano del pariente don Miguel Antonio de Elorga, vicario de Erratzu.

A esta financiación regular, mensual, se añadían envíos de dinero para muy diferentes fines, desde reconstruir la casa, mejorar sus dependencias o comprar tierras hasta saldar deudas personales. Solicitado por su hermano Pedro Felipe Gastón de Iriarte, vicario de Elvetea, que se había metido en unas deudas, Miguel le envía 7.000 reales de vellón “para que prontamente puedas salir de la deuda de 3.500 reales de plata que tanto te congoja y aún a mí me aflige como tan apasionado y deseoso de tu descanso y alivio de todos los parientes”<sup>88</sup>.

Por supuesto, un motivo recurrente de ayuda financiera fue la colocación de los hijos e hijas de su familia. Al fin y al cabo, esta colocación era la base de aquella economía y de los réditos que luego reportaba. Hemos visto lo que se refiere a la educación y colocación de los varones. La colocación de las hijas no era menos importante, ya que se ingresaba en aquella economía mediante el parentesco. Una buena política matrimonial aseguraba las alianzas necesarias para la promoción de la casa y familia y requería dinero abundante para las dotes. Los parientes de la Corte y del imperio se interesaban por las alianzas de sus familias, orientándolas a veces, y enviaban dinero para dotar a sus sobrinas. En los casos más notables podían llegar sumas cuantiosas para dotar a una vasta parentela. Uno de los casos más llamativos en este sentido fue el de Juan José de Barreneche e Irigoyen, natural de la casa Ortiberroa de Lecároz, que fue a México y se convirtió en un rico comerciante durante la segunda mitad del siglo XVIII. Barreneche asistió abundantemente a un amplio número de parientes. Ya en vida dotó para casar al menos a diez sobrinos, sobrinos-nietos y otros parientes, con un total de 4.900 ducados. En su testamento dejó mandas por valor de 11.550 pesos para 27 personas (en su mayor parte sobrinos y sobrinas, o hijos de sobrinos), que eran dueñas de diferentes casas de Lecároz, Garzáin, Arráyo, Ciga, Elizondo y Azpilkueta. Además, dejó 18.750 pesos para contribuir a dotar a 28 sobrinos y sobrinas (probablemente sobrinos-nietos) que se hallaban aún sin tomar estado. Entre ellos se encontraban una decena de ahijados y ahijadas (lo que indica que fue muy solicitado como padrino de bautizo), a los que favorece sistemáticamente en sus mandas con cantidades dobles<sup>89</sup>.

Así mismo, los parientes proveían dotes para las sobrinas que ingresaban en un convento. Josefa Javiera Gastón de Iriarte y Cortejarena (Erratzu, 1762-1829) ingresó en el convento de San Pedro de Pamplona el 20 de octubre de 1777, con quince años de edad. Nada más conocer la noticia de la decisión, su tío-abuelo Pedro Fermín Jáuregui y Aldecoa, arcediano de la catedral de Pamplona, se alegra y escribe a Juan Javier Gastón de Iriarte, tío

y padrino de Josefa Javiera, para concertarse y proveer la dote de la chica, aliviando con esta ayuda a su casa. Así lo contaba Juan Javier: “Cuando me diste noticia de la vocación de mi ahijada de ser religiosa, me escribió también el arcediano, gustoso de la resolución y diciéndome que era menester

<sup>87</sup> ACGI, Libro de cuentas de Pedro José Gastón de Iriarte, Cuenta con don Francisco de Indaburu, fol. 35 y ss.

<sup>88</sup> ACGI, carta de Miguel Gastón de Iriarte, 26 de marzo de 1749.

<sup>89</sup> ACGI, “Testamento y última disposición de Don Juan José de Barreneche, natural del Lugar de Lecároz en el Valle de Baztán, que falleció en la ciudad de Pamplona en diez y ocho de Mayo de mil ochocientos y uno”, Pamplona, Imprenta de Joaquín Domingo [1801].





que te saquemos de este empeño, de que comprendí que su ánimo era de contribuir en parte para la dote de la chica". Finalmente, el monto de la dote y gastos de ingreso en el convento de Josefa Javiera fue de 2.000 pesos. Posteriormente, el tío Juan Javier continuaría ayudando a sus dos sobrinas religiosas, María Francisca de Dolarea y Josefa Javiera Gastón de Iriarte, que se hallaban en el convento de San Pedro. En 1779, por ejemplo, enviaba dinero para "los alimentos de las sobrinas en las Beatas y (...) para zapatos y algunas otras cosillas que necesitarán"<sup>90</sup>.

## LAS CONSECUENCIAS DE LA HORA DEL XVIII EN LA COMUNIDAD

Las familias cuyos hijos se encumbraron en "la hora del XVIII" se elevaron también con fuerza en la sociedad de origen. Las carreras de sus hijos en la Monarquía les reportaron beneficios económicos, honoríficos y políticos que alimentaron ampliamente su ascenso en el seno de la comunidad campesina<sup>91</sup>. En el valle de Baztán, por ejemplo, los miembros de estas familias se hicieron con el gobierno del valle desde la segunda mitad del siglo XVII, desbancando a los descendientes de los linajes medievales, que habían gobernado hasta entonces como alcaldes vitalicios<sup>92</sup>. La emergencia de las nuevas familias dominantes tuvo unas bases locales pero, sobre todo, se impuso mediante el poder y la riqueza que consiguieron sus miembros en la Corte y en América. Los alcaldes de finales del siglo XVII y los de todo el siglo XVIII formaban parte de estas familias emparentadas entre sí, como los Borda, Vergara, Echenique, Goyeneche, Gastón de Iriarte, Aldecoa, Jáuregui, Arizkun, Dutari, Irigoyen, etc., que se hallaban sólidamente establecidas en las estructuras políticas y económicas de la Monarquía. Los palacios que continuaron teniendo un protagonismo en el gobierno de la comunidad fueron aquellos en los que habían entrado por casamiento representantes de las nuevas familias y que habían pasado, por lo tanto, a formar parte del nuevo círculo de parientes y aliados que regentaban la comunidad.

A lo largo del siglo XVIII, estas familias acapararon las alcaldías del valle, turnándose en ellas. Así lo muestra la nómina de los 36 alcaldes que tuvo el Baztán en esta centuria<sup>93</sup>. Estos eran elegidos cada tres años por los vecinos del valle, congregados en Junta General con este fin. Hasta las décadas finales del siglo, se observa que, en cada ocasión, el alcalde saliente proponía una terna —que luego se presentaba al virrey— y todos los vecinos presentes la votaban por unanimidad. Esta conformidad subraya la hegemonía incontestada de que gozaban estos patricios, al menos entre los vecinos que participaban activamente en dichas votaciones. Sin du-

da, estos resultados no se dirimían en las elecciones, sino que estaban pactados de antemano. Los representantes de las casas principales del valle se sucedían en la alcaldía sin pugnar por el cargo y sin repetir, siguiendo, según parece, determinado turno de rotación convenido entre ellos.

Por otra parte, los miembros de aquellas casas principales formaron parte del influyente clero diocesano y regional, como dignidades de la catedral de Pamplona, abades del monasterio de Urdax y priores del priorato de Velate, o como párrocos de las iglesias parroquiales y capellanes de las capellanías familiares. Un escenario privilegiado para representar esta supremacía fue la iglesia parroquial. Las casas principa-

<sup>90</sup> Juan Javier Gastón de Iriarte (Toledo) a Pedro José Gastón de Iriarte, 3/10/1779.

<sup>91</sup> IMIZCOZ, J.M., "Patronos y mediadores. Redes familiares en la Monarquía y patronazgo en la aldea. la hegemonía de las élites baztanesas en el siglo XVIII", en *Ibid.* (Coord.) *Redes familiares y patronazgo. Aproximación al entramado social del País Vasco y Navarra en el Antiguo Régimen (siglos XV-XIX)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001, pp. 225-261.

<sup>92</sup> Tras diversas tensiones y avatares, entre 1651 y 1660, se impuso definitivamente la preeminencia de los jurados electos de los lugares sobre los palacianos en las Juntas Generales del valle y en todos los actos públicos de la comunidad. Por primera vez, desde mediados del siglo XVII los representantes de las nuevas familias poderosas accedieron al cargo máximo de alcalde del valle. Así, por ejemplo, llegaron a ser alcaldes hombres como León de Arizkun (1673), Miguel de Echenique (1681), Juan de Echeberz (1684), don Miguel de Vergara (1693), Ignacio de Enecorena (1696) o Juan de Borda (1699).

<sup>93</sup> Archivo Histórico del Valle de Baztán (AHVB), sección Libros de Actas del Ayuntamiento y Junta general, Libro 2.º, Autos, acuerdos y libranzas, 1673-1688; Libro 3.º, 1688-1703; Libro 4.º, Libro de Autos, Acuerdos, Nombres de Cargos y Libranzas del Valle y Universidad de Baztán, 1707-1722; Libro 5.º, Libro de Acuerdos del Valle y Universidad de Baztán..., 1728-1745; Libro 6.º, 1745-1757; Libro 7.º, 1757-1765; Libro 8.º, 1765-1773; Libro 9.º, 1772-1784; Libro 10.º, 1785-1796; Libro 11.º, 1796-1807.





Palacio Jauregui de Iruñea. Símbolo de la alianza entre la torre medieval y el palacio dieciochesco, construido por Tiburcio Hualde, rico comerciante en Lima que volvió de las Indias y casó con la heredera del palacio, Teresa Echenique, en 1773.

les poseían sus sepulturas en las primeras filas de la iglesia, encargaban funerales de primera calidad y gozaban de determinados derechos de precedencia en las ofrendas. El mecenazgo de sus parientes sobre la propia iglesia, a través de su reconstrucción, reparación o mejora, de su mantenimiento material, de la donación de retablos, de altares, de tallas de la Virgen y de los santos, de orfebrería, etc., les prestigiaba como benefactores de la comunidad. La posición privilegiada de las casas más importantes se reforzaba a menudo con la fundación de capellanías<sup>94</sup>, que proporcionaban ingresos estables para mantener a miembros de la familia que siguieran la carrera eclesiástica. El patronato de estas capellanías era un elemento de prestigio social. Solía quedar en manos de los dueños de la casa nativa del fundador, era estimado “como lustre, honor y distintivo hereditario y perpetuo en dicha casa”<sup>95</sup> y confería a sus dueños sucesivos el poder de nombrar al capellán, lo que les procuraba cierto ascendiente en el seno de la parentela.

El ascenso de las nuevas familias poderosas se expresó en la comunidad mediante diversas realizaciones materiales, símbolos y celebraciones. La expresión material más clara del éxito fue la elevación física y simbólica de la propia casa nativa. Estas familias reconstruyeron sus casas, dándoles volumen, altura y prestancia. La hora del XVIII fue un momento de un gran fervor constructivo. Hubo diferentes grados de fortuna y de elevación. La mayor parte de las casas se reconstruyeron o mejoraron al estilo del país y por ello no se distinguen a simple vista. Las principales, en cambio, se construyeron con factura palaciega y expresan especial distinción. Entre ellas se encuentran el palacio de Jarola, construido en Elvetea por el capitán don Miguel de Vergara a finales del siglo XVII; el palacio de Goyenechea, en Ordoqui de Arizkun, erigido por Juan Francisco de Goyeneche e Irigoyen, marqués de Ugena, a comienzos del siglo XVIII; la casa Iturralde de Arizkun, edificada por el que fuera secretario del despacho de Hacienda, Juan Bautista de Iturralde; los palacios de Arozarena y de Arizku-

<sup>94</sup> Archivo Diocesano de Pamplona (ADP). Libro de visitas, visitador D. Carlos Muñoz de Castiblanque, año 1650; Libro de visitas, D. Juan Lorenzo de Irigoyen y Dulari, obispo de Pamplona, año 1772; Libro de visitas, Illmo. Sr. Lezo, año 1781; Libro de visitas, Illmo. Sr. D. Esteban Antonio Aguado y Roxas, obispo de Pamplona, año 1786; Libro primero de visitas, Illmo. Sr. Veremundo Arias y Teixeira, año 1805; Libro de visitas del Illmo. Sr. D. Severo Andriani, obispo de Pamplona, año 1831.

<sup>95</sup> ACGI. *Relación de las obras pías fundadas en beneficio del pueblo de Zugarramurdi por Sor Joaquina Benita de la Cruz, religiosa dominica, en el siglo Doña Joaquina Eulalia Nicolasa de Borda*. Pamplona, Imprenta de Erasun y Labastida, 1871, p. 8.





Casa Dorrea de Azpilkueta,  
nativa del obispo Martín de  
Elizacochea

nenea, en Elizondo, este último elevado en 1740 por Miguel de Arizkun y Mendinueta, primer marqués de Iturbietta; la nueva casa Iriarte de Erratzu, construida en 1754 y 1755, bajo la dirección de Pedro José Gastón de Iriarte; el palacio de Isteconea, en Elizondo, edificado por la familia Mendinueta y Múzquiz; o la casa Echeverría de Irurita (actualmente Gastón de Iriarte), levantada por el rico comerciante novo-hispano Juan Bautista de Echeverría, en 1786.

El tamaño y la buena factura del edificio lo hacían digno de admiración. Así valoraba, en 1745, Antonio Gastón de Iriarte el nuevo edificio de la casa nativa del obispo Martín de Elizacochea, su cuñado, que se acababa de reconstruir gracias a su financiación: “La fábrica de la casa de Dorrea quedó admirable y para estar completa en lo exterior sólo falta colocar el escudo de armas” (...) “quedará de las mejores casas del valle”<sup>96</sup>. Aquellas realizaciones materiales fueron la expresión más visible del enriquecimiento y ascenso social de estas familias, y tuvieron sin duda un gran impacto en la comunidad. En pocos años, las nuevas élites compraron tierras y mejoraron sus haciendas, construyeron casas, bordas, lagares, hornos y otras dependencias, celebraron matrimonios prestigiosos, adoptaron modos de vida más elevados y elementos de mobiliario y de vestuario que traían de fuera y que reflejaban su transformación. Aunque no nos ocupemos ahora de ello, no menos importantes fueron los cambios culturales, educativos y lingüísticos que experimentaron muchas de estas familias en aquel proceso.

Para la familia, los cargos y honores de sus parientes al servicio del rey fueron una fuente de prestigio en la comunidad. En el valle de Baztán, una de las expresiones máximas de honor fue la concesión, por el ayuntamiento del valle, de “vítors” a las casas de aquellos personajes que llegaban a los cargos más elevados de la Administración Real, el Ejército o la Iglesia. En estos casos, el valle festejaba el ascenso de sus hijos más ilustres en cuerpo de comunidad, colocando un vitor en la fachada de la casa nativa del prohombre y otro en la fachada del ayuntamiento. Es-

tas distinciones honoríficas tenían forma de águila y llevaban escrito, en su centro, el nombre del personaje con el cargo y su fecha de obtención.

<sup>96</sup> ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte (Erratzu) a don Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 12 de febrero de 1745.



El Ayuntamiento del Valle de Baztán todavía conservaba "las águilas" en las primeras décadas del siglo XX.

Así se hacía eco de esta costumbre el diccionario de Madoz, a mediados del siglo XIX: "Gran número de hijos de este Valle se han distinguido en las diferentes carreras del Estado. Rigiendo desde principios del último siglo un auto del Valle disponiendo erigir águilas en la fachada de su casa consistorial, y en la nativa de cada uno, a la memoria de sus hijos que hubiesen arribado en la carrera eclesiástica a la dignidad de obispo, en la de militar a la de teniente general, y en la de la magistratura a la de individuo de la cámara de Castilla. Recuérdanse en la casa consistorial, colocados en los centros de las águilas, los nombres de D. Martín de Elizacochea, obispo sucesivamente de Durango y Mechoacán en América; de D. Miguel de Múzquiz, ministro de Estado y de los despachos de Hacienda y Guerra; del virtuoso y preclaro obispo de esta diócesis Dr. D. Juan Lorenzo Irigoyen; de D. Agustín de Jáuregui, teniente general de los reales ejércitos y virrey de Lima; de D. Miguel Gastón de Iriarte, teniente general de la real armada; de D. Pedro Mendinueta, virrey de Santa Fe y capitán general de los reales ejércitos; de D. Pedro Luis de Ozta, obispo de Calahorra; de D. Juan Miguel de Mendinueta, ministro del supremo consejo real y cámara de Castilla y su gobernador interino (...)"><sup>97</sup>.

La ceremonia de colocación de los "vítores" tenía un gran valor simbólico. En ella, el cuerpo político de la comunidad escenificaba la exaltación del personaje y se subrayaba la elevación de su casa nativa. Así se hizo en 1779, para celebrar el nombramiento de don Miguel José Gastón de Iriarte como teniente general de la Real Armada: "Que a costa de este Valle se pongan dos vítores, el uno en esta su Casa de Ayuntamiento, y el otro en la dicha Casa solar de Iriarte", concurriendo representantes de los catorce lugares que componen el valle, con sus autoridades en cabeza, "que en todo componen ciento cincuenta y una personas; que se compren ochenta libras de pólvora para repartir entre ellas y que se hagan las demás demostraciones que en semejantes ocasiones se acostumbra, pagándose por su tesorero todo el gasto que se hiciere"<sup>98</sup>.

Un elemento importante de la supremacía de las familias principales fue su política paternalista. A través de la donación y de

<sup>97</sup> MADOZ, P., *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de Navarra*, Madrid, 1845-1850, ed 1986, p. 71.

<sup>98</sup> AHVB, Libro de Acuerdos del Valle y Universidad de Baztán, 1772-1785, Junta general del 25 de mayo de 1779.





Casa Buztinaga de Erratzu con los vitores concedidos por el Valle de Baztán a dos hijos ilustres: Juan Lorenzo de Irigoyen y Dutari, obispo de Pamplona entre 1768 y 1778, y Miguel José de Irigoyen y Dolarea, obispo de Zamora en 1848 y de Calahorra-La Calzada de 1850 a 1852.

los comportamientos caritativos, los notables establecían relaciones de solidaridad jerárquica con sus parientes más pobres y con la comunidad. La donación expresaba un status privilegiado, era un elemento de legitimación de las familias poderosas y un símbolo de su prestigio y función social<sup>109</sup>. “La hora del XVIII” trajo a Navarra la financiación de abundantes obras de carácter religioso, asistencial y educativo. Su impronta en los focos principales, como el valle de Baztán y la regata del Bidasoa fue importantísima.

Hubo fundaciones más modestas pero otras resultaron realmente substanciales, como las que estableció en Zugarramurdi doña Joaquina Eulalia Nicolasa de Borda, viuda de don Juan Bautista de Dutari, originario de aquel lugar y rico comerciante de la casa “Dutari hermanos” de Madrid, al ingresar en un convento y hacer donación de sus bienes, el 21 de enero de 1788<sup>110</sup>. Entre ellas se contaba un hospital con una dotación de 11.000 reales de vellón anuales, dos escuelas de primeras letras, una para niños, dotada con 8 reales de vellón diarios para el maestro, y otra de niñas, con 6 reales de vellón diarios para la maestra, una capellanía perpetua con una renta anual de 5.500 reales de vellón, una beca perpetua en el colegio seminario de San Juan Bautista de Pamplona, y una dotación de 2.000 reales de vellón anuales para la fábrica de la iglesia de Zugarramurdi, que “se construyó desde los cimientos” a expensas de don Juan Bautista y doña Joaquina.

Las realizaciones más visibles fueron de carácter religioso. Es impresionante el número de iglesias, ermitas, retablos, tallas y objetos sagrados financiados durante este siglo por personajes que enviaban remesas desde la Corte, Cádiz o América<sup>101</sup>. En-

<sup>109</sup> MARTÍNEZ RUEDA, F., “Poder local y oligarquías en el País Vasco: las estrategias del grupo dominante en la comunidad tradicional”, en IMIZCOZ, J.M., *Élites, poder y red social*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 1996, p. 144; HESPAÑHA, A.M., *La gracia del derecho. Economía de la cultura en la Edad Moderna*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1993, pp. 151-176.

<sup>110</sup> ACGI, *Relación de las obras pías fundadas en beneficio del pueblo de Zugarramurdi por Sor Joaquina Benita de la Cruz, religiosa dominica, en el siglo Doña Joaquina Eulalia Nicolasa de Borda*, Pamplona, Imprenta de Erasun y Labastida, 1871, pp. 7ss.

<sup>101</sup> AZANZA LÓPEZ, J.J., *Arquitectura religiosa del barroco en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1998.



tre las obras más importantes destacaron las iglesias parroquiales edificadas de nueva planta, como la ya citada de Zugarramurdi, la de San Andrés de Azpilkueta, elevada entre 1751 y 1752 con dinero del obispo de Valladolid de Michoacán, Martín de Elizacochea, la de Santo Domingo de Guzmán, de Gaztelu, construida entre 1770 y 1773 con los caudales que envió desde Guatemala el comerciante Domingo Micheo<sup>102</sup>, o la iglesia de Iruñeta, edificada entre 1739 y 1744<sup>103</sup>, gracias, en parte, al legado del indiano Juan Agustín Gamio Mayora, que en 1734 dejó en su testamento 5.000 pesos con este fin<sup>104</sup>. Así mismo, en la mayoría de las iglesias parroquiales del Baztán se hicieron importantes remodelaciones, como en Ciga, Maya, Erratzu, o Almándoiz, generalmente gracias a caudales enviados desde fuera del valle<sup>105</sup>. También fueron abundantes las obras de ermitas y retablos, así como las donaciones de tallas de vírgenes y santos, entre las que destacaron por su número y calidad las procedentes de la Corte<sup>106</sup>. Por último, de diversos lugares de la Península y de América llegaron numerosas piezas de orfebrería sagrada<sup>107</sup>, lámparas, ornamentos, o donativos para la compra de objetos sagrados.

Al mismo tiempo, se multiplicaron los legados para casar a doncellas pobres, las dotaciones para el ingreso de mujeres en conventos, las fundaciones y mejoras de escuelas de primeras letras, las limosnas a los pobres, las becas para subvencionar estudios y carreras, y las donaciones a hospitales y hospicios. Algunas sobresalieron especialmente, como las fundaciones de don Juan Bautista de Iturralde (Arizkun, 1674-1741), marqués de Murillo y ministro de Hacienda con Felipe V, y su mujer, doña Manuela de Munárriz<sup>108</sup>. En particular, tuvo mucha importancia la creación del colegio seminario de San Juan Bautista de Pamplona, en 1734<sup>109</sup>, con doce plazas gratuitas para colegiales que siguieran la carrera eclesiástica, cuya pensión podían gozar durante diez años<sup>110</sup>. Por su parte, las dotaciones para las mujeres se encauzaban hacia el matrimonio, con abundantes legados para casar doncellas<sup>111</sup>, y el ingreso en el convento<sup>112</sup>. En los casos más excepcionales se levantaron conventos como los de Lesaca y Arizkun, este último fundado por don Juan Bautista de Iturralde y doña Manuela de Munárriz<sup>113</sup>.

Como regla general, los primeros beneficiarios de estas obras pías debían ser los parientes del fundador y de sus descendientes, desde los más cercanos hasta los más alejados. Como hemos visto, esto servía para establecer unas bases financieras relativamente duraderas al servicio de la política de colocación de los jóvenes de aquellas familias en las generaciones venideras. Por otra parte, estos recursos constituían una fuente de influencia para los patronos que controlaban su administración. Aquellas fundaciones concentraban abundantes recursos y en pos de ellos se movilizaba una importante demanda de parientes e interesados.

Construir e inaugurar una iglesia era un acontecimiento extraordinario. La comunidad campesina lo celebraba con inauguraciones y actos religiosos y festivos de gran carga simbólica. En ellos se reconocía públicamente al benefactor y, a través de éste, a su casa y familia, que capitalizaban aquel prestigio

<sup>102</sup> ECHEVERRÍA GOÑI, P.L., "Mecenazgo y legados artísticos de indios en Navarra", *Segundo Congreso General de Historia de Navarra*, Príncipe de Viana, anejo 13, 1991, pp. 168-169.

<sup>103</sup> GARCÍA GAINZA M.<sup>º</sup>C. (dir.), *Catálogo monumental de Navarra, V.<sup>º</sup>, Merindad de Pamplona*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1994, p. 378.

<sup>104</sup> ARAMBURU, J.M., y USUNÁRIZ, J.M., *Op.cit.*, pp. 218 y 192.

<sup>105</sup> GARCÍA GAINZA, M.<sup>º</sup>C. (dir.), *Op.cit.*, pp. 285-422.

<sup>106</sup> M.<sup>º</sup>C. GARCÍA GAINZA, "El retablo cortesano", en *Ibid.* (Coord.) *El Arte en Navarra*, Pamplona, Diano de Navarra, 1994, t. II.

<sup>107</sup> HEREDIA MORENO, M.C., ORBE SIVATTE, M., ORBE SIVATTE, A., *Arte hispanoamericano en Navarra. Plata, pintura y escultura*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, pp. 148, 52, 121 y 110.

<sup>108</sup> IRIGOYEN Y OLÓNDIZ, M., *Op.cit.*, pp. 76-77.

<sup>109</sup> Su solar costó 80 069 reales de plata doble efectivos y su construcción 93 782 reales y 13 maravedís de dicha moneda. El presupuesto anual de dicha institución estaba calculado en 12 609 reales y medio de plata.

<sup>110</sup> Para ingresar en él debían ser mayores de diez años y saber leer y escribir. Aquí también tenían prioridad los parientes del fundador y, a falta de éstos, los naturales del valle de Baztán, prestando a los del lugar de Arizkun y, entre ellos, a los parientes dentro del cuarto grado de los poseedores de las casas Iturralde y Gamio, nativos del fundador y de sus padres.

<sup>111</sup> Don Juan Bautista de Iturralde y doña Manuela de Munárriz fundaron en 1731 una obra pía para dotar a doncellas de las casas nativas de Iturralde y Gamio, del lugar de Arizkun y, en su defecto, del valle de Baztán, o del Reino de Navarra, cf. NÚÑEZ DE CEPEDA, M., *La beneficencia en Navarra a través de los siglos*, Pamplona, Escuelas Profesionales Salesianas, 1940, pp. 378, 391, 392.

<sup>112</sup> En Erratzu, por ejemplo, doña Joaquina de Iturría, mujer de don Juan Matías de Arozarena, director general de Rentas y consejero de Hacienda, fundó en 1772 una obra pía para la dote de dos religiosas en conventos de capuchinas o carmelitas descalzas, cf. NÚÑEZ DE CEPEDA, M., *Op.cit.*, pp. 378, 391, 392.

<sup>113</sup> La obra del convento de clarisas de Nuestra Señora de los Ángeles, en Arizkun, se realizó entre 1731 y 1737 y su coste ascendió a más de cien mil pesos. El convento fue dotado para el sustento de veinte religiosas y cinco legas, un padre vicario, su compañero, un donado y un administrador, con un total de cincuenta mil reales de vellón anuales, con señalamiento separado para los dos capellanes seculares de doscientos ducados de vellón al año para cada uno. Esta fundación tan cuantiosa debía dar salida a jóvenes parientes y muchachas del Valle, cuya presentación quedaba en manos de los fundadores y del patronato de sus sucesores. Diez sillas de coro y dos de legas quedaban destinadas para hijas nativas del valle de Baztán, y, en su defecto, descendientes de él, y si no, naturales del obispado de Pamplona; otras seis sillas de coro y dos de legas estaban reservadas a parientes de los fundadores, y las cuatro sillas de coro restantes y una de legas quedaban a la libre elección de los patronos, cf. M. IRIGOYEN Y OLÓNDIZ, *Op.cit.*, pp. 75-76.

ante los ojos de todos. Un buen ejemplo de ello lo ofrece la construcción y posterior inauguración de la iglesia parroquial de Azpilkueta, que se edificó de nueva planta entre 1750 y 1752, y se adornó con retablos y tallas de excelente factura<sup>114</sup>, gracias a la financiación del obispo don Martín de Elizacochea. Aquel mecenazgo fue una fuente de prestigio y de influencia. “La gente está muy contenta y agradecida de lo mucho que hace Vuestra Señoría Ilustrísima por su Patria”<sup>115</sup>, le escriben sus parientes.

La honra del benefactor y el papel central de su casa y familia brilló especialmente en la inauguración de la nueva iglesia parroquial, el 15 de octubre de 1752. Se hizo “convite a toda la clerecía del Valle, Parientes de Vuestra Señoría Ilustrísima y gente de distinción de él para la dicha función”<sup>116</sup>. La mañana del día 15, “se formó la procesión llevando en ella los Santos nuevos (...) y fue la dicha procesión calle arriba dando vuelta por la era de la casa de Vuestra Señoría Ilustrísima, así como lo efectúan el día de Corpus Christi. Después de ésta [entró a] misa mayor, que la celebró el Sr. Dn. [Juan] Lorenzo de Irigoien, Prior de Velate, siendo el orador un hermano suyo electo rector de Almandoz, mozo de especiales talentos, que se desempeñó a gusto de todos los oyentes. (...) Después de acabada la misa, concurrió la gente a casa de Vuestra Señoría Ilustrísima donde [se pasó] alegremente, habiendo habido de concurso hasta cerca de doscientas personas en dicha casa”. En definitiva, una celebración a la que “concurrió la mayor parte de la clerecía, Parientes de Vuestra Señoría Ilustrísima y toda la gente principal y mucho [concurso] del Valle y fuera (d)él [como no] se ha visto en estas montañas”<sup>117</sup>.

Por último, estas familias fueron especialmente ricas en capital relacional. Para la comunidad local resultaba muy importante cultivar buenas relaciones con aquellos personajes, hijos de la tierra que, por su influencia en las altas esferas de la Monarquía y por su fortuna, podían procurar diversas formas de protección y ayuda, y que, de hecho, se ponían a la disposición de la comunidad, ofreciendo sus servicios o jugando un papel de benefactores<sup>118</sup>. Para estas familias, las relaciones con sus parientes situados en las más elevadas instancias políticas y eclesiásticas fueron un elemento principal de influencia en la comunidad. Estas relaciones les sirvieron para favorecer a los suyos y para ocuparse del gobierno del valle. En la Edad Moderna, las relaciones de patronazgo entre la corte y los diferentes territorios fueron un elemento clave de la articulación sociopolítica de la Monarquía<sup>119</sup>. Los gobernantes locales buscaban apoyos en la Corte para conseguir mercedes y privilegios para sus familias y sus clientelas. El rasgo específico de las familias de “la hora navarra del XVIII” es que los protectores de la corte no eran simples “patronos”, distantes y olvidadizos, sino sus propios hermanos, primos y parientes, con los que mantenían estrechas relaciones e intercambios continuos de bienes y servicios.

Patricios locales como Pedro José Gastón de Iriarte fueron los mediadores naturales entre los poderosos de la monarquía y sus familias del valle. En una sociedad como la baztanesa, en la que la mayoría de la población no sabía castellano, ni leer y escribir, que era ajena a los manejos administrativos y a la economía dineraria, las relaciones con el mundo exterior necesitaban intermediarios de confianza que estuvieran suficientemente cualificados. Mediadores como Pedro José Gastón de Iriarte

<sup>114</sup>M.<sup>o</sup>C. GARCÍA GAINZA (dir.), *Catálogo monumental de Navarra*, V<sup>o</sup>..., pp. 320-325.

<sup>115</sup>ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 8 de junio de 1751.

<sup>116</sup>ACGI, carta de Antonio Gastón de Iriarte a D. Martín de Elizacochea (Valladolid de Michoacán, México), 5 de diciembre de 1752.

<sup>117</sup>Ibid.

<sup>118</sup>Archivo histórico del valle de Baztan (AHVB), Libro de acuerdos del valle y Universidad de Baztán, 1772-1785, Junta General del 25 de mayo de 1779.

<sup>119</sup>MARTÍNEZ MILLÁN, J., “Las investigaciones sobre patronazgo y clientelismo en la administración de la Monarquía Hispánica durante la Edad Moderna”, *Studia Historica, Historia Moderna*, n.º 15, 1998, pp. 83-106; BENIGNO, F., *La sombra del rey*, Madrid, Alianza Editorial, 1994; WINDLER, C., *Élites locales, señores, reformistas. Redes clientelares y Monarquía hacia finales del Antiguo Régimen*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 1997 y “Clientèles royales et clientèles seigneuriales vers la fin de l’Ancien Régime”, *Annales HSS*, mars-avril 1997, n.º 2, 1997, pp. 293-319; KETTERING, S., *Patrons, Brokers and Clients in Seventeenth Century France*, New York, Oxford, 1986.

te eran hijos de las casas principales, instruidos, bien relacionados, que a veces incluso habían hecho carrera fuera, antes de volver a la aldea, y que estaban capacitados para actuar como administradores, gestores o banqueros locales, en una sociedad en la que estos servicios no estaban institucionalizados sino que se conseguían a través de relaciones personales.

Los personajes encumbrados en los territorios de la Monarquía agradecían tener en el valle a un hombre de confianza que se ocupara de sus casas y familias. Ayudar a su parentela fue la misión que de algún modo confió, poco antes de morir, el obispo Martín de Elzacoechea a su sobrino Pedro José Gastón de Iriarte, cuando éste se retiró de la carrera militar y volvió a Erratzu para suceder en su casa nativa: "Espero te vaya bien en la Patria, a donde podrás servir mucho a todos los Parientes mis sobrinos, y primos tuyos"<sup>120</sup>, y lo mismo reiteraría, con mayor solemnidad, a modo de testamento moral, en una de sus últimas cartas: "Pedro José, te repito mi buena voluntad, deseando te vaya bien en la Patria y te encargo y pido procures atender en lo que pudieres a todos mis sobrinos, así de Elorga como de Azpilkueta (...)"<sup>121</sup>.

Desde la Corte, Cádiz y las Indias, estos intermediarios de confianza fueron muy solicitados para negociar matrimonios, para administrar pensiones<sup>122</sup>, para entregar dinero de dotes, para repartir limosnas a parientes pobres<sup>123</sup>, para ocuparse del futuro de jóvenes parientes, para encargarse de la administración de bienes, de testamentarias, o de servicios relacionados con la compra y venta de casas, para dirigir la reconstrucción y arreglo de edificios, para intervenir en determinados conflictos domésticos o para cuidar de parientes desvalidos. En contrapartida, estos patricios locales utilizaban aquellas relaciones privilegiadas para favorecer a los suyos y para ocuparse de los asuntos de la comunidad. Acudían a sus parientes y amigos de la corte o de otras esferas de poder para conseguir la erección de nuevos beneficios eclesiásticos, para financiar el hospicio del valle, para llevar pleitos en nombre de la comunidad de vecinos, etc. Este capital relacional de los patricios locales fue un elemento decisivo de su influencia en la comunidad y representó la cara más amable de su poder. Por su mediación llegaban pensiones, dotes, limosnas, cargos, becas, favores, que se encargaban de administrar. A su vez, estas relaciones influyentes hacían de ellos hombres necesarios para conseguir el favor y el medro, por lo que fueron muy buscados por los miembros de la comunidad para conseguir beneficios de todo tipo: una beca para estudiar en la Universidad de Salamanca<sup>124</sup>, una plaza en el colegio seminario de San Juan Bautista de Pamplona<sup>125</sup>, recomendaciones para ingresar en algún cuerpo privilegiado del Ejército<sup>126</sup>, para acceder a un cargo eclesiástico<sup>127</sup>, para promocionar a alguien en su carrera<sup>128</sup>, para conseguir recomendaciones útiles en el comercio de América, etc. Esto les confería el poder de conseguir ventajas para el pueblo y para el valle, de hacer favores a amigos y dependientes, o de resolver favorablemente problemas y pleitos en instancias superiores.

Sin embargo, los efectos de "la hora del XVIII" en Navarra fueron relativos. Esta no fue una historia general, sino diferencial. Marcó profundamente a determinados grupos de familias, pero la mayor parte de las élites navarras vivieron de espaldas a ella. Se trató en su mayor parte de hombres nuevos, originarios sobre todo de los valles del noroeste, que se elevaron fuera de los cauces tradicionales de la sociedad navarra, directamente al servicio del rey, en otros territorios,

<sup>120</sup> ACGI, carta de Martín de Elzacoechea (Valladolid de Michoacán, México) a Pedro José Gastón de Iriarte, 16 de febrero de 1754.

<sup>121</sup> ACGI, carta de Martín de Elzacoechea (Valladolid de Michoacán, México) a Pedro José Gastón de Iriarte, 1 de septiembre de 1754.

<sup>122</sup> ACGI, Libro de cuentas de Pedro José Gastón de Iriarte.

<sup>123</sup> ACGI, carta de María Felicia Gastón de Iriarte (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 26 de junio de 1771; cartas del conde de Saceda (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 5 de marzo de 1784; carta de Pedro José Gastón de Iriarte (Erratzu) al conde de Saceda, junio de 1784; carta de José Martínez Jimeno (Madrid) a Pedro José Gastón de Iriarte, 21 de febrero de 1788.

<sup>124</sup> ACGI, cartas de Juan Bautista Pascual de Nieva (Pamplona) a Pedro José Gastón de Iriarte, 1 de agosto de 1787 y 13 de agosto de 1787.

<sup>125</sup> ACGI, cartas de Ana Joaquina de Alduncin (Los Arcos) a Pedro José Gastón de Iriarte, 3 de enero de 1788 y 14 de enero de 1788.

<sup>126</sup> ACGI, carta de Miguel José Gastón de Iriarte (Isla de León) a Pedro José Gastón de Iriarte, 14 de abril de 1788.

<sup>127</sup> ACGI, carta del obispo Juan Lorenzo Ingoyen y Dutan (Pamplona) a Pedro José Gastón de Iriarte, 4 de diciembre de 1771.

<sup>128</sup> ACGI, carta de Francisco Javier de Goicoa (Pamplona) a Pedro José Gastón de Iriarte, 10 de julio de 1788.



Vista de Azpilkueta

participando de un modo especial en la construcción administrativa, económica y militar del Estado moderno. Mientras tanto, la mayoría de la nobleza navarra permaneció al margen de aquel fenómeno, circunscrita a los horizontes tradicionales del Viejo Reyno<sup>129</sup>. Es cierto que algunos testimonios apuntan a que la capacidad de aquellos nuevos grupos para conseguir cargos tuvo efectos también en el Reino. Así, por ejemplo, eclesiásticos de estas familias se multiplicaron en el alto clero de la catedral de Pamplona, un coto reservado hasta entonces a los segundones de la nobleza tradicional, hasta el punto de que, en las elecciones de canónigos de 1755, el prior de la catedral de Pamplona temía “que son capaces de levantarse totalmente con la iglesia [de Pamplona] y hacerla patrimonio de baztanese”<sup>130</sup>. No parece, sin embargo, que aquella “hora del XVIII” transformara por el momento las jerarquías tradicio-

nales de la sociedad navarra, aunque muchos hombres y familias que se habían forjado en aquellas experiencias novedosas acabaran siendo fermento de cambio y modernidad en su seno.

<sup>129</sup> FLORISTÁN, A. “Entre la casa y la Corte. Una aproximación a las élites dirigentes del Reino de Navarra (siglos XVI-XVIII)”, en IMILZÓZ, J.M. (Coord.), *Élites, poder y red social. Las élites del País Vasco y Navarra en la Edad Moderna*, Bilbao, UPV, 1996, pp. 175-191.

<sup>130</sup> GONÍ GAZTAMBIDE, J., *Historia de los obispos de Pamplona*, t. VII, Pamplona, Eunsa, 1989, p. 473.







## DON JUAN DE GOYENECHÉ: SU MEMORIA Y SUS OBRAS

ALFREDO FLORISTAN IMIZCOZ UNIVERSIDAD DE ALCALA

Don Juan de Goyeneche y Gastón (Arizkun 1656-Madrid 1735) fue, muy probablemente, el navarro más influyente en la corte de Felipe V de Borbón durante el primer tercio del siglo XVIII. Otros antes que él habían alcanzado, en determinados momentos, cotas de poder político superiores junto a los reyes de la Casa de Austria, como es el caso de dos grandes secretarios de Estado: Francisco de Eraso, a mediados del siglo XVI, con Carlos I y Felipe II, y Juan de Ciriza, a principios del XVII, bajo Felipe III. Pero ninguno como él marcó una impronta tan duradera, que ha trascendido, con mucho, la herencia de la sangre y la de las obras materiales. Don Juan de Goyeneche constituyó el centro —quizás el motor— de una poderosa red de financieros de origen navarro y vascongado que aprovecharon el cambio de dinastía para ocupar posiciones destacadas en la administración hacendística de la nueva España borbónica. También dio origen a una relevante dinastía nobiliaria, de hombres de negocios y gobernantes, muy acaudalada y reconocida con títulos. Su “casa principal” en Madrid —hoy sede de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando— y el conjunto urbanístico de Nuevo Baztán, obras ambas de José de Churriguera, testimonian la amplitud y el dinamismo original de sus empresas económicas, cuyos rasgos más modernizadores no han pasado desapercibidos.

Con todo, salvo para algunos historiadores del arte, era casi un desconocido hasta que, en 1969, Julio Caro Baroja lo rescató del olvido y lo convirtió en figura emblemática de la “hora navarra del XVIII”<sup>1</sup>. Él advirtió tempranamente, junto con otros autores, que el periodo final de los Austrias y las primeras décadas de los Borbones, aproximadamente entre 1680 y 1750, había sido un tiempo más creativo de lo que tradicionalmente se había pensado. El protagonismo de territorios periféricos a Castilla tenía este momento de unas características peculiares, cuya virtualidad política era fácil de advertir desde la perspectiva de los años 1960. El espectacular crecimiento demográfico y económico de Cataluña durante el setecientos, según Pierre Vilar y otros autores, arrancaría de las décadas finales del XVII. Todo ello estaría relacionado con un renovado protagonismo político de los reinos de la Corona de Aragón después de la revuelta catalana, del que empezó a hablar Joan Reglá acuñando el concepto de “neoforalismo”. Incluso en el ámbito intelectual y de la cultura, la actividad de los “novatores” preilustrados resultó particularmente intensa en Valencia y Aragón (Antonio Mestre)<sup>2</sup>. La activa presencia en la Corte de un grupo de importantes hombres de negocios, financieros, administradores y gobernantes de origen navarro y vasco —y de otros montañeses en general— venía a confirmar esta misma tendencia innovadora en la cornisa cantábrica.

<sup>1</sup> BAROJA, J., *La hora navarra del XVIII (Personas, familias, negocios e ideas)*. Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1969; hay reedición de 1985.

<sup>2</sup> VILAR, P., *La Catalogne dans l'Espagne Moderne. Recherches sur les fondements économiques des structures nationales*, París, SEVPEN, 1962 (trad. española: Barcelona, Crítica, 1988); REGLÁ, J., *Els virreis de Catalunya*, Barcelona, Teide, 1956, p. 159ss; MESTRE, A., *Despotismo e ilustración en España*, Barcelona, Ariel, 1976.

Monumento a Juan de Goyeneche en Nuevo Baztán, de Gonzalo de Lossada y Torres-Quevedo

Julio Caro subrayó ciertos rasgos de modernidad y de europeísmo en este grupo de navarros y de vascongados afincados principalmente en Madrid, pero con estrechas relaciones en Cádiz y en Indias, entre los que destacó don Juan de Goyeneche. Ellos venían a confirmar la existencia de unos españoles perfectamente asimilables a los europeos de la época: que no despreciaban el trabajo a pesar de su nobleza de sangre, que eran innovadores en sus actividades económicas, y austeros, cultos y sinceramente religiosos en su vida privada. Esto contradecía estereotipos simplificadores sobre lo “español”, acuñados por ciertas corrientes ideológicas y que alimentaban una determinada leyenda negra. Aunque, quizás, su mayor acierto no fuese éste sino el destacar la importancia de las solidaridades familiares y “nacionales”, de sangre y de paisanaje, que les vinculaban entre sí. Por ello, su obra de 1969 no es la biografía aislada de un hombre extraordinario y precursor entre los de su tiempo, sino la compleja galería de retratos de un grupo de personajes importantes y de los vínculos que les ligaron entre sí.

Don Juan de Goyeneche no se comprende cabalmente sin considerar la transformación posterior de su casa, en tiempo de sus hijos y sobrinos, partícipes y herederos de sus empresas, que fueron marqueses de Belzunce y de Ugena, condes de Saceda y de Gausa, y que tuvieron una formación, mentalidad y actitudes muy diferentes. Su vida resulta inexplicable, también, sin conocer a sus numerosos amigos y socios, como Juan Bautista Iturralde, Francisco Esteban Rodríguez de los Ríos y José de Aguerri, con los que convivió y trabajó estrechamente. Pero, sobre todo, no puede entenderse sino desde la perspectiva de la compleja trama de relaciones personales que hizo posible su fortuna y que le dio sentido. Él actuó como uno de los nudos principales de una amplia red, variada cultural y geográficamente, que le vinculaba estrechamente a la vez con sus paisanos, que seguían viviendo en Arizkun, en el valle del Baztán o en Pamplona, pero también con otros hombres que se habían asentado y comerciaban en Cádiz y en Indias, o que ocupaban puestos de importancia en el gobierno de la Monarquía de España<sup>1</sup>.

Julio Caro, con intuición de antropólogo, apuntó la importancia de estas relaciones personales, que él comprendía como estructuradas en torno a la “casa”. Sólo más tarde los historiadores, obsesionados por entonces con las grandes “formaciones socio-económicas”, hemos aprendido a adoptar también esta perspectiva. El conocimiento del mecenazgo ejercido por indianos enriquecidos y cortesanos con éxito permite comprender mejor el importante desarrollo artístico que observamos en buena parte de Navarra y de las provincias en el siglo XVIII. De igual modo, el mundo del comercio y de las finanzas se ha abordado más comprensivamente desde el estudio de los grupos humanos de comerciantes, financieros y asentistas, a los que vemos relacionados entre sí por estrechos lazos familiares, de amistad y de paisanaje<sup>2</sup>. Con una perspectiva más amplia, también los grandes procesos de cambio social y político del siglo XVIII, tanto en la aldea y el valle como en el ámbito más amplio de la Monarquía, se entienden mejor si consideramos las estrechas relaciones de intercambio de bienes, servicios, ideas y favores que se producía entre ambos polos. Esta trama de relaciones personales permitía ciertos funcionamientos colectivos en los que se veían implicados tanto los aldeanos como los grandes ministros de la corte<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Un ejemplo en IMIZCOZ BEUNZA, J. M.<sup>a</sup> y GUERRERO, R., “A escala de Imperio. Familias, carreras y empresas de las élites vascas y navarras en la Monarquía borbónica”, en *Redes familiares y patronazgo. Aproximación al entramado social del País Vasco y Navarra en el Antiguo Régimen (siglos XV y XIX)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2001, pp. 175-201.

<sup>2</sup> De entre las numerosas investigaciones del “Grupo de Investigación de Historia Financiera”, que dirigen Agustín González Enciso y Rafael Torres en la Universidad de Navarra, quiero destacar dos trabajos fundamentales para el tema que nos ocupa: HERNÁNDEZ ESCAYOLA, M.<sup>a</sup> C., *Negocio y servicio. Finanzas públicas y hombres de negocios en Navarra en la primera mitad del siglo XVIII*, Pamplona, Eunsa, 2004, y AQUEERETA, S., *Negocios y finanzas en el siglo XVIII: la familia Goyeneche*, Pamplona, Eunsa, 2001. Sobre la actividad comercial y las familias de mercaderes, contamos con la monografía AZCONA GUERRA, A., *Comercio y comerciantes en la Navarra del siglo XVIII*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1996.

<sup>3</sup> Este es el enfoque de los trabajos de Jose M.<sup>a</sup> Imizcoz y su grupo de investigación en la Universidad del País Vasco ([www.ehu.es/grupoimimizcoz/jmimizcoz.htm](http://www.ehu.es/grupoimimizcoz/jmimizcoz.htm)), editados en varias obras colectivas: IMIZCOZ, J. M.<sup>a</sup>, (ed): *Élites, poder y red social. Las élites del País Vasco y Navarra en la Edad Moderna (Estado de la cuestión y perspectivas)*, Vitoria, U. PV, 1996; *Redes familiares y patronazgo. Aproximación al entramado social del País Vasco y Navarra en el Antiguo Régimen (siglos XV-XIX)*, Bilbao, U. PV, 2001; *Casa, familia y sociedad. País Vasco, España y América, siglos XV-XIX*, Vitoria, U. PV, 2004.





Sobre la persona de don Juan de Goyeneche no disponemos de muchos más datos biográficos de los que pudo manejar Julio Caro, y no es probable que se produzcan nuevos descubrimientos. Conocemos mucho mejor sus empresas financieras e industriales gracias a las investigaciones de Santiago Aquerreta, que ha revisado concienzudamente las escrituras del Archivo Histórico de Protocolos de Madrid y los expedientes administrativos del Archivo Histórico Nacional<sup>6</sup>. También el mecenazgo artístico que ejerció, sobre todo en Nuevo Baztán y en su palacio de la calle de Alcalá de Madrid, han sido reexaminadas recientemente por destacados especialistas, en un ciclo de conferencias organizado por Concepción García Gainza y en otros trabajos<sup>7</sup>. Todo ello permite esbozar un retrato más completo del hombre en su contexto.

## EMIGRANTE EN LA CORTE

Juan de Goyeneche nació en 1656 en Arizkun, un pequeño pueblo –en torno a 100 familias– en el centro del valle del Baztán, en el NO del Reino de Navarra y fronterizo con Francia, en la principal ruta de comercio entre Pamplona y Bayona. Era el menor de seis hermanos, hijos del matrimonio de Martín de Goyeneche con Catalina Gastón. Sabemos poco sobre su familia, afincada en el valle desde antiguo hasta dar nombre a la casa (“Goyenechea”) del barrio de Ordoqui. Como vecinos de pleno derecho, al igual que todos los del valle, eran jurídicamente hidalgos porque así lo reconocía sentencia judicial del siglo XV. Probablemente se trató de una familia relativamente acomodada y, lo que es más importante, con los contactos exteriores precisos para facilitar la emigración de sus miembros, y entre ellos la de Juan.

Era práctica habitual –en Baztán como en buena parte de la España cantábrica– que los padres designaran a un solo hijo como heredero de la hacienda. En este caso, el elegido en el testamento de 1676 fue Andrés, uno de los mayores. Lo cual no significaba que, en la estrategia familiar, los demás hijos y hermanos fueran abandonados a su suerte, o que su salida resultase necesariamente más difícil o más precaria que la del heredero, como muchas veces se ha sugerido. En el caso de ciertas familias, como probablemente ésta de los Goyeneche-Gastón a mediados del XVII, la emigración ya habría adquirido características de dinámica familiar organizada. El alistamiento en el ejército o la armada, tan tradicionales de la pequeña hidalguía, no requerían mayor preparación ni particulares contactos. Por el contrario, las grandes carreras letradas, civiles o eclesiásticas, estaban al alcance de unas pocas familias bien situadas, con acceso a los selectos Colegios Mayores y a la Universidad, y exigían una prolongada inversión. La administración burocrática –secretarios, tesoreros, contadores y pagadores, etc.–, con amplias posibilidades de promoción, requería sólo estudios básicos<sup>8</sup>. El dominio de la lengua castellana si procedían de un medio euskaldún, como es el caso, además de habilidades básicas de lectura, de escritura y de cuentas, eran relativamente fáciles de adquirir con el apoyo de parientes de fuera del pueblo.

No sabemos bien por qué y cómo los Goyeneche-Gastón orientaron a dos de sus hijos hacia las letras. Antonio, que fue colegial de San Ambrosio en la Universidad de Alcalá, donde cursó artes, profesó como jesuita, lo que suponía largos años de estudios, exigentes, lejos de casa. Y la primera referencia que tenemos de Juan nos lo presenta en Madrid, posiblemente antes de 1670, todavía adolescente, estudiando humanidades en el colegio de los jesui-

<sup>6</sup> La Tesis doctoral de AQUERRETA, S., *Los financieros navarros en Madrid en la primera mitad del siglo XVIII*, Pamplona, Universidad de Navarra, 2004, dirigida por A. González Enciso, viene a completar la obra ya citada del mismo autor sobre la dinastía de los Goyeneche.

<sup>7</sup> GARCÍA GAINZA, M. C., (ed): *Juan de Goyeneche y su tiempo. Los navarros en Madrid*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999. *El innovador Juan de Goyeneche. El señorío de La Olmeda y el conjunto arquitectónico de Nuevo Baztán*, Madrid, Comunidad de Madrid, 1991.

<sup>8</sup> Particularmente útiles son los trabajos del equipo de investigación hispano-francés sobre “Personal Administrativo y Político en España”. Sobre el último Coloquio del grupo “PAPE”, ver CASTELLANO, J. L., DE DIEU, J. P., y LOPEZ-CORDON CORTEZO, M. V., (eds): *La pluma, la mitra y la espada. Estudios de Historia Institucional en la Edad Moderna*, Madrid, Marcial Pons, 2000.

tas en la capital, lo equivalente a la enseñanza media de hoy. Todavía no conocemos cuál era su contacto en la Corte, pero no hay que pensar que emigrara espontáneamente o sin unos objetivos más o menos predefinidos. Probablemente su destino, como el de muchos otros jóvenes como él, era el trabajo en la burocracia, en la que se iniciaban como aprendices bajo la protección de algún pariente o deudo de la familia, para luego medrar según su capacidad y fortuna<sup>9</sup>.

### El primer Goyeneche

Sobre las tres primeras décadas de Juan de Goyeneche en Madrid apenas contamos con el breve testimonio —por otra parte, muy poco objetivo— del panegírico que le dedicó el P. Bartolomé Alcázar, S.J., en 1710, cuando ya era un hombre rico<sup>10</sup>. En definitiva, lo que parece incontestable es que frecuentó desde muy joven ciertas tertulias culturales de la Corte, y en particular la del influyente IX conde de Oropesa. Don Manuel Joaquín Álvarez de Toledo-Portugal y Pimentel había nacido en Pamplona por casualidad, cuando su padre era virrey de Navarra. Su vinculación con el Reino quizás no pasase de meramente protocolaria, como era habitual en estos casos. En 1684, en el momento de constituirse la primera Junta directiva de la Congregación de San Fermín de los Navarros, figura como primer asistente. Junto con él estaban los dos principales señores del Reino: el Duque de Alba como prefecto, y el duque de Alburquerque como asistente segundo. Oropesa, ascendido a la presidencia del Consejo de Castilla, fue el “primer ministro” de Carlos II entre 1685 y 1691, llevando a cabo una política decididamente reformista, muy en la línea del Colbertismo francés en cuanto al saneamiento financiero y a la promoción de la economía<sup>11</sup>.

Es probable que una cierta familiaridad de trato con el poderoso conde de Oropesa, como apunta Santiago Aquerrete<sup>12</sup>, facilitara la introducción de Juan de Goyeneche en la corte, más concretamente en el servicio íntimo y directo a la familia real. Desde una fecha que el P. Alcázar no precisa, habría ejercido como tesorero del gasto secreto de Carlos II y como Tesorero General de Milicias, antes de ocupar también, en 1699, la tesorería privada de la reina Mariana de Neoburgo; más adelante, fue tesorero de las reinas María Luisa de Saboya e Isabel de Farnesio, sucesivas mujeres de Felipe V, hasta 1724. Tales tesorerías, aunque no muy rentables en términos monetarios, permitían un trato personal y de confianza con la realeza, que entonces era la fuente de todo poder. Además, reportaban un innegable prestigio social —a la hora de redactar su nota necrológica es lo único que se recordó— y facilitaban un observatorio privilegiado desde el que acumular la información y los contactos precisos para adentrarse con ventaja en los negocios, como más adelante veremos.

De cualquier modo, su ascenso coincidió con unas décadas en las que la presencia de navarros en el Gobierno central de la Monarquía resultó extraordinaria, hasta el punto de suscitar recelos en otros grupos nacionales. En buena medida, la crisis secesionista de los años 1640 en Cataluña y Portugal había ratificado la convicción de que, aunque naturales de un reino con leyes propias, “en cuanto a lo político [Navarra] es uno mismo con los de Castilla y León”. En el Consejo de Castilla, el primero del Gobierno polisinodial, entre 1676 y 1703 ingresaron nueve navarros, cuando Felipe IV sólo había promocionado a tres en 1621-1665. Francisco de Eraso, Martín de Gaztelu o Juan de Ciriza habían destacado entre los secretarios, pero sin dar lugar a una saga como la de los Eguía en la segunda mitad del siglo XVII. Pedro de Eguía sirvió 23 años

<sup>9</sup> Sobre todas estas cuestiones, CARO BAROJA J., *Op.cit.*, pp. 82-90 y 134-137. En 1685, en su *Executoria de la nobleza*, refiere al capitán don Miguel de Vergara “el patrocinio y favor que experimentan de su liberalidad los baztanenses que peregrinan a otras tierras por mejorar de fortuna” (p. 13), aunque no como algo personal.

<sup>10</sup> ALCÁZAR, B., *Chrono-historia de la Compañía de Jesús en la Provincia de Toledo, y elogios de sus varones ilustres, fundadores, bienhechores, autores e hijos espirituales*, Madrid, 1710.

<sup>11</sup> CONTRERAS, J., *Carlos II el Hechizado. Poder y melancolía en la corte del último Austria*, Madrid, Temas de Hoy, 2003, pp. 236-238 y 277-280.

<sup>12</sup> AQUERRETE, S., *Negocios y finanzas...*, p. 93.





Palacio de Juan de Goyeneche en Nuevo Baztán. Detalle de la portada







Escultura titular de la parroquia de San Francisco Javier en Nuevo Baztán

en las galeras de Italia y llegó a ser oidor de la Cámara de Comptos de Navarra; su hijo Jerónimo de Eguía fue secretario en el Consejo de Cámara de Castilla antes de ser secretario de Estado y del Despacho Universal (1677-1682); y su nieto Jerónimo Francisco Eguía trabajaba como oficial del Consejo de Hacienda cuando fue hecho marqués de Narros (1685). Dos letrados y dos hombres de pluma –Esteban Fermín Marichalar y Miguel López de Dicastillo, oidores del Consejo de Castilla y del de Indias, respectivamente, y Gaspar de Legasa y José Bruñón, secretarios del rey y oficiales de la Secretaría de Guerra– fueron los impulsores de la Real Congregación de San Fermín, en la que Goyeneche participó desde sus orígenes como celador de pobres<sup>13</sup>.

### La inclinación humanista

Aquellas “academias” humanistas que frecuentó Juan de Goyeneche durante su juventud debieron de estimular en él una personal afición por las letras, principalmente las humanidades, como testimonian sus trabajos más tempranos, y las iniciativas y el mecenazgo que pudo ejercer ya en plena madurez. En 1685 publicó, siendo relativamente joven, una interesante corografía, esto es, una descripción encomiástica de su Baztán natal, sus tierras, sus derechos y las glorias de sus habitantes. Se trata de un género muy habitual en la historiografía del barroco, aplicado a pequeñas comunidades, ciudades y villas, que en este caso nace como iniciativa particular y no institucional, entendida como un deber cívico hacia sus connaturales. *La Ejecutoria de la nobleza, antigüedad y blasones del valle de Baztán* que dedica a sus hijos y originarios (Imprenta de Antonio Román, Madrid, 1685)<sup>14</sup> canta las glorias de los que entonces se consideraban los más ilustres baztaneses: San Francisco de Javier (nacido de una Azpilkueta y concebido, se decía, en aquella localidad baztanesa), Martín de Azpilkueta (de la misma familia, aunque el “Doctor navarro” hubiera nacido en Barásoain), y don Álvaro de Bazán (cuyo apellidado entendía equivalente a “Baztán”), primer marqués de Santa Cruz. Pero, sobre todo, aporta un testimonio vivo sobre la estructuración social en torno a las casas vecinales, sus obligaciones y privilegios, y acerca de la ejecutoria de hidalguía de 1440, que transcribe íntegramente. En esto último manifiesta un interés que trasciende la demostración de un derecho para convertirse en requisitoria de vida virtuosa a la que ajustarse<sup>15</sup>.

Tres años después costeó la publicación de la polémica obra póstuma de Sor María de Jesús de Ágreda (1602-1665), titulada *Mística ciudad de Dios, milagro de su Omnipotencia y abismo de la Gracia: Historia Divina y Vida de la Virgen Madre de Dios*. Se trata de un texto que había encontrado muchos detractores, incluso atraído las sospechas de la Inquisición, para la cual Go-

yeneche escribió una dedicatoria. Probablemente él y su mujer, cuya familia materna estaba relacionada con la villa soriana, sintiesen una profunda devoción hacia aquella monja con fama de santa y mística, a la que se atribuían revelaciones y otros hechos milagrosos, hasta el punto de que el propio Felipe IV la visitó en 1643, y con la que mantuvo luego una nutrida correspondencia personal. El primer tomo manuscrito de *Mística ciudad de Dios* y una parte de estas cartas las conservó don Juan hasta su muerte como un preciado tesoro, vinculándolo al mayorazgo de su primogénito. En cierta medida, es comprensible que lo sintiera así: al final de sus días, aquellos documentos simbolizaban las relaciones de servicio a Dios y al Rey en las que aquella sociedad cifraba todo honor, y sobre las que quería que se reconociese el despliegue de su vida<sup>16</sup>.

<sup>13</sup> FAYARD, J., *Les membres du Conseil de Castille à l'époque moderne (1621-1746)*, Paris, 1979 (trad.: Madrid, Siglo XXI, 1982); SAGÜES AZCONA, P., *La Real Congregación de San Fermín de los Navarros en Madrid (1683-1961)*, Madrid, Gráficas Canales, 1963, pp. 27-46. ESCUDERO, J. A., *Los secretarios de Estado y del despacho (1474-1724)*, Madrid, Instituto de Estudios Administrativos, 1976, I, pp. 271-272.

<sup>14</sup> Existe una edición facsimilar, con estudio histórico, por S. Alcalde de Oñate y C. González de Heredia, editada por Asociación del Patrimonio Histórico de Nuevo Baztán en Madrid, 1998.

<sup>15</sup> Parece un programa de vida al que pretendiera ajustarse: “[que] se esmeren en las nobles artes y heroicos empleos de amplificar la fe y defender la república, propagando la gloria de la patria y el inculto nombre de españoles, para que así entienda el mundo que miran como obligación este lustre, y que la memoria de su nobleza no es por vana ostentación de su altivez, sino por generoso empeño de la virtud” *Ejecutoria de la nobleza*, p. 66.

<sup>16</sup> Entre otras, hay una edición anotada, con estudio introductorio de C. Solaguren, OFM, con la colaboración de A. Martínez Moñux, OFM, y L. Villasante, OFM (Madrid, 1970) CARO BAROJA, J., *La hora navarra*..., pp. 99 y 182. Su hermano Antonio, el jesuita, fue uno de los más activos paladines de Sor María de Jesús de Ágreda.





Finalmente editó varias poesías sagradas y profanas que dejó escritas (aunque no juntas ni retocadas), Antonio Solís y Ribadeneyra [...] recogidas y dadas a luz por don Juan de Goyeneche (Antonio Román, Madrid, 1692). Antonio Solís (1610-1686) había escrito comedias al modo de Calderón, y, como Cronista mayor de Indias, había publicado una importante *Historia de la conquista de México, población y progressos de la América septentrional, conocida por el nombre de Nueva España* (Bernardo de la Villa-Diego, Madrid, 1684), a la que Goyeneche incorporó una biografía barroca del autor. Debió de conocerlo en la tertulia del conde de Oropesa, a cuyo padre había servido Solís mientras fue virrey de Navarra y de Valencia<sup>17</sup>. En el caso de estas iniciativas pueden ir de la mano el aprecio sincero a la obra y a la persona del literato y amigo, y la búsqueda de una cierta proximidad al poder que rondaba en el entorno a la persona del ministro.

El horizonte político resultaba muy confuso a finales del siglo XVII, cuando Carlos II se extinguía sin descendencia. Las grandes potencias rivalizaban por su herencia, y las distintas facciones cortesanas se alineaban en torno a los candidatos de Francia, de Austria y de Baviera. Parece que, en este ambiente, Don Juan de Goyeneche supo manejarse con discreción y habilidad. Se movió siempre en los círculos más profranceses, quizás inicialmente del conde de Oropesa. Pero éste cayó finalmente en desgracia con ocasión del motín madrileño de 29 de abril de 1699, y terminó apoyando los derechos de la Casa de Austria y murió en el exilio. Goyeneche asumió, precisamente en agosto de ese año, la tesorería de la reina Mariana, que había sido contraria a Oropesa pero que empezaba a verse atraída hacia la causa francesa. Pero la cedió de inmediato a un sobrino, para empezar a ejercer la de la nueva reina María Luisa de Saboya (1700). En este año tomó partido, temprana y decididamente, por Felipe de Borbón, duque de Anjou, el candidato francés beneficiado por el testamento final de Carlos II, lo que resultó un acierto decisivo<sup>18</sup>.

## EL ÉXITO DE UN PROVINCIANO EN LA CAPITAL DE LA MONARQUÍA

En 1733, el P. Benito Feijoo dedicó el tomo V de su Teatro crítico universal a don Juan de Goyeneche, que se encontraba en la plenitud de su fama. El beneditino, desde su convento de Oviedo, hizo un elogio de su persona y de sus empresas de promoción industrial, reconociéndose su deudor por la protección que siempre había dedicado a su obra, no exenta de detractores y polémicas. Se habrían conocido cuando Feijoo viajó a Madrid en 1725, y luego mantuvieron correspondencia. Ambos compartían un mismo afán de renovación crítica de los viejos modos de pensar y de hacer, y el afán de apertura al exterior, de donde importar las novedades más útiles. Todo ello dentro de un espíritu de servicio patriótico al rey como cabeza vivificante del cuerpo de la nación, muy propio del ambiente protoilustrado del momento.

Goyeneche vuelve a aparecer, al igual que en el elogio del P. Alcázar de 1710, como un hombre de inquietudes culturales, que alienta en su casa una tertulia erudita, casi una academia.

Pero, sobre todo, Feijoo destaca su habilidad en el trato de las personas, tan importante en el éxito de las grandes empresas económicas. “Le concedió [Dios] en grado eminente aquella parte la más alta, la más útil y juntamente la más difícil de la Política, que es la íntima penetración de lo sujetos que trata”. Y poco des-

<sup>17</sup> *Ibid.* pp. 96-99.

<sup>18</sup> MAURA GAMAZO, G. (duque de Maura): *Documentos inéditos referentes a las postrimerías de la Casa de Austria en España*, Madrid, Real Academia de la Historia: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2004, II, p. 998; CANOVAS DEL CASTILLO, A., *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento de Felipe III al trono hasta la muerte de Carlos II*, Madrid, Algezara, 1992, pp. 705ss.

pués se ratifica en la verdad de “aquella sentencia que profirió un discreto, y aprobaron luego todos los que los son: Todos para sí, Goyeneche para todos y para todo”<sup>19</sup>. Sin duda, tuvo la virtud de ganarse la confianza de las personas adecuadas en cada momento, y de promover grandes empresas cuando muchas cosas estaban cambiando.

### De burócrata a hombre de negocios

A mediados de los años 1690, cuando cumplió cuarenta de vida, era un oficial de la administración que había alcanzado un respetable éxito en la Corte, que había acumulado algo de dinero y que, como tantos otros emigrantes, aspiraría al reconocimiento de sus paisanos en su patria. En 1694 lo vemos construyéndose una casa en Pamplona y, en 1696, comprando la jurisdicción criminal de Belzunce (valle de Juslapeña), cuyas tierras, pechas y patronato de la abadía había adquirido, y gestionando el título de cabo de armería para su palacio en aquel lugar. Cabe pensar que preparara la reincorporación en el Reino —la suya o la de sus hijos, que empiezan a nacer en 1690— como “señor de pechas” y “palaciano”, las mayores distinciones que honraban a la nobleza en Navarra, aparte los títulos. Sin embargo, a finales de esa misma década vemos cómo se embarca en nuevos proyectos de grandes dimensiones, negocios que tienen poco que ver con su dedicación anterior, y que impedirán su retorno y el de su familia. Y no sabemos muy bien el cómo y el porqué se produjo esta evolución del burócrata-cortesano inicial al hombre de negocios definitivo.

Su primera gran aventura empresarial fue la adquisición al Hospital General de Madrid, en 1696, del privilegio de imprimir “gacetas” a perpetuidad a cambio de una renta anual de 400 ducados. Las “relaciones” o “gacetas” de noticias se habían publicado esporádicamente en España, como en el resto de Europa, desde mediados del siglo XVII. Con pequeñas variantes, esta prensa periódica incipiente —habitualmente, de dos a cuatro hojas semanales— combinaba información mercantil, bélica y política, que empezaba a tener una cierta demanda aunque no siempre resultara rentable a largo plazo. Goyeneche administró con acierto la Gaceta de Madrid, que editó desde el 26 de marzo de 1697 y resultó un magnífico negocio en todos los sentidos. Al igual que en otras coyunturas de debate e incertidumbre, como en Inglaterra o en Francia a mediados del siglo XVII, también en la España de la guerra de Sucesión hubo una fuerte demanda de noticias, que influían en las luchas políticas. En 1701 Felipe V confirmó el privilegio exclusivo de la Gaceta de Madrid para publicar “noticias generales y políticas”, a fin de evitar que se vieran “tratadas con la indecencia que se ha experimentado en España hasta que ha estado este encargo a vuestro cuidado [de Goyeneche]”<sup>20</sup>. Mientras vivió, mantuvo un monopolio lucrativo, con imprenta propia y una amplia red de suscripciones, contando siempre con el firme respaldo del rey frente a sus numerosos detractores.

Poco antes, en 1693-1695, había participado, con otros cinco socios, en una compañía que arrendó la administración de las aduanas de Navarra, la principal renta del rey en aquel reino, pagando más de 53.000 ducados, de los que puso casi el 20%. Era, por lo que sabemos, su primera implicación en negocios financieros, él como socio capitalista junto con experimentados mercaderes y hombres de negocios del país<sup>21</sup>. Parece evidente que disponía de dinero y que no quería aplicarlo a formas más tradicionales y seguras de inversión, como los censos y juros, o la adquisición de propiedades. También, que mantenía estrecha relación con círculos de comerciantes y hombres de negocios que actuaban en aquel Reino. Es probable que sus cargos y

<sup>19</sup> FEIJOO Y MONTENEGRO, B., *Teatro crítico universal*, tomo V, Madrid, Espasa Calpe, 1968, pp. 6 y 9.

<sup>20</sup> Real Cédula, Barcelona, 22 octubre 1701. PÉREZ DE GUZMÁN, A., *Bosquejo histórico-documental de la “Gaceta de Madrid”*, Madrid, Minuesa de los Ríos, 1902, pp. 70-71.

<sup>21</sup> HERNÁNDEZ ESCAYOLA, M.ª C., *Op.cit.*, p. 81.

Retablo mayor de la parroquia de San Francisco Javier en Nuevo Baztán

contactos en la administración, lo mismo que le permitieron actuar como procurador en Madrid de los asuntos de la Colegiata de Roncesvalles (1694-1703), le llevarán, también, a trabajar en favor de algunos comerciantes y financieros. En cualquier caso, Goyeneche debía de conocer bien, como Tesorero de Milicias, las posibilidades que ofrecían la administración de rentas públicas y el abastecimiento militar.

El salto a los grandes negocios lo dio en 1697, asociándose en una compañía para la provisión de mástiles, tablazón y alquitranes para construcción y reparaciones de la armada. Se trataba, como era habitual en aquellos contratos de “asiento” con el rey, del monopolio de un determinado aprovisionamiento a cambio de una cantidad de dinero y por un cierto tiempo, que se solía prorrogar. El negocio reportaba grandes beneficios, directos e indirectos, pero también se corrían enormes riesgos. La real hacienda no pagaba con puntualidad y en efectivo, por lo que había que adelantar grandes sumas de dinero, formando sociedades e incluso allegando capitales a interés, normalmente de pequeños comerciantes. Como acuerdo privilegiado que era, resultaba imprescindible la confianza personal del rey y del gobierno que, con el contrato, otorgaba los privilegios anejos que aseguraban y ampliaban el negocio. En éste de provisión naval, por ejemplo, los asentistas podían sacar mástiles y madera de los bosques comunales y privados de los Pirineos sin respetar antiguos privilegios, y con ventaja a la hora de fijar precios, efectuar pagos o soslayar la justicia ordinaria; estaban exentos de las cargas fiscales y otros derechos de almacenamiento o de tránsito que gravaban a los demás madereros; incluso podían exigir la colaboración forzosa de los vecinos para ciertas tareas, como almadieros, lo que suscitó en Navarra vivas protestas de contrafuero que fueron desoídas<sup>32</sup>.

Inicialmente, Juan de Goyeneche se asoció junto con Daniel Vanheden, con experiencia en este negocio, y desde 1699 sólo con José Vidarte, un desconocido comerciante de origen bajonavarro, suegro del baztanés Juan de Lastiri, que se había afincado en Pamplona. Pero en 1703 se hizo cargo en solitario del nuevo contrato, que administró durante la guerra de Sucesión y las primeras campañas de Felipe V en Nápoles y Sicilia, unos años de renovada actividad naval. El P. Alcázar recuerda cómo, en agosto de 1702, los mástiles que había acumulado en las atarazanas de El Puerto se utilizaron para frenar el ataque de los ingleses contra Cádiz. También alude a los numerosos préstamos de dinero que adelantó al rey, y que se comprueban en cuentas de 1703, 1706, 1709 y 1710<sup>33</sup>. Todo ello, además de ofrecerle una gran oportunidad para realizar buenos negocios, demuestra su implicación decidida a favor de la Casa de Borbón.

### La apuesta por el cambio dinástico

Antes de las victorias de 1710, Felipe V no se afirmó indiscutiblemente en el trono de España. De hecho huyó de Madrid en dos ocasiones ante los ejércitos del proclamado Carlos III, apoyado por la alianza antifrancesa y por una parte de los españoles, principalmente en la corona de Aragón. Otros experimentados hombres de negocios, más conservadores, se retrajeron, o se inclinaron por el austríaco. ¿Por qué Goyeneche apostó tan decididamente por su causa? Personalmente, admiraba las reformas impulsadas por Juan Colbert, cimiento de la grandeza de Francia, que en España había querido adaptar el conde de Oropesa, en cuyo círculo profrancés se había movido. Pero no creo que esto, y menos el recuerdo de las antiguas banderías de agramonteses y beamonteses, fuese muy relevante. Hay que considerar,

<sup>32</sup> CARO BAROJA, J., *Op. cit.*, pp. 111-113.

<sup>33</sup> AQUEERRETA, S., *Negocios y finanzas*..., pp. 109-110.







también, que Goyeneche tenía muchos contactos y que compartía intereses materiales importantes, como hemos visto, con un activo grupo de comerciantes y de hombres de negocios navarros en ascenso. Éstos también se inclinaron decididamente por el candidato francés. En parte, porque carecían de alternativa en un reino fronterizo, sin posible auxilio naval, y en el eje París-Madrid. Pero, sobre todo, porque el comercio intermediario con Francia constituía el núcleo de su negocio, que esperaban acrecentar con el nuevo rey<sup>24</sup>.

Además, la llegada de la dinastía Borbón como resultado de una guerra entre españoles propició una movilidad política y social inexplicable en otras circunstancias. Una parte de la alta nobleza castellana austracista hubo de exiliarse o fue preterida; esto facilitó el ascenso de muchos hidalgos montañeses, “vizcaínos”, gallegos, navarros, etc., que les sustituyeron en puestos decisivos de la nueva administración durante todo el siglo XVIII. De igual modo, en el ámbito de los financieros y asentistas que trabajaban con la real hacienda, se produjeron oportunidades insospechadas de renovación. Felipe V, receloso de los antiguos, favoreció el encumbramiento de hombres nuevos, como Juan de Goyeneche, porque le probaron su fidelidad personal en momentos difíciles, y porque aportaron, además, su capital relacional, esto es, la capacidad de movilizar recursos de todo tipo entre sus familiares, paisanos, deudos y amigos, principalmente navarros y vascongados<sup>25</sup>.

Más que del éxito de una persona se trata del ascenso de un grupo de estructura compleja. En el conjunto, parece que el impulso, el liderazgo diríamos, lo ejerce en buena medida Juan de Goyeneche, que es quien goza del favor del rey y de los contactos en la Corte, imprescindibles para concertar asientos de aprovisionamiento del ejército o arrendamientos de rentas reales. Pero muchos de los recursos dinerarios y organizativos, y de los apoyos humanos, provienen de una trama amplia de comerciantes, asentistas, arrendadores y financieros que se habría formado con anterioridad. Sin ellos –sobre los que luego volveremos– resultaba imposible afrontar negocios tan voluminosos y complejos<sup>26</sup>.

En torno a 1700, embarcado ya en el mundo de los grandes negocios, reclamó junto a sí a sus dos sobrinos mayores, Juan Tomás y Juan Francisco Goyeneche Irigoyen, que habían nacido en la casa familiar de Arizkun heredada por su hermano Andrés. Se encargó de su formación y les introdujo, siguiendo sus pasos, primero en la administración y progresivamente en los negocios. La boda de Juan Tomás con Josefa M.<sup>a</sup> Rodríguez de los Ríos (1703), hija del primer marqués de Santiago, selló una alianza muy útil con una importante casa financiera, la primera de entre los grandes socios de don Juan en los años difíciles de la guerra de Sucesión.

## ACTIVIDADES Y RELACIONES DE UN HOMBRE DE NEGOCIOS

A principios del siglo XVIII, los llamados “hombres de negocios” se caracterizan por la pluralidad de sus actividades económicas, fruto de una prudente diversificación de oportunidades y de riesgos, y también de una exigencia social que no anula del todo una cierta originalidad personal. Resulta difícil hacer un balance equilibrado de todas ellas cuando en la elaboración historiográfica del personaje han primado el recuerdo de unas sobre otras. No hay duda de que

<sup>24</sup> Sobre el cambio dinástico: FERNÁNDEZ ALBALADEJO, P. (ed), *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo XVIII*, Madrid, Marcial Pons, 2001. Desde una perspectiva más historiográfica, GARCÍA CARCEL, R., *Felipe V y los españoles. Una visión periférica del problema de España*, Barcelona, Plaza 8 Janés, 2002.

<sup>25</sup> GONZÁLEZ ENCISO, A., *Felipe V: la renovación de España, Barañán*, Euns, 2003.

<sup>26</sup> HERNÁNDEZ ESCAYOLA, M.<sup>a</sup> C., *Op. cit.*, pp. 271 y 530.



Parroquia de San Francisco  
Javier en Nuevo Baztán

el Juan de Goyeneche maduro fue, ante todo, un financiero, que sirvió al rey y se enriqueció con el aprovisionamiento de víveres y materiales para la armada y el ejército, y también en el arrendamiento de rentas reales. Ahora bien, sus contactos le permitieron –y le exigieron– actuar frecuentemente como prestamista, no sólo del rey sino de muchos particulares, nobles y eclesiásticos, a lo largo de toda su vida, como un modo tanto de pagar como de hacerse acreedor de favores. Si participó desde el principio como accionista de la “Real Compañía Guipuzcoana de Caracas” (1728) fue, más que nada, por solidarizarse con sus promotores, a los que trataba como paisanos. La compra de tierras, casas y otras rentas, lo mismo que la adquisición de señorías, de cargos o de títulos para sí o para su familia, responde a una dinámica de reconocimiento social muy común. Ésta no debe interpretarse sólo como consecuencia del orgullo o de la vanagloria personal del nuevo rico, sino también como la inversión más conveniente para poder actuar en aquella sociedad. Por último, una serie de actividades de promoción industrial, simbolizadas en el conjunto de Nuevo Baztán, son las que le han granjeado fama imperecedera, aunque económicamente fuesen menos relevantes o, incluso, un completo fracaso. Pero sus coetáneos, como nosotros hoy, apreciamos con razón en ellas una veta original de su más íntima personalidad.



## El hombre de negocios: asientos y arrendamientos de rentas reales

El aprovisionamiento de mástiles, tablazón, pez rubia, brea y alquitrán lo mantuvo en solitario don Juan de Goyeneche desde 1703 hasta 1717 y pronto se asoció con otros hombres de negocios para afrontar empresas todavía más complejas<sup>27</sup>. Entre 1712 y 1729, nuestro hombre formó sociedad, a partes iguales, junto con tres financieros con los que tenía estrechas relaciones profesionales y personales, como veremos más adelante: Juan Bautista Iturralde, el marqués de Santiago y Pedro López de Ortega como administrador de la casa del marqués de Valdeolmos. Estos dos últimos acumulaban una larga experiencia y prestigio probado en ese tipo de operaciones, de la que todavía carecían los dos primeros.

El gran negocio financiero, en conjunto, tenía dos vertientes dependientes entre sí. Por una parte, estaba el aprovisionamiento del ejército, que tanto urgía al rey en años de guerra viva. En esto, los hombres de negocios debían hacer un fuerte desembolso de dinero para adquirir alimentos, ropas, munición, etc., además de movilizar una infraestructura compleja de contactos mercantiles e industriales sobre territorios amplios, y de llevar una cuidadosa administración de todo ello. Como el rey no solía pagar directamente todo, para compensar los gastos les otorgaba el arrendamiento de sus rentas ordinarias, con cuya administración podían resarcirse de lo adelantado. En este segundo momento, aquellos mismos proveedores actuaban como arrendadores de rentas provinciales y de otros ingresos del rey. Rey y financieros, que se necesitaban mutuamente, mantenían una compleja relación simbiótica. El monarca necesitaba su servicio, su capacidad de movilizar recursos materiales, dinero y control, porque carecía de una administración financiera eficaz. Podía jugar con la competencia de unos con otros, y retrasar o modificar arbitrariamente las condiciones de pago en momentos de urgencia, pero nunca hasta el extremo de arruinar el sistema. En un mundo tan competitivo y arbitrario como éste sólo subsistían los más hábiles, los que reunían mejores socios, los que mantenían mejores contactos políticos, los que llevaban una administración más rigurosa.

La compañía Goyeneche-Valdeolmos –los otros dos socios prefirieron no figurar– nació, en buena medida, auspiciada por el poder para atender el aprovisionamiento general de víveres del ejército, que durante la guerra de Sucesión había corrido a cargo de asentistas diversos según provincias. Se les encomendó la provisión de pan y cebada de los ejércitos de Aragón, Cataluña, Valencia, Extremadura y Castilla entre 1712 y 1713, y en 1714-1717 se encargaron del arrendamiento de las rentas provinciales de Burgos, Granada, León, Valladolid, Cuenca y Guadalajara. De nuevo en 1717-1718 se hicieron cargo de un segundo asiento para la provisión general de víveres del ejército, y entre 1718 y 1721 arrendaron las rentas provinciales de Toledo, León, Guadalajara y Sevilla. Desde 1717, los negocios del grupo se diversificaron dentro del servicio al rey. Entre 1717 y 1721 proveyeron el vestuario y equipaje de las tropas reales, un asiento muy relacionado con las fábricas de tejidos que Juan de Goyeneche promovió en la Olmeda y Nuevo Baztán; en 1718-1719 aprovisionaron de pan y cebada a todo el ejército de España. Además, empezaron a funcionar también, a otro nivel, como banqueros del rey, concertando el aprovisionamiento de importantes cantidades de dinero en 1720 (27 millones de reales) y en 1725 (37 millones de reales).

<sup>27</sup> Sobre sus negocios financieros e industriales utilizamos las obras de AQUEERRETA, S., *Negocios y finanzas*, pp. 110-169, y de CARO BAROJA, J., *Op.cit.*, pp. 139-179 y 439-450.

El marqués de Santiago ya no participó en algunos negocios del grupo desde 1717 y en 1724 se desligó definitivamente de la sociedad Go-

yeneche-Valdeolmos, que se disolvió en 1729. La colaboración de diversas “casas de negocios” –que eran de estructura familiar, no lo olvidemos– estaba sujeta a ciclos vitales y coyunturas personales, lo que explica sus vicisitudes con ocasión de la incorporación y la muerte de las personas. Así, en 1717 Juan de Goyeneche concertó una segunda sociedad junto con su amigo y paisano Juan Bautista Iturralde y con su sobrino Juan Francisco Goyeneche, a quien ya nos hemos referido. La asociación de estos tres arizkundarras ligados por la sangre, la amistad, la patria y –¿por qué no?– el interés, se prolongó un poco tras de la muerte de don Juan, incorporándose Pedro de Astrearena, sobrino de Iturralde, hasta que los herederos reclamaron su disolución en 1740. La actividad del grupo Goyeneche-Iturralde fue semejante a la que ya vimos en la otra sociedad: diversos asientos para abastecimiento militar –de árboles, tablazón y betunes, pero también de jarcias y velas para la armada– hasta más allá de 1732; y, paralelamente, fueron arrendadores durante largos periodos de las rentas provinciales de Burgos (1722-1741) y de Córdoba (1730-1741).

### **El industrial: Nuevo Baztán**

El empeño que puso Juan de Goyeneche en acometer, tempranamente, empresas de promoción industrial le granjeó una fama, ya entre sus coetáneos, que ha resultado imperecedera. Sus negocios como financiero, aunque importantes para la monarquía de Felipe V y núcleo de su fortuna, nunca han gozado de tanta consideración intelectual ni social, lo que no es difícil de comprender. En los elogios que le dedicaron el P. Alcázar (1710), Francisco de Torre Ocón (1717, 1720), Jerónimo Uztáriz (1724) y el P. Feijoo (1733), el tema común es el de sus fábricas de la Olmeda y del conjunto de Nuevo Baztán. Más adelante, la obra de Eugenio Larruga (1787) reconoció en ellas la realización pionera de antiguos ideales mercantilistas desarrollados por los ilustrados: la repoblación de tierras desiertas, la introducción de novedades en las técnicas productivas, la producción nacional que evita las importaciones. Entre 1710 y 1720 Juan de Goyeneche promovió fábricas de diversos productos, desde paños para uniformes del ejército hasta vidrios y otros objetos destinados al consumo suntuario de la Corte. No resultaron muy rentables, al menos a largo plazo, pero en ellas se expresó mejor que en ninguna otra de sus actividades la personalidad de nuestro hombre.

El giro que reorientó la vida de Goyeneche a finales de los años 1690 le alejó físicamente del reino de Navarra, donde ya había comprado tierras y el señorío de Belzunce con su jurisdicción y patronato de la Iglesia. Hacia 1705 empezó el mismo proceso pero a treinta y cinco kilómetros al este de Madrid: compró abundantes tierras en Olmeda de la Cebolla (más de 4.500 fanegas), adquirió sus derechos fiscales, pagó la jurisdicción y señorío de la villa (1714) y finalmente, tras largo pleito, también obtuvo el patronato de la nueva iglesia (1723). Parecen los cimientos de un señorío tradicional, que sustentara la obtención de un título de nobleza, como era habitual entonces. De hecho, aprovechó los apuros de Fernando Antonio de Loyola que, desde 1683 era señor y luego primer marqués de la Olmeda. Sin embargo, el proyecto de Goyeneche resultó bastante más complejo.

En 1710 inició en la Olmeda la fabricación de paños, en principio exclusivamente para abastecimiento del almacén general de vestuarios para el Ejército. Montó el negocio como un complemento de sus asientos de aprovisionamiento militar, y resultó bien en ese contexto. Hacia 1719 parece que la fábrica contaba con treinta y dos telares, daba empleo directo a 800 hombres e indirecto a muchos más, y producía buenos paños corrientes para uniformes, ade-

más de bayetas y paños finos para los oficiales. Mientras disfrutó de las exenciones fiscales que el rey dispensaba por entonces a este tipo de iniciativas, y mientras estuvo asegurada su venta al ejército, no hubo mayores dificultades. Pero sus sucesores, sin estos apoyos, o por falta de interés y una buena administración, acumularon pérdidas hasta cerrar la fábrica en 1762.

Antes de iniciar la producción en Olmeda, ya había encargado a José de Churriguera, uno de los mejores arquitectos del momento, el diseño de su gran proyecto: la creación ex nihilo de una nueva población que llamó "Nuevo Baztán". El amor por su tierra natal, evidente, no debe hacernos olvidar que se trataba de algo completamente distinto, en todos los sentidos, a lo que Goyeneche había ensalzado del valle natal en 1685. La misma morfología del poblado evidencia una jerarquía social que no se reconoce en el Baztán "antiguo". En el centro están, adosados, el palacio y la iglesia, como símbolos del señorío que se ejerce sobre la población y ápice de la jerarquía funcional y social de las restantes edificaciones que los rodean. La plaza de la iglesia, ante las fachadas principales, organiza las casas de los maestros de las fábricas; la del mercado, a un costado de la iglesia, se dedicó a usos comerciales; y la porticada, a espaldas del palacio, para un uso festivo y popular. Se trataba, también, de construir un conjunto fabril que fuese funcional, algo muy distinto a las grandes casonas aisladas, ganaderas y agrícolas, de los baztaneses originarios.

Por referencias indirectas, sabemos que el conjunto de Nuevo Baztán se erigió rápidamente, entre 1709 y 1713, de modo que las primeras fábricas estuvieron en funcionamiento hacia 1715. Como en Olmeda, se trató al principio de proveer al ejército de sombreros de munición y otros artículos textiles y de cuero. Pero aquí la ambición creadora de Goyeneche sobrepasó ampliamente la prudencia del hombre de negocios. Porque aspiró también a fabricar productos de lujo para el consumo suntuario de la corte y de la alta sociedad, compitiendo en un mercado abierto con las tradicionales importaciones francesas, flamencas, italianas, etc., sin ninguna experiencia previa y en una zona que no reunía buenas condiciones, salvo la proximidad a Madrid. No sabemos mucho de la fabricación de zapatos, sombreros finos, pañuelos de seda, colonias y otras industrias de cerería y confitería, pero el planteamiento parece semejante en todas ellas. Goyeneche contrataba un maestro extranjero, presunto experto en el arte, como administrador de la fábrica y con la misión de enseñar a los aprendices, a la vez que hacía fuertes inversiones en los materiales, en los edificios, etc. En el momento de plenitud, hacia 1720, Nuevo Baztán tenían unos 500 trabajadores. Pero este tipo de negocios estaba abocado al fracaso, pese al empeño del promotor, como ocurrió con la fábrica de vidrios.

Los vidrios finos para vajillas, lámparas y objetos de adorno tenían una fuerte demanda, que tradicionalmente habían abastecido las importaciones de Venecia o de Francia sin que existiera una notable fabricación nacional. Goyeneche obtuvo la concesión de este monopolio en 1720, hizo una fuerte inversión en el horno y los edificios, con lo que el poblado adquirió sus dimensiones definitivas por el sur, y buscó maestros extranjeros que la administrasen, no siempre con la fortuna de que perseveraran en el puesto. Pero faltaban materiales de calidad y mano de obra cualificada, por lo que los vidrios no podían competir con los extranjeros y, sobre todo, carecía de leña suficiente para los hornos, que por este motivo se trasladaron a Villanueva del Corón, cerca de los bosques de Cuenca. La Real Fábrica de Vidrios de La Granja, creada en 1728, testimonia que el empeño y la inversión no bastan para poner en pie este tipo de negocios. De hecho, los herederos de don Juan fracasaron como industriales y procuraron reconvertir las fábricas hacia productos de consumo más común como el papel, el aguardiente o el jabón, aprovechando la fuerza del cercano río Tajuña.





Palacio de Juan de Goyeneche en Nuevo Baztán

### Parientes, amigos y socios

La identificación de las relaciones personales de Juan de Goyeneche se ha aclarado bastante en lo referente a la actividad económica y a la familia, pero no todavía en cuanto a sus contactos políticos en la corte de Felipe V y en su Navarra natal, más difíciles de documentar. En este sentido, las intuiciones iniciales de Julio Caro en la *Hora navarra* constituyen un estímulo más que un paradigma sólidamente establecido.

Los emigrantes navarros de la generación de Goyeneche se dedicaron a tres ocupaciones —armas, burocracia y comercio— de muy distinto aprecio social pero entre las que existían conexiones de fondo, de modo que el paso de unas a otras resultaba bastante fluido para los más capaces. Agustín de Arizkun (Elbete, 1654) o Jerónimo Uztáriz (Doneztebe, 1670), por ejemplo, sirvieron largos años en la armada del Atlántico y en Flandes respectivamente, aquél promocionado por su tío el capitán Miguel de Vergara; pero, en su madurez, el primero se asentó en Cádiz, participando, al parecer, del gran comercio colonial, mientras el segundo se afincó

en la Corte e hizo una importante carrera burocrático-política. Juan de Goyeneche (Arizkun, 1656), Juan Bautista Iturralde (Arizkun, 1674) y Juan Sesma (Mendavia, 1663) empezaron como “hombres de pluma”: amanuenses al servicio de grandes casas de nobleza, o de los consejos y de la corte del rey, con título de secretarios, contadores, tesoreros, etc.; luego, en la madurez, pasaron a los grandes negocios financieros. El baztanés Norberto de Arizkun y el pamplonés Bernardo de Mendiri, primer tesorero de la Real Congregación de San Fermín de los Navarros, se promocionaron en Madrid como comerciantes, hasta ser mercaderes de lonja, al por mayor, y no simples tenderos<sup>28</sup>.

Las armas, la pluma y el comercio tenían por entonces muchos puntos de contacto en el gran negocio estatal de la época, que era la guerra. Muchos capitanes no sólo mandaban tropas o gobernaban un navío para el combate, sino que gestionaban dinero administrando el reclutamiento y abastecimiento de sus soldados, o participaban en la carga mercantil de las naves. Quienes por su oficio de tesoreros, pagadores, contadores o secretarios intervenían en la administración militar, que era muy compleja, aprovechaban también en su beneficio las posibilidades de enriquecimiento que ofrecía el sistema. Y todo ello tenía como soporte a los comerciantes, que adelantaban materiales de construcción y aprovisionamiento militar, o que facilitaban el dinero u otro tipo de recursos necesarios. Pero una sociedad que menospreciaba el comercio y la industria solía ocultar esta última faceta frente a las actividades más honrosas del servicio al rey con las armas o en la administración<sup>29</sup>.

El P. Alcázar recuerda de las primeras décadas de don Juan en Madrid sólo su condición de tesorero de las Milicias y del rey y la reina, y sus actividades eruditas, todas ellas honrosas. Pero su venida a la Corte y sus estudios con los jesuitas, proviniendo de una simple casa de labranza de un valle pirenaico, resulta más difícil de explicar que si suponemos algún tipo de relación con el comercio a larga distancia. Si consideramos que el Baztán funcionaba, ya a mediados del siglo XVII, como la principal vía de exportación de lanas castellanas a Francia, y de importación de tejidos manufacturados y productos coloniales, redistribuidos en España tanto legalmente como de contrabando, hay que preguntarse por las repercusiones que tuvieron tales actividades sobre las familias del valle<sup>30</sup>. El sistema de heredero único, el avecindamiento bloqueado o muy restrictivo, y unas fuertes solidaridades familiares y de paisanaje, todos éstos eran rasgos muy comunes en buena parte de la Montaña navarra. Entonces, ¿por qué hubo tantos baztaneses que tuvieron éxito como emigrantes y sin embargo son muchos menos los nacidos en la Ulzama o en Basaburúa, por poner un ejemplo? Si desconfiamos del determinismo y las cualidades innatas, y del simple azar, habrá que sospechar que contaban con alguna ventaja inicial, quizás en forma de una mejor educación o de mejores contactos para sus hijos.

La relación de Juan de Goyeneche, afincado en Madrid desde antes de 1670, con comerciantes navarros de principios de los años 1690, ¿de dónde le venía? En 1693, Miguel de Villava, uno de los principales hombres de negocios de Pamplona, le apodera para presentar una queja ante el rey y sus ministros; y ese mismo año participa, como dijimos, en una sociedad que administró el arriendo de la renta de tablas (1693-1695), con este mismo Villava y con Juan de Mendinueta. Es posible que hiciera valer sus contactos personales, o que se tratara de inversiones particulares, pero creo que debemos pensar también en un Goyeneche nunca demasiado lejos del ámbito mercantil. De este modo, su paso a los grandes negocios financieros de finales de los noventa resultaría menos brusco y algo más natural.

<sup>28</sup> CARO BAROJA, J., *Op. cit.*, pp. 76-80 y 289-299; pp. 81ss, 227ss y 61ss, y pp. 266ss y 47ss.

<sup>29</sup> Esto mismo es lo que hace Goyeneche en 1685: prueba la “generosidad de la sangre” noble de los baztaneses recordando sólo las glorias militares y de las letras: *Executoria de la nobleza*, pp. 51-66.

<sup>30</sup> AZCONA GUERRA, A., *Op. cit.*, cap. 2.

Desde luego, supo tejer relaciones estrechas con dos importantes casas de negocios, con experiencia en abastecimientos militares y administración de rentas públicas ya durante el reinado de Carlos II. Las casas del marqués de Valdeolmos y del marqués de Santiago fueron sus grandes socios en la época de plenitud, como ya dijimos. José de Aguerri, I marqués de Valdeolmos (1687), procedente de la Navarra de Ultrapuertos, se afincó en Zaragoza a mediados del siglo XVII y se enriqueció y prosperó con el abastecimiento del ejército en la guerra de Cataluña. Convertido en uno de los principales financieros de Carlos II, pasó a Madrid, donde frecuentó la Congregación de San Fermín, porque se consideraba navarro, hasta su muerte en 1697. Francisco Esteban Rodríguez de los Ríos (1648-1728), I marqués de Santiago, también era mayor que Goyeneche. Su padre, un comerciante originario de Salamanca, le había iniciado en los negocios y él había amasado una gran fortuna con abastecimientos y arrendamientos durante los años 1690 y en la guerra de Sucesión<sup>31</sup>.

Aunque los tratara desde antes, la incorporación de Goyeneche a este selecto círculo se produjo en el contexto del cambio dinástico, quizás avalado por sus buenos contactos con la nueva administración borbónica, pero quizás también porque contase con el respaldo de un grupo decidido de comerciantes y hombres de negocios en Navarra. El marqués de Santiago vino a aglutinar esta convergencia de fuerzas que se pusieron al servicio de Felipe V convirtiendo en yernos a varios de sus asociados en los negocios. Su hija María Nicolasa casó con el navarro Juan Sesma (1696), del que tuvo siete hijos que luego prohió un primo y socio de éste, Antonio Pontejes y Sesma, casando con la viuda (1715). Otra hija, Josefa, lo hizo (1703) con Juan Tomás Goyeneche, el sobrino mayor y pronto asociado de don Juan. Y Eugenia María casó con Félix Salabert Aguerri, III marqués de Valdeolmos, en 1712, justo el año en que empezó a funcionar la compañía Goyeneche-Valdeolmos-Santiago-Iturralde.

Goyeneche se inició como asentista de la armada en 1697 junto con José Vidarte, un desconocido comerciante, que no figura entre los hombres de negocios del reino de Navarra en torno a 1700. Sabemos de él que fue suegro de Juan de Lastiri, un elizondarra emigrante a Pamplona que, desde 1708, administró los negocios de Goyeneche en Navarra, pero nada más<sup>32</sup>. En 1703, cuando selló su alianza con el marqués de Santiago, Goyeneche empezó a administrar el asiento de la armada en solitario y a participar en otros abastecimientos militares, pero ¿con qué recursos? Quizás convenga explorar mejor la conexión de los negocios entre Pamplona y Madrid en estos años decisivos, tanto los puramente mercantiles como los específicamente financieros relacionados con el ejército, y el papel que Goyeneche pudo desempeñar en todo ello. José de Soraburu y Juan de Mendiñeta destacan durante la guerra de Sucesión como los principales abastecedores del ejército en Navarra y como hombres de negocios que apoyaron la causa borbónica. El primero era el hombre de confianza en el reino del marqués de Grimaldi, secretario de Guerra y Hacienda con quien Goyeneche debía de mantener una relación privilegiada<sup>33</sup>. Por otra parte Juan Mendiñeta, en Pamplona, mantenía estrecha correspondencia con su sobrino Miguel Arizkun Mendiñeta, que había emigrado a Madrid y trabajaba en la poderosa casa mercantil de su otro tío, Norberto Arizkun.

Por lo que sabemos, durante estos años de guerra una parte de los negocios de abastecimiento de tropas que encabezó José de Soraburu en Navarra, en realidad estaban participados por Juan de Goyeneche desde Madrid. De igual modo, la casa comercial de Norberto Arizkun,

<sup>31</sup> AQUEERRETA, S., *Negocios y finanzas...*, pp. 61-67 y 180. SANZ AYAN, C., *Los banqueros de Carlos II*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1988, pp. 378-382 y 386-387.

<sup>32</sup> No figura en el exhaustivo trabajo HERNÁNDEZ ESCAYOLA, M.<sup>a</sup> C., *Op. cit.*, sobre Lastiri, ver pp. 470-473. La familia Vidarte era originaria de Mixa, en Ultrapuertos y se afincó en Pamplona a principios del siglo XVIII, con el matrimonio (1712) de Juan Angel Vidarte (1687-1763) y Mariana Zaro (AZCONA GUERRA, A., *Op. cit.*, pp. 255ss).

<sup>33</sup> HERNÁNDEZ ESCAYOLA, M.<sup>a</sup> C., *Op. cit.*, pp. 519-521. CASTRO, C. de, *A la sombra de Felipe V: José Grimaldo, ministro responsable (1703-1726)*, Madrid, Marcial Pons, 2004, pp. 293-295.



en Madrid, tomó parte en muchos de los pagos y cobros que hacían este mismo Soraburu o Juan de Mendinueta<sup>34</sup>. De momento, no es posible aclarar las dimensiones y el sentido de esta trama, en cuya comprensión no debemos soslayar por más tiempo la vertiente puramente política. Porque los asientos y arrendamientos de rentas constituían decisiones discrecionales, en las que la confianza política pesaba tanto o más que otras consideraciones puramente económicas. Quienes, en cada momento, tenían más poder, principalmente en las nuevas secretarías de Guerra, Marina y Hacienda, mantenían una relación estrecha, aunque conflictiva, con el grupo de hombres de negocios, los cuales, a su vez, rivalizaban entre sí en el ámbito de la Corte. La imagen de un Juan de Goyeneche directamente en contacto con el rey, gozando de la confianza personal de Carlos II o de Felipe V por sus extraordinarias condiciones personales, además de infundada, puede inducir a error. Hay que rastrear sus movimientos, más bien, en el entorno de los ministros de guerra, marina y hacienda de la época, los franceses Juan Orry y Michel Amelot, y sobre todo de José Martínez de Grimali y Gutiérrez de Solórzano, marqués de Grimaldi, y desde 1726, de José Patiño. La actitud de Goyeneche y de sus socios ante el paulatino avance de políticas reformistas de la hacienda, que pretendían el fortalecimiento del Estado —es decir, del rey— precisamente en contra de los intereses de los financieros, sigue siendo mal conocida<sup>35</sup>.

## HIJOS Y SOBRINOS. LA CASA GOYENECHÉ

Juan de Goyeneche casó en 1689 con María de Balanza, hija de Martín de Balanza, natural de Aoiz, que era oficial segundo de la Secretaría de Millones, y de doña María de Ambrona, nacida en un pueblo cercano a Ágreda. Poco sabemos de esta familia, que se movía también entre los oficiales de la administración real, aunque en un ámbito muy permeable para los hombres de dinero<sup>36</sup>. Como todavía no había dado el paso a los negocios, no buscó esposa fuera del ámbito burocrático. Sin embargo, el matrimonio de su sobrino mayor, Juan Tomás, con una hija del marqués de Santiago, en 1703, tiene mucho que ver con su nueva implicación en el mundo financiero, como ya vimos.

El matrimonio Goyeneche-Balanza tuvo tres hijos que les sobrevivieron: Francisco Javier (1690-1748), el primogénito sobre el que el padre depositó todas sus ambiciones de promoción personal y social; Francisco Miguel (1705-1762), que terminó por suceder al hermano mayor; y Juana María, de la que sabemos muy poco. Pero la casa de negocios incorporó tempranamente a dos sobrinos, hijos de Andrés Goyeneche, el hermano que había quedado al frente de la casa familiar en Arizkun. El mayor, Juan Tomás Goyeneche Irigoyen (1681-1721) debió de instalarse en Madrid a finales de los años noventa, cuando la introducción del tío en el mundo de los negocios empezó a requerir la colaboración de hombres de confianza. Al menor, Juan Francisco Goyeneche Irigoyen (1689-1744), lo encontramos en la Congregación de San Fermín ya en 1708, cuando los negocios del tío empezaban a extenderse también hacia la industria.

Por aquella fecha, el hijo primogénito ya tenía edad como para haberle ayudado en los negocios, pero Juan de Goyeneche estableció una distinción muy clara entre hijos y sobrinos: a los primeros los preservó, en lo posible, de contaminarse con el trato directo de los negocios, que fue el ámbito natural de los segundos. Al primogénito, Fran-

<sup>34</sup> HERNÁNDEZ ESCAYOLA, M.<sup>a</sup> C., *Op. cit.*, pp. 271-272 y nota 195.

<sup>35</sup> CASTRO, C. de: *Op. cit.* Como tesorero de las reinas, hasta 1724, su papel no parece muy relevante. El duque de St Simon, en su detallado Cuadro de la Corte de España en 1722, ed. Madrid, 1933, se refiere al mayordomo, el caballerizo, la camarera mayor o las damas de la reina, pero no a su tesorero. Como tesorero de la influyente Isabel de Farnesio, Juan de Goyeneche tampoco tuvo ningún protagonismo conocido: Pérez Samper, M.<sup>a</sup> Ángeles. Isabel de Farnesio, Plaza & Janes, Barcelona, 2003.

<sup>36</sup> CARO BAROJA, J., *Op. cit.*, p. 106. La rama de los Balanza no tuvo el protagonismo, en la historia familiar, que los parentes Goyeneches.

cisco Javier, lo envió en 1704, junto con un tutor, a un largo viaje de formación por Italia y Francia, en una iniciación más habitual entre las familias nobles que propia de las casas mercantiles y de negocio. Por lo que sabemos de él, su educación le facilitó destacar en habilidades particularmente apreciadas en la vida cortesana, como la música, la danza, la caza o la esgrima. En 1717 se publicó una traducción que hizo de la obra de Pierre Huet sobre el comercio de Holanda<sup>37</sup>, dedicada al Príncipe de Asturias y aprobada por Jerónimo Uztáriz. Pero no tenemos referencias de un trabajo continuado y cabe sospechar que este barniz cultural constituyese algo que también cabía esperar en un caballero de su condición. Su padre compró para él una estratégica plaza como tesorero y consejero del Consejo de Indias, donde permaneció largos años hasta llegar a ser oidor decano y de la Cámara de Indias en 1744, sin que hiciera otra cosa digna de mención. En definitiva, se orientó hacia la vida de ocio que permitía del desarrollo de las cualidades humanas, la propia de la nobleza, probablemente porque para el reformista y emprendedor Goyeneche era la más perfecta a la que cabía aspirar.

El título de marqués de Belzunce lo recibió Francisco Javier en 1731, en atención a los servicios prestados por su padre. Aunque este lugar, cuyo señorío había adquirido don Juan cuatro décadas antes, está cerca de Pamplona, el marquesado se expidió como título de Castilla y no del reino de Navarra, como lo fueron los de San Adrián (1728), Fuertegollano (1741) y otros. En 1734 llegó a ser prefecto de la Real Congregación de San Fermín, cargo en el que había predominado la alta nobleza señorial y que desde finales de los años veinte empezaron a copar personajes notables procedentes de la administración financiera: Juan Francisco Goyeneche Irigoyen (1729), Juan Bautista Iturralde (1730-1731), Miguel de Arizkun (1733), el marqués de Belzunce (1734), etc.<sup>38</sup>. Su boda con María Micaela Ovando y Solís es significativa de sus nuevos horizontes, muy lejanos ya de la Navarra natal y del mundo de la burocracia o de los negocios. A él le correspondió el primer mayorazgo fundado por su padre, al que se vincularon la mayor parte de las propiedades, con gran diferencia con los de los otros dos hermanos. El título de marqués, todas las casas, tierras y bienes inmuebles en Navarra y dispersas por España, Nuevo Baztán y las tierras de su entorno, la villa de Olmeda con su jurisdicción y posesiones, la casa "grande y principal" de la calle de Alcalá, y otras varias rentas en dinero y cargos en propiedad<sup>39</sup>.

Su muerte, relativamente temprana y sin descendencia, benefició al segundo hijo, Francisco Miguel. Éste había recibido otro mayorazgo pero de menor volumen, como el padre dispuso que lo fuese todo en la vida de quien no debía hacer sombra al primogénito. Por otra parte, siguió parecidas pautas: una formación esmerada orientada hacia la vida rentista y cortesana, que en su caso se amplió con un viaje a Navarra, más modesto que el de Francisco Javier; la obtención de parecidos honores (caballero de Santiago en 1728, conde de Saceda en 1740) y cargos (tesorero de la reina Isabel de Farnesio en 1724, gentilhombre de la Cámara del rey); la adjudicación de un mayorazgo con propiedades y derechos en Illana y Saceda, más otras rentas en dinero, y el privilegio de impresión de la Gaceta de Madrid. Esto último, aunque pronto dejó de ser un negocio tan rentable, pudo satisfacer una inclinación más viva que la de su hermano mayor hacia las letras y las artes, que le llevó a participar en los inicios de la Real Academia de San Fernando. A la hermana menor, casada con un noble de abolengo y escasos recursos, el conde de Villafranca de los Gaitanes, le dejó un tercer mayorazgo en forma de crédito, juros y otras rentas en dinero<sup>40</sup>.

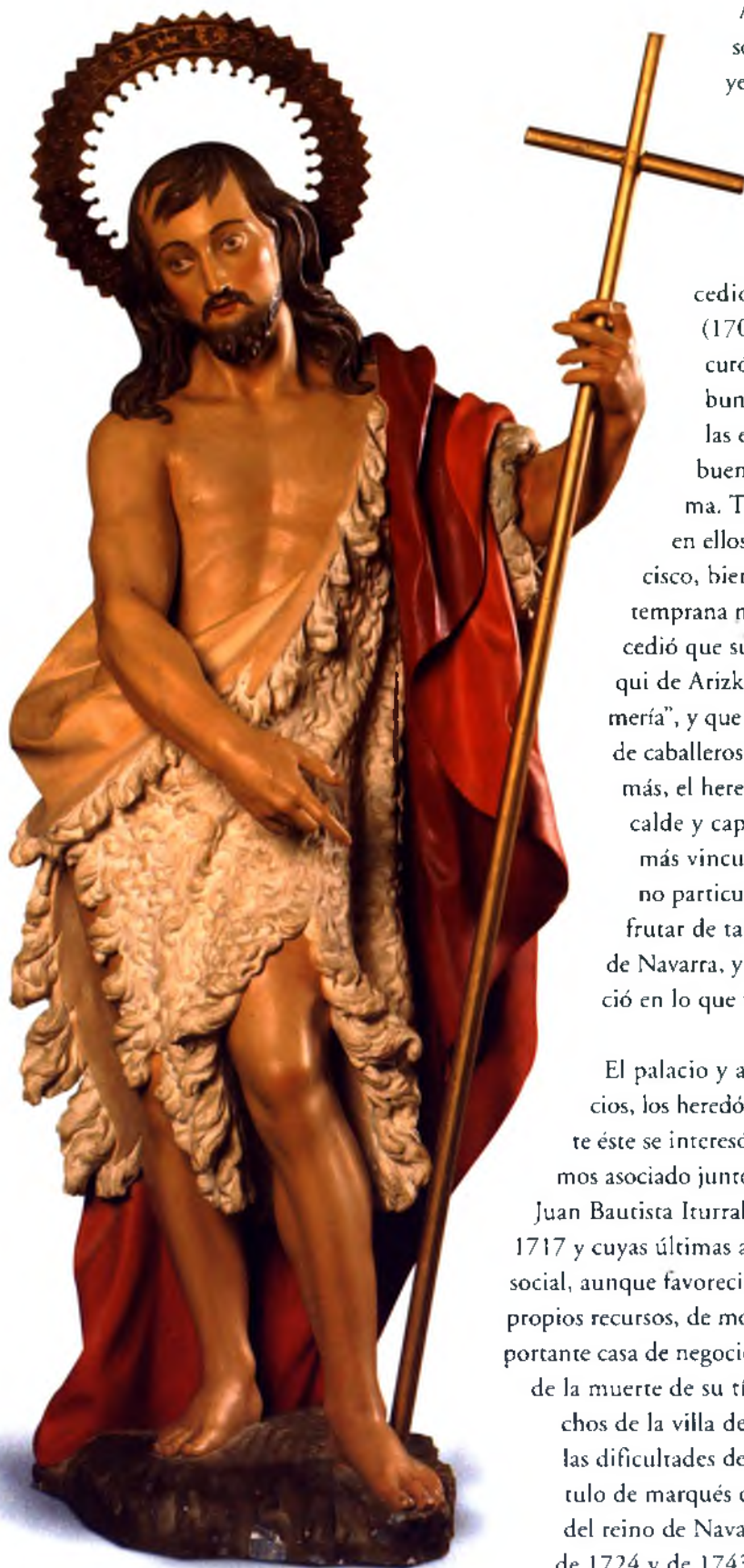
<sup>37</sup> *Comercio de Holanda, o el gran tesoro historial y político del floreciente comercio que los holandeses tienen en todos los estados y señorios del mundo*. Traducido de francés en español por Francisco Javier de Goyeneche. Madrid, Imprenta Real, 1717.

<sup>38</sup> SAGÜÉS AZCONA, P., *Op. cit.*, pp. 314-316.

<sup>39</sup> AQUIERRETA, S., *Negocios y finanzas*..., pp. 82-83.

<sup>40</sup> *Ibid.* pp. 84-85 y 46-48.





San Juan Bautista enviado por Juan de Goyeneche a Viana (Navarra).

A los dos sobrinos que trajo de Arizkun, aunque sólo una década mayores que sus hijos, Juan de Goyeneche los crió más bien al servicio de la casa de negocios. La boda del mayor, Juan Tomás Goyeneche Irigoyen, para el que había obtenido el hábito de Santiago en el mismo año de su enlace matrimonial (1703), es significativa de esto, como ya vimos. Además, le cedió la tesorería de la reina Mariana de Neoburgo (1701) que él había ejercido hasta entonces, y le procuró algunos cargos menores en la administración (Tribunal Mayor de Cuentas, Superintendente general de las estafetas del Reino); ocasionalmente, para enhorabuena y pésames oficiales, fue enviado a París y a Parma. También le hizo partícipe en sus negocios, aunque en ellos no sobresalió tanto como su hermano Juan Francisco, bien por falta de cualidades o de interés, bien por su temprana muerte (1721). Pocos meses antes de ésta se le concedió que su casa natal de Goyenechea (en el barrio de Ordoqui de Arizkun) fuese considerada "por palacio de cabo de armería", y que a él y sus sucesores en ella se les convocase al Brazo de caballeros de las Cortes de Navarra. Es posible que Juan Tomás, el heredero de la casa de Arizkun, que murió siendo "alcalde y capitán a guerra" trienal del Baztán, se sintiera algo más vinculado que los restantes miembros del grupo al reino particular que a la España integradora. Pero no pudo disfrutar de tales honores, que eran los distintivos de la nobleza de Navarra, y probablemente ninguno de sus sucesores los apreció en lo que valían para él.

El palacio y asiento en Cortes, como todos sus bienes y servicios, los heredó su hermano menor, Juan Francisco. Probablemente éste se interesó por los negocios más que ninguno, porque le vemos asociado junto a su tío Juan, y al principal amigo y socio de éste, Juan Bautista Iturralde, en una compañía que empezó a funcionar en 1717 y cuyas últimas actividades se prolongaron hasta 1740. Su ascenso social, aunque favorecido por el apellido de la familia, se debió más a sus propios recursos, de modo que en su madurez había consolidado una importante casa de negocios diferenciada de la de don Juan. En 1735, el año de la muerte de su tío, protector y socio, compró las alcabalas y derechos de la villa de Ugena y el lugar de Torrejuncillo, aprovechando las dificultades del conde de la Roca. Esto le permitió obtener el título de marqués de Ugena ese mismo año. Cuando el protonotario del reino de Navarra le convocó para la reunión de los Tres Estados de 1724 y de 1743 no se tomó la molestia de asistir, como ninguno de los marqueses de Ugena y Belzunce y condes de Saceda, todos de apellido Goyeneche, que fueron llamados hasta finales del siglo XVIII.



Juan Tomás fue el primero de los Goyeneches afincados en Madrid por emigración o nacimiento que murió. La enfermedad le sorprendió en su pueblo natal de Arizkun, y en su testamento de 1721, firmado en "Goyenechea", dispuso ser enterrado con el hábito de Santiago en el monasterio de San Salvador de Urdax, en el valle de Baztán, y legó todos sus bienes a su hermano, porque no tenía descendencia. De todos los miembros del grupo familiar, es el único que parece no haberse desarraigado del todo de Navarra. No sabemos qué pudo pensar su tío, el patriarca del grupo, que en su testamento de 1733 tomó otras determinaciones diferentes. Don Juan de Goyeneche dispuso la vinculación de todos sus bienes en tres mayorazgos, desiguales como vimos, en favor de sus tres hijos. El documento incluye un buen número de mandas piadosas y benéficas, como era lo apropiado a un hombre de su riqueza. Las viudas y huérfanos de Madrid, la Olmeda y Nuevo Baztán, las iglesias de la Olmeda y de Nuevo Baztán, y sendos conventos en Ágreda y en Viana, figuran en la lista de beneficiarios antes y con más dinero que los pobres de Arizkun o las baztanesas que pretendieran entrar en religión<sup>41</sup>. Y en aquel momento dudaba entre ser enterrado en la iglesia de Nuevo Baztán o en la iglesia de la Compañía de Jesús en Almonacid de Zorita, de la que era patrono. Asimismo, las misas que encargó se habían de celebrar en su parroquia de San Ginés de Madrid, en Bolarque, en Almonacid, etc. No advertimos referencias verdaderamente importantes ni a Navarra, ni al Baztán, ni a su Arizkun natal, por mucho que se refiera a él como "mi patria", que lo era en el sentido estricto de lugar de su nacimiento. Tampoco le interesaron las fundaciones devocionales y asistenciales en las que su amigo don Juan Bautista Iturralde empleó tanto dinero y tiempo<sup>42</sup>, quizás porque don Juan sí tenía hijos a los que engrandecer.

El martes 19 de abril de 1735, la "Gaceta de Madrid" publicó su necrológica: "El día 12 del corriente falleció en su lugar del Nuevo Baztán, de edad de 77 años y cinco meses, Don Juan de Goyeneche, que sirvió el empleo de Tesorero de la Reyna nuestra Señora por espacio de más de quarenta años, acreditando así en él, como en otros bastos encargos de la Monarquía, su desinterés, fidelidad, zelo al Real servicio y amor a la Patria"<sup>43</sup>.

<sup>41</sup>CARO BAROJA, J., *Op.cit.*, p. 177.

<sup>42</sup>GARCÍA GAINZA, M.ª C., "Economía, devoción y mecenazgo en Juan Bautista de Yturralde", en *Juan de Goyeneche y su tiempo. Los navarros en Madrid*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, pp. 161-224.

<sup>43</sup>CARO BAROJA, J., *Op.cit.*, p. 452.



## JUAN DE GOYENECHE, SU PALACIO Y LA ACADEMIA

ANTONIO BONET CORREA ACADEMICO DE LA  
REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO

Para la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando es ley de obligada cortesía el honrar al ilustre navarro Juan de Goyeneche\*. El magnífico edificio en el cual se alberga esta noble corporación fue su casa y a su persona le sobran para ello las virtudes propias de los próceres. Juan de Goyeneche pertenece a la clase de personajes a los cuales el filósofo norteamericano Emerson definió como “hombres representativos”, es decir, aquellos que por su energía, inteligencia, capacidad de trabajo y decidida acción fueron forjadores de la historia de su tiempo. Su figura es la de un renovador, la de un “novator” que, con su trabajo y sus obras, a principios del siglo XVIII contribuyó a la recuperación económica y a la regeneración moral, científica y cultural de España bajo el reinado de Felipe V, el primer monarca de la dinastía borbónica.

Hasta la publicación, en 1969, del libro de Julio Caro Baroja, *La hora navarra del XVIII. Personas, familias, negocios e ideas*, se ignoraba uno de los aspectos más interesantes de un momento crucial del Antiguo Régimen en España. El papel determinante y decisivo de un grupo de navarros en la política y la economía de la corona española es analizado a fondo en esta obra de investigación gracias a la cual se han podido conocer figuras de la talla de Juan de Goyeneche, financiero y empresario, mecenas y cortesano con una formación intelectual de primerísimo orden. Hasta entonces apenas se sabía de este personaje. Para corroborar la importancia de la obra de Caro Baroja no hay más que consultar la Enciclopedia Espasa. Pero esta vez falla el copioso fondo de tan socorrida publicación. A propósito de Juan de Goyeneche se lee solamente: “Escritor español del siglo XVIII. Se conoce de él la obra *Executoria de la Nobleza, Antigüedad y Blasones del Valle de Baztán*. Madrid 1685”. Hoy resulta increíble que el Espasa únicamente lo mencione como autor literario.

Últimamente, en 1998, la Asociación del Patrimonio Histórico de Nuevo Baztán ha hecho una edición facsímil de la *Executoria de la Nobleza, Antigüedad y Blasones del Valle de Baztán*, con un estudio histórico preliminar de Santiago Alcalde de Oñate y Carlos María González de Heredia. Novedad importantísima de esta reimpresión es el retrato inédito de Juan de Goyeneche que se reproduce en la contraportada del libro. Propiedad de uno de sus descendientes, este retrato nos proporciona la imagen de una figura histórica tan relevante que gracias a los estudios históricos hoy conocemos con bastante profundidad. En tres cuartos nos presenta a Goyeneche en su edad madura, con peluca y elegante casaca, posando en su biblioteca. De pie, junto a una estantería repleta de libros encuadernados, el retrato se vuelve hacia el espectador mientras, con la mano izquierda, sostiene un volumen y con la derecha señala un legajo de papeles posados sobre la

\* Texto correspondiente a la conferencia pronunciada por su autor en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando el 10 de marzo de 1999 dentro del ciclo, *Juan de Goyeneche y su tiempo. Los navarros en Madrid*.



mesa. En los lomos de los libros se leen los nombres de Solís, Feijoo y Ágreda, autores de los que fue amigo, protector o editor. Con ademán pausado y gesto ático, su efigie es la de un hombre distinguido, acostumbrado a la lectura, en contacto directo con el mundo de las letras. Se sabe que en el “pulido gabinete” que tenía en su palacio reunía a gente competente para departir sobre cuestiones intelectuales. Indudablemente Juan de Goyeneche quiso perpetuar su imagen no como hombre de negocios, asentista y tesorero de los reyes, sino como docto y erudito diletante. Su asiduo trato con los libros en sus inteligentes ocios fue lo que le apeteció transmitir a la posteridad. Su amor y aprecio por las letras era evidente.

¿Qué pintor fue el autor de este magnífico y significativo retrato? Convendría realizar una investigación al respecto. Ahora bien, si se tiene en cuenta su capacidad pictórica, la finura de su estilo y la manera de captar el modelo, probablemente se trata de una obra de Miguel Jacinto Meléndez, retratista cortesano que falleció en 1734, un año antes de la muerte de Goyeneche. Coetáneo del gran empresario, Meléndez —que retrató a Francisco Antonio de Salcedo, marqués de Vadillo, corregidor de Madrid, obra que se conserva en el museo Municipal de la capital de España— fue artista muy acorde con el espíritu de los protagonistas españoles de la época. Otro pintor que pudiera ser el autor del retrato de Goyeneche podría ser el francés y pintor de cámara de Felipe V, Jean Ranc, sobrino de Jachiente Rigaud. Ahora bien, sus obras pictóricas son muy secas y muestran una menor percepción de lo hispano que las de Meléndez.

Juan de Goyeneche nació en el barrio de Ordoki de Arizkun el 12 de octubre de 1656. Sexto y último hijo de una familia hidalga, conoció el destino de los segundones obligados a emigrar para hacer fortuna lejos de su país. Recién salido de la puericia, abandonó la casa paterna, a la cual quedó ligado por los vínculos de la consanguinidad. Fiel a la tradición y a los principios morales que le inculcaron en su infancia, Goyeneche guardó siempre el sentido patrimonial de la familia, aceptando la institución del mayorazgo, lo cual le llevó a fundar para sus descendientes, dos hijos y una hija, tres mayorazgos. Su idea era clara al respecto. En su libro sobre la *Executoria de la nobleza... del valle de Baztán* la expresa de manera taxativa. Acorde con el significado de su apellido —Goyeneche quiere decir “casa de arriba”— opinaba que la casa o mansión familiar era el fundamento del linaje tanto como lugar de la prole como arquitectura. Las casas o residencias de los nobles debían ser grandes, sólidas y tener el decoro correspondiente a quienes las habitaban. En todo el norte de España se respetó siempre el sentido troncal de la casa. El artículo de Ortega y Gasset titulado *Cantabria y vengan escudos* es un testimonio de la categoría hidalga de las casonas del pasado. En el valle de Baztán hay una serie de palacios rurales de gran entidad arquitectónica que con sus blasones proclaman la fortuna y la preza de los linajes navarros.

Interesante es constatar cómo en el mencionado libro, escrito en su juventud, Goyeneche, al disertar sobre la antigüedad de su valle natal, sostiene que es lícito que sus vecinos levanten sus casas hasta las nubes, extendiéndolas, fortaleciéndolas y hermosiéndolas según su gusto y sus posibilidades, de igual manera que fabricar caseríos para mayor comodidad de sus habitantes. Ahora bien, en tanto que preocupado por la economía patrimonial y sobre todo sentido social, encuentra ilícito el levantar nuevas habitaciones que aumenten la vecindad, para que el valle no incurra en el deslucimiento de la “cortedad que suele ocasionar la muchedumbre”. Su pensamiento es el de un fisiócrata que cree que para el buen funcionamiento de un territorio es necesario un equilibrio demográfico. Partidario de las ideas francesas de Colbert, Vauban y Quesnay, al igual que Jerónimo de Uztáriz, el cual en 1724 le dedicó dos capítulos

de su libro *Theórica y Práctica de Comercio y Marina*, Goyeneche estaba convencido de que la causa de la despoblación de algunas provincias españolas era la pobreza que resultaba de la destrucción del comercio y de las fuentes de producción. A la vez, siguiendo la teoría clásica de que tanto la ciudad ideal como el agro rentable debían tener un número óptimo y no excesivo de habitantes, opinaba que era necesario controlar el crecimiento según las necesidades del espacio vital. En su *Executoria...* hace observaciones pertinentes acerca del trabajo en el campo, los cultivos, la naturaleza y las costumbres del valle de Baztán. De acuerdo con su afán de equilibrio demográfico, acepta el sistema del mayorazgo y la conservación de las tradiciones familiares de su tierra natal.

El interés que Goyeneche mostró a lo largo de su existencia por la mejora del patrimonio y la economía de los labradores se manifestó, en la práctica, con la fundación, a principios del siglo XVIII, de la colonia agrícola-fabril de Nuevo Baztán. Su acción, en este terreno, fue ejemplar. No es así extraño que, en 1720, a Goyeneche, "Señor de Belzunze en el Reino de Navarra y de las villas de Olmeda, Illana y Nuevo Baztán", le fuese dedicado el libro *Economía General de la Casa de campo. Obra muy útil de agricultura, traducido del idioma francés al castellano y aumentada considerablemente por el Doctor Don Francisco de la Torre y Ocón, Presbítero traductor de Lenguas y Ministro Titular de la Suprema y General Inquisición y Capellán del Consejo de Indias*. Este compendioso tratado, en tres tomos y editado repetidas veces en Francia, obra del abogado parisino Luis Liger d'Oxerre, fue adaptado a las circunstancias y condiciones del agro español por su traductor, el cual era un gran admirador de las realizaciones e ideas innovadoras del denodado empresario navarro.

La biografía de Juan de Goyeneche es ejemplar por la voluntad y el tesón que demuestra a lo largo de toda su existencia. Apenas había cumplido los catorce años cuando llegó a Madrid para realizar sus estudios en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús. Discípulo del jesuita murciano Bartolomé Alcázar, su mentor y futuro biógrafo, fue un alumno que se distinguió por su aplicación y aprovechamiento. En el colegio conoció a la juventud con mayor posición social en la Corte. Apasionado por la Historia, reunió una selecta biblioteca sobre el tema. La calidad de los libros era tal que fue adquirida por consejo de los preceptores reales para la mejor formación del príncipe, el futuro Carlos II. Este hecho muestra el prestigio del cual gozaba Goyeneche en los círculos intelectuales y áulicos. Su amistad con el príncipe se estrechó al ser nombrado administrador de sus gastos secretos. Cuando en 1677, ya rey, Carlos II tomó las riendas del gobierno, le confió como tesorero todos sus dineros y más tarde le nombró apoderado de los gastos de la reina Mariana de Noemburgo. Al cambiar la dinastía, Goyeneche, partidario de Felipe V, continuó desempeñando su puesto de hombre de confianza de los dineros de la corona. Tesorero de la reina María Luisa de Saboya, la primera mujer de Felipe V, lo fue también de la segunda esposa, la reina Isabel de Farnesio. A la vez fue tesorero del príncipe, el malogrado y efímero rey Luis I.

La vida de Goyeneche en Madrid se desarrolló en varios planos. Por un lado está su adscripción al clan de los navarros, tan unidos por los vínculos de parentesco y paisanaje. Por otro, y aparte de su carrera en el secretariado, está la que concierne al mundo de sus negocios a una escala nacional y verdaderamente afortunada, no sólo por su pericia en las finanzas y por su éxito empresarial sino también por su segura posición debido a los privilegios que a la producción de fábricas concedió la corona. En lo que respecta a sus nexos con sus paisanos navarros hay que tener en cuenta las formas de asociación de la época. En Madrid, en donde las

diferentes “naciones” se agrupaban por medio de hospitales y cofradías —ejemplos son el Hospital de los Italianos, San Andrés de los Flamencos, San Antonio de los Portugueses, después de los Alemanes y San Luis de los Franceses—, la creación, en 1684, de la Real Congregación de San Fermín de los Navarros vino a establecer estrechos lazos entre los originarios de Navarra residentes en la Corte. Goyeneche, presente en el acto de su fundación, formó parte de su Junta Particular en el cargo de “Celador de los Pobres”. El espíritu filantrópico y caritativo del hombre de negocios pudo allí explayarse. En lo que atañe a su actividad financiera, industrial y mercantil no es cuestión aquí de analizarla a fondo. Tampoco su incidencia en la política. Es de señalar que Goyeneche, hombre prudente, discreto y precavido, nunca quiso ocupar puestos públicos relevantes y que rechazó distinciones que hubiesen perjudicado su imparable carrera personal. Seguidor en las ideas económicas y gubernativas del conde de Oropesa, primer ministro de Carlos II, Goyeneche será, sin embargo, un defensor de la candidatura francesa a la sucesión del trono español. Felipe V pudo contar con la ayuda material y financiera de Goyeneche para ganar la guerra de la sucesión. Las empresas marítimas del navarro proporcionaron las naves que el rey Borbón necesitaba para su armada. Goyeneche, que suministró maderas para la construcción de buques de guerra y los galeones para América, con sus fábricas de paños y sombreros surtió al Almacén General de Vestuario de la Corte encargado de equipar de uniformes a los nuevos cuerpos militares creados por Felipe V. Las manufacturas de vidrio, papel, telas finas, tejidos de seda, pañuelos, cintas y otros artículos abastecieron el comercio de lujo cada vez con mayor demanda en España. Preocupado por la regeneración de las fuentes de riqueza agrícola hizo plantaciones de olivos y viñedos, construyó carreteras, llegando a proyectar la de Madrid a Valencia para la cual hizo inversiones cuantiosas como comprar villas y tierras en las provincias de Guadalajara y Cuenca. Como ápice o corona de su intensa actividad de hombre de negocios hay que destacar, por su primerísima importancia, la fundación y construcción de la población de Nuevo Baztán, creada ex-nihilo. En esta ciudad, trazada por José Benito de Churriguera —Beatriz Blasco Esquivias la ha estudiado a fondo—, Goyeneche plasmó, en un conjunto urbano singularísimo, su mentalidad de ilustrado y emprendedor hombre de negocios, con visión ambiciosa y un tanto utópica.

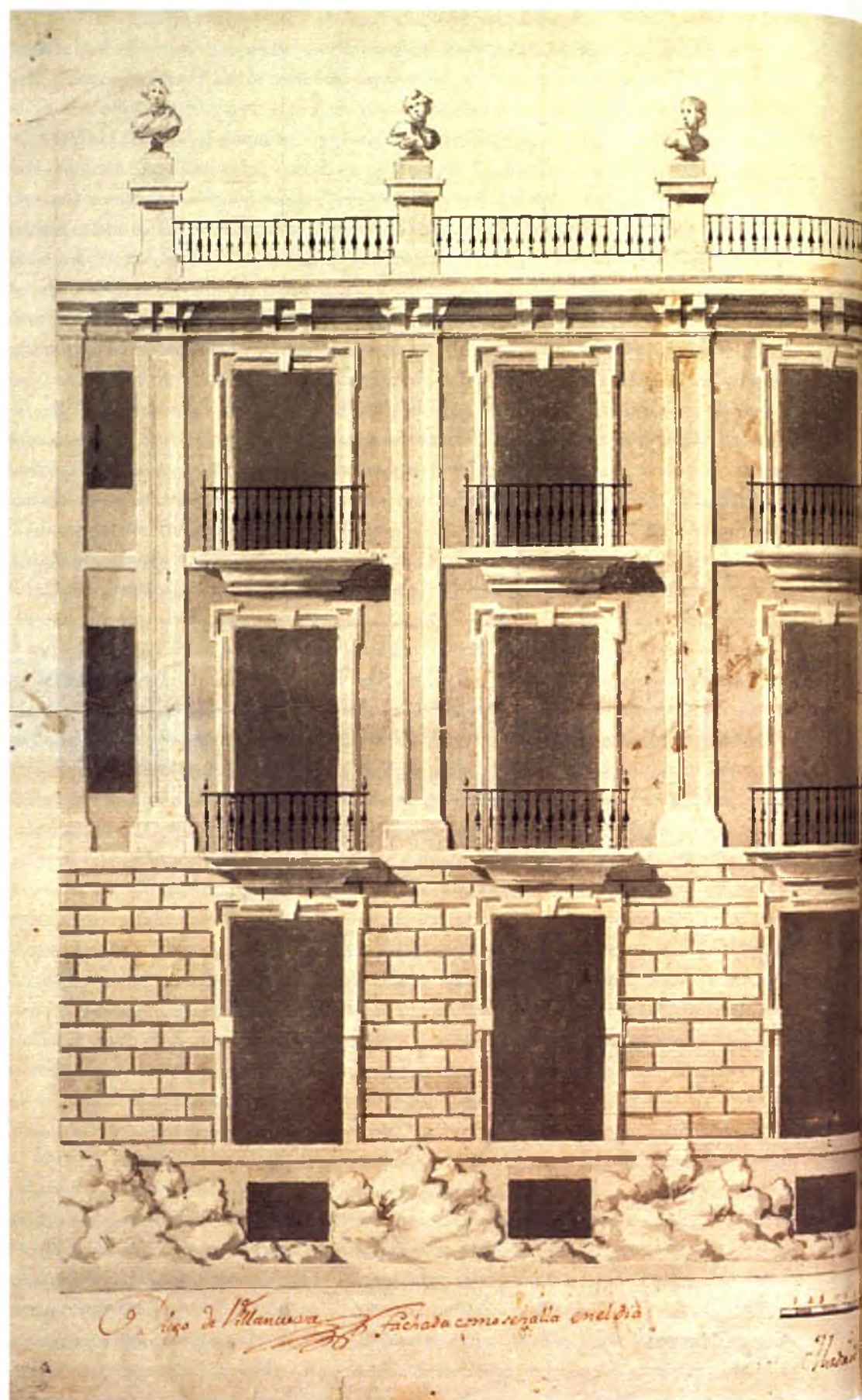
La personalidad del financiero y asentista domina a la hora de juzgar a Goyeneche. Pero no hay que olvidar su faceta de intelectual, escritor y mecenas de las letras. Su primera inclinación fue hacia la literatura y el humanismo como lo muestran no sólo la publicación, en 1685, cuando contaba veintinueve años, del citado libro *Executoria de la Nobleza, Antigüedad y Blasones del Baztán*, sino también, en 1688, de la reimpresión, bajo su patrocinio, de la *Mystica Ciudad de Dios, Milagro de su Omnipotencia y Abismo de la Gracia...*, de la madre María de Jesús de Ágreda, la monja soriana que mantuvo correspondencia política con Felipe IV y de la cual Goyeneche poseía, como un preciado tesoro, varias cartas originales. También dentro de su labor literaria hay que destacar la amistad que en su juventud mantuvo con el escritor e historiador Antonio de Solís y Rivadeneyra (1610-1686). El trato amistoso entre ambos fue íntimo pese a la diferencia de edad, ya que Solís le llevaba a Goyeneche cuarenta y seis años. Lector del manuscrito de la *Historia de la Conquista de México* antes de que Solís la editase el año 1684, Goyeneche fue el patrocinador de la quinta y sexta edición, en 1704, de tan importante libro. Seis años después de la muerte de su viejo amigo recopiló y publicó el volumen *Varias poesías sagradas y profanas* de Antonio de Solís, con el añadido de su *Vida* o biografía y una *Advertencia* en la cual Goyeneche muestra su admiración por el que puede considerarse su maestro literario. Otra solícita amistad, esta vez acompañada del mecenazgo, fue la que mantuvo con el Padre Feijoo. El benedictino gallego, que en 1733 dedicó a Goye-



neche el tomo V de su *Teatro Crítico*, no sólo le agradecía “los muchos favores” por las atenciones que tuvo con él en un viaje suyo a la Corte sino también el honrarle “con su correspondencia” y “las tiernas expresiones de que siempre abundan sus discretísimas cartas”. Desahaciéndose en elogios, pondera el hombre de negocios “que todo entiende y todo atiende” y al cual “las ciencias reconocen por protector, las artes por promotor”. También traza el cuadro vivo de las reuniones literarias que tenían lugar en la casa del culto prócer. Dirigiéndose a Goyeneche le dice “la casa de V.S.[es] noble academia a donde concurren los más escogidos ingenios, no humilde tertulia donde se admiten míseros pedantes”. Tras poner por las nubes al “héroe de la política y verdadero padre de la patria”, al “hombre tan para todos y tan para todo”, reproduce la confidencia que el rey Felipe V había hecho a su confesor: “Que si tuviese dos vasallos como Goyeneche pondría muy brevemente a España en un estado de no depender de los extranjeros para cosa alguna, antes reduciría a éstos a depender de España para muchas”. La relación de Feijoo con la familia Goyeneche continuó tras la muerte de su favorecedor. En la dedicatoria del tomo VIII del *Teatro Crítico* hecha a Francisco Javier de Goyeneche le advierte que debe seguir las huellas paradigmáticas de su padre. Como lección le señala que en su progenitor estaba “recopilado cuanto para instruir y perfeccionar el ánimo, puede V.S. en los demás reinos de Europa ¿para qué salir de casa quien dentro de ella tiene una escuela universal? En Don Juan de Goyeneche están incluidas, juntamente con la fe española, la política romana, la sinceridad flamenca, la policía francesa, la constancia alemana, el valor angélico, la habilidad báltava, la generosidad sueca, en fin todas las virtudes intelectuales y morales, cuyos ejemplos va S.M. a buscar en otras regiones”.

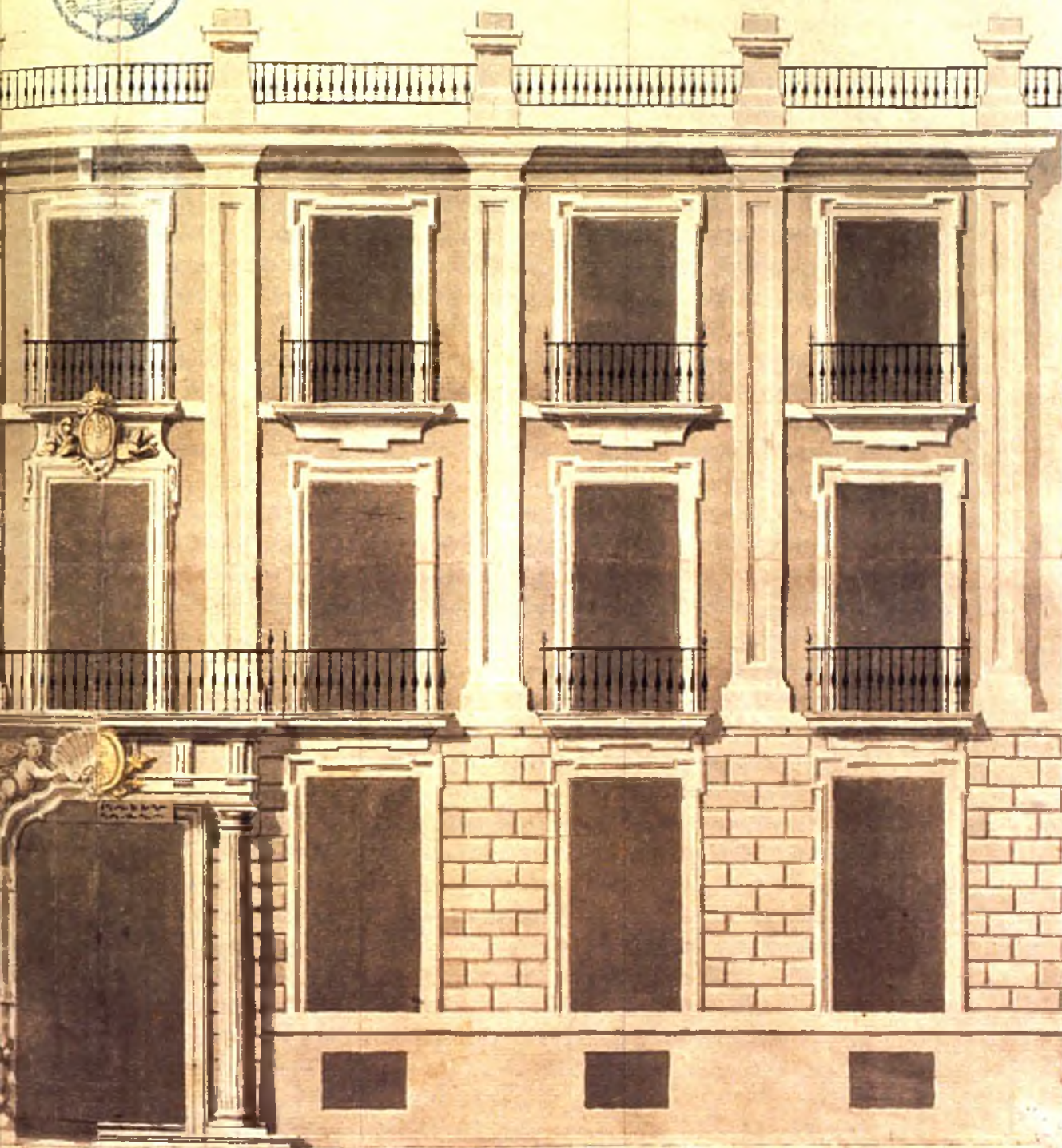
La preocupación por lo intelectual fue constante en Goyeneche. Su interés tanto por las letras como por la comunicación de las ideas y de los acontecimientos políticos, económicos y culturales le llevó a ser editor del primer periódico publicado en España. En 1697 compró a la Junta de Patronos de los Hospitales de Madrid la cabecera de la *Gaceta Ordinaria de Madrid*, noticiero fundado en 1661 que salía de manera irregular. Goyeneche, que cambió su título por *Gaceta de Madrid*, no sólo hizo que apareciese con fecha fija sino que también montó su redacción de manera moderna. Además de oficina e imprenta propias —primero en la calle de Boteros y después en la calle de Alcalá— contó con un equipo de corresponsales que se ocupaba de las noticias sobre las “diversas partes de España y África”; tiraba, a veces, dos ediciones y tenía un servicio de suscripciones. Algunos de los artículos publicados en sus páginas causaron gran impacto en los lectores como el que describía la batalla de Almansa, tan decisiva para la victoria de Felipe V en la guerra de la Sucesión. La *Gaceta*, que tenía el privilegio de ser el único periódico madrileño, fue un negocio muy rentable. Al morir Goyeneche, sus herederos, carentes del espíritu empresarial de su padre, para ahorrarse los quebraderos de cabeza que surgieron al perder el monopolio, acabaron vendiéndolo. Decano de la prensa española —todavía es el periódico vivo más viejo del país— a partir de 1837 *La Gaceta* se convirtió en el actual *Boletín Oficial del Estado*.

Goyeneche, que en su larga existencia no cesó de trabajar y emprender nuevos negocios, al fallecer dejó a sus tres hijos —dos varones y una mujer— una cuantiosa fortuna. Hombre con un profundo sentido patrimonial siempre se preocupó por la prosperidad y por el bienestar de su familia. Casado en 1689 con María de Balanza y Ambrona, hija de Martín de Balanza, natural de Aoiz y oficial segundo de la secretaría de Millones, y de María de Ambrona, nacida en Zigudos, junto a Ágreda en la provincia de Soria —lo que en parte explica la estrecha relación con la autora de la *Mystica Ciudad de Dios*—, Goyeneche vivió como un gran señor. Su tren de



Dibujo de Diego de Villanueva para la remodelación de la fachada del palacio de Goyeneche





artillano

1773.1

2ª fachada como se proyecta

aprobada el 12 de junio de 1773



vida fue el de un magnate. Primero tuvo su domicilio en la calle del Arenal y después en la calle de Alcalá, en una mansión contigua a la que sería al final de su existencia su “Casa Nueva”, hoy sede de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Pero al parecer este último y espléndido edificio nunca llegó a habitarlo ya que entonces, dada su edad y por estar viudo, no tendría ganas de hacer la mudanza a una morada que por su gran tamaño no era de “cómoda habitación”. Mansión señorial, de pura representación tanto por sus espacios interiores como por su fachada, respondía al criterio de quien la mirase pudiese saber cuál era la grandeza y potestad de su dueño. Por otra parte, dada la amplitud de su planta baja, de sus sótanos abovedados y sus múltiples desvanes, servía para almacenar los vidrios y las demás mercancías procedentes de las fábricas del prócer. Su construcción estaba así amortizada. Además se instaló en una de sus dependencias la oficina e imprenta de la *Gaceta*. Representación social y utilidad mercantil se entrelazaban así en un edificio de noble magnificencia y de funcional estructura. Primer edificio con estas características en Madrid, tanto por su escala como por su categoría arquitectónica, la Casa Grande y Principal de Goyeneche marcó una pauta, un hito, en la edificación de las mansiones palaciegas de la Corte y capital de España.

El palacio de Goyeneche, ubicado en pleno centro, cerca de la Puerta del Sol en el inicio de la calle de Alcalá, fue trazado y construido por José Benito de Churriguera y su hijo Matías. Comenzado en 1724, sobre el solar de la llamada Casa de la Miel, se acabó cinco años después según la *Relación y Cuenta... para la obra de la Casa Nueva que D. Juan de Goyeneche a hecho en la calle de Alcalá...* que se guarda en el archivo familiar de los marqueses de Ugena. Su coste fue muy elevado, llegando al importe total de 1.841.832 reales de vellón. Con planta en trapecio, dos patios y tres pisos, uno de ellos de entresuelo, y unas amplias escaleras, tenía una vistosísima fachada en la cual era notoria la influencia de Bernini, aunque en versión española. El esquema del palacio Chigi-Odescalchi en Roma y el segundo proyecto de la fachada del Louvre en París se adaptan a la escala y al lenguaje castizo de la arquitectura madrileña. La fachada original de Churriguera se conoce hoy gracias al dibujo que Diego de Villanueva levantó, en 1773, para la modificación que iba a llevarse a cabo en la misma al ser comprado el edificio al conde de Saceda, hijo de Juan de Goyeneche, para albergar conjuntamente en él la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y el gabinete de Ciencias Naturales. Villanueva, que depuró, mejor dicho “afeitó”, la fachada para darle el aire neoclásico que reclamaba la institución, imbuido de las nuevas ideas estéticas, eliminó drásticamente el basamento o zócalo naturalista de rocosos sillares, el rústico almohadillado de la planta baja, las pilastras cajeadas que abarcaban las dos plantas altas y la balaustrada que, coronada con bustos escultóricos, remataba la totalidad. Además modificó el encuadramiento mixtilíneo y con estípites de la portada sustituyendo ésta por las dos columnas dórico-toscanas que hoy forman la entrada de la Real Academia. La fachada ha sufrido reformas posteriores de Ricardo Velásquez Bosco y Pedro Muguruza y Otaño. Finalmente ha sido remodelada, igual que todo el resto de la casa, de 1973 a 1983 por Fernando Chueca Goitia y Emanuela Gambini.

Del edificio tal como estaba al ser estrenado por Goyeneche quedan hoy no sólo la estructura general de los muros maestros sino también la distribución de los patios, la escalera monumental, los salones y la capilla doméstica. El académico Juan José Martín González, en un artículo publicado en el boletín de la Academia, n.º 75, año 1992, ha estudiado, a partir del juego de planos dibujados por Diego de Villanueva y los que posteriormente se hicieron, la historia de la distribución interior desde el siglo XVIII hasta nuestros días. Villanueva, que

realizó por separado los planos de las cinco plantas “con expresión del estado en que están y de la nueva distribución que se les va a dar”, con la advertencia de “no derribar muro, techo ni otra cosa” a menos que fuera absolutamente necesario, introdujo pocas alteraciones en la repartición de las estancias. Tras su detenido análisis de las distintas mutaciones, Martín González acaba afirmando que si naturalmente muchas partes han cambiado desde el arreglo de Diego de Villanueva, “los elementos esenciales han permanecido”.

Al fallecer, en 1725, José Benito de Churriguera, la *Gaceta de Madrid* publicó su necrología. Era la primera vez que en Madrid se consideraba noticiable la muerte de un artista y se le rendía el homenaje de la letra impresa. El texto era breve pero elocuente: “Murió de edad de setenta años don José Benito de Churriguera, insigne arquitecto y escultor, reputado por los científicos por otro Miguel Ángel de España”. La admiración que Juan de Goyeneche, propietario del periódico, sentía por Churriguera quedaba así claramente expresada. Goyeneche, que en 1704 había encargado a Churriguera el trazado y la construcción del conjunto urbano y monumental de Nuevo Baztán, veinte años después, en 1724, le había pedido que fuese el constructor de su Casa Grande en Madrid. ¡Lástima que a causa de los cambios del gusto Diego de Villanueva haya “depurado” tan bella fachada barroca! Pero pese a todo el palacio de Goyeneche no perdió su grandeza y las escaleras monumentales de Churriguera todavía siguen estando intactas. Desde el punto de vista histórico esta señorial mansión marcó un punto de partida importantísimo. El Madrid conventual de los Austrias con la llegada de los Borbones adquirió una faz civil más acentuada. Los palacios de nueva traza construidos por los nobles y prohombres del siglo XVIII con su magnificencia aportaron un aire fresco y novedoso a la capital de España. La moda imperante era tener un palacio representativo de quien lo habitase. Los miembros de la familia Goyeneche no fueron insensibles al cambio del gusto y de la forma de vivir cortesana.

Juan Francisco de Goyeneche, primer marqués de Ugena, al igual que su tío Juan de Goyeneche, llevó un tren de vida acorde con su alta posición social. En 1731 compró el palacio que hoy es sede de la Cámara de Comercio e Industria de Madrid, conocido como palacio de Santoña. Obra de Pedro de Ribera, esta mansión, al igual que los demás palacios construidos por el mismo arquitecto, tiene una gran prestancia y empaque extraordinario. Ribera, continuador del barroco castizo de Churriguera, con sus edificios civiles y religiosos de delicada pero profusa ornamentación enriqueció a la ciudad proporcionándole un aspecto escenográfico de alegre y gozosa teatralidad. Sus palacios son un paradigma de la ciudad cortesana que sin alterar el dédalo de la vieja ciudad pretende cambiarla. El Madrid del primer tercio del siglo XVIII, al igual que Nápoles, Palermo, Catania, México o Lima, buscaba en los excesos del barroco su forma de exteriorizar su pujante vitalidad arquitectónica. Los hombres como Juan de Goyeneche fueron los impulsores no sólo de la prosperidad económica y del bienestar de la monarquía sino también los mecenas del arte. Entre sus grandes méritos está el de hacer que incluso su forma lujosa de vivir redundase en el bien público, fuese un acto a favor de la magnificencia de la ciudad. Su papel histórico fue en todo ejemplar. No en vano a propósito de Juan de Goyeneche el Padre Feijoo mencionaba la palabra heroísmo y le denominaba “verdadero padre de la patria”. Quien “todo entiende y todo atiende” merece hoy ser recordado. Su memoria todavía está presente entre nosotros, gracias a sus obras. Los monumentos que nos ha legado, como la villa de Nuevo Baztán y el palacio de la calle de Alcalá, son obras que elocuentemente proclaman la grandeza de un hombre representativo de un momento crucial y glorioso de España.





# LA REAL CONGREGACIÓN DE SAN FERMÍN DE LOS NAVARROS. DEVOCIÓN Y ENCARGOS ARTÍSTICOS

MARÍA CONCEPCIÓN GARCÍA GAINZA ACADEMICA CORRESPONDIENTE  
DE LA REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE SAN FERNANDO, UNIVERSIDAD DE NAVARRA

La Real Congregación de San Fermín de los Navarros fue la institución religiosa y de beneficencia que aglutinó e integró a todos los navarros residentes en la Corte y a aquellos que se encontraban en Indias. Las relaciones y los contactos que se fraguaron entre sus miembros en el seno de la Real Congregación a través de los tiempos tendrían la mayor importancia no sólo desde el punto de vista religioso, sino también económico y artístico, como se verá. Fue fundada el 7 de julio de 1683, en el reinado de Carlos II, que la acogió bajo su protección<sup>1</sup>. Coincidió esa fecha con la celebración por los navarros residentes en la Corte de la festividad de su patrono San Fermín que, con el 25 de septiembre fecha de su martirio, comenzaron a celebrar en el convento de Mínimos de la Victoria. En este convento se veneraba entre sus reliquias la cabeza de San Fermín, obispo de Pamplona, que compartía capilla con la imagen de la Virgen de la Soledad, obra de Gaspar Becerra, de gran devoción en Madrid y titular de una cofradía que se ocupaba de su culto y de ejercer la beneficencia.

Con fines semejantes surge la Real Congregación de San Fermín, que buscaba mantener a los navarros unidos en el culto a su patrono y en el amor a su tierra de origen, y ejercer la beneficencia con los navarros necesitados que se hallaban en la Corte. Se constituía como una agrupación de naturales unidos bajo su santo patrono al igual que otras como el Hospital de la Congregación de Nuestra Señora de Montserrat de la Corona de Aragón, la más antigua de la Corte, la de Santiago de los Gallegos, San Ignacio de Loiola de los Vizcaínos, San Fernando de los Andaluces, San Isidoro de los Leoneses, etc. Respondía por tanto la iniciativa de los navarros a un impulso generalizado en la Corte de formar congregaciones de naturales. Casi todas estas congregaciones han desaparecido en la actualidad, en tanto que la de San Fermín, convertida en una verdadera reliquia histórica, continúa funcionando y cumpliendo los fines para los que fue fundada<sup>2</sup>.

El mismo día de la fundación se nombró una junta particular encargada de redactar unas Constituciones, según figura en el Libro de Acuerdos. Entre los miembros de la Junta se encontraban Esteban Fermín de Marichalar, del Consejo de S.M. en el Real de Castilla, el P. fray Diego de Castejón, abad del convento Real de Montserrat, don Ildefonso de Bayona, prior de San-

<sup>1</sup> La historia completa y rigurosamente documentada de la Real Congregación sigue siendo SAGÜES AZCONA, P.P., *La Real Congregación de San Fermín de los Navarros en Madrid (1683-1961)*, Madrid, 1963; LIZARZA INDA, F.J. de, *Real Congregación de San Fermín de los Navarros. Historia abreviada*, Madrid, Saiceda, 1999. Hay una edición facsímil de las Constituciones editada por la propia Congregación en 1989.

<sup>2</sup> GUTIÉRREZ DE CEBALLOS, A., "La Real Congregación de San Fermín de los Navarros. Mentalidad y devociones en el Madrid del siglo XVIII", en GARCÍA GAINZA, M.ª C. (Coord.), *Juan de Goyeneche y su tiempo. Los navarros en Madrid*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, pp. 137-60.

San Fermín de Ximénez Do-  
 nase. Real Congregación de  
 San Fermín de los Navarros.

ta María del Sar, don Gaspar de Legasa, secretario de S.M. y oficial de la Secretaría de Guerra, don José Bruñón, secretario de S.M. y oficial segundo de la Secretaría de Guerra, el doctor don Juan de Echávarri, protomédico y médico de S.M., el licenciado don José Gurpegui, abogado de los Reales Consejos, y don Bernardo de Mendiri, mercader de lonja<sup>3</sup>. Estos destacados navarros, que ocupaban en la Corte puestos de gran significación, dieron forma a las constituciones que fueron aprobadas por el Arzobispo de Toledo, el cardenal Portocarrero, el 16 de mayo de 1684, previo informe positivo del cura de la parroquia de San Sebastián, de quien dependía la nueva Congregación<sup>4</sup>. A continuación se eligió la primera Junta directiva encabezada por tres brillantes títulos nobiliarios: el Duque de Alba Condestable de Navarra como Prefecto, y el Conde de Oropesa y el Duque de Alburquerque como primero y segundo asistente respectivamente, vinculados ambos a Navarra pues sus ascendientes habían sido virreyes del Reino. En el modesto cargo –pero lleno de contenido– de “celador de pobres” figura Juan de Goyeneche, tesorero de la reina doña Mariana de Neoburgo y de Isabel de Farnesio, además de empresario adinerado, quien se hacía cargo de los navarros indigentes de la Corte. Según expresan las constituciones, la función de los celadores, que eran dos, debía ser “velar sobre el bien de los necesitados, naturales del reino de Navarra que hubiere en esta Corte”. Había también dos celadores de cárceles y dos de hospitales. El cargo de tesorero de la Junta directiva lo ocupa don Bernardo de Mendiri, mercader de lonja, famoso hombre de negocios ávido por una rigurosa piedad.

La ceremonia inaugural tuvo lugar el 6 de julio de 1684. Reunidos en la sacristía del convento de Mínimos de la Victoria y ante la santa cabeza de San Fermín, el Duque de Alba, Condestable de Navarra, acompañado de don Enrique de Benavides y Bazán, Conde de Chinchón, Virrey electo de Navarra, y otros nobles y caballeros, se dio lectura al Juramento dispuesto en las Constituciones en el que se comprometían a defender el misterio de la Inmaculada Concepción de María. A continuación se levantó el estandarte y se hizo una procesión por el claustro hasta la puerta, donde se entonó un Te Deum<sup>5</sup>.

Dos días antes de estas celebraciones inaugurales Carlos II firma el documento en el que se asentaba por Prefecto perpetuo de la Real Congregación<sup>6</sup> y, a partir de él, todos los reyes de España ostentarán este título. También fueron congregantes desde la fecha de la fundación la reina María Luisa de Borbón y doña Mariana de Austria; en 1755 lo sería la reina Bárbara de Braganza.

Con anterioridad los navarros se dirigieron al reino de Navarra para que acogiera a la Real Congregación bajo su protección, alegando que “la devoción singular, heredada de V.S.S., que profesan a su glorioso Patrón San Fermín, ha movido a sus corazones a fundar una Congregación

Nacional en esta Corte, en que no sólo se sacrifican a su culto y reverencia sino al ejercicio de la caridad con sus compañeros, hijos de V.S.S. que, saliendo del Reino, se encaminan a Madrid para buscar diferentes empleos... ”.

Antes de concluir el año 1684 la Congregación tenía ya 327 miembros entre los que se contaban algunos frailes y monjas –todas las del convento de la Encarnación de Madrid– y algunos eclesiásticos. Al año siguiente, deciden pedir ayuda para la Real Congregación a los navarros residentes en Indias, dando poder a un elevado número de

<sup>3</sup> SAGÜES AZCONA, P.P., *Op.cit.*, p. 31.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 32.

<sup>5</sup> *Ibidem*, pp. 33-37.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 46. Por su interés, transcribimos este documento: *A honra, y Gloria de Dios Nuestro Señor, y de su Madre santísima, y del Glorioso san Fermín Patron de mi muy noble y muy leal Reyno de Nabarra: Yo Dn Carlos segundo me asiento por Prefecto perpetuo de la Congregación erigida al culto de este santo y en conformidad de las constituciones de ella hago voto de defender la putísima, e inmaculada Concepción de la Virgen Maria Nuestra Señora en el primer instante de su sacrosanta animación y lo firmo en Madrid a 5 de Julio de 1684. Yo el Rey.*

<sup>7</sup> SAGÜES AZCONA, P.P., *Op.cit.*, p. 30.



A DEBOCION D.D. JOSEPH D'AGVERRI SE. <sup>mo</sup> D. SV MG. <sup>no</sup> Y D. FELIX D'AGVER  
VISCON DE TORREZILLA PENALAJADA SVH D. SEH ZO ESTAPI N  
OVE DE RIOASVZEL D. LA CONGLICAZION



Asiento del rey Carlos II como Prefecto de la Real Congregación de San Fermín de los Navarros.

personas<sup>8</sup>. A la nueva Congregación podrían pertenecer los navarros de nacimiento, sus cónyuges y sus descendientes hasta el cuarto grado, así como aquellos que aún sin su condición de navarro mostraran a la Junta Rectora su devoción al santo<sup>9</sup>.

## CONGREGANTES ILUSTRES

Fundada en el periodo carolino, será bajo el reinado de Felipe V y hasta mediados del siglo XVIII cuando la Real Congregación viva un periodo de gran brillantez, debido a la coincidencia entre sus congregantes de significadas personalidades de navarros que gestionan con habilidad sus intereses. Estos navarros, en buen número originarios del valle de Baztán, habían conseguido en la Corte una próspera situación económica. Algunos vivían en buenas casas o palacios y eran personas de influencia en los sectores sociales y económicos más elevados. Entre ellos había personas allegadas al rey o la reina que desempeñaron cargos de secretarios, médico u otros próximos a los monarcas. Puede considerarse ya clásica, aunque no por ello menos significativa, la cita del Marqués del Saltillo quien escribe que "A comienzos del siglo XVIII Madrid estaba dominado por navarros y más propiamente oriundos del Baztán"<sup>10</sup>. Se cuentan también entre los congregantes de San Fermín algunos obispos y altos eclesiásticos. Algunos de estos ilustres navarros serán los responsables de adquirir una capilla independiente para la Real Congregación y dotarla generosamente con excelentes esculturas que podían ejecutar los mejores maestros del momento, como se verá más adelante. A sus iniciativas se deberá asimismo el envío de grandes contingentes de escultura cortesana a las parroquias de sus pueblos de origen, junto a las casas solariegas donde nacieron. La inversión económica en estos legados artísticos fue considerable.

Los reinados de Felipe V y Fernando VI fueron un periodo de gran prosperidad para Navarra en el que los navarros, y especialmente los baztaneses, que gozaban de hidalguía colectiva, adquieren en la Corte un inusitado protagonismo. Esta brillante época para los originarios del Reino que Caro Baroja denominó con acierto *La Hora Navarra del siglo XVIII*<sup>11</sup>, tiene su paralelismo en Pamplona, que se reviste ahora con galas de ciudad barroca y construye edificios públicos y suntuosas casas de mayorazgo. Un grupo de adineradas familias de Pamplona, en relación familiar o simplemente comercial con los navarros de Madrid, desarrollarán pingües negocios a caballo entre la Corte y el Reino<sup>12</sup>, al socaire de una situación que les favorece, la de la protección de los Borbones a cuya causa había sido fiel el reino de Navarra en la guerra de Sucesión. Felipe V llevó a cabo la reorganización del Estado y sustituyó paulatinamente a la alta nobleza que dirigía los consejos por una burocracia más ágil y eficiente. A la par, creaba una nueva nobleza para recompensar los servicios a la corona de los se-

cretarios y asentistas. Los navarros constituyen uno de estos nuevos grupos de poder que se afianzaron con la llegada de la nueva dinastía. Formaban, como ha escrito el profesor Floristán, una élite social que ejercía en la Corte un cierto poder institucional que tenía en su condición de navarros un signo identificador, y establecían entre ellos una red de relaciones de parentesco, amistad y paisanaje<sup>13</sup>. La Real Congregación de San Fermín de los Navarros funciona como ámbito integrador de los navarros y catalizador de todas estas relaciones y contactos. Los hidalgos navarros dejaron a un lado los pre-

<sup>8</sup> CARO BAROJA, J., *La hora navarra del siglo XVIII*, Pamplona, Diputación Foral, 1969, pp. 18 y 431-33.

<sup>9</sup> ORBE SIVATTE, A. y ANDUEZA UNANUA, P., *San Fermín de los Navarros en Madrid. Historia y Arte*, Madrid, Real Congregación de San Fermín de los Navarros, 2004, p. 13.


<sup>10</sup> MARQUÉS DEL SALTILLO, *Casas madrileñas del pasado*, Madrid, 1945, p. 127.

<sup>11</sup> CARO BAROJA, J., *Op. cit.*

<sup>12</sup> ANDUEZA UNANUA, P., *La arquitectura señorial de Pamplona en el siglo XVIII. Familias, urbanismo y ciudad*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2004.

<sup>13</sup> FLORISTÁN, A., "Entre la casa y la Corte. Una aproximación a las élites dirigentes del Reino de Navarra siglos XVI-XVIII", en IMÍZCOZ, J.M. (Coord.), *Élites, Poder y Red Social. Las élites del País Vasco y Navarra en la Edad Moderna*, Bilbao, UPV., 1996, pp. 175-91. En la misma línea IMÍZCOZ BEUNZA, J.M., "De la comunidad a la nación. élites locales, carreras y redes sociales en la España moderna (siglos XVII-XIX)", *Ibid.*, pp. 193-210.





A honrra, y Gloria de Dios nro. señor,  
y de su Madre santísima, y del  
Glorioso san Fermín, Patron de mi  
muy noble, y muy leal Reyno de  
Navarra: Yo D.<sup>n</sup> Carlos segundo  
me asiento por Prefecto perpetuo de la  
Congregacion erigida al culto de este  
santo, y en conformidad de las consti-  
tuciones de ella hago voto de defender  
la purísima, e immaculada Concep-  
cion della Virgen Maria Nra Señora  
en el primer instante de su sacrosanta  
animacion. y lo firmo en Madrid  
a 4 de Julio de 1684.

Yo el Rey



Cartel de las fiestas celebradas con motivo del traslado de la Real Congregación a la capilla del Prado de San Jerónimo

juicios nobiliarios y se dedicaron antes que los castellanos al comercio y a los oficios, y reunieron cuantiosas fortunas. Algunos obtuvieron el hábito de Santiago y sus hijos serán distinguidos con títulos nobiliarios.

Fue sin duda Juan de Goyeneche, nacido en Arizkun, la personalidad más brillante de este grupo de navarros y uno de los primeros que inició la marcha a la Corte. Formado en los jesuitas y poseedor de una gran cultura, fue aficionado a la Historia, de acuerdo con la revalorización de esta disciplina en la época y poseyó una gran biblioteca que instaló en su palacio de Nuevo Baztán. Fue administrador de Carlos II y también tesorero de su segunda esposa doña Mariana de Neoburgo, con quien mantuvo una relación especial cuando ya viuda se instaló en Bayona, a juzgar por el epistolario inédito que se conserva<sup>14</sup>. Desempeñó también el cargo de tesorero de las sucesivas esposas de Felipe V, doña María Luisa de Saboya e Isabel Farnesio. Fue gran financiero y asentista<sup>15</sup>, además de empresario editorial y promotor de industrias. Feijoo, que gozó de la protección de Goyeneche, le dedicó el tomo V de su *Teatro Crítico*, donde nos habla de las selectas tertulias que tenían lugar en su casa convertida más bien en una Academia. Sufragó la *Historia de la Conquista de Méjico* de Antonio Solís, y él mismo escribió *Executoria de la Nobleza, Antigüedad y Blasones del valle del Baztán* (1685). Desempeñó el cargo de “celador de pobres” en la Junta particular de San Fermín de los Navarros.

Otros miembros de la familia Goyeneche, como sus dos hijos y un sobrino, pertenecieron también a la Real Congregación y llegaron a regirla como Prefectos<sup>16</sup>. Su hijo primogénito, heredero de Nuevo Baztán y del palacio de la calle de Alcalá, actual Academia de San Fernando, era Marqués de Belzunce desde 1732. Hombre de gran cultura, dominaba cinco idiomas y tradujo del francés el libro de Huet *Comercio de Holanda* que prologó Gerónimo de Uztáriz, amigo de Juan de Goyeneche y asistente a sus tertulias en las que posiblemente surgió la idea de la traducción de esta obra<sup>17</sup>. Había ingresado en la Real Congregación en 1703 y fue nombrado Prefecto en 1734<sup>18</sup>. El hijo segundo de don Juan, Francisco Miguel de Goyeneche y Balanza, fue caballero de la Orden de Santiago, gentilhomme de la Cámara del Rey, mayordomo de la reina Isabel de Farnesio y tesorero suyo, cargo en el que sucedió a su padre a la muerte de éste en 1735. Recibió el título de Conde de Saceda en 1743. Gran amante de las artes, contribuyó activamente a la fundación y buen funcionamiento de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, en la que fue uno de sus primeros consiliarios. Julio Caro Baroja aportó textos muy expresivos por sus elogios sobre este miembro de la saga de los Goyeneche en la Academia, como los que aparecen en la Memoria de distribución de premios celebrada el 3 de junio de 1763: “Desde el de mil setecientos quarenta y tres, en que el señor Rey Don Felipe Quinto aprobó el proyecto de una Academia para las tres Artes, trabajó con un ponderable tesón en sus disposiciones. Los papeles y actas de aquellos tiempos demuestran su zelo y su vigilancia: puede decirse sin exageración que fue el alma de los estudios durante la Junta preparatoria...”. Y prosigue: “En la orden general de doce de abril de mil setecientos, cincuenta y dos, en que el Rey nuestro señor, que esté en gloria, erigió la Academia, fue creado uno de sus primeros Consiliarios; y la prosecución de su zelo auténtico (sic) el acierto de esta elección; su genio cultivado en su rica librería y en su exquisito Gavinete, le hacían naturalmente Maestro de los Maestros de las Artes; a todos los acogía y trataba con singular afabilidad, los ayudaba y animaba; en fin, fue tanto su amor a las Ar-

<sup>14</sup>FERNÁNDEZ DURÁN, R., *Gerónimo de Uztáriz 1670-1732. Una política económica para Felipe V*, Madrid, Minerva, 1999, p. 61.

<sup>15</sup>KAMEN, H., *La Guerra de Sucesión en España*, Barcelona, Grijalbo, 1974, capítulo V. AQUEERETA GONZÁLEZ, S., *Negocios y finanzas en el siglo XVIII. La familia Goyeneche*, Barañáin, Eunsa, 2001.

<sup>16</sup>SAGÜÉS AZCONA, PP., *Op. cit.*, p. 102.

<sup>17</sup>FERNÁNDEZ DURÁN, R., *Op. cit.*, p. 63.

<sup>18</sup>SAGÜÉS AZCONA, PP., *Op. cit.*, p. 102.





**FESTIVOS, SOLEMNES,  
REVERENTES CULTOS,  
Y DEVOTOS, MERECIDOS APLAUSOS,  
QUE LA MUY ILUSTRE, NOBLE, VENERABLE,  
PRIMITIVA, Y REAL CONGREGACION  
DE NACIONALES NAVARROS  
DE ESTA CORTE,**

CUMPLIENDO CON SU SANTO INSTITUTO, TRIBUTA, Y CONSAGRA

A SU ESPECIALISSIMO PROTECTOR, A SU TUTELAR NUMEN

**SAN FERMIN MARTYR,**

SU VENERADO PATRONO, Y DEL ESCLARECIDO REYNO DE NAVARRA,  
Natural, y primer Obispo de la muy leal Ciudad de Pamplona, su Cabeza:

**EN LA TRANSLACION,**

QUE DE SU SANTA EFIGIE SE HACE DESDE EL CONVENTO DE LA SANTISSIMA TRINIDAD  
de Calzados á su nueva Capilla, erigida á sus expensas en las Casas, que se denominaron de Monte-Rey, en el Prado  
de San Geronymo, los dias 24. 25. 26. y 27. del presente mes de Septiembre de 1746.

**S**E dará principio el Sabado 24. del expresado, entre quatro, y cinco de la tarde, con solemníssima Proceßion, que saldrá  
de dicho Convento con las Imagenes de Maria Santissima del Patrocinio, nuestra Madre, y Abogada, la del Santo, y la de  
San Francisco Xavier, Compañero de la Congregacion, compartidos en ella diversos Coros de Musica, y el plausible deco-  
roso, correspondiente acompañamiento.

Domingo 25. predicará el Doctor Don Joseph Xavier Rodriguez de Arellano, Canonigo de la Santa Iglesia de Toledo, Pri-  
mada de las Españas.

Lunes 26. predicará el Rmo. Padre Maestro Fray Agustín Sanchez, del Orden de la Santissima Trinidad de Calzados, Pre-  
dicador de S. M. Calificador de la Suprema, y de sus Juntas secretas, y Ex-Provincial de la Provincia de Castilla, Leon,  
y Navarra.

Martes 27. predicará el Doctor Don Joaquin de la Quintana y Echeverria, Canonigo Magistral de la Santa Iglesia de  
Toledo.

**ESTARA PATENTE EL SANTISSIMO SACRAMENTO EN ESTOS TRES DIAS.**

El Ilustrissimo Señor Arzobispo de Edeßa, Abad de la Real Iglesia Colegial de San Ildefonso, del Consejo de S. M. y Con-  
sejor de la Reyna Viuda, concede ochenta dias de Indulgencia á todas, y qualquier personas, que en obsequio del Glo-  
rioso San Fermín, concurren á las Funciones de su Colocacion en su nueva Capilla, qualquiera de los mencionados qua-  
tro dias.

El Illustissimo Señor Don Pedro Clemente de Arostegui, Arzobispo de Larifa, del Consejo de S. M. concede sesenta dias de  
Indulgencia á todas las personas, que rezaren un Padre nuestro, y una Ave Maria en la nueva Capilla del Glorioso San  
Fermín en qualquiera de los quatro ya citados dias.

Afistirá el Sabado 24. finalizada la Proceßion, al Te Deum, y Salve la Musica de la Real Capilla de S. M. con todo genero  
de Instrumentos, así como los tres siguientes dias á Misa, y Siesta: y en los intermedios habrá variedad de Concietros,  
que tocarán los mas hábiles, y especiales Musicos de esta Corte.

Retrato de don Juan Bautista de Yturralde, marqués de Murillo.

tes, que ni sus ocupaciones, ni las molestas y continuas enfermedades que padeció en sus últimos años le distrajeran un punto de atención de la Academia y asistencia a sus Juntas..."<sup>19</sup>.

Esta entregada colaboración del Conde de Saceda a la Academia de San Fernando le habría permitido relacionarse con los principales profesores, entre los que era considerado como "Maestro de Maestros en las Artes". Entre ellos se encontraba el escultor Luis Salvador Carmona, asistente a las sesiones de la Academia desde las Juntas preparatorias como Saceda. No es de extrañar que éste se convirtiera en su comitente para dotar de imágenes la nueva capilla de San Fermín de los Navarros, cuyas obras gestionaba con Miguel Gastón de Iriarte<sup>20</sup>.

Sobrino de don Juan y, llevado a Madrid por su rí, fue don Juan Francisco de Goyeneche e Irigoyen, y con él se inició en los negocios reuniendo una gran fortuna. Acumuló cargos y distinciones. Fue caballero de la Orden de Santiago, del Consejo de S.M. en el de Hacienda, mayordomo de la reina y consejero del reino de Navarra con voz y voto. Felipe V le concedió el título de Marqués de Ugena y en 1731 adquirió para su vivienda principal cuatro "sitios" para integrarlos en un solar único según un modo de funcionamiento seguido por los nobles y asentistas que querían construirse sus palacios; los navarros se dedicaron activamente al negocio inmobiliario en Madrid y se hicieron con la propiedad de numerosas manzanas de su trama urbana<sup>21</sup>. Ugena encargó la remodelación de su palacio al arquitecto Pedro de Ribera. Amante del arte, reunió en este palacio una excepcional colección de pinturas entre las que se encontraban lienzos de maestros tan destacados como Velázquez, Ribera y Carreño y los italianos Tiziano, Tintoretto, los Bassano, Jordán, etc., además de otros objetos suntuosos como alfombras, muebles, etc. "que refleja el lujo con que vivían los asentistas"<sup>22</sup>. Se hizo también con una extraordinaria biblioteca, como corresponde a un hombre de Corte de tiempos de Felipe V. Perteneció el Marqués de Ugena a la Real Congregación de la que fue prefecto en dos ocasiones, en 1729 y en 1743<sup>23</sup>.

Finalmente, habría que nombrar a otros miembros del clan Goyeneche como son dos sobrinos. Juan Tomás de Goyeneche fue hermano del anterior y, como el caballero de Santiago, contador mayor de Hacienda y tesorero de la reina viuda de Carlos II. Otro sobrino de don Juan a quien éste cita en su testamento fue don Tomás de Iriberri y Goyeneche, Marqués de Balbuena, nacido en Amaiur (Baztán) a quien Salvador Carmona hizo un retrato, hoy perdido, para la ciudad de Guadalajara<sup>24</sup>. Fue congregante de San Fermín. Cuñado de los hijos de Goyeneche fue don Francisco de Indaburu, nacido en Azpilkueta (Baztán), quien heredó de aquellos el cargo de tesorero de la reina Isabel de Farnesio. Casado con una sobrina de Miguel Gastón de Iriarte, fue colaborador de sus negocios y finalmente heredero suyo. Regaló a la Real Congregación la imagen de San Francisco Javier, el primero de los encargos de San Fermín a Salvador Carmona, y debió de ser responsable del importante legado de esculturas hecho a la parroquia de Azpilkueta (Navarra).

Especial interés reviste la figura de Miguel Gastón de Iriarte, natural de Erratzu (Baztán), del palacio de Iriarte. Protegido de don Juan de Goyeneche, se dedicó a los negocios de la pólvora con su pariente Miguel Francisco de Aldecoa. Perteneció a la Real Congregación desde 1717 y dedicó su tiempo a gestionar, en compañía del Conde de Saceda, las obras de la nueva capilla de San Fermín en el Paseo del Prado y a contratar imágenes para la misma. Precisamente el contrato de Gastón de Iriarte a Luis Salvador

<sup>19</sup>CARO BAROJA, J., *Op.cit.*, p. 186.

<sup>20</sup>SAGÜES AZCONA, P.P., *Op.cit.*, p. 169.

<sup>21</sup>TOVAR MARTÍN, V., "La renovación de la arquitectura palacial de Madrid y los Goyeneche", en GARCÍA GALINZA, M.<sup>ta</sup>C., (Coord.) *Juan de Goyeneche y su tiempo. Los navarros en Madrid*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, pp. 49-76. También MARTÍNEZ MEDINA, A., *Palacios madrileños del siglo XVIII*, Madrid, La librería, 1997.

<sup>22</sup>CARO BAROJA, J., *Op.cit.*, pp. 207-19.

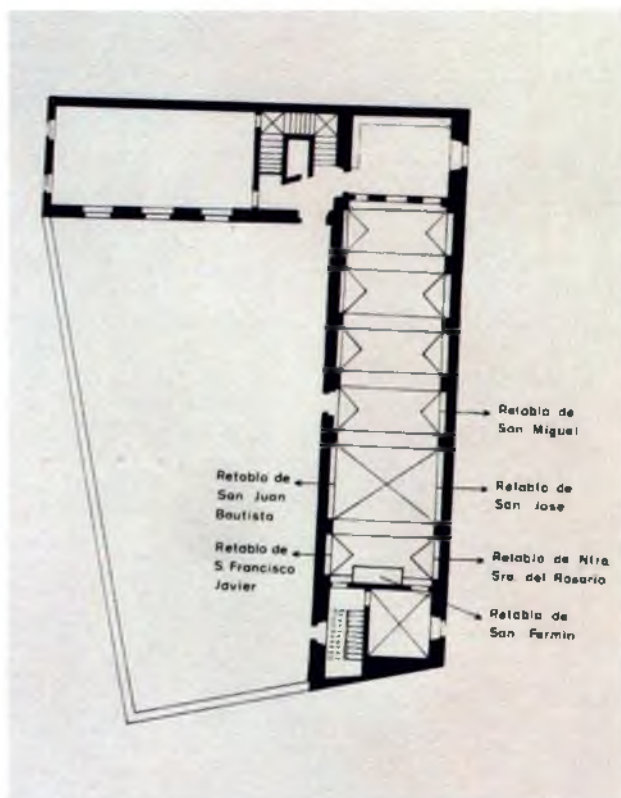
<sup>23</sup>SAGÜES AZCONA, P.P., *Op.cit.*, p. 103.

<sup>24</sup>MORENO VILLA, J., "Memorial del escultor D. Luis Salvador Carmona", *Archivo Español del Arte*, VIII, 1932, p. 98.









Plano de la capilla de San Fermín del Prado de San Jerónimo.

Carmona en 1746 de una imagen de San Miguel, autógrafo del escultor, se muestra en esta exposición. Sufragó además de ésta otras imágenes para la citada capilla madrileña.

Socio y amigo personal de don Juan fue Juan Bautista de Yturralde, natural de Arizkun y congregante desde 1701. Fue prefecto en dos ocasiones, en 1730 y 1731. De carácter muy religioso, habilísimo en los negocios y ahorrador, reunió una cuantiosa fortuna y fue prestamista de Felipe V. Se convirtió en socio de Goyeneche en las compañías de aprovisionamiento del ejército, en el arrendamiento de las rentas del reino de Granada que él saneó, y en los negocios inmobiliarios de Madrid, además de en otros negocios. Su condición de hombre rico y su hábil manejo del dinero fueron causa de su nombramiento como ministro de Hacienda por parte de Felipe V, pero fracasó al no poder disminuir el déficit público. El rey le concedió el título de Marqués de Murillo. Casado con doña Manuela Munárriz, dama vinculada a Navarra, el matrimonio vivió en su casa de Valverde contigua al convento de dominicos, de los que eran muy devotos, y en la calle de Alcalá, en casa contigua con la de don Juan de Goyeneche. No tuvieron hijos, por lo que dedicaron su fortuna a fundaciones, algunas en Madrid y otras en Navarra, como

el seminario de San Juan Bautista para baztaneses de Pamplona o el monumental convento de clarisas de Arizkun, su pueblo natal, al que dotaron generosamente<sup>25</sup>. Los retratos de ambos cónyuges, él sentado en la mesa de su despacho y ella señalando con la mano una estampa de Santo Domingo que tiene sobre la mesa como prueba de su devoción, obra probable de González Ruiz, nos ofrecen la primicia de su apariencia física.

Muy ligado a Gerónimo de Uztáriz, el famoso mercantilista y político, éste le nombró albacea de su testamento y lo mismo hizo su hija<sup>26</sup>. La figura de Yturralde, como la de don Juan de Goyeneche o la de tantos otros de los que nos ocupamos, se muestra como la de un ilustrado que participa de las ideas y preocupaciones de su tiempo, algunas de ellas expresadas por Uztáriz: "Los deseos de mejorar la educación, el ejército, paliar la recesión demográfica del campo, el servicio y lealtad al rey de la nueva dinastía, equilibrados por una piedad tradicional, no renovadora como la de Feijoo, se plasmarán en los diversos destinos de su cuantiosa fortuna"<sup>27</sup>.

El heredero del título de Marqués de Murillo fue don Pedro de Astrearena e Yturralde, nacido en Arizkun y sobrino de don Juan Bautista. Era también caballero de Calatrava y contador general de los príncipes<sup>28</sup>. Fue congregante desde 1729 y prefecto en 1751<sup>29</sup> y sufragó varias imágenes para la capilla, entre ellas el San Juan Bautista del escultor Pascual de Mena, en homenaje póstumo a su tío<sup>30</sup>.

Se integra en este grupo de navarros en la Corte el famoso mercantilista, político e ingeniero militar Gerónimo de Uztáriz, nacido en Doneztebe, del círculo de Goyeneche e Yturralde, quienes participaron de

Retrato de doña Manuela Munárriz, marquesa de Murillo.

<sup>25</sup> GARCÍA GAINZA, M.C., "Economía, Devoción y Mecenazgo en Juan Bautista de Yturralde", en GARCÍA GAINZA, M.C., (Coord.) *Juan de Goyeneche y su tiempo. Los navarros en Madrid*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, pp. 161-224.

<sup>26</sup> FERNÁNDEZ DURÁN, R., *Op. cit.*, p. 64.

<sup>27</sup> GARCÍA GAINZA, M.C., *Op. cit.*, p. 187.

<sup>28</sup> CARO BAROJA, J., *Op. cit.*, pp. 245-46.

<sup>29</sup> SAGÜÉS AZCONA, P.P., *Op. cit.*, p. 316.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 181.







San Francisco Javier de Roque Solano. Real Congregación de San Fermín de los Navarros.

sus ideas económicas. De formación internacional por su larga estancia en Flandes y en Sicilia, quiso poner las bases de una España industrial y elevar las barreras arancelarias a la importación, a la par que favorecer la exportación. De la misma generación que don Juan de Goyeneche, compartía con él una mentalidad y unas ideas que cuajarían en la Ilustración. En su *Theorica* (1732), tomando el ejemplo francés, describe su política industrial y arancelaria, y también explica la que se seguía en Inglaterra y Holanda. La *Theorica* fue traducida al inglés y al francés y se difundió por Europa<sup>31</sup>. Ingresó en la Real Congregación con su hijo Casimiro en 1717. Casimiro, Marqués de Uztáriz (1746), llegó a ser prefecto<sup>32</sup>.

Mas la lista de baztaneses en la Corte no se agota con los ya mencionados. Podríamos añadir a ella a don Juan de Lavaquí o Lavaquia, natural de Arizkun, que fue oficial de la Tesorería General de S.M. e ingresó en la Congregación en 1744, para cuya capilla sufragó la Virgen del Rosario y parte de la imagen de San Ignacio de Loiola<sup>33</sup>, y a don Juan Antonio de Aldecoa, nacido en Elizondo, que fue elegido en 1749 Prefecto de la Congregación y sufragó asimismo imágenes para la capilla, como el retablo y la figura de San José<sup>34</sup>. Primo de Aldecoa era don Francisco Martín de Jáuregui, nacido en el palacio de Jaureguía de Oharritz, barrio de Lekároz (Baztán), que fue congregante y costeó imágenes para la Congregación. Sus hermanos ocuparon puestos destacados; así, don Agustín de Jáuregui y Aldecoa, caballero de la Orden de Santiago, llegó a ser virrey de Lima, y don Pedro Fermín de Jáuregui fue canónigo dignidad y arcediano de la catedral de Pamplona. Los tres hermanos donaron bellas esculturas de Luis Salvador Carmona a la parroquia de Lekároz por mediación de don Francisco Martín con el escultor, a quien había conocido en San Fermín de los Navarros<sup>35</sup>.

Entre los eclesiásticos es preciso poner de relieve dos personalidades destacadas. Por un lado, el ilustrísimo señor don Juan Antonio Pérez de Arellano, que fue encargado en 1747 de redactar las nuevas constituciones para la Congregación. Fue dos veces prefecto, en 1741 y 1742<sup>36</sup>. A su generosidad se debe un importante legado de esculturas a la parroquia de Sesma donde está enterrado<sup>37</sup>. La otra personalidad la constituye don Martín de Elizacochea, obispo de Michoacán, nacido en Azpilkueta (Baztán), que figura como congregante de San Fermín de los Navarros y que dejó una fortuna para realizar retablos y encargar esculturas para la parroquia de su pueblo natal que realizó Salvador Carmona, tal y como nos informa Ceán Bermúdez<sup>38</sup>.

Congregantes destacados de San Fermín fueron don Francisco Javier de Arizkun, Marqués de Iturbiera, que llegó a ser prefecto en 1744, y don

<sup>31</sup> FERNÁNDEZ DURÁN, R., *Op.cit.*, pp. 17-88.

<sup>32</sup> SAGUÉS AZCONA, P.P., *Op.cit.*, pp. 131, 157, 285 y 316.

<sup>33</sup> *Ibidem*, pp. 172-73.

<sup>34</sup> *Ibidem*, p. 21.

<sup>35</sup> GARCÍA GAINZA, M.C., "Aportaciones a la obra de Luis Salvador Carmona", en *Reales Sitios*, n.º 116 (21993), pp. 49-55.

<sup>36</sup> SAGUÉS AZCONA, P.P., *Op.cit.*, pp. 104 y 301.

<sup>37</sup> GARCÍA GAINZA, M.C., *El escultor Luis Salvador Carmona*, Pamplona, Eunsa, 1990, pp. 101-102.

<sup>38</sup> *Ibidem*, pp. 94-95.

Francisco de Mendinueta, caballero de Santiago, prefecto de la Congregación en 1744 y benefactor de los franciscanos de Olite<sup>39</sup>, y algunos nombres más con que podría ampliarse esta ya larga relación, pero lo que se ha reseñado parece suficiente para comprobar el triunfo de los navarros en la monarquía hispánica y su aportación a los ámbitos políticos y de la administración, económicos, culturales y artísticos.

## LA CAPILLA DE SAN FERMÍN EN EL PRADO DE SAN JERÓNIMO

La permanencia de la Congregación en su primer asentamiento —el convento de la Victoria— no fue larga ya que el 6 de julio de 1685 celebraba su festividad en el convento de trinitarios de la calle Atocha, cuya iglesia de la Trinidad era una de las más importantes de la Corte. Presidió el nuevo altar una escultura de San Fermín realizada por el escultor navarro Roque Solano, que era congregante, y que hizo después una imagen de San Francisco Javier<sup>40</sup>, cuyo patronato se había unido al de San Fermín, y una reliquia de este último santo. Las fiestas de ambos patronos se celebraron en esta iglesia durante más de sesenta años.



San Fermín de Roque Solano (desaparecido). Imagen titular de la Real Congregación de San Fermín de los Navarros

Pero deseosos de contar con capilla propia e independiente, los congregantes de San Fermín, en la Junta General del 14 de julio de 1743 encargaron a cuatro baztaneses que buscaran el lugar adecuado y obtuvieran el dinero necesario para ello. Se trataba de don Francisco Miguel de Goyeneche, Conde de Saceda, don Francisco Javier de Arizkun, Marqués de Iturbietta, don Ambrosio Agustín de Garro y don Pedro de Iturriria, personas todas ellas bien relacionadas en la Corte y hábiles gestores de negocios y empresas económicas<sup>41</sup>. Ellos encontraron en la casa y jardín que habían sido del Conde de Monterrey, situados en el Prado de San Jerónimo, el lugar adecuado para su proyecto. Para su adquisición fue necesario que adelantaran cada uno de ellos mil doblones, y la compra se llevó a efecto el 22 de abril de 1744<sup>42</sup>. La mencionada casa y jardín había pertenecido a don Manuel de Fonseca y Zúñiga, Conde de Monterrey, cuñado del Conde Duque de Olivares, y en ella había reunido una excepcional colección de arte al amparo de su pariente. Los cargos que había desempeñado, tanto el de embajador de la Santa Sede en 1628 como después el de virrey de Nápoles, le proporcionaron ocasión para formar una de las mejores colecciones de la Corte, con numerosas pinturas de los más afamados pintores<sup>43</sup> y un considerable grupo de esculturas italianas de mármol y bronce, incluidas dos fuentes de mármol que instaló en su jardín, que previamente había acondicionado Juan Gómez de Mora<sup>44</sup>. Todo ello al gusto italiano que había aprendido en sus estancias en Italia, dentro del cual puede asimismo inscribirse la construcción de una galería que daba al Prado de San Jerónimo, típica construcción arquitectónica propia para exhibir esculturas y pinturas, pues favorece su contemplación. Una parte considerable de las esculturas que adornaban el jardín y se mostraban en la

<sup>39</sup> AZANZA LÓPEZ, J. J., "Francisco Mendinueta promotor de las artes: el Colegio Apostólico de Franciscanos de Olite", en AQUE-RRETA, S. (Coord.), *Francisco Mendinueta: finanzas y mecenazgo en la España del siglo XVIII*, Barañain, Eunsa, 2002, pp. 171-215.

<sup>40</sup> SAGÜES AZCONA, P. P., *Op. cit.*, pp. 63 y 86-88.

<sup>41</sup> *Ibidem*, p. 110.

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 112.

<sup>43</sup> PÉREZ SÁNCHEZ, A. E., "Las colecciones de pinturas del Conde de Monterrey", en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLXXIV, 1977, pp. 417-459.

<sup>44</sup> MORÁN, M. y CHECA, F., *El coleccionismo en España*, Madrid, Cátedra, 1985, pp. 285-88.





Izquierda  
San Francisco Javier, de Luis Salvador Carmona (desaparecido). Real Congregación de San Fermín de los Navarros. Archivo Moreno



Derecha  
San Miguel, de Luis Salvador Carmona (desaparecido). Real Congregación de San Fermín de los Navarros. Archivo Moreno.

galería pasaron a poder de la Congregación, según figura en un inventario realizado el 11 de octubre de 1745<sup>45</sup>. Quedaron también en propiedad de la Congregación, y se guardaban en su Sala de Juntas, catorce bustos de mármol, que fueron vendidos el 21 de julio de 1782 al escultor Roberto Michel, profesor de la Academia de San Fernando<sup>46</sup>.

La “galería” del Conde de Monterrey se adaptaría como capilla con los mínimos arreglos, y sin producir excesivo gasto, a las necesidades litúrgicas de la Real Congregación. Dicha galería era una construcción de planta alargada según consta en la escritura de venta: “Hacia la parte del Prado hay una ‘galería’ y dos piezas a los extremos, que la una es la primera entrada, y la del otro extremo es sobre la que carga la torre del reloj”<sup>47</sup>. Antes de reedificar la fachadas exteriores —la de la calle del Turco y la del Prado de San Jerónimo—, se sol-

citó licencia al Ayuntamiento el 24 de julio de 1744 para ello. Fue José de Tordesillas quien por parte del Ayuntamiento valoró el proyecto ante el maestro Pablo de Torres, que fue quien la llevó a cabo<sup>48</sup>. Acto seguido se procedió a la petición del permiso de apertura del templo, que iba acompañado del proyecto, que contemplaba una vivienda para el capellán, la iglesia propiamente dicha y la sacristía. El arzobispado de Toledo, de quien dependía la licencia, hizo a través del Marqués de Scotti algunas críticas a la distribución de los espacios, a la par que se ofrecía a diseñar un nuevo proyecto<sup>49</sup>.

<sup>45</sup> SAGUÉS AZCONA, PP., *Op.cit.*, p. 115 “Primeramente ocho columnas de mármol blanco de Génova, con sus estatuas en los capiteles, de vara y cuarta de alto cada una, que son Juno, Ceres, Baco, Júpiter, Hércules, Venus, Marte y Palas, y entre dichas columnas, una fuente de mármol blanco de Génova”

<sup>46</sup> *Ibidem*, p. 176 Estos bustos que procedían de la casa del Conde de Monterrey fueron tasados en 11 000 reales por Celedonio de Arce y Antonio Primo, profesores de escultura.

<sup>47</sup> *Ibidem*, p. 119

<sup>48</sup> LOPEZOSA APARICIO, C., “La iglesia de San Fermín de los Navarros, antigua residencia de los Monterrey”, en *Príncipe de Viana*, 202, 1994, pp. 287-88

<sup>49</sup> *Ibidem*.





La planta de la nueva capilla de San Fermín nos es conocida gracias a un plano que levantó Domingo Inza en 1871<sup>50</sup>. En él muestra la antigua “galería” de los Monterrey con una planta rectangular dividida en seis tramos —el primero para la capilla mayor, el segundo, más ancho, a modo de crucero, y los cuatro siguientes como nave— cubiertos con bóvedas de lunetos<sup>51</sup>. Contaba con dos tribunas a ambos lados del presbiterio y coro alto, además de sacristía que se ubicaba en el espacio de subida a la torre, transformada ahora en campanario. Una segunda construcción rectangular perpendicular a la capilla se destinaba a la casa del capellán y a Sala de Juntas<sup>52</sup>. La casa principal de Monterrey se alquiló y finalmente fue vendida al Conde de Atarés.

A la terminación de la obra se siguieron los trabajos de ornamentación de la capilla, consistentes en dorar las celosías de cierre de las tribunas que había hecho Juan de Bao y la decoración pictórica a cargo de Luis González Velázquez. Éste realizaría las pinturas de la cúpula, bóveda del presbiterio, ventanas y enjutas<sup>53</sup>, convirtiendo con todo ello el espacio en una bella iglesia barroca plena de colorido y oros. Faltaban los retablos y esculturas que se harían a continuación por los mejores maestros de la Corte, como se verá en el apartado siguiente. El resultado fue un conjunto barroco y suntuoso que llamaba la atención en la Corte.

El 24 de septiembre de 1746 la capilla estaba casi concluida y se procedió a la solemne inauguración con el traslado procesional de las imágenes de los patronos San Fermín y

Izquierda:

San José con el Niño, Luis Salvador Carmona (desaparecido). Real Congregación de San Fermín de los Navarros. Archivo Moreno.

Derecha:

San Juan Bautista, de Juan Pascual de Mena (desaparecido). Real Congregación de San Fermín de los Navarros. Archivo Moreno.

<sup>50</sup> SAGÜÉS AZCONA, PP, *Op.cit.*, pp. 124-26.

<sup>51</sup> GARCÍA GAINZA, M. C., *Luis Salvador Carmona en San Fermín de los Navarros*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1990, p. 18.

<sup>52</sup> LOPEZOSA APARICIO, C., *Op.cit.*, pp. 288-89.

<sup>53</sup> *Ibidem*.



Nuestra Señora del Rosario  
de Luis Salvador Carmona  
(desaparecida). Real Congre-  
gación de San Fermín de los  
Navarros. Archivo Moreno

San Francisco Javier y la imagen de Nuestra Señora del Patrocinio, que ocuparon el altar mayor y el colateral del presbiterio, todo con gran solemnidad. En el sermón del segundo día del triduo, el trinitario fray Agustín Sánchez comenzó diciendo: "Gracias a Dios que se ha llegado el día tan deseado del esclarecido Reino de Navarra. Gracias a Dios que se miran cumplidos los vivísimos deseos de que tuviese en la Corte casa propia San Fermín, en que puedan los fieles darle culto y veneración"<sup>54</sup>. Era entonces prefecto don Casimiro de Uztáriz, Marqués de Uztáriz. En esta capilla tuvo su sede la Real Congregación hasta 1885, en que se trasladó a la nueva iglesia de la calle del Cisne (actualmente Eduardo Dato) que fue inaugurada en 1890<sup>55</sup>.

## DOTACIÓN ARTÍSTICA DE LA CAPILLA

Inaugurada la capilla, se instalaron en ella las imágenes de los patronos ya existentes en el convento de la Trinidad, y algunos congregantes comenzaron a regalar esculturas con objeto de dotarla cuanto antes de retablos e imágenes. Parece ser que la devoción de los congregantes marcó las preferencias por determinados santos y que no existió por tanto un programa iconográfico predeterminado. Las nuevas dotaciones artísticas hicieron de esta capilla una de las más ricas en retablos y esculturas de la Corte, y así lo reflejan los cronistas de Madrid. Álvarez y Baena en su *Compendio histórico de las grandezas de la coronada Villa de Madrid* (1786) escribe refiriéndose a la capilla de San Fermín: "Es un templo pequeño, pero tiene primorosas efigies, labradas por los mejores artífices de este siglo" y Ceán Bermúdez (1800) hace detallada relación de las esculturas de la capilla. Mesonero Romanos (1831) escribe: "...son de notar en ella las buenas esculturas de los altares". Los contratos de las nuevas esculturas estuvieron a cargo de don Miguel Gastón de Iriarte, quien a la par se preocupó de hacer los retablos donde aquellas debían ir cobijadas. A este respecto, encargó a Domingo Martínez, "maestro tallista de la Corte" que formó parte del equipo de tallistas de la obra del Palacio Real Nuevo<sup>56</sup>, seis retablos, uno mayor y cinco colaterales, que debían ocupar los nichos hornacina de la capilla. El tallista debía realizarlos de acuerdo con unas trazas que había dado. Las gestiones para su construcción se iniciaron en 1746, pero los retablos no estarían finalizados hasta la fiesta de San Fermín de 1748<sup>57</sup>. Los retablos fueron sufragados también por los mismos congregantes que habían hecho a su cargo las imágenes titulares, y lo mismo sucedió cuando se procedió a su dorado tres años más tarde. Don Miguel Gastón de Iriarte aportó la cantidad más elevada.

Las imágenes titulares de estos retablos eran San Fermín para el retablo mayor y San Francisco Javier, San Miguel, Virgen del Rosario, San José y San Juan Bautista para los colaterales que iban acompañados por otras imágenes. Su disposición en la capilla era la siguiente: presidía el presbiterio el retablo de San Fermín y a ambos lados, en este mismo ámbito, San Francisco Javier, copatrono de Navarra y la Virgen del Rosario; en el crucero el de San Juan Bautista y enfrente el de San José. Finalmente, el retablo de San Miguel estaba situado en el primer tramo de la nave, en el lado del Evangelio. Conocemos los comitentes de cada una de las imágenes y el desembolso económico que su adquisición supuso para los congregantes de San Fermín, que fue ciertamente elevado. Constituye este hecho una interesante demostración de cómo se produce el encargo artístico en la época sin regatear gasto, y de cómo se implica en

esta mecánica a los mejores artistas de la época, como Juan Pascual de Mena y, especialmente, Luis Salvador Carmona. La generosidad de los congregantes navarros, respaldada en la mayoría de los casos por una boyante situación económica, parecía no tener límite.

<sup>54</sup>SAGÜES AZCONA, P.P., *Op.cit.*, pp. 128-34.

<sup>55</sup>ORBE SIVATTE, A. y ANDUEZA UNANUA, P., *Op.cit.*, hacen un completo estudio de la iglesia actual y su tesoro artístico.

<sup>56</sup>GARCÍA GAINZA, M.C., *Luis Salvador Carmona...*, p. 22.

<sup>57</sup>SAGÜES AZCONA, P.P., *Op.cit.*, p. 179.







Constituciones manuscritas  
de la Real Congregación de  
San Fermín de los Navarros

Presidía el retablo mayor de movida traza la imagen de San Fermín, la imagen fundacional de la Congregación que está fechada en 1686, y trasladada de la antigua sede de trinitarios. Era obra de Roque Solano, un escultor navarro nacido en Sesma que residía en la Corte, donde falleció en 1704. Fue congregante de San Fermín y resulta lógico que a él se le encargara la primera imagen de la Congregación. Escultor discreto, llevó en cambio la iniciativa en la defensa de la ingenuidad de la escultura, por lo que pleiteó en 1690 junto a otros artistas famosos en el Madrid de la época como Pedro Alonso de los Ríos y José de Churriguera<sup>58</sup>. De la escultura de San Fermín desaparecida en 1936, se conservan fotografías que permiten ver al primer obispo de Pamplona erguido, vestido de pontifical y bendiciendo. Destaca por su rostro imberbe y aniñado, y por el volumen conseguido por la capa pluvial de delgados bordes dentro de los modos vigentes en la escultura a fines del siglo XVII. Flanqueaban al titular en los intercolumnios otros dos santos obispos, San Babilés y San Saturnino, de gran devoción en Navarra. Se conserva un hermoso grabado de esta imagen de fray Marías de Irala. Dentro del mismo barroquismo se inscribe la imagen de San Francisco Javier, copatrono con San Fermín, adquirida en 1705 y conservada en la Sala de Juntas de la Congregación, obra de Roque Solano<sup>59</sup>.

En la hornacina alta del retablo mayor estaba la escultura de la Virgen del Patrocinio, obra de Pascual de Mena, sedente con el Niño sobre trono de nubes y serafines. Hay atribución tradicional al escultor y la fotografía existente parece denotar su mano. Su semejanza con la Virgen del Rosario de Rascafría, obra del escultor, es indudable<sup>60</sup>. Este escultor y profesor de la Academia trabajaría también para la Congregación de San Fermín, aunque no con la dedicación de Luis Salvador Carmona, como se verá a continuación.

Luis Salvador Carmona, natural de Nava del Rey (1708-1767), comparte su actividad entre la práctica de un arte cortesano, por su participación en la gran empresa escultórica del Palacio Real y La Granja de San Ildefonso, con el cultivo de la imaginería religiosa en madera, obteniendo en ambos campos reconocidos éxitos. Salvador Carmona encontraría en los congregantes de San Fermín de los Navarros su más distinguida clientela. El escultor debió de entrar en contacto con don Francisco Miguel de Goyeneche, Conde de Saceda, y don Miguel Gastón de Iriarte, comisionados por la Real Congregación para gestionar las obras de la nueva capilla. Recuérdese al respecto que Saceda era Consiliario de la Academia de San Fernando y "alma de los estudios" durante la Junta preparatoria. Hombre además que mantenía buenas relaciones con los maestros, habría conocido al escultor en esas mismas sesiones preparatorias a las que sabemos que Salvador Carmona asistía. Del Conde de Saceda habría partido el encargo de quince imágenes para los cinco retablos colaterales. Salvador Carmona era uno de los mejores artífices de la Corte y de los más cotizados, lo que indica que los congregantes no deseaban economizar dinero sino dotar a la capilla de esculturas de la máxima calidad posible.

Para el 12 de junio de 1746, el maestro había realizado la imagen de San Francisco Javier y la de San José. Poco más tarde, el 17 de julio de 1746, contrata con Gastón de Iriarte una escultura de San Miguel, según documento que se conserva<sup>61</sup>. Estas tres imágenes titulares de tres colaterales compondrán una primera remesa. Un segundo contrato entre Luis Salvador Carmona y Gastón de Iriarte se firma el 28 de mayo de 1747 con el compromiso por parte del escultor de hacer doce imágenes —San

<sup>58</sup> CEÁN BERMÚDEZ, J.A., *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*, tomo IV, Madrid, 1800, p. 383. Sobre Roque Solano véase GARCÍA GALINZA, M.C., "Una Dolorosa firmada por Roque Solano en Sesma (Navarra)", *Archivo Español de Arte*, Madrid, Instituto Diego Velázquez, 1971, pp. 428-30. La Dolorosa está firmada y fechada en Madrid en 1703.

<sup>59</sup> SAGÜES AZCONA, P.P., *Op.cit.*, p. 96, documenta la adquisición por parte de la Congregación de una imagen de San Francisco Javier por 100 ducados a la tía de Roque Solano, ya fallecido. En 1705, don Bernardo Mendiri suplicó a la Junta que "atendiendo al mérito de Roque Solano, a la necesidad en que había dejado a su tía y a que la Congregación necesitaba de dicha escultura, se sirviese mandar se la comprase".

<sup>60</sup> DÍAZ FERNÁNDEZ, A.J., "Notas para la biografía del escultor Juan Pascual de Mena", en *Boletín Semanal de Arte y Arqueología*, n.º 52, 1986, pp. 501-508. NICOLAU CASTRO, J., "El escultor Juan Pascual de Mena", *Goya*, 214, 1990, pp. 194-204.

<sup>61</sup> SAGÜES AZCONA, P.P., *Op.cit.*, pp. 170-71.

t

M

Constituciones de la R. Primitiva Congregación.  
Nacional de los Hijos y Descendientes del Nobilísi-  
mo y Fidelísimo Reyno de Navarra, q. residen en  
esta Imperial Villa de Madrid fundada en el año  
de 1684, bajo de la R. Protección del S. Carlos  
segundo (que esta en Gloria) y ultimamente  
recibida año mismo el de 1755 por la Católica  
Augusta Soberana Magestad del Rey nuestro S.  
D. Fernando Sexto <sup>2.º</sup> <sup>poco de</sup> (que Dios <sup>grande</sup>) con decla-  
ración de su Prefecto perpetuo por si y demás suc-  
cesores en sus Reynos.

### Consagrada

A su Glorioso Grande y Benefico Patron S. Jerónimo  
Martir Natural y primer Obispo de la antiquísima  
ma Ciudad de Pamplona en la Iglesia propia que  
à expensas de la devoción de los Congregantes ve  
exigió el año de 1746 en el Prado viejo de S. Jerónimo  
de esta Corte.





Nómina de los señores congregantes. 1798.

Ignacio, San Joaquín, Santa Ana, San Camilo, San Pascual Bailón, San Zacarías, Santa Isabel, San Francisco de Asís, San Antonio de Padua, Santo Ángel de la Guarda, San Rafael y la Virgen del Rosario, esta última titular del retablo colateral<sup>62</sup>. De todas ellas nos da puntual relación Ceán. El escultor debió de ser consciente de la importancia de este encargo, ya que se trataba de hacer prácticamente toda la imaginería para los cinco altares colaterales de una de esas típicas capillas madrileñas de santos patronos y se esforzó en el empeño. Buena prueba de que Salvador Carmona se mostraba orgulloso de este conjunto escultórico es que lo menciona entre sus méritos en el Memorial de 1748, un año después del encargo de San Fermín, como ha quedado visto.

El mérito de este conjunto escultórico se calibra al analizar las imágenes titulares, lo que resulta posible gracias a las fotografías del Archivo Moreno, ya que las esculturas desaparecieron en 1936<sup>63</sup>. La imagen de San Francisco Javier fue la primera imagen encargada, lo que resulta lógico al tratarse del copatrono de Navarra. En la Junta General del 12 de junio de 1745 se informó de que “un devoto daba un San Francisco Javier, de primorosa escultura, de tamaño natural, para colocarle en el colateral de la epístola”<sup>64</sup>. El devoto que ocultaba su nombre es, según sospecha Sagüés, don Francisco de Indaburu, quien también sufragó su retablo<sup>65</sup>.

La iconografía de San Francisco Javier contaba con una tradición bien asentada en el siglo XVII. La propia Real Congregación contaba con la imagen de este santo de Roque Solano, como se ha visto, en la que Salvador Carmona pudo inspirarse. Sin embargo, es tal el acierto del escultor en la representación del santo misionero, lleno de ímpetu evangelizador, que puede considerarse la mejor interpretación del mismo de la Historia del Arte, y eso a pesar de que San Francisco Javier fue un santo numerosamente efigiado. La imagen era además de exquisita factura y hábil expresión del movimiento, gracias a las quebraduras del sobrepelliz. Era además la mejor de las representaciones que había hecho el escultor del santo misionero navarro, incluida la de la parroquia del Rosario de La Granja.

La escultura de San Miguel era una de las mejores del conjunto y también la más valorada por Salvador Carmona, ya que es la única que cita expresamente del conjunto de San Fermín de los Navarros en su Memorial. Fue sufragada por don Miguel Gastón de Iriarte al arcángel que era su patrono, y a su cargo corrió también el correspondiente altar<sup>66</sup>.

El contrato fue suscrito por Gastón de Iriarte y el propio artista, quien lo escribió con su cuidada y culta caligrafía. No era la primera vez que el maestro se enfrentaba con esta iconografía, ya que para entonces había realizado los ejemplares guipuzcoanos de Vergara e Idiazábal. Tampoco será la última, ya que después realizará el del Paular, hoy en Rascafría<sup>67</sup>. El tipo parte también de una tradición anterior que tiene su antecedente más próximo en el San Miguel hecho para El Escorial por la Roldana, pero Salvador Carmona lo trata con mayor ba-

<sup>62</sup> *Ibidem*, p. 172.

<sup>63</sup> MARTÍN GONZÁLEZ, J.J., *Luis Salvador Carmona escultor y académico*, Madrid, Alpuerto, 1990, pp. 101-109. GARCÍA GAINZA, M.C., *El escultor Luis Salvador Carmona...*, pp. 25-65.

<sup>64</sup> SAGÜÉS AZCONA, P.P., *Op.cit.*, p. 168.

<sup>65</sup> *Ibidem*, pp. 181-81. Costó el retablo 3 500 reales con su correspondiente dorado, que alcanzó la cifra de 2.600 reales de vellón.

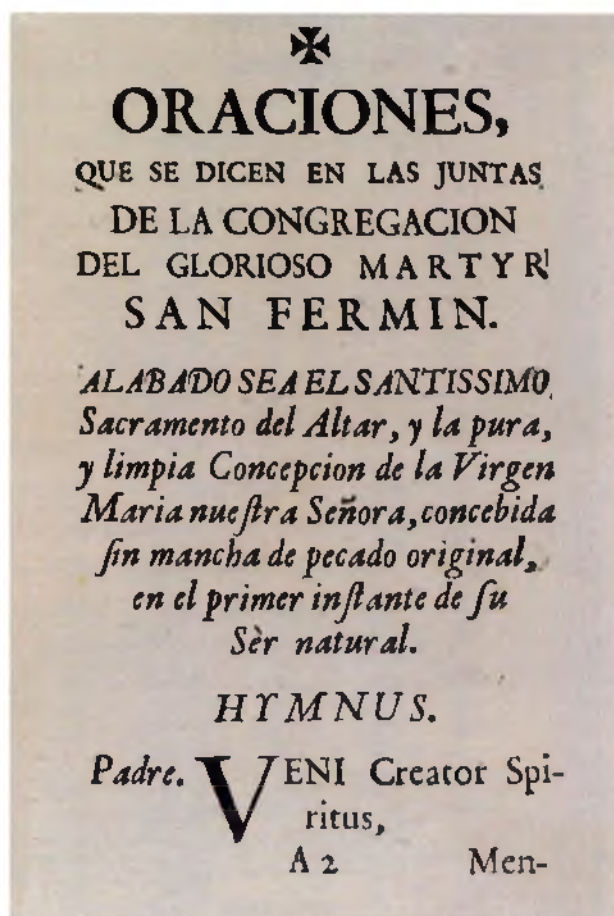
<sup>66</sup> *Ibidem*, pp. 169-71. El altar costó 2.500 reales de vellón y su dorado alcanzó la cifra de 2.200 reales.

<sup>67</sup> GARCÍA GAINZA, M.C., *El escultor Luis Salvador Carmona...*, pp. 89-90.

roquismo. Escultura muy rica en diagonales y perfiles, destaca por su dinamismo y por el primor con que trata su complicada indumentaria, que estaría avivada por una cálida policromía. El cuerpo retorcido de Luzbel muestra los conocimientos anatómicos del escultor profesor de la Academia, a cuyas clases de "modelo vivo" había asistido. La imagen de San Miguel constituye una de las interpretaciones más acertadas y personales de Salvador Carmona, a la par que prueba de un virtuosismo llevado al límite.

Otra imagen titular fue la de San José, una de las primeras esculturas que hizo Salvador Carmona, con San Francisco Javier, para la Real Congregación. En la Junta del 12 de junio de 1746 el secretario comunicó "que un devoto congregante pedía licencia a la Congregación para hacer un altar en la hornacina, junto a la puerta del costado al símil que se hiciera el de San Miguel para colocar en él a San José en una urna"<sup>68</sup>. Sagüés cree reconocer en el anónimo devoto a don Juan Antonio de Aldecoa, que costeó también su retablo<sup>69</sup>. El San José era, a juzgar por la fotografía conservada, obra excelente y de cuidada ejecución<sup>70</sup> con precedentes en la tradición imaginera, principalmente en la granadina de Alonso Cano y Pedro de Mena. Salvador Carmona le aporta ese toque de distinción y exquisitez que le son propios de artista académico que maneja otra serie de recursos y que bebe en las fuentes del arte internacional. Se representa al Patriarca como un hombre joven de rostro hermoso, si bien caracterizado y modelado con detalle. Guardaba estrecha relación con otros ejemplares del propio Salvador Carmona, como el de la iglesia de San José de Madrid, que debe de ser casi contemporáneo del de San Fermín de los Navarros, ya que lo cita en el Memorial de 1748. Presentaban no obstante variantes, sobre todo en el planteamiento dinámico o estático de la figura. En efecto, el San José de la Congregación está representado de forma dinámica dando el paso. El movimiento se expresa por medio de los ropajes que se desplazan hacia un lado, quedando los bordes aleantes convertidos estos en una fina lámina de madera. El santo se inclina hacia el Niño desnudo que lleva en sus manos. En posición estática está representado en cambio el ejemplar de la iglesia de San José, que extiende su brazo para sostener la vara florecida. Una cierta evolución en el tipo muestra el San José del convento de carmelitas descalzas de Segovia, 1754, el ejemplar más tardío, de figura esbelta y elegante. La policromía de las imágenes conservadas a base de marrones con delicados verdes con rameados puede ayudar a reconstruir, siquiera mentalmente, el color de la imagen perdida. Sin duda el San José constituye un tipo de máximo acierto del escultor.

Titular también de su correspondiente retablo era la imagen de la Virgen del Rosario. Fue contratada por don Miguel Gastón de Iriarte en unión de otras imágenes en un documento único firmado el 28 de mayo de 1747, en el que se dice expresamente: "Asimismo hemos contratado que yo, dicho Dn. Luis Salvador Carmona, he de hacer una Nuestra Señora del Rosario, de



Oraciones que se dicen en las Juntas de la Congregación.

<sup>68</sup> SAGÜÉS AZCONA, P.P., *Op.cit.*, p. 169.

<sup>69</sup> *Ibidem*, pp. 180-81. El altar costó 2.500 reales; el dorado corrió a cargo de don Agustín de Aldecoa y alcanzó la cifra de 2.200 reales.

<sup>70</sup> GARCÍA GAÍNZA, M.C., *El escultor Luis Salvador Carmona...*, p. 60.



Himno al comenzar las Juntas de la Congregación.

cuatro pies de alto, con un grupo de nubes y niños, a los pies, como se manifiesta en un diseño que tengo dado, y se ha de pagar por la dicha imagen de talla pintada y concluida dos mil seiscientos reales de vellón. Miguel Gastón de Iriarte. Luis Salvador”<sup>71</sup>. A continuación van varios recibos firmados por el escultor de las cantidades que fue recibiendo, la última el 20 de enero de 1748. Esta imagen fue donada por el baztanés don Juan de Lavaqui<sup>72</sup>. En este caso, el maestro dio un “diseño”, dada la complejidad de la imagen y especialmente de su peana, compuesta de nubes y niños risueños de cuidada disposición, tanto cabecitas de serafines como de cuerpo entero o medio cuerpo. El tipo de la Virgen del Rosario constituye otra de las aportaciones más personales del escultor, y más acertadas de su producción. Ya se ha visto cómo Luis Salvador Carmona tiene una sensibilidad especial para representar lo femenino, y sus Vírgenes y sus santas se encuentran entre las más hermosas de la imaginería española. La desaparecida Virgen del Rosario de San Fermín de los Navarros constituía un ejemplo de lo que se viene diciendo. Era de tamaño natural y representaba a María erguida con el Niño en su brazo, ofreciendo madre e hijo el rosario con sus brazos extendidos. Su rostro, modelado con suavidad, aparece sonriente con la mirada baja dirigida a los devotos. Su melena ondulada está cubierta por un velo blanco plegado con gran movilidad, al igual que la túnica y el manto que definen el volumen y sus rizados perfiles. Este tipo de Virgen del Rosario tuvo gran éxito y fue muy solicitada al escultor por su clientela. Realizó toda una serie de ellas como la de Vergara, La Granja o Lekároz; esta última se ofrece en esta exposición como muestra de su arte aristocrático y exquisito.

El importante encargo de San Fermín de los Navarros comprendía además otras once esculturas de menor tamaño destinadas a ser acompañantes a las titulares ya reseñadas de los retablos colaterales. El contrato de fecha 28 de mayo de 1747 especifica las iconografías de toda esta imaginería: “Digo yo, Don Luis Salvador que tengo tratado y ajustado con el señor Dn Miguel Gastón de Iriarte hacerle un San Ignacio de Loyola, de vara menos tres dedos de alto, con su peana, semejante a la que tiene un San Javier, del mismo tamaño, que es de la Congregación de San Fermín de los Navarros, y asimismo un San Joaquín, una Santa Ana, un San Camilo, un San Pascual Bailón de vara de alto, cada uno, y un San Zacarías, una Santa Isabel, su esposa, un San Francisco de Asís, un San Antonio de Padua, un Santo Ángel de la Guarda, y un San Rafael, estos seis últimos de a dos pies y medio de alto, todos de escultura, con su encarnación correspondiente y acabados a toda perfección, con la calidad de que por los cinco primeros santos mencionados se me ha de pagar a quince doblones cada uno, y por los otros seis más pequeños, a doce doblones, por cada uno, dándolo todo acabado con la brevedad posible y especialmente el San Ignacio para el día 6 de julio de este año, o antes. Y para que conste firmamos los dos referidos esta contrata, en Madrid a 28 de mayo de 1747”<sup>73</sup>.

Poco se puede decir de esta imaginería desaparecida de la que no quedan fotografías, a no ser por su posible semejanza por la conservada en otros lugares. Salvador Carmona la debió de dar cumpliendo los requisitos del contrato en lo relativo a los tamaños, policromía y sobre todo calidad, a satisfacción de los congregantes. Resalta en este grupo la imagen de San Ignacio, que debía de hacer pareja con la de San Francisco Javier, y se necesitaba para la fiesta de la víspera de San Fermín. Respecto a este punto, conviene tener en cuenta las estrechas relaciones que mantenía la Congregación de San Fermín con la de San Ignacio de Loiola, que ocupaba a los procedentes de las tres provincias vascas. Queda por tratar de otra imagen titular de re-

<sup>71</sup> SAGÜÉS AZCONA, P.P., *Op.cit.*, pp. 172-73.

<sup>72</sup> *Ibidem*, pp. 180-81. El retablo lo costeó don Juan Antonio de Aldecoa y alcanzó la cifra de 2.500 reales y su dorado lo sufragó don Fermín de Vicuña, costando 2.600 reales.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 172.

✠  
AL COMENZAR DE LAS JUNTAS.

ALABADO SEA EL SS. SACRAMENTO, Y LA  
Pura, y Limpia Concepcion de la Virgen Maria Nuestra  
Señora, Concebida sin pecado Original en el primer  
instante de su Ser.

HYMNUS.

<b>V</b> eni, creator Spiritus,	Infirma nostri corporis
Mentes tuorum visita,	Virtute firmans perpeti.
Imple superna gratia,	Hostem repellas longius,
Quæ tu creasti pectora.	Pacemque dones protinus,
Qui diceris Paraclitus,	Ductore sic te prævio
Altissimi donum Dei,	Vitemus omne noxium.
Fons vivus, ignis Charitas,	Per te sciamus da Patrem,
Et Sp̃italis vnctio:	Noscamus atque Filium;
Tu septiformis munere,	Te vtriusque Spiritum
Digitus Paternæ dextere,	Credamus omni tempore,
Tu ritè promissum Patris,	Deo Patri sit gloria,
Sermone ditans guttura.	Et Filio, qui à mortuis
Accende lumen sensibus,	Surrexit, ac Paraclito,
Infunde amorem cordibus	In sæculorum sæcula Amen.

✠. Emitte spiritum tuum, & creabuntur. Alleluia.

✠. Et renovabis faciem terræ. Alleluia.

OREMUS.

**D**eus, qui corda fidelium Sancti Spiritus illustratione docuisti, da nobis in eodem spiritu recta sapere, & de eius semper consolatione gaudere. Per Dominum nostrum Iesum Christum Filium tuum, qui tecum vivit, & regnat in vnitate eiusdem Spiritus Sancti Deus, per omnia sæcula sæculorum. Amen.

AL





Niño del Dolor. Real Congregación de San Fermín de los Navarros.

tablo que era el San Juan Bautista, obra en este caso no de Salvador Carmona sino de Juan Pascual de Mena, escultor que desempeñaba como éste el puesto de Teniente Director de Escultura de la Academia de San Fernando. Había sido donada por don Pedro de Astrearena, sobrino de don Juan Bautista de Yturralde, Marqués de Murillo, como homenaje póstumo a su tío<sup>74</sup>. Era San Juan Bautista una hermosa escultura de modelado suave y más sintético que el de Salvador Carmona. Iba acompañado en su retablo por las imágenes de San Zacarías y Santa Isabel de Salvador Carmona sufragadas por Astrearena para este retablo.

Obra excepcional y por fortuna conservada en la Sala de Juntas de la Real Congregación es el Niño del Dolor o Niño Jesús con la cruz auestas cuya historia es bien conocida. La escultura perteneció a la reina Mariana de Neoburgo y como tal figura en el inventario de bienes realizado en 1740. Aquí es mencionado como “un Niño Dios con la cruz auestas”. Doña Mariana nombró heredera universal a su sobrina Isabel de Farnesio y, de esta manera, el Niño del Dolor pasó a su poder, quien más tarde la donó a la Real Congregación como obra procedente de la testamentaria de doña Mariana de Neoburgo. Ingresó en la Real Congregación en 1761 gracias a la mediación de don Francisco Miguel de Goyeneche, Conde de Saceda, mayordomo y tesorero de la reina Farnesio y de don Francisco de Indaburu, su secretario. Desde entonces esta joya pertenece a la misma. Así, en el inventario de 1761 se menciona entre las alhajas de la Real Congregación: “Una efigie de Cristo, con la cruz auestas, de vara de alto, sobre tres [son cuatro] cabezas de serafines y un mundo terrestre, retasado en mil y doscientos reales”<sup>75</sup>. El Niño Jesús está con la cruz al hombro, pisando sobre el mundo y una nube con cuatro cabecitas de querubines con expresión de tristeza.

Desde el punto de vista técnico, es una obra exquisita por su sentimiento y perfección del modelado. Representado en movimiento, están cuidados todos los perfiles de la figura. Se utilizan ojos de cristal y paños encolados. La policromía a pincel es en tonos violados con toques de oro y una trama muy tupida de rameados vegetales con medallones intercalados con temas bíblicos, prefiguraciones de la Pasión. La atribución tradicional de esta obra a Alonso Cano, avalada por la autoridad de M. Gómez Moreno y otros autores, plantea la singularidad de la misma dentro de la obra del granadino, cuestión aún sin resolver. Últimamente Urrea ha señalado algunas relaciones de los serafines de la penana con obras de Manuel Pereira, y otros autores han sugerido a la Roldana, escultora del rey Carlos II, como posible autora<sup>76</sup>. Con todo, pese a las singularidades con respecto a Alonso Cano de esta obra excepcional, resulta difícil proponer una nueva autoría.

## LOS LEGADOS ARTÍSTICOS DE LOS CONGREGANTES A NAVARRA

Las esculturas de San Fermín de los Navarros despertaron la lógica admiración en el Madrid de la época y, lógicamente, en los congregantes, algunos de los cuales ha-

<sup>74</sup> *Ibidem*, p. 181.

<sup>75</sup> *Ibidem*, pp. 259-62.

<sup>76</sup> GÓMEZ MORENO, M., “Alonso Cano escultor”, *Archivo Español de Arte y Arqueología*, II, 1926, p. 197; GÓMEZ MORENO, M. E., *Breve historia de la escultura española*, Madrid, Dossat, 1951, pp. 134-35; SÁNCHEZ MESA MARTÍN, D., *Técnica de la escultura policromada granadina*, Granada, Universidad de Granada, 1971, pp. 139-40; WETHEY, H. E., *Alonso Cano. Pintor, escultor y arquitecto*, Madrid, Alianza, 1983, cat. n.º 100, pp. 148-49; MARTÍN GONZÁLEZ, J. J., *Escultura barroca en España 1600-1770*, Madrid, Cátedra, 1983, pp. 201-202; SÁNCHEZ MESA MARTÍN, D., *Historia del Arte en Andalucía*, vol. VII, Sevilla, Geve, 1991, pp. 208 y 214; URREA FERNÁNDEZ, J., “Alonso Cano escultor: su catálogo”, en ÁLVAREZ LOPERA, J. (Coord.), *Figuras e imágenes del barroco. Estudios sobre el barroco español y sobre la obra de Alonso Cano*, Madrid, Fundación Argenta, 1999, p. 248; SÁNCHEZ MESA MARTÍN, D. y MARTÍNEZ JUSTICIA, M. S., “Niño Jesús Nazareno, Niño del Dolor”, en SÁNCHEZ MESA, M. (Coord.), *Alonso Cano 1601-1667. Arte e iconografía*, Granada, Arzobispado, 2002, pp. 475-76.



Immaculada Concepción de Luis Salvador Carmona. Párroquia de Lesaka (Navarra).

bían sufragado imágenes para los altares de la capilla. La relación con el arte del escultor y académico Luis Salvador Carmona había sido estrecha a través de los encargos, contratos y recibos del conjunto escultórico y, sobre todo, en el transcurso de las celebraciones de las festividades que seguían a la entrega de las imágenes, en las que eran admiradas por todos los asistentes. Una relación estrecha con el arte de Salvador Carmona que no se dio, en cambio, con el de Pascual de Mena, cuya intervención había sido más limitada, como se ha visto. En este ambiente despertado por la belleza visible de las imágenes y el conocimiento próximo del maestro Salvador Carmona, surgirían nuevos encargos por parte de los congregantes, ahora destinados a enriquecer las parroquias navarras de sus pueblos natales. En la Real Congregación de San Fermín de los Navarros se origina una madeja intrincada de relaciones personales que motivan el conocimiento del artista, y que va a ser responsable de la existencia en tierras navarras de un importante contingente de escultura cortesana. Estas





San Martín, de Luis Salvador Carmona. Parroquia de Lesaka (Navarra).

imágenes se concentran en localidades del valle de Baztán (Arizkun, Erratzu, Azpilkueta, Elizondo, Lekároz), Cinco Villas (Lesaka) y Doneztebe, pero también las encontramos fuera de la zona montañosa, origen principal de la marcha a Madrid, más al sur, en Olite y Sesma.

Conviene recordar ahora que los dos comisionados por la Real Congregación para ocuparse de la nueva capilla del Prado de San Jerónimo fueron don Francisco Miguel de Goyeneche, Conde de Saceda, y don Miguel Gastón de Iriarte. A Saceda, consiliario de la Academia de San Fernando, hemos señalado como responsable del encargo de las esculturas de San Fermín de los Navarros a Luis Salvador Carmona. No es de extrañar que en Arizkun, localidad natal de los Goyeneche, se conserve en su parroquia una Virgen del Rosario que responde al tipo de Luis Salvador Carmona y en la que se descubre la mano del escultor<sup>77</sup>. A Gastón de Iriarte, natural de Erratzu, quien firma los contratos con Salvador Carmona y paga los recibos por el conjunto de San Fermín de los Navarros, se deberán las imágenes del Crucificado y la Virgen del Rosario sedente de la parroquia de Erratzu<sup>78</sup>. Conviene aclarar que existe constancia de un legado de Gastón de Iriarte a la parroquia consistente en alhajas de plata y libros, de fecha 1753, en el que no se mencionan esculturas.

Mayor importancia presentan los conjuntos de Azpilkueta y Lesaka. Del primero será responsable don Francisco de Indaburu, natural de esta localidad, cuñado de los Goyeneche de los que heredó el cargo de secretario de la reina Isabel de Farnesio. Fue congregante de San Fermín de los Navarros y regaló a la capilla madrileña la imagen de San Francisco Javier en 1746. No es aventurado pensar en él como comitente de un conjunto escultórico que es mencionado por Ceán. La escultura había sido sufragada, no obstante, con el importe dejado por don Martín de Elizacochea, obispo de Michoacán, natural también de esta localidad y congregante de San Fermín. En la parroquia de Azpilkueta se encuentran varias esculturas repartidas por el retablo mayor y colaterales debidas a nuestro escultor, una de las cuales está firmada y fechada en Madrid en 1752. Se cuentan entre ellas una Virgen del Rosario y un excelente San Andrés de potente cabeza, precedente del San Mateo de La Granja, entre los patronos navarros, San Fermín y San Francisco Javier. No se conserva en cambio el grupo de "un San Martín a caballo partiendo la capa con el pobre, figuras de tamaño natural" que menciona Ceán<sup>79</sup>. Dos esculturas excepcionales, un San Martín glorificado y una Inmaculada Concepción, componen el conjunto de Lesaca sufragado por don Juan de Barreneche, que recibió poder de la Congregación para recoger limosnas para la

Real Congregación de los navarros residentes en América, y como tal figura en los Acuerdos del 30 de marzo de 1727<sup>80</sup>. La Inmaculada, firmada por el escultor, es obra de primerísima mano y constituye una de las obras cumbres de esta exposición. Sus méritos residen

<sup>77</sup> GARCÍA GÁINZA, M.C., *Luis Salvador Carmona...*, p. 67.

<sup>78</sup> GARCÍA GÁINZA, M.C., "Aportaciones a la obra de Luis Salvador Carmona...", pp. 54-55.

<sup>79</sup> GARCÍA GÁINZA, M.C., *El escultor Luis Salvador Carmona...*, pp. 94-96.

<sup>80</sup> SAGÜÉS AZCONA, P.P., *Op. cit.*, pp. 99-100.



San José con el Niño, de Luis Salvador Carmona, Parroquia de Lekároz (Navarra)

en su elegancia y espíritu aristocrático, y en el acierto en la representación de lo femenino por parte del escultor. Valorada también en la riqueza de sus perfiles y en lo exquisito de su policromía, se ofrece como una de las mejores representaciones de la Inmaculada Concepción de la escultura española del siglo XVIII. Es, además, el único ejemplo de esta iconografía del Teniente Director de Escultura de la Academia.

Por vías análogas a las ya señaladas llegó a Lekároz otro importante conjunto escultórico debido al mismo maestro. Los mecenas son en esta ocasión tres hermanos de la familia Jáuregui nacidos en el palacio de Oharritz, barrio de Lekároz, y de "José Echeverría Larreche, vecino de Madrid





Martirio de San Bartolomé, de Luis Salvador Carmona. Parroquia de Lekároz (Navarra).

hijo de la casa Echeverría de este lugar"<sup>81</sup>. Los contactos con Salvador Carmona se habían establecido a través de don Francisco Javier de Jáuregui, "vecino de Madrid e hijo de Jaureguía" que ingresó como congregante de San Fermín de los Navarros el 26 de junio de 1729 y en 1746 formó parte de una lista de candidatos para las elecciones de los miembros de la Junta directiva. Al año siguiente regaló a la Congregación un San Joaquín y una Santa Ana, obra de Luis Salvador Carmona. Él mismo donará a la parroquia de Lekároz una Santa Catalina, obra del citado escultor. Don Agustín de

<sup>81</sup> GARCÍA GAÍNZA, M.C., "Aportaciones a la obra de Luis Salvador Carmona...", pp. 49-54.





San Francisco de Asís, de  
Eusebio Salvador Carmona. Con-  
vento de Franciscanos de Oñe-  
te (Navarra).

Jáuregui, hermano del anterior, caballero de la Orden de Santiago y futuro virrey de Lima, regalaría el grupo del Martirio de San Bartolomé semejante al que hizo Salvador Carmona para los dominicos de Valverde y que es obra importante por su dramatismo de raíces clásicas. Finalmente, el tercer hermano, don Pedro Fermín de Jáuregui, canónigo dignidad y arcediano de la catedral de Pamplona, regalaría a la parroquia de Lekároz una Virgen del Rosario, fechada en 1765, que se muestra en esta exposición y que constituye un exponente de la calidad que mantiene Salvador Carmona en los últimos años de actividad, pese a haberse renovado la policromía en 1930.





San Rafael

A don Juan Antonio Aldecoa, nacido en Elizondo, se le debe un probable legado a la parroquia de su localidad natal. Se trata de una Virgen del Rosario sin peana de nubes en este caso, pero del inconfundible tipo del escultor académico<sup>82</sup>. Aldecoa fue congregante de San Fermín de los Navarros y llegó a ser prefecto en 1749.

Sufragó las esculturas de San Francisco de Asís y de San Antonio de Luis Salvador Carmona para la capilla madrileña. Antes de abandonar las tierras aledañas al valle de Baztán, mencionaremos otra escultura de la Virgen del Rosario del mismo tipo y autor, en Santesteban, villa de la que eran originarios los Uztáriz, de los cuales Casimiro, Marqués de Uztáriz, fue prefecto de la Real Congregación de San Fermín en 1746<sup>83</sup>. Pero hubo además otros legados. Importante fue, por ejemplo, el efectuado a la parroquia de Sesma y consistente en varias esculturas, de fácil adscripción a Salvador Carmona, por el ilustrísimo señor don Juan Antonio Pérez de Arellano, obispo de Casia, nacido en esta localidad y congregante de la Real Congregación de la que fue prefecto en 1741 y 1742. Fue asimismo encargado de redactar unas nuevas constituciones que fueron aprobadas en 1749. Coincidían estas fechas con los años en que Luis Salvador Carmona trabajaba para la Congregación madrileña. No resulta aventurado pensar que aquí hubiera surgido el encargo para Sesma. Un hermoso exponente de este conjunto es la imagen de San Rafael representado como peregrino con el bordón en una mano y el pez bajo el brazo. Elegante y gentil, la figura del arcángel viene a ser representante del gusto rococó en la escultura de la época.

Finalmente, dos excelentes esculturas de San Francisco de Asís y de Santa Rosa de Viterbo de la iglesia de los franciscanos de Olite fueron sufragadas por el matrimonio formado por don Alejandro de la Vega, superintendente general de Juros en la Corte, y doña Bernarda Munárriz respectivamente, y consta fueron legadas en 1749. Era la donante, según la historia manuscrita del convento, una "Señora muy devota, estando esta señora en Madrid la mandó hacer allá a los mejores artífices". En estas palabras encontramos la referencia a Luis Salvador Carmona, y el estilo de estas esculturas confirma su mano<sup>84</sup>. La Santa Rosa de Viterbo que se muestra en esta exposición es un hermoso ejemplar de monja dieciochesca representada en el momento de su martirio. Su rostro lleno de sensibilidad y delicadeza viene a ser como la firma del escultor, tan acertado en la representación de figuras femeninas, y admite comparación con la Santa Rita de Casia de La Granja. La imagen se colocará en su altar con grandes ceremonias y solemnidad.

<sup>82</sup> *Ibidem*.

<sup>83</sup> GARCÍA GAINZA, M.C., *Luis Salvador Carmona en San Fermín...*, p. 67.

<sup>84</sup> *Ibidem*, pp. 91-94.

dades. Una tercera imagen, ésta de San Antonio de Padua, obra del mismo escultor, fue donada al convento por don Antonio Martín de la Vega, Marqués de Feria, que debía de ser hermano de don Alejandro de la Vega, donante del San Francisco de Asís<sup>85</sup>. Estaba destinada a presidir la capilla de patronato del Marqués de Feria, otro navarro ilustre a quien Felipe V había concedido el título en atención a los servicios prestados en Nápoles. Congregantes de San Fermín, navarros ilustres, títulos de la nueva nobleza creada por los Borbones formaron parte de la distinguida clientela de los grandes escultores de la Academia.

<sup>85</sup> GARCÍA GAÍNZA, M.C., "Nuevas obras de Luis Salvador Carmona", *Goya*, n.º 221, 1991, pp. 277-83.





## LA PROMOCIÓN DE LAS ARTES EN NAVARRA DURANTE EL SIGLO XVIII HOMBRES E INSTITUCIONES, PATRONOS Y MECENAS

RICARDO FERNÁNDEZ GRACIA · DEPARTAMENTO DE ARTE · UNIVERSIDAD DE NAVARRA

La atonía en que vivieron las artes en Navarra a lo largo de la mayor parte del siglo XVII es un hecho comprobable no sólo en arquitectura, sino en las artes figurativas, e incluso en las suntuarias. Unas condiciones socioeconómicas y políticas se encontraban detrás de aquel fenómeno. Si exceptuamos el arte ligado a las nuevas fundaciones conventuales, con interesantes obras importadas desde otros lugares, principalmente desde la Corte, apenas encontramos obras de gran significación, ni por su valor intrínseco, ni por los maestros que las realizaron, ni por los promotores que las hicieron posibles. Unos talleres caducos y escasamente creativos, unos gremios todopoderosos y poco permeables a novedades, junto a pocos personajes con escasos proyectos vitales ni sociales, configuran un panorama poco halagüeño para el desarrollo de las artes.

Aquel panorama cambió de rumbo en las últimas décadas del siglo XVII. Destacados personajes, instituciones y ciertos proyectos nos hablan de que algo estaba cambiando en aquella sociedad. Algunas reformas llevadas a cabo en las estructuras de la monarquía como la creación de la Junta de Comercio o las medidas para la recuperación monetaria, se dejaban notar en realidades arquitectónicas y artísticas. Mencionemos algunos ejemplos, como la monumental iglesia de las Dominicas de Tudela con su magnífico retablo mayor, inaugurados en 1689, gracias a la generosidad de don Manuel de Lira, tío de varias religiosas y secretario de Despacho Universal en Madrid, o el palacio Jarola de Elbete, ordenado levantar por don Miguel de Vergara, capitán enriquecido en el comercio de Indias, en 1674. El pujante taller de retablos de Tudela, el proyecto de la capilla de San Fermín en Pamplona o la construcción de la Plaza Mayor de Tudela o el palacio de los Vizcaino de Miranda de Arga pueden ser otros significativos ejemplos de que algo estaba cambiando.

Ni que decir tiene que aquel despertar continuó en el siglo XVIII, cuando el aspecto de muchas localidades navarras se transformó significativamente, quizás como no lo haya hecho hasta bien entrado el siglo XX.

Importantes casas de mayorazgo se levantan en la trama urbana, notables torres de piedra alegran con sus siluetas las vistas de ciudades y villas, y conjuntos palaciegos, propios de grandes señores, se erigen en puntos dispares de la geografía navarra: Subiza, Baztán, Urbasa, Corella o Pamplona. Nuevas casas consistoriales con la de Pamplona a la cabeza, fuentes, agua



Alegoría de la Fundación de la Real Academia de San Fernando por Antonio González Ruiz. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

corriente y alcantarillado estuvieron en la mente de algunas mentes avanzadas de aquella centuria. La arquitectura religiosa no quedó a la zaga con proyectos de todo tipo, en general ligados a devociones locales: la capilla de Santa Ana en Tudela, la basílica de San Gregorio Osiense o la capilla de la Virgen del Camino de Pamplona constituyen una buena muestra de cuanto ocurría en otras localidades del Reino.

Arrese, en la temprana fecha de 1952, al contextualizar la infancia del gran tonadillero Blas de Laserna, señalaba cómo en el caso de Corella, la primera mitad del siglo XVIII fue un periodo de expansión y crecimiento, como nunca antes se había vivido<sup>1</sup>. Familias, linajes, casonas, visitas reales y obras de todo tipo dan cuenta muy clara de un periodo luminoso en la historia local. Al respecto, recuerda que un hombre de mediados del siglo XVIII, transportado dos siglos más tarde al mismo lugar de aquella ciudad, encontraría casi todo igual, con escasas modificaciones, contabilizadas en algunas agresiones bárbaras contra el patrimonio ya existente, un par de torres nuevas en San Miguel y un nuevo palacio frente a esta última parroquia, el de los Aguado.

Sin embargo, sería Julio Caro Baroja, en 1969<sup>2</sup>, el que puso de manifiesto a nivel nacional, el peso de un conjunto de navarros que habían salido de sus lugares de nacimiento para ocupar altos cargos en la monarquía de los Borbones, en la administración pública, el ejército o la Iglesia, destacando, asimismo, aquéllos que habían triunfado en el mundo de los negocios y las finanzas. A aquel fenómeno lo denominó con una expresión aceptada con gran fortuna historiográfica: *La Hora navarra del siglo XVIII*. Todo lo que conllevó aquel fenómeno en las vidas y familias de sus protagonistas tuvo su influencia en el desarrollo de unos proyectos artísticos en las tierras que les vieron nacer, en otros tantos puntos de la geografía foral, desde Corella al Valle de Baztán.

Edificios, música, retablos, imágenes, retratos, mobiliario, tejidos y un sinnúmero de objetos suntuarios que aparecen en engrosados inventarios de bienes nos sitúan, realmente, en un contexto sin precedentes. Desde Nueva España, Perú, Filipinas, la Corte madrileña, Roma, Francia y Nápoles veremos llegar piezas destacadas a diferentes localidades navarras, muchas de las cuales, aún se conservan *in situ*, dando testimonio de aquella realidad. Incluso artífices navarros salieron de su tierra para perfeccionar su arte en Madrid, que se convertirá definitivamente en centro de las artes con la llegada de los Borbones, el impulso de un arte oficial de carácter más internacional y la creación de la Real Academia de San Fernando, como lugar de aprendizaje de las artes, fuera del sistema gremial. Tal fue el caso de sendos maestros de Sesma, Roque Solano, escultor que se afincaría en Madrid y Silvestre de Soria, que realizó su aprendizaje en el Palacio Nuevo, para regresar a Navarra a mediados del siglo XVIII, el retablista tudelano José de San Juan en las primeras décadas del siglo, amén de otros artistas que se dirigieron a seguir las enseñanzas de la Academia, ya en la segunda mitad de la centuria. En la creación y desarrollo de aquella institución, destacó un navarro natural de Corella, Antonio González Ruiz, pintor de Cámara del rey. Recordemos que este maestro fue una de las personalidades artísticas navarras más interesantes del Siglo de las Luces, que triunfó en la Corte de Madrid y de una forma muy destacada<sup>3</sup>. Nacido en Corella, se inició en la pintura

con algunos parientes, pasando a la Villa y Corte, tras el fallecimiento de sus padres, con el fin de perfeccionar su arte con Miguel Ángel Houase. Más tarde permaneció durante cinco años en París, Roma y Nápoles. Su papel en la creación y desarrollo de la Real Academia de San Fernando fue muy destacada. Casó con

<sup>1</sup> ARRESE, J.L., *El músico Blas de Laserna*. Corella, Biblioteca de Corellanos Ilustres, 1952, pp. 10-11.

<sup>2</sup> CARO BAROJA, J., *La Hora navarra del XVIII* (personas, familias, negocios e ideas). Pamplona, Diputación Foral, 1969.

<sup>3</sup> ARRESE, J.L., *Antonio González Ruiz*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1973.





D.<sup>n</sup> Luis segundo de Navarra y primero  
de Castilla.



una hija del grabador Juan Bernabé Palomino y llegó a ser pintor de Cámara del monarca, siendo autor de varios retratos reales y de numerosos cartones para ser tejidos en la Real Fábrica de Santa Bárbara. Su larga trayectoria vital hizo que se prolongase la tradición de la pintura barroca española, ya en desuso, con la obra de los artistas extranjeros de Cámara<sup>4</sup>.

Retrato de Luis II de Navarra y I de Castilla (Galería de retratos del Palacio de Navarra). Realizado en Madrid en 1760 por encargo del Reino

En general, el noble, comerciante o eclesiástico que conoció las delicadezas del arte cortesano, optó en las obras que promovió por importar obras a Navarra con aquellas características, del mismo modo que solicitaban trazas o planos para otras tantas obras de arquitectura, en sintonía con la nueva estética, auspiciada por la propia monarquía, lo que no impidió que el barroco castizo siguiera siendo protagonista de otros muchos proyectos realizados a lo largo de la primera mitad del siglo. Al respecto hay que tener en cuenta que don Juan de Goyeneche encargó el proyecto del Nuevo Baztán a José Benito Churriguera, al que se definió en *La Gazeta*, fundada por el mismo Goyeneche, como otro Miguel Ángel, al dar cuenta de su fallecimiento. Juan Francisco Goyeneche, marqués de Ugena encomendó los trabajos de su casa en Madrid a Pedro de Ribera<sup>5</sup>. La última generación de navarros con poder sería retratada por Goya, como se comprueba en los del conde de Gausa don Miguel de Múzquiz, el banquero Muguiro o el estellés José Luiz Munárriz, director de la Compañía de Filipinas, académico de honor de la de San Fernando y traductor de las *Lecciones sobre la Retórica y las Bellas Artes*, de Hugo Blair.

Un fenómeno nuevo aparecerá con las nuevas circunstancias de ascenso económico de los protagonistas de aquella *Hora navarra*, ya que, además de hacerse cargo de obras de su propiedad, se responsabilizaron de otras que trascendían lo privado, sin que ostentasen el patronato sobre ellas, dando lugar a circunstancias en nada usuales hasta aquel momento. Buen ejemplo son el obispo Elizacochea sufragando la iglesia de Azpilkueta, patronato de los condes de Javier, con su expresa licencia, u otros tantos prohombres costeando retablos e imágenes para los pueblos de los que eran originarios. Aquellos hechos novedosos no dejaron de dar lugar a sucesos harto significativos de cómo las élites locales no siempre recibían a los “nuevos ricos” con el aprecio que éstos esperaban. El caso de los hermanos Aguado, benefactores de las iglesias de Corella con unas suntuosas andas de plata y un terno napolitano, es bien elocuente. Tras adquirir una capilla de patronato en la Merced, decidieron enviar sendas verjas de plata para las dos parroquias, en 1766, con la esperanza de ser inculcados en la bolsa de alcaldes, la de primera categoría y no en la de regidores, que lo era de tercera. No lograron su intento por los intereses de la hidalguía local, celosa guardiana de unos privilegios de sangre, que seguramente veía próximo su desplazamiento social. Los hermanos Aguado no fueron profetas en su tierra y dieron orden a los portadores de las verjas de entregarlas en la iglesia más cercana, cerca de la Almunia de Doña Godina. La anécdota resulta harto significativa de un clima social en el que aún no se admitía el que unos artesanos y menestrales más o menos enriquecidos, ascendiesen socialmente en un contexto con arraigo en las más antiguas tradiciones.

Recientemente, Pilar Andueza ha insistido en el contexto económico y social que permitió a los navarros aprovechar unas circunstancias favorables para el patrocinio de las artes, en este caso en algo muy práctico y a la vez de clara imagen hacia el exterior, con la construcción de señeros ejemplos de arquitectura señorial en la propia capital navarra<sup>6</sup>. La citada autora destaca las condiciones económicas favorables para el desarrollo de la arquitectura y las artes, en una conyuntura política favorable, tras la guerra de Sucesión en la que los navarros

<sup>4</sup> MORALES Y MARÍN, J. L., *Pintura en España 1750-1808*. Madrid, Cátedra, 1994, p. 86.

<sup>5</sup> CARO BAROJA, J., *Op. cit.*, p. 206.

<sup>6</sup> ANDUEZA UNANUA, P., *Arquitectura señorial de Pamplona en el siglo XVIII*. Pamplona, Gobierno de Navarra, 2004.



Retrato de Isabel de Orleans  
(Galería de retratos del Palacio de Navarra). Realizado en Madrid en 1760 por encargo del Reino

habían oprimido por Felipe V. La emigración, los negocios y el comercio a una con el ejército constituyeron los fundamentos de la riqueza y prosperidad de bastantes familias que harían de sus casas señoriales verdaderos espejos de su ascenso social y económico. La nueva situación de aquellos grupos llevó consigo intentos de equipararse con la nobleza, tanto en la adquisición de patrimonios, fundación de mayorazgos, con lo que el lustre y la memoria familiar y del apellido subsistiría de generación en generación<sup>7</sup>.

El objetivo de estas líneas quiere ser un intento de calibrar el papel en la promoción de las artes de hombres e instituciones, patronos y mecenas, sin olvidar el porqué de sus diferentes proyectos.

Más que hacer listados de obras con sus correspondientes promotores, ora mecenas, ora patronos, trataremos de hacer algunas reflexiones en torno a algunos encargos señeros y menos conocidos o valorados, citando o pasando más por encima sobre los que ya han sido estudiados.

## LAS INSTITUCIONES DEL REINO Y LOS AYUNTAMIENTOS

Las Cortes y la Diputación del Reino, las más altas instituciones navarras no tuvieron gran importancia en la promoción de las artes. Nos centraremos en algunas actuaciones del Siglo de las Luces.

En 1741, la Diputación encargó al barón de Beorlegui que se hiciese cargo de la nueva decoración para la sala Preciosa, su sede en el recinto catedralicio de Pamplona. El 25 de julio de aquel año se trató en la corporación del modo de componer aquella estancia, teniendo en cuenta algunos acuerdos tomados en 1729 y 1730, en el contexto del traslado de los canónigos a su nueva sala capitular. El 13 de septiembre, se trató “de qué género de adorno debe ponerse y se resolvió se ponga un balcón en mitad de la sala y cortinas de damasco carmesí y seis bancos de terciopelo”. Los nuevos bancos tapizados en terciopelo, así como tres lienzos de la Inmaculada, San Francisco Javier y San Fermín, con sus correspondientes marcos fueron pagados, como era costumbre, con este tipo de gastos, por el Vínculo del Reino. De los marcos se hizo cargo el tallista José Coral. El pintor encargado de los óleos fue Pedro Antonio de Rada. No conocemos el paradero de estas pinturas. Del pintor Pedro Antonio de Rada, sabemos que fue la figura más destacada en la Pamplona de mediados del siglo XVIII en su especialidad<sup>8</sup>.

Tras la proclamación de la Inmaculada Concepción como patrona de España a instancias de Carlos III, en 1760, la Diputación decidió encargar un par de esculturas de San Francisco Javier y la Inmaculada Concepción, poniendo el asunto en manos de su síndico. Ambos bultos estaban terminados en el mes de octubre de 1767. Los maestros encargados de ambas estatuas fueron el escultor Manuel Martín de Ontañón y el policromador y pintor Pedro Antonio de Rada<sup>9</sup>. Ambas imágenes de la Purísima y San Francisco Javier recibieron el complemento de los escudos del Reino en sus peanas, en 1768, haciéndose cargo de su pintura Fermín Rico. Se trataba de reconocer a los patronos por el emblema heráldico del Reino, el mejor signo visual de identificación de Navarra.

Otros encargos por parte de las instituciones navarras se refieren a algunos retratos reales. El deseo de poseer unas pinturas dignas de los monar-

<sup>7</sup> *Ibid.*, pp. 46-52.

<sup>8</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R., “Rada, Pedro Antonio”. *Gran Enciclopedia Navarra*. Vol. IX. Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1990, p. 382.

<sup>9</sup> *Ibid.*... *La Inmaculada Concepción en Navarra. Arte y devoción durante los siglos del Barroco. Mentores, artistas e iconografía*. Pamplona, Eunsia, 2004, pp. 72 y ss.

D.<sup>a</sup> Luisa Ysabela de Orleans.





cas reinantes data de 1749, en que la Diputación del Reino determinó el que se hiciesen los retratos de los reyes de medio cuerpo para la Sala Preciosa. Al año siguiente, se hizo el encargo al pintor Pedro de Rada para que realizase los retratos de Fernando VI de Castilla y II de Navarra y su mujer Bárbara de Braganza<sup>10</sup>. Al poco tiempo, en 1760, bajo el reinado de Carlos III, la misma corporación determinó realizar un encargo más importante a la Corte de Madrid. En este caso, se requirió la realización de los retratos de Felipe V, Luis I y Carlos III, con sus respectivas esposas. Los deseos de las autoridades navarras se centraban en que los realizase el “pintor más diestro de la Corte”<sup>11</sup>. En escaso tiempo transcurrido entre el primer encargo y el segundo, apenas diez años, se estaban operando en la ciudad de Pamplona y también en la Corte madrileña, en donde mejor arte se consumía, importantes cambios.

El agente en Madrid comunicaba que había encontrado a “sujeto de toda satisfacción y vistas las medidas y expresión de llevo referida por uno de los pintores más afamados que llaman el Romano, después de largas conferencias y debates, no quiere por dichos seis retratos menos de ciento y cincuenta doblones, respondiendo que de su mano no salen mamarrachos. Por cuya razón no me he determinado a que los ponga en ejecución hasta que haciéndolo Vuestra Merced presente a la Ilustrísima Diputación, resuelva lo que debo hacer en este caso”.

Todos esos retratos se han conservado y obedecen a las modas dieciochescas que combinan influencias francesas e italianas. La identificación del afamado pintor, residente en Madrid, resulta un poco complicada. En principio, podríamos pensar en Antonio González Velázquez que estuvo en la Ciudad Eterna desde 1747, gracias a la primera pensión que le otorgó la Real Academia de San Fernando, hasta 1752 en que fue llamado por don José de Carvajal y Lancáster para trabajar en el Palacio Real de Madrid<sup>12</sup>. Sin embargo, quizás sea más posible que los retratos los ejecutase un maestro italiano, de formación romana que por aquellos años gozaba de un gran predicamento en la Corte madrileña. Nos referimos a Domenico Maria Sani, natural de Cesena, pero educado en Roma donde completó su formación con Andrea Procaccini, destacando como hábil dibujante y por la ejecución de varios retratos para la ilustración de las *Vite de pittori scultori e architetti* de Nicola Pío. En España fue nombrado pintor del rey y profesor de dibujo del príncipe, futuro Fernando VI, ganando la confianza de Isabel de Farnesio, que le protegió, llegando a ser pintor de Cámara. En los retratos que se han conservado de su mano se aprecia la influencia de Procaccini y Ranc<sup>13</sup>.

El último encargo que realizó la Diputación del Reino a Madrid, en el siglo XVIII, fue el de los retratos de Carlos IV –VII de Navarra– y su mujer María Luisa de Parma, en 1789. El 12 de febrero, el agente de la Diputación escribía, esperando que la pintura fuese del agrado de la Diputación “por ser la mejor semejanza al rey de cuantos he visto por no haberse su Majestad querido permitir retratarse más de cinco cuartos de hora en otros tantos días y por ser de un gran autor que, por su carácter, he tenido que sujetarle a que lo haga pintando en mi casa sin dejarle salir de ella más que a dormir y así he podido conseguir que en menos de un mes haya hecho el que he remitido y otro para la ciudad que también irá mañana. Tengo la satisfacción de que se puede poner a la expectación de cualquiera pueblo y advierto que me ha parecido que le pongan en el manto las armas del Reino y de Castilla como que están bordadas”.

Entre los encargos del Reino, ligados a su propia identidad política, destaca la edición ilustrada de los *Anales* de Moret y Alesón<sup>14</sup>. Una primera (1756),

<sup>10</sup> MARTINENA RUIZ, J. J., *El Palacio de Navarra*. Pamplona, Gobierno de Navarra, 1985, p. 211.

<sup>11</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R., *Reges Navarrae. Imagines et Gesta. Dibujos y grabados para las ediciones ilustradas de los Anales de Navarra en el Siglo de las Luces*. Pamplona, Gobierno de Navarra, 2002, pp. 19 y ss.

<sup>12</sup> MORALES Y MARIN, J. L., *Pintura en España 1750-1808*, Op.cit., pp. 102-103.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 93-95.

<sup>14</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R., *Reges Navarrae. Imagines et Gesta...* Op.cit., pp. 47 y ss.



Exterior de la capilla de San Fermín en la parroquia de San Lorenzo de Pamplona

que se enriquecía con los retratos de los monarcas privativos, no vio la luz, mientras la segunda apareció en 1766. Ambos intentos se han de entender en un contexto muy concreto, el de una Navarra que veía peligrar su *status*, ante las reformas centralistas de los Borbones. En pleno Siglo de las Luces, los “fueros” constituyeron una señal de identidad para los navarros, como señal de identidad colectiva, en unos momentos, en que para muchos el *status* de Navarra constituía un incómodo arcaísmo, especialmente, en el reinado de Carlos III, cuando los ataques contra los “fueros” se convirtieron en una actitud permanente y, de manera muy especial, a partir de 1766, cuando el conde de Aranda subió al poder y Campomanes no discutía asuntos concretos de tipo económico o militar, sino el mismo fundamento del régimen foral. La Diputación del Reino debió pensar que los libros de Morret y Alesón vendrían muy bien como soporte histórico en aquel contexto, en el que el espíritu ilustrado iba calando poco a poco en algunas élites sociales. Además, la publicación se iba a ilustrar, con lo que la propaganda y persuasión estaban, si cabe, más aseguradas. Hay que tener en cuenta que el tema de las imágenes del pasado, gestas y retratos de los monarcas privativos navarros, ya no volverían a tratarse en la figuración artística hasta justamente un siglo después, en otro contexto muy diferente pero con alguna similitud.

Otros encargos por parte de las instituciones navarras a artífices de diferentes especialidades están relacionadas con todo lo relativo a las fiestas de distinta índole, como balconadas para corridas de toros, o todo lo relacionado con la celebración de sus copatronos San Fermín y San Francisco Javier, y desde la década de los sesenta también la Inmaculada Con-



Interior de la capilla de Santa Ana en la catedral de Tudela.



cepción<sup>15</sup>. El Reino y el ayuntamiento de Pamplona destacaron por sus encargos artísticos relacionados con todo el aparato funeral, con motivo de las ceremonias fúnebres oficiadas por el eterno descanso de los reyes. Capelardentes y jeroglíficos con altos significados se dieron cita en muchas ocasiones. Los sermones y relaciones de aquellos acontecimientos son un ejemplo de cómo se organizaban y protocolizaban aquellos hechos, en los que se daban cita los grandes del Reino y su capital, compitiendo, cómo no, por el puesto, el lugar y la preeminencia. El capelardente, túmbano o catafalco, erigido generalmente en la catedral por maestros de la ciudad, era todo un símbolo de aquellas ceremonias espectaculares y simbólicas en torno a la muerte, estableciendo una sublimación mayestática y religiosa del rey a la manera de su imagen oficial<sup>16</sup>.

El catafalco levantado para las exequias de la reina Mariana de Austria a expensas de los Tribunales Reales ha sido estudiado por Soto Caba desde el punto de vista formal y simbólico<sup>17</sup>. El precioso grabado a buril de este capelardente, obra de Gregorio Fossman y Medina y Juan Francisco Leonardo<sup>18</sup>, ilustra el sermón fúnebre que predicó Juan López de Cuéllar y que se publicó en Pamplona en 1696<sup>19</sup>. La severidad del proyecto se debe, sin duda alguna, a su autor, el ingeniero mayor por su majestad, Hércules Torrelli, que por aquellos años residía en la capital navarra, como lo prueban algunos informes que emitió en relación con las fortificaciones de la ciudad en 1694<sup>20</sup>, así como su intervención en los prolegómenos de la construcción de la capilla de San Fermín en 1696<sup>21</sup>. La familiaridad que Torrelli tenía con las arquitecturas ofensivo-defensivas y los tratados de arquitectura militar se evidencia en este proyecto, en su sobriedad y en la utilización de los soportes. Según Soto Caba, la fórmula de este catafalco con una reducción piramidal hasta el remate influyó en otros túmulos de la primera mitad del siglo XVIII en Zaragoza<sup>22</sup>.

Un diseño dibujado que se guarda en el archivo catedralicio representa la forma en que se levantó el túmulo real en las ceremonias de exequias reales de 1746, 1758, 1759, 1760 y 1766 por los carpinteros de la ciudad. En 1766 lo dibujó José Antonio de Huici para que nunca hubiese diferencias entre el cabildo, el Real Consejo y la ciudad, ya que las hubo, y en 1646 se estableció el protocolo y usos de esas regias funciones. Siempre se colocaba en el tramo que quedaba libre entre las rejas del presbiterio y del coro, ocupando la mayor parte de él, tanto en planta como en alzados.

Jeroglíficos, frecuentemente copiados de los grandes repertorios de emblemática, adornaban aquellos singulares monumentos de arquitectura efímera. Los profs. Azanza y Molins se han ocupado de todo lo relacionado con la ciudad de Pamplona en un amplio estudio<sup>23</sup>.

Sin embargo y por lo que respecta a arquitectura monumental serán las casas consistoriales las que tienen un momento de esplendor en el Siglo de las Luces. Se conservan un buen número pese a las destrucciones y modificaciones. La documentación nos habla de las grandes obras de cantería, albañilería, carpintería, yesería y cerrajería de muchas de ellas, lo que nos habla de la importancia que dieron aquellos hombres del siglo XVIII especialmente a la dignidad y magnificencia que debían tener estos edificios que representaban incluso emblemáticamente a la localidad.

<sup>15</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R., *San Francisco Javier en la memoria colectiva de Navarra. Fiesta, religiosidad e iconografía en los siglos XVII-XVIII*. Biblioteca Javeriana, num. 4. Pamplona, Fundación Diario de Navarra, 2004, pp. 59-71 y *La Inmaculada Concepción en Navarra*. *Op. cit.*, pp. 79 y ss.

<sup>16</sup> SOTO CABA, V., *Catafalcos reales del Barroco español. Un estudio de arquitectura efímera*. Madrid, UNED, 1991, pp. 29 y ss.

<sup>17</sup> *Ibid.*, pp. 238 y 239.

<sup>18</sup> ALTADILL, J., "Artistas exhumados". *Boletín de la Comisión de Monumentos de Navarra* (1925), p. 139.

<sup>19</sup> LÓPEZ DE CUÉLLAR, J., *Batallas y triunfos de la Serenísima Señora doña Mariana de Austria que el día 18 de julio celebraron los Tribunales Reales de Navarra*. Pamplona, Francisco Antonio de Neyra, 1696. Ejemplar existente en la biblioteca de las Agustinas Recoletas de Pamplona, a quienes agradecemos haberlo puesto a nuestra disposición.

<sup>20</sup> IDOATE, F., "Las fortificaciones de Pamplona a partir de la conquista de Navarra". *Príncipe de Viana* (1954), pp. 57-154.

<sup>21</sup> MOLINS MUGUETA, J. L., *La capilla de San Fermín en la iglesia de San Lorenzo de Pamplona*. Pamplona, Príncipe de Viana-Ayuntamiento, 1974, pp. 18, 93, 94 y 138.

<sup>22</sup> SOTO CABA, V., *Op. cit.*, p. 239.

<sup>23</sup> AZANZA LÓPEZ, J. y MOLINS MUGUETA, J. L., *Ceremonial funerario, arte efímero y emblemática. Las exequias reales del Regimiento pamplonés en la Edad Moderna*. Pamplona, Ayuntamiento, 2005 (En prensa).









Exterior del palacio episcopal de Pamplona.

De gran importancia fueron los encargos de algunos ayuntamientos navarros en aras a la construcción de singulares edificios o adecentamiento de sus calles y plazas. A la cabeza de todos ellos el de la capital que se vio inmersa en un proceso de reformas ilustradas, a imitación de lo que se había hecho antes en Madrid, que sería el referente para muchos aspectos. Su embellecimiento, con arbolados, nuevas puertas, farolas y sobre todo el nuevo alcantarillado y las nuevas fuentes a una con la traída de aguas desde Subiza, transformaron la apariencia del viejo núcleo medieval en una ciudad más acorde con las exigencias del Siglo de las Luces. Entre los responsables públicos de todas esas transformaciones no podemos dejar de citar al conde de Ricla, virrey entre 1765 y 1768. Para llevar a cabo todo ello se contó con ingenieros militares e importantes artistas, como el arquitecto Ventura Rodríguez, que trazó el famoso acueducto para la traída de aguas a la capital salvando el valle del río Elorz o el pintor Luis Paret y Alcázar, autor del hermoso conjunto de la capilla de San Juan del Ramo de Viana<sup>74</sup>, que diseñó media docena de fuentes, algunas de las cuales aún pueden verse en señalados parajes del entramado urbano de Pamplona.

En Pamplona también se levantó de nuevo su casa consistorial en 1753. En su construcción se dieron cita, por diversos motivos, los maestros pamploneses del momento, Fernando de Múzquiz, Juan Miguel Goyeneta, Manuel Olóriz, el tudelano José Marzal y Gil e incluso el ingeniero militar Jerónimo Marquelli y el presbítero-arquitecto José Zay Lorda. Del edificio barroco sólo se conserva en la actualidad la fachada y numerosos diseños publicados en el estudio de Molins<sup>75</sup>.

La monumental fachada fue contratada en principio con el cantero Juan Miguel Goyeneta según su propio proyecto, pero cuando se iban a comenzar las obras llegó a la ciudad don José Zay Lorda, pamplonés residente en Bilbao, pidiéndosele la confección de un nuevo diseño con "garbo, lucimiento y esplendor, por si gustase ala ciudad valerse de él a su tiempo". El clérigo hizo un doble proyecto, eligiéndose el que articulaba los cuerpos por columnas. Se encargó su

<sup>74</sup> LABEAGA MENDIOLA, J. C., *La obra de Luis Paret en Santa María de Viana*. Pamplona, Gobierno de Navarra, 1990.

<sup>75</sup> MOLINS MUGUETA, J. L., "Casa consistorial de Pamplona". *Casas Consistoriales de Navarra*. Pamplona, Gobierno de Navarra, 1988, pp. 71-131.

fábrica a Goyeneta que la debía concluir entre 1755 y 1758, pero todavía se introdujo un cambio en el remate al sustituirse el de Zay por otro de mayor rigor arquitectónico diseñado por el maestro de obras reales Juan Lorenzo Catalán. Del interesante proyecto de escalera, con tantos paralelismos con la del palacio del marqués de Huarte de Tudela, se hizo cargo José Marzal y Gil.

Entre las numerosas obras acometidas desde los cabildos municipales, especialmente en el siglo XVIII, aprovechando el auge económico, hay que mencionar edificios relacionados con la beneficencia y la salud pública, como los hospitales, otros relacionados con los servicios públicos como pósitos, carnicerías, alhóndigas, pesos, puentes y portales como los de Los Arcos u Olite. Los conjuntos mejor conservados, precisamente por su solidez, son algunos puentes diseñados y contruidos en piedra por importantes maestros de la tierra como Juan Antonio Jiménez, José Gil e Ibarra, Juan de Larrea o el cantero navarro avecindado en Zaragoza Félix Iriarte.

Ejemplos tan importantes y significativos como los Ayuntamientos de Viana, Lesaka, Baztán, Corella, Larraga, Murillo el Fruto, Estella, Bera y, por supuesto Pamplona, son buen ejemplo de ese esplendor. En ellos apreciamos las distintas tipologías, materiales, técnicas, influencias y artistas que hacen tan diversa a toda la arquitectura navarra del momento. Sus caracteres estilísticos son prácticamente los mismos que los de los palacios y grandes mansiones de las diferentes zonas de Navarra, desde los grandes bloques cerrados de ladrillo de la Ribera, hasta los magníficos ejemplares de piedra de los valles septentrionales. Un rasgo común suele ser la existencia de pórticos en la planta baja y a veces cuentan con torres en las esquinas, según un modelo palaciego muy difundido de la Ribera a la Montaña. Estos ayuntamientos son un amplio abanico de posibilidades en donde caben y se mezclan influencias, de La Rioja en Tierra Estella, de Aragón y del Valle del Ebro, en general en la Ribera, y de Gipuzkoa en Baztán y Cinco Villas. Los propios artistas que trabajan en las diferentes fábricas pertenecen a esas mismas regiones limítrofes.

En la Navarra del norte destacan los de Lesaka, Baztán y Bera. El primero, levantado a mediados del siglo XVII por el cantero Juan de Alzate con sillar grisáceo, es un bloque compacto con soportales, sendos cuerpos rematados por impostas y tejado a cuatro aguas sobre cornisamentos fuertemente moldurados. Sus vanos son rectos y las balconadas amplísimas. Es un buen ejemplo de arquitectura sobria y sencilla a la vez sin cabida para órdenes arquitectónicas o cajeamientos en muros y vanos.

El ayuntamiento de Baztán, levantado a partir de 1696, por el cantero de Elizondo Juan de Arozarena, supone un avance por su mayor empaque y barroquización y sigue modelos de palacios ya existentes en aquellas tierras como el palacio Jarola, mandado levantar por su poseedor don Miguel de Vergara<sup>26</sup>. El gran bloque se ve animado en este caso en su fachada principal por el rico enmarque del balcón-principal, flanqueado por pilastras y cornisa rematada por frontón partido entre pirámides, en cuyo centro campea el escudo del valle.

El ejemplo de Bera presenta una gran casa con evocaciones académicas, severa, pese a las pinturas de su fachada. Tiene tres alturas, la primera destinada a soportales y fue levantada en torno a 1772 según el proyecto de Francisco de Galardi, maestro de obras y "delineador" de Hernani.

<sup>26</sup> De este ilustre personaje enriquecido por el comercio con Indias y mencionado por Goyeneche en su famosa *Executoria*, podemos recordar que fue el mecenas de una de las primeras ediciones de la *Vida Interior*, o diario espiritual de Palaflores (Sevilla, 1691). En el prólogo al citado libro, dejó escritas palabras llenas de admiración al que fuera obispo de Puebla, señalando, entre otros extremos: "Guardó Navarra la vida de este generoso Príncipe quando los lienzos, que esperan a los niños para consuelo al nacer los convertia el honor en instrumentos del morir, y la que nunca supo empezar empresa heroica, sino para consumarla, debía reparar por sus hijos despues de su muerte...". A impulsos de su ilustre gratitud honró en vida su Excelencia a Navarra, con estremados favores, no menos en sus escritos, que con sus piadosos oficios y era justo, que a quien le libró la vida de la muerte tocasse despues de la muerte la integridad, certeza y seguridad de su Vida".



Los ayuntamientos de la Ribera y gran parte de la Zona Media, son grandes edificaciones de ladrillo y basamento de piedra. En sus interiores se suelen encontrar elegantes escaleras como en Corella o Murillo del Fruto. En Tierra de Estella y la Navarra Media destacan algunas fachadas realizadas en piedra en las décadas centrales del siglo XVIII tanto en ladrillo como en piedra o con la sabia combinación de ambos materiales. El mejor ejemplo es, sin lugar a dudas, el de Viana finalizado para 1668, según proyecto del arquitecto francés Santiago Raón. Presenta una hermosa fachada con elementos clásicos con piso inferior de soportales con arcadas de medio punto y planta noble con dinteles y balaustrada en el remate con gran blasón central y torres laterales de ladrillo que contrasta con la piedra utilizada en el resto del conjunto. La ausencia de decoración es casi total si exceptuamos las cartelas labradas sobre los dinteles, hecho que se ha atribuido a la formación del maestro en un barroco francés más racional y clásico que el hispano. Resulta evidente que Raón manejó los órdenes y proporciones sabiamente pero el repulgue decorativo está en total sintonía con la arquitectura de aquellas décadas en estas tierras.

### LAS CAPILLAS DE LOS SANTOS PATRONOS: REGIMIENTOS Y CABILDOS ECLESIASTICOS

En la órbita de los regimientos de Pamplona y Tudela hay que considerar obras de la categoría de las capillas de sus patronos San Fermín y Santa Ana, respectivamente. Por ostentar el patronato de ellas en ambos casos, su ejecución, así como la elección de artistas para llevarlas a cabo, estuvo muy presente en sus determinaciones.

Con la llegada del siglo de los Borbones se generaliza la construcción de capillas municipales que pregonan, en definitiva, las glorias de la ciudad. Ejemplos tan significativos como las capillas de San Fermín en San Lorenzo de Pamplona, estudiada por el profesor Molins<sup>27</sup>, San Andrés en San Pedro de la Rúa de Estella o Santa Ana de Tudela se levantaron en esta etapa de triunfo decorativo en Navarra.

Para la puesta en marcha de la de San Fermín llegaron a Pamplona un fraile dominico de Zaragoza, fray Juan de Alegría, el afamado Santiago Raón desde Calahorra y el arquitecto guipuzcoano Martín de Zaldúa desde el colegio de Loiola. Se dieron cita, por tanto, en este proyecto maestros de las tres regiones limítrofes con Navarra: Gipuzkoa, Zaragoza y La Rioja, las tres con un rico arte barroco, tras desechar otro plan anterior elaborado por el ingeniero militar Hércules Torelli y Juan Antonio San Juan. Las obras duraron desde 1696 hasta 1717. Como planta se adoptó el modelo muy barroquizante de cruz griega inscrita en un cuadrado con enorme cúpula en la intersección de espacios. Al exterior juegan los volúmenes de ambas figuras geométricas en alzado y destacan los pórticos pétreos así como los muros de ladrillo rojizo salpicados de azulejos con el emblema heráldico de la capital del reino. El interior actual, fruto de la remodelación neoclásica, no tiene nada que ver con el que mostraba en el siglo XVIII, descrito por algunos viajeros y documentos como las frases lapidarias de don Antonio Ponz que al visitar la capilla y desde su gusto academicista y neoclásico escribió: "Tocante a otras iglesias, siento haber visto en la parroquial de San Lorenzo el Monstruoso ornato de la capilla de San Fermín".

Cuando escribía esto don Antonio Ponz para su obra publicada en 1785, todavía no se había acometido la reforma neoclásica (1800-1805) de Ochandátegui, que privó a sus muros y cubierto del espléndido programa de yeserías, obra de José de San Juan y Martín y, por tanto de taller tudelano.

<sup>27</sup> MOLINS MUGUETA, J.L., *La capilla*... Op. cit.



Sacristía de los canónigos de la catedral de Pamplona

El Regimiento de Pamplona estuvo presente en cuantas obras significativas se hicieron para la capilla, la peana del santo, los frontales de plata y el propio trono del patrono. Del texto del condicionado de 1714 para realizar este último se desprende que el proyecto fue de inspiración madrileña<sup>28</sup>, pudiéndose adivinar entre aquellos maestros de la Villa y Corte a José Benito Churriguera, que por entonces se ocupaba de importantes proyectos, y Teodoro de Ardemans, autor de notables túmulos en aquella época. Ambos artistas conocían la tipología del retablo-baldaquino ensayada en numerosas ocasiones en Madrid<sup>29</sup>.

De la capilla de Santa Ana de Tudela se conocen algunos pormenores de su fábrica pero la documentación todavía guarda secreto sobre dos pro-

<sup>28</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R. *El retablo barroco en Navarra*. Pamplona, Gobierno de Navarra, 2003, pp. 347-348

<sup>29</sup> BONET CORREA, A. "El túmulo de Herrera Barnuevo y los retablos-baldaquinos del Barroco español". *Archivo Español de Arte* (1961), pp. 285 y ss





Exterior de la parroquia de Villafranca

blemas básicos, los autores de sus trazas y de sus yaserías. Este ejemplo de capilla municipal constituye un importantísimo conjunto que rebasa propiamente el panorama regional; fue levantada entre 1713 y 1724 y sufragada con ingresos municipales, donativos de hijos ilustres de la ciudad, como don Juan de Mur, gobernador de Canarias o la marquesa de San Adrián. Al igual que la capilla de San Fermín, en su momento, el exuberante ornato que se despliega en sus muros y cubiertas volvió a escandalizar, como no podía ser menos, a un hombre del siglo de la Razón, defensor del neoclasicismo, don Antonio Ponz, que habla de ella como obra "de lo más rematado que puede darse, sin orden ni concierto". Por el lado contrario no faltaron verdaderos enamorados de la concepción artística del conjunto, según podemos comprobar en obras impresas y manuscritas del siglo XVIII en donde se pondera a la capilla como orgullo emblemático de la capital de la Ribera. Sirvan como ejemplo algunos párrafos de la obra de fray Martín Salgado, autor de una Relación que recoge la estancia en Tudela de la reina viuda de Carlos II doña María Ana de Neoburgo en 1738. Según este autor cuando la reina se acercó a la capilla de Santa Ana, tuvo la oportunidad de admirar "Los primores del arte, que apuraron en la fábrica de la capilla, las líneas de Vitrubio, los compases de Viñola y las proporciones de Arfe. Es la Concha que reserva a la Señora Santa Ana... En lo que es cantería, no ay dovela, cimbra, yncumbra o cerchón que no sea el ya no más del arte de la Arquitectura civil. Y todo lo que es imágenes, valconcillos volantes y florones symetricos, están tan cubierto de oro, que ve resaltar el oro hasta el Cubierto".

La capilla de Santa Ana se concibe como un organismo centralizado cubierto por una monumental cúpula sobre tambor cuyas pechinas descansan en gigantescos machones escorizados; esquema que se ha puesto en relación con los sagrarios del barroco andaluz y que guarda analogías con algunas capillas aragonesas del mismo periodo. Esas estructuras clásicas se barroquizan por una iluminación teatral y sobre todo por una fastuosa decoración de yeserías polícromas en la que conviven flores, guirnaldas, florones, niños, angelotes, cortinajes y un amplio programa iconográfico encaminado a ensalzar a Santa Ana y a la Virgen, desde los machones y pechinas con los Santos Padres y los Evangelistas como verdadero soporte y fundamento de la iglesia, hasta los parientes cercanos de la Virgen y los Reyes de Judá, miembros de la genealogía de Cristo.

Conocemos varios nombres de artistas tudelanos y aragoneses que trabajaron en este conjunto, como Juan de Lezcano, Juan Antonio Marzal, Juan de Estanga, autores del pedestal de piedra, mármol y jaspé y de la albañilería, pero todavía no está claro quién realizó las trazas que se enmarcaron para guardar en el Regimiento ni la rica decoración escultórica en yeso. Podríamos pensar en el carmelita fray Bernardo de San José que emitió un informe sobre la estabilidad de la torre en 1713, al iniciarse las obras de la capilla, o en José Ezquerro, uno de los mejores arquitectos de la Tudela de aquellos momentos que había trabajado en señeros conjuntos de Viana y Pamplona. Respecto a las yeserías, creemos que el autor se puede identificar con el taller de Juan de Peralta, uno de los más afamados escultores y retablistas de las primeras décadas del siglo XVIII en la capital de la Ribera, entre cuyas obras se encuentran las imágenes de los retablos de Recoletas de Pamplona o el retablo de Entrena, éste en colaboración con otros maestros.

Otra capilla sin rango de patronato municipal, aunque con gran devoción por parte de los pamploneses, es la de la Virgen del Camino, erigida en la parroquia de San Saturnino, a partir de 1757 e inaugurada con todo su ornato en 1776. Los arquitectos llamados para proyectar la capilla fueron una vez más maestros de la Ribera: José Marzal de Tudela y Juan Gómez Gil de Corella; Gipuzkoa: Francisco Ibero, y por supuesto, Pamplona: Juan Lorenzo Catalán y Juan Antonio San Juan, capitán de ingenieros de su majestad siciliana y natural de la ciudad. Los que ejecutaron el plan fueron Juan Miguel Goyeneta y Fernando Díaz de Jáuregui y en su financiación se aúnan la Obrería o junta de fábrica parroquial, limosnas de indianos y particulares, donativos de gremios, cofradías y cabildos así como algunas rifas y corridas de toros a beneficio de la fábrica de la capilla.

En planta es un organismo centralizado, una cruz griega inscrita en un cuadrado más un tramo de comunicación y camarín tras el testero. Como cubiertas se utilizan cúpulas, cuatro pequeñas en las capillas rinconeras y la mayor sobre tambor en el centro. Las bóvedas con molduras geométricas en yeso son de medio cañón con lunetos y se sitúan en los brazos de la cruz y tramo de unión al templo. Decorativamente resulta bastante discreta, por haberse eliminado detalles ornamentales de los proyectos y suprimido otros a fines de la centuria.

El esquema general de esta capilla debió gustar en los ambientes artísticos de la Pamplona de aquellos momentos, como lo prueba un proyecto fechado entre 1759-1760 para una nueva capilla de San Fermín, obra posible de Martín de Lasorda, encargado junto a Juan Lorenzo Catalán y Simón de Larrondo para diseñar aquella obra que quedaría sin realizar. El citado proyecto es prácticamente similar a la planta de la capilla de la Virgen del Camino con mí-



#### Retablo mayor de Cárcar

nimas diferencias como la adición de un tramo más a los pies. El alzado, original también conservado, presenta asimismo connotaciones y semejanzas con el de la Virgen del Camino. Otro de los proyectos, el de Catalán, presenta una cruz griega con un brazo ligeramente prolongado y pequeñas cúpulas, mientras el crucero trilobulado con casquetes presenta concomitancias con la misma zona del santuario de San Gregorio Ostiense.

En la financiación de esta capilla de la Virgen del Camino, se dieron cita numerosos medios: rifas de joyas de la Virgen, corridas de toros y limosnas cuantiosas de otros tantos próceres, con el propio obispo a la cabeza. En el Archivo Parroquial de San Cernin se conservan un importante número de cartas dirigidas a otros tantos indianos residentes en los virreinos, a agentes en Cádiz o el Puerto de Santa María y a residentes en Madrid<sup>30</sup>. Por ser un material totalmente inédito, recogeremos algunos aspectos acerca de ellas. En primer lugar, llaman la atención los listados tan completos, en tiempos que se nos antojan de poca información, pese a que las noticias llegaban y se difundían, aunque, naturalmente, a otros ritmos que los de hoy. Entre los nombres a los que se dirigió petición figuran, entre otros, el futuro virrey don Sebastián de Eslava, entonces secretario de Despacho de Guerra, don Isidoro Gil de Jaz, don José Ignacio y don Pedro Fermín Goyeneche, don Felipe Iriarte, o don Martín de Jaso.

Muchos de los donantes, tras enviar su donativo, recibían estampas de la Virgen del Camino. Por ejemplo, don Juan Miguel de Olaga, escribía en septiembre de 1757 desde Mazapil: "Recibí las láminas de tafetán y papel, las que estimo sobremanera y agradezco a Vuestras Mercedes este favor". Años más tarde, al recibir los dos tiores enviados por don Felipe Iriarte se acordó asimismo, enviarle "media docena de estampas, por no hallar otro medio, quedando la principal afianzada en esta Soberana Reina". La mayor parte de los llamados a colaborar lo hicieron, si bien algunos se excusaron por no tener circunstancias favorables. Así don Roque Aguado escribía en otoño de 1758 que estaba muy empeñado en sus obras de su ciudad natal de Corella y don Joaquín Martín de Jaso se disculpaba de su corta limosna por los contratiempos en sus negocios.

#### LA IGLESIA: OBISPOS, ALTOS DIGNATARIOS, PARROQUIAS, CONVENTOS Y SANTUARIOS

La heterogeneidad del estamento eclesiástico hace que tengamos que distinguir entre sus élites y las propias parroquias de villas y zonas rurales. En cuanto a la gramática formal, a lo largo de las primeras décadas del siglo XVIII asistimos a la continuidad de lo ya iniciado a fines de la centuria anterior con una verdadera profusión decorativa. El ornato en esos momentos invadirá muros, portadas y cubiertas, primando claramente sobre lo propiamente estructural. No faltan, sin embargo, en sus décadas centrales del setecientos algunos ejemplos de un arte barroco de corte más internacional, relacionado con el arte constructivo de otros países como Francia e Italia que aportan soluciones más de acuerdo con el espíritu de los tiempos que se estaban viviendo. Son edificios de planes centralizados o en otros casos borrominescos que rompen con la monotonía de las plantas de cruz latina con la gran cúpula en el crucero. Ejemplos de esta corriente renovadora son la ermita del Patrocinio de Milagro (1699-1703), la iglesia del colegio de la Compañía de María de Tudela (1732-42), el crucero y cabecera de la basilica de San Gregorio Ostiense de

Sorlada (1758- 1765) así como algún proyecto irrealizado fechado en torno a 1760 y destinado para una nueva Capilla del Patrón San Fermín.

<sup>30</sup> Archivo Parroquial de San Saturnino de Pamplona. Leg. núm 509. Cartas, copias y originales en que la Obrería pide limosnas a personas que viven fuera de Pamplona.







Retablo mayor de las Comendadoras de Puente la Reina.

La transición hacia las fórmulas académicas y al neoclasicismo, en pleno rococó, ya en el último tercio del siglo tiene un buen ejemplo en la actual iglesia de los agustinos de Marcilla, antes de cistercienses, levantada a partir de 1773 con planos del aragonés fray Benito Plano y la asistencia del lego Ignacio Asensio<sup>31</sup>.

El proyecto episcopal más destacado fue el palacio para residencia de los obispos, erigido entre 1734 y 1740 entre los pontificados de don Melchor Ángel Gutiérrez y don Francisco Ignacio Añoa y Busto. En él trabajaron un sinnúmero de artífices, entre los que destaca el cantero Miguel de Barreneche, siempre bajo la supervisión del veedor de obras del obispado. Es un edificio, ante todo funcional para las viviendas del prelado y sede del tribunal eclesiástico. Sus fachadas de ladrillo y piedra salpicadas de regulares vanos se enriquecen con sendas portadas de piedra que siguen modelos del mejor maestro de la Pamplona del momento, Juan Miguel Goyeneta.

Respecto a otros obispos de Pamplona, apenas si se distinguieron, mientras ciñeron la mitra de San Fermín, por su labor en la promoción de las artes, si bien dejaron testimonio de ello en sus lugares de nacimiento o en otras sedes que ocuparon al ser promovidos desde la capital navarra. Uno de los que más trato tuvo con artistas fue el calagurritano don Gaspar de Miranda y Argáiz que protegió a su paisano Camporredondo, llegando a recomendarlo a ciertos patronatos locales como Los Arcos y Lerín. Don Gaspar costeó algunas obras de plata en la catedral y el retablo del oratorio del palacio episcopal como especiales donativos<sup>32</sup>. Otros prelados como Añoa y Busto hicieron regalos muy notables a la titular de la catedral, la Virgen del Sagrario.

Por lo que respecta al alto clero, obispos y dignidades catedralicias o abades de los grandes monasterios, podemos hacer extensivo lo que ocurrió en el caso de la nobleza. Piénsese que la mayor parte de aquellas dignidades eclesiásticas procedían de los segundones de las casas nobles y se comportaban del mismo modo. A la cabeza de todos ellos se encuentran los obispos que salieron de tierras navarras para regir otra diócesis y favorecieron a los lugares en donde habían nacido con fundaciones diversas y obras de arte.

En la catedral de Pamplona, algunos priores y arcedianos, con rentas más pingües se hicieron cargo de retablos y otras piezas de exorno litúrgico. Entre ellos podemos destacar a don León de Garro, descendiente de San Francisco Javier, que dejó caudales para realizar el retablo de Santa Bárbara y al baztanés don Andrés de Apestegui, arcediano de la Tabla y futuro prior, que costeó el retablo de San Fermín en 1713.

Mayor entidad tuvieron los arcedianos Beltrán de Gayarre y don Pedro Fermín de Jáuregui. El primero de ellos fue arcediano de la Cámara y se granjeó fama por sus dádivas de reliquias tanto a la catedral como a la parroquia de Garde, su localidad natal. Permaneció algunos años en la Ciudad Eterna donde tuvo la posibilidad de admirar las grandes obras del Renacimiento y del Barroco, muchas de ellas levantadas bajo el mecenazgo de otros altos eclesiásticos y príncipes de la iglesia. En su viaje encargó las medallas y grabados de la Virgen del Sagrario, estos últimos obra de Carlos Grandi. Su estancia en Roma le animaría a comportarse como un auténtico patrocinador de obras de arte, a lo que cooperaron sin duda sus saneadas rentas del arcedianato de la Cámara. Además de la sacristía de los beneficiados

<sup>31</sup> ECHEVERRÍA GOÑI, P., y FERNÁNDEZ GRACIA, R., "La arquitectura religiosa de los siglos XVI al XVIII en Navarra" *Ibaia eta Haranak. Guía del Patrimonio artístico y paisajístico*. Navarra. Vol. VIII. San Sebastián, Etor, 1991. pp. 175 y ss.

<sup>32</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R., "El mecenazgo artístico de don Gaspar de Miranda y Argáiz". *De la iglesia y de Navarra. Estudios en honor del prof. Goñi Gaztambide Scripta Theologica* (1984). pp. 633-641.







de la catedral (1744-1747) también costeó, entre otros proyectos, el órgano de la catedral, en 1741, y el retablo de San Bonifacio de la parroquia de Garde<sup>35</sup>. El otro arcediano de la Cámara que costeó toda la reforma de la sacristía mayor, con ornato rococó y pinturas sobre lienzo, fue el baztanés don Pedro Fermín de Jáuregui, natural de la casa Jaureguía de Oharritz, barrio de Lekároz y hermano del que llegaría a ser virrey de Perú don Agustín de Jáuregui. Los diseños del adornista y escultor Silvestre Soria, natural de Madrid y educado en Madrid en el Palacio Real, las pinturas de Pedro Antonio de Rada, datadas en 1762, junto a tallas, relojes, cornucopias y lámparas de cristal constituyen, sin duda, el mejor conjunto de este arte refinado y de Corte en Navarra<sup>36</sup>.

El prior don Fermín de Lubián costeó el busto de plata de San Francisco Javier en 1759, obra del platero pamplonés José Yábar<sup>37</sup>. Otros proyectos dentro de la seo se realizaron con fondos y por iniciativa del cabildo. Bajo el priorato de Lubián se hicieron realidad la sala capítular (1727), las capillas de la sacristía, la grandiosa biblioteca (1760-1768) y los proyectos de una fachada nueva para el templo (1766) y del trascoro, obras ambas que tardarían algún tiempo en realizarse. El diseño de este último, firmado por Silvestre de Soria, se conserva en el archivo catedralicio.

Algunos canónigos navarros que ocuparon pingües dignidades en catedrales o que ostentaban beneficios en algunas parroquias ayudaron a costear obras imponiendo a artistas concretos. Así ocurrió con don Juan Miguel Mortela, nacido en Badostáin en 1687, que se va perfilando como una figura capital en el desarrollo de todas las obras artísticas realizadas en la catedral de Calahorra entre 1730 y 1770<sup>38</sup>.

De su espléndida colección de pintura, enriquecida con cuadros que él mismo adquirió y otros que le cedió el cabildo calagurritano, como premio a sus desvelos en las obras catedralicias, nos da cuenta Gutiérrez Pastor<sup>39</sup>, figurando en ella obras de Escalante, Rafael, Ribera, Cotto, Marratta, Murillo y Palomino. De su múltiple labor como promotor, supervisor o como mecenas en la seo calagurritana ha tratado Ana Jesús Mateos<sup>40</sup>. La documentación que nos ha quedado de obras como el retablo de la Inmaculada, el retablo de los Mártires o el trascoro y de cuantos intervinieron en aquellos proyectos, resulta, cuando menos, sorprendente, por la cantidad de datos que nos proporciona. Por lo que respecta a la parroquial de Falces, de la que era abad, reedificada en su tiempo, no se han hecho estudios que nos hablen de su labor, aunque sí sabemos que su intervención en la adjudicación de los retablos colaterales a Juan Tornes fue decisiva<sup>41</sup>.

Es muy posible que la decoración que llevó a cabo en la sacristía de Falces el aragonés Francisco del Plano, en 1738, a lo largo de ciento trece días, se debiese a la indicación del propio Mortela, teniendo en cuenta que el citado pintor acababa de realizar el programa decorativo al templo de la sacristía de la catedral de Calahorra, bajo su estricta vigilancia<sup>42</sup>.

En cuanto a Lumbier, no sabemos qué es lo que pudo costear en la parroquial, quizás intervino en la construcción del nuevo retablo mayor, obra realizada en torno a 1716, atribuible al escultor Pedro Onofre de Coll<sup>43</sup>. La fecha resulta un tanto temprana, pues Mortela no contaría con muchas rentas, ya que no alcanzó la canonjía hasta 1724 y aún era joven, contando sólo

<sup>35</sup> *Ibid.*, "El Barroco". *La catedral de Pamplona*. Vol. II. Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1994, pp. 37-38.

<sup>36</sup> GARCÍA GAINZA, M.C., "La sacristía mayor de la catedral de Pamplona: mecenas y artistas". *Príncipe de Viana* (1999), pp. 386-388.

<sup>37</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R., "San Francisco Javier en la catedral de Pamplona". *Diario de Navarra*, 30 de noviembre de 2002, p. 42.

<sup>38</sup> GUTIÉRREZ PASTOR, I., "Don Juan Miguel Mortela y el origen de la Inmaculada de Escalante en las MM. Benedictinas de Lumbier". *Actas del I Congreso General de Historia de Navarra*. *Príncipe de Viana* (1988), anejo 11, pp. 229-234 y MATEOS GIL, A.J., "La influencia artística de Juan Miguel Mortela en la catedral de Calahorra". *Kalakorikos* (1996), pp. 69-81.

<sup>39</sup> GUTIÉRREZ PASTOR, I., "Don Juan Miguel Mortela...", *Op.cit.*, p. 234.

<sup>40</sup> MATEOS GIL, A.J., "La influencia artística de Juan Miguel Mortela...", *Op.cit.*, pp. 69-81.

<sup>41</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R., "Algunas obras de Juan Tornes, escultor de Jaca en Navarra". *Homenaje a Federico Balaguer*. Huesca, 1987, pp. 371-389 y *El retablo barroco...*, *Op.cit.*, pp. 443-445.

<sup>42</sup> GUTIÉRREZ PASTOR, I., "La actividad de Francisco del Plano en La Rioja". *El Arte Barroco en Aragón. Actas del III Coloquio de Arte Aragonés*. Huesca, 1983, pp. 347-375.

<sup>43</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R., *El retablo barroco...*, *Op.cit.*, p. 97.



Órgano de la parroquia de Sesma

con veintinueve años, pues había nacido en 1687. En cualquier caso, lo que sí costó para el mayorazgo que fundó en la villa navarra de Lumbier, fue la nueva casa, denominada como casa Antillón<sup>42</sup>, uno de los edificios más interesantes de la localidad, cuyas cuentas de construcción en el tercer cuarto del siglo XVIII, se han conservado completas<sup>43</sup>.

La mayor parte de su colección de pinturas fue a parar, tras su muerte a Lumbier. A aquel conjunto se refería así, poco antes de morir: "Yten declaro que como he sido muy aficionado a la pintura, he llegado a juntar una colección bastante numerosa de cuadros originales de autores antiguos y modernos, los más sobresalientes y de primera nota, y como estas alhajas hacen honor a las casas, es mi voluntad que queden vinculadas a la fundación de este mayorazgo"<sup>44</sup>. Una de aquellas obras es precisamente el lienzo de la Inmaculada Concepción, firmado por Escalante en 1666, perteneciente a las benedictinas de Lumbier, hoy en Alzuza<sup>45</sup>.

<sup>42</sup> GARCÍA GAINZA, M.C. y otros, *Catálogo Monumental de Navarra. Merindad de Sangüesa*. Vol. IV\*\*. Pamplona, Principado de Viana, 1992, p. 179.

<sup>43</sup> Archivo General de Navarra. Archivos Particulares. Casa Antillón. Leg. 6.

<sup>44</sup> GUTIÉRREZ PASTOR, I., "Don Juan Miguel Mortela y el origen..." *Op. cit.*, p. 234.

<sup>45</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R., *La Inmaculada Concepción en Navarra*. *Op. cit.*, pp. 299-308.





Fachada de las Clarisas de Arizkun

Las colegiatas de Roncesvalles y Tudela se vieron engrandecidas con proyectos artísticos, sufragados por sus cabildos, canónigos y priores. En la primera destacaron las dádivas de sus priores, siempre grandes prohombres del gobierno de la Iglesia y del Estado y poseedores de destacadas colecciones de obras de arte, singularmente de pintura, como la que poseyó don Francisco Marín de Rodezno<sup>46</sup>. A la promoción de las artes en la entonces colegiata de la capital de la Ribera, hemos dedicado sendos trabajos<sup>47</sup>. Sus deanes, dignidades, cofradías, nobles y diversos particulares asumieron, como en otros templos, la barroquización de la catedral. Capillas repletas de decoración en las que el principio de unidad y fusión de las artes es una realidad, cancelos, o conjuntos pictóricos como el de la sala capitular debido a Vicente Berdusán, bajo la tutela de don Basilio Camargo y Castejón, son una buena muestra de ello.

Las parroquias completaron, en gran parte, sus fábricas con atrios, torres-campanarios<sup>48</sup>, imponentes sacristías –Lerín (1709), Viana (1711), Fitero (1725-30), Arróniz (1728- 1733), Villafranca (1730), Ochagavía (1732), capellanes de la catedral de Pamplona (1744), Cáseda (1764) y San Cernin de Pamplona, entre otras–<sup>49</sup> y otras dependencias. Algunas se reconstruyeron de nuevo como la de Villafranca o la capilla parroquial del Espíritu Santo en la colegiata de Tudela. No faltaron algunas parroquias que levantaron o remozaron sus fábricas completas a *fundamentis*, con nuevos criterios estéticos y escenográficos, como las de Villa-

<sup>46</sup> ECHEVERRÍA GOÑI, PL. y FERNÁNDEZ GRACIA, R., "Un importante legado artístico realizado en 1675 en favor de la ciudad de Najera" Cuadernos de Investigación. Historia (1984), pp. 149-157.

<sup>47</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R., "El patronazgo de las artes en la Colegiata de Tudela durante los siglos del Barroco". *El patrimonio histórico y medioambiental de Tudela: una perspectiva interdisciplinar*, Tudela. Ayuntamiento y Universidad de Verano SEK, 2001, pp. 119-132 y "Patronos, proyectos y artistas durante los siglos del Barroco". *La catedral de Tudela*. Pamplona, Gobierno de Navarra (En prensa).

<sup>48</sup> AZANZA LÓPEZ, J. J., "Tipología de las torres campanario barrocas en Navarra" Príncipe de Viana (1998), pp. 333-390.

<sup>49</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R., "La sacristía de la catedral de Pamplona. Uso y función. Los ornamentos" Príncipe de Viana (1999), p. 352.

franca, Corella o Los Arcos<sup>50</sup>. En lo que un gran número de parroquias coincidieron fue en su barroquización interior (San Miguel de Corella o Santa María de Los Arcos), con la construcción de imponentes retablos mayores y colaterales, destacando focos expansivos como el de la ciudad de Tudela que se mostró receptor y creador a la vez, con la presencia de destacadas familias de maestros que salieron de su propia área de influencia, para llegar a otros lugares del Reino, así como a Aragón y La Rioja<sup>51</sup>.

Los retablos tenían como finalidad primordial adornar y contribuir a la perfección, lucimiento y hermosura del templo y capilla que lo acoge, puesto que es el objeto que, en el interior del mismo, cumple mejor este cometido. Su función se estimaba en servir para adorar a Dios, así como procurar poner en contacto al fiel con el mundo celestial a través de la veneración de las sagradas imágenes. Tapié afirma que "los retablos respondían a una religión de ostentación que quería dar a sus ritos la mayor solemnidad y brillo posibles, y que se complacía en erigir un arco triunfal encima de cada altar"<sup>52</sup>. Orozco Díaz ha señalado la progresiva teatralización del templo desde el siglo XVII al XVIII en su aspecto psicosociológico, desencadenado como consecuencia de la normativa tridentina y analizado como fenómeno concomitante a la teatralización de la vida. La iglesia, con los púlpitos, que suponen un "desbordamiento de la escena", tribunas, órganos y retablos, se asemejaba a un teatro<sup>53</sup>. El mismo autor resalta que el templo "se concibe con sentido paralelo a la escena por cumplir, a lo divino, la función social que en lo mundano realiza el retablo", haciendo patente la correspondencia entre los artificios retóricos de la oratoria y las formas grandilocuentes de los retablos que procuraban concentrar la atención del creyente y estimular los sentidos, trasladándolo de lo material a lo espiritual. Rodríguez G. de Ceballos insiste en que el retablo mayor de la iglesia servía maravillosamente para la función de aprender, oyendo el sermón y contemplando las iconografías, puesto que el predicador casi podía ir señalando con el dedo desde el púlpito las escenas de pintura o relieve para apoyar sus palabras, "a la manera del coplero ciego señalaba con una varita en la calle los dibujos desplegados ante los espectadores que escuchaban embohadados su relato"<sup>54</sup>.

El retablo, por tanto, no fue un objeto más en el templo destinado únicamente a infundir mayor veneración, sino que tuvo su proyección y vida en el interior del espacio sagrado. A juicio de Sánchez Mesa<sup>55</sup>, posiblemente ningún otro elemento asumió el carácter desbordante que patentizó el retablo, puesto que el barroco destinado a exaltar sensorialmente encontrará en este género retablístico un excelente medio para sus fines por contar con formas, ornamento, artificiosidad, luces, fantasía, riqueza, colorido y, por supuesto, sagradas imágenes. El retablo, arropado en el rico ceremonial litúrgico y la polifonía, se convertía en un espectáculo para todos los sentidos, logrando provocar sensorialmente al individuo, conmoviéndole y enervándole y, a través de todo ello, marcaba conductas a través de los sentidos, mucho más vulnerables que el intelecto.

Teniendo en cuenta todas esas consideraciones, es fácil concluir el grado de emulación y competencia entre los diferentes templos y sus patronos por tener su ajuar a la moda, teniendo en cuenta el alto significado que adquirían aquellas piezas, junto a la música de los órganos, en la liturgia destinada a cautivar más por los sentidos que por el intelecto. Son muchos los patronatos locales que se sintieron motivados por lo que hacía la localidad más importante del entorno, a la hora de mandar hacer sus retablos. Como ejemplo, nos sirve lo ocurrido en 1700,

<sup>50</sup> AZANZA LÓPEZ, J. J., *Arquitectura Religiosa Barroca en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1996.

<sup>51</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R., *El retablo barroco en Navarra*, Op. cit.

<sup>52</sup> TAPIÉ, V., *Barroco y Clasicismo*, Madrid, Cátedra, 1978, p. 220.

<sup>53</sup> OROZCO DÍAZ, E., *El teatro y la teatralidad del Barroco*, Barcelona, 1969, pp. 123 y 55.

<sup>54</sup> RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, A., "La literatura ascética y la retórica cristiana en el arte de la Edad Moderna: el tema de la Soledad de la Virgen en la plástica española", *Lecturas de Historia del Arte*, Ephialte (1990), p. 81.

<sup>55</sup> SÁNCHEZ MESA MARTÍN, D., "El retablo como máquina y espectáculo: tres ejemplos granadinos", *El Barroco en Andalucía*, Vol. III, Córdoba, 1986, pp. 167 y ss.





Iglesia de la Compañía de  
María de Tudela

cuando los patronos de la parroquia de Falces, como “únicos patronos y legítimos distribuidores de las rentas primicias de la dicha iglesia” acordaron con el mejor artista del Reino, Francisco Gurrea, la realización del “retablo y altar mayor para la dicha parroquia según y en la forma que lo demuestra la planta y diseño que a presentado a sus mercedes y la misma por la cual se hizo y ejecutó el retablo principal de la iglesia parroquia de la villa de Caparros por haber parecido ser conveniente”<sup>46</sup>.

Obras señeras en los diferentes momentos del Siglo de las Luces se conservan en Navarra, pertenecientes a los diferentes gustos de la centuria, desde las abigarradas estructuras de los retablos tudelanos del primer tercio del siglo, como el retablo de Cárcar, obra de José de San Juan y Martín o los colaterales de Los Arcos, realizados por Juan Ángel Nagusia; hasta las escenografías de tipo rococó y retablos de cascarón, como los ejemplos de la basílica de San Gregorio Ostiense del navarro formado en la Corte Silvestre de Soria, Comendadoras de Puente la Reina, obra de Francisco Pejón, el mayor de la parroquia de Lesaka, ejecutado bajo la dirección del guipuzcoano Tomás de Jáuregui o los de Peralta, obra del aragonés José Ramírez y el de Lerín, del riojano Diego de Camporedondo.

Los medios para costear aquellas obras fueron de diversa índole: fondos parroquiales procedentes del cobro de diezmos y otros impuestos, limosnas y cuestaciones. Incluso, algunos ayuntamientos destinaron algunos de sus arbitrios y contribuciones anuales para que se pudiesen realizar algunos retablos. En Puente la Reina contaron con fondos del expediente del arriendo del aguardiente para poder pagar el retablo mayor de la parroquia de Santiago en la segunda mitad del siglo XVII. En

<sup>46</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R.,  
*El retablo barroco en Navarra*.  
Op. cit., pp. 254-255.

Valtierra los 460 ducados que importó el retablo del santuario de la Virgen de la Esperanza, contratado con Pedro Viñes en 1685, se recogieron entre las limosnas de los devotos y las cantidades que proporcionaba uno de los arbitrios municipales, la arrendación de la caza del soto alto de la villa durante el periodo de diez años, dato que nos habla por sí solo de los variados modelos de financiación de las obras artísticas en aquellos tiempos<sup>37</sup>.

Por lo que respecta a la escultura de bulto redondo, conocemos los nombres de maestros de la tierra y de otras procedencias como Castilla, la Corte y La Rioja que vinieron requeridos por los retablistas de los distintos talleres. Será en la etapa rococó, a mediados del siglo XVIII, cuando encontramos notables conjuntos de plástica, generalmente de maestros establecidos en la Corte. La presencia en Madrid de otros tantos navarros facilitó en muchos casos la llegada de estas preciadas esculturas. Los nuevos gustos contagiaron a los escasos escultores que residieron en Navarra en aquellos momentos, en algunos casos por haber residido en Madrid siguiendo las enseñanzas de la Real Academia de San Fernando. Así le aconteció a Lucas de Mena, que se matriculó en aquella institución en 1762 cuando contaba con veinticinco años de edad y realizó importantes esculturas de porte elegante y dinámico, dentro del más característico estilo del momento, entre las que destacan las del retablo mayor de la parroquia de Luquin, las de los colaterales de la parroquia de San Juan de Estrella o las del mayor de Morentin<sup>38</sup>.

En la capital navarra residieron durante el segundo cuarto del siglo XVIII varios miembros de una familia de escultores procedentes de Cantabria, los Ontañón. A Juan Antonio y Manuel Martín Ontañón se deben los bultos del retablo mayor de Etxarri-Aranatz en 1752, las pechinas de la capilla de la Virgen del Camino, algunas esculturas del retablo mayor de Santesteban, un San José para la catedral de Pamplona y la sillería de la parroquia de Ujué, entre otras obras. Éstas se caracterizarán en un primer momento por cierto expresivismo, para pasar a depender de modelos cortesanos en una etapa posterior.

Si dejamos a los maestros locales, los grandes conjuntos de escultura los hemos de buscar en aquellos que salieron de talleres de maestros de otras regiones. De mayor a menor importancia, habría que considerar en primer lugar el abundante capítulo de escultura cortesana con obras de Roberto Michel, Fernando el Cid, Olivieri o Juan Pascual de Mena; el segundo lugar lo ocupan los escultores aragoneses con José Ramírez y otros escultores, al que seguirían los maestros guipuzcoanos –Juan Bautista de Mendizábal– y unos pequeños apéndices de otras esculturas importadas desde Nápoles o Indias. Uno de los primeros envíos corresponde a la magnífica escultura de la Virgen del Rosario de Irurita, tallada por el italiano Juan Domingo Olivieri a expensas de la familia Goyeneche de aquella localidad en 1749, en un estilo que recuerda a los modelos de época manierista, tal y como ha estudiado García Gáinza<sup>39</sup>.



Doña María Ignacia de Azlor y Echeverz, Coahuila, México, 1715-Ciudad de México, México, 1767, c. 1737, óleo sobre lienzo, 199 x 139 cm. Colección Museo Soumaya (Fotografía Javier Hinojosa).

<sup>37</sup> *Ibid.*, p. 34.

<sup>38</sup> *Ibid.*, pp. 115 y ss.

<sup>39</sup> GARCÍA GÁINZA, M. C., "Virgen del Rosario, firmada por Olivieri", *Archivo Español de Arte* (1986), pp. 324-329.



Pórtico de la basílica de San Gregorio Ostiense

La escultura cortesana conforma un rico conjunto con las obras de Luis Salvador Carmona, localizadas en Lesaka, Sesma, Azpilkueta y otras localidades, estudiadas por García Gaínza en su monografía sobre el tema<sup>60</sup>. La presencia de estas obras se ha de vincular con la estancia de distinguidos navarros en la Corte, generalmente miembros de la Real Congregación de San Fermín de los Navarros<sup>61</sup>, lo que explica la llegada de algunos bultos por vía de regalo para ser veneradas en las iglesias en donde fueron bautizados los generosos donantes. Sus imágenes firmadas de Lesaka y Azpilkueta son un inmejorable ejemplo de su virtuosismo y de su arte realista y barroco en donde se dan cita lo culto y lo popular. Al maestro del barroco cortesano, Roberto Michel, se deben las imágenes de los retablos de la basílica de San Gregorio Ostiense, que llegaron en 1768, tras uno de los viajes de la Santa Cabeza por gran parte de España con el beneplácito del mismo rey Fernando VI, el sepulcro del conde de Gajes y muy posiblemente los Niños Jesús de la sacristía de la catedral pamplonesa. Fernando el Cid, asimismo, estuvo relacionado con algunas localidades navarras, como Mendigorriá. El mismo escultor fue el autor de las tallas de San Joaquín y Santa Ana, destinadas al retablo de la Inmaculada Concepción, las cuales fueron bendecidas en la capital de España en 1771 a instancias del citado maestro.

Ni que decir tiene que entre los mejores conjuntos escultóricos de cuantos maestros aragoneses trabajaron en Navarra en el segundo tercio del siglo, es el que labró José Ramírez para las comendadoras de *Sancti Spiritus* de Puente la Reina y para la parroquia de Peralta<sup>62</sup>. Las imágenes de Puente la Reina pueden figurar entre lo mejor de la producción del maestro aragonés y dan perfecta cuenta de su estilo plenamente barroco con actitudes movidas, gesticulaciones de oratoria y pliegues quebrados de gran resalte. Las tallas que realizó Juan Tornos para Falces o Uli Bajo en la década de los cuarenta, acusan un extremado barroquismo con gran movimiento y nervio, ajeno al reposo y dignidad del arte que se iba a imponer inmediatamente gracias a las Academias.

La proyección de la escultura guipuzcoana se dejará sentir en las tierras limítrofes con aquel territorio. En estos momentos será el impresionante conjunto de esculturas de Lesaka, obra de Juan Bautista Mendizábal, lo más destacable. En un contrato notarial, este maestro perteneciente a un importante clan de escultores guipuzcoanos escribió diecinueve tallas de tal calidad que se han llegado a considerar como obra carmonesca por las evidentes influencias que tienen algunas de ellas con obras de Luis Salvador Carmona de Segura o Madrid.

Otras procedencias más excepcionales para algunos bultos que se encuentran en algunos retablos son Nápoles o América, como veremos más adelante. De aquella ciudad del sur de Italia proceden entre otras las tallas de Santa Teresa y San José de la sacristía de la catedral de Tudela, que estuvieron antes en sus correspondientes retablos en aquella dependencia. Ambas fueron un donativo de uno de los deanes de aquel templo, don Sebastián Cortés y Lacárcel a fines del siglo XVII. A comienzos del siglo XVIII, llegó al palacio de Urbasa desde Nápoles la imagen del Cristo de la Agonía, firmado en 1703 por Jacobo Bonavita, por encargo del marqués de Andía, para el que unos maestros cántabros hicieron un rico retablo. En 1772 el retablo de la Virgen del Camino de Pamplona se enriquecía con sendas es-

culturas de Santa Teresa y la Inmaculada, enviadas por don Agustín de Leiza y Eraso, del Consejo y Cámara de S. M., haciendo constar que eran “dos bultos especiales de hechura de Nápoles”.

<sup>60</sup> *Ibid.*, *El escultor Luis Salvador Carmona*. Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1990, pp. 90 y ss.

<sup>61</sup> SAGUES AZCONA, P., *La Real Congregación de San Fermín de los Navarros*. Madrid, Gráficas Canales, 1963.

<sup>62</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R., “Contribución a la obra de José Ramírez en Navarra”. *Actas del III Coloquio de Arte Aragonés*. Huesca, 1985, pp. 249-262.







Interior de la basílica de San Gregorio Ostiense.

Por lo que respecta a pintura en la iconografía de los retablos, hay que hacer notar que estas piezas ocupan un porcentaje muy bajo en Navarra. Los ejemplos son actualmente muy escasos por haber desaparecido algunos de los conventos desamortizados en el siglo pasado. La mayor parte de ellos se concentraban en la merindad de Tudela gracias a la presencia de Vicente Berdusán en aquella ciudad durante la segunda mitad del siglo XVII. Buena muestra de ello son el retablo mayor de la parroquia del Rosario de Corella, o los de las ermitas del Yugo de Arguedas, la Esperanza de Valtierra, la Purísima de Cintruénigo o el Portal de Villafranca. Tras el fallecimiento de este pintor, en el primer tercio del siglo XVIII, vivió en Tudela José Eleizegui, del que no se conocen lienzos ubicados en retablos. Sin embargo sí que intentó que se le adjudicase el programa iconográfico del retablo de la Virgen de la Paz de Cintruénigo. En la correspondencia dirigida por el pintor a don Juan de Navascués, responsable del patronato de la parroquia de aquella villa, le proponía colocar pinturas sobre lienzo en lugar de relieves e imágenes, aduciendo que a la larga saldrían más baratas puesto que las piezas de escultura habría que dorarlas<sup>63</sup>. En una carta fechada en noviembre de 1740, leemos entre otros párrafos las siguientes consideraciones: "en lo que vuestra merced me decía de si lo harían de escultura, con toda ingenuidad, desengaño a vuestra merced que lo dificulto porque lo menos que costará haciendo las historias y bultos de los cuatro santos de madera, será ciento veinte y cinco pesos. Y cuando llegue el caso de dorar el retablo, de encarnar, dorar y estofar la escultura costará otro tanto".

Para la mayoría de los retablos y oratorios se importaron durante el siglo XVII lienzos de diversas escuelas españolas, e incluso llegarán pintores para hacerse cargo de algunas obras. Pinturas de la Corte de Dirksen, Carducho, Carreño, Ximénez Donoso, Alonso del Arco, Diego González de la Vega y Claudio Coello se incluyeron en retablos del siglo XVII, aunque muchas de ellas se encuentren en la actualidad fuera de ellos<sup>64</sup>. Incluso algunas Guadalupanas llegadas en el siglo XVIII de América tendrán su lugar en otros tantos retablos de parroquias y conventos.

En fechas avanzadas del siglo XVIII la llegada de estos cuadros se reavivará, documentándose obras de Meléndez en Puente la Reina, de Paret en Viana, de Maella en Tudela y de otros maestros cortesanos en Caparrosos y otras poblaciones. Desde Aragón llegaron lienzos de Pablo Rabiella y Francisco del Plano y desde La Rioja otros de José Bejés. Los pintores locales se caracterizan por cierta atonía, como Diego Díaz del Valle, establecido en Cascante o Pedro Antonio de Rada que se asentó en la capital navarra.

No quedaron a la zaga los encargos de artes suntuarias, especialmente de plata y ornamentos bordados. El siglo XVIII ofrece un panorama rico en el bordado litúrgico, gracias a las importaciones que se hacen desde otros centros peninsulares que mantienen establecimientos que incorporan novedades técnicas y son capaces de producir obras con las que se puede competir con las europeas. En Navarra encontraremos importaciones desde los grandes centros sederos y de bordado españoles, como Granada, Toledo, Barcelona y Zaragoza, como seña-

lamos para el caso de la catedral de Pamplona<sup>65</sup>. Del extranjero tenemos noticias de la llegada de bordados y sedas de Lyon, Barcelona, Roma, y Nápoles. De esta última ciudad llegaron sendas obras extraordinarias, un frontal de altar para las Agustinas Recoletas en la segunda mitad del siglo XVII y un terno que enviaron a Corella en 1763 la acaudalada familia de don Roque Aguado y Delgado<sup>66</sup>, que hoy se puede contemplar en el museo de la

<sup>63</sup> Archivo Menéndez-Pidal de Navascués de Cintruénigo. Correspondencia de Juan de Navascués.

<sup>64</sup> ECHEVERRÍA GOÑI, P. L. y FERNÁNDEZ GRACIA, R., "Para un panorama de la pintura barroca en Navarra. Nuevos lienzos de escuela madrileña" *Actas del I Congreso General de Historia de Navarra*. Vol. VI. Principado de Viana. (1988). Anejo 11, pp. 87-95.

<sup>65</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R., "La sacristía de la catedral de Pamplona" *Op. cit.*, pp. 365-366.

<sup>66</sup> ARRESE, J. L., *Colección de biografías locales*. San Sebastián, Gráfica Valverde, 1977, p. 37.







Encarnación de la misma ciudad. De las fábricas de Medrano y Molero de Toledo llegaron impresionantes conjuntos a distintas localidades, lo mismo que desde los obradores zaragozanos de Lizuáin o Galba, desde los que encontramos obras en la catedral de Pamplona, las Agustinas Recoletas y las Agustinas de San Pedro, éstas bajo la munificencia de don Manuel de Guirior, futuro virrey del Perú, que contaba con dos hijas en el monasterio. Otra procedencia extraordinaria presenta un rico terno pontifical realizado en Manila, que recibió el cabillo de la recién erigida catedral de Tudela, en 1788, por parte del tudelano don Pedro de Galarraga y Castillo, marqués de Villamediana<sup>67</sup>.

La platería gozó de un alto desarrollo gracias a los encargos recibidos por los maestros afiliados al gremio de San Eloy de la capital pamplonesa. Los aprendizajes no sólo se multiplicaron en el seno de la ciudad, sino que numerosos oficiales salieron a perfeccionar su arte a talleres zaragozanos, de otras ciudades españolas e incluso del sur de Francia. Las nuevas ordenanzas, las obras documentadas y marcadas, las joyas, así como el libro de Dibujos, conservado en el Archivo Municipal, son buena prueba de ello<sup>68</sup>.

En cuanto al grabado, las parroquias y santuarios demandaron estampas destinadas a despertar o divulgar algunas devociones. Aquella demanda se satisfizo en Navarra mediante la labor de grabadores locales, afincados en su práctica totalidad en Pamplona. Sin embargo, la mediocridad de gran número de los artesanos que abrían las planchas, siempre plateros, que por su oficio manejaban con cierta soltura los buriles, determinó en algunas ocasiones la necesidad, por parte de la clientela, de buscar estos servicios fuera de los límites del Reino. Este comportamiento no se reservará a una minoría ilustrada, ya que la clientela tradicional como monasterios, cofradías y parroquias, acudirán fuera, ante la necesidad de difundir de una manera más digna y artística sus diferentes cultos y advocaciones. En esa relación de mercado, Zaragoza y Madrid se convertirán en los principales núcleos a los que se acude en busca del grabador especializado<sup>69</sup>. Algunas de esas estampas devocionales –Virgen de las Maravillas, del Rosario o Zuberoa– se incorporaron a las tesis de grados, estampadas en tafetanes de diferentes colores.

La música del órgano y de los instrumentos de las capillas estaban indisolublemente unidos a la liturgia y al ceremonial. La música cumplía un papel de auténtica “banda sonora”, con la que se subrayaban momentos cargados de símbolos, rituales que hablaban con sus gestos, así como las acciones sin palabras de quien oficiaba. La pompa y suntuosidad de las ceremonias y fiestas de todo tipo se acompañaron a lo largo del siglo XVIII por los miembros de la capilla de música de la catedral de Pamplona<sup>70</sup>. Algunas cajas de órganos dieciochescas como las de las parroquias de Tafalla, Los Arcos o Sesma son un excelente testimonio de cómo se cuidaba el mueble del instrumento musical y del verdadero espectáculo sensorial que formaban en su conjunto los órganos. Torres, trompeterías de batalla, grandes cabezas con las bocas abiertas en los tubos de madera, sirenas, ángeles músicos y decoraciones alusivas a la música son todo un testimonio del cuidado que se ponía en su ejecución.

Respecto a la música en los recorridos procesionales, encontramos variantes acordes con los tiempos. Para el caso de la del *Corpus*, en la primera mitad del siglo XVII, en pleno periodo de la triunfante Contrarreforma, se aposta-

<sup>67</sup> FUENTES, F., *Bocetos de historia tudelana*. Tudela, Gráficas Muskaria, 1958, pp. 132-133.

<sup>68</sup> GARCÍA GAINZA, M. C., *Dibujos antiguos de los plateros de Pamplona*. Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1991.

<sup>69</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R., “La estampa devocional en Navarra”. *Signos de identidad histórica para Navarra*. Vol. II. Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1996, pp. 183-200 y “Plateros-grabadores en Pamplona durante los siglos del Barroco”. *Estudios de Platerías. San Eloy 2004*. Murcia, Universidad, pp. 165-181.

<sup>70</sup> GEMBERO USTÁRROZ, M., *La música en la catedral de Pamplona durante el siglo XVIII*. 2 vols. Pamplona, Príncipe de Viana, 1995.



lienzo de Godofredo de Maes de Javier, procedente de la Santa Capilla

ba por cuanto más música mejor, incluyéndose a los ministriles. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo XVIII, paralelamente a ciertas reformas ilustradas, algunas de marcado carácter jansenizante, se limitó el acompañamiento musical a los tres villancicos de los altares y a los cantos de los clérigos, y unos tambores junto a unos “pitos” o pífanos, interpretando la Marcha de Granaderos, hoy conocida como Marcha Real.

En la capital de la Ribera, las fiestas y la música eran más estruendosas y festivas. Así, la procesión del encuentro de María con Cristo Sacramentado, dentro de la custodia, aún conserva las características propias de la fiesta barroca: exaltación del “gaudium”, el placer de celebrar y el gozo de sentir, sonidos de campanas, músicas y cohetes, junto al clamor de las gen-





Casa de las Cadenas de Correla

res que se regocijan al escuchar el Aleluya y contemplar el acto del ángel al descubrir el rostro enlutado de María. Sonidos triunfales, galas, imágenes, tramoyas y maromas para convertir el espacio emblemático de la plaza en un “coelum in terris”, en un lugar para cautivar a los sentidos, siempre mucho más vulnerables que el intelecto.

Si el siglo XVII fue una centuria importante para la promoción de todo lo referente al ámbito conventual, durante el XVIII se levantaron edificios tan importantes como los Carmelitas Descalzos de Villafranca, los Franciscanos de Olite, las Capuchinas de Tudela, la Compañía de María de Tudela o las Clarisas de Arizkun, contando en algunos casos con la munificencia de destacados personajes de la vida pública, como virreyes o ministros. Por su tipología, financiación, autoría y proyección en la arquitectura peninsular, destaca la iglesia de planta centralizada de la Compañía de María de Tudela. La iglesia del colegio de la Compañía de María de Tudela, levantada entre 1732 y 1742, coincidiendo con la estancia en la capital de la Ribera de ese renombrado arquitecto, fray José Alberto Pina, autor de numerosas iglesias en Aragón, del palacio del obispo en Albarracín y que más tarde alcanzaría fama merecida en tierras valencianas, donde se hizo cargo de obras importantes en Játiva y proyectó modelos para las Escuelas Pías de Valencia, lo que le valió la concesión por unanimidad en 1769 el título de miembro de la Academia de San Carlos. Este fraile debe ser, sin duda el autor del proyecto. La iglesia –conventual y colegial a la vez– es uno de los ejemplos más excepcionales de toda arquitectura barroca en Navarra. Su planta presenta un cuerpo octogonal grande rodea-

do en parte por unos deambulatorios interrumpidos por dos coros bajos y otros dos cuerpos agregados a los pies, sobre el último de los cuales se alza el coro alto; conviviendo así centralidad y longitudinalidad con evidentes resonancias de la arquitectura romana y veneciana.

Su relación con obras de esa procedencia y con la basílica de Loiola ya ha sido puesta de manifiesto, pero no podemos olvidar la reglamentación sobre "Los elementos de trazado" en las casas de la Compañía de María impresas en 1638. En ellas se recomienda la planta cuadrada y la construcción de dos coros bajos o tribunas –una para religiosas y novicias y otro para educarlas– más uno alto a los pies en la clausura. Tal plan obedece a la función del instituto en donde se combinan apostolado, enseñanza y contemplación. La ejecución material del edificio pudo haberse encomendado a José Marzal y Gil, el mejor maestro de la Tudela del momento, encargándose del rico conjunto de yeserías, retablos y tribunas los hermanos Antonio y José del Río. El plan general de esta iglesia fue copiado en otros colegios como Zaragoza, Santiago de Compostela y Bergara, fundaciones salidas de la casa de Tudela. En la financiación de esta iglesia debieron ser decisivas las limosnas de Indias, solicitadas por la priora al Patriarca de Indias y otros preladados, así como las aportaciones de Sor María Ignacia de Azlor y Echeverz, noble profesa en Tudela y más tarde fundadora del convento de México, de la que se conserva un espléndido retrato, anterior a su toma de hábito, en el Museo Soumaya de México.

Hay que considerar en numerosos conventos las importantes dotes de algunas religiosas que sirvieron para renovar sus vetustas fábricas o para dotarlos de notables piezas para su exorno. Así las hermanas María Josefa y Teresa Olazagutía, hijas del protomédico del Reino<sup>71</sup>, costearon en 1722 el lienzo de la Sagrada Familia de las Comendadoras de Puente la Reina, firmado por Miguel Jacinto Meléndez<sup>72</sup>. En el mismo convento la importante dote de 6.000 pesos aportada por don José Zaro, pariente de una religiosa, doña Martina de Zaro<sup>73</sup>, hija del destacado comerciante pamplonés Vicente Ignacio de Zaro y Cipriana Josefa de Orquín, que tomó el hábito en 1767 y profesó en 1768<sup>74</sup>, hizo posible que se encargaran al escultor aragonés José Ramírez las esculturas para el retablo mayor y sendos colaterales, que constituyen unas de las mejores obras del afamado maestro aragonés.

En el capítulo de los santuarios, destacan algunos dedicados a las advocaciones locales de la Virgen, nuevamente dotados. En muchos de ellos, de cronología anterior, se les agregó la estancia del camarín. Los camarines conservados suman una docena de ejemplos, de los cuales la mayor parte presentan la particularidad de estar contruidos a la misma altura y nivel que el templo, alejándose del modelo típico de la arquitectura española consistente en una estancia a cierta altura, coincidiendo con el nicho del titular del retablo. El ejemplo más temprano en documentación es el de Codés, mandado construir por el obispo de Calahorra en 1661; aunque los más se fechan en el siglo XVIII en santuarios de la Virgen de la Ribera (Arguedas, Corella, Cascante, Cintruénigo o Valtierra), Pamplona y San Gregorio Ostiense.

Por su especial significación cultural, destacaron junto a las capillas de los santos patronos, a las que aludimos anteriormente, tres conjuntos: la basílica de San Gregorio Ostiense, la Santa Capilla en el lugar en que viniera al mundo San Francisco Javier y la basílica de San Ignacio de Loiola en donde fuera herido en la defensa de Pamplona.

<sup>71</sup> Archivo Comendadoras de *Sancti Spiritus* de Puente la Reina. Libro de Recepciones, profesiones y finadas, s/f. Josefa tomó el hábito en 1709 y profesó en 1710, su hermana había ingresado en 1699, profesando en 1701.

<sup>72</sup> ECHEVERRÍA GONÍ, P. y FERNÁNDEZ GRACIA, R., "Para un panorama de la pintura barroca en Navarra: Nuevos lienzos de escuela madrileña". *Actas del I Congreso General de Historia de Navarra*. Príncipe de Viana (1988), anejo 11, p. 95.

<sup>73</sup> AZCONA GUERRA, A.M., *Comercio y comerciantes en la Navarra del siglo XVIII*. Pamplona, Gobierno de Navarra, 1996, pp. 98, 165, 223, 285, 287, 301, 321, 325, 349, 374, 376 y 498.

<sup>74</sup> Archivo Comendadoras de *Sancti Spiritus* de Puente la Reina. Libro de Recepciones, profesiones y finadas, fol. 7v.



El santuario ignaciano pamplonés lo llevó a cabo el cantero residente en Pamplona Pedro Azpíroz a partir de 1668, consagrándose en 1694. En su financiación colaboraron desde los jesuitas navarros residentes en Perú, el mismísimo Padre Moret, analista del Reino, la Compañía de Jesús y otros particulares e instituciones; incluso se consiguió el sueldo de capitán, que nunca fue San Ignacio, para ir pagando gastos. La basílica sencillísima se cubriría de yeserías en la tercera década del siglo XVIII.

Por lo que respecta a San Gregorio Ostiense, sus elevadas rentas, gracias a las continuas salidas de sus reliquias, permitieron las obras de ampliación y reformas llevadas a cabo en San Gregorio Ostiense en torno a 1700; se conservan el pórtico y la torre. La gran fachada en piedra y yeso fue diseñada por el retablista estellés Vicente López Frías en 1694, quien trabajó en ella hasta su muerte en 1703, fecha en la que todavía no se había concluido, pasando a manos del escultor tudelano José de San Juan y Martín en torno a 1710. Sin embargo, la gran remodelación llegó pasada la mitad de la centuria. Una vez más, dada la importancia y significado del proyecto, se requirieron planos en 1758 del célebre tracista carmelita descalzo fray José de San Juan de la Cruz, residente entonces en Logroño, José Marzal y Gil de Tudela y el maestro del colegio de Loiola Fernando Agoiz. El plan elegido fue el del fraile descalzo, consiste en una cabecera y brazos del crucero formando un trilóbulo cubiertos por casquetes y gran cúpula sobre tambor en el espacio del crucero. Los muros y, especialmente las cubiertas, se cubren con un orden con yeserías de finas rocallas en un ambiente de iluminación contrastada. Estructuras, ornato y luz convierten a este crucero en un conjunto espectacular y colorista, a lo que colaboran los retablos dorados y los colores de las yeserías sobre fondo blanco.

La Santa Capilla de Javier, corrió peor suerte que los ejemplos anteriores. Desde los momentos de la beatificación y canonización del santo, los dueños del castillo, futuros condes de Javier, dedicaron a capilla la habitación, en que según la tradición había venido al mundo el santo jesuita, convirtiéndola en una especie de aula de milagros y dotándola y engrandeciéndola a lo largo de los siglos XVII y XVIII. Las reformas para dotarla de cúpula, decoración y pinturas no cesaron por parte algunos jesuitas como el Padre Moret y de los condes de Javier, de modo especial de don Antonio de Idiáquez, a mediados del siglo XVIII, que ordenó remodelar el conjunto según los gustos rococós. De todas las riquezas que contenía el conjunto, al igual que ocurría con las casas solares de otros santos como San Ignacio y Santa Teresa, nos han quedado algunas piezas, de modo especial un conjunto de lienzos de escuela flamenca, uno de los cuales ostenta la firma del pintor Godofredo de Maes en 1692. Del donante o mecenas de este regalo no hemos podido averiguar nada. Con toda seguridad debieron llegar a través de algún jesuita. Pocos años atrás, en 1684, el Padre Moret había contratado el remozamiento de la capilla con la construcción de una cúpula. Por el mismo tiempo, otro jesuita, el Padre Juan Bautista Calderón hacía que llegase un generoso donativo desde Nueva España y el propio General de la Compañía, el Padre Tirso González, destacaba por su devoción al santuario y castillo de Javier. Se da la circunstancia de que el que fuera preposito general había estado predicando entre noviembre y diciembre de 1666, misionando en Lumbier, Sangüesa, Sos y Uncastillo, en los alrededores del santuario que seguramente visitaría<sup>75</sup>.

Entre los posibles jesuitas que pudieron hacerse cargo de tal encargo o facilitarlo, podemos pensar, en primer lugar, en el Padre Francisco Javier Garro (1640-1718), hijo de los condes de Javier que regentó una cátedra en Salamanca y falleció en Pamplona tras haber desempeñado cargos de importancia en la Compañía. Sin duda que un hombre como él que llegó a

<sup>75</sup> RECONDO, J. M., "Proyectos fundacionales en Javier en los siglos XVII y XVIII", *Razón y Fe* (1955), p. 5.



Ayuntamiento de Miranda de Arga

ser designado en dos ocasiones para ir a Roma a sendas congregaciones, estaba en una posición sin igual para tratar de embellecer la estancia en donde había nacido su glorioso antepasado. Si pensamos en otros jesuitas navarros con conexiones en Flandes, encontramos al Padre Francisco Javier de Fresneda que llegó a predicar en Bruselas y Borgoña y al Padre Antonio Sarasa, nacido en Bélgica, en donde residían su padres, de origen navarro.

Una lectura de todo el conjunto de lienzos, tal y como hemos escrito recientemente<sup>70</sup>, nos presenta un discurso iconográfico, en torno a unos pasajes concretos de la vida de Javier, que hablan por sí solos de una serie de virtudes y gracias singulares como misionero, confesor y penitente, sin faltar tres milagros obtenidos por su intercesión. Para comentar su faceta de evangelizador, se eligieron sendos pasajes, uno de conversión de infieles gracias a su predicación y otro en que sirvió de lacayo, a un mercader, poniendo de manifiesto su celo incansable e inagotable por extender el Reino de Dios. Para mostrarlo como confesor, se le muestra no sólo perdonando los pecados tras llevar al arrepentimiento a un alma dura, sino sufriendo personalmente en sus carnes arduas penitencias por tales pecados. Finalmente al elegir tres hechos prodigiosos de su vida, se tuvo en cuenta otras tantas dimensiones de sus prodigios, una personal —la devolución de su crucifijo por el cangrejo—, otra de contenido social —cese del azote de la peste— y otra de ambientación militar —proporcionando la salvación a unos inocentes frente a un ejército de bárbaros—. Sobre la presencia de estos tres milagros, hemos de recordar que, en el siglo XVII, primaban los portentos en las representaciones de los santos, dando a entender que sus virtudes y doctrinas pasaban a un segundo plano. Todo ello hay que contextualizarlo correctamente que no es otro que la tensión producida por la Reforma y la puesta en cuestión de la propia supervivencia para la Iglesia romana. En la lucha por la tradición apostólica y la santidad que los protestantes niegan a Roma, el milagro será cuestión clave, ya que con ello se demostraba que, el Dios de los apóstoles y también el de aquellos momentos, daba su respaldo a los católicos, manifestándolo a tra-

<sup>70</sup> FERNÁNDEZ GRACIA, R., *San Francisco Javier en la memoria colectiva de Navarra*, Op. cit., pp. 260 y ss.



vés de milagros. La consecuencia era clara: el santo debía ser taumaturgo, no bastaba que Roma ofreciera santos a Dios de grandes méritos y santidad vivida, sino que Dios los ofreciera a Roma. El signo del beneplácito divino era el milagro, una señal inequívoca de la santidad.

En lo referente a cofradías y gremios, hay que hacer notar que el estudio de obras sufragadas por estas entidades está aún por realizar y siempre estuvieron muy relacionadas con la Iglesia. Si observamos el gran número de cofradías y sus gastos en obras de sus capillas y su exorno, podemos imaginarnos su importancia, pues eran clientes asíduos de artistas de todas las especialidades, no sólo de arquitectos, pintores y escultores, sino que los plateros, bordadores y grabadores aparecen continuamente en sus cuentas. Sirvan de ejemplo la labor en la promoción artística que realizaron las cofradías fundadas bajo las advocaciones de la Purísima Concepción<sup>77</sup> o San Francisco Javier<sup>78</sup>, que recientemente hemos estudiado, sin ser ni mucho menos las de más arraigo en el Reino. Las cofradías del Rosario contaron en la mayor parte de las parroquias con retablos propios, destacando los de los dominicos de Pamplona, obra de Juan Barón de Guerendiáin, la parroquia de Santa María de Tafalla labrado por Francisco Pejón en 1743, la parroquia de Larraga de José Coral, el de la parroquia de Peralta o Arróniz de Juan Ángel Nagusia. La mayor parte de ellos se sufragaron con fondos de las cofradías del Santo Rosario, muy difundidas por estas tierras, aunque no faltaron casos en que se hizo cargo de su importe un indiano, un devoto particular o la propia parroquia, como ocurrió en Peralta o Arróniz<sup>79</sup>.

El papel de las cofradías se veía engrandecido con motivo de las procesiones, rogativas y desfiles cívico-religiosos. Como ejemplo, aún nos puede servir hoy la fiesta, conocida actualmente como la Bajada del Ángel, organizada siglos atrás por la Cofradía del Santísimo Sacramento. Como es sabido, esta hermandad de la capital de la Ribera, tenía como principal fin, en palabras de Juan Antonio Fernández "procurar el mayor culto del Santísimo Sacramento del Altar, en que se emplea perennemente"<sup>80</sup>.

Los gremios, por poseer capilla con retablo y distintos ornatos en ellas, fueron asimismo excelentes clientes de los artífices. Basten los ejemplos de la cofradía de San José y Santo Tomás, en la catedral de Pamplona que aglutinaba, precisamente, a todos los maestros que trabajaban la madera, o la poderosa cofradía de Santa Teresa de Fitero que agrupaba a un importante número de personas de la villa que se dedicaban a la confección de alpargatas.

## NOBLEZA, ARQUITECTURA SEÑORIAL Y PALACIEGA

Por lo que respecta a la promoción de las artes entre la nobleza, resulta de gran heterogeneidad, al igual que el propio estamento, en donde podemos encontrar diferentes estratos que van desde los hidalgos hasta los grandes nobles establecidos en la Villa y Corte y otros centros de poder. Entre las obras que encargan podemos distinguir dos grandes tipos, atendiendo a su motivación.

En primer lugar, aquellas que van destinadas a sus propiedades: palacios, casas y colecciones que albergan. En este capítulo hemos de incluir los palacios señoriales de nuestros pueblos y ciudades,

sufragados directamente por sus poseedores, y las colecciones y decoración de sus salones y capillas. En lo que respecta al coleccionismo, cada día vamos conociendo, gracias a la documentación, numerosos detalles de importantes colecciones y la forma de adquirir pinturas y otros objetos. Así, sabe-

<sup>77</sup> *Ibid.*, *La Inmaculada Concepción en Navarra...* Op.cit.

<sup>78</sup> *Ibid.*, *San Francisco Javier en la memoria colectiva de Navarra...* Op.cit., pp. 145 y ss.

<sup>79</sup> *Ibid.*, *El retablo barroco en Navarra...* Op.cit., p. 37.

<sup>80</sup> *Ibid.*, p. 36.

mos que desde los inicios del siglo XVII, aparece un nuevo tipo de coleccionista que podemos definir como barroco y aficionado al arte de la pintura. El predominio que en el siglo anterior tuvieron las colecciones de piezas raras y curiosidades, cederá el paso hacia las galerías de pintura, comenzando por las propias colecciones reales. El método de adquisición de las pinturas era el encargo o las almonedas en donde pujaban y se disputaban lienzos otros tantos caballeros y nobles.

En segundo lugar, hay que considerar las que trascienden el ámbito de lo privado para irrumpir en el plano social, que son aquellas que mandan realizar por disfrutar del patronato útil u honorífico de algunos edificios eclesiásticos. Se denomina patronato útil al que proporciona ganancias al que lo tiene (v.g., los diezmos u otras rentas cedidas a un noble). Resulta rarísimo, ya que la Iglesia siempre ha procurado no ceder en ese terreno. La mayor parte pertenece al llamado patronato honorífico que prevé para los que lo disfrutaban de preferencias, precedencias en la incensación, paz, ofrendas, uso de escudos nobiliarios en retablos y paredes de las iglesias y, sobre todo, el derecho de presentación de cargos eclesiásticos. La mayor parte de nuestros conventos y retablos construidos durante los siglos del barroco se erigieron y dotaron por este procedimiento, con lo que fundación y dotación son fenómenos paralelos y complementarios. Sin embargo, también se dieron numerosos casos de dotación por parte de las personas y familias que no pertenecían al linaje de los fundadores. La mayor parte de la nobleza adquirió capillas de enterramiento, firmándose escrituras de patronato que podían afectar a las diferentes capillas o para todo el convento. A la cabeza de todos ellos figuraban como ejemplo los validos de la monarquía española, el duque de Lerma y el conde duque de Olivares. Ambos encontraron en el arte una forma de sobresalir en los dos campos (nobleza y política), pues si el arte da brillo a la nobleza, respecto al poder, resulta el argumento más convincente. Ni que decir tiene que el resto de la nobleza, según sus posibilidades, iba a imitar prontamente lo que hacían los todopoderosos validos, comenzando por sus familiares y amigos (el marqués de Siete Iglesias para el convento de *Portaceli* de Valladolid, el conde de Monterrey para las agustinas de Salamanca). El ejemplo de todos estos "grandes" no tardó en emularse en todos los territorios de la monarquía.

Hubo un gran pugilato con gran competencia entre los diferentes patronos que se encauzará hacia los lugares de nacimiento o procedencia, ya que la mayor parte de la nobleza se había hecho cortesana y residía en Madrid, en donde pese a haber muchos conventos, no eran los suficientes para satisfacer la demanda nobiliaria. De ese modo el arte madrileño, que es el que tiene el patrono a su alcance, saldrá hacia los lugares de destino del patronato, formándose auténticas embajadas de la escuela cortesana, especialmente en lo que se refiere al arte mueble (pintura, escultura y plata), y a grandes proyectos arquitectónicos o diseños para retablos.

El ejemplo más destacable de los nobles navarros en la promoción de las artes en siglo XVIII, es el de los marqueses de Murillo: don Juan Bautista Iturralde (Arizkun, 1674-Madrid, 1741) y su mujer Manuela Munárriz. Sus empresas son uno de los casos más interesantes de promoción de las artes en el siglo XVIII, a través de numerosas fundaciones que llevaban pareja la construcción y dotación de otros tantos edificios. Con el enriquecimiento a través del comercio y su relación con la corona, como asentista y arrendador de las rentas reales, este ministro de Felipe V fallecido sin hijos, junto con su esposa realizó un sinnúmero de dádivas y fundaciones que aún están en su mayor parte sin estudiar y que nos dan una idea de su piedad y de su profundo sentido religioso<sup>41</sup>. Un resumen de lo que promovieron el matrimonio y la viuda fallecida

<sup>41</sup>GARCÍA GAINZA, M. C., "Economía, devoción y mecenazgo en Juan Bautista Iturralde". *Juan de Goyeneche y su tiempo*. Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, pp. 161-222.



unos años más tarde, que hemos extractado de todas las escrituras editadas, sería la fundación, construcción y dotación del convento de Clarisas de Arizkun, para el que se destinan cuantiosas sumas y se mandan proyectos desde Madrid para fachada y retablo. A partir de 1736, dádivas de imágenes y otras piezas a la parroquia del mismo lugar de Arizkun en donde fuera bautizado el marqués, dotación de una escuela en el mismo lugar en 1734, reconstrucción de su casa nativa en Arizkun; fábrica y dotación del colegio de San Juan Bautista con destino a seminario de baztaneses, hoy Archivo Municipal de Pamplona, levantado entre 1732 y 1734, y uno de los mejores edificios barrocos de arquitectura civil dieciochesca de la ciudad, estudiado por Pilar Andueza<sup>82</sup>; dos lámparas de plata para los Santos Lugares con su dotación; una lámpara de plata en la capilla de Santa Teresa en el Carmen Calzado de Alcalá de Henares en 1734; dádivas en metálico y la madera para el retablo mayor de Santo Tomás de dominicos de Madrid; numerosos donativos para otras tantas obras, retablos e imágenes en el convento de Jesús María de Valverde en Fuencarral, en cuya sala capitular recibieron sepultura los marqueses; imágenes y lámparas para el convento de la Piedad Bernarda de Madrid. Especialmente de la imagen del Cristo de la Agonía para el altar mayor, cornucopias, lámpara-araña; imágenes para el convento de Santa Catalina de Alcalá; una escuela para el pueblo de Escariche; ayuda para la construcción de las escuelas pías de Madrid y su iglesia, al igual que para las escuelas pías de Granada cuando se realizase la fundación; patronato para el convento de carmelitas descalzos de Budía; esculturas de la Virgen para conventos e iglesias madrileñas; los retablos colaterales y dinero para ornamentos del convento de la Madre de Dios de los dominicos de Alcalá y un sinnúmero de piezas, tapices, muebles, relojes, espejos para parientes y servicio de la casa. La colección de los marqueses de Murillo era muy extensa y variada en todo tipo de objetos a juzgar por los legados testamentarios que realizaron.

Aproximadamente por las mismas fechas nos puede servir de ejemplo de la arquitectura de la Montaña, el Palacio Jarola de Baztán. Fue mandado construir por don Miguel de Vergara, capitán enriquecido en el comercio de Indias. Su autor fue el cantero de Amaiur Juan de Gamio que se tuvo que someter a varias imposiciones que le proponían varios modelos para las diferentes partes de la fábrica en otros tantos edificios de Erratzu, Lesaka y Amaiur. El palacio Jarola presenta algunas características que harán escuela en aquellas tierras como el pórtico de columnas toscanas, los sillares resaltados en las esquinas o el aparato del balcón principal. En algunos ayuntamientos y palacios como el Yoanederrenea de Lesaka encontraremos casi todos esos elementos.

En torno a los últimos años del siglo XVII y primeras décadas de la centuria siguiente se observa una gran abundancia de nuevos palacios en el Reino. En la Ribera darán buena muestra de ello la Casa de las Cadenas de Corella o el palacio Bobadilla de Villafranca y otras muchas fábricas de muchos pueblos y ciudades. Pamplona y otras zonas también conocieron espléndidos momentos con la construcción entre otros del palacio de los marqueses de San Miguel de Aguayo, del marqués de Zabalegui en Muruzábal, de los Vizcaíno en Miranda de Arga, Vallesantoro en Sangüesa, e Iturraldea en Baztán.

La Casa de las Cadenas de Corella se levantó en la primera década del XVIII por iniciativa de don Martín de Sesma, alojándose en ella en dos ocasiones la familia real. Su enclave urba-

no realza el gran bloque horizontal de ladrillo con tres cuerpos de alturas decrecientes en los que la decoración geométrica irá aumentando progresivamente desde el

<sup>82</sup> ANDUEZA AUNANUA, P., "Historia constructiva del seminario de San Juan Bautista de Pamplona" *Príncipe de Viana* (1999), pp. 69-84.



Seminario de San Juan de Pamplona

basamento desnudo al ático con ricos trabajos en ladrillo. La mansión de los Bobadilla en Villafranca es otro ejemplo localizado también en uno de los enclaves urbanísticos más significativos de la localidad, entre el convento de Descalzos y la parroquia.

Entre las construcciones torreadas del momento destaca el palacio del marqués de Zabalegui en Muruzábal, levantado para el recién creado título en 1691 por su dueño don Francisco Juániz. Su esquema está muy cerca del de Lezáun, con la diferencia de las torres de ladrillo laterales que emergen del propio edificio. En Miranda de Arga el palacio de los Vizcaíno en piedra y ladrillo fue levantado a partir de 1695 y sus obras aún continuaban en 1737, siendo en este caso el mecenas el caballero don Juan de Vizcaíno. Su fachada se barroquiza mediante una gran calle central con aparatosas columnas salomónicas empareja-



#### Palacio de Subiza

das. El mismo tipo de soporte se utilizó en el palacio de Vallesantoro de Sangüesa mandado levantar en las últimas décadas del XVII por don Blas de Ongay.

El palacio de Urbasa, también torreado, en piedra fue mandado construir en torno a 1705 por el marqués de Andía. Los planos y alzados fueron remitidos por su comitente desde Madrid y en él trabajaron canteros de Estella, Salvatierra y de la Trasmiera. Resulta de dimensiones poco corrientes e incorpora pórticos en el paramento central de su fachada.

En Pamplona levantó numerosos planos para mansiones nobles en los primeros años del setecientos el veedor diocesano Juan Antonio San Juan. Entre los monumentos conservados destaca el palacio de los marqueses de San Miguel de Aguayo, realizado en torno a 1709. Su rica portada pétrea de escultura, es obra del cantero Pedro Arriarán y del escultor Domingo Gaztelu. Se compone su fachada de un gran cuerpo de piedra con almohadillado rústico y vanos enrejados, piso noble de ladrillo con balcones salientes y remate con óculos. La portada de piedra blanquecina incorpora entre su decoración soportes antropomorfos y ornatos guerreros a base cañones y trofeos<sup>83</sup>. Junto a las casas principales de varios mayorazgos, otros hombres de negocios y comerciantes enriquecidos levantaron destacados conjuntos en la trama urbana de la capital navarra<sup>84</sup>.

En Baztán se levantaron muchas casas gracias al buen provenir de muchos de sus hijos. Sirva como ejemplo la casa Iturralde de Arizkun, mandada levantar por don Juan Bautista de Iturralde, marqués de Murillo, en 1715 con planos realizados en Madrid. El responsable de su edificación fue el veedor Juan Antonio San Juan, el cantero Juan de Urrutia, de nacionalidad francesa. Su estructura de gran bloque regular con tres grandes pisos rematados por alero encaja de pleno con la arquitectura doméstica de la tierra. En su parte posterior conserva galería porticada con arcos en la planta baja y un balcón corrido de madera en el piso alto.

Las décadas centrales del XVIII, en torno al segundo tercio de la centuria, son fructíferas en fábricas, novedades estructurales y artistas. La Ribera verá levantar muchos edificios, algunos de ellos con escaleras monumentales en Corella, Villafranca, La Oliva o Milagro, siendo uno de los mejores el palacio del marqués de Huarte de Tudela. En tierra Estella se encuentran magníficos ejemplares en piedra o ladrillo en Sansol, Estella y Viana. En Pamplona también abundan los edificios en estos momentos destacando el palacio arzobispal, el del marqués de Rozalejo o el de los Navarro-Tafalla unas décadas más tarde. En Baztán se difunde un tipo con torres y fachada retranqueada como el de los Echeverría de Irurita, la Aduana de Erratzu o el de Oyeregui, modelo que llegará a otros puntos del Reino como Subiza, levantado por don Pedro Fermín Goyeneche para su nieta María Josefa Borda y Goyeneche cuando casó con Joaquín Pérez de Rada y Mutiloa, en 1763<sup>85</sup>. No se abandona, no obstante, el gran bloque gigantesco y cerrado que cuenta con un sin número de edificios en Roncal, Baztán y otras tierras de la Montaña.

El palacio del marqués de Huarte de Tudela destaca, más que por sus fachadas sencillas —una de ellas con pinturas de la época—, por su monumental escalera cortesana de original trazo-

do, llena de inventiva. La enorme caja se remata por cúpula con pinjantes suspendidos, recurso utilizado en construcciones anteriores y posteriores en la Ribera como el palacio de los Virto de Vera de Corella o la monumental escalera del monasterio de La Oliva. Sus tramos se conforman en realidad por sendas escaleras imperiales enfren-

<sup>83</sup> ANDUEZA UNANUA, P., *La arquitectura señorial... Op.cit.*, pp. 217 y ss. y "Emblemas y alegorías al servicio de un linaje nobiliario de Pamplona: los marqueses de San Miguel de Aguayo" *Cuadernos de Arte e Iconografía* (2002), pp. 119-136.

<sup>84</sup> *Ibid.*, "La contribución de los hombres de negocios y comerciantes a la renovación arquitectónica de Pamplona en la primera mitad del siglo XVIII". *Actas del V Congreso de Historia de Navarra*, Pamplona, Sociedad de Estudios Históricos de Navarra, 2002, pp. 71-82.

<sup>85</sup> ANDUEZA UNANUA, P., "El palacio de Subiza. Un palacio baztanés en la Cuenca de Pamplona. Príncipe de Viana (2003), pp. 59-90.





tadas con dos tiros en el comienzo de cada una de ellas. Fue proyectada, sin lugar a dudas, por el maestro de la ciudad en aquellos momentos, José Marzal y Gil en torno a 1740-1745.

Particular interés presenta el conjunto de palacios baztaneses con torres cuadradas y adelantadas sobre el paramento central de la fachada. El mismo modelo lo encontramos en otras localidades como Subiza años más tarde. De los mejores ejemplares de Irurita, Erratzu y Oyeregui, propiedad de acaudalados señores, sabemos que el último fue levantado en 1724 a iniciativa de don Juan Bautista de Ustáriz. Las fechas de los otros no deben andar lejos de la del de Oyeregui. La presencia de pórticos con columnas toscanas en estos edificios pueden derivar de otros ejemplos del siglo anterior. A pesar de estos modelos más innovadores entre los que cabe incluir Arizkunenea, la mayor parte de las grandes mansiones siguieron el modelo tradicional como se puede ver en Roncal o en el palacio de Oharritz levantado en 1748.

## INDIANOS

Todo el entramado y las causas de los legados de los indianos navarros han sido estudiados con detenimiento por Echeverría Goñi<sup>66</sup> y han merecido otro estudio de Heredia y Orbe<sup>67</sup> para el caso de la orfebrería, además de las noticias que aporta Aramburu Zudaire en su trabajo sobre los indianos navarros en la época de los Austrias<sup>68</sup>. El mecenazgo artístico de los indianos se ejerció mediante el envío de cantidades en metálico y, en menor medida, con el envío de obras de arte. Además, resultan excepcionales los envíos de dinero con una finalidad concreta como la construcción de un retablo o la ejecución de una pintura, más bien se dejará en manos de las instituciones eclesiásticas el empleo de los caudales, imponiéndose reiteradamente la condición de que se empleasen para el mayor adorno y culto de los templos respectivos.

La llegada de los donativos y regalos obedecía en algunas ocasiones a la iniciativa propia del indiano, destacando los legados testamentarios, o al requerimiento vía carta de los familiares, parroquias o administradores de una institución. En este aspecto destacan en Navarra las misivas enviadas con motivo de la construcción de las capillas de San Fermín y la Virgen del Camino de Pamplona. Importantes conjuntos arquitectónicos se financiaron por vía del dinero remitido por los indianos como las parroquias de Azpilkueta, Enériz y Gaztelu, los conventos de benedictinas de Corella y concepcionistas de Tafalla, santuarios como la basílica de los Remedios de Sesma y destacadas mansiones y palacios baztaneses y pamploneses. Otro tanto ocurrió con destacadas mansiones señoriales, singularmente algunas de las pamplonesas estudiadas por Pilar Andueza y otras cuya ejecución no hubiese sido posible sin la remisión de caudales procedentes de Indias.

El capítulo de las obras de orfebrería, pintura y artes menores compone largas listas que vamos conociendo mejor conforme se van estudiando las distintas personalidades y se va analizando la documentación. En lo referente a la catedral de Tudela, presentamos algu-

nos legados y donativos inéditos al tratar de la promoción de la artes en aquel templo. Algunas imágenes de escultura también llegaron como algo excepcional de Ultramar. Entre ellas merecen destacarse los bultos de San José y la Virgen del Rosario que remitió don Martín de Aróstegui en torno a 1732

<sup>66</sup> ECHEVERRÍA GOÑI, P.L., "Mecenazgo y legados artísticos de indianos en Navarra", *Actas del II Congreso General de Historia de Navarra*. Príncipe de Viana, (1991). Anejo 13, pp. 157-200

<sup>67</sup> HEREDIA MORENO, C., ORBE SIVATTE, M. y ORBE SIVATTE, A., *Arte hispanoamericano en Navarra*. Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992

<sup>68</sup> ARAMBURU ZUDAIRE, M.A., *Vida y fortuna del emigrante navarro a Indias (siglos XVI y XVII)*. Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999.



Escalera del palacio del marqués de Huarte de Tudela

con destino a la parroquia de Aranz, algunos Cristos de caña de bambú u otras esculturas conservadas en conventos dotados por indianos.

En cuanto a retablos, también se documenta el destino de numerosas cantidades para su construcción. Quizás el caso más señalado y peculiar sea el de los retablos de Lesaka, obra del maestro guipuzcoano Tomás de Jáuregui y con imágenes de Luis Salvador Carmona, costeados con los caudales de don Juan de Barreneche y Aguirre, natural de Lesaka y vecino de Guatemala<sup>89</sup>. En la parroquia de Azpilkueta se encuentra asimismo un rico conjunto de imágenes y retablos debidos al maestro Silvestre de Soria y al mismo Carmona, cuya ejecución se debió a un obispo de la localidad, don Martín de Elizacochea y Dorre<sup>90</sup>. En 1753 el maestro arquitecto y tallista de Cárcar Tomás Martínez Puelles realizaba el retablo de la Virgen de las Nieves en la parroquia de San Pedro de Puente la Reina con fondos de la fundación del famoso don Miguel Francisco Gambarte<sup>91</sup>.

Otros ejemplos señeros son el retablo de la Virgen de Guadalupe en la iglesia de la Compañía de María de Tudela, sufragado con las dádivas de sor Ignacia de Azlor y Echeverz<sup>92</sup>, obra de los hermanos del Río, el rico conjunto de la iglesia de las benedictinas de Corella, hoy Museo de la Encarnación, que realizó entre 1741 y 1744 el retablista tudelano Balasar de Gambarte, siguiendo las trazas del veedor pamplonés José Pérez de Eulate. La empresa para hacer los retablos de este convento se debió, como

<sup>89</sup> GARCÍA GAINZA, M.C., "Los retablos de Lesaka. Dos nuevas obras de Luis Salvador Carmona" *Homenaje a José Esteban Uranga*. Pamplona, 1971, pp. 327-363.

<sup>90</sup> ECHEVERRÍA GOÑI, P., "Mecenazgo...", p. 176 y GARCÍA GAINZA, M.C., "El arte cortesano desde la periferia. El caso del País Vasco y Navarra" *Madrid en el contexto de lo hispánico desde la época de los Descubrimientos Vol I*, Madrid, 1994, p. 414.

<sup>91</sup> ECHEVERRÍA GOÑI, P., "Mecenazgo...", *Op. cit.*, p. 175.

<sup>92</sup> PUIG Y ARBELOA, M.C., *Reseña histórica de la fundación del convento de religiosas de la Compañía de María y Enseñanza de Tudela*. Madrid, 1876, pp. 31, 33, 111 y 195.



Retablo mayor de Lesaka

publicó Arrese<sup>93</sup>, a don José Armendáriz y Perurena, caballero de Santiago y del Toisón de Oro, capitán general de los ejércitos, virrey del Perú y primer marqués de Castelfuerte, que contó con uno de los palacios más importantes de la Pamplona del siglo XVIII<sup>94</sup> y gran mecenas de obras de arte sobre todo en la capital navarra, a donde llegaron sumas importantes de dinero, frontales, arañas de plata y otras importantes dádivas para la Virgen del Camino, la Virgen del Sagrario y San Fermín<sup>95</sup>. En el caso de los retablos de las monjas benedictinas de Corella, la razón de destinar caudales para sus retablos no tuvo que ver nada con la patria chica de Armendáriz, sino con el hecho de que su hermana doña Tomasa de Armendáriz y Perurena había ingresado en el monasterio corellano con el nombre de sor Tomasa de San Benito.

Por el mismo procedimiento de emplear los caudales de otros tantos indianos en este tipo de obras se hicieron los retablos de la Virgen del Rosario de Arróniz, obra de Juan Angel Nagusia de hacia 1735, el retablo de la misma advocación de la parroquia de Lezáun diseñado por el mismo Nagusia y ejecutado en 1739 por el artista de Lerín Bernardo Lucea, o el de la Virgen de los Remedios de Sesma en 1698<sup>96</sup>.

Otro ejemplo muy ilustrativo de pleno siglo XVIII sobre el proceso en el que se involucra a un indiano en la construcción de un gran retablo, nos lo proporciona don Juan José de Fagoaga, natural de Goizueta, residente en México y benefactor de su localidad natal como lo prueban algunos envíos de rica plata mejicana. Respecto al retablo, leemos en un protocolo notarial “que habiéndose proporcionado ocasión y justo motivo a esta villa para tratar por escrito con el Señor don José de Fagoaga, natural della y vecino de la ciudad de México, sobre el destino que intentaba dar a cierta cantidad que quería emplear y aplicaba a obras pías, le hizo presente esta villa el infeliz y peligroso estado del retablo principal de su dicha yglesia y, correspondiendo muy conforme a los deseos de esta villa en carta que escribió a ella con fecha de 19 de marzo del año pasado de 1755, aplicó y remitió para dicho fin 2000 pesos que quedaron en calidad de depósito en poder del señor don Juan Joseph Huici, vecino de la ciudad de Pamplona y tesorero de la renta real del tabaco de este Reino”. Fue a partir de aquella misiva de 1755 cuando el patronato de la parroquia de Goizueta encargó el diseño para el retablo al maestro arquitecto Tomás de Jáuregui, con la indicación de que lo hiciese con el “maior lustre y esplendor”. El maestro guipuzcoano realizó dos trazas, una para el archivo de la villa y otra para remitírsela a Fagoaga, por cuya labor cobró 160 pesos. Resulta de particular importancia la comprobación documental del envío del diseño al que sufragaba la obra, ya que generalmente es algo que sospechamos y admitimos, pero que raramente lo comprobamos.

Por una carta remitida por Fagoaga desde México el 1 de octubre de 1758, sabemos que destinó otros 2.000 pesos con la misma finalidad. Pese a las buenas noticias, el patronato no juzgó prudente realizar el proyecto de Jáuregui, que era de gran envergadura y encargó otro a Sil-

vestre de Soria, con la condición de que no desmereciese en “su capacidad, lustre y esplendor que se desea darle”. Nuevamente se nos dice que la traza de Soria agradó tanto a la villa como al bienhechor, lo que nos hace sospechar que también se envió a México para que la viese don Juan José en 1759.

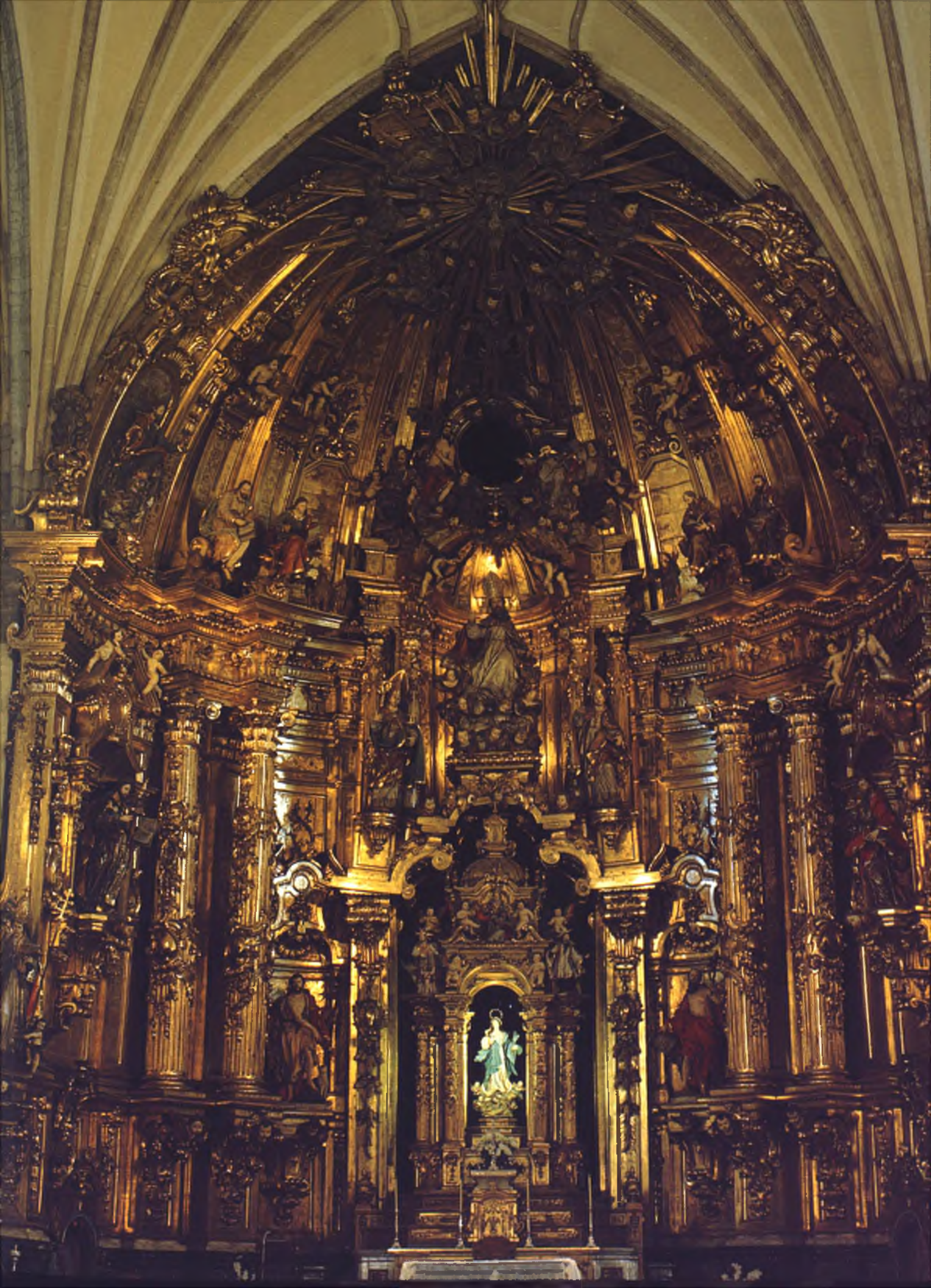
<sup>93</sup> ARRESE, J. L., *Arte religioso en un pueblo de España*. Madrid, CSIC., 1963, pp. 402 y ss.

<sup>94</sup> ANDUEZA UNANUA, P., *La arquitectura*. Op. cit., pp. 72 y ss.

<sup>95</sup> ARRESE, J. L., *Colección de biografías locales...* Op. cit., pp. 89-90. MOLINS MUGUETA, J. L., *La capilla de San Fermín...* Op. cit., pp. 46-47; MOLINS MUGUETA, J. L. y FERNÁNDEZ GRACIA, R., “La capilla de Nuestra Señora del Camino”. *La Virgen del Camino de Pamplona. IV centenario de su aparición (1487-1987)*. Pamplona, Mutua de Seguros de Pamplona, 1987, p. 103; GONÍ GAZTAMBIDE, J., *Historia de los obispos de Pamplona*. S. XVIII. Vol. VII, Pamplona, Príncipe de Viana-Eunsa, 1989, p. 276. ECHEVERRÍA GONÍ, P. L., Op. cit., p. 35; HEREDIA MORENO, M. C., ORBE SIVATTE, M. y ORBE SIVATTE, A., Op. cit., pp. 18, 21-23, 174-179, 181, 185 y 250; FERNÁNDEZ GRACIA, R., *El retablo...* Op. cit., pp. 280-282 y ANDUEZA UNANUA, P., *La arquitectura señorial...* Op. cit., pp. 72 y ss.

<sup>96</sup> ECHEVERRÍA GONÍ, P., “Mecenazgo...”. Op. cit., pp. 176-177.









# LA HORA DE LOS NEGOCIOS. EL TRIUNFO ECONÓMICO DE LOS NAVARROS EN EL SIGLO XVIII

RAFAEL TORRES SÁNCHEZ. UNIVERSIDAD DE NAVARRA

## INTRODUCCIÓN

¿Siguen siendo válidas las razones ofrecidas por Caro Baroja para explicar el triunfo de algunos navarros en la monarquía española durante el siglo XVIII? Si uno recorre su conocida obra de la “Hora Navarra” encontrará una serie de causas que se repiten, como si de un único modelo se tratase, en las sucesivas biografías-modelos que nos presentaba este autor en su libro. Todos, o la inmensa mayoría, compartían una procedencia directa o unos estrechos lazos familiares con el Baztán; un medio ambiente agresivo que impulsaba la expulsión de población, que a su vez estaba respaldado por una legislación consuetudinaria que reforzaba esa emigración; una vez fuera de Navarra, los navarros triunfaban por el apoyo de la familia y del grupo de navarros. Para Caro Baroja, los navarros triunfaron porque tuvieron que emigrar y porque la familia y el grupo les ofreció la solidaridad necesaria para escalar posiciones sociales y económicas. Sobre estas dos bases, los navarros consiguieron alcanzar las más altas cotas de la administración, la milicia, la economía o la Iglesia<sup>1</sup>.

En este esquema de explicación del triunfo de los navarros todo parece encajar, y en lo esencial se ha mantenido sin grandes variaciones. Las dudas surgen cuando se compara con otros casos parecidos o cuando se tiene en cuenta los avances realizados por la investigación en los últimos años. Así, por ejemplo, otras regiones españolas presentaron un modelo de emigración similar al de Navarra, con valles donde la incidencia de la emigración era muy elevada y con medios ambientes igualmente agresivos<sup>2</sup>. Numerosos cántabros, gallegos o alaveses también salían continuamente durante el siglo XVIII de sus lugares de origen, estimulados por una agricultura restrictiva, un ecosistema agresivo, un tipo de poblamiento limitado, unas estrategias familiares que incluían el que algún miembro saliera de la aldea, y hasta un destino prioritariamente hacia Madrid<sup>3</sup>. Aquellos grupos de emigrantes de otras regiones españolas, también usaban de la solidaridad familiar o vecinal para insertarse en la Corte<sup>4</sup>, para encontrar su primer empleo o para escalar en aquella sociedad. El paisanaje y la familia era algo consustancial a los grupos de emigrantes cántabros, gallegos, alaveses o navarros que llegaban a la Corte. Pero la cuestión central es que ninguno de aquellos colectivos consiguió ser un grupo de referencia económica a escala de la monarquía tan importante como el de los navarros. Es decir, sigue siendo pertinente la pregunta de por qué, entonces, los navarros se diferenciaron del resto de emigrantes y alcanzaron un mayor triunfo.

<sup>1</sup> CARO BAROJA, J., *La Hora Navarra del XVIII: personas, familias, negocios e ideas*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1969.

<sup>2</sup> ÁLVAREZ GILA, A y ANGULO MORALES, A. (eds), *Las migraciones vascas en perspectiva histórica (siglos XVI-XX)*, Bilbao, Universidad del País Vasco, 2002.

<sup>3</sup> RINGROSE, D.R., *España, 1700-1900: el mito del fracaso*, Madrid, Alianza, 1996.

<sup>4</sup> CRUZ, J., *Los notables de Madrid. Las bases sociales de la revolución liberal española*, Madrid, Alianza, 2000, especialmente capítulo 5 y 6.



El puerto de Cádiz a comienzos del siglo XVIII. Destino prioritario y centro de operaciones de los más importantes negocios emprendidos por los navarros.



En las modernas teorías sobre el éxito empresarial hay algunas preguntas esenciales, que permiten dirigir convenientemente el análisis. ¿Por qué se triunfa en ese momento, no antes o después? Que llevado a nuestro objeto de estudio significa ¿por qué esas valiosas condiciones sobre las que insistía Caro Baroja no se habían activado antes, ni lo llegaron a hacer después? Al menos con la intensidad que lo mostraron en el siglo XVIII.

Esto nos sugiere no tanto constatar la existencia de triunfadores como centrarnos en las razones concretas de su triunfo en ese momento. Las recientes investigaciones realizadas en la Universidad de Navarra y en otros centros aconsejan volver a colocar esta Hora Navarra en su contexto histórico. Recuperemos la singularidad del momento histórico y su evolución y podremos entender mejor por qué algunos navarros y no otros aprovecharon unas oportunidades. Por qué algunos navarros consiguieron aprovecharse y poner en marcha, lo que los economistas denominan, las palancas de la riqueza. Es decir, oportunidades económicas que surgen en el mercado, ya sea por una mejora en la técnica, en la organización de la producción o en la distribución, y que son aprovechadas de forma eficiente por algunos empresarios hasta convertirlas en nuevas fuentes de riqueza.

De la amplia variedad de navarros que triunfaron fuera de Navarra nos vamos a centrar en el grupo más significativo, pero también más selecto y complicado de acceder, el de los financieros, banqueros y altos comerciantes navarros que triunfaron en la monarquía hispana del s. XVIII. Entrar en estas actividades era extraordinariamente complicado para cualquier persona, una auténtica proeza si tenemos en cuenta el contexto general de una sociedad del Antiguo Régimen, donde el mundo de los negocios era algo extraño a la inmensa mayoría de la población, y donde la promoción resultaba muy difícil debido a la existencia de privilegios. Si conseguir triunfar

era un reto complicado en aquella sociedad, hacerlo en ese mundo de negocios era verdaderamente extraño, ya que requería mucha voluntad, conocimientos y contactos. Todo lo cual nos remite a la fortaleza del individuo y al apoyo de los colectivos. Pero también sabemos por las teorías de la historia de la empresa, que tan importante es disponer de esas cualidades como tener oportunidad de aplicarlas, en definitiva de descubrir y aprovechar las oportunidades.

Los navarros, al igual que los vascos compartieron algo distinto al resto de grupos emigrantes españoles, y fue su temprana presencia en la maquinaria administrativa del Estado. La presencia de segundones de la hidalguía navarra, vizcaína o guipuzcoana en los puestos de secretarios de validos o ministros es casi una constante desde el siglo XVI. Se ha aludido a que eran requeridos por su nivel cultural, su condición hidalga o su extraordinaria fidelidad a la monarquía. De cualquier forma, ocupaban posiciones estratégicas para estar atentos a oportunidades económicas.

El problema para nosotros sigue siendo el mismo, cómo explicar que aquellos navarros fueran capaces de convertir una posición político-administrativa en una fuente de promoción social y económica, hasta el punto de llegar a entrar en el selecto grupo de financieros, banqueros y comerciantes.

## FINANCIEROS AL SERVICIO DE LA CORONA

Los navarros lo hicieron poniendo en marcha una estrategia de vinculación entre la economía navarra y las necesidades de servicio del Estado. La oportunidad vino en un momento de recesión y crisis, como fue el tránsito al siglo XVII. Recesión porque era un momento de hundimiento del imperio español, y crisis porque fue necesaria una guerra civil para asentar y legitimar la nueva dinastía borbónica. El hundimiento del imperio español supuso un descenso en las necesidades financieras del Estado y, consecuentemente, una retirada de España de los financieros extranjeros que hasta entonces habían dominado la Hacienda Real. Esto creó un vacío y una oportunidad, que los navarros van a ocupar para cubrir las necesidades financieras de la monarquía.

La primera gran palanca de riqueza fue el servicio a la corona, y de forma destacada el abastecimiento militar. Este negocio se va a convertir durante la primera mitad del siglo XVII, en manos de empresarios navarros, en la piedra clave que va a soportar y permitir un número más amplio de negocios y, a su vez, nuevas oportunidades y negocios.

¿Por qué es tan importante este negocio? Principalmente porque es el mayor negocio de la época que un capitalista podía emprender<sup>5</sup>. Más del 80% del presupuesto de la corona iba directamente a pagar las fuerzas armadas, y dentro de este gasto, con diferencia, la mayor parte iba destinada al abastecimiento y armamento del ejército. La complejidad de este negocio aumentaba a medida que el asentista extendía su radio de actuación: porque se multiplicaban de forma exponencial las tareas de coordinación. En un mundo donde la información circulaba de forma lenta y selectiva, era una auténtica pesadilla coordinar compras en lugares distantes, conseguir los transportes necesarios, controlar la distribución de los productos contratados y mantener con liquidez una maraña de pagos a todos los involucrados. Todo ello con unos elevados riesgos: pues se dependía de la fluctuación de la producción, ya fuera grano o municiones, de la incierta demanda de unos ejércitos que se movían constantemente, y de la aún más im-

<sup>5</sup> TORRES, R., "El gran negocio de la época, la provisión de víveres al ejército por Francisco Mendinueta (1744-1763)", en AQUEERRETA, S. (Coord.), *Francisco Mendinueta. Finanzas y mecenazgo en la España del siglo XVIII*, Pamplona, Eunsa, 2002, pp.101-134.



previsible capacidad de pago de la Real Hacienda, el resultado era un gran negocio con unos niveles aún mayores de incertidumbres. Pero también ofrecía notables ventajas, ya que las probables quiebras en el negocio podían ser cubiertas por la corona con privilegios o nuevos negocios. Además, la cobertura que obtenía el asentista de actuar con la protección real, le permitía una enorme variedad de negocios complementarios, no siempre lícitos, como el contrabando o la extracción de plata.

La pregunta inmediata es ¿cómo unos navarros llegaron a participar y controlar para toda España este complejo negocio? Los primeros momentos en los que algunos navarros aparecen en Madrid con un cierto nivel de cargo económico y proximidad a la corona es en la década de 1680<sup>6</sup>. El ejemplo bien conocido de Juan de Goyeneche, como tesorero de la reina, simboliza un primer paso previo e imprescindible en ese tipo de negocios. Desconocemos cómo él llegó a tesorero de la Reina, pero si tenemos en cuenta las actividades conocidas de otros navarros y del mismo Goyeneche, puestas de relieve por las investigaciones de M.<sup>a</sup> Concepción Hernández, podemos apuntar como hipótesis que Goyeneche aprovechó su actividad como banquero de la nobleza castellana y navarra residente en Madrid para introducirse en un cargo de cierta relevancia política<sup>7</sup>.

El mecanismo podría ser el siguiente. En el reino de Navarra se recaudaban todos los años numerosas rentas que pertenecían a nobles navarros o castellanos (recordemos que el Duque de Alba, como Condestable de Navarra fue atraído incluso hacia la Congregación de San Fermín), a autoridades eclesiásticas o al mismo rey, que debían ser remitidas periódicamente a Madrid donde residían la mayor parte de sus titulares. La certeza del cobro de estas rentas ofrecía la posibilidad de adelantar fondos a los propietarios de esas rentas. De tal manera, que se abría la posibilidad de un endeudamiento y la “fidelización” del cliente.

Este simple mecanismo permitía que, sin grandes acumulaciones previas de capitales, se generase una circulación de capitales, de rentas, desde los distintos lugares de recaudación en Navarra a Pamplona, y de allí a Madrid. Su utilización como fuente de préstamos, en un contexto generalizado de endeudamiento de la aristocracia y devaluación monetaria, debió generar una espiral creciente en la capacidad de ofrecer servicios en Madrid como importante prestamista. Este negocio de préstamo se fue ampliando con extraordinaria rapidez al incorporarse entre los clientes a funcionarios que eran nombrados para ocupar cargos en América, y necesitaban fuertes sumas para afrontar el desplazamiento y toma de posesión. Las perspectivas de un casi seguro lucrativo puesto en la administración de las Indias, hacía más que aconsejable el préstamo<sup>8</sup>.

Por lo tanto, llamamos la atención sobre estos primeros pasos como banqueros. En los que no se necesitaban importantes acumulaciones de capital ni apenas infraestructura humana, simplemente la confianza de que otro familiar o alguien de confianza en Pamplona girara periódicamente las rentas acumuladas.

<sup>6</sup> AQUEERRETA, S., *Negocios y finanzas en el siglo XVIII. la familia Goyeneche*, Pamplona, Euns, 2001.

<sup>7</sup> HERNÁNDEZ, M.<sup>a</sup> C., *De tributo para la Iglesia a negocio para mercaderes. el arrendamiento de las rentas episcopales en la diócesis de Pamplona (siglo XVIII)*, Pamplona, Euns, 2000.

<sup>8</sup> SOLA CORBACHO, J.C., “El mercado del crédito en Madrid, (1750-1808)”, en TORRES SÁNCHEZ, R. (Ed.), *Capitalismo mercantil en la España del siglo XVIII*, Pamplona, Euns, 2000, pp. 211-246.

La oportunidad para seguir creciendo y activar la gran palanca de riqueza que era el abastecimiento militar vino de la mano del contexto general y de la capacidad de aprovecharlo. Durante las dos últimas décadas del siglo XVII, los compromisos militares españoles en Europa comenzaron a no poder ser atendidos ante la alarmante incapacidad financiera de la co-



El abastecimiento militar fue la clave que sostenía la red de negocios de los navarros

rona. Esto tuvo un efecto inmediato en la reducción del gasto militar, pero también un creciente desinterés de los capitales y asentistas extranjeros por seguir explotando las finanzas reales españolas. Esto ofreció una pequeña puerta por la cual comenzaron a colarse hombres de negocios españoles. Ahora las necesidades militares de la corona se centraban cada vez más en asegurar el abastecimiento de las escasas fuerzas militares en territorio peninsular. Abastecer al ejército en Lérida o al presidio de Fuenterrabía era una actividad muy limitada, casi local o regional, pero más abordable por los pequeños hombres de negocios españoles. El Marqués de Santiago o el Marqués de Valdeolmos, se fueron haciendo un importante hueco en esta actividad<sup>9</sup>.

En este proceso de regionalización y miniaturización del negocio del abastecimiento militar, el reino de Navarra participó de forma intensa. Algunos hombres de negocios navarros, la mayoría de Pamplona, mucho menos conocidos que los navarros de Madrid, pero esenciales en la estrategia de crecimiento de los navarros de Madrid, como José Soraburu, Juan Mendieta, Esteban Moriones, José Aldaz, Adán Maculáin o los Mutiloa, comenzaron a ofrecer en la década de 1690 sus servicios a la corona para realizar un sinnúmero de pequeños asientos militares, casi siempre en Navarra y sus alrededores y sobre todo de víveres. Víveres al presidio de Pamplona, camas a los soldados de Fuenterrabía, transporte a Zaragoza de municiones de Eugui y un largo etc.<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> AQUERRETA, S., "La participación de los financieros navarros en la guerra de Sucesión: el abastecimiento de víveres al ejército" en TORRES SÁNCHEZ, R. (Ed.), *Capitalismo mercantil en la España del siglo XVIII*, Pamplona, Euns, 2000, pp. 273-314.

<sup>10</sup> HERNÁNDEZ ESCAYOLA, M.<sup>a</sup>C., "Hombres de negocio en Navarra en el siglo XVIII. los arrendatarios del estanco del tabaco (1697-1717)" en *Actas del IV Congreso General de Historia de Navarra*, Pamplona, Sociedad de Estudios Históricos de Navarra, 1998, pp. 409-419.



La fábrica de munición de Orbaiceta junto con la de Eugui, sirvieron para aumentar la oferta de servicios de los navarros a la corona

Algunos de estos hombres de negocios eran arrendatarios de diversas rentas de Navarra, reales o episcopales en el obispado de Navarra. Su salto hacia el abastecimiento militar parece estar relacionado con una estrategia de crecimiento lógica. La mayor parte de las rentas eran recogidas en frutos, principalmente grano; por lo tanto, tenían un serio problema para convertir el impuesto recaudado en dinero constante y sonante. Ello les animó a entrar en los asientos de provisión al ejército. Con este negocio complementario, aseguraban la salida del producto y su conversión en dinero, ya que finalmente la corona les pagaría su importe, o les daría nuevos negocios y privilegios.

La condición de asentista conseguida, ofrecía, además, la posibilidad de poner en marcha un sinnúmero de negocios ilícitos, que en Navarra entonces eran posibles con más intensidad que en otros lugares. Como era la introducción de géneros de contrabando europeos y franceses, o la exportación de grano fuera del Reino<sup>11</sup>.

La propia dinámica de crecimiento de estos primeros asientos les llevó a ofrecer a la corona hacerse cargo de operaciones de suministro cada vez más amplias (Pamplona, Navarra, Guipúzcoa, Aragón). Pero esta dinámica requería contactos y protecciones en Madrid, y éstas se podían conseguir a través de los navarros banqueros o instalados en las altas esferas de la administración, como Goyeneche.

Por su parte, Goyeneche inició un primer intento de asiento, de madera y brea a la Marina, en 1699, confiado en la capacidad de organizar desde Madrid el asiento. El espacio regional a cubrir era amplio, todo el Pirineo hasta la ribera del Mediterráneo, y la experiencia escasa. El resultado fue un fracaso y una interesante lección; había que volver la mirada a lo que estaban haciendo a una escala más reducida sus compatriotas en Navarra. De hecho, inmediatamente se asoció con el pamplonés José Vidarte para garantizar la viabilidad del negocio.

El cambio de dinastía y la guerra de Sucesión fueron esenciales para conseguir que, por fin, se pudiera aprovechar esta palanca de riqueza. La postura proborbónica de los navarros, facilitó las tareas a sus hombres de negocios. El reino de Navarra fue estratégico en el desarrollo del conflicto. Por sus tierras entraron, primero, tropas españolas repatriadas y, más tarde, todo el contingente militar francés. Las fábricas de Eugui resultaron esenciales para comenzar a sustituir las primeras importaciones de munición francesa y contribuyeron de forma decisiva a los combates en Aragón y Cataluña. El grano de Navarra fue igualmente importante en el suministro de víveres al ejército borbónico. Durante los años de la guerra todo se aceleró. Se multiplicaron los contratos con hombres de negocios navarros de Madrid y de Navarra. Los anteriores arrendatarios y asentistas ahora pasaron a ocupar puestos claves de las finanzas reales y forales navarras. Soraburu como Tesorero de Guerra, Mutiloa a Tesorería General, Jerónimo Aranguren al vínculo.

Vemos como en pocos años, las urgencias de la guerra y los impagos llevan a que la corona prorrogue los asientos y consolide estos hombres de negocios de Navarra, individuos que a su vez consiguen para ellos mismos el arrendamiento de las rentas de Navarra y la extensión de la escala geográfica de sus operaciones. Ahora, el dinero claramente fluye hacia Navarra. Goyeneche, Valdeolmos, Iturralde, Sesma, influyeron en esos momentos en la política para asegurar que todo siguiera funcionando. Bajo la capa de estos asientos se estaba ganando proyección política y se estaban haciendo negocios fabulosos.

<sup>11</sup> ESCOBEDO ROMERO, R., "El contrabando y la crisis del Antiguo Régimen en Navarra (1778-1808)", en *Príncipe de Viana*, 221, 2000, pp. 695-730.





Composición de las raciones que daba el financiero navarro Nicolás Ambrosio Garro a los marineros de la armada española, 1776. (AGS, DGT, INV 25, LG 25).

La siembra de esta auténtica dinámica se recogerá al finalizar la guerra. Muchos navarros se han enriquecido, pero sobre todo, los navarros de Madrid, que además acumulan ahora una mayor experiencia y una presencia política que les lleva a dar el gran salto: plantear el abastecimiento militar a escala nacional. Esto hace que definitivamente esta palanca de la riqueza se traslade a Madrid.

Desde entonces, y hasta el inicio de la década de 1760, el dominio de los navarros en los grandes asientos militares es casi absoluto. A excepción de la producción de vestidos militares y los asientos de hospitales, el resto estará en manos de estos navarros (presidios africanos, víveres al ejército, a la marina, suministros y materiales de todo tipo). Este casi monopolio se convirtió en una fuente inagotable de acceso a otros negocios, principalmente hacendístico. El mecanismo era el mismo: los impagos de la corona fortalecían al asentista y le permitían el ascenso al arrendamiento de rentas, ahora provinciales. En esta dinámica final de crecimiento y presencia política fue cuando los navarros alcanzarán los mayores puestos en la administración borbónica, como ministros de Hacienda, Juan Bautista Iturralde, Miguel de Múzquiz o Ambrosio Garro, o siete Tesoreros Generales.

¿Y qué paso con el resto de navarros de Navarra, que tan útiles habían resultado para poner en marcha esta dinámica? En general, tuvieron que volver a centrarse en sus negocios locales, principalmente en el arrendamiento de rentas episcopales, como ha demostrado María Concepción Hernández o el comercio y contrabando, como estudió Ana Azcona<sup>12</sup>. Pero también hubo significativas excepciones, que nos hablan del papel desempeñado por los hombres de negocios residentes en Navarra y de su capacidad de gestionar el cambio. Fue el caso de Juan de Mendinueta y su hijo Francisco Mendinueta. Juan de Mendinueta, comerciante, arrendatario de rentas y asentista durante la Guerra de Sucesión, dejó toda su herencia y experiencia a su hijo Francisco, a quien envió, con toda su herencia a Madrid. Durante la década de 1720 y 30, Francisco Mendinueta se asoció con otro importante asentista navarro, Miguel Arizkun, primo hermano, siguió encargándose del abastecimiento en Navarra, asociado con su cuñado Pedro Fermín Goyeneche. Esta experiencia de servicio al rey le valió que en 1744, a sus 48 años se le concediera el asiento de provisión de víveres al ejército de toda España, desbancando incluso a otro financiero potente, de origen francés-aragonés-navarro, como era la casa Valdeolmos.

Mendinueta, en plena ofensiva de la Real Hacienda, para eliminar los arrendamientos de rentas provinciales, complemento esencial en el negocio de los asientos anteriores, supo ofrecer a la corona lo que en esos momentos requería y necesitaba: un asiento unitario para toda la Península. La corona había aprendido que la variedad de asentista complicaba extraordinariamente las tareas de control, por lo que optó por fortalecer sólo a uno. La entrada de Mendinueta en este macro negocio no fue casual, entraba sabiendo lo que hacía y con aspiraciones de mantenerse. De hecho, estuvo al frente de este negocio hasta 1763.

Su caída, en el momento álgido de su vida como empresario, cuando había empezado a invertir en América plantaciones de azúcar o esclavos, es muy significativa porque marca el final de una etapa para algunos navarros. Esquilache, ministro, pero asentista en su juventud

en Nápoles, conocía suficientemente el negocio, y optó por contrapesar las ofertas de los navarros con otros hombres de negocios españoles y grupos económicos que es-

<sup>12</sup> AZCONA, A., *Comercio y comerciantes en la Navarra del siglo XVIII*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1996.

PRORRATEO

RACION ORDINARIA.

Maravedis 2 100. abos  
de vellon 3 de maravedi

Vizcocho ordinario..... 18. onzas .....	33.....	43.....
Vino .... .. 1 $\frac{1}{2}$ quartillos.....	26.....	78.....
Tocino 4. onzas con 5. de Menestra.		
O 3. onzas de Carne salada , 2. de Tocino , y 5. de Menestra.		
O 5. de Queso con 3. de Menestra , y 1. onza de Aceyte.		
U 8. onzas de Carne fresca , 2. de Tocino , y 2. de Menestra.		
O 4. onzas de Bacalao , 5. de Menestra , 1. onza de Aceyte , y $\frac{1}{2}$ de quartillo de Vinagre.	26.....	82.....
O 9. onzas de Menestra , con 2 $\frac{1}{2}$ onzas de Aceyte.		
O 3. onzas de Vizcocho ( además de las 18. diarias ) con 1 $\frac{1}{2}$ onzas de Aceyte , $\frac{1}{2}$ cabeza de Ajos para Gazpacho , y 2. onzas de Tocino , y 2. de Menestra.....		
Aceyte ..... 1. onza .....	3.....	15.....
Vinagre. .... $\frac{1}{2}$ de quartillo. ....	1.....	9.....
Leña..... 1 $\frac{1}{2}$ Libras.....	2.....	55.....
Sal .... $\frac{1}{1000}$ abo de Celemin. ....	0.....	8.....
Agua, ..... 1. Azumbre. ....	2.....	10.....
	<u>96.....</u>	<u>.....</u>

NOTA.

Si se ofrecen Generos quebrados , se hán de abonar por cada 2. onzas de Menestra fina ò 3. de la ordinaria 4. mrs.  $\frac{22}{100}$  abos de otro de vellon : por cada 3. onzas de Carne salada 8. mrs. y  $\frac{1}{100}$  abo de otro: por cada dos onzas de Tocino otros 8. mrs. y  $\frac{1}{100}$  abo de otro : por cada 5. onzas de Queso 18. mrs. y  $\frac{22}{100}$  abos de otro : por cada 4. onzas de Bacalao 11. mrs.  $\frac{22}{100}$  abos de otro ; y por cada cabeza de Ajos 2. mrs. y  $\frac{22}{100}$  abos , todo de vellon y los demás Generos por los precios que ván señalados en el Prorrateo.

DIETA.

12. onzas de Vizcocho blanco. ....	32.....	7.....
$\frac{1}{2}$ de Gallina con 8. onzas de Carnero , ò 16. de éste solas.	83...	81.....
8. onzas de Carbon.....	2.....	12.....
	<u>118.....</u>	<u>.....</u>

Nicolás Ambrosio  
de Garro.



taban surgiendo. El resultado fue una rápida desaparición de los navarros de los principales puestos de este negocio. Si el abastecimiento militar aupó a los navarros al primer puesto entre la élite financiera española, su eliminación los envió a una posición de rentistas.

Por lo tanto, la guerra de Sucesión y la fidelidad de los navarros a los borbones, les permitió activar unas oportunidades, que su crecimiento en Navarra y posicionamiento en Madrid, les permitió aprovechar, de forma especial, el acceso a numerosos contratos de abastecimiento militar. Aquí los navarros adquirieron una experiencia en la gestión de este complicado negocio y ganaron liquidez y crédito para afrontar cada vez mayores contratos. Primero fueron abastecimiento de tropas estacionadas en Pamplona o Fuenterrabía, más tarde tropas en tránsito, al final regiones enteras y, tras la guerra, el premio el abastecimiento de todas las fuerzas armadas españolas. La tendencia al endeudamiento de la corona posibilitó a los navarros seguir subiendo. Los impagos de contratos fueron frecuentemente saldados con la concesión de rentas y cobro de impuestos en arrendamiento. Los navarros aceptaron el reto, y pronto llegaron a dominar los pilares de la Hacienda: los ingresos y los gastos. Su poder se manifestó en el nombramiento de alguno de estos navarros como ministros de Hacienda, a la vez que mantenía sus negocios con el Estado.

## BANQUEROS Y COMERCIANTES

Hubo otra segunda gran palanca de riqueza, mucho menos conocida, entre otras cosas porque el libro seminal de D. Julio no la abordó, pero que tuvo unos efectos similares para algunos navarros en Madrid y en Navarra, como fue el comercio y la exportación de lanas.

Una de las razones por las que sabemos poco de este tema es porque los comerciantes, en general, dejaron un rastro documental menor, salvo que se disponga de su correspondencia o documentación comercial. Si, además, no pasaron por la política, principal fuente de referencia, el resultado es, en muchos casos, el anonimato. No es el caso de un vecino de Zugarramurdi, Juan Bautista Dutarí, quienes nos han dejado su archivo personal y comercial, que aunque incompleto, permite conocer el horizonte económico de otro tipo de navarros que triunfaron en la Corte, pero utilizando otras palancas de riqueza<sup>13</sup>.

Con apenas 20 años se trasladó hacia 1730 a Madrid, donde tenía otros familiares ya introducidos en el pequeño comercio. Sus comienzos son verdaderamente humildes. Primero como administrador de un almacén que tenían en Madrid la Real Fábrica de Guadalajara, y a comienzos de la década de 1740 con una pequeña tienda en la plazuela de Antón Martín. Su actividad se limitaba a la venta de diversos géneros que compraba a mayoristas de Madrid y Toledo. En los años siguientes se traslada a otra tienda, ahora en la calle de las Postas, y amplía la oferta de género, introduciendo productos coloniales (papel de Génova, cacao, holandillas, hilo de Bayona, azúcar de la Habana, canela...) también comprado a mayoristas. Esta nueva tienda le permitió ingresar en los poderosos Cinco Gremios Mayores. Su horizonte económico se estaba ampliando.

A través de su libro diario, sabemos que entre sus clientes comienzan a aparecer apellidos vascos y navarros, de personas que abren cuentas y van retirando pequeñas cantidades de productos. En pocos años, entre los clientes habituales comienzan a aparecer personas conocidas, e incluso algunas de cierto nombre en el mundo de los negocios de Madrid de la segunda mi-

<sup>13</sup>TORRES SÁNCHEZ, R., "Lana y banca. Los servicios financieros al negocio lanero en el siglo XVIII", en GONZÁLEZ ENCISO, A. (Coord.), *El negocio de la lana en España (1650-1830)*, Pamplona, Eunsa, 2001, pp. 235-259.

4398.2

con sus gastos

Cuenta y retorno, suma letra dada en Valladolid en 15 de Feb. de 1772. por Vra. Colmenaria a cargo de su p<sup>ro</sup>mo. pagado sum. v. 1500 a 30 p<sup>er</sup>cen por Vra. Colmenaria a cargo de su p<sup>ro</sup>mo. en tan que la puso a d<sup>o</sup>. Juan Antonio Romero y era a la d<sup>o</sup>. Juan Bap. por quenta de d<sup>o</sup>. Miguel Antonio de Loperena y Tejada a cargo de d<sup>o</sup>. Antonio Anibarro de Valladolid quien la acepta a pagar en Casa de los d<sup>o</sup>. Pedro Camarero y f<sup>u</sup>mp<sup>o</sup>. se enca que se ha protestado por falta de personal pagam. y como sigue.

Imp. ta la letra .....	1500.	
Procurador .....	15.	
Dañó a la letra q <sup>e</sup> hemos dado a p <sup>er</sup> cen .....	15.	
Por n <sup>ra</sup> comisión a 1/2 p <sup>er</sup> cen .....	7. 22	
		1530.
		165.
		38.
		197.
		330.

hemos dado n<sup>ra</sup> letra, a d<sup>o</sup>. Miguel Antonio de Loperena y Tejada, a cargo de d<sup>o</sup>. Antonio Anibarro de Valladolid, en 15 de Feb. de 1772. en tan que la puso a d<sup>o</sup>. Juan Antonio Romero y era a la d<sup>o</sup>. Juan Bap. por quenta de d<sup>o</sup>. Miguel Antonio de Loperena y Tejada a cargo de d<sup>o</sup>. Antonio Anibarro de Valladolid quien la acepta a pagar en Casa de los d<sup>o</sup>. Pedro Camarero y f<sup>u</sup>mp<sup>o</sup>. se enca que se ha protestado por falta de personal pagam. y como sigue.

tad del siglo XVIII: José Bringas, Pedro Casamayor, Romero de Tejada, Felipe Abancino o Domingo Carranza. Del mismo modo, navarros ilustres de la Corte tenían cuenta abierta en su tienda, como era Francisco Miguel de Goyeneche.

Compra de lana por el comerciante tafallés Miguel Antonio Loperena (AHBE, secretaría, LG 18569).

En los años siguientes el negocio siguió floreciendo y ampliándose. Dutari comenzó a ofrecer a sus clientes habituales la posibilidad de comprar en diversas tiendas de Madrid con cargo a la cuenta que tenían abierta en su tienda. Al mismo tiempo, comenzó a adelantar a algunos clientes pequeñas cantidades de dinero, que ya no respondía a ninguna venta. Durante la década de 1750, el negocio se amplió en calidad y en posición comercial. Tendió a limitar el surtido de artículos y a especializar la tienda en productos coloniales. Pronto prescindió de los mayoristas madrileños y se dirigió directamente a proveedores en Cádiz y San Sebastián. Al entrar en contacto con estos proveedores, comprendió las posibilidades del emergente mercado de los instrumentos financieros y provisión de medios de pagos. En pocos años comenzó a ofrecer letras de cambio y servicios financieros a otros comerciantes de Madrid que querían pagar a proveedores en los puertos españoles, o transferir fondos desde diversas ciudades a la Corte, apareciendo por primera vez Pamplona en estos servicios de intermediación financiera.

Paralelo a este ascenso comercial y financiero, en la Ribera de Navarra algunos hombres de negocios estaban comenzando a participar de forma muy activa en la explotación y comercio lanero. El punto de arranque de esta actividad parece estar unida al arrendamiento de



la renta de lanas por la casa de Miguel de Arizkun entre 1731 y 1748, que consiguió desviar buena parte de las exportaciones y el contrabando de lana hacia los puestos aduaneros navarros<sup>14</sup>.

Hacia los años 1750 algunos de los comisionistas de la Ribera, residentes en poblaciones como Corella o Cintruénigo, que habían participado en la salida por la ruta terrestre de lanas, comenzaron controlar todo el circuito de comercialización desde los lavaderos hasta Bayona. Alguno de estos navarros de la Ribera, como Pedro Liges, mostró una extraordinaria capacidad para organizar la producción y transporte de la lana hasta Francia.

Las características del negocio de la lana, como ha demostrado Agustín González, exigía de una compleja logística, ya que había que atender salarios y gastos desde la trashumancia de rebaños a Extremadura o Soria, pastores, hierbas, esquilado, lavaderos y transporte<sup>15</sup>. Liges, por ejemplo, podía atender el negocio, pero escapa a su capacidad atender los innumerables pagos que se requería. Por lo tanto, se dirigió a Dutari, se asoció con él. Los gastos en los que incurría Liges y sus comisionistas serían satisfechos en Madrid por la Casa Dutari.

El acuerdo funcionó a la perfección. El volumen de lana producida y exportada creció considerablemente. En los años siguientes, dieron un nuevo paso comenzando a contratar los rebaños de otros nobles que residían en Madrid. La presencia en Madrid de todos los mayores propietarios de rebaños de España, ofrecía a Dutari y Liges una oportunidad que supieron aprovechar. El resultado fue que hacia 1770 algunas de las principales pilas y lanas de Madrid pasaban por el escritorio de Dutari. Al final estos dos navarros eran capaces de enviar directamente a Londres, Rouen o Amsterdam, cantidades muy importantes de lana lavada.

Conseguir colocar estas ingentes cantidades de lana en los mercados europeos ofrecía, además, la posibilidad de abrir cuentas corrientes con los comerciantes europeos importadores. Como el comercio español con Europa era deficitario, se importaba mucho más que se exportaba, había una gran demanda de letras de cambio para Europa. El resultado fue que comerciantes importadores de Cádiz, Madrid, Bilbao o Pamplona, empezaron a acudir a la Casa de Dutari para que le ofreciera medios de pagos contra plazas europeas como Londres, Rouen o Amsterdam.

Esta dinámica de crecimiento sólo se vio interrumpida a finales de siglo, cuando España perdió el monopolio de la lana merina, porque Europa descubrió otras vías de aprovisionarse de lana (Alemania o Australia) y una súbita e intensa paralización del comercio exterior en los primeros años del siglo XIX provocó la ruina de la Casa Dutari y de algunos de la mayor parte de los productores de la Ribera de Navarra.

En definitiva, los navarros que participaron en esta aventura no sólo procedían del Baztán, como sabíamos por la obra de Caro Baroja, también hubo navarros de Pamplona o de la Ribera entre las filas de los triunfadores. De hecho, uno de los subgrupos menos conocidos fue

el de los navarros de la Ribera que consiguieron aprovechar la importante exportación de lana española a Europa para disponer de otra notable base de ascenso social y económico. La alianza en los hombres de negocios en Navarra y los financieros navarros en Madrid dio como resultado un desvío de este tráfico lanero hacia las tierras navarras.

<sup>14</sup> AQUEERETA, S., "Reforma fiscal y continuidad en el sistema de arrendamientos: la renta de lanas en el reinado de Felipe V" en GONZÁLEZ ENCISO, A. (Coord.), *El negocio de la lana en España (1650-1830)*, Pamplona, Euns, 2001, pp. 109-174.

<sup>15</sup> GONZÁLEZ ENCISO, A., "El comercio de lanas por la Aduana de Ágreda en 1781" en *Cuadernos de Investigación Histórica*, n.º 18, 2001, pp. 319-325.



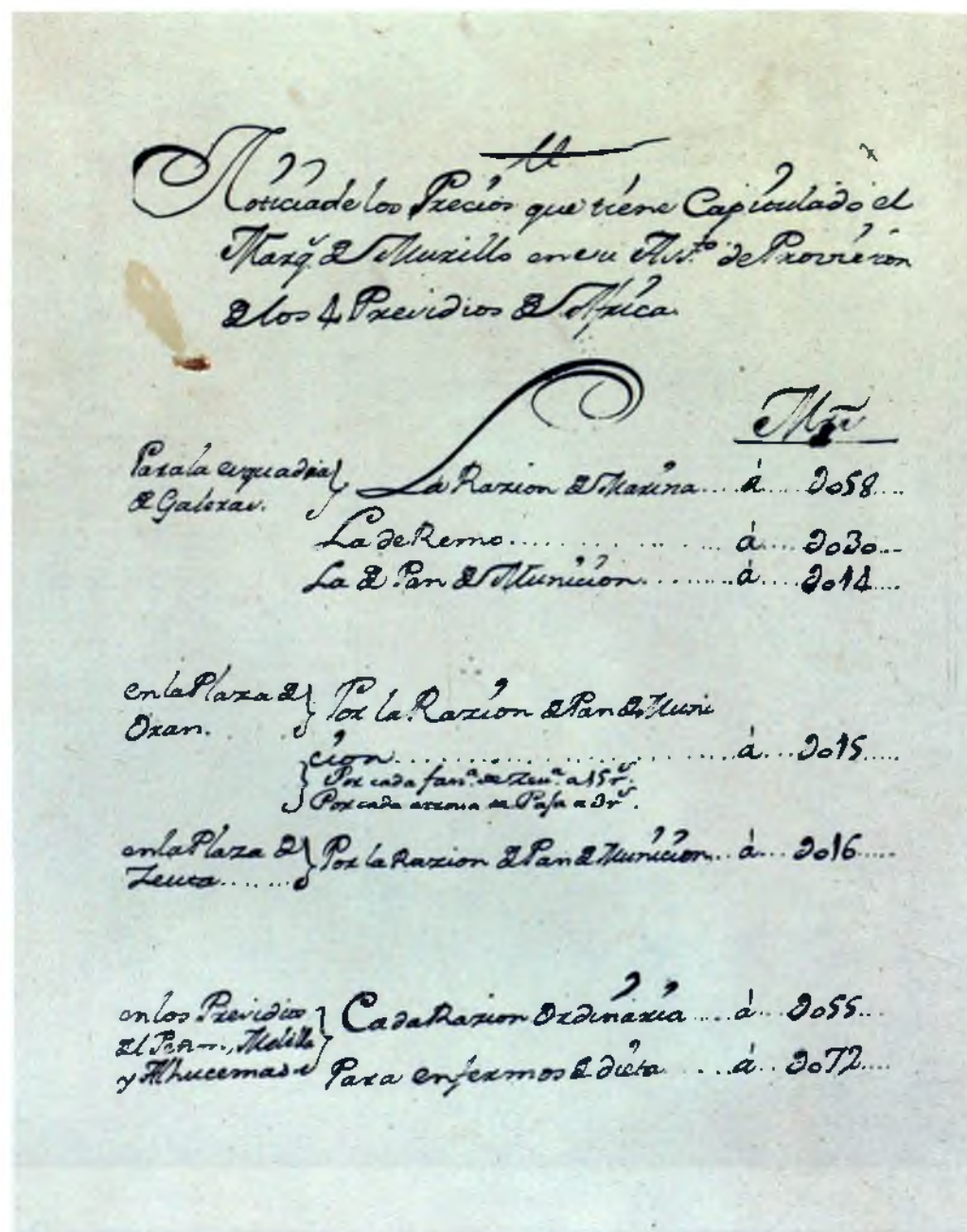
Los cuantiosos rendimientos de este negocio, mitad legal y mitad contrabando, reforzó la posición de los hombres de negocios navarros en Madrid, hasta el punto de conseguir atraer la compra y distribución de la mayor parte de las cabañas de los grandes propietarios, en su mayoría de Madrid. Es decir, el negocio de la lana fue otra palanca de riqueza, y algunos navarros, de Madrid y de la Ribera, consiguieron aprovechar la oportunidad de una fuerte demanda europea y vincularla a la capacidad financiera y de contratación lanera que se podía realizar desde Madrid.

*Mercado colonial. Plaza Mayor de México. Las ferias de México fueron el destino final de los intercambios comerciales dirigidos por navarros.*

## LOS COMERCIANTES

La tercera palanca de crecimiento fue el comercio americano. En este repaso de los hombres de negocios navarros que triunfaron en la monarquía durante el siglo XVIII el último escalón lo ocupaban los comerciantes. En realidad, es casi imposible separar a los financieros de





Provisión de viveres a los pre-  
sidios españoles en el norte  
de África por el asentista na-  
varro Marqués de Murillo.  
1745. (AGS, INV 25, LG 14).

los comerciantes. Con frecuencia todo financiero y banquero era también comerciante, porque a través del comercio y de las redes comerciales era como ejercían sus funciones financieras. Estrictamente, los comerciantes centrarían sus actividades en el comercio y no participarían de forma asidua en servicios financieros al Estado y a particulares, aunque también con frecuencia colaboran con aquellos financieros y banqueros.

En comparación con los financieros, Caro Baroja prestó menos atención a los comerciantes navarros que triunfaron fuera de Navarra durante el siglo XVIII. La dispersión de fuentes y un mayor anonimato explican esta ausencia. Por el contrario, los estudios de investigación realizados en los últimos años sobre comunidades mercantiles en diversas ciudades de la monarquía española han permitido descubrir una presencia navarra muy destacada y dispersa por toda la monarquía española.

No se ha realizado todavía un estudio sistemático de esta presencia, y por lo tanto es difícil cuantificar a escala global su distribución geográfica o sectorial, pero todo indica que los comerciantes navarros formaban durante el siglo XVIII uno de los grupos más activos e importantes de los principales centros comerciales de la Monarquía: Madrid, Cádiz, Buenos Aires, Veracruz, Cuba o Lima. El éxito de los navarros está relacionado con su emigración masiva, pero sobre todo con la forma y características del comercio del siglo XVIII.

El mayor problema que tenía que afrontar la actividad comercial era la inseguridad. La posibilidad de hacer negocios en aquella época estaba determinada por unos mercados mal estructurados y donde la información circulaba de forma lenta e inestable. Trabajar en aquellos mercados significaba asumir numerosos riesgos, el más importante la incertidumbre del crédito personal: ¿cómo asegurar que se cobrará un servicio o una compraventa? Para reducir la incertidumbre, el capitalismo mercantil buscó asegurar espacios de confianza, elevó a la máxima categoría el valor de la confianza. No era suficiente tener capacidad económica, era mucho más importante tener "crédito", es decir, generar confianza en el resto de la comunidad mercantil. Un medio eficaz de conseguir esta confianza era recurrir a familiares y paisanos. Las redes familiares y de paisanaje permitieron operar con estabilidad en mercados inseguros.

Fue en esta construcción de redes familiares y de paisanaje donde los navarros se mostraron especialmente activos y fiables. La clave de su éxito estuvo precisamente en la confianza con la que los comerciantes navarros trabajaban entre sí, y ofrecían este servicio fiable a otros comerciantes u otras personas que requirieran sus servicios de intermediación comercial o financiera. Este mecanismo llevaba a una continua ampliación de servicios y actividades emprendidas, por lo que era muy difícil encontrar comerciantes navarros especializados en algún tipo de negocio, más bien todo lo contrario.

Caro Baroja ya apuntó la existencia de algunas sagas familiares de comerciantes navarros, donde destacaba el sistema de incorporación de nuevos miembros mediante lo que él denominaba "la llamada del tío al sobrino". Esta realidad era cierta para las primeras fases de expansión de esos grupos de comerciantes, pero más importante aún parece ser que era el trasvase de miembros entre familias de comerciantes ya establecidas. De hecho, con el fin de consolidar la confianza entre los distintos participantes de las redes comerciales, se enviaba a familiares, principalmente hijos y hermanos, a otros comerciantes navarros con el objeto de que aprendiera el funcionamiento de algún mercado o técnicas de escritorio y contabilidad. Así, era habitual que, por ejemplo, un comerciante navarro de Madrid enviara a su hijo a Cádiz o a Veracruz, a casa de otro comerciante navarro, no necesariamente familiar, a pasar varios años y aprender algún aspecto relacionado con su actividad comercial. Es decir, la red comercial entre familiares y paisanos se mantenía activa por la propia relación comercial y por el intercambio educativo y formativo de sus miembros, al que contribuía de forma más esporádica la incorporación de familiares procedentes de Navarra.

¿A qué se dedicaban estos comerciantes y dónde? Los estudios disponibles apuntan a la existencia de un eje principal en el que se situarían la mayoría de los comerciantes navarros: Navarra-Madrid-Cádiz-La Habana-Veracruz-Lima y Buenos Aires. Este eje concentraría a la parte más importante y activa de aquellos comerciantes. Hay que advertir que no se trataría de un recorrido y sus etapas. Más bien se trataría de una red con aquellos nudos, entre los que



los navarros circulaban en sentidos muy diferentes. Así, por ejemplo, uno de los circuitos más interesantes fue el de los emigrantes que iban a América, y tras pasar bastante tiempo allí, volvían a España y se instalaban en Cádiz, como fue el caso de Juan Miguel Aguerreverre<sup>16</sup> o Miguel Iribarren<sup>17</sup>.

En estas redes comerciales el centro estuvo de forma sobresaliente en Cádiz, más incluso que en Madrid. El traslado del Consulado desde Sevilla a Cádiz a comienzos del siglo XVIII, es decir, en plena etapa de ascendencia de influencia de los navarros en la corte madrileña, fue una buena coyuntura para reestructurar las redes comerciales, lejos de los intereses creados en Sevilla<sup>18</sup>. Dos van a ser las vías de entrada en el comercio gaditano: desde América o desde Navarra. Desde América respondía a una lógica de emigración muy instalada en toda la Edad Moderna<sup>19</sup>, pero que en el siglo XVIII van a cobrar una dinámica diferente. La razón estuvo en la expansión comercial durante ese siglo y en un papel algo más activo de los comerciantes españoles, en detrimento del dominio conseguido por los extranjeros. Este factor, junto al crecimiento y diversificación de la producción de mercancías en Europa y América, ofreció nuevas oportunidades a los navarros que habían emigrado a América de participar en un comercio de importación de productos desde la metrópoli o en la exportación de coloniales<sup>20</sup>. Productos como el azúcar, tabaco, añil o cueros salían de los circuitos comerciales tradicionales centrados en la plata, y más controlados por otros grupos comerciales. La oferta hacia Europa se completaba con la importación de productos europeos que había que distribuir en las colonias americanas, principalmente textiles, papel o productos metalúrgicos. En la distribución interior, los contactos con otros navarros que habían triunfado en la administración colonial resultó esencial y ofreció nuevas oportunidades<sup>21</sup>.

Sobre esta base de oferta de servicios de intermediación en América, los navarros dieron valor añadido instalándose o estrechando lazos con otros navarros en Cádiz. Hacia la capital gaditana se fueron dirigiendo a lo largo del primer tercio del siglo XVIII un número creciente de emigrantes navarros. Sus primeras actividades comerciales en Cádiz no fueron exitosas, y abundan las quiebras. Un ejemplo bien estudiado de las dificultades de instalarse en Cádiz fue la familia Uztáriz, quien hasta la tercer generación estuvo llegando y abandonando Cádiz<sup>22</sup>. Aún a riesgo de generalizar, podemos apuntar que durante la primera mitad del siglo XVIII, los navarros en Cádiz tuvieron una menor actividad, al menos si la comparamos con la segunda mitad del siglo. En esta primera mitad, los comerciantes navarros aparecen más como cargadores de productos nacionales, rara vez extranjeros, que otros comerciantes querían enviar a América. En los envíos destacaba la presencia de hierros y productos manufacturados que procedían de las ferrerías vascas, y que la solidaridad entre vascos y navarros en Cádiz facilitaba<sup>23</sup>.

Por el contrario, durante la segunda mitad del siglo se amplía de forma notable la presencia de navarros en Cádiz y, sobre todo, la variedad y responsabilidad de los negocios emprendidos. Los navarros se muestran especialmente activos en su capacidad de atraer propietarios de mercancías, cuyo origen geográfico se amplía notablemente, con creciente presencia de productores extranjeros. En algunos casos, con contactos directos con los centros productores en Europa. Esta dinámica de crecimiento llevó a los comerciantes navarros a aumentar los productos propios enviados a América. Es

<sup>16</sup> MALAMUD RIKLES, C., *Consecuencias económicas del comercio directo francés en el espacio peruano (1698-1725)*, Madrid, Editorial Complutense, 1982.

<sup>17</sup> MARTÍNEZ DEL CERRO GONZÁLEZ, V.E., *Una comunidad de comerciantes: navarros y vascos en Cádiz (segunda mitad del siglo XVIII)*, Tesis Doctoral defendida en la Universidad de Navarra, Pamplona, 2004.

<sup>18</sup> FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, F., *Comerciantes vascos en Sevilla, 1650-1700*, Sevilla, Diputación de Sevilla, 2000.

<sup>19</sup> VÁZQUEZ DE PRADA, V., "Algunas consideraciones en torno a la emigración de navarros al Nuevo Mundo", en *Príncipe de Viana*, 13, 1991, pp. 31-40.

<sup>20</sup> SOCOLOW, S., *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: familia y comercio*, Buenos Aires, La Flor, 1978.

<sup>21</sup> AMORES CARREDANO, J.B., *Cuba en la época de Ezpeleta (1785-1790)*, Pamplona, Eunsa, 2000.

<sup>22</sup> MARTÍNEZ DEL CERRO GONZÁLEZ, V.E., *Op. cit.*

<sup>23</sup> GARATE OJANGUREN, M., "Navarros y guipuzcoanos unidos en empresas económicas del siglo XVIII", *Revista Internacional de los estudios vascos*, XXXVII, 1992, pp. 25-42.

decir, fueron dejando de ser cargadores “pasivos”, meros intermediarios, y pasando a ser comerciantes activos que conseguían directamente las mercancías que demandan sus compañeros de América. Se llegó al significativo extremo de que algunos de estos comerciantes se hicieron industriales e invirtieron en producciones, como fue el caso de la familia Uztáriz en la Real Fábrica de Talavera de la Reina, con la que se conseguía tejidos, poderosos aliados – los Cinco Gremios Mayores– y la protección de la corona para sus negocios<sup>24</sup>.

Esta expansión económica de los comerciantes navarros durante la segunda mitad del siglo XVIII, fue acompañada por una mayor diversificación de sus inversiones. El motivo era reducir la inseguridad de los beneficios obtenidos del comercio. Los comerciantes comenzaron a invertir en compañías de seguros, se multiplicaron las compras de terrenos y fincas inmobiliarias, principalmente en la ciudad de Cádiz y alrededores, como tierras y bodegas en Jerez, y se adquirieron participaciones en otras compañías comerciales o en deuda pública del Estado. Esta búsqueda de inversiones seguras permitía más estabilidad, pero reducía la vitalidad de estos comerciantes, además, vinculaban a estos comerciantes al desarrollo económico de la ciudad andaluza y del Estado, lo que finalmente terminó limitando el futuro de estas casas comerciales navarras.

## CONCLUSIONES

La voluntad del individuo, el apoyo de la familia y paisanos, y el estímulo de un ecosistema hostil podían ser incentivos más que suficientes para iniciar el camino de la emigración, pero no razones concluyentes para explicar el triunfo de los navarros en el siglo XVIII, y menos en algo tan complejo y alejado de aquella sociedad como era el mundo de los negocios. Los hombres de negocios navarros que triunfaron lo hicieron sabiendo aprovechar unas oportunidades únicas, casi irrepetibles. Tanto el abastecimiento militar como el negocio de la lana o la intermediación colonial fueron auténticas palancas de riqueza porque fueron gestionadas de forma inteligente y eficaz por unos hombres de negocios navarros, que más allá de su origen, supieron unir su capacidad de gestión con un especial sentido de la oportunidad.

Los navarros que triunfaron en la Corte no lo hicieron de espalda a Navarra. Como hemos visto, Navarra y los hombres de negocio en Navarra fueron esenciales en las estrategias de crecimiento de los navarros de Madrid. No sería muy descabellado afirmar que sin Navarra, los navarros de Madrid no habrían triunfado en la Corte. En este intercambio de apoyos y oportunidades entre Navarra y Madrid, el viejo Reino tenía más que perder, pues, las palancas utilizadas dependían en última instancia de Madrid, tanto para asegurar los asientos y negocios complementarios, o por ser la residencia de los grandes propietarios de lana.

No obstante, Navarra también se aprovechó de estos negocios. Buena parte de los triunfadores en Madrid procedía de los valles del Norte, pero los servicios de intermediación financiera y comercial en la que se vieron implicados muchos hombres de negocios de Navarra, se realizaban en Pamplona. El poder económico no se desplazó hacia el norte, como pudiera pensarse, sino que confirmó la importancia focal de Pamplona. Incluso podemos apuntar que permitió que la Ribera participara en este crecimiento.

El éxito comercial de los navarros se centró principalmente en su emigración a América y

<sup>24</sup> RUIZ RIVERA, J., “La Compañía de los Uztáriz, las Reales Fábricas de Talavera y el comercio con Indias”, *Anuario de estudios americanos*, XXXVI, 1979, pp. 209-250.



Asiento de provisión de jarcias para buques por Juan Francisco Goyeneche, 1717 (AGS, DGT, INV. 7, LG. 2)

en su capacidad de aprovechar las oportunidades que ofrecía un mercado en expansión como el Atlántico. Su dinámica de expansión fue constante a lo largo de todo el siglo XVIII, y se concentró más en la segunda mitad, precisamente cuando más crecieron los contactos comerciales con las colonias americanas. El mayor éxito de los comerciantes navarros fue construir redes de comerciales que ofrecían servicios de intermediación y, sobre todo, conseguir participar en estas redes de forma cada vez más activa, hasta el punto de adquirir barcos y contratar directamente o producir mercancías.

Los navarros triunfaron aprovechando un contexto histórico y unas oportunidades concretas, por ello cuando éstas cambiaron también se tambaleó con rapidez su presencia. Las funciones de grandes intermediarios al servicio del Estado y de negocios privados desarrolladas por los navarros tenía el grave inconveniente de que podían ser destruidas con rapidez si, como ocurrió a finales del siglo XVIII, se alteraban las bases en las que se apoyaban: Estado y comercio. Por diversas vías, el futuro de los financieros, banqueros y comerciantes navarros se había vinculado al del Estado y de la monarquía borbónica. La crisis de su Hacienda y el desmoronamiento de su sistema económico y comercial arrastró en su caída a los hombres de negocios navarros.

D. D. Fran. de Goyeneche

Alto.

De la Cant.<sup>a</sup> de mar & reloga  
gan por el valor de la jarcia,  
Cables, y Calabrotes, & se  
obligo a Prover

g. Macinada  
en conformidad  
de R. d. a. l. u. l. a  
de en 14 de nov.  
& 1717. & tipo de  
40 =

D. E. T. 7

Leg 2-27

S. M. J. Por Decreto de Bo  
& Nov. de 1717. expedido  
de Pres.<sup>a</sup> ma.<sup>a</sup> D. Nicolas  
de Kinsora, se señalo de con

Haviendose encargado  
de D. Fran. de Goyeneche, de  
la Provision de d. f. u. l. y  
quienentos quintales de  
Cables, Calabrotes, y jarcia  
(o mas si se necesitare) en  
Cada uno de quatro a. que  
San de engerar en prime  
ro del que viene de 1718. efe  
ctuado uno y otro con Caña  
mos y Alquitran de España  
en las fabricas de Sevilla  
Cadiz, y, otro parage de Ma  
drid, a precio de ocho





**S**EÑOR MIO. No alcançando los me-  
que se halla la Real Congregacion  
nal, formada en esta Corte de los Naturales  
cendientes del Reyno de Navarra al mayor c  
veneracion de su Glorioso Patron San Fer  
los gastos de sus principales institutos, discuti  
do lo que puede conducir à su reparo, y fo  
siendo lo de mayor consequencia los efectos  
promete, assi de la piedad, como de la opulen  
essos Reynos; por lo qual, deseando la Congre  
assegurar la practica de negocio tan justo,  
importante, informada de los sugetos de la p  
calidad, y buenas costumbres, que concurr  
essas Prouincias, y enterada de las muchas  
que en V. concurren, fui yo, como Secre  
aunque indigno de ella, el no menos intere  
pues me diò motiuo de que lograsse la fortun

# LA MONARQUÍA COMO DESTINO: ADMINISTRACIÓN, EJÉRCITO, IGLESIA

AGUSTÍN GONZÁLEZ ENCISO UNIVERSIDAD DE NAVARRA

## INTRODUCCIÓN: NAVARRA Y LOS NAVARROS EN UNA NUEVA REALIDAD SOCIAL: LA MONARQUÍA HISPÁNICA

La exposición a cuyo catálogo quiere contribuir este texto se orienta a explicar el triunfo de los navarros en la corte de la Monarquía española en el siglo XVIII. Triunfar en la Corte exige salir del lugar de origen, buscar un camino adecuado y alcanzar unas metas que, en sí mismas, supongan un triunfo social. En el siglo XVIII la sociedad estaba regida por las normas del sistema estamental, que privilegiaba unas situaciones sociales respecto a otras. Hay un aspecto de la vida social que tomó gran importancia en el siglo XVIII, cual es el económico. No me voy a fijar en él porque lo hará otro autor en este mismo catálogo, si bien habrá que tenerlo muchas veces en cuenta como trasfondo de lo que voy a tratar de explicar. Mi preocupación se dirigirá a otros ámbitos de la sociedad donde se produce esa movilidad hacia arriba que llamamos triunfo social y que resultan clásicos, es decir, tienen tradición y son sólidos, eficaces; además, responden muy bien a la naturaleza de las cosas, en este caso a la naturaleza de la sociedad en la que se producían. Me refiero a los tres ámbitos de la administración, el ejército y la Iglesia.

Como queda dicho, se trata de caminos de ascenso social que tenían una tradición. La tenían en cualquier reino y la irán adquiriendo en la Navarra incorporada a Castilla. No es pues, un fenómeno nuevo en el siglo XVIII, ni mucho menos. Se trata, también, de mecanismos de ascenso social que responden a la naturaleza de aquella sociedad; de alguna manera cabría decir que se trata de "lo que había que hacer", no había otras posibilidades dado que era una sociedad con un dinamismo reducido, si la comparamos con la sociedad posterior. En este sentido no hay ningún misterio en que los navarros se desplazaran a Madrid o a otros lugares de la Monarquía en busca de fortuna: eso lo hacían todos los naturales de la Monarquía, de cualquier lugar, porque, como queda dicho, ése era el camino más adecuado.

De todos modos es necesario resaltar el hecho de que los destinos elegidos suponían la existencia de un Estado moderno. La Corte no es simplemente la capital de un reino. En la Edad Media había reinos y en cierta medida había cortes, aunque fueran itinerantes; sin embargo, el atractivo que éstas ejercían era pequeño, sencillamente porque era poco lo que tenían que ofrecer. La administración era reducida y el ejército dependía de los nobles, no del rey. Por otro lado, los centros importantes de la Iglesia en cuanto instituciones de la organización ad-



ministrativa eclesiástica (como abadías, monasterios, catedrales o similares) no se identificaban con lugares de importancia política necesariamente.

En la Edad Moderna las cosas cambiaron. El desarrollo de los estados centralizados dio al rey un poder que antes no tenía y la fijación de la corte en un lugar concreto privilegió a éste sobre los demás. Desde ese momento, la administración empezó a crecer, el ejército fue controlado directamente por los reyes de manera creciente y la organización eclesiástica se fue aproximando a la organización administrativa civil. Si en la Edad Media la tarea del príncipe se limitaba a poco más que mantener la justicia y la paz, si era sólo un *primus inter pares*, al final de la época absolutista el rey se identifica con el estado y reivindica un papel en todos los aspectos de la vida social<sup>1</sup>. Desde estos puntos de vista, la búsqueda de fortuna, de éxito social, en la corte, es decir, junto a las prebendas que caen del poder real, es un fenómeno típico de la Edad Moderna, que pudo haber tenido, como todo, otras manifestaciones en la Antigüedad, especialmente en los casos de poderes centralizados, y que no cesará de aumentar en la Época Contemporánea.

Pero, sin entrar en otros momentos históricos, lo que ahora no sería apropiado, el fenómeno adquiere sus peculiaridades en la Época Moderna por dos razones fundamentales: la primera, que las oportunidades que crea el estado centralizado son relativamente nuevas para las personas de la modernidad después de muchos siglos en los que estas posibilidades habían sido muy reducidas. Esto crea unas expectativas de movilidad social que antes no existían. La segunda es que, a pesar de todo, esas posibilidades están limitadas a realizarse dentro de los criterios sociales del momento, que sólo dan cabida a algunas profesiones (especialmente la de abogados, administradores y militares) y a los cambios de estatuto jurídico por la vía de ingreso en los estamentos privilegiados, la nobleza y el clero<sup>2</sup>. Por supuesto, esos cambios se utilizan sobre la base de incentivos económicos y con la ayuda de clientelas, tanto familiares, como de paisanaje<sup>3</sup>. De estas cuestiones también trata otro autor en este mismo catálogo.

El caso peculiar de Navarra es que se trata de un reino conquistado, aunque inmediatamente incorporado a la Monarquía. En la medida en que la Corte española se ubicó en territorio de la corona de Castilla, los castellanos adquirieron, de hecho, ventajas sobre los súbditos de los demás territorios de la Monarquía. Los navarros trataron de estar, desde el principio, en el reparto de los “oficios y beneficios”, como si fueran naturales de Castilla, ya que Navarra había sido incorporada a la Monarquía a través de su inclusión en la Corona de Castilla; sin embargo, como recuerda A. Floristán, la aceptación real de los navarros para esos puestos –o bien su marginación por ser considerados “extranjeros”–, fue una cuestión que se siguió discutiendo bastante hasta al menos 1650<sup>4</sup>.

Ciertamente las relaciones entre Castilla y Navarra no eran ni mucho menos nuevas. Las relaciones de todo tipo entre los diversos reinos peninsulares son una constante desde su aparición en la Alta Edad Media. En este sentido cabe recordar la presencia de nobles navarros en la corte castellana en el siglo XV, como en otras cortes<sup>5</sup>, así como el entronque entre las familias nobles de los distintos reinos españoles. Pero una cosa es la relación institucional entre di-

<sup>1</sup> REINHARD, W., “Élites du pouvoir, serviteurs de l'état, classes dirigeantes et croissance du pouvoir d'État”, en REINHARD, W. (Coord.), *Les élites du pouvoir et la construction de l'État en Europe*, Paris, P.U.F., 1996, p. 1-2.

<sup>2</sup> Un planteamiento ya clásico sobre la cuestión, que conserva toda su vigencia, y que sirve de referencia aunque se refiera sólo a Inglaterra, es el desarrollado por STONE, L., “Social mobility in England, 1500-1700”, en *Past and Present*, 33 (1966), Oxford, Universidad de Oxford.

<sup>3</sup> Sobre esto puede verse CASTELLANO, J.L., y DEDIEU, J.P., *Réseaux, familles et pouvoirs dans le monde ibérique à la fin de l'Ancien Régime*, Paris, C.N.R.S., 1998.

<sup>4</sup> FLORISTÁN IMÍZCOZ, A., “¿Conquista o restauración? La incorporación de Navarra a la Monarquía española”, en *Hispania*, LIX/2, 202 (1999), p. 484.

<sup>5</sup> *Ibid.*, “Abriendo camino. Los emigrantes navarros en Madrid en los siglos XVI y XVII”, conferencia en el ciclo Trunfar en la Corte, Madrid, octubre-noviembre de 2003, en prensa.

versos reinos y las posibilidades que a algunos pudieran producir y otra distinta el hecho de que se abriera una vía por la que muchos miembros de la sociedad pudieran aspirar a circular de modo natural por el conjunto de los territorios de la Monarquía.

Esa vía se abrió ya en el siglo XVI, como también recuerda A. Floristán, con una saga de secretarios reales desde el reinado de Carlos V (Francisco de Eraso, Martín de Gaztelu y otros). También desde el siglo XVI salen militares, muchos de ellos patrocinados por el conde de Lerín. En el ejército sí parece haber muchos navarros ya en el siglo XVI; pero no tanto en la administración, secretarios reales aparte. Esa vía no parece estar del todo clara, según lo dicho, hasta la segunda mitad del siglo XVII: la mayor parte de los nombramientos de navarros para el Consejo de Castilla se produce a finales del siglo XVII. Es evidente que la incorporación a la Monarquía española abrió Navarra al mundo —porque España se estaba abriendo al mundo en esos momentos—, si bien, tanto por la cronología de su incorporación, como por los problemas constitucionales aludidos, la presencia de los navarros en las tareas de la Monarquía no se hizo bien patente hasta finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII; pero entonces lo hizo con fuerza.

## LA “HORA NAVARRA DEL XVIII”, UNA NECESARIA DELIMITACIÓN

En lo que respecta al siglo XVIII, la presencia de navarros en la administración pública en Madrid es conocida genéricamente por la historiografía tradicional, como la presencia de “vizcaínos”, el nombre que se daba en el siglo XVIII a todo personaje de apellido vascongado, que podía haber nacido en cualquiera de las tres provincias vascas, o en Navarra. Desde el punto de vista del paisanaje, así como de las relaciones familiares y clientelares, o incluso de sus intereses, la generalización de todos aquellos personajes como “vizcaínos” no es exacta. Cuando se trata de negocios, sobre todo de negocios mercantiles, especialmente allende el mar, es fácil ver cómo el paisanaje se amplía y navarros y vascos se juntan, seguramente por el uso de una lengua común, aunque también es probable que incidiera el hecho de que los navarros llegaron más tarde a unos destinos mercantiles donde los vascos estaban establecidos de antaño; así, es posible que los primeros se aprovecharon de la experiencia de los segundos.

Pero no ocurre así necesariamente en el caso de la administración, que es el mundo al que más comúnmente se aplica el término “vizcaíno”, ni al mundo mercantil madrileño, donde los navarros funcionaron con independencia de los vascos. La creación de la Congregación de San Fermín de los Navarros, en 1684<sup>7</sup>, al igual que otras congregaciones de otras regiones o provincias españolas, incluida la de San Ignacio, de los vascos, lo acredita claramente; a ello podemos añadir lo que conocemos de las relaciones personales y profesionales de los navarros en Madrid: se asocian con quien quieren, obviamente, pero mayoritariamente con navarros y los vascos no aparecen de manera significativa entre sus socios. Así pues, acen-  
tuar la “hora navarra”, con separación de navarros y vascos, parece, en términos generales, un acierto, con independencia de que cada uno pudiera tener su hora de triunfo.

Ese acierto se debe, fundamentalmente, a J. Caro Baroja quien en su famosa obra *La hora navarra del XVIII*, se interrogaba, como señala en el subtítulo, por las personas, familias, negocios e ideas de los navarros que triunfaron en Madrid en el siglo XVIII<sup>8</sup>. Hay que decir que

<sup>7</sup> Una reciente e importante aportación en este sentido es el estudio de los comerciantes navarros y vascos en la Cádiz del siglo XVIII por MARTÍNEZ DEL CERRO, V. E., *Una comunidad de comerciantes navarros y vascos en Cádiz (segunda mitad del siglo XVIII)*, Tesis Doctoral defendida en la Universidad de Navarra, 2004, inédita.

<sup>8</sup> Estudiada por SAGUÉS AZCONA, P., *La Real Congregación de San Fermín de los navarros en Madrid (1683-1961)*, Madrid, 1963. En cambio, en Cádiz formaban vascos y navarros una congregación única, la Cofradía del Santísimo Cristo de la Humildad y de la Paciencia, establecida en el convento de San Agustín.

<sup>9</sup> La primera edición es en Pamplona, por la Institución Príncipe de Viana, 1969.



don Julio lo dijo casi todo, si bien cabe añadir numerosas informaciones más que por el estado de la investigación Caro Baroja no podía conocer. De todos modos, el libro ha sido interpretado de modo ligeramente inexacto, a mi modo de ver. Por una parte, se interpreta esa "hora" como estrictamente reducida al siglo XVIII; en segundo lugar, se aplica a toda Navarra y en tercer lugar, se quiere hacer referencia con ella a cualquier aspecto de la sociedad navarra. De este modo, el triunfo de los navarros en la Corte aparece como un triunfo súbito, total y efímero a la vez. Todo eso tiene su parte de verdad, pero es necesario hacer algunas matizaciones al respecto.

Para empezar, y por lo que se deduce de sus palabras, el autor no pretendía dar estos significados tan generales. En primer lugar la cronología. Caro Baroja, aparte de remitirse brevemente a algunos hechos del siglo XVI, como señalando que el asunto viene de lejos, deja claro que el inicio de ese triunfo se da ya en el reinado de Carlos II: ya sea "por razón de cargos públicos unas veces, dice, y de comercio otras, había un contingente considerable de navarros pudientes en los dominios de Carlos II". Y antes ha dejado escrito, como pionero de la historiografía posterior, que el reinado de ese monarca "no parece que fue tan malo como se dice, desde los puntos de vista económicos y sociológicos". Así pues, se trata de un siglo XVIII genérico, pero que en sus manifestaciones prototípicas se está produciendo ya en el último tercio del siglo XVII. Coincide esto con lo apuntado antes por A. Floristán, o con el hecho de la fundación de la Congregación de San Fermín. En estos años no sólo triunfa en Madrid Juan de Goyeneche, el gran patrón de los navarros madrileños de las siguientes décadas<sup>9</sup>, sino que ya estaba allí otro personaje clave, el marqués de Valdeolmos. En cualquier caso, don Julio centra su estudio en la primera mitad del siglo XVIII y reconoce que la influencia navarra en Madrid decayó después de 1740.

En segundo lugar, decíamos, la tesis de Caro Baroja se suele aplicar a toda Navarra. Ciertamente ésa era la intención del autor, pero tal intención queda traicionada por el hecho del punto de partida que toma, la figura, familia y clientela de Juan de Goyeneche. Éste es realmente el polo de atención del libro y por lo tanto, se centra sobremanera en los personajes salidos del valle del Baztán. Está claro que Caro Baroja no excluye a los naturales del resto de Navarra, pero éstos aparecen muy poco en su libro, cuyos protagonistas son, prácticamente todos, baztaneses. Pues bien, si hablamos de un triunfo navarro, hay que resaltar que fue realmente de navarros de cualquier origen. Ciertamente los baztaneses forman un grupo realmente importante, pero si miramos más de cerca a estos baztaneses de Caro Baroja, veremos que lo que les caracteriza a casi todos es estar relacionados con Goyeneche, y además, lo que se nos explica no es tanto la importancia del Baztán, como la familia y clientela de Juan de Goyeneche, seguramente el patrón más importante de toda la presencia navarra en Madrid y en otros destinos importantes de la Monarquía<sup>10</sup>. Por lo tanto, sí hay un triunfo navarro en el siglo XVIII, pero es más amplio que el que se explica en *La hora navarra*, realmente afecta a todo el siglo desde diversos puntos de vista, como veremos.

La tercera precisión que querría hacer es que la "hora navarra" se suele aplicar a cualquier tipo de actividad. En cierto sentido también pudo ser ésa la intención de Caro Baroja, quien habla, en ocasiones, de los administradores presentes en la Casa Real, en la Administración pública, y de las empresas marítimas, incluidas las militares. Pero, una vez más, todo eso son referencias que aunque salpiquen el trabajo de continuo, no son el objeto central de estudio. Tal objeto, en realidad, está en el subtítulo del libro: los negocios. Y se trata de unos negocios realizados por personas individuales que trabajan en una estrecha conexión de re-

<sup>9</sup> Las citas en páginas 19 y 8, respectivamente.

<sup>10</sup> Ver, al respecto, la obra colectiva coordinada por GARCÍA GAINZA, M. C., *Juan de Goyeneche y su tiempo. Los navarros en Madrid*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999.

<sup>11</sup> Un estudio actualizado y más amplio de esta clientela en AQUIERRETA, S., *Negocios y finanzas en el siglo XVIII. La familia Goyeneche*, Pamplona, EUNSA, 2001.

des familiares, de parentesco, que obviamente se conducen también por la vía del paisanaje más cercano. En realidad, la "hora navarra" de Caro Baroja, aun sin perder perspectivas más amplias, es un estudio de las actividades de Juan de Goyeneche, de sus familiares y clientelas. En este sentido, la "hora" de Caro Baroja es, primordialmente, una hora de hacendistas, hombres de empresa, mercaderes, asentistas<sup>12</sup>; en definitiva, una hora en la que lo económico es primordial, aunque lo económico sirva para alcanzar puestos en la administración y el ennoblecimiento. Así pues, con independencia de las múltiples alusiones que la erudición del autor permiten, Caro Baroja retrata el triunfo en los negocios en la corte madrileña, entre 1700 y 1740, de Goyeneche y su clientela. Ésta es, estrictamente hablando, y poco más, la "hora navarra" del autor.

Ahora bien, si por la "hora navarra" entendemos eso, un grupo de negociantes, ligados a los Goyeneche, que triunfan en la Corte de Felipe V, entonces la "hora navarra" sí es algo nuevo, porque de eso no había nada antes, o muy poco, y esa fuerte influencia se diluirá después, aunque sigan quedando restos, como lo demuestra la presencia de Miguel de Múzquiz en la secretaría de Hacienda. Pero Múzquiz, a pesar de su alto ministerio, no es un patrón clientelar de navarros como lo fue Juan de Goyeneche, ni tampoco es un negociante relacionado con otros negociantes. Es claramente, otro aspecto de la "hora navarra".

Sí, el fenómeno que describe Caro Baroja, dentro de los límites que he marcado, es un fenómeno nuevo. Pero el triunfo de los navarros en la Corte no tiene nada de nuevo si lo tomamos, primero, en un sentido cronológico más amplio, y después, si tenemos en cuenta no sólo los diferentes orígenes dentro de Navarra, sino también los distintos ámbitos de actuación: más allá de los negocios y antes que ellos, la Administración, el Ejército y la Iglesia. Existe pues, otra "hora navarra", que afecta a todo el siglo XVIII —incluidos los años anteriores del seiscientos y los posteriores del ochocientos—, de la que son protagonistas muchísimos navarros de toda Navarra, y que se manifiesta en variados ámbitos de la actividad social. Por supuesto, esta "hora" no se limita a Madrid, sino que se extiende a lo largo y ancho de todos los territorios de la Monarquía en aquellos años. De esto vamos a hablar aquí.

## TRES DESTINOS DIFERENTES

Lo que identifica esta otra "hora navarra" es la búsqueda de un destino como proyección de una carrera profesional. Es una idea que considero muy moderna en aquella sociedad que ya no acepta el casi único destino rural, o el profesional, pero sólo en cuanto heredado directamente del padre, sino que busca una ampliación de los horizontes personales más allá de lo que se les da al nacer. ¿Sentían ya aquellos navarros la vocación profesional como la podemos entender en nuestros días? Es difícil decirlo, pero, desde luego, en ese aspecto aquella sociedad se parecía más a la nuestra que a la inmediatamente anterior. Por supuesto, no se trata de una especificidad navarra, ocurría en todas partes, pero aquí no podemos entrar en prolijas comparaciones.

En este trabajo vamos a considerar solamente algunos aspectos del destino de los navarros en la Administración central, el Ejército y la Iglesia. Se trata de mundos muy distintos; desde luego interconectados, pero diferentes. Las diferencias están en todo el proceso de ascenso social, desde el origen hasta el final. En el origen está el modo de acceder a cada uno de esos mundos, que

<sup>12</sup> Estos aspectos, dice, forman "lo que es materia básica de este libro", p. 11.



Relación de Congregantes de  
la Real Congregación de San  
Fermin de los Navarros 1750

es diferente. Más relacionados los dos primeros, muy distinto el caso de la Iglesia, aunque también puede llegar a conectar con los anteriores. Hay, por ejemplo, virreyes en América que han sido antes generales u obispos, ahí vemos una relación entre los diferentes mundos, pero no dejan de ser excepciones. Si nos quedamos en la Península esas relaciones son menores.

La administración tiene ya en el siglo XVIII un *cursus honorum*, una carrera que puede empezar muy abajo y permite el ascenso a través de la consecución de puestos más importantes dentro de una escala claramente establecida. Las secretarías tienen sus oficinas propias donde los oficiales se escalafonan en una jerarquía rígida. Algunas de ellas, como las relativas a la administración de impuestos, tienen administraciones en cada una de las divisiones provinciales, lo cual aumenta las posibilidades de entrar. La dirección de una oficina de rentas en cualquier provincia es ya un puesto relevante, desde luego en esa provincia, y facilita el ascenso a puestos más altos, ya en la corte. La carrera más importante está, desde luego, en la magistratura. La carrera de leyes en las audiencias y chancillerías era prácticamente el único camino para acceder a los deseados asientos en los consejos.

Ser universitario era importante, sobre todo en la carrera de leyes. La entrada en los colegios mayores y universidades era, pues, un principio necesario. Pero no siempre era imprescindible. La nobleza también era fundamental. En ese sentido los navarros, que ostentaban una hidalguía universal, lo tenían más fácil que otros. Pero esa hidalguía universal no era siempre reconocida como tal en la corte, o al menos equiparable a otras hidalguías de linaje familiar. Era preciso encontrar una entrada satisfactoria y ésa no era otra que la consecución de un hábito de cualquiera de las órdenes militares, instituciones que en el siglo XVIII tenían solamente un significado social. Ser caballero de una orden militar (Santiago, Calatrava, Alcántara), era la patente más segura de claridad de linaje y por lo tanto, de cualidad para ser ascendido por el favor real. El favor del rey era lo que contaba al final, por lo que quienes no eran nobles también tenían posibilidades y desde luego, en cualquier caso, era imprescindible tener un buen padrino en la corte.

Los conocimientos técnicos se valoraban en algunos casos; en otros se daban por supuestos. Los puestos de la administración relacionados con la vida económica, o con las leyes, exigían esos conocimientos, pero no los demás. Tanto en éstos como en el resto de los cargos influía, decisivamente, un buen informe en el momento oportuno, cuando era necesario realizar algún nombramiento. En este sentido, las relaciones clientelares eran de suma importancia. Un patrono hábil podía colocar a muchas personas, que a su vez extendían las capacidades de esa clientela. Ése parece haber sido, con pocas dudas, el caso de Juan de Goyeneche, una persona de una notable capacidad.

El ejército se movía, como es natural, en ambientes muy diversos, aunque si nos fijamos en las secretarías de Guerra y de Marina, o en el consejo de Guerra, que en buena parte tenían personal militar, encontramos claras conexiones con el resto de la Administración. Pero el escalafón militar propiamente dicho era algo muy diferente. Como es natural, lo importante en el ejército, desde nuestro punto de vista, es la oficialidad. Los primeros oficiales del siglo XVIII fueron, en muchos casos, cadetes procedentes de las milicias provinciales y después salidos de los regimientos reorganizados durante la guerra de Sucesión. También la nobleza podía dar acceso a ese primer cargo de oficial. Una real orden de 1722 exigía que los futuros oficiales acreditaran ser hijos de nobles o de mandos militares. También en este caso la hidal-



RELACION DE LOS SEÑORES CONGREGANTES,  
de que se compone la Real Congregacion de San Fermín, que residen en esta  
Corte, y fuera de ella, à excepcion de los que se sabe han  
muerto hasta oy 7. de Julio de 1750.

Don Martin de Ibero.

~~Don Martin de Mayora.~~ *Mexico*

~~Don Pedro de Huarte Lecuader.~~ *Mexico*

Don Alexandro Narbarte.

Don Fermín Buenaventura Folch.

Don Fermín de Vicuña.

Don Juan Fermín de Barbería.

~~Don Juan de Huarte.~~ *Mexico*

El Marqués de Belzunce.

Don Martin Joseph de Enderiz.

Don Jacinto de Lope Garcia.

Don Pedro de Algarra. *Cast*

Don Martin Martinez.

Don Miguél Gastón de Iriarte.

~~El Marqués de Ustariz.~~ *Mexico*

Don Luis Quinto. *Aus*

Don Juan Lorenzo de Logroño.

Don Bartholomé Fernandez de Lara.

Don Joseph Mercar y Soria.

Don Francisco del Pueyo.

Don Juan Bautista Larnaga.

Lic. Don Angel de Huarte.

Don Francisco Xavier de Mendinueta.

Don Joseph Ignacio Goyeneche.

Don Juan Angel de Vicuña. *Aus*

Don Ignacio de Inda.

Don Balthasar de Lorea.

Don Joseph de Beruete.

Don Ignacio de Beruete.

Don Francisco Martin de Jauregui.

Don Ignacio de Mendinueta.

El Marqués de Murillo.

Don Juan de Sesma.

Don Nicolàs de Jauregui.

Don Pedro Abadelancena.

Don Francisco de Peralta.

Don Francisco Fernandez Mendivil.

Don Martin de Echinique.

Don Joseph Alfaro Muñoz.

Don Agustin de Lanz.

Don Juan Miguél Faxardo.

Don Juan Thomàs de Yturburua.

El Conde de la Vega del Pozo.

El Marqués de Valbuena.

Don Ambrosio Viñati.

Don Joseph Martinez de Ochoa.

Don Juan Francisco Zavala.

Don Martin de Solchaga.

Don Miguél de Sesma.

Don Phelipe Belzunce.

Don Pedro Joseph de Yermo.

Don Matheo de Erroz Ibarra.

Don Joachin de Aguirre.

Don Juan Fermín de Leavide.

Don Ambrosio Agustin Garro.

Don Juan Antonio de Egailondo.

Don Joachin de Zuñiga.

Don Benito Rayon.

Don Juan de Laradi.

El Marqués de Andia.

Don Joseph de Sarostegui.

Don Eugenio Joachin de Alfaro.

Don Martin Joseph Gil y Igal.

Don Ambrosio de Torres.

Don Joseph de Laltiri.

~~Don Santiago Laltiri.~~ *Mexico*

Don Martin de Iturregui.

Don Ignacio de Ansalas.

Don Gabriél de Iturria.

Don Pedro de Sarratèa Goyeneche.

Don Miguél de Oarrichena y Borda.

Don Francisco Indaburu.

Don Francisco Miquel Estorena.

Don Juan Bautista Echinique.

Don Pedro Pablo Folch.

Don Joseph Domingo de Oteyza.

Don Ramòn de Esparza.

Don Juan de Ororbia.



guía universal de los navarros podía favorecer, si bien la mayoría optaron por la puerta más segura del hábito de orden militar. Pero una vez dentro, el ascenso en el escalafón dependía tanto de la valía personal, como de las influencias. Desde luego, la categoría de noble, aunque fuera en el escalón de caballero, era importante para acceder a cargos más elevados, aunque la influencia seguía siendo importante. Igualmente era importante la formación en academias militares, como la famosa de Bruselas, si hablamos antes de 1713, la de guardiamarinas de Cádiz o la de artillería de Segovia, creadas en el siglo XVIII. También aquí la nobleza, en cualquiera de sus categorías, era un requisito muy importante para el ingreso. En algunos aspectos de la vida del ejército, la formación técnica también contó mucho: artilleros e ingenieros son, seguramente, los casos más claros, también los marinos. La valía personal y el arrojo en la batalla se citan normalmente para explicar un ascenso más rápido, o más alto, también para conseguir otros honores o cargos.

La Iglesia era igualmente un mundo aparte y, la mayoría de las veces, totalmente separada de los anteriores. El prestigio social de los cargos eclesiásticos era evidente, dada la religiosidad de la sociedad, pero salvo casos concretos no influían en la vida política, y menos en el ejército. Por otra parte, la vocación religiosa no estaba orientada inicialmente al triunfo social, no necesariamente, al menos, y son abundantes los casos de vocaciones verdaderas, es decir, orientadas solamente a la vida eclesiástica. Así como en los otros campos se buscaba siempre un ascenso social, dentro de las gentes del clero lo que se buscaba a veces era un “descenso” social: ser simple sacerdote o fraile, o bien monja en el caso de las mujeres, es un claro objetivo personal ligado a la vocación al servicio de Dios en las filas clericales, un objetivo buscado incluso por personas socialmente encumbradas. No obstante, el triunfo social tampoco estaba alejado de los intereses de muchas de esas personas.

Desde el punto de vista sociológico, la Administración y el Ejército se utilizaban por personas de cierto rango social para conseguir ascensos mayores. El caso de la Iglesia es distinto. Para unos, más encumbrados socialmente, la entrada en la clerecía suponía una rebaja social, porque nunca pensaron salir de los rangos más humildes del clero, y de hecho no salieron. Otros, en cambio, más bajos en la escala social, podían verse encumbrados a altos puestos, aunque ése no hubiera sido su deseo inicial. En otros casos, la Iglesia era también una manera de conseguir un ascenso social previamente buscado —aunque no excluyera la honradez vocacional—, por personas pertenecientes a familias que deseaban tener a sus hijos en todos los ambientes sociales. Es claro que en numerosas ocasiones, el ascenso a determinados cargos y prebendas eclesiásticas respondía a las presiones familiares que desde el ingreso de su vástago en las instituciones eclesiásticas habían pugnado por conseguir el ascenso correspondiente.

Por lo demás, el ascenso dentro de las jerarquías eclesiásticas exigía igualmente el estudio, la valía personal. La entrada por la vía de los colegios mayores y universidades, en las facultades de Teología, o Cánones, facilitaba ascensos posteriores. Después podía venir una carrera a través de cátedras en universidades o puestos de gobierno en cabildos catedralicios o al servicio directo de la administración de una diócesis. La pertenencia a una familia noble facilitaba enormemente el comienzo de esas carreras, aunque no era razón exclusiva.

Dadas las condiciones de ingreso, es normal que entre las filas de los obispos y altos magistrados eclesiásticos haya personajes de familia noble. En cualquier caso, una entrada más humilde no impedía el ascenso a los puestos para muchos deseables, como el de canónigos u obispos. Tam-

bién desde aquí se podía dar el salto a la administración pública, pues los consejos también con-  
taban a muchos clérigos entre sus miembros, pero se trata de una deriva ajena a la carrera ecle-  
siástica como tal. Los monasterios y las órdenes religiosas, a través de su estructura organizativa,  
también podían ser camino de ascenso social, dada su influencia. Los superiores, o priores de  
conventos y sobre todo los abades y abadesas, tenían un importante prestigio religioso y social.

## ...Y DOS ORÍGENES DISTINTOS

En el epígrafe anterior se hablaba de tres destinos diferentes. Creo que esos destinos, que son  
los que afectan a este trabajo, están claros. Falta hablar de los orígenes. En cuanto a ellos tam-  
bién hemos dicho bastante, aunque convendría detallar más. Como se puede deducir de lo ya  
mencionado, era importante ser noble o plebeyo, rico o pobre. No todos los nobles eran ri-  
cos, desde luego, pero tampoco pobres. Sí había plebeyos ricos, pero les faltaba la categoría de  
nobleza que hemos visto que era algo muy importante en muchos casos. Los dos orígenes, por  
lo tanto, los marca el dinero, en definitiva, tenga el color que tenga. Triunfar en aquella socie-  
dad era, si cabe la comparación, más difícil que en la sociedad contemporánea, sencillamente  
porque los lugares de triunfo eran menos, como eran menos los caminos que llevaban allí. Por  
lo tanto, el triunfo era más fácil para quienes tenían más posibilidades en sus comienzos.

Digo esto sobre todo desde la perspectiva de la salida del lugar de origen. Salir del solar de la  
infancia se presentaba fundamental para el triunfo de unas personas que habitaban un lugar  
con pocas posibilidades. Ahora bien, se podía salir para triunfar, es decir, para hacer natural-  
mente una carrera, o se podía salir porque en cierto sentido no quedaba más remedio. Mi re-  
flexión se refiere más bien al primer caso, aunque a veces pueda ser difícil hacer la distinción.

Una comparación con el presente puede ser pertinente para hacernos cargo de la situación.  
Hoy en día hay lugares con más posibilidades que otros, eso es claro, pero no es menos cla-  
ro que muchos de ellos cuentan con los medios suficientes para obtener una formación y un  
destino socialmente apetecible sin salir de casa, como quien dice. En muchos sitios, por po-  
ner ejemplos concretos, hay colegios, universidades, empresas, oficinas de la administración,  
y otras posibilidades que permiten una vida socialmente lograda en el propio lugar. Ello im-  
plica que salir no es una urgencia.

Sin embargo, esta perspectiva no es la que correspondía al siglo XVIII. A veces se ha presen-  
tado el salir como algo excepcional, de ahí que esa "hora navarra" se nos presente, según mu-  
chas interpretaciones implícitas, como algo nuevo y distinto. Pero no era necesariamente así.  
Salir entonces era normal, desde luego lo normal para quien quería hacer en la vida algo más  
que lo que la escasez del territorio le deparaba. Esto, por otra parte, afectaba a todos los lu-  
gares, con independencia de su estructura social o familiar. Ello no quiere decir, sin embar-  
go, que la salida fuera algo generalizado, pues seguramente afectaba a pocos en términos ab-  
solutos y proporcionales. Eso sigue ocurriendo hoy en los pequeños pueblos: salir es algo nor-  
mal, esperable, aunque quizás muchos no lo hagan.

La mencionada escasez del territorio que empujaba a la salida lo era en términos de oportu-  
nidades y perspectivas, y a la vez se manifestaba de maneras diversas. En el caso de la "hora  
navarra" se ha hablado mucho de la estrechez de los valles pirenaicos, estrechez tanto física



como institucional. La “severa legislación familiar ha obligado a los *no elegidos para casa*, escribe Caro Baroja, a buscar fortuna por el mundo”<sup>13</sup>. No lo niego, pero otros lugares con un territorio y unas instituciones diferentes, dentro y fuera de Navarra, también han producido mucha emigración, luego ésa no parece ser la causa fundamental, aunque actuara de modo específico en el Baztán. Lo que hace mirar hacia fuera son las oportunidades que hay en el exterior, el poder de atracción del destino como lugar en el que poder realizar una vida diferente y con éxito, con fortuna. Luego, las razones decisivas y concretas que al final empujan a salir, los modos de hacerlo, así como los destinos, son cuestiones ya más personales y muy distintas, seguramente, en cada caso particular.

Navarra, en principio, era en el siglo XVIII un lugar del que muchos querían salir por razones variadas, como de hecho salieron, pero Navarra tenía sus peculiaridades positivas. Aunque incorporada a Castilla, sin embargo, había mantenido su condición de Reino. Tenía un virrey, con su administración y el consejo de Navarra, por excepción, residía en Pamplona, no en Madrid. Navarra seguía siendo una pequeña Corte que daba, de hecho, muchas posibilidades a quienes quisieran cambiar de situación social<sup>14</sup>. Está claro, por lo tanto, que para muchos navarros el deseable ascenso social se podía producir en Pamplona; para otros, que son los que ahora nos ocupan, no. Para los primeros, bastaba un traslado a la capital del viejo Reino; los segundos, en cambio, pasaban de ahí a Madrid, o a otros destinos intermedios, si no lo habían hecho ya desde su lugar de origen.

¿Qué tipo de personas eran las que se iban? En términos generales, y para empezar, podemos hablar de dos tipos: los que van a buscar fortuna y los que se sienten llamados por una vocación particular. Respecto a los primeros la información es deficitaria, sobre todo si se trata de personas con pocos medios. Por lo tanto, no hay muchas cosas que decir. También en este grupo hay abundancia de personas que no buscaban fortuna por ser pobres, de hecho poseían bienes, pero querían más, les gustaba la aventura, eran segundones y tenían en su lugar de origen pocas posibilidades, u otras situaciones por el estilo<sup>15</sup>. Tanto Madrid, como Cádiz o América en general, eran destinos interesantes para este tipo de personas movidas, fundamentalmente, por un deseo de ascenso económico. Evidentemente, entre estas personas las había de muy diferentes condiciones sociales y económicas. En cualquier caso, no es éste el grupo que nos interesa porque su triunfo social, cuando lo consiguieron, vino ligado, normalmente, al mundo mercantil, económico en general, y no es éste el aspecto que nos toca tratar. Pero sabemos, en cualquier caso, que hay numerosos navarros que fueron sobre todo a América y que allí hicieron fortuna a través de los negocios. Por supuesto, éstos también participan de ese concepto general de la “hora navarra del XVIII”.

De todos modos nos interesa más el otro grupo mencionado, el de aquéllos que se sienten empujados por una vocación más o menos definida, expresada en términos que podríamos llamar profesionales, que por supuesto no está reñida con el deseo de aventura, fama, dinero, o de ascenso social. Aquí, como va dicho, cabría distinguir también grupos diversos. Los

que se dirigen a la administración son, normalmente, gentes de más poder económico e influencias, que tienen una familia capaz de situarlos, de entrada, en un puesto de cierta relevancia, o al servicio de algún patrón importante. En la Administración, el padrino es algo fundamental y las relaciones familiares tendrán que mo-

<sup>13</sup> CARO BAROJA, J., *La hora navarra del XVIII (Personas, familias, negocios e ideas)*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1969, p. 21.

<sup>14</sup> Un excelente estudio en este sentido es el de HERNÁNDEZ ESCAYOLA, M.<sup>te</sup>, *Negocio y servicio: Finanzas públicas y hombres de negocios en Navarra en la primera mitad del siglo XVIII*, Pamplona, EUNSA, 2004, donde se puede calibrar, entre otras cosas, el ascenso social a través de las oportunidades creadas en torno a la Administración.

<sup>15</sup> En el caso de los emigrados a América en general, puede verse una excelente síntesis en ARAMBURU ZUDAIRE, J. M., *Vida y fortuna del emigrante navarro a Indias (siglos XVI y XVII)*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999.

verse con agilidad para entrar en las redes clientelares de tales patronos, algunos también navarros, otros no necesariamente. En muchos casos, se trata de familias que también tienen miembros en la vida comercial y financiera, de donde sacan recursos económicos para el ascenso social de otros miembros. No es que este mundo esté cerrado a los menos pudientes, pero es más difícil. Ciertamente las fortunas han podido hacerse en una o dos generaciones, por lo que no es necesario que se trate de familias de rancio abolengo, sino sencillamente que tengan medios en el momento oportuno.

La milicia y la Iglesia funcionan de manera diferente. En el ejército la nobleza, aunque sea la general hidalguía, es importante y la fortuna también puede llevar a empezar en puestos de cierta relevancia, o a ascenderlos después más deprisa que otros. En estos casos la carrera militar sería similar a la de la administración. Pero también es cierto que el soldado podía hacerse a sí mismo y llegar a obtener ascensos interesantes aunque su linaje fuera oscuro. El ejército, diríamos, ofrece posibilidades para un ascenso social de más largo recorrido, desde más abajo. Y lo mismo podríamos decir de la Iglesia. Es evidente que las familias ricas también quieren tener algún hijo en el mundo clerical, masculino o femenino, pero no es menos cierto que ese mundo está completamente abierto a los más pobres. Sabemos, por otra parte, que la carrera eclesiástica también pudo elegirse por los más pobres como una solución relativamente fácil para su vida, por la seguridad que ofrecían las instituciones eclesiásticas.

Vayamos ahora, con más detalle, a cada uno de estos destinos.

## ADMINISTRADORES Y POLÍTICOS

La Administración, como queda dicho, fue un destino tradicional de los navarros en la Corte madrileña desde que esa oportunidad se abrió al viejo Reino. Los puestos más deseados de la administración eran, en primer lugar, las secretarías del Despacho (el equivalente a nuestros actuales ministros), pero acceder a ellas no era algo que se pudiera planificar. El cargo de secretario del Despacho estaba reservado para unos pocos tocados por la fortuna. Al menos tres navarros lo consiguieron en el puesto de secretario de Hacienda: Juan Bautista Iturralde, que lo fue brevemente y con poca fortuna política; Miguel de Múzquiz, que desempeñó el cargo con brillantez y numerosos aciertos durante casi veinte años, y el Marqués de las Hormazas, quien vivió en los agitados años del cambio de siglo. Sus carreras son diferentes. Los dos primeros son navarros y se desplazaron pronto a Madrid apoyados en sus relaciones clientelares. Iturralde es un negociante metido en diferentes negocios de arrendamientos de rentas y asientos. Su posición en el mundo financiero es lo que le hará elegible para el Ministerio cuando en 1739 sea necesario un hombre técnico. Desde luego, Iturralde conocía los negocios, pero eso no facilitó que fuera un buen ministro.

Múzquiz sigue más bien la vía de la administración y sus primeras armas en ese mundo las volvió como oficial de la secretaría del Despacho de Hacienda, la casa que luego llegaría a gobernar, y como secretario del rey y de diversos acontecimientos relacionados con las personas de la familia real. Los cambios políticos posteriores al motín contra Esquilache le darán el ascenso a la secretaría de Hacienda. Por su parte, Nicolás del Garro, marqués de las Hormazas, nació ya en Madrid, aunque de una familia navarra allí establecida, con fuertes vínculos entre los círculos de negociantes navarros de la Corte. Sus relaciones familiares, de negocios y políticas, le lleva-



ron al Banco de San Carlos, en el que desempeñó cargos importantes. Y fue su fama de administrador honrado y eficaz la que le acabó llevando al mundo de la alta administración y finalmente a la secretaría de Hacienda en 1797, una época en la que no era fácil tener mucho éxito.

Si bajamos de la cúspide, el mejor destino deseado por todos aquellos que buscaban hacer carrera en la administración era llegar a ser consejero de alguno de los consejos que formaban, junto con las secretarías, el núcleo duro de la administración central. Consejos y secretarías tenían estructuras diferentes y eran también mundos distintos. Las secretarías tenían al Secretario en la cúspide, pero por debajo sólo había administradores de segundo rango, podríamos decir: los oficiales, encabezados por el oficial mayor, y luego una cadena descendente desde oficial primero en adelante. Estas oficialías eran buenos trampolines para ascender en el *cursus honorum* de la administración, aunque no conducían directamente a la cúspide. En este sentido, el formato de la carrera de Múzquiz es excepcional, dado que apenas conoció otros destinos que la propia secretaría de Hacienda. El mundo de las secretarías es por otra parte, sencillo para los advenedizos con buenas relaciones y sin necesidad de conocimientos especiales en los comienzos, pues lo fundamental aquí son precisamente las relaciones dentro de un ámbito relativamente estrecho.

El caso de los consejos es muy distinto. Se trata de organismos más numerosos; además, cada consejo tenía unas cuantas plazas de consejero de diversa clase, de capa y espada, y toga. Finalmente, cabe señalar que el ascenso estaba organizado como una carrera dentro del mundo de las leyes y tenía una tradición que venía de atrás, del siglo XVI en su conformación definitiva. La carrera normal de un consejero comenzaba en la universidad, en los colegios mayores, desde donde se iniciaba un itinerario por diferentes organismos de la administración que necesitaban conocimientos de jurisprudencia. Los destinos anteriores a los consejos solían ser las audiencias y chancillerías. También aquí las relaciones eran fundamentales para los ascensos, como es lógico, pero había posibilidades muy variadas; por otra parte, una vez en la universidad, era fácil sumarse a la clientela de algún patrón que facilitara posteriores ascensos. Por supuesto, la llegada a un consejo la conseguía sólo una minoría, pero era una minoría más abundante que la de los secretarios del Despacho.

Entre los navarros que obtuvieron plaza de consejero he elegido trece que lo fueron en el de Hacienda o en el de Castilla<sup>16</sup>. En cuanto a su origen geográfico, siete provienen de lugares de la Ribera, cuatro del norte de Navarra, uno de Pamplona. De otro no conozco el lugar de nacimiento. Se ve pues, cómo en cuanto se sale del mundo de los negocios, sobre todo de los negocios ligados a una clientela concreta, el supuesto predominio del Baztán desaparece. Ya se sabe que Navarra en general, fue uno de los lugares de la mitad norte de la corona de Castilla que daba más universitarios para la administración, y eso afecta también a cualquier zona de Navarra.

En efecto, la universidad predomina en la formación de los consejeros. De los trece recogidos, ocho tuvieron formación universitaria, lo que indica la preeminencia de este itinerario. Tres entraron por la vía de la administración ligada al mundo de las secretarías y dos lo hicieron desde sus relaciones como asentistas y negociantes, situación que les abrió paso a determina-

dos cargos antes de acceder al consejo. A título de ejemplo, dentro del mundo universitario, Juan José López-Mutiloa, nacido en Tudela en 1670, fue bachiller en leyes por la Universidad de Huesca, colegial en San Bartolomé de Salamanca, licenciado y catedrático en la Universidad de Salamanca, juez de la audiencia de Sevilla, alcalde de casa y corte y

<sup>16</sup> En realidad se trata de las personas que conocemos que fueron consejeros de Hacienda. Algunos lo fueron también de otros consejos, especialmente del de Castilla. La información proviene de FICHOZ, base de datos del grupo PAPE de estudios de la Alta administración, dirigido por J.P. Dedieu. Agradezco a R. Escobedo Romero la ayuda para el uso de parte de este material.

consejero primero de Hacienda, en 1723, luego también de Indias y de Castilla. Este último es un itinerario típico ya dentro del cargo de consejero, pues todos aspiraban al de Castilla.

Saturnino Daoiz Carranza, nacido en Miranda de Arga en 1673, fue colegial en Santa Cruz de Valladolid, catedrático y rector de la Universidad de Valladolid, oidor de la audiencia de Sevilla, presidente de la de Canarias, oidor de la chancillería de Granada, alcalde de casa y corte y consejero de Hacienda desde 1730. En cuanto a Antonio Felipe Aperregui Tornamira, nacido en Tudela, estudió en Alcalá de Henares, universidad de la que llegó a ser catedrático. Caballero de la orden de Santiago, ministro civil de la audiencia de Cataluña, Regente de la de Valencia y finalmente consejero de Hacienda en 1752.

Entre los de carrera administrativa ligada a una secretaría, cabe destacar a Martín Vega Mauleón, nacido en Olite en 1675, y caballero de la orden de Santiago con diecinueve años. Empezó en la administración como oficial tercero de la secretaría de Estado. Pero su carrera tenía que ver más bien con su nobleza, lo que suele ser frecuente entre los de su clase. En 1719 es heredero universal de su tío Francisco Vega Cruzat y en el mismo año hereda el marquesado de Feria. Fue administrador de una encomienda de la orden de Santiago y luego consejero de Hacienda en 1733. Por su parte, Miguel Aldecoa Datue, nacido en Elizondo en 1692, fue un hombre de negocios ligado a Arizkun, con quien participó en el arrendamiento de la renta de lanas, y a Iturralde. Fue arrendatario de rentas provinciales de diferentes provincias durante casi veinte años hasta llegar a ser tesorero del Príncipe de Asturias y consejero de Hacienda en 1739.

La nobleza tenía su importancia en este nivel de la administración. Cuatro fueron nobles titulados (el ya citado marqués de Feria, más el marqués de Andía, el marqués de Monterreal y el marqués de Valbuena). Otros tres eran caballeros de órdenes militares –como los anteriores–, aunque sin título y dos consiguieron la nueva nobleza de la Orden de Carlos III, Pantaleón Beramendi y Mateo Ibarra; el primero entró por la vía de la administración, el segundo era abogado. Los dos acabarían siendo josefistas tras la invasión de los franceses.

Un personaje interesante es Tomás Micheo, de Gaztelu. Siguió la carrera de colegial desde Alcalá y llegó a ser alcalde mayor del consejo de Navarra. El interés de esta persona reside, entre otras cosas, en sus relaciones familiares con los Dolarea, y los Micheo Uztáriz, uno de los clanes familiares navarros de más renombre en el comercio gaditano<sup>17</sup>, emparentados también con la importante familia mercantil y financiera de los Uztáriz de Madrid. Tomás Micheo siguió su carrera en la administración para llegar a ser oidor del consejo de Navarra, regente de la audiencia de Aragón y finalmente, consejero del de Castilla.

Navarros importantes hubo también en el Consejo de Guerra, sin necesidad de ser militares<sup>18</sup>. Algunos no eran nacidos en Navarra, sino oriundos muy cercanos, de padres navarros. Así, por ejemplo Salvador Oteiza Querejazu –su padre de Tudela–, comenzó a servir con su padre en la contaduría del ejército de Cataluña hacia 1743. Luego sería comisario de guerra, oficial de la secretaría del Despacho de Guerra y finalmente, secretario del consejo de Guerra y consejero del mismo en 1791; una carrera de puros méritos administrativos. Pedro Ursúa Arizmendi había nacido en Sevilla, en 1650, a pesar de sus apellidos y de su linaje claramente navarro. Hijo del conde de Gerena, título que heredaría, siguió la carrera universitaria en Salamanca. De la cátedra pasó a la chancillería de Valladolid y luego fue consejero de Hacienda y de Indias. Después

<sup>17</sup> Ver el trabajo ya citado de V. E. Martínez del Cerro sobre los comerciantes navarros en Cádiz.

<sup>18</sup> Sigo la información suministrada por ANDÚJAR CASTILLO, F., *Consejo y consejeros de guerra en el siglo XVIII*, Granada, Universidad de Granada, 1996. En el apéndice, se establecen por orden alfabético, por lo que no es estrictamente necesaria la referencia a la página en cada caso.



Carta impresa para postular en Indias remitida por la Real Congregación de San Fermín de los Navarros, en 1695

volvería a las audiencias, como presidente de la de Aragón. En 1714 fue nombrado consejero camarista del de Castilla y consejero togado de Guerra. Oriundo es también Casimiro Uztáriz y Azuara, nacido en Bruselas, en 1699, donde servía su padre; marqués de Uztáriz en 1739. Empezó como escribiente administrativo en la secretaría del consejo de Guerra. En 1736 es secretario de la secretaría de Guerra, cargo que alterna con otros de la misma índole, en cuestiones relacionadas con la economía. En 1744 fue nombrado consejero de Guerra.

El mismo puesto lo obtuvieron otros nacidos en Navarra, como, por ejemplo, Pedro Francisco Goyeneche Martiarena, Elizondo, 1713, caballero de Santiago. Su hermano Santiago fue oficial de la secretaría de Guerra. Él siguió la carrera militar, comenzando como cadete. Fue paje de Patiño en 1732 y comisario de guerra en 1736. En 1760 ascendería a comisario ordenador y con ese cargo participó en la campaña de Portugal de 1762<sup>19</sup>. Después fue intendente de varias provincias, intendente de ejército y finalmente consejero del de Guerra en 1777. Julián de San Cristóbal Eguiarreta, Viana, 1725, conde de San Cristóbal, era nieto de Luis de Eguiarreta, que había sido consejero de Castilla. Hizo carrera universitaria por Salamanca y pronto pasó a las magistraturas: audiencias y chancillerías, con diversos cargos. En 1773 se le nombró consejero togado del de Guerra y luego también, camarista de Castilla. Murió en su localidad natal, en 1803, algo excepcional entre las personas de las que estamos hablando: la mayoría murieron en Madrid o en los lugares donde estaban destinados (sobre todo Madrid porque estamos hablando de consejeros). Finalmente, Juan Bautista San Martín y Navaz, Tietras (sic)<sup>20</sup>, 1732, tiene una carrera menos brillante en sus inicios: juez de visita de escribanos, abogado de la Capitanía General de Castilla la Nueva, auditor del ejército en la campaña de Menorca (1781). Allí se le reconocieron muchos méritos que le elevaron a consejero togado del de Guerra en 1795. Por supuesto, no son los únicos que llegaron a consejeros de Guerra.

El mismo puesto lo tuvo también Miguel de Múzquiz, aunque dentro de una carrera más espectacular, como hemos visto. Por su parte, Isidoro Gil de Jaz, Sangüesa, 1703, fue consejero de Castilla (1754) y asesor del de Guerra. En 1753 se le encargó la negociación con la Santa Sede de la parte del Concordato relativa a beneficios eclesiásticos. Juan Elizondo, Elizondo 1649, caballero de Santiago, fue solamente secretario de las secretarías de los consejos de Guerra (1706) y de Estado (1714), secretarías que después se unirían en su persona. En cualquier caso, como se ve por esta aproximación a unos cuantos consejeros de Guerra y algunos de Estado, la presencia de navarros en el mundo de la alta administración era elevada. Piénsese que este ejercicio podría repetirse, y de manera más completa, para todos los consejos y luego para instituciones inmediatamente inferiores, como chancillerías y audiencias, intendencias de provincia y de ejército, corregimientos, etc. En todos los casos encontraríamos a numerosos navarros que no tuvieron la suerte de escalar a los puestos más altos pero que ocuparon lugares de bastante relevancia administrativa.

## MILITARES

La consideración del consejo de Guerra nos pone en relación con sus administrados, los militares. Resulta, hasta cierto punto, abrumador el número de navarros que sirvieron en el ejército.

Claro que no conocemos a todos los que sirvieron en la administración civil en los diversos escalones antes mencionados, que también serían muchos. Pero los militares conocidos son muy abundantes. Si seguimos el elenco de Félix Pérez de Larraya, nos aparecen no menos de 70 individuos

<sup>19</sup> GONZÁLEZ ENCISO, A., "El coste de la guerra y su gestión: las cuentas del tesorero del ejército de Portugal (1762)", en *VIIIª Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, Madrid, junio de 2004

<sup>20</sup> ¿Puede ser una errata por Tietbas?



**S**EÑOR MIO. No alcançando los medios con que se halla la Real Congregacion Nacional, formada en esta Corte de los Naturales, y descendientes del Reyno de Nauarra al mayor culto, y veneracion de su Glorioso Patron San Fermin, à los gastos de sus principales institutos, discurriò todo lo que puede conducir à su reparo, y fomento, siendo lo de mayor consequencia los efectos que se promete, assi de la piedad, como de la opulencia de essos Reynos; por lo qual, deseando la Congregacion assegurar la practica de negocio tan justo, como importante, informada de los sujetos de la primera calidad, y buenas costumbres, que concurriran en essas Prouincias, y enterada de las muchas partes, que en V. concurren, fui yo, como Secretario, aunque indigno de ella, el no menos interessado, pues me diò motiuo de que lograsse la fortuna de ofrecerme à la obediencia de V. con el de encargarme remitiesse à V. como lo hago, el Despacho, Constituciones, y Poder adjunto, para que esto tenga el buen logro que se promete de su Christianidad, y zelo; executando en virtud del Poder la instruccion contenida en la Real Cedula, pues demàs de quedar la Congregacion con este reconocimiento, correrà por cuenta del Santo la remuneracion de esta buena obra: Y yo suplico à V. me auise del recibo de esta, con muchas ordenes de su agrado. Dios guarde à V. muchos años, como deseo. Madrid  
à de de 1695.



a los que podemos llamar militares activos en el siglo XVIII<sup>21</sup>, y todos ellos, con pocas excepciones, alcanzaron cargos de mucha relevancia en el escalafón militar así como en puestos de gobierno, especialmente en América. Aunque no se pueda hacer un estudio detallado de esas 70 carreras militares, lo que sería largo, sí se pueden realizar algunas precisiones, por más que sean sólo indicativas, pues el elenco no pretende ser exhaustivo.

Desde el punto de vista de la cronología del nacimiento, 11 de esas personas habían visto la luz aún en el siglo XVII, por lo que sus triunfos se refieren, fundamentalmente, a la parte final de ese siglo y a las primeras décadas del siglo XVIII. Al menos 31 personas de las recogidas en el elenco nacieron en la primera mitad de este siglo y solamente 19 lo hicieron en la segunda mitad. Muchas de éstas tuvieron su madurez, como es lógico, ya en el siglo XIX. Ésta es la razón por la que se hayan recogido menos casos nacidos en la segunda mitad del setecientos. De éstos se han contabilizado aquí sólo aquellos que ya tenían una cierta carrera militar acreditada antes de 1808. Como se ve por las cifras dadas, el total no cuadra con 70 porque, por las limitaciones de la fuente, no aparecen todos los datos de todas las personas, como ocurrirá en los siguientes aspectos.

En cuanto al origen geográfico, 21 provienen del norte de Navarra (al norte de la cuenca de Pamplona), 14 de Pamplona o su cuenca —casi todos son de la misma Pamplona—, y 26 de la Ribera (de Estella y Olite hacia el sur). La relación entre época de nacimiento y lugar del mismo no es significativa.

El elenco se refiere tanto a militares de tierra como a marinos. De 13 nos consta que fueron a la armada; el resto serían militares de tierra. Por lo que se refiere a su formación, de 26 de ellos consta la referencia a que hicieron la carrera militar, es decir, que comenzaron por frecuentar las aulas de diferentes academias para después ascender por el escalafón establecido, a golpe, eso sí, de sus méritos en diferentes batallas. De unos cuantos, nueve en concreto, se dice que comenzaron como cadetes, lo que no implica necesariamente la asistencia a una academia, sino su comienzo desde milicias urbanas, o por influencia de su sangre noble. De otros muchos no se dice nada. Dado que la inmensa mayoría de los personajes registrados alcanzaron grados importantes (brigadier, general), en el escalafón, de lo dicho se puede deducir que el ejército supuso una entrada muy abierta para que los navarros consiguieran un buen ascenso social haciendo valer sus méritos personales.

Es evidente que la familia ayudaba, aunque no necesariamente. De algunos se dice que tenían linaje noble, aunque a veces se puede referir a la hidalguía universal de los navarros, sobre todo de los del norte del reino. De 11 de ellos nos consta que fueron caballeros, la mayoría de órdenes militares, algunos de la orden de Carlos III; sin embargo, unos fueron jóvenes caballeros, gracias a la influencia de la familia y otros alcanzaron la caballería más tarde, haciendo valer sus méritos. Lo mismo podemos decir de los títulos. Hemos contado siete, en total, algunos conseguidos tras una brillante carrera, no siempre, pues heredados. De estos datos se deduce también que la nobleza no era un factor importante en el desarrollo de la vida militar, aunque no fuera desdeñable.

Algunos alcanzaron riquezas antes o después, dado que se enteretuvieron también en negocios varios, sobre todo si estaban en América. De seis de ellos consta que abandonaron las armas para dedicarse por entero a sus haciendas.

<sup>21</sup> PÉREZ DE LARRAYA, F., *Militares navarros*, mecanografiado, s.a. El criterio elegido para seleccionarlos es, además del nacimiento navarro —salvo algún caso excepcional de padre navarro—, el que tuvieron algún cargo de relevancia dentro del siglo de 1700 a 1808. Así pues, quienes murieron después de 1700, entran en el listado. No entran aquéllos, relativamente numerosos, que empezaron sus carreras, muy jóvenes, en la Guerra de Independencia, forzados por las circunstancias. Sí entran quienes en 1808 tenían ya un cargo de cierta relevancia, por encima de capitán, y que claramente estaban enrolados en el ejército regular antes de que se produjera la invasión francesa.

Desde el punto de vista de los destinos geográficos, la mayoría, unos 25 seguro, tuvieron que ver con América y allí desarrollaron la parte más importante de su carrera. Dos fueron a Italia, uno a Filipinas y solamente consta de uno que no saliera de la España peninsular e insular.

La mayor parte de los destinados a América, de militares de tierra, desde luego, pronto tuvieron un cargo de tipo administrativo, como gobernador, fundamentalmente, u otros de menor importancia. Al menos en 16 de ellos concurren estas circunstancias, lo que hace pensar que el gobierno de Madrid se fiaba de los militares para imponer el orden en las lejanas tierras americanas, pues además tenían la experiencia militar, por si fuera el caso se necesitara. Muchos de ellos fueron virreyes. En el listado que usamos de Pérez de Larraya nos aparecen entre estos militares por lo menos 12 virreyes, de los cuales 10 lo fueron en América y dos en España. Algunos de estos virreyes son conocidos, como el pamplonés José de Armendáriz, Miguel Azanza, Juan Bértiz y Salcedo, Bucarelli, Eslava<sup>22</sup>, José Ezpeleta<sup>23</sup>, Manuel de Guirior, José de Iturrigaray, último virrey de Nueva España; Agustín Jáuregui o Pedro Mendinuera<sup>24</sup>.

Muchos tuvieron cargos diferentes en la corte de Madrid, once de ellos, por lo menos, estuvieron relacionados con comisiones varias y puestos cercanos a personas de la familia real. Otros muchos tuvieron cargos en la administración, para cuyos ascensos se sirvieron también de sus méritos militares. Al menos otros 11 de esta lista fueron consejeros o secretarios de diversas instituciones. Por lo menos tres de ellos llegaron a la más alta magistratura administrativa, la de secretario del Despacho. Castejón lo fue de Marina y Eslava y Muniáin lo fueron de Guerra.

Dos de ellos fueron militares sólo en parte, pues se movieron por el cuerpo de Intendencia, que no exigía conocimiento de armas, más bien dineros. La mayoría de los consejeros de Guerra mencionados en el apartado anterior también pertenecían a este cuerpo. Desde luego eran militares, pero no de armas. De dos de ellos sabemos que hicieron estudios universitarios, pero como algo completamente separado de su carrera militar.

Además de secretarios del Despacho, virreyes y gobernadores, algunos entran dentro de lo que podríamos llamar personajes ilustres o interesantes, por razones muy variadas. Por ejemplo, Juan Francisco de Aguirre, de Donamaría, era marino y geógrafo y desde los años ochenta participó en varias comisiones, típicas de la época, para demarcaciones territoriales y construcción de mapas. En Argentina realizó desde 1796, el reconocimiento de las costas del Plata. José de Ezquerro, también marino tuvo entre sus comisiones, la de tomar posesión de las islas de Fernando Póo y Anobón, así como levantar las cartas hidrográficas de aquellos lugares. De Martín García Arista de Loigorri dice Pérez de Larraya que fue "creador del Cuerpo de artillería". Dado que se supone que tal creador fue el italiano conde de Gazola, traído a España por Carlos III precisamente con ese objetivo, habrá que considerar que el navarro, de Corella para más detalle, sería uno de los principales personajes en aquel evento. También se dice de él que fue el fundador de la primitiva galería de retratos del colegio de Artillería de Segovia.

Francisco González de Bassecourt, de Pamplona, aparte de una dilatada carrera militar llena de éxitos, le correspondió el honor de llevar el título de conde del Asalto, que se había concedido a la familia a la memoria de la heroica actuación de su hermano en la defensa del asalto por los ingleses al castillo del Morro de La Habana, en 1762. Además fue mecenas patrocinador de la tra-

<sup>22</sup> Sobre esta familia ver VÁZQUEZ VARELA, A., *Estrategias familiares en Navarra y América durante la Edad Moderna: los Eslava Lasaga, un linaje de funcionarios y militares*. Trabajo de investigación inédito, Universidad de Navarra, 2003.

<sup>23</sup> Sobre la carrera de Ezpeleta previa a su virreinato, AMORES CARREDANO, J. B., *Cuba en la época de Ezpeleta (1785-1790)*, Pamplona, EUNSA, 2000.

<sup>24</sup> Ver la obra citada más debajo de J.M.ª Marín Leoz.



ducción castellana de *La nobleza comerciante*, del francés Coyer. Manuel Martínez de Irujo, de Beriáin, entró en el cuerpo de Intendencia. Siendo contador del ejército de Valencia casó con una rica heredera; esto y la subsiguiente concesión de la orden de Carlos III elevó su prestigio y riqueza. Según A. de Otazu, este personaje es el verdadero artífice de la ulterior grandeza de los Irujo. José Raón tuvo un cargo algo más exótico, ya que fue gobernador de Filipinas. Le tocó dirigir allí la expulsión de los jesuitas y tuvo problemas con el gobierno porque se le acusó de haber sido partidario de la Compañía. No obstante no haberse probado nada, moriría prisionero.

Miguel de Sada y Antillón, tudelano, nacido en 1676, puede servirnos de ejemplo de las vicisitudes por las que pasó un marino de la primera mitad del siglo XVIII en servicio del rey. Aparte de acciones anteriores, le tocó de lleno la guerra de Sucesión: defendió Cádiz en 1702 y estuvo en la batalla de Málaga en 1704. Tras una expedición a la América septentrional, regresó a España donde participó en la toma de Mallorca por las tropas de Felipe V. Participó después en las campañas de Cerdeña y Sicilia provocadas por la política revisionista de Alberoni<sup>25</sup>, allí cayó prisionero en 1718. Tras otro viaje a América y al Pacífico, participó en la toma de Orán de 1732. Ascendido a Teniente general, fue luego Comandante general del departamento de Cartagena. Es un ejemplo como otro cualquiera, que muestra cómo el servicio al rey exigía estar de un lado para otro, a lo largo de buena parte del mundo, en las diversas campañas navales, en este caso, o militares. Similar fue la vida de la inmensa mayoría de los personajes aquí reseñados. También muestra las numerosas posibilidades de acción en una Monarquía de territorios tan extensos y compromisos militares tan elevados.

Agustín Sesma y Sierra presenta una curiosidad. Era un caballero importante de Corella cuya casa se convirtió en improvisada corte cuando durante las vicisitudes de la guerra de Sucesión Felipe V y M.<sup>a</sup> Luisa de Saboya tuvieron que refugiarse en ella tras la amenaza a Madrid de las tropas del Archiduque. Era el año 1711. Después participó en las acciones militares que consiguieron el repliegue de las tropas austracistas hacia Aragón.

El último militar navarro que en estos momentos cabe reseñar por su especial interés es Luis Daoiz, Capitán de artillería y uno de los "primeros mártires de la independencia en España". Se hallaba en Madrid con ocasión del 2 de Mayo cuando tuvo que defender junto a un grupo de paisanos y con su compañero Velarde, el parque de artillería, en cuya acción encontraría la muerte.

## OBISPOS

Un mundo muy diferente, como es lógico, es el de los hombres de iglesia. Entre ellos, también muy abundantes en general, he elegido los obispos por ser el cargo más significativo si se considera desde el punto de vista de la carrera eclesiástica (con independencia de que hacer carrera fuera

deseo explícito, o no, de estas personas), entendida como un supuesto triunfo también con referencia social, dada la relevancia que el cargo tenía igualmente en ese terreno. Otra obra inédita de Pérez de Larraya nos ayuda fundamentalmente también en este caso<sup>26</sup> y sobre ella nos apoyamos casi exclusivamente para dar una panorámica muy general. Entre todos los que en el elenco se presentan hemos elegido aquellos que fueron nombrados o ejercieron su cargo dentro de los límites cronológicos del siglo XVIII, además de la primera década del XIX. Son 45 personajes.

<sup>25</sup> Allí combatió también, con rango más elevado, otro navarro ilustre, José de Armendáiz, poco antes de ser nombrado virrey de Perú. ALONSO AGUILERA, M. A., *La conquista y el dominio español de Cerdeña (1717-1720)*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1977.

<sup>26</sup> PÉREZ DE LARRAYA, F., *Elenco de los obispos naturales y originarios de Navarra*, ejemplar mecanografiado, s. a. Como en el caso anterior, los datos que se ofrecen no son completamente uniformes, no se indican las fuentes y no hay medio de saber, a falta de una introducción crítica, si están todos los que tienen que estar. En cualquier caso, está claro que son todos los que están y que la información que se ofrece, a pesar de todo, es abundante y de extrema utilidad, en cualquier caso, de sobra suficiente para la somera explicación que aquí se pretende.

Si consideramos el año en el que fueron consagrados obispos, encontramos que 25 lo fueron en la primera mitad del siglo, y 20 en la segunda (hasta 1808 inclusive). Por reinados, el más prolífico fue el de Felipe V, en el que se consagraron, al menos 22 obispos navarros (claro que fue un reinado largo). Con Carlos III se consagraron 14 y con Carlos IV la cifra bajó a 6. Sólo 3 en el breve reinado de Fernando VI. Los números pueden hacer pensar, sin más intención que la simple sugerencia, una relación con la mayor influencia de políticos navarros en la Corte. El reinado de Felipe V es el momento más específico de la "hora navarra". Se nota entonces una gran regularidad, pues en todas las décadas se nombraron entre cuatro y cinco obispos navarros, sin altibajos. Por otra parte, la década más fructífera fue la de los años ochenta, que casualmente coincide con la presencia de Múzquiz en el poder: entonces se hicieron 7 obispos navarros; aunque también se había nombrado a 6 en los años sesenta, momento de supuesto declive de la influencia navarra por la presencia de Esquilache.

El juego de las posibles influencias en los nombramientos es peligroso si no se tienen más datos. En cualquier caso, podemos añadir, a título de sugerencia, algunos detalles. En las últimas décadas del siglo XVII, Castorena Ursúa y Goyeneche, originario del Baztán, fue capellán y predicador de Carlos II, luego canónigo, antes de ser nombrado obispo de Yucatán en 1729. Seguramente en sus años de capellán coincidió con Juan de Goyeneche, lo que pudo suponer una doble influencia a favor de los navarros en general. Desde los años sesenta fue confesor real fray Joaquín de Eleta, nacido en Burgo de Osma, pero de origen navarro. Aunque era un franciscano austero bien pudo haber tenido alguna influencia en los nombramientos, pues de hecho participó activamente en diversos acontecimientos del reinado.

Respecto a su origen, conocemos el de 41 de los obispos recogidos. De ellos, 19 nacieron en lugares de la Ribera (de Estella hacia el sur), 10 en la Cuenca de Pamplona y 12 en el norte, la mayoría de esos 12 en el noroeste. Como se ve, existe una ligera diferencia entre los obispos y otros personajes triunfadores en la medida en que la procedencia geográfica es aquí más variada y predomina el sur. Seguramente el hecho de que la cuna incidía menos en los destinos eclesiásticos se ve reflejado de algún modo en esta estadística, ya que entre los riberos no aparecen, en general, apellidos ilustres. Muchos de ellos eran religiosos; al menos 11 obispos, la cuarta parte, empezaron como simples frailes, lo cual acredita la humildad del origen social de muchos.

En cuanto a las carreras, consta que más de la mitad, 23, pasaron por universidades. Entre ellas destacan Alcalá (9 destinos), Salamanca (5) y Valladolid (4), además de otras que aparecen ocasionalmente, como Oñate, Irache, Sagunto y Ávila. La mayoría de los que pasaron por allí se quedaron en licenciados, algunos fueron doctores, al menos según los datos disponibles. Insisto en que la estadística no se basa en fuentes uniformes, por lo que no se puede decir que otros no hicieran lo mismo que se dice de algunos. Expresamos lo que sabemos con certeza.

En cuanto a la carrera posterior la mayoría se ciñó a un perfil muy eclesiástico. Algunos (3 al menos) fueron catedráticos en alguna universidad, pero la mayoría fueron canónigos en diferentes catedrales (18 de ellos), y fueron itinerando por diversos cargos hasta llegar al episcopado. Así, por ejemplo, Juan Arteaga y Dicastillo, nacido en Arbeiza en 1650, en este caso de familia principal, se ordenó sacerdote en 1680 y fue párroco de Mendavia. Después cursó estudios en Irache y en Alcalá, donde se doctoró en teología. En 1706 era lectoral en la catedral de Ávila y allí fue visitador y provisor en sede vacante. Se le consagró obispo de



Orense en 1707, aunque murió en el viaje. Bernardo Jiménez, de Cascante, nacido en 1669, fue colegial de San Ildefonso en Alcalá, luego canónigo de la catedral de Calahorra, abad de Santander y finalmente obispo de Barcelona en 1725.

Matías Escalzo y Acedo, nacido en Sesma en 1690, tiene un itinerario más variado, como otros muchos. Cursó filosofía y derecho en Valladolid, fue abad de Cenazarruza (Vizcaya) en 1715, luego Inquisidor, Canciller mayor y Juez de competencias en Mallorca. En 1729 es Inquisidor en Córdoba y en 1742 lo será de la Corte para pasar en 1745 a fiscal del consejo de la Inquisición y Visitador de la Real Capilla de San Isidro. En 1748 fue nombrado obispo de Astorga. Otro caso peculiar es el de Miguel de León y Azcona, nacido en Pamplona en 1729. Estudió leyes en Valladolid y se doctoró después en Salamanca; pero se ordenaría sacerdote en Madrid en 1753. El obispo le nombró canónigo y provisor, pero acabó renunciando a los beneficios que poseía por pobreza y humildad. En 1759, no obstante, fue promovido a maestrescuela y canónigo de la catedral de Cuenca, y en 1785 fue nombrado obispo de Ávila, cargo del que no llegó a tomar posesión por humildad. Moriría cuatro años más tarde en olor de santidad.

Otro caso significativo es el de Saturnino García de Arazuri, natural de Lorca. Religioso capuchino, estudió artes y teología en Zaragoza; luego se ordena sacerdote y pasa a Madrid, a la Academia de San Pedro. Predica al clero y a los Reales Consejos, por lo que fue presentado a los prioratos de Larraga y Murillite. Después se le destinó a Perú como secretario de Monseñor Miguel de Pamplona, hizo oposiciones a la Magistral de Arequipa y obtuvo la canongía. Fue Tesorero, Chantre, Arcediano y Deán. Llegó a ser obispo, seguramente auxiliar, de la misma Arequipa.

Los ejemplos se podrían multiplicar, pero no es del caso. Lo que sí interesa ver es la enorme variedad de caminos posibles, desde las universidades y cabildos catedralicios, a través de la predicación en la Corte, dentro de los servidores de un obispo, en destinos altos o en otros más bajos, pero desempeñados con santidad y honradez, todos ellos fueron caminos recorridos por aquellos que llegaron al episcopado, normalmente a elevada edad. De muchos de ellos consta, además, una ejemplar vida de piedad y de entrega a su cargo, tanto en la preocupación por la cura de almas, como en los aspectos referentes a la relación con las autoridades políticas del lugar, o la promoción de los pobres, o de la cultura y el arte, según los casos. Algunos fueron también escritores de temas espirituales.

En lo que se refiere al destino definitivo, de los 45 conocidos 23 fueron obispos en España y 18 en América, 3 en Italia y 1 en Filipinas. De los destinados en España, cuatro regresaron a Navarra, 2 a Pamplona y 2 a Tudela. Los de Pamplona fueron Juan Lorenzo Irigoyen y Dutari, y Francisco Añoa y Busto. El primero, nacido en Errazu en 1712, fue colegial en Alcalá y Prior de Velate. Fue nombrado obispo de Pamplona en 1768 y fue quien construyó los dos seminarios de la diócesis. Añoa y Busto nació en Viana en 1684. Estudió teología y jurisprudencia en Alcalá y fue luego becado en Santa Cruz de Valladolid. Fue canónigo inquisidor, provisor, vicario general y capitular de la diócesis de Cuenca. Nombrado obispo de Pamplona en 1735, estuvo poco tiempo, pues en 1742 pasó a Zaragoza, donde le cupo un trabajo más largo, especialmente en la promoción de la construcción de la Basílica del Pilar, a los pies de cuya Virgen está enterrado.

En cuanto a los de Tudela, uno es Francisco Ramón de Larumbe, natural de Lumbier, 1738. Después de ordenarse sacerdote estudió la carrera de cánones en Salamanca. Fue canónigo

doctoral en la catedral de Segovia y vicario capitular en Sevilla. Fue nombrado obispo de Tudela en 1784. El otro obispo tudelano fue Fermín Lorenzo Irigoyen, natural de Errazu, 1743. Fue también canónigo en Segovia y obispo de Tudela en 1796.

De los obispos con destino en América, uno de los más conocidos es Osés, pues cuenta con una reciente monografía<sup>27</sup>. Nacido en Galbarra, en 1755, realizó los estudios habituales de un eclesiástico de la época, como dice A. Irisarri. Estuvo en el seminario conciliar de Pamplona, fue ordenado de prima en el convento de los mercedarios de la ciudad. Luego pasó a la Universidad de Zaragoza, donde se graduó en teología, leyes y cánones. Volvió a Pamplona donde ejerció una capellanía hasta que se ordenó sacerdote en 1782. Al año siguiente se fue a la universidad de Orihuela, donde consiguió de modo inmediato los doctorados en los dos derechos, titulación frecuente en la época y de consecución rápida si ya se habían hecho los estudios previamente, como era el caso. Obtuvo luego la canongía doctoral de la catedral de Calahorra, pero permaneció en Orihuela trabajando como pasante de cánones y realizando prácticas para ser recibido como abogado de los Reales Consejos, objetivo que conseguiría. Poco después pasó a Cuba como provisor del obispo Antonio Feliú y Centeno. Allí sería Canónigo y Vicario General hasta ser nombrado obispo de Santiago de Cuba en 1792.

Algunos tienen nombres que evocan relaciones familiares con otros triunfadores en la Monarquía; probablemente eran parientes, al menos tenían cercanía por el lugar de nacimiento. Así, el ya citado Castorena Ursúa y Goyeneche, obispo de Yucatán en 1729, probablemente relacionado con los Goyeneche; o bien Pedro Mendinueta y Múzquiz, obispo electo de Colombia (no se precisan las fechas), seguramente relacionado con una de las familias de Elizondo que llevan el mismo apellido, bien las de sus homólogos Pedro Mendinueta y Múzquiz, general en Cuba a finales del siglo<sup>28</sup>, o Pedro Mendinueta, Virrey de Nueva Granada y conde de la Címera; o bien de la del financiero Francisco de Mendinueta y Hualde<sup>29</sup>. También se puede incluir en esa parentela a Pedro Luis de Ozta y Múzquiz, natural de Elvetea, 1742, hermano del marqués de Ribascacho, nombrado obispo de Calahorra en 1785. Del mismo modo, el también mencionado Irigoyen y Durari, de Errazu, 1712, podía tener relación con la familia de comerciantes, los Durari, que más tarde se afincaron en Madrid<sup>30</sup>. Igualmente, podría tener relación con el anterior Lorenzo Irigoyen, nacido en Errazu en 1743 y obispo electo de Tudela.

En otros casos tenemos personajes que seguramente son familiares por afinidad de apellidos y de lugar de nacimiento, tíos y sobrinos, primos, o un parentesco similar. Así, por ejemplo, Matías Escalzo y Acedo, Juan José Martínez Escalzo y José Cipriano Escalzo y Miguel. Los tres nacieron en Sesma, en 1690, 1704 y 1720, respectivamente. El primero fue obispo de Astorga, el tercero de Cádiz, y el segundo fue consagrado en Madrid obispo de Farsalia (Grecia), por lo que tendría algún otro cargo honorífico. El primero y el tercero coinciden también en haber estudiado en Valladolid.

Otra pareja de coincidencias se da entre José Larumbe y Malli y Francisco Ramón de Larumbe, nacidos ambos en Lumbier, en 1695 y 1738, respectivamente. Los dos estudiaron también en Salamanca. El primero fue obispo de Tuy, y el segundo, de Tudela.

<sup>27</sup> IRISARRI, A., *El Oriente cubano durante el gobierno del obispo Joaquín de Osés y Alzua (1790-1823)*, Pamplona, EUNSA. Los datos biográficos en pp. 75 y s.

<sup>28</sup> MARÍN LEÓN, J. M., *Un militar para el reformismo americano: Pedro Mendinueta y Múzquiz*, Trabajo de Investigación del Doctorado, Pamplona, Universidad de Navarra, 2002, inédito.

<sup>29</sup> Sobre los últimos ver los trabajos recogidos en AQUEERRETA, S. (coord.), *Francisco Mendinueta: Finanzas y mecenazgo en la España del siglo XVIII*, Pamplona, EUNSA, 2002.

<sup>30</sup> TORRES SÁNCHEZ, R., "Lana y banca. Los servicios financieros al negocio lanero en el siglo XVIII", en GONZÁLEZ ENCISO, A. (Coord.), *El negocio de la lana en España (1650-1830)*, Pamplona, EUNSA, 2001.





Retrato de Sebastián de Esla-  
va, virrey de Nueva Granada.

En algunos casos el obispado va acompañado con puestos en la Corte o en la Administración. Ya hemos mencionado a Eleta, confesor de Carlos III durante casi todo su reinado (murió el confesor un año antes que el rey). De Escalzo y Miguel se dice que formó parte del Consejo Real, sin más especificación; lo mismo que de Garzón y Vidarte (nacido en Pamplona y emparentado con la familia Vidarte de comerciantes)<sup>31</sup>, se dice que fue del Consejo de Su Majestad. Éste sería Inquisidor apostólico en México y obispo electo de Oaxaca. Por su parte, Viza-

<sup>31</sup> AZCONA GUERRA, A.M., *Comercio y comerciantes en la Navarra del siglo XVIII*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1996, pp. 255 y s. En las páginas dedicadas a la familia Vidarte no aparece el apellido Garzón nunca.

rrón y Eguiarreta, oriundo de Ituren, fue canónigo de Sevilla y luego arzobispo y virrey de México. Como arzobispo comenzó en 1730 para terminar a su muerte en 1747. El cargo de virrey lo ejerció entre 1734 y 1740.

En conclusión, la llamada de los diferentes destinos que podían dar oportunidades a los navarros para, saliendo de su tierra, adquirir fortuna, fama, o sencillamente, poder seguir una vocación profesional o religiosa, fue muy poderosa. Los navarros, de toda Navarra, salieron de modo natural hacia esos destinos que significaban una entera proyección vital. No ha sido nuestro propósito entrar en los temas relativos a motivaciones, ni considerar los medios que esas personas emplearon para conseguir sus logros. Solamente hemos pretendido, basándonos en algunos ejemplos muy concretos, ilustrar a modo de introducción, una corriente de salida de Navarra que fue mucho mayor de lo que una primera aproximación a la "hora navarra del dieciocho" podía hacernos suponer. Ciertamente que esta realidad estaba intuita por todos, incluso conocida en casos concretos; es decir, no es algo estrictamente novedoso lo que aquí se explica. No obstante, y aunque brevemente a causa de las características del trabajo, aquí sí se ofrece, a modo de introducción y prólogo de futuras investigaciones, una demostración amplia y palpable de aquella realidad que fue, como se puede apreciar, muy abundante. Sabíamos que muchos navarros se fueron de Navarra. Ahora empezamos a ver más en concreto, por qué se fueron, cuáles fueron sus principales destinos, qué tareas les atraían y cuántos fueron, en realidad, los que tomaron esos caminos. Hemos podido acercarnos también, a los importantes logros que muchos de ellos consiguieron en sus ámbitos de actuación para sí mismos y para la Monarquía que les amparó.



Sanxichona y m  
pedro de y xia  
y prime

18  
Baptiste y Don Joan  
Carrio de ordoqui  
calabria de Euff  
ano de mil sey  
Joan de puda y

Año  
1657 1

En el lugar de  
y siguientes cinco

a de oxmante y oaxiñen  
y madrina Maria de la ta

CATÁLOGO DE OBRAS

Libros de acortado sobre de Anís

aguerre a Joanne de goybe  
legitimo de martin goys

a veinte y nueve de n

los cinquenta y seis y fu  
rmo maria de ~~Estrecho~~

Don  
algun a siete de febrero del

y siete bawice a Roma d



## Escudo de armas de la Monarquía Hispánica

Talleres pamploneses, c. 1735.

Madera policromada y dorada, 226 x 179 cm.

Pamplona, Casa

Consistorial.

Procedente del Consejo Real de Navarra.

Fernando el Católico incorporó a sus títulos los de rey de Nápoles y de Navarra; en consecuencia, añadió las armas de estos reinos a las que se habían pactado en Segovia en el año 1475. La inclusión de las armas de Navarra confirma el carácter de armas de dignidad, con significación territorial, no sólo de ascendencias genealógicas. Las armas de los reyes recogen en sí dos diferentes tradiciones. De una parte, la del sistema heráldico, nacido al mediar el siglo XII, que comparten con las demás armerías. De otra, la tradición, mucho más antigua y exclusiva, de los signos usados por los reyes para manifestar a los demás su categoría y el poder y autoridad a ella inherentes. De la primera reciben la forma gráfica y las costumbres que rigen su composición; de la segunda heredan sobre todo su significación esencial, inicialmente la de armas de dignidad, anejas a la cualidad de rey de determinado reino, y más tarde la de símbolo de la administración real, precursora de la idea de estado. Vemos pues aquí el germen de un interesante proceso, aún poco estudiado: el que conducirá a las armas del rey de España a ser consideradas como armas de la nación, proceso que culmina en el siglo XIX, tras el destronamiento de Isabel II.

Las armas de Doña Isabel y Don Fernando se reunieron en un solo escudo según dos diferentes modelos, cuyas preferencias obedecen más a razones geográficas que cronológicas. En ambos, las armas de Castilla y León pasan en primer lugar, según se había pactado, tanto por ser aquellos reinos de mayor importancia que Sicilia cuanto por habilidad política de Doña Isabel. El primer modelo, el más conocido, es el cuartelado a la manera castellana: 1,4, cuartelado de Castilla y León (las armas de la Reina); 2,3, partido de Aragón y Aragón Sicilia (correspondientes a los títulos de primogénito de Aragón y rey de Sicilia que tenía Don Fernando). En Aragón, donde no era común la disposición en cuartelado, se prefiere al principio el terciado en pal, partición que pusiera muy de moda el infante Fortuna.

Las anexiones de Nápoles y de Navarra aportan la última modificación en las armas del Rey Católico. Manteniendo los demás cuarteles y el entado en punta de Granada, el 2.º (antes Aragón y Sicilia) se cambia por un partido: 1, Aragón cortado de Navarra 2, Jerusalén partido de Hungría. Así aparecen en dos tablas en el cruceiro de la catedral de Pamplona, con el anacronismo de estar sostenidas por el águila de San Juan, como si fueran las armas de la reina, ya fallecida. En estas armas de Don Fernando podemos señalar algunas particularidades. En primer lugar, que se mantienen las de Castilla y León, aunque ya no tenía estos reinos. En las armas de Ná-

poles se suprime Anjou, lo que no ocurre en las que el mismo rey usaba en Cataluña, donde se conservaban ejemplares de las que usara Alfonso V. Por último, es curiosa la posición que se adopta para Navarra, que parece aludir a Juan II de Aragón o a la idea primera de agregar Navarra a la corona de Aragón.

Con pequeñas variantes, pasan estas composiciones a las grandes armerías de Carlos I y que comprenden, además, los cuarteles aportados por Felipe el Hermoso. Pero prevaleció el modelo usado en los territorios de Flandes, que prescindía del sistema castellano del cuartelado para reunir tantos emblemas y, consiguientemente, se suprimieron las armas de Navarra y de Nápoles. Es éste el modelo que adoptaron Felipe II y los últimos Austrias.

En tiempos de Carlos I no se había grabado un nuevo sello para la chancillería de Navarra: continuaba en uso el que se hiciera en el reinado de Fernando el Católico, entre cuyas armas aparecía el cuartel de Navarra. Un sello nuevo, ya a nombre de Felipe II, quizá enviado desde la Corte, llevaba las armas habituales del rey, sin Navarra, lo que ocasionó el planteamiento de un 'agravio' por los tres estados del Reino reunidos en las Cortes de Sangüesa de 1561. Una real provisión de 1586 mandó que las armas de Navarra se pongan en escudos y sellos en la parte que les corresponda, después de las de Castilla. Estas palabras, tomadas al pie de la letra, dieron origen a una ordenación anómala en el sello; la adecuada para las armas reales es la que aparece en los dos lienzos del Monasterio de Fitero, símbolo del Real patronato.

La pieza que comentamos, labrada en el siglo XVIII para el Real Consejo de Navarra, pertenece a ese género de escudos, relativamente frecuente, que no pretenden representar las armas usadas por los reyes en esa época, tal como aparecían en sellos y monedas. Son composiciones retrospectivas que siguen raras ordenaciones ajenas a los usos auténticos. La presencia de Portugal y el tipo de corona nos lleva a la época de Felipe II, faltan las armas de Austria y junto a Jerusalén se omite Hungría. Las tres lises no corresponden a Felipe V, sino a Borgoña. La otra característica anómala de la pieza es la disposición destacada de las armas de Navarra, en escusón sobre el todo. Tampoco es única: no faltan en León los ejemplares que anteponen estas armas a Castilla y en Galicia los que añaden las que tardíamente se atribuyeron a ese reino. La extraña ordenación (posición de Navarra, Portugal y Jerusalén) demuestra una relación de esta pieza con el escudo pintado en un lienzo del siglo XVII del ayuntamiento de Villafranca. [F.M.P.N.]

MENÉNDEZ PIDAL, F. y MARTÍNEZ DE AGUIRRE, J., *El escudo de armas de Navarra*, Pamplona, 2000.  
MENÉNDEZ PIDAL, F., *El escudo de España*, Madrid, 2004.







## Retrato de Felipe VII de Navarra (V de Castilla)

Escuela Madrileña.  
Principios del siglo XVIII.  
Óleo sobre lienzo,  
125 x 105 cm.  
Estella. Ayuntamiento.

## Retrato de Isabel de Farnesio

Escuela Madrileña.  
Taller de Miguel Jacinto Meléndez, c. 1716.  
Óleo sobre lienzo,  
110 x 96 cm.  
Estella. Ayuntamiento.

Aunque muestran un evidente paralelismo, los retratos de Felipe V e Isabel de Farnesio conservados en el Ayuntamiento de Estella no fueron concebidos de manera unitaria. El retrato del monarca forma pareja con el de su primera esposa María Luisa Gabriela de Saboya, y ambos debieron de ser encargados por el Consistorio estellés en los primeros años del siglo XVIII; pero tras el fallecimiento de la Saboyana el 14 de febrero de 1714 a los 26 años de edad y los posteriores esponsales del quinto de los Felipes a finales del mismo año con Isabel de Farnesio, se hizo necesario actualizar la galería de retratos reales. El retrato de la nueva reina fue remitido a Estella en 1716, por cuanto en las correspondientes cuentas municipales queda consignado el pago de 100 reales efectuado a Juan de Munárriz "por los retratos de la reina nuestra señora y el Príncipe de las Asturias que Dios guarde, que con orden de la ciudad hizo traer de la Villa de Madrid para poner en la Sala Capitular". Vino acompañado por tanto el retrato de la farnesina de un segundo lienzo que efigiaba al pequeño príncipe Luis I a la edad aproximada de nueve años, en un escenario natural enriquecido con columnas y cortinajes. Una vez en poder del *Regimiento* de la ciudad, el ensamblador Lucas de Mena

ejecutó sendos marcos con sus bastidores y tarjetones decorativos, en tanto que el pintor Antonio de Sola se encargó de su policromía en tonos negros y dorados; ambos percibieron 115 y 132 reales respectivamente en pago a su labor.

Los retratos están pintados en una tela de formato rectangular que finge un marco ovalado en el que se inscriben las figuras, composición no desconocida en pintura pero que ya desde el siglo XVI resulta más frecuente en los retratos grabados de los que pudo tomar su inspiración. Felipe V aparece efigiado sobrepasando el medio cuerpo, en posición de tres cuartos sobre un fondo neutro y girado hacia la derecha; pese a que la indumentaria se ajusta a la más pura ortodoxia española, de negro y con golilla, por sus rasgos físicos el retrato estellés se encuentra más cercano al modelo francés que lo representa como un bello joven de abundante y rizada melena rubia que cae sobre sus hombros, cuyo agradable rostro de facciones regulares y encarnaciones marfileñas muestra cara ovalada y barbilla redonda. La austeridad en el color de la vestimenta se ve aliviada por los tonos más claros que dejan ver las hendiduras de las mangas y por los brillos dorados de la botonadura y del cinturón, del que cuelga la espada de empuña-

dura de plata, en tanto que realizan la elegancia del retratado las condecoraciones que luce: la banda azul que cruza su pecho y la cruz esmaltada con la paloma de plata, pertenecientes a la orden militar del Espíritu Santo, instituida en 1578 por el monarca francés Enrique III, y el collar con el Toisón de Oro. Porta en su mano derecha enguantada de rojo un documento o memorial que vie-



CARDERERA, V., *Catálogo y descripción sumaria de los retratos antiguos de personajes ilustres españoles y extranjeros de ambos sexos*, Madrid, 1877, cat. n.º 218.  
GARCÍA GAINZA, M.C. y otros, *Catálogo Monumental de Navarra, vol. II\**, Merindad de Estella, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1982, p. 586.  
SANTIAGO PÁEZ, E.M., *Miguel Jacinto Meléndez. Pintor de Felipe V*, Oviedo, Museo de Bellas Artes de Asturias, 1989, pp. 73 y 181.  
FERNÁNDEZ GRACIA, R., *Reges Navarrae. Imágenes et Gesta*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2002, p. 24.

ne a simbolizar las obligaciones burocráticas del monarca para con su reino.

Mayor calidad presenta el retrato de Isabel de Farnesio, de medio cuerpo, en posición de tres cuartos y girado hacia la izquierda para complementar el de su esposo, si bien en este caso el fondo neutro es sustituido por un cortinaje granate recogido en abundantes pliegues que al descorrerse deja ver una columna y un fragmento de cielo. El rostro de la farnesina, impregnado de una dulce melancolía, ofrece un contorno suave pintado con gran delicadeza; su cara se resuelve en forma de un óvalo casi perfecto, sensación que se acentúa gracias a un peinado muy alto y recogido por los lados, finalizado en unas cintas azules. Tiene la frente despejada, los ojos almendrados, las cejas altas y arqueadas, una fina nariz muy alargada y recta, y la boca muy pequeña, con el labio superior fino y el inferior algo más grueso. No faltaban en su rostro los lunares negros que tan de moda estuvieron entre las damas de su época, y que incomprensiblemente fueron eliminados en una restauración efectuada en la década de 1980, que significó asimismo una reducción del tamaño del lienzo.

La postura de la reina resulta airoso, con la mano derecha levantada en la que lleva un

abanico e invade el fingimiento del marco, en tanto que la izquierda vendría a apoyar un poco más abajo de la cadera a juzgar por la posición que adopta el brazo. El color de su vestido de tisú a base de oros y platas con estampados de flores, junto a los blancos de los encajes, resulta sobrio y elegante, poniendo la nota destacada el azul de las cintas que recogen el cabello y del tul que en forma de ondas resbala sobre el pecho; la sencillez se extiende igualmente al adorno de joyas, reducido a su mínima expresión en los pendientes, la cadena del cuello de la que pende una cruz, la joya bajo el escote, y las cuentas que perfilan el vestido.

Los anteriores rasgos que definen el retrato de Isabel de Farnesio permiten adscribirlo al taller del pintor ovetense Miguel Jacinto Meléndez, con cuyos retratos de la farnesina guarda evidentes puntos de contacto, como puede apreciarse en el pintado para la Casa de la Moneda hacia 1718, cuando esta institución pasó a depender de la Corona. A juicio de Elena María Santiago Páez, es muy probable que el original de Meléndez fuera un retrato que perteneció a la colección de Valentin de Carderera, hoy en paradero desconocido, y cuya descripción coincide exacta-

mente con la del retrato de Estella. En la colección Reitlinger de Londres se encuentra el dibujo preparatorio para esta composición, realizado con gran soltura y donde están ya apuntados tanto los rasgos físicos como los detalles de la indumentaria. [J.J.A.L.]





## Retratos de Fernando II de Navarra (VI de Castilla) y Bárbara de Braganza

Talleres cortesanos, c. 1760.

Óleo sobre lienzo, 145 x 93 cm.

Pamplona. Palacio de Navarra. Gobierno de Navarra.

Especial interés para los retratos de los reyes de España y Navarra del siglo XVIII, posee la colección ubicada en el Salón Verde del palacio de la Diputación Foral de Navarra, hoy Gobierno de Navarra. Se trata de los lienzos que en su día fueron destinados a la Sala Preciosa. Al igual que las más altas instituciones del reino, muchas villas y ciudades, con Pamplona a la cabeza, tenían por costumbre encargar retratos de los monarcas para realizar, ante ellos, las ceremonias de proclamación en sus regimientos e instituciones. El deseo de poseer unas pinturas dignas de los monarcas reinantes data de 1749, en que la Diputación del Reino determinó el que se hiciesen los retratos de los reyes de medio cuerpo para la Sala Preciosa. Al año siguiente, se hizo el encargo al pintor Pedro de Rada para que realizase los retratos de Fernando VI de Castilla y II de Navarra y su mujer Bárbara de Braganza.

Al poco tiempo, en 1760, bajo el reinado de Carlos III, la misma Diputación del Reino determinó realizar un encargo más importante a la villa y Corte de Madrid. En este caso, se requirieron de un pintor allí establecido la realización de los retratos de Felipe V, Luis I y Carlos III, con sus respectivas esposas. Los marcos para toda la galería los hizo el maestro pamplonés Miguel Antonio Olasagarre, corriendo su dorado a cargo del antes citado Pedro de Rada. El acuerdo de la Diputación, datado el 22 de julio de 1760, dice textualmente que los retratos se habían de encargar al "pintor más diestro de la Corte".

En escaso tiempo transcurrido entre el primer encargo y el segundo, apenas diez años,

se estaban operando en la ciudad de Pamplona y también en la Corte madrileña, en donde mejor arte se consumía, importantes cambios. Seguramente, que entonces también se encargaron a la villa y corte los retratos de Fernando VI y su mujer para que hiciesen juego con todo el resto. La ciudad de Pamplona se vio inmersa, en aquellas décadas del siglo XVIII, en un proceso de reformas ilustradas, a imitación de lo que se había hecho antes en Madrid, que sería el referente para muchos aspectos. Su embellecimiento, con arbolados, nuevas puertas, farolas y sobre todo el nuevo alcantarillado y las nuevas fuentes a una con la traída de aguas desde Subiza, transformaron la apariencia del viejo núcleo medieval en una ciudad más acorde con las exigencias del Siglo de las Luces. Entre los responsables públicos de todas esas transformaciones no podemos dejar de citar al conde de Ricla, virrey entre 1765 y 1768. Para llevar a cabo todo ello se contó con ingenieros militares e importantes artistas, como el arquitecto Ventura Rodríguez, que trazó el famoso acueducto para la traída de aguas a la capital salvando el valle del río Elorz o el pintor Luis Paret y Alcázar, que diseñó media docena de fuentes, algunas de las cuales aún pueden verse en señalados parajes del entramado urbano de Pamplona.

Los ecos del arte cortesano quedaron bien patentes en la decoración de la sacristía de la catedral de Pamplona y otros conjuntos de la ciudad y del reino. Los nuevos aires académicos que empezaban a respirarse en Pamplona, de la mano de minorías y élites ilustradas, hicieron que para los retratos de la gale-

(pasa a la siguiente página)





## Retratos de Fernando II de Navarra (VI de Castilla) y Bárbara de Braganza

Talleres cortesanos,  
c. 1760

Óleo sobre lienzo,  
145 x 93 cm.

Pamplona. Palacio de  
Navarra. Gobierno de  
Navarra.

MARTINENA RUIZ, J. J., *El Palacio de Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1985, p. 211.

MORALES Y MARÍN, J. L., *Pintura en España 1750-1808*, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 102-103.

FERNÁNDEZ GRACIA, R., *Reges Navarrae. Dibujos y grabados para ediciones ilustradas de los Anales de Navarra en el Siglo de las Luces*, Pamplona, Gobierno de Navarra. Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 2002, pp. 19-22.

ría real se aspirase a lo mejor. La correspondencia cruzada entre la Diputación y su agente en Madrid da buena idea de ello. Este último, don Miguel Martínez de Lizarraga, no dejará de hacer constar en sus misivas la importancia del encargo como imagen de la corporación a la que representaba. Nada más recibir la misiva, contestaba que buscaría la "mano más decente que se encuentre para ello, porque es obra larga y costosa si los pintores de su Majestad los han de hacer, en cuya inteligencia la espero para dar cumplimiento a lo que se me manda". El 6 de agosto de 1760, comunica que, en el encargo que se le confió, se le dijo que buscarse el "pintor más diestro de esta corte y de persona de confianza inteligente" y en consecuencia se había valido de "sujeto de toda satisfacción y vistas las medidas y expresión de llevo referida por uno de los pintores más afamados que llaman el Romano, después de largas conferencias y debates, no quiere por dichos seis retratos menos de ciento y cincuenta doblones, respondiendo que de su mano no salen mamarrachos. Por cuya razón no me he determinado a que los ponga en ejecución hasta que haciéndolo Vuestra Merced presente a la Ilustrísima Diputación, resuelva lo que debo hacer en este caso". La Diputación, en sesión del día siguiente acordó que se encargasen al pintor con el que había contactado el agente de Madrid, a condición de que se realizasen con el "primor" adecuado. A los pocos días, el 20 de agosto, el mismo Martínez de Lizarraga respondía al secretario de la Diputación de 13 del mismo mes, dando cuenta de que había ajustado los seis retratos de los reyes para que se

hiciesen "con el debido primor y por la cantidad de los ciento y cincuenta doblones que por último precio se me pidieron... y al mismo tiempo veré si puedo conseguir alguna rebaja...". El 3 de septiembre volvía a informar de que el pintor no hacía rebaja ni gracia alguna, así como de haberlos visto ya comenzados. Los pagos por los retratos y sus marcos quedaron anotados en los libros del Vínculo.

Todos esos retratos se han conservado y obedecen a las modas dieciochescas que combinan influencias francesas e italianas. La identificación del pintor célebre en la Corte resulta un poco complicada. En principio, podríamos pensar en Antonio González Velázquez que estuvo en la Ciudad Eterna desde 1747, gracias a la primera pensión que le otorgó la Real Academia de San Fernando, hasta 1752 en que fue llamado por don José de Carvajal y Lancaster para trabajar en el Palacio Real de Madrid. Sin embargo, quizás sea más posible que los retratos los ejecutase un maestro italiano, de formación romana que por aquellos años gozaba de un gran predicamento en la Corte madrileña. Nos referimos a Domenico Maria Sani, natural de Cesena, pero educado en Roma donde completó su formación con Andrea Procaccini, destacando como hábil dibujante y por la ejecución de varios retratos para la ilustración de las *Vite de pittori scultori e architetti* de Nicola Pío. En España fue nombrado pintor del rey y profesor de dibujo del príncipe, futuro Fernando VI, ganando la confianza de Isabel de Farnesio, que le protegió, llegando a ser pintor de Cámara. En los retratos que se han conservado de su mano se aprecia la influencia de Procaccini y Ranc. [R.F.G.]





## Prensa de acuñación de moneda

Siglo XVII o XVIII.

Bronce. Cuerpo:

100 cm de altura

Palanca giratoria:

300 cm.

Pamplona. Museo de

Navarra. Gobierno de

Navarra.

Formando parte de la colección numismática y útiles de acuñación que alberga el Museo de Navarra, existen otras piezas de indudable interés como son una cospelera o molde, para la realización de cospeles por fundición, y una prensa de volante cuyo peso se aproxima a una tonelada. Este tipo de prensas, cuya aparición se remonta al siglo XVI, se generaliza en España en el siglo XVIII y no será hasta comienzos del XIX cuando su utilización en Navarra sea efectiva, de tal manera que la acuñación a martillo dejó paso a este nuevo procedimiento.

El principio de estas prensas de volante es la conversión de una fuerza rotatoria horizontal en otra vertical y perpendicular a la rotación por lo que la transmisión de la fuerza se realizaba a través de la palanca giratoria de dos brazos, en cuyo extremo se colocan dos gruesas y pesadas bolas que aumentan la inercia y,

por tanto, la fuerza del golpe al encontrar un obstáculo. Habida cuenta que la pieza contra la que choca es un disco situado sobre un cuño, y en el extremo de la pieza que golpea se colocaba otro cuño, se consigue la acuñación del cospel.

El elemento más importante de la prensa es el cuerpo y está formado por una gruesa y maciza peana unida a dos pilares o piezas verticales que forman la caja o armazón de la máquina unidos entre sí por varios puentes o piezas horizontales. En el centro de cada una de estas piezas se abría un agujero circular torneado, dispuestos todos ellos verticalmente coincidiendo con el centro de la peana. Por dichos agujeros deslizándose bien ajustado, subía y bajaba un husillo, accionado en la parte superior por el largo brazo horizontal o balancin, en cuyos extremos se colocaban las grandes bolas.



Aunque había volantes de varios tamaños, algunos de ellos accionados por el propio monedero, los grandes, o de cuerpo entero, precisaban al menos de tres personas, dos de ellas para hacer girar el balancín, tirando de gruesas cuerdas de cáñamo, y la otra, trabajando dentro de un agujero realizado en el piso ante la prensa, colocaba los cospeles sobre la maceta y los retiraba convertidos en moneda. En el tiempo que se tardaba en rotar el balancín y entre los descensos del husillo, el monedero o acuñador tenía tiempo de retirar la moneda e introducir el nuevo cospel. Dado que el rebote del mismo daba un momentáneo descanso a quienes lo movían, les era posible adoptar un ritmo rápido de trabajo, que aumentó considerablemente la velocidad de acuñación.

Esta prensa de volante de Navarra es una de las piezas más importantes que existen den-

tro de su categoría. Fechada tradicionalmente en el siglo XVI debido a su primitiva factura, las últimas investigaciones han retrasado la fecha de su fabricación en casi dos siglos gracias a la documentación conservada. El comienzo de su utilización en Pamplona fue con las primeras emisiones monetarias del rey Fernando VII (III de Navarra) en el año 1818, cuando ya en otros lugares se estaban perfeccionando este tipo de máquinas y desarrollando máquinas basadas en el giro continuo de una rueda vertical. El perfeccionamiento de estos nuevos modelos, arrinconó las antiguas prensas de volante con lo que el avance en la productividad fue vertiginoso. [C.J.S.]

AA.VV., *La moneda en Navarra*, Catálogo de la exposición realizada en el Museo de Navarra, Gobierno de Navarra, Pamplona, 2001.

AA.VV., *La colección de útiles de acuñación del Museo de Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2003.





## Troqueles para la acuñación de moneda

Siglo XVIII.

Hierro.

Pamplona. Museo de Navarra. Gobierno de Navarra.

Con la llegada del siglo XVIII, y tras un cierto desorden monetario con abundantes fluctuaciones a finales de la anterior centuria, la nueva concepción del Estado propia de los Borbones introdujo la idea de la centralización de las fábricas de moneda, y poco a poco las distintas cecas peninsulares y las operaciones de labra de moneda se irán incorporando a la Corona y localizándose en Madrid. Solamente el antiguo reino de Navarra pudo conservar el derecho a batir su propio numerario, si bien las acuñaciones más emblemáticas y señeras, con sus influencias de estilo francés e italiano, se aplicaban en Madrid, quedando para Navarra las piezas menudas de uso cotidiano, con escasas excepciones.

El Museo de Navarra cuenta con una importante colección de cuños monetarios que abarca desde comienzos del siglo XVI hasta parte del reinado de Isabel II (1837). Piezas excepcionales en alguno de los casos, son múltiples y variados los correspondientes al siglo XVIII y, aunque la mayor parte de los ejemplares conservados son troqueles de reverso, destacan algunas piezas de cuños de anverso o pilas, como un maravedí de Fernando VI (II de Navarra) y un cornado de Carlos III (VI de Navarra).

Son 8 los cuños conservados del reinado de Felipe V (VII de Navarra), 1700-1746, todos ellos de monedas de maravedí (1 anverso y 7 reversos) en los que figura el escudo de Navarra de nueve eslabones formados por círculos y con corona. El ejemplar representado con el número 1 está además flanqueado por las letras P y A, ostenta la leyenda *PHILIP.V.DG.1728* y tiene un peso de 41,3 gramos; los restantes muestran la leyenda *HISPANIARUM. R.X.*, con el escudo bastante rudimentario.

La serie de piezas del reinado de Fernando VI (II de Navarra), 1746-1759, se encuentra muy bien representada pues cuenta con 33 ejemplares, de los que en 12 se intitula como Fernando VI y en 20 como Fernando II. Uno de ellos, número 2, es un cuño de anverso de maravedí correspondiente al año 1757 o 1758. Ostenta un escudo de Navarra de 9 eslabones, coronado, con las letras P y A a ambos lados y la leyenda *FERDINANDUS II. D.G.* Su altura de 85 mm y su peso de 1.610 gramos, hacen de él una pieza de gran interés. La otra pieza seleccionada, número 3, es el reverso de un maravedí de 1758 en el que figura las letras FO con una flor cuádrupeta encima de las iniciales y debajo, II., dentro de un círculo formado por una gráfila de puntos y con la leyenda *HISPANIARVM.REX.1758*. Tiene 65 mm de altura y un peso de 346 gramos.

Carlos III (VI de Navarra), 1751-1788, acuñó en Navarra cornados y maravedíes después de siete años de su llegada al trono. Son múltiples los cuños correspondientes a este monarca, como también son variadas las piezas a que pertenecen: 38 anversos de maravedí; 8 reversos de maravedí; 1 anverso de cornado, 2 reversos de maravedí que al ser anepígrafos pueden corresponder al reinado de Carlos III o Carlos IV; 22 reversos de cornado, también anepígrafos correspondientes al reinado de Fernando VI o Carlos III y un reverso frustrado, es decir, apenas reconocible.

De este amplio conjunto se han seleccionado dos piezas, la primera de ellas, número 4, es un reverso de maravedí de 1784 que ostenta un escudo de Navarra de nueve eslabones entre letras P A y coronado; en él aparece la leyenda *NAVARRE\*REX\*1784*; tiene una altura de 55 mm y un peso de 289 gramos. La segunda pieza, número 5, es un cuño fijo de forma tronco-cónica empleada para acuñar reversos de cornado; ostenta el monograma de *CAROLUS(CAR)* coronado y debajo el ordinal VI. Pieza de gran interés, tiene 130 mm de altura y 603 gramos de peso.

Los 21 cuños del reinado de Carlos IV (VII de Navarra), 1788-1808, corresponden en su totalidad a reversos de monedas de maravedí. La pieza representada, número 6, ostenta un escudo de Navarra coronado de nueve eslabones entre letras P A; su leyenda es *NAVARRE\*REX 1789* y tiene 338 gramos de peso y 82 mm de altura. [C.J.S.]

JUSUÉ SIMONENA, C., RAMÍREZ VAQUERO, E., *La moneda en Navarra*, Panorama, 9, Gobierno de Navarra, Pamplona, 1987, (2ª edición, Pamplona, 2002).

AA.VV., *La moneda en Navarra*, Catálogo de la exposición realizada en el Museo de Navarra, Gobierno de Navarra, Pamplona, 2001.

AA.VV., *La colección de útiles de acuñación del Museo de Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2003.





## Vista de Pamplona

Aniceto Lagarde.  
Segunda mitad  
del siglo XIX  
Tinta y acuarela sobre  
papel, 42 x 123 cm.  
Pamplona. Colección  
particular.

Esta vista de Pamplona tomada desde el actual parque de la Media Luna ofrece una imagen de la ciudad que durante mucho tiempo y, especialmente en épocas recientes, han venido recogiendo diversos artistas navarros: la capital del viejo reino sobre la terraza fluvial del río Arga, con el barrio de la Magdalena a sus pies y rodeada de los montes que limitan la denominada Cuenca de Pamplona.

Este perfil de la capital navarra, en el que sobresalen la catedral, el palacio episcopal y el baluarte de Labrit, ofrece una imagen de Pamplona que prácticamente permaneció inalterable durante varias centurias a lo largo de toda la Edad Moderna. De hecho, no sería hasta el siglo XX cuando la que hasta entonces había sido una ciudad encorsetada por un férreo cinturón pétreo se transformaría sustancialmente con el derribo de buena parte de su sistema amurallado para permitir su expansión.

La anexión de Navarra a la corona castellana en 1512 supuso una transformación sustancial de la ciudad medieval. Su ubicación geográfica cercana a los Pirineos y los conflictos bélicos frente a Francia obligaron a la monarquía española a convertir Pamplona en una plaza fuerte. El marcado carácter militar se concretó a través de un nuevo sistema de fortificaciones, perfectamente constatables en esta acuarela, con una magna Ciudadela erigida a partir de 1571 en

el suroeste de la ciudad. Pero a este aspecto como plaza fuerte habría de unirse, especialmente en el siglo XVII, el carácter de ciudad conventual, motivado por el espíritu triunfante de la Contrarreforma católica y la proliferación de órdenes monásticas que, con su tenaz política fundacional, erigieron diversos cenobios en la capital.

No obstante, hubo que esperar hasta el siglo XVIII para que Pamplona viviera su particular "hora navarra". En efecto, a lo largo de aquella centuria, especialmente hasta los años cincuenta, tanto el urbanismo como la arquitectura religiosa y muy especialmente la arquitectura civil, en sus dos vertientes, pública y privada, protagonizaron episodios de gran interés, importancia y desarrollo, que configuraron, monumentalizaron y embellecieron la Pamplona del Antiguo Régimen bajo una impronta barroca. Prácticamente podríamos decir que Pamplona vivió una auténtica fiebre constructiva que respondía a los deseos de las élites sociales y económicas de la ciudad por dotar a la ciudad de un aspecto monumental y suntuoso como correspondía a la capital de un reino.

A este periodo no sólo corresponde la construcción de las dos capillas más importantes de Pamplona, la capilla de San Fermín y la de la Virgen del Camino, cuya silueta asoma en la acuarela, o la sacristía rococó de la catedral, sino que fue la arquitectura civil la que alcanzó en este mo-



mento cotas jamás conocidas hasta entonces. De hecho, las autoridades, tanto civiles como religiosas, se dotaron entonces de edificios de representación, erigiendo en 1734 el palacio episcopal, hasta entonces inexistente, levantando el nuevo ayuntamiento a partir de 1753 y reformando los edificios que albergaban los tribunales y cárceles reales, tareas que se completaron con la mejora de las murallas y de los caminos reales que partían desde la capital. Pero dentro de este panorama debemos destacar el ámbito de la arquitectura doméstica, y muy especialmente la arquitectura señorial, pues se procedió a la renovación de prácticamente todo el caserío de la ciudad. Fue en este momento cuando un grupo de familias, integradas sobre todo por ricos indianos, hombres de negocios y comerciantes establecidos en la capital, bajo una nueva mentalidad, probablemente ya preilustrada, y con estrechos contactos comerciales y familiares con Madrid y Francia, construyó sus magnas residencias familiares. Estos edificios habrían de encabezar los mayorazgos fundados por estas mismas fechas para organizar sus vastos patrimonios y se convertirían en el máximo exponente ante la sociedad de la nueva situación social y económica de sus moradores.

Toda esta transformación se completó en la segunda mitad del siglo XVIII, especialmente a partir de los años sesenta, cuando, bajo un

ideario plenamente ilustrado, se dotó a la ciudad de nuevas infraestructuras urbanas: saneamiento y empedrado de las calles, traída de agua desde Subiza, instalación de fuentes públicas, rotulación y numeración de las calles, alumbrado público así como nuevas ordenanzas de edificios y de limpieza. Si durante la primera mitad de aquella centuria la renovación respondía a la idea barroca de embellecimiento urbano basado en valores estéticos, con connotaciones de lujo y fasto, a partir de los años sesenta, la ciudad se modernizó atendiendo al nuevo concepto racionalista de embellecimiento, entendido ahora como el desarrollo de un sistema de comodidades.

Aunque la acuarela no está firmada, las analogías que presenta esta obra con otras acuarelas similares, tanto en técnica y estilo, como por las características del papel y los pigmentos empleados permiten atribuir la a Aniceto Lagarde y Carniquin (1832-1909), ingeniero navarro cuya actividad en la vida social y cultural de la Pamplona del siglo XIX fue desde luego destacada. Su formación como cartógrafo le facultó para pintar, con rigor topográfico y dominio del dibujo, diversas vistas de localidades navarras, así como escenas del bloqueo de Pamplona durante la última guerra carlista, algunas de las cuales fueron remitidas para su publicación a la revista *La Ilustración española y americana*. [P.A.U.]

ANDUEZA UNANUA, P., *La arquitectura señorial de Pamplona en el siglo XVIII. Familias, urbanismo y ciudad*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2004.  
URRICELOUI PACHO, I., *Diario gráfico de la última guerra carlista en Navarra* (en prensa).  
Agradecemos al autor los datos facilitados sobre la figura de Aniceto Lagarde.





## Joaquín de Elizondo *Novísima Recopilación de las Leyes del Reino de Navarra hechas en sus Cortes Generales desde el año de 1512 hasta el de 1716 inclusive*

Pamplona. Imprenta Joseph Joachin Martinez, 1735.  
Pamplona. Colección Sixto Jiménez.

A pesar de su conquista en 1512 y posterior incorporación a la Corona de Castilla, en las Cortes reunidas en Burgos en 1515, Navarra mantuvo la condición de Reino hasta el siglo XIX.

Desde el punto de vista histórico-jurídico, la incorporación de Navarra a la Corona de Castilla se ha considerado *aeque principal*, lo que suponía que el reino incorporado mantenía la condición de "reino separado", es decir, que tenía en común con el resto de la Corona la persona del rey pero que, en principio, mantenía sus instituciones y derecho propio. Este hecho motivó que se aludiese a Navarra en muchos textos como "reino de por sí". El hecho es que Navarra mantuvo, desde comienzos del siglo XVI (1512) hasta mediados del XIX (1841), una identidad propia dentro de la monarquía hispánica. Esta identidad o especificidad se manifestaba en realidades concretas: había un virrey en representación del monarca, unos tribunales específicos (Consejo Real, Corte Mayor y Cámara de Comptos), Cortes propias con su órgano delegado, la Diputación del Reino, y, en definitiva, leyes propias que afectaban tanto al ámbito del derecho público como privado.

Es lógico que contando con unas Cortes propias el Reino de Navarra tuviese leyes propias, que venían a sumarse a los antiguos fueros, leyes, ordenanzas, usos y costumbres, que los monarcas españoles, reyes de Navarra desde 1512, juraron respetar. Así, Navarra mantuvo a lo largo de la Edad Moderna, un derecho propio, cuyos textos oficiales eran el antiguo *Fuero General de Navarra* del siglo XIII, los fueros municipales, y las leyes elaboradas por las Cortes. Junto a éstas, a partir de la incorporación a la Corona de Castilla, afectaban a Navarra las disposiciones regias cuya vigencia se extendía al ámbito de toda la monarquía española.

La abundancia normativa —disposiciones tanto regias como de las Cortes— determinó que en la Edad Moderna se elaborasen *recopilaciones* en toda España. Se trataba de recoger en un texto unitario, para facilitar su conocimiento, estas disposiciones que, de otra forma, se conservaban dispersas. Los territorios de la monarquía que disfrutaban de un derecho propio elaboraron recopilaciones específicas. Este es el marco en el que se elabora la *Novísima Recopilación de Leyes del Reino de Navarra*, de Joaquín de Elizondo.

La tarea recopiladora en Navarra fue amplia, si bien sólo dos recopilaciones tuvieron carácter oficial: la elaborada por el Licenciado Chavier, publicada en 1686, y la de Elizondo, publicada en 1735. La primera contenía leyes de las Cortes navarras, precedidas del texto del *Fuero*

*General*, y la segunda las leyes elaboradas por las Cortes de Navarra desde 1512 hasta 1716.

A comienzos del siglo XVIII las Cortes encomendaron a los síndicos la elaboración de una nueva recopilación de las leyes de Navarra. En las Cortes de 1716 el Licenciado don Joaquín de Elizondo aparece relacionado con el encargo. Elizondo, que había sido síndico y diputado, era oidor togado de la Cámara de Comptos cuando presentó su trabajo a las Cortes en agosto de 1724. Su trabajo, a decisión de los Tres Estados, fue revisado por don Baltasar de Lezáun, quien sugirió incluir el *Privilegio de la Unión* de 1423 y el prólogo de la recopilación elaborada por los síndicos en 1614, que no llegó a ser oficial. Ambas sugerencias fueron atendidas.

El 22 de agosto de 1725 se escribió la carta con la aprobación definitiva de la obra por las Cortes, que, en la sesión del día anterior habían resuelto no incluir las leyes de Cortes de 1724 por no demorar la publicación de la obra. La corrección de la impresión corrió a cargo del mismo Elizondo y el texto se publicó en 1735, conociéndose desde entonces como la *Novísima Recopilación* de leyes del Reino de Navarra.

Esta recopilación comprende la legislación de las Cortes navarras desde 1512 hasta 1716. Se estructura en cinco libros, divididos en 125 títulos y 1838 leyes. El libro primero, *De las Leyes del Reino de Navarra*, trata, entre otras cuestiones, del rey y su coronación, del virrey, las Cortes, límites del reino, naturaleza, leyes del reino, disposiciones regias, fortalezas, oficios públicos, tablas reales, cotos y paramentos, y privilegios y exenciones; el libro segundo, *De los juicios*, se dedica a cuestiones procesales; el tercero, *De contratos y últimas voluntades*, a civiles; el cuarto, *De los delitos*, trata aspectos penales; y el quinto, *De las cosas extraordinarias y que no se pueden reducir a las materias de los libros pasados*, recoge, como es habitual en estos apartados, disposiciones muy variadas (sobre cofradías, limosnas, caminos, moneda, caza y pesca, obras reales, molinos y oficios diversos, entre otras).

La *Novísima Recopilación* se completó posteriormente con los *Cuadernos de leyes y agravios*, que comprendían las leyes elaboradas desde 1724 hasta las últimas Cortes de 1828-29. A pesar de ello, la obra de Elizondo, que recoge la labor de las Cortes navarras desde 1512, esto es, el derecho propio "del Reino", puede considerarse el texto jurídico oficial fundamental de la Edad Moderna en Navarra. [M.G.L.]

HUICI GOÑI, M. P., "La recopilación de leyes de Navarra de Joaquín de Elizondo", *Príncipe de Viana*, n.º 163, 1981, pp. 479-493.  
SALCEDO IZU, J., *Elementos de Historia del Derecho Navarro*, Pamplona, Grañinasa, 1989, pp. 36-40.  
SALCEDO IZU, J., "Historia institucional de Navarra desde la Edad Moderna hasta la actualidad", en *Historia de Navarra*, volumen V, Pamplona, Ediciones Herper, 1990, pp. 41-252.





NUEVA RECOPILACION  
DE LEYES DE EL REYNO  
DE NAVARRA



## Libro VIII las de Actas de las Cortes de Navarra

Pablo del Trel,  
secretario de las Cortes  
de Navarra y de la  
Diputación del Reino,  
1743-1744.

Libro manuscrito  
encuadernado en piel  
marrón oscura, con  
nervios y decoración  
dorada en lomo y  
cubiertas.

35 x 24,5 cm, 238 fols.  
Pamplona. Archivo  
General de Navarra.

Entre 1530 y 1829 los acuerdos de 64 reuniones celebradas por las Cortes de Navarra se recogen en 19 libros manuscritos. Éste, octavo de la serie, contiene los correspondientes a las Cortes celebradas en Tudela entre el 1 de diciembre de 1743 y el 10 de abril de 1744. Las sesiones tuvieron lugar en la sede del municipio, en concreto en la "sala del ayuntamiento". Después de las largas y complejas Cortes de 1724-1726 el ministro José Patiño fijó las relaciones con Navarra sobre dos pautas esenciales, la ausencia de reuniones de Cortes y la paralela renuncia a exigir nuevos impuestos, una vez que los votados en 1726 se terminaron de cobrar en 1729. Este esquema cambió a resultas de las guerras en que participó España a partir de 1739-1740, que incrementaron las necesidades de la Hacienda Real. El marqués de la Ensenada, nuevo hombre fuerte del gobierno a partir de 1743, se preocupó de reformar la Hacienda e incrementar sus recursos. Para lograrlos en Navarra convocó, después de 17 años de inactividad, a las Cortes. Desde el inicio de sesiones se dejó claro que el objetivo de la convocatoria era el re-

medio de la "penuria del herario" mediante la concesión de un nuevo servicio y la renovación del arrendamiento del tabaco. Para conseguirlos, el rey aceptó la reparación de abundantes contrafueros acumulados y la promulgación de nuevas leyes, aunque la fijación de las condiciones y cuantías de los impuestos dieron lugar a abundantes roces entre las Cortes y el Virrey, conde de Maceda.

El libro tiene una cuidada encuadernación en piel marrón oscura. Las cubiertas anterior y posterior tienen la misma decoración, con motivos estampados y dorados de gran elegancia. Cada cubierta está enmarcada por un filete dorado doble, completado en las esquinas con un motivo floral. Está presidida en el centro por un escudo de Navarra, rodeado de motivos decorativos y corona real. El lomo, que tiene seis nervios y refuerzos en cabecera y pie, está decorado también con motivos dorados estampados, organizados en recuadros que delimitan el espacio entre los nervios. En el segundo de ellos se aloja el tejuelo que describe el contenido del libro, parcialmente destruido, cuyo



texto parece ser *CO[RTES DE] T[U]DELA* *AÑO[S] 1743 Y [1744]*. En el tercero y sobre un tejuelo parcial superpuesto y posteriormente estampado, se lee *LIB. 8*. En los cantos de ambas cubiertas se vuelve a repetir el doble filete dorado, y en las cejas o contracantos motivos diversos dorados ocupan todo el espacio. Dos cierres en bronce dorado presiden el corte delantero. Los tres cortes están decorados con dibujos al agua. Las guardas están decoradas con motivos florales muy variados, presididos por diversos modelos de flores con pétalos y sépalos, abiertas frontalmente o de perfil, además de tallos y hojas, todos esgrafiados en oro y sobre fondo verde. En los bordes inferiores y superiores de las guardas se lee *AUG BEY IOHNN MICHA MUNCK N = 21*, que puede indicar su fabricación en los Países Bajos, desde donde se importaría. La foliación del libro, situada en la esquina superior derecha, se halla con cierta frecuencia cortada, lo cual denota que el texto se fue redactando en pliegos sueltos y la encuadernación se realizó una vez concluido.

Aunque precede portadilla escrita con letra del siglo XIX ("Actas de las Cortes desde el año 1743 al de 1744. Tomo 8º"), el libro se inicia con un título en cabecera del folio primero "Cortes del Año de 1743 que em-/piezan en 1º de Diziembre del mis-/mo año, que se zebraron en la / Ciudad de Tudela", a la que sigue el texto. Está escrito en letra caligráfica por quien fue secretario de las Cortes y de la Diputación entre 1515 y 1753, don Pablo del Trel, de origen castellano y viudo de Ignacia de Aranguren, propietaria del oficio por juro de heredad. En sus años iniciales había seguido la costumbre de registrar cada uno de los acuerdos de las Cortes por separado, acompañado de su firma. En las Cortes de 1724-1726, recogidas en el libro 7, cambió el criterio y agrupó todos los acuerdos de una misma sesión, con un encabezamiento común de fecha y lugar y una única firma, aunque convenientemente separados en párrafos distintos. Ésta es la disposición que tienen en el libro 8. La hoja (34 x 24 cm) sólo tiene margen izquierdo, que ocupa entre 6,5 y 7,5 cm. y se fija mediante línea vertical a lápiz. En él se asientan ladillos que detallan el tema o contenido de cada acuerdo. [L.J.F.]

Actas de las Cortes de Navarra (1530-1829). Libro 8 (1743-1744), ed. a cargo de L. J. Fortún, Pamplona, Parlamento de Navarra, 1995, pp. 11-12.





## Libro VIII de Actas de la Diputación del Reino de Navarra

Pablo del Trel, secretario de las Cortes de Navarra y de la Diputación del Reino. 1717-1720.

Libro manuscrito encuadernado en piel marrón clara, con nervios decorados y tejuelo, 37,5 x 24 cm, 378 fols.

Pamplona. Archivo General de Navarra.

Los Libros de Actas de la Diputación del Reino se iniciaron en 1593 y abarcan 41 tomos hasta 1836. Desde esa fecha continúan, sin interrupción, en los Libros de Actas de la Diputación Foral y, más recientemente, en los del Gobierno de Navarra. Esta continuidad numérica, aparentemente insignificante, es expresión —una más— de la continuidad histórica de Navarra y de sus instituciones, a través de las cuales ha plasmado a lo largo del tiempo su voluntad de permanencia como comunidad política diferenciada.

El libro tiene una escueta presentación. Las cubiertas carecen de decoración, que se limita únicamente al lomo. Éste tiene estampaciones doradas, desgastadas en la actualidad, en las cenefas de los cinco nervios. También el tejuelo, en piel verde, tiene dos cenefas con rombos y flores, doradas como el texto que contiene: *DIPUTACION / DESDE 21 DE / FEBRERO DE 1717 / ASTA 31 DE / DIZIEMBRE DE 1720 / LIBRO 8*. Carece de cierre y las guardas son de papel blanco.

En la propia hoja de guarda se añadió en el siglo XIX la portadilla: "Actas de la Diputación desde 21 de Febrero de 1717 a 31 de Diciembre de 1720". El texto se inicia con 10 folios sin numerar, que recogen la "Instruzion que deja este Reyno de Navarra a su Diputación en las Cortes que se an celebrado en esta Ciudad de Pamplona este año de 1716 y 1717". El enunciado recuerda que las Cortes representaban al Reino de Navarra en su conjunto e incluso asumían esa denominación. La Diputación del Reino era su representación mientras no estaban reunidas y ese carácter delegado se explicitaba en la Instrucción, que recogía todos los asuntos pendientes que las Cortes encomendaban a la Diputación. Sigue a continuación el texto del libro de actas, que ocupa los folios 1 a 351. El f. 352, numerado, está en blanco, al igual que otros 16 situados a continuación y sin numeración. La portadilla previa (con el texto "Autos y resoluciones de la Diputación que empiezan en 21 de febrero de 1717 despues de las Cortes de 1716 y 1717") está en el vuelto del último folio de la Instrucción. Son hojas de 36,5 x 23 cm, que tienen un margen izquierdo de unos 7 cm., obtenido por el procedimiento de doblado de la hoja. Cada uno de los acuerdos que toma la Diputación se inscriben por separado, seguidos de la firma y rúbrica del secretario de la Diputación, que era también el de las Cortes, Pablo del Trel, nombrado en 1715 en virtud de su matrimonio con Ignacia de Aranguren, propietaria del oficio por juro de heredad. Son los años iniciales de su

trabajo y todavía no ha procedido a reunir todos los acuerdos de una misma sesión con un encabezamiento común y una única firma.

Los tres años reflejados en este libro estuvieron marcados por las Cortes previas de 1716-1717, que dejaron claro que el servicio concedido al monarca no era anual ni obligatorio, sino "voluntario y gracioso". Así mismo, al entregar al rey el monopolio del tabaco, lo hicieron mediante una "ley contractual". En ambos casos, las Cortes proclamaron su soberanía fiscal. Ante estas dificultades, Felipe V y sus ministros, que estaban implantando un régimen centralista y autoritario para toda España, optaron por clausurar las Cortes, sin planearles el traslado de las aduanas desde el río Ebro hasta el Pirineo. Seis meses después impulsieron la medida mediante un real decreto (31 de agosto de 1717). La subsiguiente tirantez de relaciones entre el Gobierno central o sus representantes en el reino y las instituciones navarras se plasma a veces en incidentes protocolarios, como provocado por el virrey, príncipe de Castiglione, cuando no informó a la Diputación del paso de Felipe V por Tudela (18 de abril de 1719), obligándole a designar con urgencia una representación para cumplimentar al soberano, recogido en el f. 191 de este libro. [L.J.F.]

*Actas de las Cortes de Navarra (1530-1829)*. Libro 6 (1716-1717), ed. a cargo de L. J. Fortún, Pamplona, Parlamento de Navarra, 1995, pp. 11-12.  
MARTINENA, J. J., *Guía del Archivo General de Navarra*, Pamplona, 1998, pp. 72-73.

*prosa del Sud*

[illegible]



## José Moret y Francisco Alesón *Anales del Reino de Navarra*

Pamplona, Imprenta de Pascual Ibáñez, 1766.  
Pamplona. Colección Sixto Jiménez.

El 29 de mayo de 1654 las Cortes de Navarra reunidas en Pamplona acordaron la creación del cargo de cronista del reino, para el que fue designado el jesuita José de Moret, por entonces lector en teología en el colegio de Segovia. Moret había nacido en Pamplona el 5 de julio de 1615 y había ingresado en la Compañía de Jesús el 9 de junio de 1629. Ordenado sacerdote, fue profesor de filosofía y teología en los colegios jesuíticos de Oviedo y Segovia y posteriormente desempeñó el cargo de rector en el de Palencia. Murió en Pamplona el 12 de noviembre de 1687, a los 72 años de edad. Poco después, el 4 de diciembre de 1687, la Diputación nombró como sustituto al vianés Francisco de Alesón (1634-1715), miembro también de la Compañía de Jesús y profesor en el colegio de la Anunciada de Pamplona. Moret, tras arduos esfuerzos, pudo ver publicado el primer volumen de los *Anales* en 1684 (Pamplona, Imprenta de Martín Gregorio de Zabala). Fue Alesón el encargado de publicar, con algunas correcciones los tomos II (Pamplona, Bernardo Huarte, 1695) y III (Pamplona, Fernando Zepeda, 1704) elaborados por el primer cronista, y a él se debe la redacción de los dos últimos (Pamplona, Francisco Picart, 1709 y Viana, Francisco Picart, 1715). El reino —tras la destrucción de otra edición llevada a cabo en 1757— encargó su reimpresión al jesuita Joaquín Solano (1723-1803), que tras la revisión y corrección de erratas vio la luz en 1766 en la imprenta pamplonesa de Pascual Ibáñez.

Más ¿por qué surgieron los *Anales*? En el acta de las Cortes en donde se acordaba el nombramiento de cronista los Tres Estados dejaban claras sus intenciones: “Que por quanto no ha tenido este Regno Chronista propio, lo haya de haber, y el que ahora fuere nombrado como erigido primero, es condición que haya de comunicar su historia desde el principio deste Regno, discutiendo de quanto le toca [...] Que por quanto algunos historiadores han escrito en perjuicio de los derechos y antigüedad y primeros reyes de este regno, el dicho cronista haya de satisfacer con verdad a lo que han escrito y con los fundamentos que para ello se requieren”. En buena parte esta declaración venía a ser una réplica de los objetivos que el príncipe Carlos de Viana había proclamado en el proemio de su Crónica elaborada en la década de los cincuenta del siglo XV: “Et tu Navarra, non consentiendo que las otras naciones de Espanna se ygoalen contigo en la antigüedad de la dignidad...”. Una defensa de la Antigüedad que iba más allá del prurito del anticuario. Si bien el pequeño reino había mantenido viva su conciencia histórica y su personalidad frente a otros reinos peninsulares tras la conquista castellana, desde la obra del príncipe de Viana apenas se habían

publicado más libros de historia de Navarra, la mayoría de índole genealógica, como la *Relación* de Juan de Jaso (1484), la *Genealogía* (1507) o la *Summa abreviada* (1516) de Sancho de Alvear (1507), o la crónica de Diego Ramírez Dávalos de la Piscina (1534), entre otros. Mientras, en otros territorios peninsulares las obras, por ejemplo, de Jerónimo de Zurita, de Esteban de Garibay o de Juan de Mariana, auténticos hitos historiográficos, ora recogían la mirada castellana y aragonesa sobre su pasado, en el que Navarra ocupaba una posición subordinada, ora realizaban una interpretación particular del significado de la monarquía que ponía en tela de juicio los fueros del reino y el pacto originario con el rey. El tema no era baladí pues ambas cuestiones podían tener serias consecuencias en la vida política del reino y en el papel que éste jugase en el seno de la Monarquía hispánica. No hay que olvidar, por otra parte, que en Francia, sus monarcas seguían titulándose “reyes de Francia y de Navarra” y que había surgido un buen número de obras, como las de G. Chappuys, P. Olhagaray, André Favyn o Arnaldo de Oihenart, que sostenían las pretensiones legitimistas de los monarcas galos sobre el reino navarro. Y por último, cuando los Tres Estados nombraron un cronista del reino, lo hicieron después de las difíciles circunstancias políticas que habían tenido que afrontar en las últimas décadas. La nueva política gubernamental impulsada por el conde-duque de Olivares desde los años veinte del Seiscientos, tanto en el interior como en el exterior, afectó directamente al modo de entender la Monarquía y también, a la forma en la que Navarra debía insertarse en tal estructura política. Fue en esos años cuando se multiplicaron las afrentas contra los fueros del reino, poniendo en duda incluso su fundamento. Eran necesarias las leyes para limitar el poder de los monarcas, y de ahí que las Cortes tuvieran como “empleo propio la inspección de las leyes y el repaso de lo que de ellas hubiese desmoronado el tiempo. Y en este empleo ninguna cosa más oportuna que el renovar las vidas y actos de aquellos reyes de quienes dimanaron”. Fue este clima, sin duda, el que dio lugar a que el reino buscara argumentos históricos con los que defender su posición ante la corte.

Cuando tiene lugar la edición de 1766, Navarra se enfrentaba a un problema similar. Desde la Corte madrileña se ponía en duda que el reino pudiera conservar sus leyes y derechos, en perjuicio de las leyes generales de la Monarquía y de la suprema autoridad del rey. La historia que recogían los *Anales* podía servir, de nuevo, como argumento de peso para sostener la identidad histórica y política del reino frente a las pretensiones centralizadoras de los Borbones. [J.M.U.G.]

CASTRO, J. R., “Epilogo” *Anales del Reyno de Navarra*, Bilbao, Ángel J., 1969, vol V, pp. 3-85.  
MIRANDA, F. y RAMÍREZ VAQUERO, E., “De la cronística finimiedieval a los *Anales* del reino” en MARTÍN DUQUE, A. J. (dir.), *Signos de identidad histórica para Navarra. I*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1996.  
FLORISTÁN IMÍZCOZ, A., *Lealtad y patriotismo tras la conquista de Navarra. El licenciado Reta y la “Sumaria relación de los apellidos”*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999.  
MARTÍN DUQUE, A. J., “José Moret, primer cronista del reino” en MORET, José de, *Anales del Reino de Navarra*, edición de Susana HERREROS, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1987, vol. I, pp. XI-XXV. También en *Príncipe de Viana*, 63 (227), 2002, 1045-1053.  
FERNÁNDEZ GRACIA, R., *Reges Navarrae: imagines et gesta. dibujos y grabados para ediciones ilustradas de los Anales de Navarra en el Siglo de las Luces*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2002.





## Dibujos y pruebas de estado para ilustrar los *Anales de Navarra*

José Lamarca,  
1764-1765.  
Tinta y acuarela sobre  
papel y estampaciones  
con planchas  
calcográficas.  
12 x 22 cm  
Pamplona. Colección  
particular.

A poco de mediar el siglo XVIII, las instituciones privativas del Reino de Navarra decidieron emprender la reedición de su historia, escrita durante el siglo anterior. A diferencia de la *editio princeps*, ahora se planteó la empresa editorial con ilustraciones grabadas. De ese modo los famosos *Anales* de Moret y Alesón, fundamento de todas las historias de Navarra hasta el siglo XX, verían dos tentativas de edición, la primera malograda y nunca difundida, por haber sido destruida por orden de las Cortes del Reino y la segunda editada en Pamplona, en 1766.

Aquellas reediciones se han de entender en un contexto muy concreto, el de una Navarra que veía peligrar su *status*, ante las reformas centralistas de los Borbones. En el siglo anterior, la primera edición de los *Anales* obedeció a contrarrestar los intentos centralizadores de la monarquía

de Felipe IV, al rescate de un pasado glorioso, como cimiento de un renovado "foralismo", así como a una evidente apuesta por la reivindicación de la memoria histórica propia, gravemente alterada por autores foráneos, en unos momentos en que los fueros parecían correr cierto peligro, en última instancia, la propia entidad del reino. En pleno Siglo de las Luces, los "fueros" constituyeron una señal de identidad para los navarros, como señal de identidad colectiva, en unos momentos, en que para muchos el *status* de Navarra constituía un incómodo arcaísmo, especialmente, en el reinado de Carlos III, cuando los ataques contra los "fueros" se convirtieron en una actitud permanente y, de manera muy especial, a partir de 1766, cuando el conde de Aranda subió al poder y Campomanes no discutía asuntos concretos de tipo económico o militar, sino el mismo fundamento del régimen foral. La Diputación del Reino, debió pensar que los libros de Moret y Alesón vendrían muy bien como soporte histórico en aquel contexto, en el que el espíritu ilustrado iba calando poco a poco en algunas élites sociales. Además, la publicación se iba a ilustrar, con lo que la propaganda y persuasión estaban, si cabe, más aseguradas. Hay que tener en cuenta que el tema de las imágenes del pasado, gestas y retratos de los monarcas privativos navarros, ya no volverían a tratarse en la figuración artística hasta justamente un siglo después, en otro contexto muy diferente pero con alguna similitud. Nos referimos a la decoración del Salón del Trono del Palacio de Diputación, obra que se acometió cuando Navarra había pasado de Reino a provincia, tras la convulsión de la guerra carlista, cuando, en virtud de la Ley Paccionada aún se conservaron numerosas singularidades en base a un pasado peculiar, que bien valdría la pena re-



Hallazgo del  
cuerpo de San  
Fermin. Dibujo y  
prueba de estado.

cordar con motivo de la visita de la reina Isabel II a Pamplona, que, por cierto, no se realizó.

No deja de ser significativo, como se ha dicho, el hecho de que para ambas reediciones se pensase en ilustrarlas, si tenemos en cuenta la historia del libro en el Siglo de las Luces, cuando instituciones como la Real Academia de San Fernando, impulsaran todo lo relacionado con la renovación de las artes y del grabado, en particular, obteniendo como resultado magníficas ediciones, cuidadas, lujosas y primorosas, según el gusto francés, tanto en obras literarias, como histórico o de carácter científico.

Retratos simbólicos de los monarcas y de sus gestas forman un conjunto excepcional en el panorama del libro ilustrado hispano y navarro del siglo XVIII. En especial, los dibujos y pruebas de estado, realizados por el maestro aragonés José Lamarca por encargo del editor Miguel Antonio Domech, destacado impresor, hombre culto y de negocios establecido en Pamplona.

El mensaje que hemos de leer bajo todas las ilustraciones de la edición definitiva de 1766, es múltiple, siempre con la intencionalidad de resaltar unos hechos y, sobre todo, unas ideas sobre las distintas etapas y reinados. En primer lugar, encontramos algunas imágenes que significan el arraigo de la fe, la cimentación sobre la Iglesia de toda la realidad del Reino. Llegando a representarse hasta hechos milagrosos, como el hallazgo del cuerpo de San Fermín o la batalla de Simancas. No faltan las alusivas a la configuración geográfica del Reino y a la Reconquista, a la preeminencia de los reyes cristianos sobre los musulmanes, e incluso las que van más allá de nuestras fronteras, como la participación en cruzadas y las Navas de Tolosa. En otras se exalta la valentía de los navarros, puesta de manifiesto

en batallas, cercos de ciudades y otros hechos de armas singulares y, como no podía ser menos, el amor y respeto del pueblo por sus soberanos, a los que se pinta, nunca mejor dicho, como adornados de todas las virtudes cristianas y morales. Todas esas claves se descubren en la plasmación de determinados hechos, intencionadamente buscados, que ponen de manifiesto el deseo de cantar glorias y excelencias de soberanos, pueblos y ejércitos.

No podían faltar entre las ilustraciones algunos temas de contenido emblemático, pues la cultura simbólica del barroco se extiende hasta fechas tardías, como el reinado de Carlos III. El encargado de la edición, el jesuita Padre Solano, al igual que otros personajes pertenecientes a las élites culturales de la ciudad, compuso una serie de emblemas destinados a la ilustración de las *Congresiones Apologéticas*, obra del mismo Padre Moret, que se editaron junto a los *Anales* en 1766. [R.F.G.]

FERNÁNDEZ GRACIA, R., *Reges Navarrae. Dibujos y grabados para ediciones ilustradas de los Anales de Navarra en el Siglo de las Luces*. Pamplona, Gobierno de Navarra, 2002, pp. 102 y ss.



Sucesión de Sancho el Mayor. Dibujo y estampación definitiva



Tom. 2.<sup>do</sup> Lib. 19.



Pamplona aumentada por el Rey D. Sancho

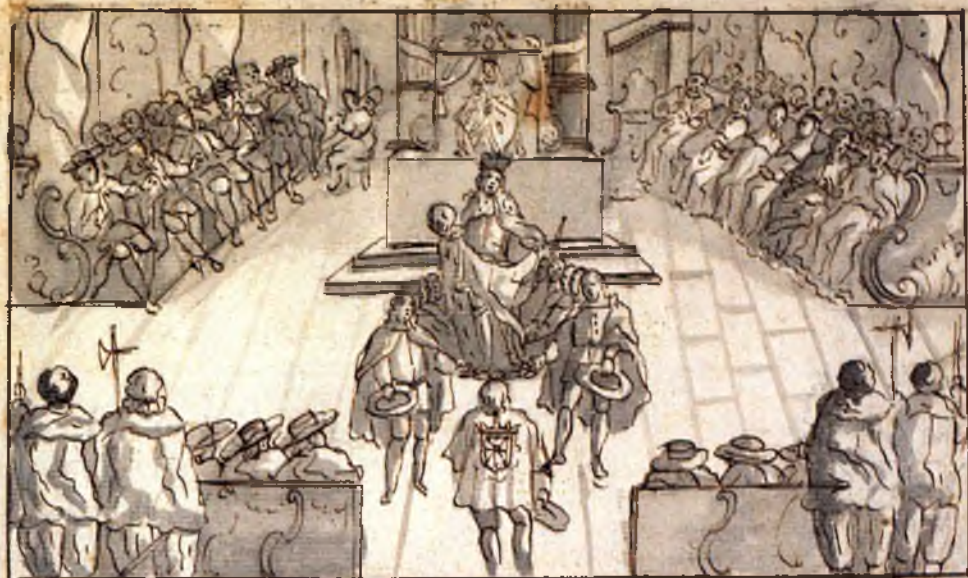
Tom. 2. Lib. 19.



Pamplona aumentada por el Rey D. Sancho

Pamplona engrandecida por Sancho el Sabio y prueba de estado.





Es levantado el Rey D. Carlos 3.º de Navarra por los Ricos  
Hombres.



Es Levantado en el Trono el Rey D.<sup>o</sup> Carlos 3.<sup>o</sup> de Navarra por los Ricos Hombres.



## Escudo de armas de Baztán

Anónimo. Tercer tercio del siglo XVIII.  
Madera policromada,  
96 x 100 x 20 cm.  
Elizondo (Navarra).  
Ayuntamiento de  
Baztán.

El Noble Valle y Universidad de Baztán, constituido históricamente por 14 localidades (Almandoz, Aniz, Arizkun, Arraioz, Azpilkueta, Berroeta, Ziga, Elizondo, Elbeté, Erratzu, Gartzain, Iru-ruta, Lekaroz y Oronoz, a las que se unió posteriormente Amaiur), formaba, y sigue haciéndolo, una única jurisdicción, un único municipio cuyo órgano supremo de gobierno lo constituía la Junta general del valle. Sus reuniones tenían lugar en el Ayuntamiento situado en Elizondo, en cuya sala de sesiones, sobre el sitio de honor se encuentra este escudo de armas, con yelmo por timbre, cuya decorativa orla, llena de trofeos militares y otros símbolos y atributos, nos hablan de las glorias de sus hijos. Fue realizado cuando declinaba el siglo XVIII, conscientes ya sus vecinos del triunfo económico y social que habían logrado muchos de sus paisanos y familiares muy poco tiempo atrás.

Este emblema heráldico, jaquelado de plata y sable, parece remontarse a la Edad Media. Son numerosas las casas del valle que lucen en sus fachadas esta labra heráldica. No en vano, todos sus vecinos tenían derecho a utilizarla por su condición nobiliaria pues gozaban de hidalguía universal desde que el Príncipe de Viana se la confirmara en 1441.

Aunque fueron de diversas procedencias los navarros que triunfaron en la monarquía española del siglo XVIII, no cabe duda de que los nacidos en las tierras del Bidasoa, y más concretamente en el valle de Baztán, alcanzaron especial protagonismo en el fenómeno que Caro Baroja definió como "la hora navarra". La razones que propiciaron este hecho hay que buscarlas fundamentalmente en la férrea legislación familiar que regía aquellas tierras, donde primaba el sistema de heredero único, que impedía el fraccionamiento del patrimonio familiar. De este modo, el que no estaba llamado a heredar debía buscarse un porvenir lejos de su tierra natal. Al margen de un matrimonio con la heredera de otra casa del valle, la emigración se convirtió en la única salida para el excedente poblacional. Esta situación se vio acentuada, más si cabe, por la vigencia del derecho de vecindad, que impedía la erección de nuevas casas con la posibilidad de gozar de los aprovechamientos comunales del valle. En una sociedad eminentemente agrícola y ganadera, la imposibilidad de servirse de las tierras, pastos o montes comunales, entre otros usos, cerraba definitivamente la vía para establecerse en la localidad de origen.

A pesar de la permanencia y continuidad de este sistema a lo largo del tiempo, fue a partir de mediados del siglo XVII, con un paralelo aumento de población, cuando la emigración

se intensificó. La Iglesia, el Ejército y la Administración pública, en muchos casos tras haber pasado por la universidad, fueron las ocupaciones elegidas por muchos de los segundones baztaneses. Otros optaron por su dedicación al comercio y los negocios, como el abastecimiento de asientos militares, compatibilizándolos con cargos burocráticos, una práctica común y perfectamente lícita durante el Antiguo Régimen. De este modo la Villa y Corte de Madrid, Pamplona, como capital del viejo reino, ciudades comerciales como Cádiz y Sevilla, así como las Indias, se convirtieron en destino de un elevado número de baztaneses, donde alcanzaron el triunfo social y económico. Vínculos de paisanaje, parentesco, vecindad y amistad acentuaron más si cabe este fenómeno migratorio, de modo que la respuesta de la tierra natal a la llamada del triunfador siempre fue positiva, rápida y continua, tejiéndose complejas redes y entramados familiares y comerciales.

Fue ésta la época del triunfo de un sinfín de familias baztanesas al servicio de la corona. De hecho, entre ellas hubo virreyes, ministros, secretarios del monarca, mayordomos y tesoreros de reyes, reinas, príncipes e infantes, miembros de consejos, tesoreros generales, militares de alta graduación, comisarios de guerra, catedráticos de universidad o importantes hombres de negocios e industriales, mientras en la Iglesia alcanzaron la cabeza de obispos y dignidades eclesiásticas en catedrales españolas y americanas (canónigos, arcedianos, priores, arcepresbiteros, tesoreros, provisorios o racioneros). Así lo refleja con realismo, pero también con cierta ingenuidad en su ejecución, la ornamentada orla de este escudo de armas de Baztán que, flanqueada por un cortinaje y dos ánforas con guirnalda de gusto academicista, acoge una mitra, un galeón y numerosos trofeos y paño-plas militares como banderas, espadas, cañones, balas, tambores y cornetines. Apellidos como los Goyeneche, Iturralde, Arizkun, Garro, Echenique, Gastón de Iriarte, Mendinueta, Borda, Irigoyen, Iriarte, Inda, Jáuregui, Vicuña, Múzquiz o Iturbide, entre otros muchos, lograron en este periodo conformar vastos patrimonios y amasar grandes fortunas, algunas de las cuales revirtieron total o parcialmente sobre Baztán, con la construcción de soberbias casas y palacios como elementos más visibles del éxito alcanzado por la familia. Dotarse paralelamente con diversas mercedes reales como el hábito de una orden militar e incluso un título nobiliario completó el triunfo social en sus trayectorias vitales, del que sus paisanos se sintieron desde luego orgullosos. [P.A.U.]

IRIGOYEN Y OLÓNDRIZ, M., *Noticias históricas y datos estadísticos del Noble Valle y Universidad de Baztán*, Pamplona, Imprenta Provincial, 1890.  
CARO BAROJA, J., *La hora navarra del siglo XVIII (personas, familias, negocios e ideas)*, Pamplona, Diputación Foral, 1969.  
IMÍZCOZ BEUNZA, J.M., *Système et acteurs au Baztán. La mémoire d'une communauté immémoriale*, Tesis doctoral en microficha, Universidad París-Sorbona, 1987.  
ARIZKUN CELA, A., *Economía y sociedad en un Valle pirenaico del Antiguo Régimen: Baztán, 1600-1841*, Pamplona, Príncipe de Viana, 1988.  
PÉREZ DE VILLARREAL, V., "Armaria. Heráldica lapidaria baztanesa", *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, n.º 51, 1988, pp. 179-233.  
ESPARZA LEIBAR, A., "Origen y difusión de las armas de Baztán", *Príncipe de Viana*, n.º 235, 2005, pp. 513-563.





## Retrato del conde de Gages, virrey de Navarra

Roberto Michel, 1767.  
Mármol, c. 80 cm.  
Pamplona. Catedral.

Juan Buenaventura Dumont, conde de Gages, fue un brillante militar de origen belga, que culminó su carrera al servicio de la monarquía española como virrey de Navarra entre 1749 y 1753. El virreinato, junto al Toisón de Oro y el título nobiliario, fueron las distinciones que recibió por sus destacadas victorias frente a las tropas de Austria y Cerdeña en las guerras de Italia. En Navarra, siguiendo el espíritu de su época, se distinguió por promover la mejora de las comunicaciones, destacando la construcción del Camino Real de Pamplona a Aragón pasando por la Ribera y el proyecto de un canal en el Ebro. En la capital levantó dos nuevos fuertes en el recinto amurallado y convirtió en paseo arbolado el camino que llevaba hasta el convento de Capuchinos. Así dio inicio a una política de obras públicas y reformas urbanísticas que, poco tiempo después, continuaría el virrey conde de Ricla.

Tras su fallecimiento el 31 de enero de 1753, el conde de Gages, tal y como establecía en su testamento, fue enterrado en el citado convento de Capuchinos. Años más tarde, el Rey Carlos III, en homenaje a quien con sus hazañas había salvaguardado su reino de Nápoles, mandó erigir allí su sepulcro al escultor Roberto Michel. En 1810 se trasladaría a la catedral de Pamplona por temor a que fuese profanado por las tropas napoleónicas, siendo instalado en su emplazamiento definitivo del claustro en 1831.

De origen francés, Roberto Michel, había llegado a España en 1740 para participar en la labor escultórica del nuevo Palacio Real. Vinculado desde su fundación en 1752 a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, llegó a ser director de Escultura en 1763, y director general de la institución en 1785, además de escultor de Cámara del Rey desde 1757. Entre sus obras destacan algunas estatuas de reyes para el Palacio Real (Teudis o Alfonso IX), los dos leones que arrastran el carro de la fuente de Cibeles, o la decoración de la Puerta de Alcalá. En Navarra se le documentan las cinco esculturas de los retablos de la basilica de San Gregorio Ostiense, y se le atribuyen las tallas del Niño Jesús y San Juanito en la sacristía de la catedral de Pamplona, estando su labor en ambos lugares asociada a la de Silvestre de Soria, también formado en la Corte.

En este sepulcro se van sucediendo un zócalo de mármol negro, un cuerpo con un largo epitafio en capitales romanas, enmarcado por dos niños y que oculta una serie de arreos militares, sobre el cual se dispone una urna trapezoidal con los restos del difunto, su busto

encima, y, rematando la composición, un escudo de bello diseño con sus armas. Todo ello a base de jaspe y mármoles de Génova excelentemente trabajados y pulimentados. Hay que destacar las bellísimas figuras de los dos niños, Hipnos y Thanatos, que sujetan sendas antorchas alusivas al fin de la vida del conde, así como la calidad del relieve esculpido en el frontal de la urna, donde se narra uno de sus hechos de armas. El modelo de este sepulcro es el monumento funerario del Rey Fernando VI en las Salesas Reales de Madrid, trazado por Sabatini, en el que también encontramos un cuerpo inferior con un largo epitafio, sobre el que descansa una urna trapezoidal similar con un relieve esculpido en su cara frontal. Sin embargo, aunque Roberto Michel sigue en líneas generales este modelo, fruto de la evolución hacia un academicismo depurado, opta por reducir significativamente tanto el número de figuras como los elementos escenográficos barroquizantes.

En el busto que preside el sepulcro, el conde de Gages está retratado con la dignidad y majestuosidad que requiere la figura de un Virrey, luciendo el collar del Toisón de Oro, las cruces de las Órdenes de San Genaro y Santiago sobre el manto, que envuelve y cierra la figura. Michel no prescinde del parecido visible puesto que el rostro enérgico con el que Dumont mira al espectador da fe de ese carácter aguerrido y autoritario, que tantos enfrentamientos le ocasionó con las instituciones del Reino. Heredero del modelo berniniano, es un retrato elegante y clásico, en la mejor línea de la escultura académica. [P.G.S.]

IDOATE, F., "Virreinato del Conde de Gages", *Rincones de la Historia de Navarra*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1979, t. III, pp. 104-108.  
FERNÁNDEZ GRACIA, R., "La escultura funeraria en Navarra durante el Renacimiento y el Barroco", *Príncipe de Viana*, n.º 183, 1988, pp. 51-68.  
GARCÍA GAINZA, M. C., *Escultura cortesana del siglo XVIII*, Madrid, H.º 16, 1993.  
FERNÁNDEZ GRACIA, R., "Barroco", *La Catedral de Pamplona*, CAN. Gobierno de Navarra, 1994, t. II, pp. 35-73.  
GARCÍA GAINZA, M. C., "La sacristía mayor de la catedral de Pamplona: mecenas y artistas", *Príncipe de Viana*, n.º 217, 1999, pp. 383-397.





## Tesis de grados de Juan Francisco de Alduán e Ibarra

Pamplona. Imprenta de José Longás, 1790. Tafetán amarillo, 77 x 70,5 cm. Pamplona. Colección Particular.

A lo largo de los siglos del barroco funcionaron en Navarra sendas universidades, la de Santiago en Pamplona, de los Dominicos y la de Iruche en el monasterio benedictino de su nombre. Las listas de quienes obtuvieron grados en aquellos centros nos son conocidos gracias a los estudios de Salvador y Conde e Ibarra.

Por el contrario, el porcentaje de las tesis de grados que se imprimían en prensas pamplonesas del momento, es bastante excepcional. Para la decoración de las conclusiones con las que se obtenía el grado de doctor, se utilizaban ricas orlas vegetales y de decoración animalística, con planchas de madera o estaño. Además, en algunas de especial categoría del personaje se incorporaba el escudo heráldico o la imagen de particular devoción de quien obtenía título universitario. Conocemos tesis que incorporan a la Virgen de las Maravillas de Pamplona, la imagen de la Trinidad de Erga, la Virgen de Zuberoa de Garde o la Virgen del Carmen de su convento pamplonés.

En las conclusiones académicas u hoja de grados que se exhibe, datada en 1790, se eligió una advocación de la Virgen harto popular en la Pamplona del siglo XVIII: la del Rosario del convento de Dominicos, en donde radicaba la universidad. Se da la circunstancia de que el grabado calcográfico es anterior a la tesis propiamente dicha, ya que fue abierta por el maestro platero Juan de la Cruz en 1724, tal y como nos indica su inscripción que reza: "Vero retrato de N. A. S. A. DEL ROSSARIO. que se venera en el conbento de Santiago / DE PAMPLONA año 1724 J. n La Cruz fecit".

El citado maestro nació en la villa de Canfranc en la provincia de Huesca en el seno de una familia de artistas que más tarde se acercó en la ciudad de Jaca. Su nacimiento lo hemos de situar en torno a 1695. Su padre, José de la Cruz, era escultor y laminista y un hermano, llamado también José de la Cruz, fue pintor y padre de otro platero llamado Isidro Lacruz, examinado en Pamplona en 1761. Estaba emparentado con el famoso grabador Juan de la Cruz, hijo de Raimundo natural de Canfranc y con el célebre dramaturgo Ramón de la Cruz. Desde las vecinas tierras del obispado de Jaca, llegó a la capital navarra en torno a 1713 para aprender el arte de la platería en la casa y taller de uno de los más prestigiosos maestros de la ciudad, Fernando o Hernando de Yabar. Allí permaneció por espacio de doce años aprendiendo el oficio. En 1725 obtuvo la maestría, siendo su pieza de examen un anillo de elegante diseño. Al año siguiente, el 3 de febrero de 1726, contrajo matrimonio con

una hija de su maestro, Mariana de Yabar. La última fecha que conocemos sobre su biografía es la de su óbito acaecido en la capital navarra el 19 de febrero de 1777.

Las obras que salieron de su taller debieron de ser en un gran porcentaje alhajas, dado que en numerosas ocasiones se titula platero de oro. Su obra como grabador se confunde generalmente con la del gran artista y pariente suyo Juan de la Cruz Cano y Olmedilla, máxime cuando este último artista llegó a grabar el escudo de Navarra de la anteportada de los *Anales del Reino de Navarra* en la magna edición de 1766. Su manera de firmar guarda evidentes connotaciones con los punzones de los plateros, y en las estampas que hemos localizado siempre encontramos su nombre "J. La Cruz", la fecha y una doble P mayúscula, como si del punzón de la ciudad de Pamplona se tratase. Las estampas con esas características que hemos localizado son por orden cronológico las de las Virgenes del Camino de Pamplona (1721), del Rosario de los Dominicos de Pamplona (1724), de Ujué (1726), del Carmen de los Calzados de Pamplona (1732) y del Yugo de Arguedas (1754).

La impresión en tafetán amarillo quizás se destinó a quienes dedicó su autor, Juan Francisco de Alduán e Ibarra, la tesis: el matrimonio formado por don Pedro Miguel Ligués y su mujer María Josefa de Sesma. La estampación se realizó en el establecimiento de José Longás. No cabe duda de que el graduando era de Cintruénigo, tanto por su apellido como por el matrimonio al que se dirige la convocatoria. Don Pedro Miguel Ligués y Laborda nació en 1735 y falleció en 1811, casó, en primeras nupcias con doña Josefa de Sesma y Gorráiz, fallecida en 1802 y, en segundas con doña María Concepción Bobadilla.

Los ejemplares estampados en tafetán o sedas eran de mayor dificultad de estampación que los hechos en papel, por lo que se realizaban en pequeño número. Un ejemplar similar al expuesto cataloga Pérez Goyena en la Biblioteca del Colegio Huarte de Pamplona. [R.F.G.]

PÉREZ GOYENA, A., *Ensayo de bibliografía navarra*. Vol. IV. Pamplona, Príncipe de Viana, 1951, pp. 637-638, núm. 2750. CARASATORRE VIDAURRE, R., *Glosario navarro desde una perspectiva histórica de Cintruénigo*. Fundación Navarra Cultural, 2004, pp. 449-450.







## Retrato de Sebastián de Eslava y Lasaga, virrey de Nueva Granada

Escuela cortesana, mediados del siglo XVIII.

Óleo sobre lienzo, 97,5 x 77,3 cm.

Madrid. Colección conde de Guenduláin.

Sebastián de Eslava y Lasaga nació en la localidad navarra de Enériz en 1685, fruto del matrimonio que habían contraído Gaspar de Eslava y Berrio, descendiente del palacio de Berriuso, y Rafaela Lasaga y Eguiarreta, propietaria de un mayorazgo fundado con los caudales amasados en Indias y en Madrid por su hermano José Ambrosio. La férrea legislación familiar navarra en materia sucesoria, obligó a Sebastián, como segundón, a buscar un porvenir fuera de la tierra que le había visto nacer. Como su hermano Rafael, optó por el ejército, donde ambos desarrollaron brillantes carreras militares, ligadas al gobierno de las Indias.

Sirvió a la causa de Felipe V en la guerra de Sucesión como alférez y desde que en 1715 fuera nombrado capitán, su progresión en el escalafón militar fue imparable hasta alcanzar el grado de mariscal de campo y teniente general cuando corría el año de 1739. Fue precisamente aquel mismo año cuando el monarca erigió definitivamente el virreinato del Nuevo Reino de Granada, a cuya cabeza situó, como virrey, a Sebastián de Eslava, quien arribó a Indias en 1740. En su nuevo destino desarrolló una política destinada a perseguir el contrabando que azotaba sin piedad las costas americanas y a reforzar las fortificaciones de aquellas tierras. Pero sin duda sus mayores glorias vinieron dadas por la heroica defensa que hizo de la ciudad de Cartagena de Indias en 1741 frente al demoledor ataque al que la sometió una poderosa escuadra inglesa bajo el mando del almirante Vernon quien, a pesar de la superioridad de su armada, incomprensiblemente se vio obligado a abandonar su objetivo. Precisamente este episodio le valdría a su sobrino y heredero Gaspar de Eslava, en alusión a los méritos de su tío, la concesión del título de marqués de la Real Defensa, por cédula real emitida por Carlos III el 24 de abril de 1760.

Relevado de su cargo a petición propia, Sebastián regresó a la metrópoli en 1750, instalándose en Madrid. Recibió el nombramiento de gentil hombre de cámara de Su Majestad y director general de artillería española. Finalmente en 1754 fue nombrado para ocupar la Secretaría de Estado y de Despacho universal de guerra, cargo que desempeñó hasta el momento de su fallecimiento.

A pesar de que la vida de Sebastián de Eslava discurrió lejos de su tierra natal, siempre ejerció de navarro como lo atestigua su presencia en la Real Congregación de San Fermín de los Navarros en Madrid. Pero sobre todo es la estrechísima relación que mantuvo con su casa nativa, a cuya cabeza había quedado su

hermano Martín Francisco primero, y posteriormente su sobrino Gaspar, la que permite afirmar el interés constante que mostró por el ascenso económico y social de su familia. De hecho, y a pesar de su lejanía, los consejos de Sebastián siempre estuvieron presentes, según se desprende de la documentación, y vinieron acompañados de cuantiosas remesas monetarias y alhajas que fue remitiendo desde Madrid con las que su sobrino pudo no sólo aumentar sustancialmente el patrimonio de la familia, sino también y fundamentalmente, construir, adornar y amueblar con gran riqueza y siguiendo las modas del momento una magna residencia familiar en la pampionesa plaza del Consejo, que habría de convertirse no sólo en la casa principal del mayorazgo Lasaga, sino también en el espejo del poder alcanzado.

Sebastián de Eslava falleció en Madrid el 21 de junio de 1759. En su testamento, otorgado por su apoderado, el también navarro Isidoro Gil de Jaz, del Consejo Real de Castilla, ordenó ser enterrado en el convento de Santo Tomás de la Villa y Corte. Nombró heredero de una tercera parte de sus bienes a su sobrino Gaspar, mandando incorporar el resto de su fortuna al mayorazgo Lasaga, reforzando de este modo el patrimonio de su familia y ratificando su origen navarro. No olvidó tampoco a su localidad natal, Enériz, destinando dinero para la construcción de su nueva parroquia, que con el tiempo completaría Gaspar.

El retrato obedece a los modelos divulgados en la Corte madrileña a mediados del siglo XVIII, cuando habían quedado superadas las viejas fórmulas heredadas del siglo anterior, gracias a la influencia de las corrientes europeas del momento, especialmente de Italia. Eslava aparece de medio cuerpo con elegante casaca de terciopelo negro y mangas vueltas carmesí a juego con la chupa, que contrastan con los puños de delicadas puntillas y la camisa blanca. De especial riqueza y desenvoltura resultan los bordados y alamares dorados que adornan profusamente la casaca, de la que pende la venera con distintivo rojo de la Orden militar de Santiago a la que pertenecía desde la temprana fecha de 1716. La fisonomía de su rostro denota una elaboración del cuadro frente al modelo, al que debió de conocer bien a juzgar por la captación psicológica del virrey que luce la típica peluca ya difundida para aquellas fechas del reinado de Fernando VI. [P.A.U.]

ZUDAIRE HUARTE, E., *Sebastián de Eslava, virrey de Nueva Granada*, Temas de Cultura popular, n.º 285, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1977.  
URREA FERNÁNDEZ, J., *La pintura italiana del siglo XVIII en España*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 1977.  
MORALES Y MARÍN, J. L., *Pintura en España. 1750-1808*, Madrid, Cátedra, 1994.  
ANDUEZA UNANUA, P., *La arquitectura señorial de Pamplona en el siglo XVIII: familias, urbanismo y ciudad*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2004, pp. 235-257.





## Retrato de fray José Pérez de Lanciego y Eguílaz, arzobispo de México

Juan Rodríguez Juárez,  
c. 1720.

Óleo sobre lienzo,  
203 x 124 cm.

Joan Rodrig(ue)z  
Xuárez f(eci)t

*El Yll(ustrisi)mo y  
R(everendisi)mo S(eño)r  
P. M<sup>o</sup> D(on) Fr(ay)*

*Joseph Pérez de  
Lanciego y Eguílaz, ijo  
Professo y dos veces  
Abad del Real  
monasterio de Santa  
María de Nájara,  
Predicador de las dos  
Majestades Carlos II y  
Philipo V, Calificador de  
la Suprema y General  
Inquisición, Arzobispo  
de México, electo en 21  
de Mayo del año de  
1713, Consagrado en 4  
de Noviembre de 1714  
Viana (Navarra).  
Parroquia de Santa  
María.*

Fray José Pérez de Lanciego y Eguílaz fue, junto a don Martín de Elizacochea y Dorre, obispo de Michoacán, uno de los dos prelados navarros en Nueva España en el siglo XVIII. Oriundo de Laguardia, nació en Viana, donde aún se conserva el palacio barroco familiar en el que fundó un mayorazgo para su hermano en la antigua Rúa de San Pedro. Ingresó en la orden benedictina y llegó a ser en dos ocasiones abad del monasterio de Santa María la Real de Nájera. Fue un destacado orador sagrado, predicador de monarcas, calificador de la Inquisición y arzobispo de México entre 1714 y 1728, fecha de su muerte. Esta extensa diócesis, que ocupaba una gran franja desde el Atlántico al Pacífico, fue recorrida pueblo a pueblo por este infatigable prelado en varias visitas pastorales. Mantuvo una correcta relación con el cabildo de la catedral, promovió la fundación de varias parroquias y conventos e intentó, sin éxito, celebrar un sínodo provincial.

Este retrato fue remitido en 1720 por el arzobispo de México, junto a otros dos de los que desconocemos el destino, a la parroquia de San Pedro de su Viana natal, si bien hoy se conserva, junto al cuadro de una Virgen de Guadalupe, mandada sin duda por nuestro personaje, en la sala capitular de la parroquia de Santa María. El lienzo está firmado por Juan Rodríguez Juárez (1675-1728), pintor vecino de México y miembro más destacado de la dinastía de su apellido. Este maestro, conocido como el "Apeles mexicano" fue especialista no sólo en retratos de notables como virreyes (don Fernando de Alencastre, duque de Linares), obispos (fray José Pérez de Lanciego, de medio cuerpo para la serie de primados de la sacristía de la catedral de México), nobles, funcionarios y damas, sino también es autor de ciclos de temas marianos y hagiográficos. Aún cuando en algunas obras muestra ya un estilo más colorista y dinámico, este maestro sigue aún apegado a un tenebrismo refractario.

Esta obra constituye un fiel exponente del retrato novohispano del siglo XVIII pues, sin desdeñar el parecido físico y la introspección psicológica de "rostro seco, mirada penetrante y aguda nariz aguileña", el interés del pintor se centra en su caracterización social. Sobre su rango de arzobispo nos informa su indumentaria eclesiástica de roquete y capa roja, bajo la que se adivina el hábito negro de benedictino, el soli-

deo y el pectoral. Teniendo como fondo el salón del palacio arzobispal, descubierto por un teatral cortinaje, se dispone don José Pérez de Lanciego de pie en actitud declamatoria con la mano izquierda sujetando el pectoral y con la derecha el bonete, que junto a la mitra, se halla sobre una mesa. El rostro de este tipo asténico nos mira de reajo, estableciendo comunicación con el espectador dentro de la estética participativa del barroco. En una espectacular cartela ovalada apoyada en la mesa, que sirve de pie a una cruz procesional, aparece la inscripción conmemorativa que resume la carrera eclesiástica de esta personalidad. [P.L.E.G.]

VARGAS LUGO, E., "Una aproximación al estudio del retrato en la pintura novohispana", *Anuario de Estudios Americanos* (1981), pp. 671-692.

LABEAGA MENDIOLA, J.C., *Viana monumental y artística*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1984, pp. 189-190.

ECHEVERRÍA GOÑI, P. L., "Mecenazgo y legados artísticos de indianos en Navarra" Segundo Congreso General de Historia de Navarra. Príncipe de Viana, anejo 13 (1991), pp. 183-184.

HEREDIA MORENO, M. del C., ORBE SIVATTE, M. de y ORBE SIVATTE, A. de, *Arte hispanoamericano en Navarra. Plata, pintura y escultura*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, pp. 217-218.

AA.VV., *El retrato novohispano en el siglo XVIII*, Puebla de los Ángeles, Museo Poblano de Arte virreinal, 1999.

AGUIRRE SALVADOR, R., "El ascenso de los clérigos de Nueva España durante el gobierno del arzobispo José Pérez de Lanciego", *Estudios de Historia novohispana*, 22 (2000), pp. 77-110.





## Retrato de Juan Antonio Zelaya y Vergara

Escuela quiteña, 1772.  
Óleo sobre cristal y papel, 43 x 28 cm.  
PERILLUSTRI D. D. JO-  
ANNI ANTONIO A ZE-  
LA/ya Reginum Exerci-  
tuum Tribuno, primo de  
Guayaquil/ Guvernatori,  
cuius fuit praepositus  
muneri undecima Octo-  
bris die/ anno millesimo  
septingentesimo sexa-  
gessimo tertio: Praesidi  
re/gii senatus, Ducique  
Quintensi Generali, quo  
aciem duxit primo die/  
Septembris anno Septin-  
gent. Sexagesimo Sexto  
Supra millesimum;/ nu-  
ne de nuo Guvernatori,  
regioque signo Praepos-  
tio Popayanis, Vr/bem  
ingresso postridie Ka-  
lend. Octobris, milless.  
Septingentesimo Sep-  
tuagesimo primo: Dicat  
totum triennio thyloso-  
phicum la/borem D. JO-  
ACHIN DARAVIÑA hoc  
in regio Divi Francisci/  
Assisii Seminario Colle-  
gio purpurea Trabea de-  
coratus, Latini/tatis Pre-  
ceptor: Praeside R. P. L.  
Fr. Francisco Xaverio Al-  
ban/ Artium dignissimo  
Moderatore: Superiore  
Disputante D. D.  
FRAN/CISCO XAVERIO  
RUIZ/ DIE 23 JUNII  
ANNO 1772. S. P. D.  
/... voluntatem creatam  
ad entitatem peccatis  
Miranda de Arga (Nava-  
rra). Colección particular

Juan Antonio Zelaya y Vergara, natural de la villa de Miranda de Arga, sirvió a la monarquía borbónica del siglo XVIII en el ejército. Su carrera en las milicias le llevó a atravesar el Atlántico, estableciéndose en el virreinato del Nuevo Reino de Granada, donde ocupó cargos de alta responsabilidad política y militar, tal y como atestigua este cuadro. De hecho, el 11 de octubre de 1763 el entonces virrey fray Pedro Messia de la Cerda nombraba a Zelaya gobernador militar de Guayaquil (Ecuador), cargo que desempeñó hasta 1771. De aquel momento se tienen noticias detalladas de la provincia merced al completo informe que el 17 de agosto de 1765 remitió al virrey, dando buena cuenta de su población, clero, comercio, y describiendo cada uno de sus partidos.

Pero desempeñando aquel cargo de gobernador, gracias a su reconocida experiencia militar, fue reclamado para aplacar en la ciudad de Quito la que se denominó "sublevación de los Barrios o de los Estancos", motín que estalló el 7 de mayo de 1765 originado por las drásticas reformas administrativas y económicas aplicadas por sus autoridades. Zelaya, al frente del batallón de 600 hombres reclutados en Guayaquil, Panamá y Lima, entró en Quito como capitán general el 1 de septiembre de 1766 y sometió a los rebeldes, ejerciendo su autoridad con firmeza. Desde entonces y hasta el mes de julio del año siguiente, desempeñó además la presidencia interina de su Audiencia. Pacificada la zona, de nuevo regresó a sus responsabilidades en Guayaquil donde permaneció hasta 1771, momento en que fue nombrado gobernador de la provincia de Popayán (Colombia), a cuya capital llegó el 2 de octubre de aquel mismo año para hacerse cargo de los asuntos económicos, políticos y, como capitán general, militares.

Este cuadro, de pequeño formato y pintado sobre cristal, recoge los momentos más brillantes de su trayectoria profesional. De factura sumamente ingenua, incluso tosca, aunque no exenta de gracia, destaca especialmente por la riqueza de sus aportaciones iconográficas y documentales, sin duda mucho más sobresalientes que sus valores artísticos. En él, sobre un fondo neutro de color azulado y sobre una inscripción latina pintada sobre papel con caracteres dorados que resume sus nombramientos, aparece retratado Zelaya en la parte

central sobre unos arreos militares. Viste casaca y calzón a juego, de color azul, y chale-

co granate también a juego con los vueltos de la casaca. Se adornan las telas con bordados dorados así como con botonaduras de oro, metal que se repite en las hebillas de los zapatos. Peinado con peluca blanca, luce sombrero de tres picos y porta bastón de mando en su mano derecha.

Rodeando a Zelaya se sitúan cuatro cartelas con ricas orlas, de deliciosos tonos rococó, en las que se combinan rocallas y variados elementos como cuernos de la abundancia con frutos y flores, animales o soles. Estos enmarques, de acuerdo con los gustos de la escuela quiteña, acogen cuatro escenas que nos relatan, de manera muy elemental, la entrada de Zelaya en Popayán y en Quito, con desfiles militares en la parte superior. Ya en la zona inferior se narra su llegada a Santiago de Guayaquil, representada la ciudad a través del río Guayas, sus casas de madera, sus típicas balsas e incluso las alimañas y animales peligrosos, como reptiles, que invadían aquellos territorios húmedos. Finalmente en la última escena de nuevo se retrata a Zelaya, adornado ahora con toga negra y beca encarnada en alusión a sus conocimientos filosóficos y latinos.

Como resultaba habitual entre los indios navarros, sus profundas convicciones religiosas les inclinaron a realizar diversos legados hacia las parroquias, basílicas y ermitas de sus localidades de origen y Zelaya no fue una excepción en este sentido. Así nos lo narra el Padre Janáriz al referirse a la Virgen del Castillo, patrona de Miranda de Arga, que se vio favorecida por las dádivas de este capitán de los ejércitos españoles, como agradecimiento a las gracias recibidas de ella. Estando desarrollando sus cargos en tierras de Ecuador y Colombia, invocó a su patrona cuando recibió un disparo del enemigo. Fue entonces, según sigue relatando el P. Janáriz, cuando se le apareció la imagen mariana interponiéndose delante del proyectil y deteniéndolo con su manto. Zelaya, agradecido, envió diversas alhajas a la ermita de la Virgen del Castillo y ordenó realizar una nueva imagen, que vendría a sustituir la talla románica venerada hasta entonces. La imagen, de candelero, esculpida en Sevilla, preside en la actualidad el retablo barroco de la iglesia. [P.A.U.]

ECHEVERRÍA GONI, P.L., *Miranda de Arga entre el Gótico y el Barroco*, Ayuntamiento de Miranda de Arga, 1983, pp. 12-13 y 32.  
JANÁRIZ, P.D., *Historia y novena de la Virgen del Castillo, patrona de Miranda de Arga*, Madrid, Ed. Ibérica, 1923, pp. 10-13.  
PONCE LEIVA, P. (ed.), *Relaciones histórico-geográficas de la Audiencia de Quito*, T. II, Madrid, CSIC, 1992, pp. 361-368 y 495-501.



**ERILLUSTRI D.D. JOANNI ANTONIO A ZELA**  
 ya Regionum Exercituum Tribuno; primo de Guayaquil  
 Guvernatori, cuius fuit praepositus muneris undecima Octobris die  
 anno millesimo septingentesimo sexagesimo tertio: Praeside Re-  
 gij Senatus, Ducique Qyitenlisi Generali, quod aciem duxit primo die  
 Septembris anno Septingenti. Sexagesimo Sexto Supra millesimum;  
 nunc denuo Guvernatori, regioque signo Praeposito Popayanis, Ur-  
 bem ingresso post die Kalend. Octobris. milles. Septingentesimo  
 Septuagesimo primo: Dicat totum triennio philosophicum la-  
 borem D. JOACHIN DARAVINA hoc in regio Divi Francisci  
 assisit Seminario Collegio purpurea Trabea decoratus, Latini-  
 tatis Praeceptor: Praeside R.P. L. Fr. Francisco Xaverio Abbat  
 Annam dignissimo Moderatore; Superiore Disputante D.D. Fran-  
 cisco Xaverio RVIZ.

DIE 23 JUNIJ ANNO 1772.



Creator ad remittam peccati



## Retrato de Miguel Francisco Gambarte

Escuela novohispana, mediados del siglo XVIII. Óleo sobre lienzo, 142 x 110 cm. *A DEVOCION DE/ D. Miguel Fran<sup>co</sup> de Gambarte, hi/ho de esta Villa a cuya devocion se hizo es/ta Capilla de Nuestra Señora de las Niebes con/ todo el demas adorno que tiene, pide le encomi/enden a la S<sup>ta</sup> Trinidad.* Puente la Reina (Navarra). Parroquia de San Pedro.

Miguel Francisco Gambarte, nacido en Puente la Reina, es buen reflejo de la trayectoria vital de muchos navarros que, como él, marcharon a las Indias en busca de fortuna. En su caso, no atravesó el océano para servir a la monarquía en el ejército o la administración. Por el contrario, en su destino fue un hombre de negocios que logró amasar una importante fortuna. El triunfo de estos indianos, reflejado en la conformación de sustanciosas fortunas, revirtió en gran medida en Navarra. El recuerdo de familia dejada atrás y de la casa originaria, así como el deseo de mostrar ante sus vecinos el poder alcanzado, se tradujo en el envío de grandes sumas de dinero destinadas a aumentar el patrimonio familiar, construir y mejorar la casa solar, o pagar dotes femeninas, aunque también hubo otros destinos como la fundación de capellanías y aniversarios, mandas para pobres y obras benéficas. Pero a todo ello, muchos de los emigrantes unieron, movidos por sus fuertes convicciones religiosas y su piedad cristiana, el envío de importantes remesas monetarias y sobresalientes piezas de orfebrería, así como, en menor medida, algunos cuadros y esculturas, para mejorar y dotar las parroquias de sus localidades de origen e incluso fundar y contribuir al exorno de algunos conventos.

Miguel Francisco Gambarte responde con exactitud a este perfil. En su caso, su nostalgia y su generosidad se centraron en las dos parroquias puentesinas. Aunque la iglesia de Santiago recibió en 1750 un legado formado por un cáliz, una naveta, y muy probablemente un lienzo de la Santísima Trinidad con una representación antropomorfa, sus esfuerzos se centraron definitivamente en la parroquia de San Pedro. En efecto, bajo su patronato, y merced al legado de 1.000 pesos remitido desde México, a partir de 1751 el maestro de obras Vicente de Arizu construyó en el lado de la epístola de este templo una pequeña capilla de planta central, cubierta por una cúpula con linterna, dedicada a la Virgen de las Nieves. Ya en 1753, se entregaron en la parroquia las alhajas que Gambarte envió desde Méjico para la Virgen, y de nuevo a sus expensas, se encargó a Tomás Martínez Puelles un retablo que habría de presidir la capilla. En él, ya en 1754, se instaló no sólo la imagen titular de la capilla, sino también un lienzo remitido desde Nueva España por Gambarte, con la Aparición de la Santísima Trinidad a San Ignacio y a San Francisco Javier, con la misma iconografía que los que al parecer también envió a la otra parroquia y al convento de Clarisas de Estella, aunque sin la

presencia de los santos jesuitas. Pero aquel cuadro no llegó sólo desde Nueva España. Por el contrario vino acompañado de una lámpara y del retrato del mecenas y patrono de la obra, que debería colocarse en el lado izquierdo de la capilla, como así se hizo. De ahí que el retrato de Gambarte, de medio cuerpo, aparezca levemente girado hacia el altar, con las manos unidas en actitud orante.

El lienzo, bajo nuestro punto de vista parcialmente mutilado en todo su perímetro y tras haber sufrido una dudosa restauración en época indeterminada, muestra la figura del comerciante puentesino recortada sobre un perfil ovalado que acoge un cortinaje a la izquierda y un fondo neutro, quizás un paisaje, a la derecha. Su elegante indumentaria, a la francesa, nos habla del éxito social y económico alcanzado por este navarro. Viste camisa blanca, con lazada al cuello y puños plisados y almidonados, y chupa de seda, también blanca, con bordados en oro que asoman bajo la casaca de terciopelo negro con forro interior carmesí. Cubre su cabeza a la moda dieciochesca con peluca blanca, y su rostro aparece asimismo empolvado con toques carmines en las mejillas. Bajo su brazo izquierdo, como resulta habitual en los retratos masculinos novohispanos de españoles acomodados, porta el sombrero de tres picos con adornos dorados.

Por debajo del retrato, enmarcada por una cartela, se halla una inscripción que no sólo muestra la religiosidad de este navarro invitando a los feligreses a orar por su alma, sino que también, al igual que la inscripción del lienzo del retablo, da fe de su patronato y su mecenazgo artístico.

Aunque el cuadro de la Santísima Trinidad se ha atribuido al pintor de Oaxaca Miguel Cabrera, cuyo taller estuvo localizado en la capital del virreinato de Nueva España, no parece que el retrato de Gambarte corresponda a la misma mano, pues su calidad es sensiblemente inferior y presenta una factura más dura y un dibujo mucho más marcado. [P.A.U.]

Archivo de la parroquia de Santiago de Puente la Reina, Cuentas 1722-1755, fols. 354 vº, 356 y 374 vº.  
ECHEVERRÍA GONÍ, P., "Mecenazgo y legados artísticos de indianos en Navarra", *Segundo Congreso de Historia de Navarra*. Príncipe de Viana, Anejo 13, 1991, pp. 157-192.  
HEREDIA MORENO, M. C., ORBE SIVATTE, M. y ORBE SIVATTE, A., *Arte hispanoamericano en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, pp. 219-222 y 223.



A DEVOCION DE  
D. Miguel Frail de Gambarte, hi  
jo de esta Villa á cuya devocion se hizo el  
ta Capilla de Nuestra Señora de las Nieves co  
todo el de mas adorno que tiene: y de trece comi  
cadenas S.ª Trinitad.



## Ejecutoria de hidalguía de Juan Francisco Navarro Tafalla

Pamplona. Imprenta de José Miguel de Ezquerro, 1757. Libro impreso, encuadernado en terciopelo rojo con nervios en el lomo, con escudo central y cantoneras de plata en las cubiertas. Portada en dos tintas (negro y rojo), enmarcada en orla xilográfica: *Executorial por sentencias de el Tribunal de la Real Corte y Supremo Consejo de Navarra, obtenido por Don Francisco Navarro Tafalla Adán y Perez, cavallero de el Orden de Santiago y Capitan de Cavallos de las Milicias de el Presidio de Buenos Aires, en vuestros Reynos de Indias, y por Don Isidoro Joseph Navarro, su hermano, residente en la Villa de Potosí, Reyno de Peru, contra el Fiscal y Patrimonial de Vuestra Majestad, el Regimiento de esta Ciudad, Valle de Roncal, Villas de Murillite y Mérida, Thomas Charral, dueño de la Casa de Navarro, Don Martin Gerónimo Solano y Adán, dueño de la casa de este apellido, y Don Sebastián Pérez Tafalla, dueño de la casa del mismo apellido, sobre uso de escudo de armas. - En Pamplona: en la oficina de la viuda de Pedro Joseph Ezquerro y Chavarri, e impresso por Joseph Miguel de Ezquerro, año 1757.* 418 pp.: il.; 43 x 29 cm + pliego anejo con cuatro árboles genealógicos. Colección particular.

El libro contiene el proceso entablado por Juan Francisco Navarro para obtener la hidalguía y el uso del escudo de armas. La página primera tiene en cabecera un motivo floral y cuenta con dos capitulares, la primera (D) decorada con el escudo de la monarquía, y la segunda (A) con motivos florales. El texto comienza por una narrativa, en la que el demandante expone los antecedentes familiares por sus cuatro apellidos. Al final de cada uno se inserta el respectivo árbol genealógico, acompañado del escudo de la familia (pp. 48, 70, 84 y 94). Finaliza con las sentencias de la Corte Real y el Consejo Real (25 y 26 de junio de 1756) (pp. 399-405) y la ejecutoria extendida por el virrey de Navarra, fray Manuel de Sada y Antillón, Gran Castellán de Amposta.

La cubierta anterior del libro está presidida por el escudo obtenido por el litigante, labrado en plata, coronado por yelmo de caballero, con cuatro cuarteles, correspondientes a los apellidos Navarro, Tafalla, Adán y Pérez, y enmarcado en cartela donde se inscriben los apellidos junto a su respectivo cuartel, rodeado por cuernos de la abundancia, timbales y trompetas, máscara, etc. Está rodeado de cuatro cantoneras de plata, decoradas con sendas rocallas, que se repiten en la cubierta posterior. Los dos cierres son también de plata. Los cortes están dorados y decorados con dibujos de círculos y semicírculos encadenados. De la cabeza salen cinco cintas guardapáginas de seda rosa, decoradas con dibujos en hilo de plata.

Los folios miden 41,5 x 28,5 cm. La mancha o caja de composición (32 x 21 cm) está enmarcada por una orla xilográfica con motivos geométricos y vegetales; se divide en un ladrillo (3,3 cm. de anchura), destinado a indicar los sucesivos documentos y sus partes, y una caja de escritura (29 x 16,5 cm.), separados por una orla de línea. La numeración de las páginas va en la parte superior derecha de la caja de escritura.

Este libro de armas es un testimonio de los esfuerzos desplegados por un indiano enriquecido, Juan Francisco Navarro Tafalla (Mérida, 1709-Pamplona, 1770), para encumbrarse socialmente. Miembro de humilde familia, emigró muy joven a Indias (c. 1722), apoyado por un tío suyo. Inicialmente se dedicó a transportar caudales desde Potosí hasta el presidio de

Buenos Aires, trabajo peligroso pero lucrativo en el que obtuvo el título de Capitán de Caballos de las Milicias del referido presidio (1725). Desde América tramitó unas letras testimoniales de filiación y limpieza de sangre (1728), que fueron el primer paso para su ascenso social. Pasó a Nueva Granada, donde colaboró con el virrey Sebastián de Eslava, también navarro, en la defensa de Cartagena de Indias (1741) e hizo fracasar el ataque inglés contra Puerto Cabello, el principal puerto de Venezuela (1742). Regresó a España con una gran fortuna, que invirtió en tierras y en trámites para acceder a la nobleza. En 1747 Fernando VI le otorgó el hábito de caballero de la Orden de Santiago (1747), en un acto demostrativo de la proclividad de la Corona a utilizar las Órdenes Militares en el siglo XVIII como un procedimiento para premiar servicios prestados, haciendo caso omiso de los requisitos de nobleza exigidos en épocas pasadas para ingresar en ellas.

Con su inmensa fortuna compró numerosos bienes, entre los que destacaron los señorios de Gorraiz (1752) y Sarriguren (1761), en las proximidades de Pamplona, adquiridos respectivamente por 17.800 y 12.000 ducados. Construyó una suntuosa casa palacio en la calle Zapatería de Pamplona. A la obtención de la hidalguía y el uso de escudo de armas (1756), que despertó oposiciones, siguió la impresión de la ejecutoria en este libro (1757).

El siguiente objetivo en el proceso de encumbramiento social fue la obtención de un asiento en las Cortes de Navarra dentro del brazo militar o de la nobleza, que le permitiera integrarse en el núcleo más selecto de la sociedad estamental navarra y aspirar a intervenir en su gobierno. Esta pretensión desencadenó la oposición de la Diputación del Reino y la nobleza, que le negaban su condición de noble. Su principal defensor fue Sebastián de Eslava, que había alcanzado el cargo de ministro de la Guerra. Carlos III hizo caso omiso de las protestas de las élites locales e impuso su autoridad para conceder finalmente el privilegio de asiento en Cortes (Real Cédula de 2 de diciembre de 1760).

Tras la muerte de Juan Francisco y de acuerdo con los criterios fijados en su testamento, su hermana Joaquina constituyó el correspondiente mayorazgo (1776). La posesión de este libro fue reclamada en los tribunales por el heredero del mayorazgo, Manuel Mateo de Ágreda, a su prima M.<sup>a</sup> Francisca Gil Equiza, heredera de los bienes no vinculados. Sentencias de la Real Corte (1807) y el Consejo Real (1808) obligaron a ésta a entregarlo al heredero. [L.J.F.]

ANDUEZA UNANUA, P., *La arquitectura señorial de Pamplona en el siglo XVIII. Familias, urbanismo y ciudad*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2004, pp. 301-319.  
FORTUN ABETE, S., "Juan Francisco Navarro Tafalla, un indiano navarro en la Orden de Santiago", *Príncipe de Viana*, 60 (n.º 217), 1999, pp. 535-547.  
OTAZU Y LLANA, A., *Hacendistas navarros en Indias*, Bilbao, Gráficas Ellacuría, 1970, pp. 121-129.





## Proyecto de fachada para la Casa Consistorial de Pamplona

José Zailorda. 1753.  
Tinta y aguada sobre  
papel, 72,5 x 52,5 cm.  
Pamplona. Archivo  
Municipal

Mediado el siglo XVIII el viejo caserón consistorial de Pamplona mostraba señales de ruina tan alarmantes que, en mayo de 1753, los regidores decidieron su urgente derribo y la construcción sobre el mismo solar de una nueva sede, que habría de incluir además mejoras urbanísticas en los alrededores. Para el siguiente mes de julio se disponía ya de proyecto con planos y presupuesto desglosado por gremios –que incluía cantería, albañilería, carpintería y herrajes–, con un cálculo total de 16.420 ducados. Estas trazas, inclusive el diseño de fachada, eran idea del maestro de obras Juan Miguel de Goyeneta y de acuerdo con ellas se emprendieron las obras.

Para marzo de 1755 la situación de la fábrica permitía empezar la fachada principal. En ese momento las dudas o el deseo de patrocinar una portada de mayor belleza que la ya escriturada asaltó a los ediles. No tuvieron que esforzarse excesivamente por encontrar una traza que cumpliera esas aspiraciones, porque la tenían a mano. Y es que en agosto de 1753, días previos a formalizar el contrato con Goyeneta, llegó casualmente a Pamplona don José Zay y Lorda o Zailorda, persona a la que se atribuía singular habilidad y rara idea para concebir edificios suntuosos; lo que motivó entonces el encargo por parte de algunos capitulares de idear un alzado “de garbo, luzimiento y esplendor, por si gustase la Ciudad valerse de él a su tiempo”, circunstancia que ahora sucede.

Clérigo a la par que arquitecto, don José de Zay y Lorda era natural de Pamplona. Por esos años mediales del XVIII tuvo alguna participación en las obras de la iglesia de San Nicolás de Bari, de Bilbao, ciudad en la que residía. Avala la fama que disfrutaba entre sus paisanos el hecho de que años después, en 1767, se le requiriese para arbitrar la mejor traza de entre tres presentadas para el retablo de la Capilla de la Virgen del Camino, en la parroquia pamplonesa de San Saturnino; prefirió la de Juan Martín de Andrés, en perjuicio de las ofrecidas respectivamente por el arquitecto guipuzcoano Tomás de Jáuregui y por el riojano, natural de Alfaro, Fernando Martínez Corcín.

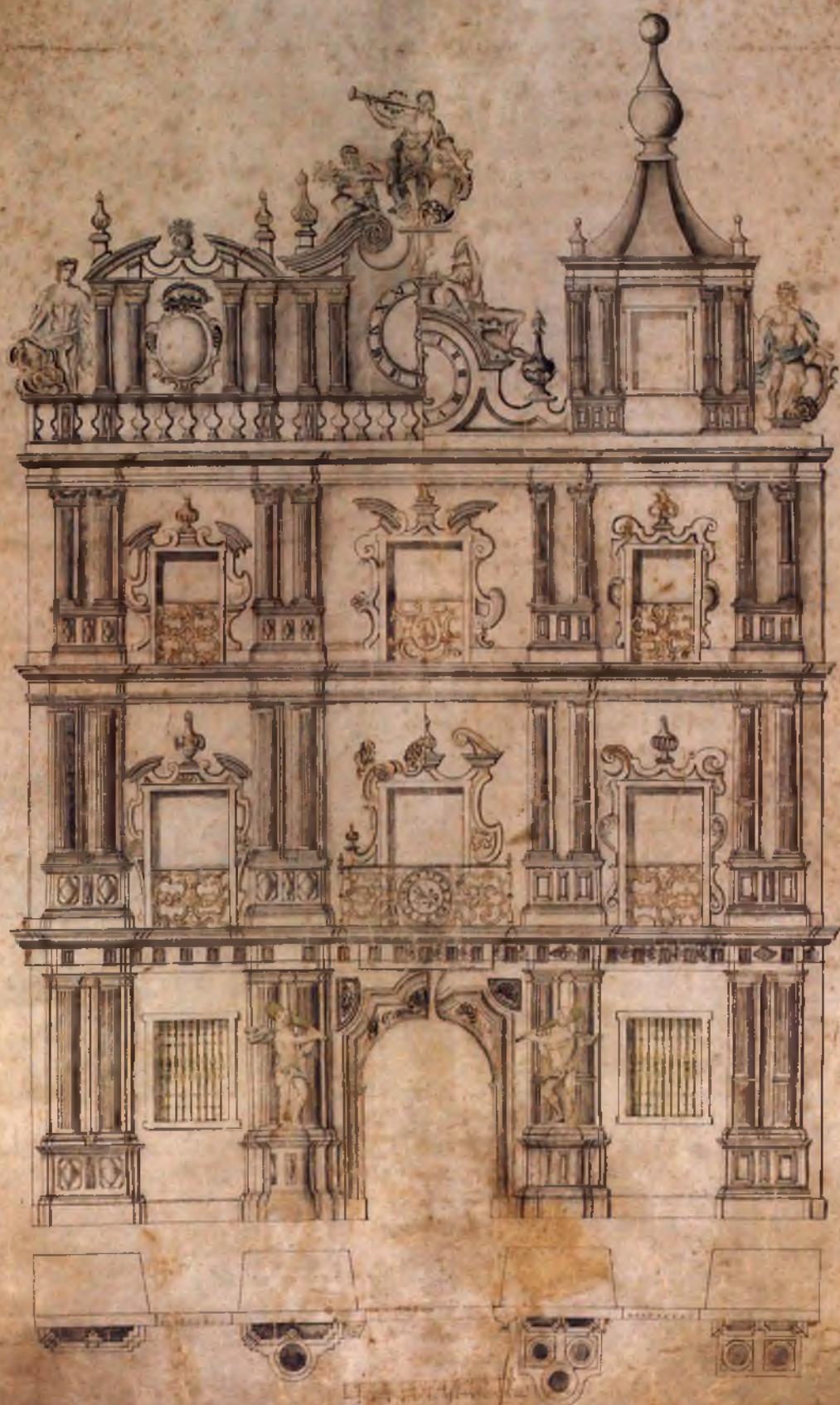
El diseño de fachada para la Casa Consistorial de Pamplona aportado por Zailorda es doble, pues las soluciones planteadas a uno y otro lado del eje de simetría difieren netamente. Los profesionales del arte constructiva consultados entonces al efecto consideraron más logrado el proyecto situado a la derecha del espectador, al que denominan “de columnas”, que estimaron “de más gala y magnificencia que el que se tenía escriturado con Juan Miguel de Goyene-

ta”. En consideración de este dictamen pericial el 15 de marzo de 1755 se acordó formalmente la elección de este perfil a la vez que se facultó la firma de la correspondiente escritura.

Durante el tiempo sucedido hasta que se inauguró el edificio, en enero de 1760, se introdujeron diversas variantes en este diseño, algunas sustantivas. Se respetó el concepto de Zailorda referente a la superposición de los tres órdenes clásicos arquitectónicos, dórico para la planta baja; jónico en la primera, que es la principal; y corintio en el tercer piso. Y así, en cada altura, los cuatro juegos de columnas pareadas –exentas y sobre pedestales cajeados– determinan las correspondientes tres calles verticales. Pero el remate fue sustituido en abril de 1756 por otro, según idea del maestro de obras Juan Lorenzo Catalán. También cambió la posición de las estatuas: labradas por el escultor José Jiménez, las representaciones de Hércules se encaramaron al ático; y su lugar, a los lados del acceso principal, fue ocupado por alegorías de la Prudencia y la Justicia, respectivamente.

Las tres puertas que en cada uno de los pisos superiores articulan el acceso a los balcones, la decoración de sus chambranas y, de manera singular, la proporción de todo el conjunto han llevado a establecer la comparación de esta fachada con un bargueño. Que en expresión del escritor Ángel María Pascual presenta, como su mayor encanto, resabios “de casa gremial, de mueble barroco, de tallado reloj de pared”. [J.L.M.M.]

MOLINS MUGUETA, J. L. y FERNÁNDEZ GRACIA, R., “La Capilla de Nuestra Señora del Camino”, *La Virgen del Camino de Pamplona*, Pamplona, Mutua de Seguros, 1987, pp. 61-117.  
MOLINS MUGUETA, J. L., “Casa Consistorial de Pamplona”, *Casas Consistoriales de Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1988, pp. 71-131.  
MOLINS MUGUETA, J. L., *Pamplona-Iruña. Casa Consistorial*, Pamplona, Ayuntamiento de Pamplona, 1995.  
GARCÍA-GAINZA, M. C. y otros, *Catálogo Monumental de Navarra. V\*\*\**, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1997, pp. 484-487.





# Proyecto de escalera para la Casa Consistorial de Pamplona

José Marzal. 1756.

Tinta y aguada sobre  
papel, 90 x 36 cm.

*Plan que demuestra la  
sección horizontal, y verti-  
cal de la Escalera de la  
Casa de la muy Noble y  
muy Leal Ciudad de  
Pamplona Cabeza de este  
Reyno. La sección orizon-  
tal se demuestra con la fi-  
gura ABCD, y lo restante,  
es la sección vertical*

*El principio de la escalera  
es en la sección horizontal  
en E. con una grada. y  
prosigue por F.G. á los  
descansos H, Z. y de és-  
tos a N. Y. y finaliza en M.  
que en la sección vertical  
corresponde á X. y NY á  
RP. y ZH á K, T. y FG á V,  
e. y E á L  
S, Q. en la sección verti-  
cal demuestra el Corre-  
dor, que sigue toda la  
cornisa alrededor, el que  
servirá para el uso de las  
Piezas de delante del ter-  
cer suelo.*

*I. es la Puerta sobre la vó-  
veda para dar passo al  
quarto de los clarineros.  
Las ventanas que no se  
pudieren como la de 3  
serán aparentes.*

*Número 2, Media Naran-  
ja, y Número 3, Linterna.”  
“Escala de 30 Pies de  
Navarra”*

*“La cornisa A de poco  
buelo rebatiéndola circu-  
lar en la pilastra”.*

Pamplona. Archivo  
Municipal.

Avanzada la construcción de la Casa Consistorial de Pamplona, en el verano de 1756 los profesionales mantenían criterios contrapuestos sobre la posible solución que pudiera adoptarse para la escalera principal. Por ello en la sesión de 29 de agosto los regidores de la ciudad acordaron la venida de José Marzal, “maestro de mucho crédito e intelixencia”, para que, a la vista de la fábrica, hiciese un diseño adecuado al empaque que se pretendía dar al edificio. Ya se conocía a este maestro de obras, vecino de Tudela, porque el año anterior, con ocasión de un litigio a propósito de unas bóvedas defectuosas en el sótano, había sido nombrado perito tasador por el Real Consejo de Navarra. En consecuencia del encargo recibido, realizó Marzal la traza de la escalera, con su media naranja y linterna y redactó la pertinente memoria, por cuyo trabajo, incluidos gastos de viajes y estancias, cobró ochenta pesos sencillos.

José Marzal pertenece a una familia de albañiles y constructores activos en el momento barroco navarro del XVIII, con centro en la Ribera. Un homónimo José Marzal, posiblemente su progenitor, ejecutaba en 1708 la fachada principal de la iglesia de Santa María Magdalena, en Tudela. Por su parte, otro Marzal, Juan Antonio, realizó con Juan de Estanga el zócalo de mármol, contratado en 1723, de la capilla de Santa Ana, en la catedral de Tudela. Y en 1732 el mismo Juan Antonio, siguiendo el proyecto de Juan Larrea, elevaba la bóveda esquifada sobre tambor, que todavía conserva la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Rosario, de Corella.

Nuestro José Marzal recibe en 1741 el encargo de las obras de nueva construcción de la casa de don Diego Huarte, en Tudela, inmueble que más tarde será palacio del Marqués de Huarte. Es significativo que en la escritura se denomine a este maestro albañil, tras su apellido Marzal, como “Menor”, posiblemente más para distinguirlo de su padre que como expresión de minoría de edad. Una de las grandes empresas constructivas en la Pamplona del siglo XVIII fue la construcción de la capilla de Nuestra Señora del Camino, en la iglesia parroquial de San Saturnino: cuando en 1757 la Obrería solicitó a los maestros Francisco de Ibero, José Marzal y Juan Gómez que reconociesen el terreno y aportasen proyectos, Marzal se excusó alegando, como era lo cierto, que se

encontraba ocupado en los trabajos del cruce-ro de la basílica de San Gregorio Ostiense, en término de Sorlada. A partir de 1779 y bajo su dirección se construyó la Real Casa de Misericordia de Tudela, según proyecto aprobado por Ventura Rodríguez.

La escalera que ideó en 1756 para la Casa Consistorial de Pamplona subsistiría hasta 1952, fecha de la demolición del edificio, del que en la actualidad únicamente se conserva la fachada originaria. De caja rectangular y doble tiro, su tipo respondía al modelo denominado *imperial*, con búsqueda de efectos escénicos y teatrales, pues, a medida que se ganaba altura, los diferentes planos de visión ofrecían perspectivas distintas, a los que no era ajena la cambiante iluminación, obtenida a partir de los óculos y de las ventanas de la linterna que remataba la cúpula gallonada.

En la planta baja, cuatro columnas toscanas de fuste monolítico, recrecidas con una sección de entablamento a modo de ábaco, cobijaban un pasillo cubierto con tres tramos de bóveda de arista, que permitía el tránsito a pie llano hacia las oficinas situadas al fondo de la casa. A los lados y en sentido paralelo al plano de fachada ascendía el doble graderío, que, tras dos descansillos, conducía a la planta primera, principal o noble, donde se encontraba el *consistorio o sala de la consulta*. Aquí los vanos de las tres puertas remataban en arco de medio punto. Por contraste, en la planta segunda la traza los muestra con enmarque rectangular resaltado con baquetón y asomados a la escalera tras una balaustrada. Los distintos elementos ornamentales considerados por Marzal, como pilastras, yeserías, golpes de rocalla de estirpe “rococó” en los gallones de la cúpula o las tallas en madera en la carpintería de los vanos, contribuían a unificar el conjunto y a lograr el pretendido efecto escenográfico propio del barroco. Salvadas las diferencias de proporción, que vienen determinadas por las dimensiones que en cada caso imponen los respectivos edificios, la escalera de la Casa Consistorial de Pamplona trazada por José Marzal y Gil tomaba por modelo la del palacio del marqués de Huarte, en Tudela, en cuya fábrica, como se ha visto, trabajó a partir de 1741 y de la que todavía en 1757 realiza una tasación, referida a las obras de albañilería. [J.L.M.M.]

GARCÍA-GAÍNZ, M. C. y OTROS, *Catálogo Monumental de Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1980-1997, 9 vols. I, pp. 101-102, 245, 292 y 358; II\*\* pp. 504-505; V\*\*\* p. 123.

ESPARZA, B., *El Palacio del Marqués de Huarte*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1987, pp. 19 y 27-28.

J. L. MOLINS MUGUETA, J. L., *Pamplona-irruña. Casa Consistorial*, Pamplona, Ayuntamiento de Pamplona, 1995, pp. 84 y 88-90.

1. a la zona de la Verdad por las pajas a guisa de la Clavina  
Las Ventanas que no se pueden ir. Como la de 3 eran aparcadas  
Cuerpo 2. Alti. Parque y Alti. 3. Lomas.





## Diseño de la fuente de Neptuno

Luis Paret y Alcázar,  
1788.

Pluma y lavado de tinta  
china, 63 x 48 cm.

Luis Paret

*Traza para la Fuente  
que se ha de situar en  
la Taconera*

*Escala de Pies*

*Castellanos, lámina 4, y*

*Que demuestra el*

*dibujo en alzado*

*Geométrico que se ha  
de erigir en la Taconera*

*cerca de San Lorenzo.*

Pamplona, Casa

Consistorial.

En la segunda mitad del siglo XVIII Pamplona es escenario de una intensa actividad edilicia, tendente a la severa puesta al día de su urbanismo. En el origen de esta renovación se encuentra don Ambrosio Funes de Villalpando y Abarca de Bolea, Conde de Ricla, Virrey de Navarra entre 1765 y 1768, cuya mentalidad ilustrada le lleva a abordar la solución de un serio problema que compromete la salud pública y que no es otro que el aprovisionamiento de las aguas de consumo y la supresión de las residuales. Viéndose obligado a elegir prioridades, estimó Ricla más urgente la eliminación de las aguas negras por razones de higiene general y peligro continuo de epidemias. En consecuencia el *Regimiento* o Ayuntamiento emprendió actuaciones entre 1766 y 1772 que culminaron con la realización del proyecto ideado por don Pablo Ramírez de Arellano, "famoso arquitecto de Madrid y theniente del renombrado Sabatini", a fin de precipitar las aguas sucias al cauce del río Arga. El empedrado de las rúas vendría a completar esta obra de alcantarillado.

Pero restaba por hacer un trabajo de mayor envergadura, dificultad y costo, complementario del anterior: la provisión de aguas potables, imperiosa necesidad sentida desde tiempo atrás por la ciudadanía. Tras diversas actuaciones iniciadas en 1774, que resultaron fallidas, en 1780 se requirió la presencia de Ventura Rodríguez, a la sazón Maestro Mayor en Madrid: dos años más tarde entregó su proyecto, que contemplaba la traída de aguas desde el lugar de Subiza. Las obras de esta magna empresa se extendieron hasta 1790.

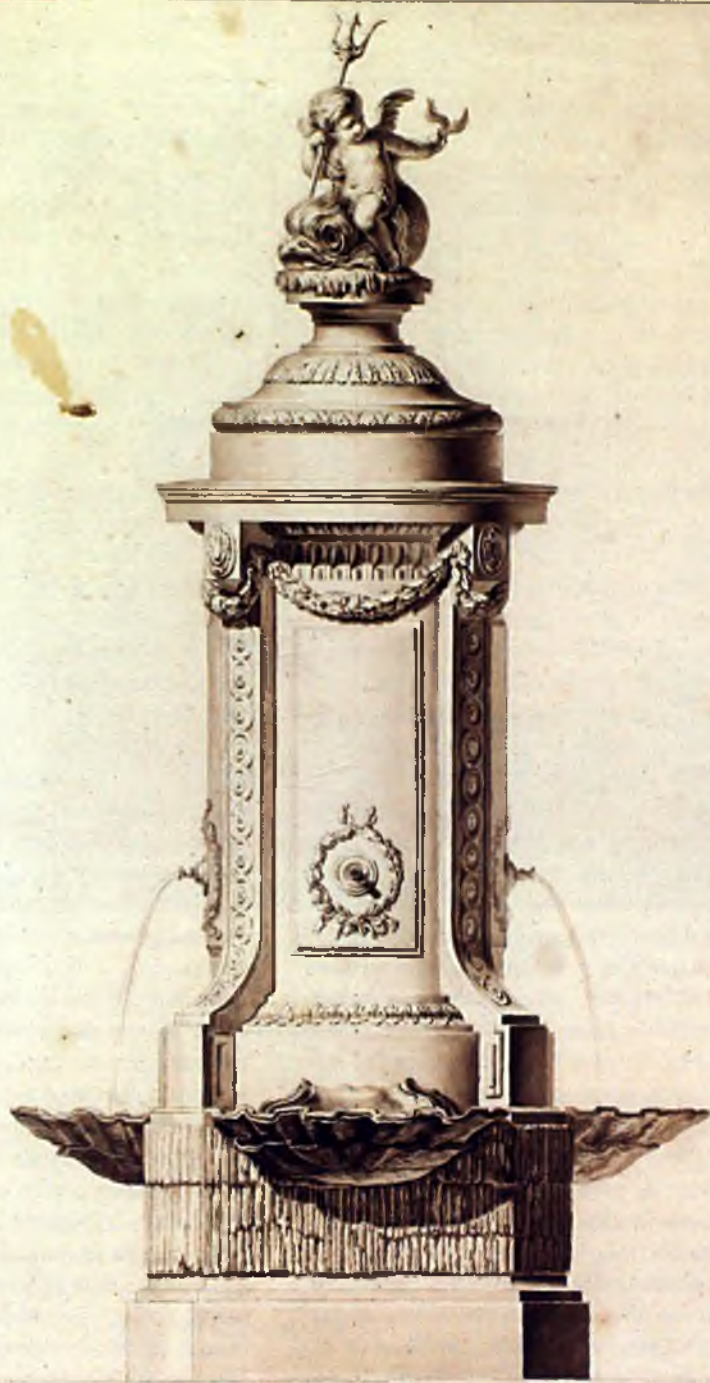
En 1788 el Ayuntamiento de Pamplona, ocupado de lleno en la cuestión, encargó a Luis Paret el diseño de cinco fuentes para otros tantos puntos de la ciudad. Sin duda habría llegado a oídos del Consistorio la fama del pintor, quizá por lo inmediato de su protagonismo en la decoración de la capilla de San Juan del Ramo, en la iglesia de Santa María de Viana.

Paret y Alcázar (1746-1799) —el más significativo pintor español del siglo XVIII después de Goya y, por encima del aragonés, el mejor exponente del espíritu exquisito del rococó— arribó ese mismo año y pronto cumplió el encargo recibido en la capital de Navarra, que se concreta en nueve dibujos, hoy muy bien conservados, por los que cobró cien doblones. En su conformidad se construyeron las cinco fuentes, aunque en algún caso en distinto emplazamiento del previsto: por sus caños comenzó a correr el agua en el verano de 1798.

La fuente inicialmente trazada para la plaza del Consejo pasó a ser de propiedad parti-

cular. En su lugar se colocó ésta de Neptuno, en principio pensada para erigirse en la Taconera, cerca de la iglesia parroquial de San Lorenzo. Sobre el cuerpo cilíndrico, cuatro pilas-tras decoradas con besantes determinan otros tantos paños que se corresponden con las bandejas que figuran conchas marinas de labra rústica. En la parte superior se diseñan guirnalda vegetales colgantes, elementos decorativos de corte clásico, que se amalgaman con características al gusto rococó: así, la misma elección de la edad infantil para la representación del dios de las aguas; o la postura expresada en el ademán del niño, a horcajadas sobre el tritón, que evoca la gracia de un *bibelot*. [J.L.M.M.]

URANGA GALDIANO, J. E.,  
"La obra de Luis Paret en Navarra", *Príncipe de Viana*, IX,  
Pamplona, 1948, pp. 265-275.  
MOLINS MUGUETA, J. L., //  
*Centenario de la traída de aguas  
a Pamplona 1790-1990*, Pam-  
plona, Ayuntamiento, 1990.



*Diseño para la Fuente que se ha de situar en la Tacconera*

*Escala de Pie castellano*

*Luis Pantoja*

*lamina 4<sup>a</sup>*

*Que demuestra el dibujo en alzado Geometrico de la Fuente que se ha de erigir en la Tacconera, cerca de S. Lór.*

*Registrada en la C. de L. de A.*



## Proyecto para el trascoro de la catedral de Pamplona

Silvestre Soria, c. 1760  
Papel, tinta y aguada,  
65 x 95 cm.  
Soria.  
Pamplona. Archivo  
Catedralicio.

Entre los destacados artistas del siglo XVIII navarro destaca por varios conceptos, la figura de Silvestre Soria. Su personalidad se muestra especialmente activa en la década de los sesenta en Navarra, desde su lugar de residencia, que estableció en la capital navarra. Este maestro había nacido en la localidad de Sesma, localidad de origen de otros artistas importantes, como el escultor Roque Solano o el retablista Ramón Villodas. Al igual que Solano, Soria estuvo en la Corte y muy posiblemente allí estuvo en contacto profesional con Diego Martínez de Arce, quien le llegaría a recomendar para la ejecución del retablo de la Purísima Concepción de Elorrio, denominándole "arquitecto y adornista". Por ellos sabemos que estuvo trabajando en el palacio nuevo de Madrid a las órdenes de Olivieri. Su fama en la Pamplona de la década de los sesenta del siglo XVIII fue enorme, siendo uno de los escasísimos casos en que a un retablista se le da el tratamiento de "don", en tanto que su juicio y estima eran suficientes, en aquellos momentos, para que los proyectos más destacados se encargasen a uno u otro artífice. Entre sus obras más destacadas en Navarra hay que destacar el conjunto de retablos de la basílica de San Gregorio Ostiense y toda la remodelación rococó de la sacristía de los canónigos de la catedral de Pamplona.

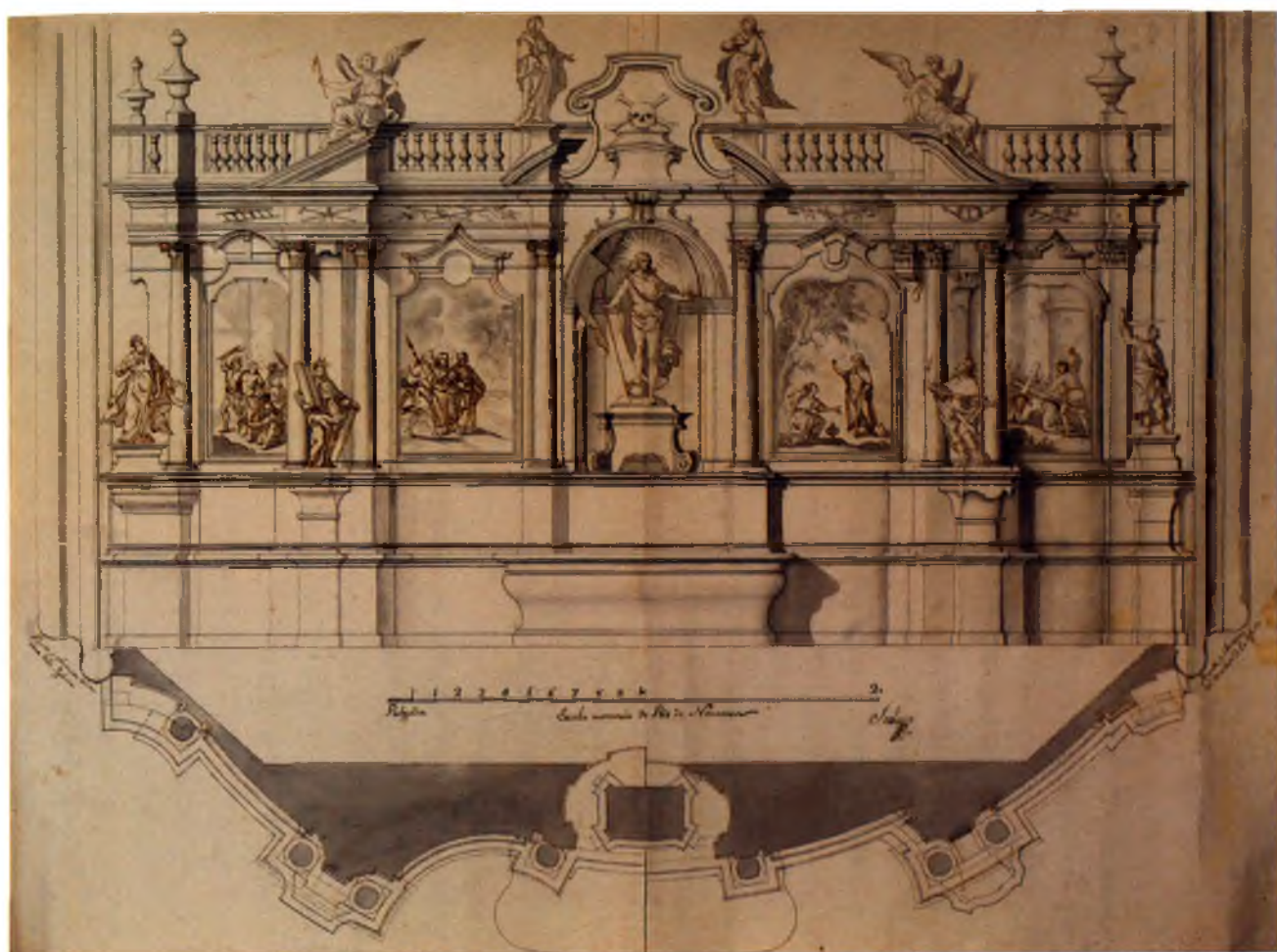
Dejando estos importantes trabajos, hemos de destacar el proyecto para el trascoro de la seo de Pamplona. Sabemos que en torno a 1760 el cabildo catedralicio acometió su construcción, cuando ya habían cristalizado o se iban a materializar los más importantes monumentos de la Pamplona del barroco, como la nueva casa consistorial, la capilla de la Virgen del Camino, el palacio episcopal o algunas dependencias catedralicias como la sacristía de los beneficiados y la nueva biblioteca. Conocemos con todo lujo de detalles el condicionado del trascoro que presentó el famoso arquitecto vecino de Azpeitia y residente en San Sebastián, Francisco de Ibero, gracias a un estudio de Goñi Gaztambide. El artista envió dos planos, uno breve y otro extenso, con las opciones de realizarlo en tres o cuatro clases de jaspes o con una misma piedra. Como modelos se citan el retablo del colegio de Loiola y el frontal de la basílica de San Ignacio de Pamplona realizado en 1755. El diseño constaba de ocho grandes columnas con un nicho de media naranja en el centro y medallones en los intercolumnios y remates. Para las medallas y estatuas se reservaba la piedra blanca y el coste del conjunto ascendía a 63.000 reales si se ele-

gía el proyecto corto y a 70.500 si se optaba por el más extenso, exceptuando siempre las estatuas de los ángeles y Nuestra Señora.

La ejecución de este proyecto quedó archivada pero no olvidada y aunque se tardarían varias décadas para su ejecución en 1830 por Pedro Manuel de Ugartemendia, el cabildo debió de encargar en la misma década de los sesenta otro diseño al famoso arquitecto Silvestre Soria, el mejor retablista de la Pamplona de mediados del siglo XVIII. Podemos identificar el diseño para el trascoro en uno de los dibujos que tradicionalmente se tienen como de la fachada catedralicia. El dibujo lo firma el propio Soria como obra propia y lo tuvo que hacer con anterioridad a 1768, en que falleció; quizás se pueda datar en el mismo año 1760, a la vez que se solicitaban los servicios del arquitecto guipuzcoano. Sin lugar a dudas este diseño citado corresponde al trascoro, así lo indican la proyección horizontal, las secciones de los pilares góticos de la catedral, la presencia del altar, barandillas superiores e incluso la ubicación del Crucificado, en lo alto, sobre una peana.

Se trata de una arquitectura rococó muy movida en su planta pero con una claridad de líneas que ya nos habla de academicismo. Consta de un alto pedestal, un banco con neótos sobre los que apoya un orden de columnas corintias, con alternancia de parejas con sus correspondientes intercolumnios. La parte de la derecha y la de la izquierda difieren, sin duda para posibilitar la elección del modelo definitivo; se trata de mínimas diferencias que afectan a diseños de cajas, la sustitución de pilas-tras por columnas o algunos modelos decorativos y remates de frontones. Cuatro compartimentos laterales para relieves y una hornacina central componen el conjunto, que se remata por una elegante balaustrada. La iconografía que se planteaba eran relieves alusivos a la Pasión, profetas y reyes del Antiguo Testamento en los intercolumnios, una dinámica escultura del Salvador en el nicho central y el Calvario en el remate entre San Juan y la Virgen y ángeles con atributos pasionarios sobre los frontones. [R.F.G.]

GOÑI GAZTAMBIDE, J., "La capilla del trascoro de la catedral de Pamplona", *Hispania Sacra* (1988). Estudios en honor del prof. Dr. José Orlandis Rovira en su septuagésimo aniversario, p. 686-687.  
FERNÁNDEZ GRACIA, R., *El retablo barroco en Navarra*. Pamplona, Gobierno de Navarra, 2003. p. 382.





## Retrato de Isidoro Gil de Jaz

Escuela española,  
1765.

Óleo sobre lienzo,  
105 x 85 cm.

*El Mui III. S. D.  
Ysidoro Gil de Jaz,  
Oidor qe fue en la  
Aud<sup>ma</sup>. de Pamp<sup>na</sup>.  
Reg<sup>to</sup>. en la de Oviedo,  
nombrado Pres<sup>te</sup>. de la  
de Gran<sup>da</sup>. Cons<sup>jo</sup>. en el  
R<sup>o</sup>. y Sup<sup>mo</sup>. de Castilla,  
su Asesor en el de  
Guerra, y R<sup>o</sup>. Cuerpo de  
Guard<sup>as</sup>. Presid<sup>te</sup>. de la  
R<sup>o</sup>. Junta de la Habana,  
y a cuya conducta y  
ciencia, fio la M<sup>te</sup>. del S.  
Carlos III los negocios  
mas importantes.  
Fundador, Padre y  
Patrono de este Colegio  
y Casa de las Escuelas  
Pias de la Villa de Sos.  
año de 1765.*

Sos del Rey Católico  
(Zaragoza). Fundación  
don Isidoro Gil de Jaz.

Los cargos públicos y la influencia política que Isidoro Gil de Jaz ejerció durante el segundo tercio del siglo XVIII hacen de él uno de los más destacados personajes de la España preilustrada. Nacido en Sangüesa, donde fue bautizado el 11 de abril de 1703, descendía de dos linajes hidalgos de las Cinco Villas de Aragón. Siendo aún un niño se trasladó con su familia a Sos, donde el padre había sido nombrado administrador de la Aduana y encargado de la recaudación de los impuestos reales. Allí aprendió a leer y escribir, y los principios de la Gramática. Muerto su padre en 1711, serán dos tíos canónigos quienes sufraguen la educación del joven Isidoro. Estudió tres años de Artes y Filosofía en la Universidad de Zaragoza, y cinco años de Jurisprudencia Civil en la de Huesca.

Su brillante carrera dio comienzo en 1725 en la Corte, donde fue recibido como Abogado en el Supremo Consejo de Castilla, cargo que compaginó con la defensa de los intereses de numerosos Grandes de España. En 1736 fue nombrado Oidor del Consejo del Reino de Navarra, desde donde desplegó una gran actividad, entre la que se puede señalar su comisión para la repoblación forestal del Reino o la defensa del virrey frente al Obispo de Pamplona sobre la regalia del uso del dosel.

En 1749 Gil de Jaz se trasladó a Asturias al ser nombrado por Fernando VI Regente de la Audiencia del Principado. Algunas de sus iniciativas en este destino muestran una mentalidad acorde con las ideas de su tiempo: reformas urbanas en la capital, mejora de las comunicaciones, conservación de los montes, o la fundación del Hospicio de Oviedo, para el que redactó sus Ordenanzas en 1752. Fue tan estimado en Asturias que, al ser promovido a la Presidencia de la Chancillería de Granada en 1752, una diputación del Principado consiguió que renunciase a la misma para continuar como Regente.

Sin embargo, será en la Corte donde Gil de Jaz culmine su carrera. Miembro del Consejo de Castilla desde 1754, su gran preparación hizo que la Corona contase con él en cargos como los de Asesor del Consejo de Guerra y de los Cuerpos de Reales Guardias de Corps y de Infantería Española y Walona, Juez de Artillería, o Presidente de la Real Compañía de la Habana. Además, los sucesivos monarcas le consultaron sobre diversos asuntos de estado. Soltero y sin descendencia, en 1759 decidió legar toda su fortuna a la fundación de un colegio de Escolapios en Sos, con el que proporcionar educación gratuita a la juventud

del pueblo donde se crió. Fallecido el 23 de abril de 1765, sus restos se trasladaron a la iglesia del citado colegio en 1796.

Sus intereses intelectuales llevaron a Gil de Jaz a atesorar una importante biblioteca particular de más de un millar y medio de tomos, tanto manuscritos como impresos, conservada prácticamente en su totalidad hasta hoy. Es precisamente esta dimensión intelectual la que se ha querido destacar en el retrato, en el que, vestido con la toga negra de jurista, se le ha representado tras una mesa, con una pluma en la mano derecha y el documento en el que acaba de trabajar cerrado en la izquierda, y con una librería repleta de libros como fondo. En efecto, fue autor de numerosas obras e informes, entre los que hay que señalar los nueve tomos de *La Nobleza Navarra*, o las citadas Ordenanzas del Hospicio de Oviedo. Su erudición fue admirada por Feijoo, quien aseguraba no conocer a nadie que lo igualara, y por quienes asistieron a su tertulia en la Corte, donde era respetado como un oráculo. En sus preocupaciones, tanto en el ámbito público como en el intelectual: reforma agraria, educación, lucha contra la mendicidad, etc., se puede apreciar un personaje que anticipa a ilustrados como Jovellanos o a instituciones como las Sociedades Económicas. [P.G.S.]

BURGUÉS, J. P., "El fondo Gil de Jaz del Archivo Histórico Escolapio de Salamanca", *Analecta Calasanciana*, XXVII, 1985, pp. 335-419.  
GARCÉS ABADÍA, M., *Don Isidoro Gil de Jaz*, Zaragoza, Fundación Gil de Jaz, 1994.  
MARTÍNEZ BEL, A., *Don Isidoro Gil de Jaz. Apuntes para una biografía*, Ejea de los Caballeros, Centro de Estudios de las Cinco Villas. Inst. Fernando el Católico, 2000.





## Retrato de Juan de Goyeneche

Miguel Jacinto Meléndez. Atribución.  
Óleo sobre lienzo,  
145 x 110 cm.  
Madrid. Colección particular.

Este magnífico retrato ofrece la imagen del famoso financiero, asentista y empresario don Juan de Goyeneche (1656-1737), una de las personalidades más relevantes e innovadoras de los reinados de Carlos II y Felipe V. Nacido en Arizkun (Navarra) y formado en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, su habilidad y su tesón le llevaron a ser administrador secreto de Carlos II y tesorero de su esposa doña Mariana de Neoburgo. Con la llegada de los Borbones, Goyeneche fue partidario de Felipe V, a quien apoyó con sus empresas en la guerra de Sucesión y continuó mereciendo la confianza real ejerciendo como tesorero de la reina María Luisa de Saboya y después de la reina Isabel de Farnesio. Compaginó estos cargos con la gestión de sus empresas industriales y con la fundación y construcción de Nuevo Baztán fruto de su mentalidad ilustrada. Pese a todas estas actividades desarrolladas, el retrato nos muestra a Goyeneche como un intelectual en su biblioteca bien nutrida de libros encuadernados y con un ejemplar en la mano. Conviene recordar a este respecto que don Juan de Goyeneche trasladó la biblioteca a su palacio de Nuevo Baztán y allí se reunían tertulias literarias a las que acudían los ingenios de la época, según escribe el Padre Feijoo. Faceta representativa de su condición de intelectual fue su amor a la Historia, disciplina que cultivó desde su juventud con la publicación en 1685 de la *Executoria de la Nobleza, Antigüedad y Blasones del Baztán* y a través de la amistad que mantuvo con el historiador y poeta Antonio de Solís y Rivadeneyra, autor de la *Historia de la Conquista de México* cuyo manuscrito Goyeneche leyó antes de su publicación en 1684 y patrocinó su quinta y sexta edición en 1704. Fue también patrocinador de la impresión de otros libros con los que aparece en el retrato. Goyeneche se dedicó también a negocios editoriales y publicó en su casa *La Gaceta de Madrid*, el primer periódico publicado en España.

El retrato de don Juan de Goyeneche fue atribuido por Antonio Bonet Correa al pintor Miguel Jacinto Meléndez, pues presenta rasgos muy semejantes a los retratos de este maestro. Representado de tres cuartos, Goyeneche dirige su mirada al espectador. Destaca su figura sobre un fondo negro, iluminada por un foco lateral desde la izquierda que deja ver la librería del fondo tal y como acostumbra a hacer Meléndez. La luz destaca el rostro y la peluca vaporosa, los encajes del cuello y de las mangas y se esfuma en las manos. El retrato se mueve entre la tradición del retrato español y el influjo de la nueva moda retratística francesa introdu-

cida por Jean Ranc. La pose elegante de Goyeneche, mostrando con su mano el lomo de un libro inclinado, la había usado Meléndez en el retrato de Felipe V para la Biblioteca Nacional de Madrid y aparece también en otros retratos como el de Ildefonso Castellanos y Latorre del propio pintor. Con la otra mano Goyeneche señala un legajo de documentos. Una inscripción del lomo del libro que éste sostiene lo identifica con el libro *Teatro Crítico* del Padre Feijoo, cuya edición patrocinó. En la dedicatoria que el monje gallego hizo a Goyeneche en el tomo V hace elogios encendidos de su mecenas y describe las reuniones literarias que tenían lugar en su casa: *La casa de V.S. [es] noble academia a donde concurren los mas escogidos ingenios, no humilde tertulia donde se admiten miseros pedantes*. En otros libros presentes en el retrato aparecen Solís y Ágreda –*Mystica Ciudad de Dios*– cuyos libros fueron también editados bajo su patrocinio. Se trata por tanto de un retrato de Don Juan de Goyeneche como intelectual y mecenas.

La ejecución pictórica del retrato contribuye a la presentación de Goyeneche de forma adecuada. Rostro de carnación tostada de mirada vivaz algo cansada, nariz y boca de hombre de la tierra baztanesa. Casaca elegante con botonadura, esfumada por la luz en sus contornos. Manos bien dibujadas como hacia Meléndez, discípulo de García Hidalgo, autor de las famosas cartillas de dibujo. El retrato de Juan de Goyeneche mantiene bastante proximidad por su planteamiento con el retrato del Marqués de Vadillo del Museo de Bellas Artes de Asturias y aún mayor con el de Ildefonso Castellanos y Latorre, hoy en paradero desconocido.

Queda por último plantear cómo pudieron relacionarse el retratado y el pintor y eso pudo ser fácilmente en el círculo íntimo de Felipe V; Goyeneche por ser persona allegada al mismo y Meléndez por ser pintor real. Si Felipe V se retrata con un libro en la mano en la Biblioteca Nacional, Juan de Goyeneche lo hará como súbdito leal y próximo al rey de la misma manera. Miguel Jacinto Meléndez había retratado a un noble navarro, a don José de Armendáriz y Perurena, Marqués de Castelfuerte, que fue virrey de Perú, y cita Carderera entre los de su colección. Tanto don Juan de Goyeneche como el Marqués de Castelfuerte fueron congregantes de San Fermín de los Navarros. [M.C.G.G.]

BONET CORREA, A., *Juan de Goyeneche, su palacio y la Academia*, en GARCÍA GAINZA, M.C. (coord.), *Juan de Goyeneche y su tiempo. Los navarros en Madrid*, Pamplona, 1999, pp. 15-48.  
AQUERRETA, S., *Negocios y finanzas en el siglo XVIII: La familia Goyeneche*, Pamplona, 2001.





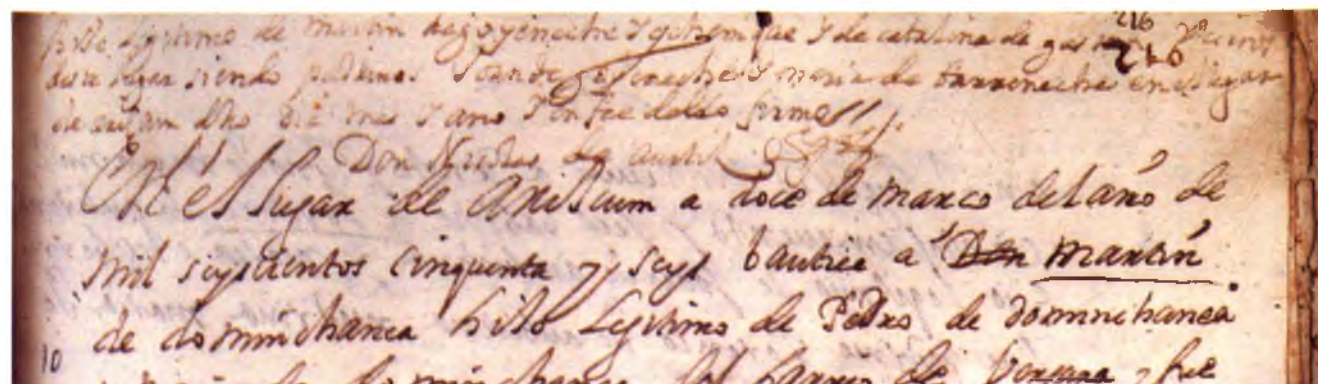
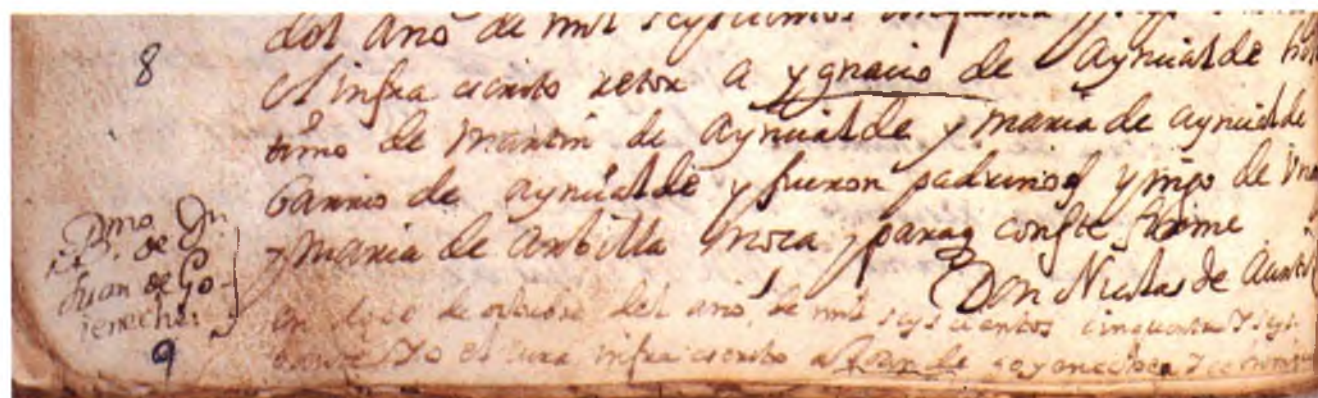
## Partida de bautismo de Juan de Goyeneche y Gastón

Libro encuadernado, tinta y papel, 31 x 22 x 6,5 cm. Archivos parroquiales. Caja 1198/2, fols. 215vº, 216 y 216vº. Pamplona. Archivo Diocesano.

El primer libro de bautizados de la parroquia de San Juan de Arizkun, en el valle de Baztán (Navarra), acoge la partida de bautismo de Juan de Goyeneche. Pero curiosa y paradójicamente dicha certificación se encuentra duplicada. En efecto, en los folios 215 vuelto y 216 recto figura la primera fe de bautismo, remarcada al margen con el apunte "Bmo de Don Juan de Goyeneche". Fechada el 12 de octubre de 1656, en ella consta que aquel día recibió las aguas bautismales, de manos de don Nicolás de Aurtiz, un niño nacido del legítimo matrimonio de Martín de Goyeneche y Echenique y Catalina de Gastón, vecinos de Arizkun, al que se le impuso el nombre de Juan. Fueron sus padrinos otro Juan de Goyeneche y María de Barreneche. No obstante, en el vuelto del folio 216 de nuevo vuelve a figurar otra fe de bautismo de la misma criatura –nacida de los mismos progenitores–, datada pocos días después, concretamente el 29 de noviembre. Ahora bien, en este caso no sólo aparecen otros padrinos, Juan de Inda y María de Astrerena, sino que también el sacerdote que ejerció la ceremonia es otro, don Juan de Aguerre, y sobre todo, como gran diferencia con la anterior, se hace referencia al barrio de Ordoki, como lugar originario de la familia.

Encontrar una explicación a esta duplicidad en la documentación resulta tarea suma-

mente compleja. Dada además la escasa diferencia temporal entre ambas fechas, octubre y noviembre del mismo año, debemos descartar la posibilidad de dos hijos con el mismo nombre dentro de la misma familia, algo que por otro lado resultaba sumamente habitual entre las familias baztanesas de aquella época. En opinión de Caro Baroja, y con él Anes y Aquerreta, la primera inscripción, fechada el 12 de octubre, sería la auténtica. Bajo nuestro punto de vista habría que tomar como verdadera, aunque tan sólo aparentemente, la que se muestra en segundo lugar con data en 29 de noviembre. Varios son los motivos que nos inclinan hacia este parecer. Por un lado la primera partida se halla ocupando los márgenes inferior izquierdo y superior derecho de sus respectivos folios, rompiendo con la tónica general del resto de las hojas del libro, donde se respetan varios centímetros en blanco en torno a la caja de escritura. Pero sobre todo, es la ruptura en la secuencia cronológica de las partidas de bautismo inscritas en los folios 215 vuelto y 216 recto, la que ratifica nuestra opinión. En efecto, en el primer caso, la partida inmediatamente anterior está fechada el 5 de marzo y la posterior el 12 de marzo, de donde se desprende que la presencia de la de Juan de Goyeneche en medio de ellas, en 12 de octubre, resulta totalmente anómala. Por el contrario la segunda





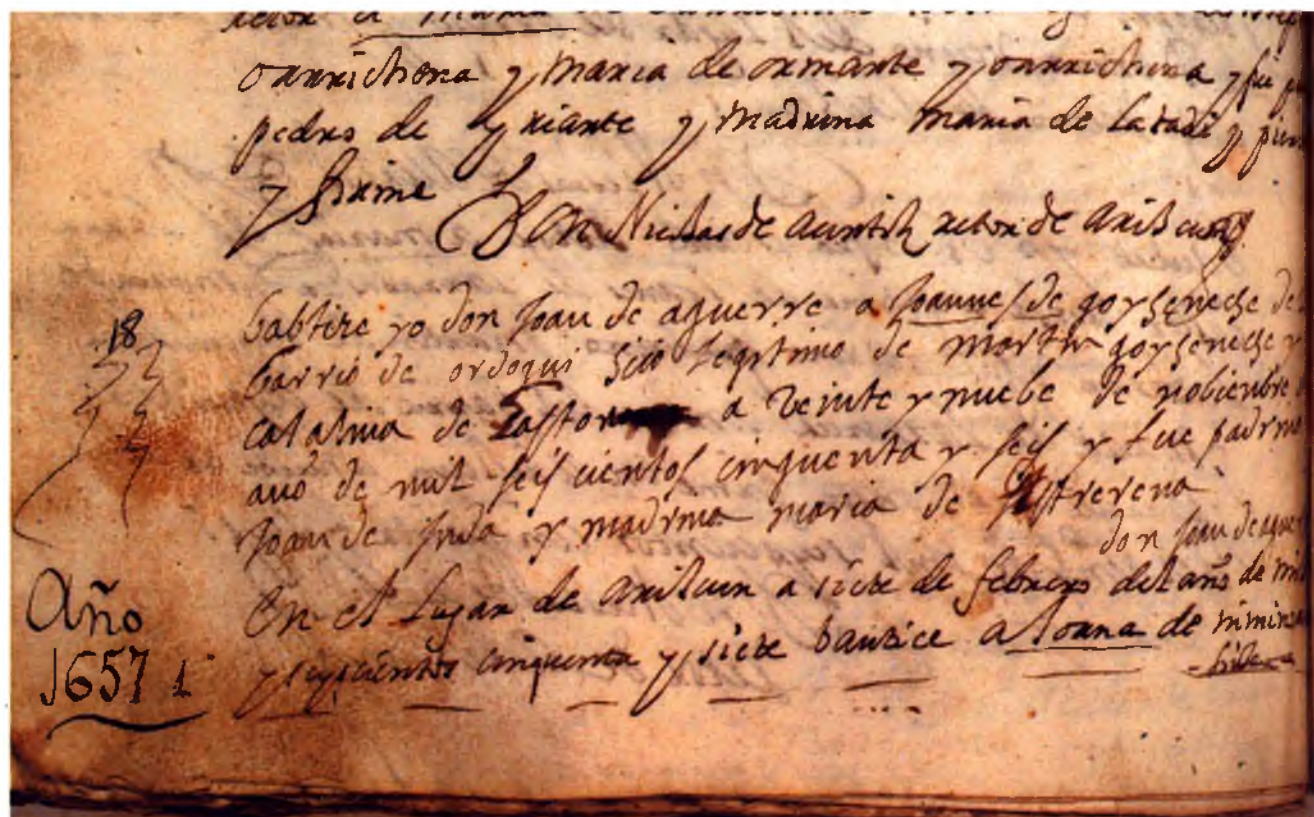
partida, fechada el 29 de noviembre, no presenta, ninguna irregularidad. Se halla inscrita a mitad del folio y guarda relación tanto formal como cronológica con las partidas que le anteceden y le suceden, datadas todas ellas en el mes de noviembre.

Sin embargo, bajo esta apariencia de autenticidad, planteamos ahora una nueva hipótesis, que por el contrario, daría como válida la primera de las partidas inscritas. En efecto, en 1659 los vecinos y jurados de Arizkun se enfrentaron judicialmente contra el rector de la parroquia, don Nicolás de Aurtiz, quien por otra parte venía realizando las inscripciones en los libros parroquiales desde 1653, acusándolo de haber traído para ejercer su labor pastoral a un sacerdote de Osés, en la Baja Navarra, llamado don Juan de Aguerre, cuya lengua vasca, por ser distinta de la que se hablaba en Baztán, no era entendida por los lugareños. Precisamente fue Aguerre quien inscribió, junto con la de otros tres infantes, la segunda partida en el libro –la que aparentemente no presenta ninguna irregularidad–. Quizás se halle aquí el motivo por el cual el titular de la parroquia, Aurtiz, instado por los vecinos y conocedor de que Aguerre pudiera haber introducido erróneamente los datos de bautismo del niño de los Goyeneche, se habría visto obligado, siempre hipotéticamente, a enmendar

la falta, incorporando en los márgenes del libro una nueva partida de bautismo que él asentó de su puño y letra, lo que explicaría su carácter marginal e ilógico. En este caso, por las características de la escritura y su firma, no cabe duda de que él mismo la rubricó, hecho que debió de suceder obligatoriamente con anterioridad a 1691, momento de su fallecimiento.

No obstante, debemos señalar que en las dos visitas pastorales efectuadas con posterioridad a 1656, concretamente en 1672 y 1679, no se detectó en los libros parroquiales irregularidad alguna. Conviene asimismo tener en cuenta que en 1728, cuando se presentaron las pruebas para el acceso a la orden de Santiago de uno de los hijos de Juan de Goyeneche, Francisco Miguel, los informantes tomaron como cierta la segunda partida del progenitor, la correspondiente a Aguerre, a pesar de que para entonces estaban inscritas ambas. Pero no debe extrañarnos pues si algo destaca en esta segunda fe de bautismo es la mención al origen de su linaje, el barrio de Ordoki, donde estaba ubicada su casa nativa, Goyenechea. Aquel solar sería ascendido en 1723 a la categoría de palacio cabo de armería con asiento en las Cortes generales del Reino, máximas distinciones con las que el monarca podía dotar en Navarra a una casa y a su propietario. [P.A.U.]

Archivo Diocesano de Pamplona, Mazo. Cf 623, n.º 1, 167 fols.  
ANES, G., *Don Juan de Goyeneche, un prelustrado*, en GARCÍA GAINZA, M.C. (Coord.), *Juan de Goyeneche y su tiempo. Los navarros en Madrid*, Gobierno de Navarra, Pamplona, 1999, pp. 121-135.  
AQUERRETA, S., *Negocios y finanzas en el siglo XVIII. La familia Goyeneche*, Pamplona, Eunsa, 2001, pp. 90-91.  
CARO BAROJA, J., *La hora navarra del siglo XVIII (personas, familias, negocios e ideas)*, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1969, pp. 82-83 y 434-435.





## Árbol genealógico de la ascendencia de Ignacio de Goyeneche y Múzquiz

1781.

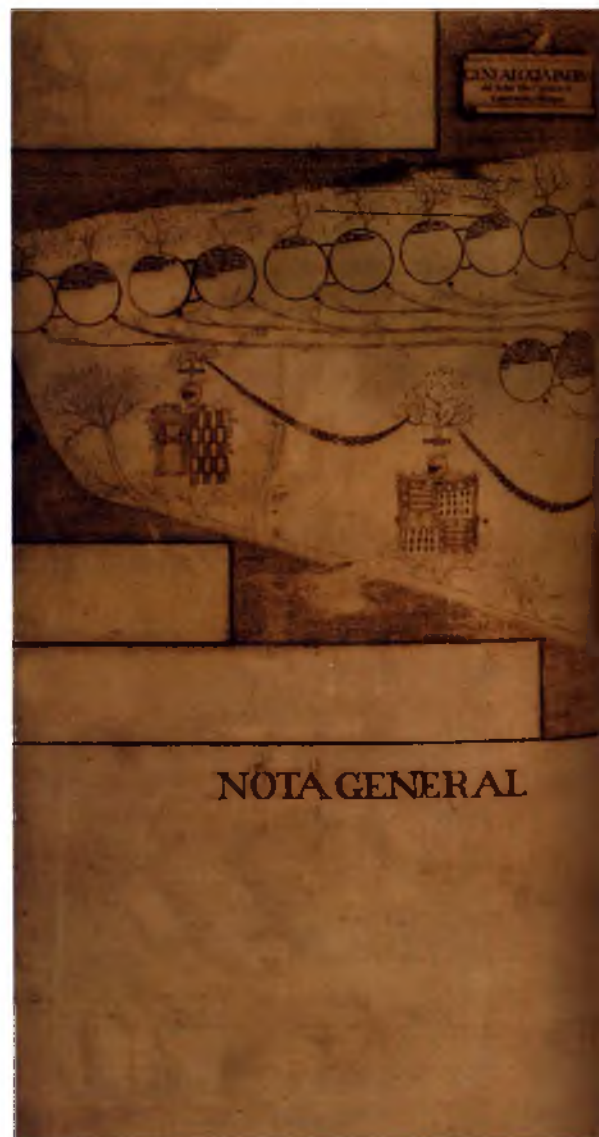
Manuscrito. Papel verjurado, tinta y sanguina, 176 x 98 cm. Madrid. Condes de Saceda.

Original árbol genealógico, perteneciente a don Ignacio de Goyeneche y Múzquiz (Madrid, 1776-1845), casado con Petra de Viana, Marquesa de Prado-Alegre, bisnieto de don Juan de Goyeneche y Gastón (Arizkun-Navarra, 1656-Madrid, 1735), fundador de Nuevo Baztán, y nieto de Miguel de Múzquiz y Goyeneche, Secretario de Hacienda y de Guerra de Carlos III, Conde de Gausa.

De buena factura artística, este árbol genealógico fue regalado, posiblemente, por su padre o padrino, cuando su destinatario contaba tan solo 5 años de edad. Sobre papel verjurado de buenas dimensiones (176x98 cm.), presenta un desarrollo genealógico e iconográfico en tres niveles superpuestos y relacionados íntimamente con la figura de su destinatario. En efecto, San Francisco Javier, en la parte superior, don Juan de Goyeneche, fundador de Nuevo Baztán, en la parte central, y el propio don Ignacio, en la zona inferior, constituyen los tres ejes que glorifican, ennoblecen y ensalzan, respectivamente, tanto el origen geográfico, como el parentesco y nobleza del titular de este árbol. La parte superior aparece coronada por la efigie de un santo, que bien pudiera ser San Francisco Javier, Patrón de Navarra, con una aureola y venera, que vendría a representar la exaltación religiosa de esa figura tan venerada por todos los baztaneses. El cuerpo central lo ocupan buena parte de los ascendientes, con noticias básicas de cada uno, que son más exhaustivas en la línea directa. Es aquí, en este nivel intermedio donde la figura señera de don Juan de Goyeneche, su bisabuelo, aparece ubicado en lugar principal. Finalmente, la parte inferior del árbol incluye los ocho escudos nobiliarios correspondientes a otros tantos apellidos de su destinatario, de los que sólo dos aparecen coronados. La parte principal del tronco, antes de ramificarse, aparece dominada por el propio escudo de don Ignacio de Goyeneche, de mayor dimensión que los restantes, que figura coronado con un Marquesado y con una Cruz de la Orden de Santiago acolada. El tronco del árbol, en su parte inferior, contiene una bella representación histórica y geográfica de la familia que se estructura en sendos dibujos de cierto detallismo, que reflejan, en su parte izquierda, el Plan del Noble Valle y Universidad de Baztán, en el Reino de Navarra, y a la derecha del tronco, una perspectiva del lugar de Nuevo Baztán, fundado por el Señor don Juan de Goyeneche. La fecha de 1781, que figura en la leyenda, nos indicaría el momento de realización del propio árbol genealógico. Pasado y

presente, por tanto, de la familia baztanesa de los Goyeneche, que resalta la importancia de Nuevo Baztán como fundación emblemática de su antepasados.

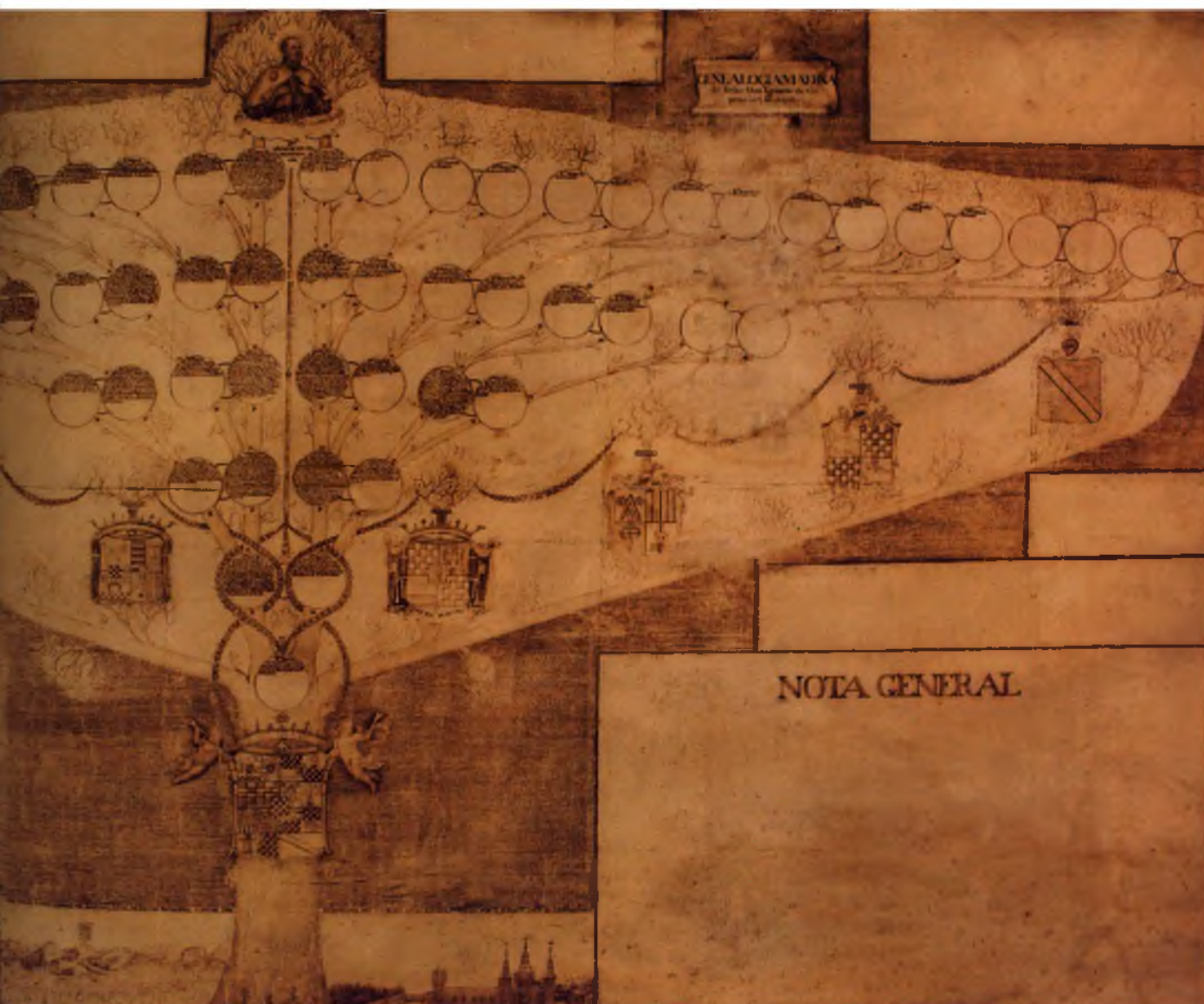
El árbol ramificado en ascendencia alcanza hasta los cuartos abuelos, tanto por vía paterna como materna, con la generación correspondiente, no resultando casual que sea Juan de Goyeneche, primero de esa estirpe que triunfa en la Corte de Madrid, quien aparezca en lugar destacado. Asimismo, el primer nivel ascendente detalla los ocho primeros apellidos de D. Ignacio, cuales son los de Goyeneche, Múzquiz, Indaburu, Climente, Balanza, Goyeneche, Iturburúa y Leoz, todos ellos exornados con sus respectivos escudos, que a su vez se integran en los cuarteles del gran escudo nobiliario ya citado anteriormente, situado



en la parte central del tronco y custodiado por dos angelotes.

Resulta de gran interés y curiosidad el dibujo inferior que reproduce el lugar de Nuevo Baztán. Con gran probabilidad se trata del testimonio pictórico más antiguo que se conoce de dicho palacio, donde también pueden apreciarse con cierto detalle las viviendas y talleres anejos al mismo. Resulta notorio, finalmente, que estamos ante un trabajo inacabado, toda vez que la totalidad de las notas generales y de las cartelas que rodean el linaje aparecen vacías de datos. Las notas deberían servir para ilustrar las biografías de los antepasados más destacados, mientras que las cartelas de menor tamaño estarían destinadas a incluir datos menos relevantes de las diferentes ramas, sin poder llegar a conclusiones rigurosas so-

bre los motivos que impidieron concluir debidamente este trabajo. (Debe constar aquí nuestro agradecimiento a don Manuel de Parada Luca de Tena, académico de la Real Academia Matritense de Heráldica y Genealogía, por el asesoramiento que desinteresadamente nos ha prestado para la realización de esta ficha). [C.M<sup>a</sup>.G.H.O.]





## Dibujo para la remodelación de la fachada del palacio de Goyeneche de Madrid

Diego de Villanueva, 1773.

Papel agarbanzado claro. Tinta negra, aguada gris y ligeros toques de aguada amarilla.

55,5 x 73 cm.

*Diego de Villanueva/ fachada como se halla en el día/ Fachada como se proyecta/ aprobado el Ms de Grimaldi/ Madrid, a 12 de febrero de 1772. Madrid. Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.*

Reformada en 1774 la fachada principal de la "Casa Grande" o Palacio de don Juan de Goyeneche en la calle Alcalá de Madrid para su transformación en sede de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, tan solo podemos conocer su aspecto barroco original por un dibujo de su alzado que en 1773 elaboró Diego de Villanueva, arquitecto responsable de su modificación neoclásica. Así pues, este dibujo constituye en su lado derecho un documento gráfico de inapreciable valor, ya que nos permite admirar la traslación en 1715 a la Villa y Corte por José Benito de Churriguera, arquitecto y retablista, de un esquema de fachada barroca que, aun con elementos castizos hispanos, parte de conocidos proyectos palaciegos del genial Bernini y crearía escuela en la capital del reino. En este palacio, "el Miguel Ángel de España" refrena su natural sentido ornamental al ejecutar para un poderoso y adelantado ilustrado un palacio clasicista como signo de ostentación. En la fecha de la muerte del arquitecto, en 1725, el palacio estaba aún sin concluir.

Todo el proceso de ascenso del navarro Juan de Goyeneche desde la aldea a la Corte de Felipe V, su iniciativa como hombre de negocios, las redes de clientelismo, la sede para el almacenaje y la venta, el nuevo mayorazgo y su perfil de hombre ilustrado se van a materializar en esta mansión señorial, la "casa", más importante que el propio apellido para un baztanés. A este primer gran palacio madrileño, construirían otros que, como el del duque de Ugena, supondrán la renovación de la tipología palaciega y, con ella, del urbanismo barroco de la capital. En sus líneas esenciales sigue el esquema del tercer proyecto de Bernini, el definitivo de 1665, para la fachada oriental del palacio de Louvre de París, aunque en este caso con columnas de orden gigante que unifican los dos pisos. Asimismo, se ha destacado su filiación con algunos palacios romanos proyectados por el genial arquitecto italiano que, como el Chigi-Odescalchi, muestran pilastras de orden gigante y balaustrada de remate. Esta obra, trazada en 1664, se inspira en el palacio del Senado de Miguel Ángel y, en palabras de Varriano, "ejerció tanta influencia que, aunque no hubiese construido otra cosa, habría quedado asegurada la reputación de Bernini como gran arquitecto".

Asentaba sobre un zócalo agreste que simulaba rocas y constaba de tres pisos, uno bajo revestido de almohadillado rústico y dos plantas nobles unificadas por pilastras cajeadas

de orden gigante. Se remataba, al igual que los palacios romanos de Bernini, por una balaustrada con bustos sobre podiums jalando sus ejes. La intervención de Villanueva supuso la supresión del asiento rocoso, las rítmicas pilastras —como apreciamos en otro de sus dibujos—, los modillones dobles de la cornisa y la balaustrada con estatuas. Asimismo la portada churrigueresca de arco mixtilíneo

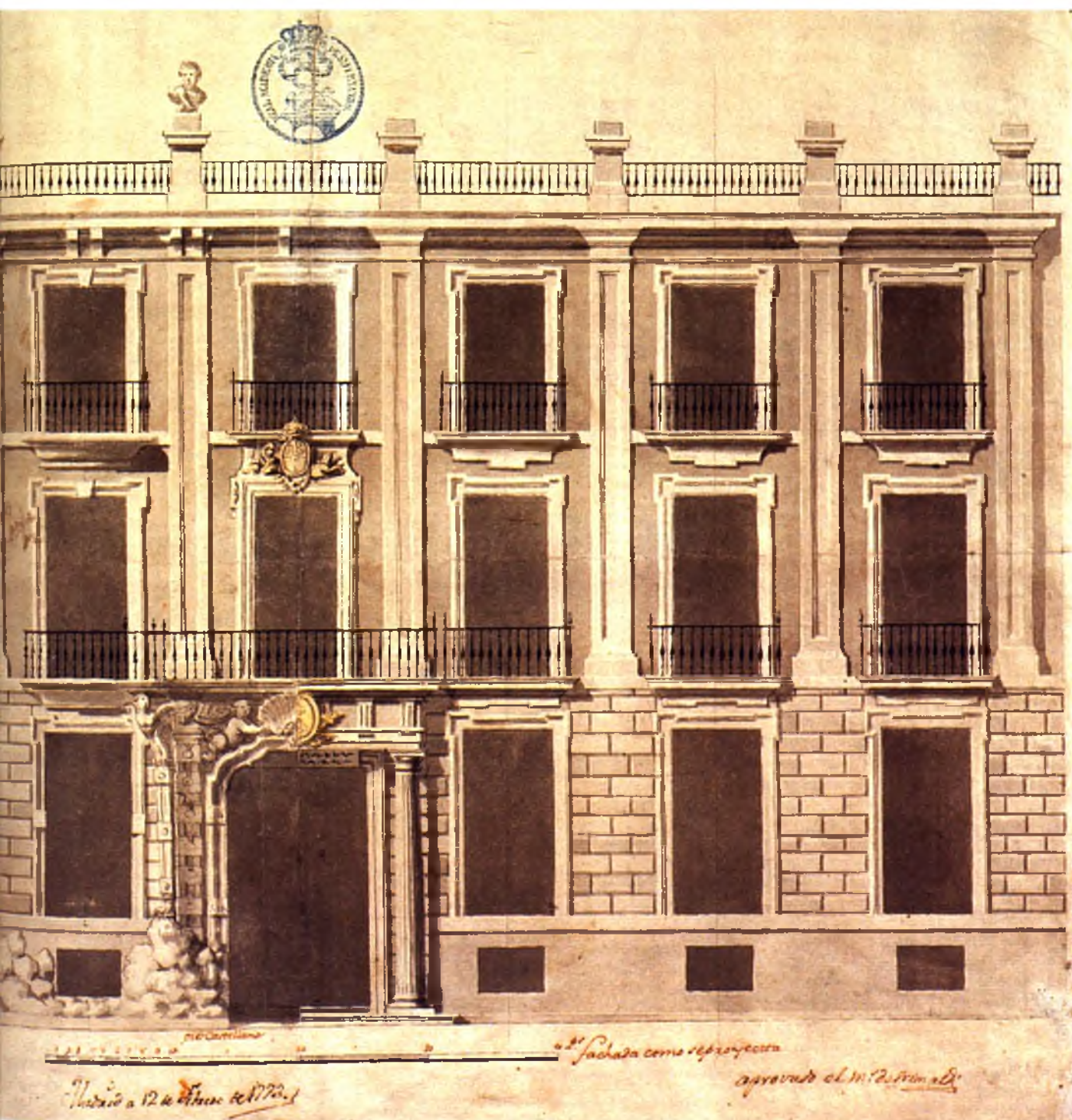


RODRÍGUEZ GUTIÉRREZ DE CEBALLOS, A., *Los Churriguera*. Madrid, 1971, p. 28.  
 Juan de Villanueva, arquitecto. Catálogo de exposición. Museo Municipal. Madrid, Ayuntamiento. Delegación de Cultura, 1982.  
 BOTTINEAU, Y., *El arte cortesano en la España de Felipe V (1700-1746)*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1986, pp. 325 y 348, nota 47.  
 BONET CORREA, A., "Juan de Goyeneche. Su palacio y la Academia". *Juan de Goyeneche y su tiempo. Los Navarros en Madrid*. Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, pp. 24-27.



sobre estípites anillados y concha con ángeles tenantes fue sustituida por un sobrio pórtico adintelado sobre columnas de orden toscano. Preservado el almohadillado de la planta baja y los marcos con orejetas de las ventanas, el único elemento plástico que muestra esta fachada es el escudo de marco ovalado que se dispone en el eje central sobre la ventana del primer piso. Pese a estas modificacio-

nes, el palacio proyectado por Churriguera mantuvo, tras la reforma neoclásica, las paredes maestras, su distribución espacial, pisos, patios y caja de escalera originales. Las torres laterales que vemos hoy en día en la fachada son fruto de una adición posterior y la apariencia actual es el resultado de la última restauración llevada a cabo por Fernando Chueca Goitia entre 1973 y 1981. [P.L.E.G.]





## Planta de máquina para pulir cristales

John Dowling, 4 de septiembre de 1767  
Papel verjurado. Dibujo a lápiz delineado con tinta negra y aguadas de colores, 48,6 x 37,6 cm.  
*Planta de la Máquina executada en S<sup>ta</sup>an Yldephonso, para pulir Cristales de las R<sup>ea</sup>lejs Fabricas/ de su Magestad en el año 1762". "40 pies de Castilla". "S<sup>ta</sup>an Ildefonso 4 de Sep<sup>r</sup>(tiemb<sup>r</sup>e/Dowling". Al dorso Mons Dowling. Madrid. Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.*

RUIZ ALCÓN, M.T., *Vidrio y cristal de La Granja*. Madrid. C.S.I.C., Segunda edición, 1985.  
VV.AA. *Real Fábrica de cristales. Tecnología y Arte del vidrio en el siglo XVIII*. Segovia, Fundación Centro Nacional del Vidrio. San Ildefonso, Segovia, 1991, pp.97-98.  
NIETO ALCAIDE, V., "Arte, estilo y manufactura: El vidrio de La Granja", en el Catálogo de la Exposición *Real Fábrica de Cristales*. Fundación Centro Nacional del Vidrio. 1991, pp. 51-60.  
"Vidrio y cristal de La Granja" en *Manufacturas reales*. Madrid. Patrimonio Nacional. 1995, pp. 41-49.  
SOLER Y VALENCIA, J., *Patrimonio Industrial de Castilla y León*, 2001, <http://www.mcu.es/igcl/Jornadas/Eupa-2001/castilla-leon/fabricaV.htm>.  
PASTOR REY DE VILLANAS, P., *Historia de la Real Fábrica de cristales de San Ildefonso durante la época de la Ilustración (1727-1810)*. Madrid, Fundación Centro Nacional del Vidrio. L.S.I.C., Patrimonio Nacional. 1994.  
CAMPO Y FRANCÉS, "Arte tecnográfico en la Academia de las Tres Nobles Artes", *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas artes de San Fernando*, Núm. 83, Segundo semestre de 1996, pp. 21-66.  
A. del ARBAIZA BLANCO-SOLER, S., y HERAS CASAS, C., "Inventario de los dibujos de arquitectura (de los siglos XVIII y XIX) en el Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando", *Academia. Boletín de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*, Núms. 98 y 99, Primer y segundo semestre de 2004, p. 229, A-5236.

La Real Fábrica de Cristales de San Ildefonso es sucesora de la que creó Juan de Goyeneche en Nuevo Baztán. En el Real Decreto, de 13 de enero de 1720, se decía expresamente: "...teniendo presente la gran utilidad que se seguirá a mis reinos del establecimiento de la expresada fábrica, y de otras semejantes, por lo cual es mi ánimo fomentarlas y auxiliarlas cuanto fuera posible, he venido a conceder al referido don Juan de Goyeneche privilegio por tiempo de treinta años para que pueda labrar y vender libremente cristales y vasos...". Goyeneche decidió abrir en su palacio, hoy sede de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, un establecimiento para su venta. Sin embargo, el exceso de producción y el problema del combustible, arruinaron el proyecto que se convirtió en la fase previa de la fábrica de La Granja, cuyo núcleo inicial de artesanos, como Ventura Sit y Carlos Sac, procedía de Nuevo Baztán.

Uno de los problemas técnicos más complejos en la fabricación del vidrio plano era el de su pulimento. Una vez obtenida la hoja en bruto de vidrio era necesario someterla a un proceso de pulido por ambas caras para eliminar irregularidades y dejarla completamente plana y transparente. La realización manual de estas operaciones de pulido resultaban muy lentas y excesivamente costosas. En 1745, en la Real Fábrica de San Ildefonso esta operación se hacía con una máquina, construida por Pedro Fonvila, que movía 17 pulidores. Esta máquina resultó pequeña y el fraile Manuel Alonso Ortiz construyó, cinco años después, otra algo mayor. Sin embargo, estas máquinas resultaban insuficientes debido al aumento que la producción de la fábrica de La Granja había alcanzado a mediados del siglo XVIII. Fue entonces, cuando el ingeniero irlandés John Dowling, establecido en San Ildefonso en 1761, ideó una nueva máquina, a la que correspondió el dibujo de la Academia, que se denominó *Máquina del Agua*.

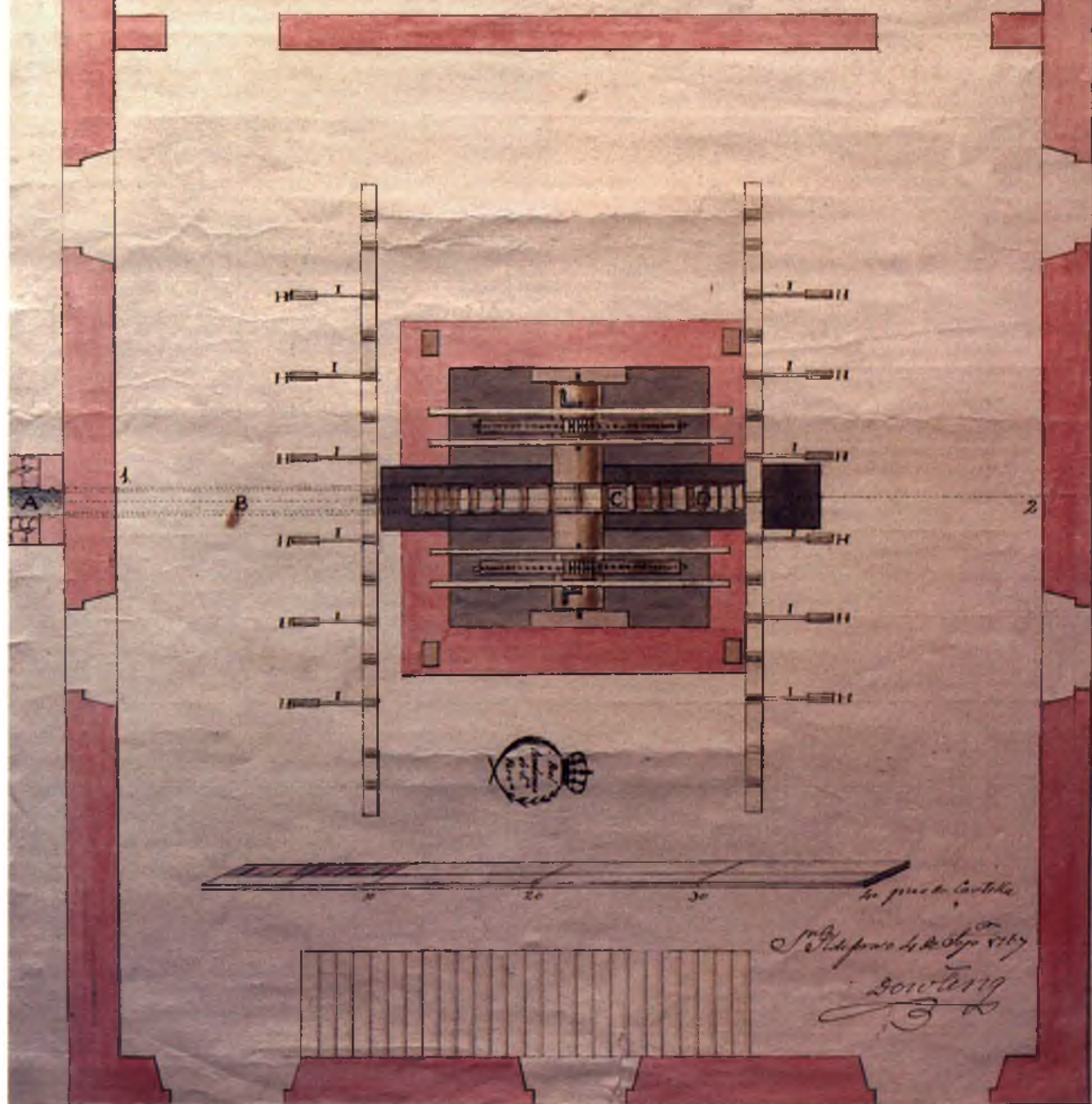
El dibujo forma parte de una serie de diecisiete, conservada en el Museo de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, presentada por John Dowling, en 1766-1767, para la obtención del grado de académico de mérito por la Arquitectura Hidráulica y Matemática. John Dowling era un ingeniero hidráulico irlandés establecido en España. El dibujo constituye una prueba del alto nivel tecnológico desarrollado en la Real Fábrica de San Ildefonso para la fabricación de piezas de vidrio plano. John Dowling diseñó esta máquina para pulir cristales, movida por energía hidráulica procedentes de las aguas del río Cambrones, y asen-

tada en una construcción, situada en las afueras de San Ildefonso, que todavía se conserva. La *Máquina del agua*, de Dowling, se convirtió en un modelo para las fábricas de vidrio apareciendo reproducida en *L'Encyclopédie* de Diderot en la voz *Glaces*. En ésta, la planta, que reproduce el modelo del dibujo de la Academia de Dowling, figura con el epígrafe *Plan de Rez de chaussé de la Machine à polir les Glaces, Etabli à St. Ildefonse*.

La *Máquina del agua* tenía movimiento doble, directo y circular, capaz de accionar 100 pulidores. Estaba formada por una rueda hidráulica de cangilones, situada en un foso por el que el agua del Río Cambrones la ponía en movimiento. La rotación de la rueda transmitía este movimiento, mediante un sistema de ruedas dentadas, a los pulidores. Dado que cada uno de estos pulidores realizaba la labor de dos operarios, esta máquina del agua, al tiempo que rebajaba sensiblemente los costes, aceleraba sensiblemente el proceso de producción. [V.N.A.]

N.º 1.º

Plano de la Máquina Invenida en S.º M. dephenon para pulir Charnales de las R.ªs. Tabacal  
 de su Magestad. en el año 1762.





## Cartas de la Reina viuda Mariana de Neoburgo a Juan de Goyeneche

Tinta y papel,  
22,5 x 17 cm.  
Madrid. Archivo  
Marqués de Prado  
Alegre.

Por gentileza de mi cuñado, el Marqués de Prado Alegre, he podido acceder a la numerosa correspondencia enviada por la Reina Viuda de Carlos II, Mariana de Neoburgo, a sus Tesorereros, Juan de Goyeneche y Gastón, y a los sobrinos de éste, Juan Tomás de Goyeneche e Irigoyen y Juan Francisco de Goyeneche e Irigoyen, Marqués de Ugena.

Del archivo he seleccionado tres cartas dirigidas a Juan de Goyeneche en diferentes fechas, concretamente del 8 de septiembre de 1712, 13 de mayo de 1714 y 18 de abril de 1717. Las dos primeras escritas en plena guerra de Sucesión, entablada entre Felipe V y el Archiduque Carlos de Austria, y la última después de terminada ésta.

En ellas expresa la Reina Viuda su entrañable afecto por Don Juan, como reflejan las expresiones: "Mi querido Don Juan", "Mi queridísimo y más que querido Don Juan", "como todos los consuelos, alivios y gustos os debo, de vos seré eternamente obligada y agradecida", "os aseguro de mi verdadero afecto y gratitud".

Son dignas de consideración y evidencian el mutuo afecto y respeto que se profesaban, a pesar de haber apoyado Don Juan durante la citada guerra a Felipe V y la Reina Viuda, como buena austriaca, desde su residencia en Toledo, al Archiduque Carlos. Por esta razón fue desterrada a Bayona, desde donde remite sus cartas a Don Juan.

En razón de su función como Tesorero, la Reina le expresa su preocupación por recibir con oportunidad las remesas de fondos, cuidar del socorro de su tesorería, pidiéndole "no dejéis de instar nuevamente sobre mis intereses y con fuerza e impertinencia y sin dejarlo de la mano siendo continuamente inoportuno y apretándoles sin cesar...". Son lógicas las inquietudes de la Reina, por las dificultades dinerarias derivadas de la guerra.

En diversas cartas del archivo que nos ocupa, Doña Mariana pide en la mayoría de las ocasiones dinero, expone sus afanes por sus bienes y rentas, se queja de lo mal que la tratan, le expresa su agradecimiento por el envío de objetos y medicinas, le cuenta sus achaques, se interesa por sus sobrinos los Reyes, Isabel de Farnesio y Felipe V, cita en varias cartas el veraneo de Don Juan en Nuevo Baztán, indica que ya tiene coche, pide mulas, tabaco y chocolate, se interesa por la preñez de su sobrina, Isabel de Farnesio, etc.

Doña Mariana era enemiga implacable de Francia y tenía un carácter fuerte. Por ello y para evitarse problemas, apenas llega Felipe V a Madrid, la aleja de la Corte.

Juan de Goyeneche llegó a ser también Tesorero de las dos esposas de Felipe V, María Luisa de Saboya, que casó con el Rey el 11 de septiembre de 1701, e Isabel de Farnesio, cuyo matrimonio real tuvo lugar el 16 de septiembre de 1714.

Mariana de Neoburgo tuvo una enconada enemiga en la Princesa de los Ursinos, quien durante trece años ejerció un gran poder político en el gobierno de España, al ser la Princesa amiga y consejera íntima de la gran reina María Luisa de Saboya, la primera esposa del Rey, sobre la que tenía ascendencia, influyendo por ello decisivamente en Felipe V, que tenía verdadera devoción por la Reina.

Después del fallecimiento de su primera esposa, el 11 de febrero de 1714, casó el Rey el mismo año, por poderes, con Isabel de Farnesio, sobrina de Doña Mariana. Parte la nueva Reina desde Italia, inmediatamente después de la boda, para España y, de camino, visita en Saint Jean de Pied-de-Port a su tía, la Reina Viuda, encarnizada enemiga de la Princesa de los Ursinos. Está claro que la tía aconseja convenientemente a su sobrina para que se desembarace de ella antes de llegar a la Corte. Y por ello Doña Isabel, altiva y ambiciosa, durante su primer encuentro en Jadraque, en el que chocan sus caracteres, le ordena su destierro a Francia. Camino al exilio, la Princesa pide permiso para visitar a la Reina Viuda, que ésta deniega, como es lógico.

Prueba de la unión de Doña Mariana y su sobrina es el hecho de que Isabel de Farnesio eligió a su tía como madrina de su primogénito, el futuro Rey de España Carlos III, nacido el 20 de enero de 1716. La Reina Viuda fue representada en el bautizo por la Condesa de Altamira.

Hay un hecho de gran interés de estas Reinas, en relación con los navarros en Madrid. En su testamento Doña Mariana de Neoburgo nombró a su sobrina, heredera universal de sus bienes. Doña Mariana, poseía entre otros, el "Niño del Dolor" (Niño Jesús con la cruz a cuestas), de Alonso Cano.

La Reina Isabel de Farnesio entregó a la Real Congregación de San Fermín de los Navarros el legado dejado por su tía, que incluía a dicho "Niño del Dolor" que hoy se venera con sentida emoción en la Sede de la Real Congregación. Es evidente de que en esta cesión tuvo mucho que ver por un lado el cariño a Juan de Goyeneche de Doña Mariana y ser Mayordomo y Tesorero General de la Reina Isabel de Farnesio, el hijo menor de Don Juan, Francisco Miguel de Goyeneche, Conde de Saceda, Caballero de Santiago y Gentilhombre de Cámara del Rey. [J.L.F.L.]

DE CARCER DE MONTALBAN, A., *Historia General de España y de las naciones americanas que fueron españolas*, tomo VII, Sociedad General de Publicaciones, Rambla de Cataluña, 79, Barcelona (sin fecha).  
SAGÜES AZCONA, P., *La Real Congregación de San Fermín de los Navarros*, Madrid 1963.



[illegible]

13

Mi D<sup>o</sup> Juan de Goyeneche, con la  
experiencia de v<sup>ra</sup> buena ley. y lo que  
el marques de campo florido acredita  
sus deseos de complacerme. espero al  
mejor caído de mis reales dependencias,  
lo que le extirpareis de mi parte y a el  
conde de san esteban sus atentas enpre-  
siones en favor de D<sup>o</sup> Juan de Belirama  
como agradecerá las v<sup>ras</sup>. y me alegro de la  
Boda de D<sup>o</sup> Juan Thomas que desco lagos  
lo que sea de su satisfacción y v<sup>ra</sup>.

No dudo que os vais (segun me asegurais)  
del socorro de mi thesorera y esta bien  
le voy conduciendo a esta ciudad lo que se  
fuere cobrando enterin q<sup>o</sup> podamos conbe-  
nirnos a contraher sin perjuicio de mis R<sup>as</sup>  
intereses ni v<sup>ros</sup> Dios es q<sup>ue</sup> mi D<sup>o</sup> Juan de  
Goyeneche mil anni. D<sup>o</sup> y o ana abril 15 de 1711

*[Signature]*

[illegible][illegible]



## Juan de Goyeneche *Executoria de la nobleza, antigüedad y blasones del Valle de Baztán*

Madrid. Imprenta de Antonio Román, 1685.  
Pamplona. Colección Sixto Jiménez.

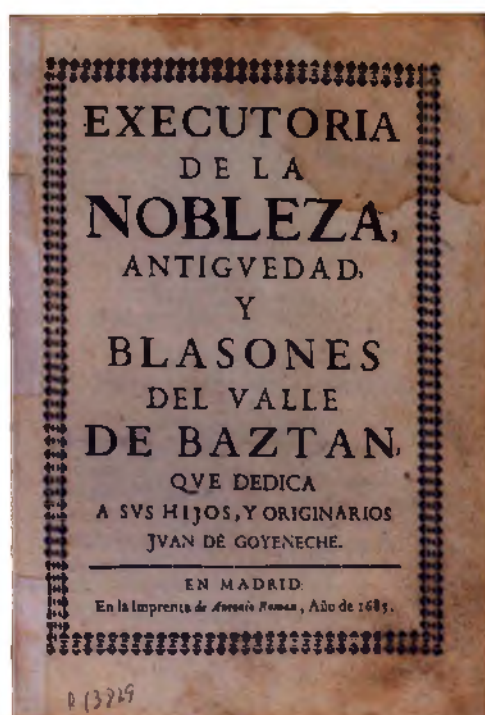
Edición príncipe (1685) en 4.º, impresa por Antonio Román, en Madrid. Contiene dos grabados de bella factura, dibujados posiblemente ambos por Vael. El primero de ellos, que ocupa el frontis, reproduce el Valle del Baztán, con una alegoría de su nobleza que porta un angelote en el escudo ajedrezado propio del mismo. El segundo, ahora ya firmado por I.B. Vael, sirve de pórtico a la parte más importante del libro, y repite el escudo ajedrezado baztanés, como motivo central, con distintos exornos y alegorías. Incluye, asimismo, una breve salutación inicial en forma de epigrama anagramático, del que es autor el P. Antonio de Goyeneche, jesuita, hermano del autor, y uno de los censores del tomo quinto del *Teatro Crítico y Universal*, del P. Feijóo, que el benedictino dedicará al propio D. Juan de Goyeneche.

El texto de la *Executoria* aparece dividido en tres partes bien diferenciadas. La primera es una exaltación de las glorias baztanesas: San Francisco Javier, Álvaro de Bazán o Martín de Azpilcueta. La segunda parte es de gran interés y amenidad, puesto que facilita numerosas noticias sobre la historia, población, geografía, costumbres, etc., del Valle de Baztán. La parte final, la mayor en extensión, transcribe el Privilegio y *Executoria* que ganaron los baztaneses, en 1440, al Fiscal de Navarra en una controversia judicial sobre el dominio de más de 20 leguas de tierras y montes del Baztán.

La obra, que bien pudiera calificarse de juventud, puesto que D. Juan de Goyeneche

contaba tan solo con 29 años cuando se imprimió, es la única escrita por el autor. Aunque prologa, imprime o patrocina diferentes escritos de autores destacados en la época, la *Executoria* tiene para él especial relevancia. Pretende dejar constancia escrita de su amor por la tierra natal, exaltando la antigüedad y nobleza de aquel valle navarro-pirenaico, así como sus costumbres, estructura social y organización política. Cumpliría también una labor de difusión en la propia Corte, al reivindicar la nobleza y personajes del Valle de Baztán y serviría, en última, para poder obtener, en su propia persona y en la de sus descendientes más directos, el necesario reconocimiento para lograr la concesión de títulos nobiliarios. En pocos años, él mismo ostentará los señoríos de Belzunce, Illana, Saceda-Trasierra, Olmeda de la Cebolla y Nuevo Baztán, mientras que sus dos hijos recibirán las dignidades de Marqués de Belzunce, Francisco Javier el primogénito, y la de Conde de Saceda Francisco Miguel, su segundo hijo varón. [S.A.O.]

CARO BAROJA, J., *La hora navarra del siglo XVIII (Personajes, familias, negocios e ideas)*. 2.ª ed. Pamplona, Gobierno de Navarra, 1985.  
ALCALDE DE OÑATE, S. y GONZÁLEZ DE HEREDIA Y DE OÑATE, C. M., "Estudio Preliminar", en GOYENECHÉ, J. de., *Executoria de la nobleza, antigüedad y blasones del Valle de Baztán* (Ed. facsimil). Madrid, Asociación del Patrimonio Histórico de Nuevo Baztán, 1998. pp. XI-XXXV.



Placa de la parroquia de San  
 Juan de los Rios de Guzman  
 en la parroquia de San Juan de  
 los Rios de Guzman  
 Año de quin mil sept  
 cientos  
 Alzados mis los legados con  
 los señores y nobles de  
 la villa de Guzman  
 Juan de Guzman





## Fray Benito Gerónimo Feijoo y Montenegro *Teatro Crítico Universal*

Madrid. Imprenta de Blas Román, 1778.  
Nueva impresión  
Tomo V  
Madrid. Biblioteca Saceda.

El Padre Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764), de la orden benedictina, fue uno de los más grandes filósofos españoles y, sin duda, el más importante del siglo XVIII, referente necesario del movimiento ilustrado. A partir de 1725, contando con cincuenta años de edad, comenzó la publicación sistemática de ensayos filosóficos *sobre todo género de materias, para desengaño de errores comunes*. Entre todas sus obras, el *Teatro Crítico Universal* (1726-1740), formado por ocho volúmenes, más uno noveno en forma de *Suplemento*, fue, sin duda, su obra más importante, alcanzando una difusión insospechada, incluso fuera de España. Hasta el extremo de que fue traducido entonces a varias lenguas y llegó a alcanzar hasta diez ediciones patrias sólo en el siglo XVIII.

El tomo V de su *Teatro Crítico Universal*, aparecido en 1733, está dedicado a D. Juan de Goyeneche, de quien ofrece un importante panegírico (pp. III-XV), ensalzando sus cualidades personales y facilitándonos ciertos detalles sobre su personalidad, si bien apenas aporta datos biográficos de interés. Lógicamente, esa dedicatoria obedecería a una relación entre escritor y mecenas que todavía hoy no ha sido explicada de forma convincente. Dado que no tenemos noticias sobre tal aspecto ni en los archivos del estado o familiares, ni en bibliografía, nos inclinamos a pensar que la fama del monje benedictino sería un importante acicate para que D. Juan apoyara económicamente la impresión de este volumen, con "corazón soberanamente magnánimo (...), donde jamás se cierra la puerta al ruego, y las más veces se anticipa la liberalidad a la súplica..." (Feijoo, *Teatro Crítico*, pp. VIII). Sin duda, este mecenazgo es una actividad más de su interés por las letras, puesto que su "Casa (es) noble Academia donde concurren los más escogidos Ingenieros..." (*op. cit.*); además de poseer una importante biblioteca, fue asimismo recopilador y prologuista de algunas obras y participó activamente en el negocio de imprentas, gozando del privilegio de explotación de la *Gazeta de Madrid* desde 1697. El propio Menéndez Pelayo, sin documentar su afirmación, llega a decir que D. Juan de Goyeneche fue editor de obras importantes y hay noticias de que incluso se aventuró en la fabricación de papel, si bien sólo de forma limitada para uso en su propio negocio de imprenta. Este interés por el mundo culto y literario de su época aparece, en última instancia, reflejado en diversos aspectos de su propia vida. Sus estudios en el Colegio Imperial de los jesuitas, las tertulias y reuniones literarias que celebraba en su pala-

cio de Nuevo Baztán, su interés por los libros y la formación de una selecta biblioteca ya celebrada en su época, su propio retrato, que aparece dignificado por los libros como elemento decorativo principal, y su gran preocupación por la educación de sus hijos son algunos ejemplos que apoyan tal aserto.

Finalmente, no es sólo mera coincidencia el hecho de que una de las aprobaciones necesarias que lleva el ya citado tomo V del *Teatro Crítico Universal* fuera escrita por el Padre Antonio de Goyeneche, jesuita, hermano de D. Juan, y Maestro de Historia y Erudición Sagrada y Profana en los Estudios Reales de Madrid, el mismo que pone al frente de la *Executoria de la nobleza, antigüedad y blasones del Valle del Baztán* (vid. ficha 52) un Poema Anagramático cuando era colegial en el de San Ambrosio de la Universidad de Alcalá. Y si D. Juan de Goyeneche fallece en 1735, al año siguiente aparece el tomo VII del *Teatro Crítico*, que el P. Feijoo dedicará al hijo primogénito del finado, D. Francisco Xavier de Goyeneche, primer Marqués de Belzunce y heredero en los señoríos de las Villas de la Olmeda, del Nuevo Bastan (sic), de Illana, de Saceda, etc. Estos datos permiten, en definitiva, aventurar que la familia Goyeneche tuvo una relación más que casual con el Padre Feijoo. [S.A.O.]

ALCALDE DE OÑATE, S. y GONZÁLEZ DE HEREDIA Y DE OÑATE, C. M., "Estudio Preliminar", en GOYENECHÉ, J. de, *Executoria de la nobleza, antigüedad y blasones del Valle de Baztán* (Ed. facsimil). Madrid, Asociación del Patrimonio Histórico de Nuevo Baztán, 1998. pp. XI-XXXV.





## María Jesús de Ágreda *Mística Ciudad de Dios*

Madrid. Imprenta de  
Bernardo de Villadiego,  
1688  
Tauste (Zaragoza).  
Clarisas.

Don Juan de Goyeneche destacó también como protector del convento y la Causa de sor María de Ágreda. Una de las causas para ello debió su matrimonio con doña María Balanza, del linaje de los Aoiz, pero nacida en Ágreda. Sabemos que don Juan encomendó a sus sucesores en su testamento, con especial cuidado para que no saliese de la casa y mayorazgo, el primer tomo original manuscrito de la *Mística Ciudad de Dios*, quizás el mismo que poseía Felipe IV, que se salvó de la destrucción de toda la obra, en 1645, cuando un confesor se lo ordenó a sor María.

El nombre de don Juan aparece entre los benefactores del convento en el Libro de Limosnas, en donde figura ayudando para diversos menesteres. Así, en 1707 figura con un donativo de 500 reales para ayuda para el vestuario, entre 1730 y 1733 el envío de una alfombra desde Madrid y, en 1735, se registra la entrada de 400 ducados enviados desde la misma capital de España. Pero su gran colaboración a la memoria de sor María fue la edición en seis volúmenes en cuatro de la *Mística Ciudad de Dios*, que se hizo en Madrid en la imprenta de Bernardo de Villadiego, en 1688. Este proyecto hay que contextualizarlo con otras ediciones patrocinadas por el propio Goyeneche. En el primer tomo figuran tres grabados, el primero alusivo a la obra, el segundo un retrato de sor María, basado en el lienzo de 1638, y el tercero, que sirve de cabecera a la introducción con la Inmaculada y el emblema de las cinco llagas y los brazos de Cristo y San Francisco, cruzados con la cruz surmontada por la corona de espinas. Los dos últimos están firmados por el grabador Juan Francisco Leonardo. La dedicatoria de don Juan va dirigida en una carta al propio San Francisco de Asís y el prohombre figura como síndico de la Provincia franciscana de Burgos. En el texto hace mención a su deseo de dedicar la sexta edición de la *Mística* a los santos patriarcas españoles y fundadores de religiones, a la vez que canta las excelencias de sor María "tan hija de su patria que sólo por sus afectos se puede reconocer su filiación". Como ha observado últimamente Santiago Aquerreta, aquel reconocimiento de virtudes y el servicio al monarca con su correspondencia y consejos, hacían de sor María un buen modelo para don Juan de Goyeneche, por aunar en su persona el servicio regio y la devoción.

El retrato de sor María es obra de Juan Francisco Leonardo, famoso grabador que trabajó en otras obras promocionadas por el mismo mecenas, como una lámina de la Virgen de

Roncesvalles, hacia 1685, y un mapa del valle del Baztán para la *Executoria de la Nobleza y Antiquedad y blasones del Valle del Baztán*, obra del propio Goyeneche. Como en otras ocasiones, la religiosa aparece con el libro y la pluma, junto la imagen de la Virgen María, generalmente en la iconografía hispana de la Inmaculada Concepción, para dar a entender que fue bajo su inspiración directa y "bajo su dictado", como se habían gestado aquellos escritos.

El grabado copia un famoso lienzo de 1638. Las únicas novedades que encontramos respecto al modelo, son la adición de los tomos de la *Mística* sobre el bufete, en lugar de los pliegos de papel del cuadro, así como una pequeña y dinámica imagen de la Purísima Concepción que aparece en el margen superior izquierdo, sobre una nube. Esta ilustración de 1688 quiere ser, por tanto, una *vera effigies* y, debemos dar por supuesto que su autor conoció el lienzo conservado en Ágreda o el que se llevó a las Descalzas Reales de Madrid u otra copia. En la parte inferior de la estampa leemos la siguiente inscripción: "V. M.<sup>a</sup> SOR MARIA DE IEXVS DE AGREDA. / MURIÓ A 24 DE MAIO DE 1665. DE EDAD 36 AÑOS. / I. F. Leonardo ft.". [R.F.G.]



AQUERRETA, S., *Negocios y finanzas en el siglo XVIII. La familia Goyeneche*. Pamplona, EUNSA 2001, pp. 94-95.  
FERNÁNDEZ GRACIA, R., *Iconografía de Sor María de Ágreda. Imágenes para la mística y la escritora en el contexto del maravillosismo del Barroco*. Pamplona, Caja Duero, 2003, pp. 120-121.





MYSTICA CIUDAD  
DE DIOS  
Y  
MILAGRO DE SU OMNI  
POTENCIA.



## Plancha para estampar de la Virgen de Roncesvalles

Juan Francisco  
Leonardo, c. 1685.  
Cobre, talla dulce,  
48 x 34 cm.  
Roncesvalles. Real  
Colegiata.

## Virgen de Roncesvalles

Juan Francisco  
Leonardo, c. 1685  
Estampación en  
tafetán, buril, talla  
dulce, 48 x 34 cm.  
Pamplona. Colección  
particular.

El mercado de grabados no religiosos en la España del Antiguo Régimen fue tan escaso como abundante lo era el de religiosos, de ahí que la palabra estampa se llegase a identificar con aquellos grabados que reproducían santos, Cristos o advocaciones de la Virgen. Las estampas referidas a temas de devoción eran suministradas por talleres europeos, en tanto que los grabadores establecidos en las ciudades españolas, abrían aquellas planchas que, por ser de temática local o muy específica, no era posible importarla.

El impulso de la devoción fue, sin lugar a dudas, la finalidad primordial de las estampas religiosas. A veces se utilizaron para ilustrar tesis de grados universitarias, también como auténticos talismanes y como objetos de postulación para iglesias, cofradías y santuarios. To-

das esas imágenes iban destinadas a las gentes sencillas en quienes inspiraban el mismo respeto y piedad que los retablos, esculturas y pinturas de los templos, a la vez que por un módico precio podían disponer de sus imágenes preferidas para satisfacer sus devociones particulares. De ese modo, el interés de cofrades y devotos por poseer los “verdaderos retratos” y las “milagrosas imágenes” tal y como se veneraban en las iglesias, quedaba plenamente compensado al adquirir en las sacristías, libreros, estamperos o buhoneros, las estampas de su devoción.

Al igual que en otros santuarios, el grabado se estampó en papel para distribuir en la propia colegiata y en las ferias con motivo de la fiesta de la Virgen en septiembre, así como en sedas y tafetanes para cumplir con los com-



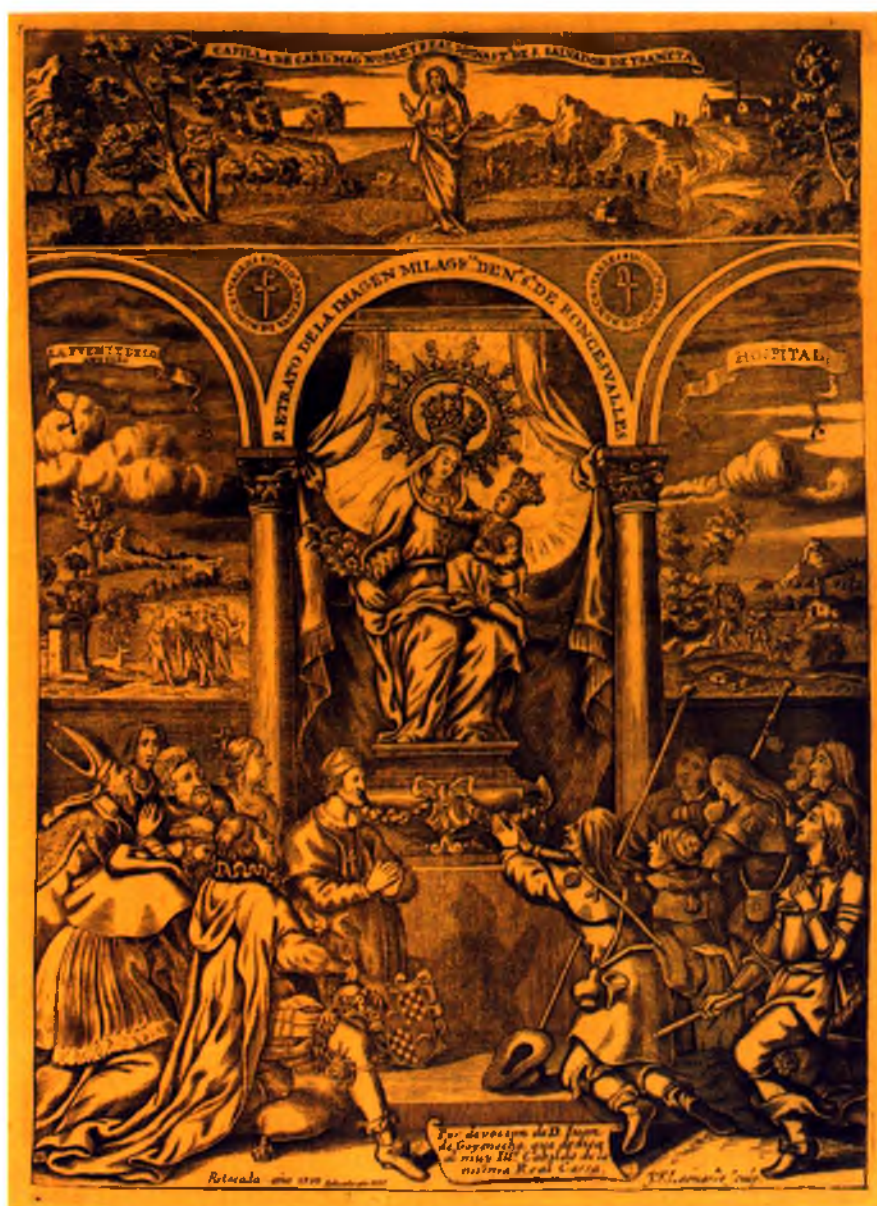


promisos más importantes del cabildo, como virreyes, benefactores, donantes y príncipes de la Iglesia, mientras que las estampaciones en papel se vendían en la propia colegiata. Como ejemplo de agradecimiento del cabildo y regalo de especiales grabados nos consta el obsequio de algunas estampas en tafetán que hicieron los canónigos de Roncesvalles al finalizar la guerra de la Convención y su exilio en la ciudad de Corella, cuyas autoridades "se ofrecieron a recibir a la bendita y Real Patrona de los Pirineos... y accedieron a que fuera colocada en el nicho o trono del altar mayor de la parroquia principal, que por entonces estaba desocupado, por ser destinado aquel lugar solamente a Nuestra Señora de Araceli y del Villar cuando eran traídas con motivo de las rogativas".

Don Juan de Goyeneche estuvo muy relacionado con la Real colegiata de Roncesvalles, al representar sus intereses en las encomiendas de Castilla y Portugal. La colegiata supo responder a los favores de Goyeneche en numerosas ocasiones, como cuando el hacendado navarro solicitó desde Madrid en 1694 madera del monte Egulbati para la casa que se iba a fabricar en Pamplona.

El encargo de la plancha lo debió realizar hacia 1685 cuando el grabador de la lámina de Roncesvalles, Juan Francisco Leonardo, trabajó una plancha con el mapa del valle del Baztán para la *Executoria de la Nobleza y Antigüedad y blasones del Valle del Baztán*, obra del propio Goyeneche. [R.F.G.]

CONDE DE LA VIÑAZA, *Adiciones al Diccionario Histórico de los más ilustres profesores de las Bellas Artes en España*. Vol. III. Madrid, 1894, p. 376.  
IBARRA, J., *Historia de Roncesvalles*. Pamplona, 1935, p. 815.  
FERNÁNDEZ GRACIA, R., "La estampa devocional en Navarra", *Signos de identidad histórica para Navarra*. Vol. II. Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1996, p. 185.





## Sagrada Familia

Hispanofilipina, segunda mitad del siglo XVII.

Marfil policromado, 30 cm (San José y la Virgen); 15 cm (Niño Jesús).

Nuevo Baztán (Madrid). Parroquia de San Francisco Javier.

Este interesante grupo, constituido por las figuras de la Virgen, San José y el Niño es composición que también se conoce a veces con el nombre de la Trinidad Terrestre y que también se utiliza en la representación de la llamada Sagrada Familia de Viaje. La delicada representación de María la presenta con un largo manto sobre la cabeza separado del óvalo y sujeto a la derecha bajo el brazo, cruzando por delante desde la izquierda. La sencilla túnica con escote al cuello, señalado por ancha franja en relieve, se sujeta a la cintura por lienzo retorcido sujeto por una lazada de una sola asa. El rostro de la Virgen, con los ojos bajos de gruesos párpados, recta nariz de aletas carnosas y boca sonriente aparece enmarcado por el cabello partido en la frente de largas gudejas, trabajadas como finos hilos que a la derecha se esconden bajo el manto y a la izquierda caen sobre el brazo. Lleva calzado de puntas redondas que asoma bajo el borde de la túnica. Su brazo derecho doblado con la mano sobre el pecho, el izquierdo caído con la mano en actitud de sujetar la del Niño. Éste, de fino rostro con corta melena, aparece vestido con simple túnica hasta los pies y los brazos extendidos buscando con sus manecitas las de sus padres. San José, situado a la izquierda, con el típico peinado a la española con un moñete resaltado sobre la frente y melena de cortos bucles trabajados como los de la Virgen, presenta los ojos entornados bajo gruesos párpados, recta nariz y la boca bajo bigote de largas guías, con perilla y barba corta. Lleva túnica con cuello de dos puntas abotonada por delante y cruzada por el cordón de peregrino. Con manto sobre los hombros separado por el brazo a la izquierda y cruzado por delante a la derecha que a los pies deja ver los pies calzados con sandalias, extiende su mano derecha para sujetar la del Niño. La policromía que debió recubrir toda la indumentaria se ha perdido casi en su totalidad, pero quedan restos de pequeños motivos florales del típico dorado cobrizo que utiliza esta escuela hispanofilipina y que por ejemplo pueden verse en otros ejemplares de época y composición similares a este ejemplar del Nuevo Baztán, como el grupo de la Colección González Sadia de Monterrey. El dorso de las figuras presenta una talla muy sumaria aunque el San José presenta el sombrero de peregrino sobre la espalda.

Su interesante iconografía, en la composición vista, aparece definida en el arte occidental más o menos a partir de los años finales del siglo XVI, y su periodo de auge se desarrolla bajo el espíritu contrarreformista duran-

te todo el siglo XVII con representaciones tan ilustres como las de Murillo, que tuvo precedentes en el grabado, como el de Wierix o, según aclara Reau, años antes en las representaciones del Misterio en los Belenes. En realidad el tipo icónico seleccionado se corresponde también con la composición del grupo de la Sagrada Familia de Viaje, en su Huida a Egipto, muy difundida por grabados flamencos durante todo el siglo XVI, como el de Dirck Vellert, que al fondo de la escena representa al burro.

La fundación del complejo del Nuevo Baztán se debe al ilustre navarro don Juan de Goyeneche, personalidad española, que con años de antelación desarrolló en ella las corrientes filosóficas, económicas y sociales que definirán los años de nuestro Despotismo Ilustrado. En ella se integra el precioso templo, debido a José Benito de Churriguera, parroquia del Nuevo Baztán. Entre sus tesoros se guarda un precioso conjunto de esculturas de marfil de arte hispanofilipino, al que pertenece entre otras la Sagrada Familia, y una magnífica arqueta enconchada, de la escuela de Gujarat. Se conserva también el llamado Cristo del Socorro, enviado desde Manila antes de 1724 probablemente por el capitán Martín de Abaurrea, muerto en Manila hacia el año de 1725, hermano de José de Abaurrea, tesorero de Don Juan de Goyeneche. Aunque la documentación sólo se refiere al Crucificado, por estos años es común que los envíos importantes de esculturas en marfil hispanofilipinas estén constituidos por varias piezas, de los temas más comunes en esta escuela como el Cristo, la Virgen, el Niño, la Sagrada Familia y santos acompañados en su caso por una preciosa arqueta, posiblemente como depósito del Santísimo Sacramento, obras delicadas del área colonial portuguesa, como se conoce el conjunto enviado por Paino a Medina de Rioseco o el que envía Manuel S. Pérez del Camino a Castañares de Rioja, hoy en el Museo de Calahorra. [M.E.M.]

KNIPPING, J.B., *Iconography of the Counter Reformation*. Heaven on earth. Leiden, 1974.

ESTELLA MARCOS, M.M., *La escultura barroca de marfil en España. Las escuelas europeas y las coloniales*. Madrid, C.S.I.C., 1984.

ESTELLA MARCOS, M.M., *Marfiles de las provincias ultramarinas orientales de España y Portugal*. Monterrey, 1997 (Edición en inglés: *Ivories from the eastern provinces of Spain and Portugal*. Monterrey, 1997).





## Retrato de Gerónimo de Uztáriz

1742.

Buril, talla dulce,

6,2 x 10,5 cm.

Pamplona. Colección particular.

La familia de Gerónimo de Uztáriz era una de las familias de hijosdalgos más antiguas y estimadas de la villa de Santesteban (Navarra). En 1685, Gerónimo (Santesteban 16-I-1670 – Madrid 31-I-1732) ingresa en la Real Academia Militar de Bruselas. Los estudios duraban dos años y se realizaban en francés. Uztáriz recibió una formación técnica y muy cualificada para su época. El título de ingeniero de la Real Academia de Bruselas era muy valorado en las cortes europeas.

Uztáriz entró a servir en el ejército español en Flandes donde permaneció desde el 14 de enero de 1687 hasta el 25 de marzo de 1697. Participó en las campañas de la guerra contra Francia, aliada España con holandeses e ingleses, en las cruentas batallas de Steinkerk, Nerwinden y Leiden, donde fue hecho prisionero de guerra, y en la toma de Namur. Él estaba orgulloso de haber combatido a las órdenes del rey consorte de Inglaterra, Guillermo de Orange.

El 21 de enero de 1696, Uztáriz contrajo matrimonio con María Francisca de Azuara y de Sassegheem, perteneciente por parte de padre a una importante familia de militares españoles residentes en Flandes, y por parte de madre a una noble y rica familia flamenca. El matrimonio se celebró en la iglesia de Santiago de Codemberg de Bruselas. Tuvieron siete hijos. Uztáriz mientras residió en los Países Bajos españoles viajó por Inglaterra, Alemania, Holanda y Francia.

En marzo de 1698, se le nombró secretario del marqués de Bedmar, comandante en jefe del ejército de Flandes. El 3 de junio de 1700 Carlos II le concede el título de secretario del rey, y se le encarga de la Secretaría del Generalato de las Armas del ejército de Flandes. Cuando el marqués de Bedmar es nombrado Gobernador de los Países Bajos en marzo de 1701, Gerónimo de Uztáriz se hace cargo de toda la correspondencia que el marqués de Bedmar mantiene en francés con la corte de París. Gerónimo de Uztáriz toma parte en las primeras batallas de la guerra de Sucesión española que se desarrollaron en los Países Bajos.

En noviembre de 1704 el marqués de Bedmar es nombrado Virrey de Sicilia y se lleva con él a Gerónimo de Uztáriz como secretario de estado y guerra del Virreinato de Sicilia. En diciembre de 1705 y en octubre de 1706 Bedmar envía a las cortes de París y Madrid unos informes realizados por Gerónimo de Uztáriz donde se expone la situación económica y militar de la isla. (AGS *Secretaría de Estado* 6114).

Durante su estancia en Palermo, Gerónimo de Uztáriz solicita el hábito de Santiago que se le concede en 1706.

En julio de 1707, en plena guerra de Sucesión, Uztáriz abandona la isla de Sicilia con el marqués de Bedmar y vuelve a España. En julio de 1708, se le nombró oficial con ejercicios de decreto en la Secretaría de Despacho de Guerra y Hacienda, cuyo secretario de despacho era José Grimaldo. Uztáriz simultaneó este destino con otros puestos en el Consejo de Hacienda; fue toda su vida un trabajador infatigable.

En 1712 el ayuntamiento de Santesteban le nombró alcalde y capitán de la villa; como sus obligaciones no le permitían ausentarse de Madrid, delegó en su hermano mayor para que ejerciese esos empleos. El ayuntamiento de Santesteban concedía el privilegio de estos nombramientos a aquellos vecinos que habían salido de la villa y habían tenido éxito en sus trayectorias vitales.

El 14 de noviembre de 1713 se nombró a Gerónimo de Uztáriz secretario de la Junta de Hacienda de Indias que se había creado en 1710, la Junta debía de ocuparse de todo lo relativo al comercio entre España e Indias, envío y retorno de flotas y galeones y rentas de Indias.

El 7 de julio de 1717 Gerónimo de Uztáriz es admitido junto con su hijo Casimiro como congregante en la Real Congregación de San Fermín de los Navarros.

En 1717 Uztáriz, por indicación del Consejo de Castilla, prologó la traducción del libro de Pierre Daniel Huet *Mémoires touchant le négoce et la navigation des Hollandais...* (1699) que realizó Francisco Javier de Goyeneche, hijo de Juan de Goyeneche.

En 1722 Felipe V le nombra secretario, con derecho a voto, de la Junta que se constituyó a petición de la ciudad de Sevilla, para analizar las razones por las que en 1717 se habían trasladado los Tribunales del Comercio con Indias de Sevilla a Cádiz. La Junta estuvo presidida por el marqués de Miraval, presidente del Consejo de Castilla. Uztáriz se encargó de recopilar y editar los informes y votos de todos los componentes de la Junta y envió al rey, acompañando los votos de los ministros que componían la Junta y su propio informe, una consulta en la que resumía todos estos documentos.

En marzo de 1724 se concede a Gerónimo de Uztáriz la Secretaría de la Sala de Millones del Consejo de Hacienda.

En diciembre de 1724 Uztáriz publicó su libro *Teórica y Práctica de Comercio y Marina*, que dedicó a Felipe V.

En 1727 José Patiño le pide un informe a Uztáriz sobre la fábrica de paños de Guadalajara (AGS *Secretaría de Hacienda*, leg. 759). Uztáriz vuelve a repetir lo recomendado en 1724 cuando a instancias de Felipe V había visitado la fábrica con Juan de Goyeneche, que las fábricas no deben pertenecer a la Corona si no a particulares y que el director debe ser un técnico y recomienda algunas inversiones indispensables para su buen funcionamiento.

El 20 de septiembre de 1727 Uztáriz envía al marqués de Santa Cruz de Marcenado que residía en Turín un comentario a los diez primeros volúmenes de su obra *Reflexiones Militares*. (Biblioteca de la Universidad Central de Barcelona, ms 174). Es un documento de contenido militar donde explica cómo se había modificado la estrategia militar en las batallas y los ataques a plazas fuertes en los primeros años del siglo XVIII.

El 22 de noviembre de 1727 se nombró a Gerónimo de Uztáriz, secretario con derecho a voto de la Junta de Comercio. El 7 de enero de 1729 se le nombró ministro de la Junta de Moneda, por Real Decreto de 1729 se fusionan la Junta de Comercio y Moneda. La Junta se reorganizó siguiendo las opiniones de Uztáriz. Gerónimo de Uztáriz continuó siendo ministro de la Junta de Comercio y Moneda hasta su muerte.

El 22 de marzo de 1729 Felipe V otorgó a Gerónimo de Uztáriz, la Secretaría por Nueva España del Consejo de Indias. La mayoría de los consejeros de Indias durante la primera mitad del siglo XVIII eran navarros.

El 1 de junio de 1730 otorgó testamento ante el escribano Rafael Espinosa; uno de sus albaceas fue Juan Bautista Iturralde.

Falleció el 31 de enero de 1732, se le enterró en su parroquia, la antigua iglesia de la Almudena de Madrid.

El grabado lo mandó hacer Casimiro de Uztáriz, hijo de Gerónimo de Uztáriz para la segunda edición de la *Theórica* (1742). La imagen de Uztáriz en forma de medallón proviene o bien de un retrato al óleo de Uztáriz o de una miniatura; seguramente este retrato o miniatura lo encargó Uztáriz durante su estancia en Palermo cuando en 1706 se le concede el hábito de Santiago, ya que de su cuello pende un medallón con la cruz de Santiago. Tenía Uztáriz entonces 36 años. Si el retrato se hizo cuando Uztáriz ya estaba en la corte, su autor pudo haber sido uno de los hermanos Meléndez, Miguel o Francisco. A la izquierda del retrato aparece un paisaje de un valle navarro refiriendo al observador a los orígenes navarros del representado y a la derecha vemos una imagen compendio de lo que va tratar el libro que preside el grabado, comercio y marina. [R.F.D.]

FERNANDEZ DURÁN, R.  
Gerónimo de Uztáriz (1670-1730): Una política económica para Felipe V. Madrid, Minerva, 1999.





## Gerónimo de Uztáriz *Theórica y Práctica de Comercio y Marina*

Madrid, Imprenta de Antonio Sanz, 1742.  
Pamplona. Biblioteca de la Universidad de Navarra.

## Gerónimo de Uztáriz *Théorie et Pratique du Commerce et de la Marine,* traductor F. Veron de Forbonnais, París

París, Chez la Veuve Estienne & Fils, 1753  
Pamplona. Colección Sixto Jiménez.

Gerónimo de Uztáriz publicó *Theórica y Práctica de Comercio y Marina* en 1724. El libro va dedicado a Felipe V. Esta primera edición fue muy corta y tuvo poca difusión.

Casimiro de Uztáriz, hijo de Gerónimo, vuelve a publicar el libro en 1742. La segunda edición está mucho más cuidada que la primera y aparece con el grabado de Gerónimo de Uztáriz encabezando el primer capítulo.

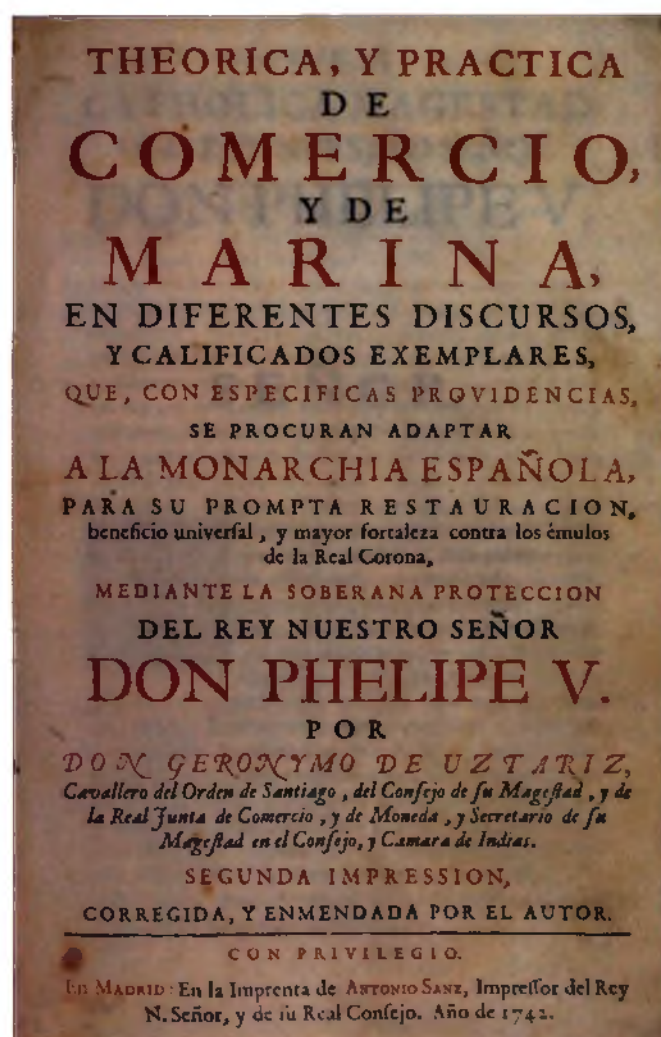
En 1751 se publica el libro en Inglaterra traducido por John Kippax. Cuando se publica la traducción, reina en Inglaterra Jorge II (1683-1760) que había accedido al trono en 1727, la traducción la había encargado el príncipe de Gales, Federico, quien muere antes de que se publique y el libro se dedica al nuevo príncipe de Gales, el futuro Jorge III. En 1752 se publica una nueva edición de la traducción inglesa en Dublín.

En 1753 François Véron-Duverger de Forbonnais, autor de varios artículos de la Enciclopedia y perteneciente al círculo de Vincent de

Gournay traduce el libro al francés, lo publica en París, en una edición muy cuidada en tamaño folio y con grabados, lo dedica al *Contrôleur Général des Finances*. En su Introducción, Forbonnais informa que el libro había aparecido en inglés en Londres con mucho éxito en 1751 y que era muy difícil encontrar ejemplares de la edición española de 1742. En este mismo año de 1753 se edita en francés en Hamburgo en 4.º, para el público alemán; no hay que olvidar que el francés era la lengua universal a mediados del siglo XVIII.

En 1757 vuelve a editarse en Madrid, y en 1793 aparece en Roma la traducción italiana en 8.º y en dos volúmenes, traducido por el abad Gonzalvo Adorno Hinojosa.

Uztáriz propone como modelo a seguir las políticas arancelarias proteccionistas que estaban adoptando esos años Francia, Inglaterra y Holanda. De los ciento siete capítulos de la *Theórica*, Uztáriz dedica veinticuatro a explicar a sus lectores la política que respecto a



aranceles y comercio se lleva a cabo en Francia, Inglaterra y Holanda. La guerra del arancel había comenzado y España no había reaccionado. Propone Uztáriz que se utilice el arancel como medio para proteger la industria nacional, algo que no estaban pidiendo los fabricantes de tejidos de la época. La renta de aduanas era a principios del siglo XVIII sólo una saneada renta de la corona. Uztáriz critica el contenido del Tratado de Comercio que España firmó con Inglaterra en Utrecht, por el que Inglaterra obligó que España impusiese un arancel del 10% a todas sus exportaciones con destino a Inglaterra. Uztáriz propone reducir el arancel a las exportaciones a un 2,5% e incrementar el arancel de las importaciones a un 20% similar al que existía en Inglaterra, Holanda y Francia. La Corona utiliza la pluma de Uztáriz para defender su política europea. La *Theorica* se publica justo antes de que se hiciese público el contenido del Tratado de Comercio que España firma con Austria en 1725.

Uztáriz analiza en la *Theorica* por qué debido a la estructura impositiva el precio de los tejidos españoles era más alto en España y en las Indias que el precio al que se vendían los tejidos extranjeros, y propone medidas fiscales para eliminar esta diferencia. Esta era una de las causas del decaimiento de la industria textil española. Calcula Uztáriz la población española (siete millones y medio de habitantes) para poder dimensionar la demanda de tejidos de la población y realiza un análisis del consumo como condicionante del desarrollo de las manufacturas. No era partidario Uztáriz de la existencia de manufacturas Reales, creía que las fábricas debían de estar en manos de particulares.

Uztáriz creía en la relación entre el tráfico comercial y la existencia de una potente marina de guerra. En la *Theorica* analiza la relación que debería de existir entre las fuerzas de mar y de tierra e informa sobre como con el mismo presupuesto de defensa España podría tener una marina de guerra más potente. [R.F.D.]

Ediciones de la *Theorica*.  
*Theorica y Practica de Comercio y de Marina*. Madrid 1724 (Madrid, imprenta de Antonio Sanz. 1742) (Madrid, 1757) (Introducción, Gabriel Franco, Madrid, Aguilar, 1968).  
*The Theory and Practice of Commerce and Maritime Affairs*, London, J. and J. Rivington, 1751. (Dublin, 1752), traductor John Kippax.  
*Théorie et Pratique du Commerce et de la Marine*, traductor F. Veron de Forbonnais, Paris, MDCCCLIII (Hamburgo MDCCCLIII).  
*Teorica e Practica di Commercio e di Marina*, Roma, per il Vescovi, MDCCXCIII, traductor Adorno Hinojosa.  
 FERNÁNDEZ DURÁN, R., *Gerónimo de Uztáriz (1670-1730). Una política económica para Felipe V*. Madrid, Minerva, 1999.





## Azulejo del Marqués de Belzunce, Conde de Saceda

Cerámica, con barniz estannífero y decoración azul, 13,5 x 13,5 cm.

*Señor Marqs. de Belzunze, Conde de Saceda. A.º de 17...*  
Madrid. Condes de Saceda.

Azulejo con los títulos nobiliarios correspondientes a D. Ignacio de Goyeneche y Múzquiz (1776-1845), IV Marqués de Belzunce y III de Saceda, bisnieto de D. Juan de Goyeneche y Gastón, fundador del Lugar de Nuevo Baztán (Madrid) y nieto de D. Miguel de Múzquiz y Goyeneche, Ministro de Carlos III.

Sabido es que el Lugar de Nuevo Baztán no fue sólo la creación palaciega de D. Juan de Goyeneche, sino que al tiempo quiso ser un centro fabril y manufacturero, basado en la producción de textiles, que el ejército requería para su equipamiento, y de otros objetos suntuarios que, en su mayoría, procedían entonces de Europa. En tal contexto, la producción de vidrio y porcelana, dirigidas por maestros procedentes de países centroeuropeos, fue una de las actividades importantes de Nuevo Baztán, reflejada en diferentes testimonios de la época.

Sin embargo, y a pesar de distintas referencias de autores coetáneos y de otras posteriores, que nos hablan de esta actividad fabril, lo cierto es que difícilmente podríamos hoy día presentar con absoluta certeza objetos de cristal o porcelana procedentes de la fábrica neobaztanesa. El Museo Español de Artes Decorativas tiene alguna pieza de vidrio a la que se atribuye, sin total seguridad, dicho origen; asimismo, podemos localizar alguna porcelana en colecciones particulares, como una fuente azul, adornada con motivos clásicos, de bella factura y tamaño medio, que perteneció al VII Conde de Goyeneche, D. Carlos de Oñate y Prendergast, lo que nos permite pensar que de sus hornos salieron piezas de cierta calidad, calificadas entonces de suntuarias. No obstante, la escasez casi absoluta de piezas como las mencionadas anteriormente nos lleva a pensar, como hipótesis posible, que la concurrencia de motivos de distinta índole, tales como el alto coste de su producción, areniscas deficitarias, la falta de técnica, o la inexistencia de medios de producción adecuados para que su fabricación fuera rentable, son motivos más que suficientes para que dichos hornos tuvieran una vida efímera.

En sentido contrario, son muchas las huellas de una cerámica más sencilla y popular, de uso cotidiano, propia del Nuevo Baztán, cuyo subsuelo guarda todavía hoy numerosos restos de la misma. Es en esta perspectiva donde se ha venido incluyendo el azulejo que lleva inscrita la leyenda *Marqués de Belzunce, Conde de Saceda. Año de (18)17*, títulos que entonces ostentaba, como queda apuntado más arriba, D. Ignacio de Goyeneche y Múzquiz, bis-

nieto de D. Juan de Goyeneche. Bien fuera por propio deseo de que todos los pobladores de Nuevo Baztán le reconocieran como dueño y señor del Lugar, o bien por ostentación, existe una tradición oral, del todo fidedigna, según la cual varias de las viviendas que rodeaban el palacio, o habitáculos destinados a artesanos en la plaza trasera del propio palacio, tenían revestidas parte de sus paredes interiores con mosaicos idénticos al ahora expuesto. Sin embargo, la fabricación de dicho azulejo, con barniz estannífero, requeriría la existencia de ciertos elementos industriales de los que no hay noticia de que Nuevo Baztán los tuviera. Ello, unido a la técnica de este azulejo, y tras un estudio particular del mismo verificado por Natacha Seseña, una de las máximas autoridades españolas en esta materia, nos inclinaria a suponer que habría sido fabricado en el propio Madrid, en algunos de los talleres de que hablan Larruga o Madoz, o tal vez, con menor probabilidad, en Talavera. [C.M.G.H.O].

ALCALDE DE OÑATE, S. y GONZÁLEZ DE HEREDIA Y DE OÑATE, L. M.ª, "Estudio Preliminar", en GOYENECHÉ, J. de, *Executoria de la nobleza, antigüedad y blasones del Valle de Baztán* (Ed. facsimil). Madrid, Asociación del Patrimonio Histórico de Nuevo Baztán, 1998, pp. XI-XXXV.  
SESEÑA, N., "La cerámica en Madrid", en *Ceramistas de Madrid. Exposición. Museo Municipal. Febrero-Marzo 1981*. Madrid, Ayuntamiento de Madrid (Delegación de Cultura), 1981, pp. 20-26.

SEÑOR MARQ<sup>s</sup>  
D BELZUNZE  
CONDE D SA  
CEDA Âº D 17



## Inmaculada con el retrato de Pedro Ramírez de Arellano

Juan Correa, 1701.

Óleo sobre lienzo,  
250 x 210 cm.

*Juan Correa fat año  
1701*

Tudela (Navarra).

Dominicas.

Exposiciones: *Los Siglos de Oro en los virreinos de América 1550-1700*. Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 1999.

En el crucero de la iglesia conventual de las Dominicas de Tudela se encuentra una pintura novohispana firmada por Juan Correa, uno de los mejores de aquellas tierras, que representa a la Inmaculada Concepción con un donante elegantemente vestido en la parte inferior de la composición, muy devoto, seguramente, del misterio concepcionista por la iconografía elegida.

El cuadro fue un obsequio al convento, en fecha imprecisa de la segunda mitad del siglo XIX, de la familia Lidón de Robles, establecida en una casa solariega de Tudela, junto a la parroquia de San Nicolás. Indudablemente debe tratarse de un lienzo sufragado por alguien que llegó a Nueva España a comienzos del siglo XVIII, bien para residir allí o de paso hacia otro lugar de Hispanoamérica. Sobre el donante nada se ha escrito, únicamente lamentando desconocer su identidad.

La cronología del lienzo nos hizo pensar en don Juan de Mur y Aguirre (¿-1722), generoso donante y mecenas de las artes en lo que a su tierra natal se refiere y caballero de Santiago desde 1698, que alcanzó altos puestos en la administración y el ejército en tierras americanas y en las Islas Canarias. Cuando fue designado gobernador de San Marcos de Arica en Perú, en 1698, el ayuntamiento ordenó los regocijos usuales en aquel caso.

Sin embargo, las razones para identificar a Mur con el retratado chocan con un par de dificultades. La primera referida al destino de don Juan en tierras de Perú y no de Nueva España, y la segunda a su pertenencia a la orden militar de Santiago, hecho que conllevaría la presencia de la venera santiaguista en el retrato.

En el caso de que no identifiquemos a Mur y Aguirre con el donante pintado por Correa, habría que pensar en otros tudelanos residentes en Nueva España a comienzos del siglo XVIII. Entre los nombres que figuran en las Actas Municipales de Tudela por haber logrado empleos en Ultramar, figuran don Juan Antonio de Castro, enviado en 1700 como oidor de la Audiencia Real de Panamá y don Pedro Ramírez de Arellano López y Aperregui, capitán de caballos, designado para el gobierno de la ciudad de Xicayán en Nueva España en 1701, año que coincide con el del lienzo de Correa de las Dominicas y, que por tanto se aviene mucho mejor con la procedencia y cronología de la pintura. El hecho de haber sido destinado a Nueva España puede ser un dato que incline la balanza hacia este distinguido tudelano que, nada más saber de su nombramiento, escribió a su ciudad natal, ofreciéndose al

ayuntamiento, en el mes de septiembre de aquel año. La ciudad, alborozada y, como en otras ocasiones, decidió festejar la noticia corriendo un toro por las calles, encendiendo una hoguera, colgando vitores e iluminando los balcones de la Casa de la ciudad con hachas.

Los vínculos de don Pedro con su Tudela natal no desaparecieron con su marcha a Nueva España. Sabemos que, en marzo de 1720 su hijo don Pedro Ramírez de Arellano y Yanci contrajo matrimonio con María Francisca Aperregui y Tornamira, hija de don Gregorio Antonio, caballero de Santiago. En la correspondiente partida matrimonial, se hace constar que el padre del contrayente seguía ocupando el cargo de gobernador de Xicayán en Nueva España. Es posible que este hijo de don Pedro, llamado como su padre, se pueda identificar con el general que remitió a la parroquia de San Nicolás una pintura de la Virgen de Guadalupe firmada por Antonio Torres en 1711.

El autor del lienzo, el mulato Juan Correa (1646-1716) fue miembro de una familia de pintores y se le considera como el maestro más importante de cuantos estuvieron activos en Nueva España en el paso del siglo XVII al XVIII. Su obra ha sido estudiada y catalogada por la prof. Vargas Lugo, poniendo de manifiesto, además del carácter prolífico de su pintura, la variedad de clientes para los que trabajó, por lo que su obra muestra distintos niveles de calidad.

La Inmaculada que nos ocupa responde a un tipo muy divulgado en tierras novohispanas, cual mujer de la Apocalipsis y acompañada de símbolos de la letanía laudatoria de sus virtudes y pureza: puerta del cielo, espejo sin mancha, ciprés, casa de oro, rosa sin espinas, vara de lirios y azucena. La imagen de la Virgen aparece ligeramente incurvada, con las manos juntas y desplazadas hacia su izquierda, mientras que la cabeza gira hacia el sentido contrario. Su rostro es muy fino y las telas poseen un correcto tratamiento, especialmente en los encajes y bordados del donante que hace gala de su posición social, mediante la cascaca, gola y empuñaduras que luce. [R.F.G.]

VARGAS LUGO, E., VICTORIA, J. G. y CURIEL, G., *Juan Correa: su vida y su obra*. México, UNAM, 1985.

VARGAS LUGO, E., "Inmaculada Concepción o Tota Pulchra", *México en el mundo de las colecciones de arte. Nueva España I*. México, Azabache, 1994, p. 223.

RUIZ GOMAR, R., "Inmaculada Concepción con donante", *Los Siglos de Oro en los virreinos de América 1550-1700*. Madrid, Sociedad Estatal para la conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 1999, p. 304.

FERNÁNDEZ GRACIA, R., *La Inmaculada Concepción en Navarra. Arte y devoción durante los siglos del Barroco. Mentores, artistas e iconografía*. Pamplona, Etna, 2004, pp. 176-179.





## Retrato de Juan Bautista Yturralde, marqués de Murillo

Antonio González Ruiz.

Atribución, c. 1739.

Óleo sobre lienzo,

262 x 180 cm.

Arizkun (Navarra).

Clarisas.

Este retrato de don Juan Bautista de Yturralde forma pareja con el de su esposa doña Manuela Munárriz. En ambos lienzos aparecen los Marqueses de Murillo sentados frente a frente, él a la derecha del espectador y ella a la izquierda, en su despacho y aposento respectivos. Ambos retratos, considerados perdidos y localizados recientemente en la clausura del convento de clarisas de Arizkun donde se guardan, proceden del Seminario de San Juan Bautista de Pamplona, y tienen el mérito de ofrecernos la imagen hasta ahora inédita del que fue famoso financiero y ministro de Hacienda de Felipe V y de su esposa. Don Juan Bautista de Yturralde (1670-1741), nacido en Arizkun, pertenece a ese grupo de baztaneses que triunfaron en el Madrid de Felipe V. Paisano de Juan de Goyeneche, fue su socio y amigo íntimo y, asimismo, compartió amistad e ideas con el famoso mercantilista Gerónimo de Uztáriz. Como ellos, fue congregante de la Real Congregación de San Fermín de los Navarros, en la que llegó a ser Prefecto. Felipe V le nombró ministro de Hacienda, pero no tuvo éxito en la gestión pública y en 1739, al abandonar el cargo, el rey Felipe V le concedió el título de Marqués de Murillo del Cuende [...] *por lo bien servido que me hallo de don Juan Bautista de Yturralde de mi secretario de Estado y del Despacho de Hacienda y Gobernador del consejo de ella y sus tribunales y por el amor, integridad y acierto con que ha sabido merecer mi soberana aceptación he hecho merced del título de Navarra...* según recoge R. Fernández Durán. Fue también tesoro del Palacio del Buen Retiro. Hombre devoto y sin hijos, volcó su fortuna en fundaciones religiosas en Navarra, como el Seminario de San Juan Bautista de Pamplona, para baztaneses y el convento de clarisas de Santa María de los Ángeles de Arizkun. Favoreció generosamente al monasterio de dominicos de Jesús y María de Valverde de Fuencarral junto al cual tenía su casa y en cuya iglesia está enterrado.

Resulta más que probable que los retratos del matrimonio Yturralde fueran pintados en los años treinta, quizá coincidiendo con los años en que fue ministro de Hacienda. Podrían tratarse de una réplica de los retratos que Yturralde tenía en su casa de Madrid y que se hicieran para que sus fundaciones contaran con las efigies de sus patronos. En el retrato del Marqués figura en cursiva el apellido *Yturralde*. El Marqués de Murillo aparece sentado ante la mesa de su despacho con un expediente en la mano y mirando al espectador. El financiero está representado con apostura en pose elegante y vestido como un cortesano, casaca de terciopelo verde, zapatos de hebilla, pero con cierta sobriedad, lo que

parece encajar con el natural austero de quien, al decir de un contemporáneo, *nunca había usado camisas con vueltas y encajes*. La peluca rizada, que oculta la calvicie, enmarca el rostro bien construido y modelado cuya mirada denota su carácter práctico y resuelto a la par que bondadoso, nariz grande y labios jugosos y sensuales. Sobre la mesa de despacho cubierta por terciopelo rojo están los fajos de expedientes y una escribanía de plata que forman un bodegón de calidad. La riqueza del mobiliario tapizado en terciopelo rojo y la elocuencia de los elementos del fondo como el gran cortinaje, el pedestal de la columna y la arquitectura que lo completan, meramente esbozados, sitúan esta obra dentro del retrato cortesano de aparato, introducido por los grandes pintores franceses, Jean Ranc, Miguel Ángel Houasse o Louis Michel van Loo, en el reinado de Felipe V. Yturralde, próximo al rey como ministro de Hacienda, es lógico que buscara su retratista en el círculo cortesano, al que pertenecía Antonio González Ruiz. A este pintor pueden atribuirse los dos retratos de los Marqueses de Murillo, por el dominio del oficio y el manejo de los recursos del retrato de aparato que aprendió de su maestro Miguel Ángel Houasse, por su asistencia a la Academia que el maestro francés tuvo en Madrid y su posterior estancia en París. Precisamente en 1737 regresa González Ruiz de su larga estancia en Europa y dos años más tarde recibe el encargo de Felipe V de pintar varios retratos en miniatura de personas reales con destino a las joyas que se dieron a los embajadores. Coincide esta fecha con el último año del ministerio de don Juan Bautista de Yturralde, momento propicio para la ejecución de los retratos. Muestran ambos retratos un sólido dibujo preparatorio como acostumbraba a hacerlo González Ruiz, pintor práctico en retratos que retratará al propio rey Felipe V de la Universidad de Salamanca, al Cardenal Infante don Luis Antonio y realizará el importante cuadro de la Alegoría de la Junta Preparatoria de la Academia que incorpora también los retratos del rey y del Marqués de Villarias. Existe además un dato significativo y es la condición de navarro del pintor, ya que había nacido en Corella, en el seno de una familia de tradición artística. Si se tiene en cuenta que entre el grupo de navarros en Madrid el paisanaje era una razón de peso en el establecimiento de relaciones de todo tipo, resulta fácil pensar que don Juan Bautista de Yturralde hubiera encontrado en el artista navarro que pintaba para el rey, hábil en la ejecución de retratos a la nueva moda francesa, el pintor idóneo para encargarle el suyo propio y el de su esposa. [M.C.G.G.]

ARRESE, J.L. de, *Antonio González Ruiz*, Madrid, 1973.

FERNÁNDEZ DURÁN, R., *Gerónimo de Uztáriz 1670-1732. Una política económica para Felipe V*, Madrid, 1999,

pp. 64-66.

GARCÍA GAINZA, M.C., "Economía, Devoción y Mecenazgo en Juan Bautista de Yturralde", en *Juan de Goyeneche y su tiempo. Los navarros en Madrid*, Pamplona, 1999,

pp. 161-224.

PÉREZ SÁNCHEZ, A. E. "Algunos retratos desconocidos de Antonio González Ruiz", en *Tiempo y Espacio en el Arte. Homenaje al Profesor Antonio Benet Correa*, II, Madrid, 1994,

pp. 915 y 917.





## Retrato de Manuela Munárriz, marquesa de Murillo

Antonio González Ruiz.  
Atribución, c. 1739.  
Óleo sobre lienzo,  
262 x 180 cm.  
Arizkun (Navarra).  
Clarisas.

Representa este retrato a doña Manuela Munárriz, esposa de don Juan Bautista de Yturralde. Esta dama, natural de Alcalá de Henares, estaba vinculada a Navarra ya que era hija de Benito de Munárriz, natural de Estella, y de María de Aramburu, natural de Escariche (Toledo). La familia era de posición acomodada y vivía en una casa de la calle Mayor de Alcalá de Henares, que heredaría doña Manuela. Sus tres hermanos eran gente bien situada: Benito de Munárriz era caballero de la Orden de Santiago; Andrés de Munárriz, canónigo de la Catedral de Toledo y capellán de los Reyes Nuevos; y Manuel Vicente de Munárriz, canónigo de la Magistral de San Justo y Pastor de Alcalá de Henares. Estas relaciones familiares explican los vínculos del matrimonio Yturralde con Toledo y Alcalá, a donde van a ir destinados diversos legados de la testamentaria y codicilos de ambos cónyuges.

El matrimonio no tuvo hijos. En un principio vivieron alejados de la Corte, en una casa contigua al convento de dominicos de Jesús y María de Valverde de Fuencarral, con el que el matrimonio mantuvo una constante y generosa relación, participando intensamente de las devociones del convento y, finalmente, enterrándose en la iglesia del mismo. Después, debido a la exigencia del trabajo y cargo de don Juan Bautista de Yturralde, se mudaron a una casa de la calle de Alcalá, contigua a la de Juan de Goyeneche.

Los Yturralde fueron personas de honda religiosidad y practicaron una forma de vida propia de la nobleza del barroco que impregna la sociedad de los primeros Borbones en coexistencia un tanto paradójica con las ideas colbertistas y los nuevos aires europeos de Juan de Goyeneche, Gerónimo de Uztáriz y otros amigos del Marqués de Murillo.

Esta situación se plasma en el retrato de doña Manuela Munárriz, representada con el aparato y el lujo del retrato cortesano de la época pero sin rastro de frivolidad, sino muy al contrario, con el libro de oraciones en una mano y señalando con la otra una estampa de Santo Domingo, que expresa bien a las claras su condición de devota del santo. La esposa del rico financiero aparece sentada, como su esposo en el retrato con el que hace pareja, en un rico sillón de brazos y patas avolutadas tapizado en rojo, semejante al de su marido. Su pose es elegante y su cuerpo fino y erguido. Su cabeza girada dirige la mirada al espectador. El rostro fino y alargado, bien construido con la degradación de tonos, los ojos amables, los rasgos poco correctos y el pelo recogido en un moño por

una diadema, proporcionan a la retratada una apariencia algo adusta. Viste un rico vestido de terciopelo verde con bordados en oro en el escote, sobre el codo y en la cintura, que cae hasta el suelo en ampulosos y pesados pliegues. Hay cierta sobriedad a pesar de lo rico del vestido en el uso de joyas; únicamente unos pendientes y un colgante en el cuello, sin anillos ni pulseras. La mesa que la Marquesa de Murillo tiene ante sí hace juego con el sillón y tiene sobre ella un delicado jarrón de flores que acompaña a la estampa del santo dominico. Sirve de fondo a la figura un gran cortinaje que cae en dobladuras meramente esbozadas sin ningún enmarque arquitectónico.

El retrato puede atribuirse, al igual que el del marido, al pintor navarro Antonio González Ruiz, quien domina todos los recursos del retrato cortesano que habían introducido en la Corte los pintores franceses. Retratista de Felipe V, de otros personajes de su Corte y más tarde de Fernando VI, fundamentó sus retratos en un sólido dibujo tal y como puede apreciarse en el retrato de don Ignacio de Hermosilla del Museo de la Real Academia de Bellas Artes, cuyo dibujo preparatorio se conserva en el Museo del Prado, sedente ante una mesa y escribiendo. Esta prioridad del dibujo en la concepción del retrato resulta fácilmente comprensible en un maestro que se dedicará más tarde a dibujar modelos que copiarían los alumnos de la Academia, y de los que se conserva un amplio repertorio. González Ruiz estructura los espacios con elementos de mobiliario que adquieren un gran protagonismo, y llena los fondos con motivos retóricos como cortinajes y basas de columnas. Los rostros bien modelados e iluminados conservan el parecido y la expresión propias del retratado, rasgos que se hallan magníficamente captados en el retrato de su suegro don Juan Bautista Bernabé Palomino, el que fue famoso grabador, y en el propio autorretrato del pintor de la Real Academia de San Fernando del mismo museo. El colorido es intenso contrastando el verde del vestido con sus brillos con el rojo terciopelo del sillón, con hábil modelado. La iluminación se centra en la cara y en las manos, cuya palidez resalta sobre los tonos oscuros.

Los retratos de los Marqueses de Murillo constituyen una interesante primicia no sólo por su interés artístico sino por la significación histórica de los efigiados, un ilustre financiero y ministro de Hacienda de Felipe V, y su esposa. Se conservan sendas copias de estos retratos firmadas en 1941 en el Colegio de Escolapios de Madrid. [M.C.G.G.]

GARCÍA GAÍNZA, M.C., "Economía, Devoción y Mecenazgo en Juan Bautista de Yturralde", en IDEM, *Juan de Goyeneche y su tiempo. Los navarros en Madrid*, Pamplona, Gobierno de Navarra 1999, pp. 161-224.  
PAREDES, C. *Antonio González Ruiz, Corella 1771-1778*. Pamplona, 1990.





## Retrato de Francisco Añoa y Busto, arzobispo de Zaragoza

José Luzán Martínez,  
c. 1755-1760.

Óleo sobre lienzo,  
215 x 132 cm.

Zaragoza.

Compañía de María.

Nos encontramos ante un retrato ejecutado por José Luzán Martínez, nacido en Zaragoza el 16 de diciembre de 1710, hijo de un maestro dorador, en cuyo taller se inició, acudiendo después a la academia del escultor Juan Ramírez. A los 16 años entra al servicio del Marqués de Cascojuela y sus hijos, los Príncipes de Pignatelli, quienes lo enviaron cinco años a Nápoles para completar su formación con Giuseppe Mastroleo. De vuelta en Zaragoza, se instaló en los cuartos bajos del palacio de sus protectores y su fama traspasó las fronteras aragonesas, hasta tal punto que, en 1741, Felipe V le nombró Pintor Supernumerario de la Casa Real. A ello le sucedieron otros nombramientos, como el de revisor de pinturas deshonestas e irrisorias, por parte del Tribunal de la Inquisición de Aragón. Todo ello lo compatibilizó con su labor docente y directiva en la Academia de Pintura y Escultura, creada en Zaragoza, de efímera vida. Muchos de sus discípulos prosperaron, como Francisco Bayeu, Beráton, Tomás Vallespín, Antonio Martínez, y, sobre todo, Francisco José de Goya

La obra de José Luzán es extensísima, ya que se prolonga durante medio siglo, destacando conjuntos pictóricos como los de Ntra. Sra. de Zaragoza la Vieja, la cúpula de San Antonio en el Pilar y varias versiones del tema de la Venida de la Virgen. Se mostró muy bien dotado para el retrato, consolidándose en uno de los mejores retratistas españoles de su tiempo, destacando el retrato del arzobispo de Zaragoza García Mañero o el de la Madre Beatriz de Silva. En cuanto a su estilo, fue el mayor representante del rococó en Aragón, con un peculiar carácter, a base de suaves y elegantes formas, con un cromatismo influido por Giordano, De Matteis, Solimena y, sobre todo, por el napolitano Sebastiano Conca, de quien se confesó ferviente admirador.

El retratado es el Arzobispo de Zaragoza Ignacio Añoa y Busto, nacido en Viana, el 27 de febrero de 1684, en una pudiente familia. Tras una breve formación académica, es enviado con doce años a Alcalá de Henares, donde cursó estudios de teología, jurisprudencia y filosofía. Obtuvo una beca del colegio de la Santa Cruz de Valladolid, donde en 1708 es nombrado catedrático. Dos años después se le nombró "nuevo beneficiario de las iglesias de Viana". En 1712 viaja a Cuenca, donde se ordena, pasando a ocupar los cargos de provisor y vicario general, a lo que se sumó el de inquisidor, en 1719. Finalizada su fase conquense, se erige como obispo de Pamplona en 1736. Tras una serie de tensiones con el virrey, en

1742 presentó sus quejas al monarca en visita personal, tras la cual, fue nombrado arzobispo de Zaragoza, a pesar de no creerse merecedor de su nueva sede, que le acogería hasta su muerte, en 1764.

Por lo que respecta su labor pastoral, fue de gran importancia en ambos destinos. En Pamplona, realizó una amplia visita pastoral al poco de ser nombrado, que le ocupó cuatro de sus seis años de arzobispado. Fomentó con especial cariño la devoción a la Virgen y al Corazón de Jesús. En Zaragoza favoreció en alto grado la educación, asentando la Compañía de María y otorgando providencias al nuevo seminario de San Carlos, amén de multitud de acciones caritativas.

Su labor como mecenas de las artes fue extensísima, beneficiándose de ella, amén de sus diócesis, su localidad natal, con cuatro relicarios de plata y un busto de Santa María Magdalena. En Pamplona, levantó casi íntegramente el palacio episcopal, siendo él el primero en habitarlo, y empleó grandes sumas en reparaciones varias de la seo. En Zaragoza, entre otras muchas obras, promovió la capilla del Pilar, supervisando sus obras con celo, a sus 66 años, aferrado a un andamio. También destacaron sus obras en la seo, adecuando las capillas de San Miguel y San Benito, ordenando construir dos grandes armarios, decorados por Luzán, y, sobre todo, la nueva fachada.

El lienzo de Luzán posee influencias de la retratística francesa rococó, principalmente de Van Loo, pintor de Cámara de Felipe V y Fernando VI, cuyas colecciones visitó durante su estancia en 1741. Muestra su pincelada suelta y certera, con la que define diferentes calidades, utilizando un cromatismo tenue y apropiado para la escena, en la que el arzobispo aparece flanqueado por sus atributos, sentado en su estudio (de un marcado estilo rococó), en alusión a su vertiente intelectual. Destaca el estudio del rostro, que define claramente el carácter y autoridad necesarios para mecer la mitra de un arzobispado de tal importancia. En la parte inferior aparece una cartela donde se narran los hechos más significativos de su vida, escoltada por sus armas. [E.M.S.]

ANSÓN NAVARRO, A., *El pintor y profesor José Luzán Martínez*, Zaragoza, CAI, 1986.

LABEAGA MENDIOLA J., et alii, *Tres arzobispos de Viana*, Viana, Gráficas Anruí, 1997, pp. 155-229.

SERRANO MARTÍNEZ, A., "Episcopologio de Zaragoza", *Aragonia Sacra XVI-XVII*, Zaragoza, Comisión Regional del Patrimonio Cultural de la Iglesia de Aragón, 2003, pp. 227-229.



Don Juan Ximénez de Urrea,  
Obispo de Calerín, nació en 7 de Mayo  
de 1601, de S. Cruz de Murcia, y murió  
en 1670, de los 69 años.



## Coronas de la Virgen del Sagrario

Juan José de la Cruz,  
1736

Oro fundido, calado,  
conformado, cincelado,  
etc.; esmeraldas y  
diamantes.

Corona de la Virgen:  
altura máx.: 23,5 cm;  
diámetro máx.: 30 cm;  
base: 16 cm.

Corona del Niño:  
altura máx.: 6,5 cm;  
diámetro: 11 cm;  
base: 10 cm.

AVE + MARIA +  
GRATIA + PLENA  
Pamplona. Catedral.

Conjunto de dos coronas de oro, adaptadas a las cabezas de la imagen de María y su Hijo, bajo la advocación del Sagrario o Santa María la Real. La corona mayor consta de un bandó o coronel sencillo, a modo de faja, con las letras AVE MARIA GRATIA PLENA, mitad con labor de engastería y mitad esmaltadas de negro, superpuestas y separadas por botones de diamantes. Remata una franja –interrumpida por algún diamante– de esmeraldas engastadas en hilera. Sobre ésta se levanta alto canasto calado, con labor de roleos vegetales y flores con engastes en su centro, que se enriquece con profusión de diamantes y esmeraldas y se prolonga en ocho imperiales, también calados, unidos bajo un orbe rematado por cruz latina. Tanto el bandó como el interior de la corona han sido reestructurados a mediados del siglo XX.

La corona del Niño repite el mismo modelo, aunque simplificado, pues carece de imperiales y de bandó, arrancando el canasto de la hilera de piedras. Según recoge Goñi Gaztambide, sólo la corona de la Virgen tenía 1.087 diamantes, 495 esmeraldas, y se emplearon en su confección 72 onzas de oro, todo valorado en 10.000 pesos, mientras que, en la del Niño se engastaron 192 diamantes, 172 esmeraldas y, con la hechura, ascendía su valor a 2.500 pesos. El mismo autor menciona que fue un encargo del cabildo y que su autor era Juan José de la Cruz.

Fernández Gracia informa de que este platero de oro era, además, grabador, y nació en Canfranc hacia 1695, falleciendo en Pamplona en 1777. De familia de artistas (su padre era escultor), entre sus parientes se encontraban el grabador y el dramaturgo del mismo apellido. Casó con la hija de su maestro, el reputado Hernando de Yábar, y su obra como platero, sin duda de excelente calidad, aunque algo convencional, es escasamente conocida, salvo las coronas que se mencionan y alguno de los ricos petos del joyero de la Virgen que le hemos atribuido teniendo a la vista su examen, fechado en 1725.

El mismo estudioso nos ha comunicado la referencia documental en el archivo de la catedral de Pamplona: Sindicatura. Fajo 38, n.º 27, bajo el epígrafe “*Razon del Coste de las Coronas de oro de Nuestra Señora. 1736 por Juan José de La Cruz.*” Esto coincide con los datos publicados por Goñi Gaztambide sobre el autor y la obra, añadiendo que las coronas se costearon, en su mayor parte, con donaciones de los diferentes devotos.

Las ricas esmeraldas, algunas muy grandes, con que están adornadas las coronas, pro-

ceden, sin duda, de la actual Colombia, y es factible suponer que todo o parte del conjunto fuese donado por el Marqués de Castelfuerte, Virrey del Perú, quien volvió a su tierra en el mismo año de 1736, e hizo otros muchos regalos y donaciones. El cabildo, atento a la llegada del prócer y agradecido por sus donaciones, preparó una carta de bienvenida y otras atenciones.

En definitiva, las dos coronas son obras excepcionales por su tamaño, riqueza y calidad, poco conocidas a pesar de su importancia, pues sólo podrían compararse con algunos ejemplares –pocos– como la mal llamada “Corona de los Andes”.

Destacamos que, unidas al resto de joyas dieciochescas conservadas en el joyero de la catedral, constituyen lo que quizás sea el conjunto más importante de la platería de oro de la primera mitad del siglo XVIII en España, y dan fe del esplendor y opulencia de las clases altas navarras, que tan importante papel tuvieron en la Corte. [L.A.M.]

GOÑI GAZTAMBIDE, J., *Los obispos del siglo XVIII*, Tomo VII, Pamplona, Eunsá-Príncipe de Viana, 1989, pp. 290-291.  
FERNÁNDEZ GRACIA, R., “Plateros-grabadores en Pamplona durante los siglos del Barroco”, *Estudios de Platería* (J. Rivas, coord.), Murcia, 2004, pp. 174-175.





## Airón, ramo o tembladera de la Virgen del Sagrario

Escuela española,  
1690-1710.

Oro esmaltado y  
piedras. Recortado,  
cincelado, esmaltado,  
etc., 11 x 8 cm.

Pamplona. Catedral.

Joya del tipo denominado "airón", compuesta por placa recortada y cincelada con motivos vegetales, en forma de T, con siete anillas para colgantes (quedan tres) a la que se añaden al frente piedras engastadas y se sujetan mediante tornillos dos sobrepuestos, el inferior en forma de flor, y el superior formado por una copa con flores, a la que se asoma un pajarillo, faltando su pareja. Se adosa a esta estructura otra superior, en forma de ramo abierto, formada por cinco alambres gruesos que incorporan muelles rematados por flores esmaltadas, con pétalos sobrepuestos en dos filas, algunos esmaltados, esferillas también esmaltadas que simulan los pistilos de la flor y rodean un motivo central con piedra en caja de engaste elevada.

A esto se añaden cuatro alambres más cortos, rematados por elementos en lágrima o gota, también llamados *piochas* o *farolillos*, donde se engastan sendas piedras. A los lados, un par de alambres más finos se rematan por flores simples, esmaltadas.

Del vástago central surge un ave esmaltada de rojo y verde, con rubí central y ramo de tres florecillas con *piocha*.

Los colores del esmaltado son azul celeste, blanco, naranja, negro, rosa y amarillo opacos, azul oscuro, rojo y verde de trasfondo. Al dorso, elemento en ese para enganche.

Aunque algunos de los ejemplares existentes en el extranjero se han venido considerando obras foráneas, creemos que, por su abundante documentación y sus peculiares características técnicas y estilísticas, este objeto y sus similares pertenecen al grupo de las joyas elaboradas en España en la transición del siglo XVII al XVIII. Avalan esta hipótesis la permanencia del esmalte pintado (vaso) y de bulbo redondo en flores y pájaros, con soluciones arcaizantes como el esmaltado del ave central, que sigue pautas específicas del arte español, peninsular e indiano, ya en vigor en el siglo XVI, mientras que la parte inferior presenta diseños siguiendo el gusto internacional, patente en repertorios como los de Pietro Cerini o los propios dibujos de roleos vegetales que hallamos en los exámenes, publicados por García Gainza, de los plateros de Pamplona fechados en la primera década del siglo XVII, en los que predomina el empleo del metal y piedras blancas, sin esmaltado en colores. Esta mezcla de tendencias, unida a la presencia de zonas esmaltadas en viva policromía y, en particular, la solución técnico-estilística de las tembladeras, es propia del ámbito español, pues las flores que rematan las tembladeras se documentan similares en airones andaluces del mismo periodo,

joyas acorazonadas con o sin corona y petos (joyas triangulares), con ejemplos desde Andalucía (Málaga, Antequera, tesoros de N.º S.º del Rosario y N.º S.º del Remedio, Sevilla, Carmona, tesoro de N.º S.º de Gracia, Utrera, joyero de N.º S.º de la Consolación, etc.) hasta Aragón (Zaragoza, tesoro de El Pilar. Joya del halo de 1905, y peto vendido en 1870, hoy en el Victoria & Albert Museum de Londres).

El inventario gráfico del joyero de N.º S.º de Guadalupe contiene varios ejemplos semejantes en diseño (fol. 6r., n.º 3; fol. 44 v., n.º 3) y, más concretamente, el examen de pasantía de Joseph Tremulles en Barcelona, fechado en 1699, incluye soluciones similares (*Llibres de Passanties*, n.º 745).

En la pintura, aparecen reflejados modelos muy parecidos en el aderezo del cabello y petos que lucen las damas en algunas pinturas de escuela mexicana, con ejemplos del primer cuarto del siglo XVIII en la Pinacoteca Virreynal de México y la colección Concepción Obregón Zaldívar de Velázquez. Son semejantes en el tratamiento del esmalte otros airones, como el conservado en el Real Monasterio de la Encarnación en Madrid, éste con el detalle, típicamente español, de la mariposa, motivo que también incorpora un ejemplar incompleto existente en el joyero de N.º S.º de Gracia de Carmona.

Usado, tanto para el adorno de la cabeza como del escote del vestido, recibe la denominación de *airón*, ramo o *piocha*. Sus paralelos físicos más próximos son los conservados en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, si bien éste carece del ave central, el airón con mariposa de Carmona y los del Museum für Kunst und Gewerbe, en Hamburgo y el Schmuck Museum de Pforzheim.

De los ejemplares citados, consideramos que éste es el más bello y mejor elaborado, que no descartamos haya sido realizado en talleres americanos, preferentemente en el Méjico virreinal. [L.A.M.]

- MULLER, P., *Jewels in Spain 1500-1800*, Nueva York, The Hispanic Society, 1972, pp. 159-60, il. 242.  
NEWMANN, H., *An illustrated Dictionary of Jewellery*, Londres, Thames and Hudson, 1981, p. 45.  
SANZ SERRANO, M. J., "El tesoro de la Virgen de Gracia", *La Virgen de Gracia de Carmona*, Carmona, Hermandad de Nuestra Señora la Santísima Virgen de Gracia, 1990, pp. 87, 90, figs. 25 y 29.  
ARBETETA MIRA, L., "Orfebrería religiosa", *Ansorena. 150 años en la joyería madrileña*, Madrid, Ansorena, 1995, pp. 80-1.  
ARBETETA MIRA, L., *La joyería española de Felipe II a Alfonso XIII. Catálogo de la exposición*, Madrid, 1998, pp. 158-159.  
ARBETETA MIRA, L., "La joyería española de los siglos XVI al XX", *Summa Artis. Historia general del arte*, vol. XLV, Madrid, Espasa, 1999, pp. 236-7, 241, 243.





## Petos, lazo y cetro de la Virgen del Sagrario

Pamplona {2},  
 Juan José Lacruz {2}.  
 Oro, diamantes.  
 Fundido, cincelado,  
 recortado, inciso,  
 engastado, etc.  
 Elemento central del  
 cetro: 1650-1660;  
 elemento superior:  
 comienzos del s.XVIII;  
 petos: primer tercio del  
 siglo XVIII; lazo:  
 segundo tercio del  
 siglo XVIII.  
 Petos: 9 x 14 cm,  
 11 x 10,5 cm,  
 7,5 x 11 cm y 8 x 10 cm  
 Cetro: 21,5 x 9 cm.  
 Lazo: 12 x 9 cm.  
 Pamplona. Catedral.

La selección está formada por cuatro petos o brocamantones para el escote y pechera de los vestidos femeninos, un cetro para uso de la imagen titular, consistente en un vástago cilíndrico que incorpora una rosa de pecho y un hábito, y un gran ejemplar de lazo o lazada.

Los petos son joyas de gran tamaño y peso, de perfil triangular, consistentes en un elemento estructural al que se aplican diferentes sobrepuestos y, en algunos casos, colgantes y tembladeras. Conservan su estructura original, si bien han sido reforzados posteriormente, añadiendo elementos de sujeción y numeración para su inventariado. Su diseño se basa en roleos vegetales calados, con elementos florales y presentan dorsos lisos, con profusa decoración de hojarasca y flores incisas.

Aunque a primera vista pudiera parecer uniforme, el lenguaje técnico de estas piezas es dispar, pues corresponden a distinta época, siendo más antiguos los elementos que se han incorporado al cetro de la imagen titular, especialmente el elemento redondeado, posiblemente una "rosa de pecho" femenina, joya cuyo uso se documenta abundantemente en la pintura española de la época de Velázquez y los pintores de la escuela de Madrid entre 1650 y 1660, momento al que, a juzgar por su composición y lenguaje técnico, de engastado con sellado de aristas filosas, pertenece la pieza. El dorso con una ventana en la que aparece su correspondiente iluminación intercambiable, susceptible de ser colocada en el anverso, nos lo confirma, pues era común la existencia de joyas, tanto masculinas como femeninas, que podían utilizarse como devocionales y profanas a la vez, intercambiando elementos. El modelo es común y aparece asimismo bien documentado en toda la Península, por lo que cabe, a falta de mejores datos, suponer que se trata de producción local. En cuanto al elemento lanceolado, es posterior y puede ser fechado en el primer tercio del siglo XVIII. Se trata de un hábito o insignia de cofradía, posiblemente relacionado con la Orden Agustina.

En lo que respecta a los petos, es preciso distinguir modelos y técnicas. Aunque aparentemente algunos dibujos de la platería de Pamplona publicados por García Gainza pudieran parecer similares, especialmente el de Santiago Bishgres en 1721, es preciso distinguir. La presencia de motivos en abanico y flores montadas en tembladera del peto a) nos remite a las dos primeras décadas del siglo, mientras que el diseño de los roleos se corresponde con los dibujos ornamentales de algunos plateros examinados en Pamplona, como Joseph de Muñoz (1702); Gabriel Bertin (1705); Manuel Beramendi (1707), o Juan Mas (1712), lo que se aplica también a la decoración

del reverso. Este tipo de petos están documentados en retratos de escuela mexicana, pero esto no excluye que puedan ser piezas a la moda traídas de España. El peto b) sigue las pautas de Antonio Argaji (1700) y del mencionado Muñoz. Presenta ya los colgantes en lágrima, *farolillo* o *piocha* que aparecen ya en las piezas elaboradas en torno a 1700, caso del airón del mismo joyero, idea tomada de las *jaulillas* y *peinados de alto copete* del último tercio del siglo XVI. Su colgante redondeado es todavía una rosa y el lenguaje técnico corresponde al de un airón en colección particular que fechamos entre 1690-1710. Los ejemplares c) y d) presentan similares características, aunque este último parece algo más tardío, por lo que cabe concluir que este importante grupo fue realizado en el primer tercio del siglo XVIII, puesto que los dibujos pamploneses revelan estar al día de los movimientos europeos y la influencia de diseñadores como Pietro Cerini, el monogramista P.C. o Louis Rupert se hace patente. Alguno de ellos podría ser obra de Juan José de la Cruz, platero de oro autor de las coronas de la Virgen, quien en 1725 presenta su examen ornado de roleos vegetales muy parecidos a alguno de estos petos, especialmente el n.º d). Quizás alguno de estos petos sea la joya "muy decente" que, realizada con diamantes, regaló a la Virgen la Condesa de Ripalda. Más probable es que alguno de los ejemplares, quizás el n.º d), pueda identificarse con el obsequio realizado con motivo de su llegada en 1729 a la diócesis por el obispo Gutiérrez Vallejo, quien ofreció un "rico pectoral de diamantes", tasado a la baja en la importante suma de 486 ducados. Puesto que Juan José de la Cruz trabajó para el cabildo catedralicio en la elaboración de las coronas de la Virgen y el Niño, cabe suponer que pudo realizar el encargo. En todo caso, este conjunto de joyas reviste una calidad excepcional y es harto acreedor de un estudio aparte, en que pueda confrontarse detalladamente con otros ejemplares, como los petos de joyeros marianos, especialmente andaluces, caso de los de la Virgen del Rosario de Antequera.

Por lo que respecta al lazo, es ejemplar excepcional, tanto por sus dimensiones como por su perfección técnica. El tipo corresponde a lo denominado como "lazadas encrespadas", que García Gainza identifica adecuadamente, y consiste en una variante de los lazos metálicos empleados desde mediados del siglo XVII, moda de probable origen español, y que aparece en los exámenes de Pamplona dibujada por Manuel Montero en 1743—año que coincide con las ordenanzas que regulan los exámenes—y en la que se aprecia cestería de ces a modo de finos alambres calados. [L.A.M.]

GOÑI GAZTAMBIDE, J., *Historia de los Obispos de Pamplona. S. XVIII*. Tomo VII. Pamplona, 1989, pp. 277 y 390.  
 GARCÍA GAINZA, C., *Dibujos antiguos de los plateros de Pamplona*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1991, pp. 78, 79, 132, 133, 184, 185.  
 ARBETETA MIRA, L., "Platería y joyería en la Corte de Felipe V. La influencia francesa", *El arte en la corte de Felipe V*. Madrid, Patrimonio Nacional, Museo Nacional de El Prado, 2003, pp. 366-372.











## Placa honorífica del marqués de Castelfuerte

Juan José Lacruz,  
José de Yábar y José  
de Huarte, 1731.  
Metal y bronce dorado  
al fuego, 99 x 107 cm.  
*EL EX<sup>mo</sup> S<sup>o</sup> D<sup>o</sup> JOSEPH DE/  
ARMENDARIZ/ MARQ<sup>o</sup> DE  
CASTEL FUERTE,  
CAVALLERO/ DEL HAVITO  
DE S<sup>o</sup> THIAGO, COMM<sup>o</sup>  
DE/ MONTICON Y  
CHICLANA, CAPITAN GEN<sup>l</sup> /  
QUE FUE EN LA  
PROVINZIA DE  
GUIPUZCO<sup>a</sup> / THEM<sup>o</sup>  
CORONEL DE LAS REALES  
GUAR<sup>o</sup> / DE YNFANTERIA,  
VIRREY Y CAPITAN GEN<sup>l</sup> /  
DE TIERRA FIRME Y DEL  
PIRU, Y CAPITAN GEN<sup>l</sup> DE  
LOS R<sup>o</sup> EXERCITOS DE SU  
MAG<sup>o</sup> /, LA CIUDAD DE  
PAMPLONA/ EN ATENCION  
A LOS EXCELSOS  
MERITOS DE ESTE SU  
HIJO PARA PERPETUA/  
MEMORIA. FIXO AÑO 1731*  
Pamplona. Archivo  
Municipal.

Archivo Municipal de Pamplona, Libro de Actas del Regimiento, n.º 31, fols. 40 y 118-122.  
Archivo Municipal de Pamplona, Libranzas, 1731.  
ZUDAIRE HUARTE, E., *José de Armendáriz, marqués de Castelfuerte y virrey del Perú*, T.C.P., n.º 398, Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1982.  
MORENO CEBRIÁN, A., *El virreinato del marqués de Castelfuerte, 1724-1736*, Madrid, Catnel, 2000.  
ANDUEZA UNANUA, P., *La arquitectura señorial de Pamplona en el siglo XVIII: familias, urbanismo y ciudad*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 2004, pp. 72-76.

Esta placa de bronce dorado, hoy custodiada en el Archivo Municipal de Pamplona, fue realizada en 1731 por los plateros de Pamplona Juan José Lacruz y José de Yábar, así como por el calderero José de Huarte, por orden del Regimiento de la ciudad, para ser colocada en la casa principal de José de Armendáriz y Perurena, primer marqués de Castelfuerte, situada en la calle de las Cuchillerías de la capital navarra. De esta manera la ciudad de Pamplona, alabando sus méritos, rendía homenaje a uno de sus hijos más ilustres.

Nacido en Pamplona en 1670, en cuya parroquia de San Juan Bautista fue bautizado el 2 de noviembre, la vida de José de Armendáriz se caracterizó por una brillante carrera política y militar que desarrolló al servicio de la monarquía española de Felipe V. Desde que accediera al mundo de las milicias siendo muy joven, sus ascensos en el escalafón militar fueron rápidos. Paradójicamente sus primeras intervenciones militares, todavía bajo el reinado del último de los Austrias, las desarrolló luchando contra la Francia de Luis XIV en Flandes y Cataluña. No obstante, fue su señera participación en la guerra de Sucesión, apoyando al candidato francés, la que le proporcionó el florecimiento de sus *cursus honorum*, adornado ya para entonces con el hábito de Santiago, pues le permitió no sólo alcanzar el grado de teniente general sino también el título nobiliario del marquesado de Castelfuerte cuando corría el año de 1711.

Pero lo más destacado de su trayectoria vital estaba todavía por llegar. Finalizado el conflicto bélico, su destino se halló en Italia como comandante general del reino de Cerdeña primero, y gobernador y capitán general de la provincia de Guipúzcoa después, destino en el que se hallaba cuando el monarca por cédula real de 4 de octubre de 1723 le nombró virrey, gobernador y capitán general de Perú. En su nuevo destino americano, donde logró además llegar a ser capitán general, permaneció durante once largos años. Allí desarrolló el que se ha considerado como el primer intento reformista borbónico en tierras peruanas. De vuelta a España en 1736, se instaló en Madrid donde falleció tres años después, no sin antes haber sido recompensados sus servicios por el monarca con la concesión del Toisón de Oro.

Aunque nunca regresó a Navarra, su relación con su reino natal fue estrechísima y de hecho allí revirtió toda su fortuna. En su reino originario permanecía su hermano y heredero Juan Francisco, quien, junto con sus hijos, Juan Esteban y Fermín Joaquín, recibieron una cuantiosísima herencia, amasada en el Perú. Aquellos caudales, invertidos en gran medida en censos, fueron distribuidos algún tiempo después, en 1742

y 1749, con la fundación de dos riquísimos mayorazgos, uno para cada sobrino, siguiendo escrupulosamente las últimas voluntades de José de Armendáriz, quien había nombrado albaceas testamentarios no sólo a su único hermano, sino también a su íntimo amigo, el baztanés Juan Bautista Iturralde, marqués de Murillo, y al prior de la catedral de Pamplona, el afamado juriscónsulto Fermín Lubián. Uno de los mayorazgos situó a su cabeza el título nobiliario así como la casa principal de la familia situada en la calle Cuchillerías o San Francisco de Pamplona, con salida hacia la Taconera. El edificio compuesto inicialmente por varias casas y huertas, fue adquirido por Juan Francisco en 1728 a José López de Ceráin, probablemente siguiendo las órdenes del entonces virrey del Perú, y reformado a partir de 1730 de acuerdo con los planos dados por el maestro de obras aragonés José de Sofi, quien diseñó una fachada de sillar, hoy desaparecida.

Es precisamente en esta casa donde el Regimiento de Pamplona colocó esta placa el 3 de diciembre de 1731 en agradecimiento a las atenciones del virrey con los pamploneses establecidos en Perú y a las dádivas remitidas desde Indias, especialmente por los más de 4.000 pesos de limosna que, con destino a la capilla de San Fermín, Armendáriz había logrado recaudar entre los navarros instalados en su virreinato. La colocación de la lámina fue desde luego solemne. Si días antes las autoridades habían visitado oficialmente la casa del marqués para, en nombre de la ciudad, agradecer a Juan Francisco Armendáriz la generosidad de su hermano, y habían ordenado la celebración de un *Te Deum* en la capilla del santo, aquel día 3 desde la Casa del Ayuntamiento partió un cortejo formado por regidores, caballeros y numerosos vecinos que llegaron hasta la casa del virrey donde se instaló la placa, justo debajo de su escudo de armas. Se completaron los fastos y celebraciones, siguiendo la mentalidad y los gustos barrocos, con una corrida de toros que tuvo lugar al día siguiente en la plaza del Castillo en la que se lidiaron seis toros, precedidos de bailes y máscaras.

El marqués de Castelfuerte fue desde luego un personaje de gran relevancia para Navarra, pues nos hallamos ante uno de los grandes mecenas y promotores del arte barroco en el viejo reino. A él corresponde uno de los legados de orfebrería más sobresalientes llegados a tierras navarras desde Lima en el siglo XVIII. De hecho, incrementó con numerosas piezas de plata los tesoros de la Virgen del Sagrario, la Virgen del Camino y San Fermín, en Pamplona, y enriqueció el ajuar del convento de benedictinas de Corrella donde además sufragó sus retablos. [P.A.U.]

EL EX<sup>MO</sup>. SR. D. JOSEPH E

ARMENDARIZ,

MARQ<sup>S</sup>. DE CASTEL-FUERTE, CAVALLE<sup>RO</sup>  
DEL HAVITO D<sup>E</sup> S<sup>T</sup> THIAGO, COMM<sup>ON</sup>. DE  
MONTICON, Y CHICLANA, CAPITAN GEN<sup>L</sup>.

QUE FUE EN LA PROVINCIA D<sup>E</sup> GUIPUZCO<sup>A</sup>  
THEM<sup>TE</sup>. CORONEL D<sup>E</sup> LAS REALES GUAR<sup>D</sup>.

DE YNFANTERIA, VIRREY Y CAPITAN GEN<sup>L</sup>.

DE TIERRA FIRME Y DEL PIRU, Y CAPITAN

GEN<sup>L</sup>. DE LOS R<sup>S</sup>. EXERCITOS DE SU MAG<sup>ESTAD</sup>.

LA CIUDAD D<sup>E</sup> PAMPLONA

EN ATENCION A LOS EXCELSOS MERI

TOS D<sup>E</sup> ESTE SU HIJO PARA PERPETUA:

MEMORIA. FIXO AÑO. 1731.



## Cadena y cruz pectoral del tesoro de San Fermín

Lima (?), Perú, finales s. XVII-primer tercio del siglo XVIII.

Oro y esmeraldas.

Fundido, cincelado, calado, inciso, etc.

12,5 x 7,5 cm.

Pie: 6 x 6 cm.

Pamplona.

Parroquia de San Lorenzo.

Cruz pectoral, unida a una cadena de eslabones abollonados y calados. Cuerpo en forma de cruz latina, en cuyo frente se alojan nueve esmeraldas talla tabla engastadas a caja alta, con bordes filosos, al igual que las tres esmeraldas colocadas en lisonja al tope y en los brazos, y las ocho encajadas en el tablero del pie, también dispuesto en lisonja. Una fina crestería de roleos calados rodea a esta estructura y los remates superiores. El reverso presenta motivos vegetales incisos.

La cruz es producto de la evolución de un tipo de cruces pectorales que, en origen, parecen haber sido aderezos femeninos. Moda iniciada en la segunda mitad del siglo XVI, evolucionó hasta simplificar su diseño original de frutos y cartones que rodeaban un cuerpo central con el frente ocupado por engastes de piedras preciosas, generalmente esmeraldas. A comienzos del siglo XVII, se abandonan paulatinamente esmaltes y ornamentaciones manieristas, en aras de una rica simplicidad que alcanza a las cruces, en las que resalta, sólo, ese centro cuajado de piedras que, en compensación, ve crecer su pie, pasando de la esmeralda única de talla pentagonal al tablero de varias esmeraldas, colocado generalmente en *lisonja* o losange. En el segundo tercio del siglo se fija el modelo que nos ocupa, como podemos comprobar en piezas como la cruz de esmeraldas, similar pero sin cresterías, n.º inv. 709 del Museo Lázaro Galdiano, con el pie de *tablero* en lisonja, que hemos datado entre 1630 y 1660, relacionada a su vez con otra muy parecida, encerrada en orla cruciforme, hallada en el pecio del galeón Nuestra de las Maravillas, hundido en 1656.

Sin embargo, la cruz de San Fermín es posterior a los ejemplos comentados, lo que da fe del éxito de algunos modelos y su pervivencia. Existen numerosos paralelos, tanto los citados en Heredia y Orbe, a cuyos estudios remitimos, como los que citamos en repetidas ocasiones, entre ellos las cruces de remate de las custodias de Popayán y la célebre *lechuga*, o la cruz del tesoro de la Virgen de Gracia de Carmona, cuya crestería, finamente calada, es del mismo tipo que la que decora la cruz de Pamplona y otra —ésta inédita— que remata la custodia rica del convento de Madre de Dios en Sanlúcar de Barrameda, ambas con reversos parecidos, si bien sus pies son acorazonados, y el ejemplar de Carmona mantiene la piedra central en talla pentágono.

El motivo sogueado de los laterales aparece también en los ejemplares mencionados y se aprecia también en la cruz de esmeraldas

dibujada en el folio 37 v del *Inventario del Joyel de Guadalupe*, que, además, tiene un calado de diseño parecido al de Pamplona, incluyendo el remate liriforme de la base. Consta como donación del obispo de Segovia en 1692, momento al que creemos pertenecen los dos ejemplos citados.

Heredia y Orbe mencionan que la cruz pamplonesa fue legado del virrey del Perú, Don José de Armendáriz y Perurena, marqués de Castelfuerte, cuyo hermano la trajo desde Lima en 1730. El mismo personaje, natural de Pamplona, entregó a la Virgen del Sagrario de la catedral una cadena de oro y otras alhajas. Por sus características, no descartamos que la cruz sea joya algo anterior, pues los eslabones en molinete de la cadena son típicos de la segunda mitad del siglo XVII, y el diseño del pie en tablero, como hemos visto, es arcaizante. En todo caso, puede considerarse realizada entre las pos-trimerías del siglo XVII y el primer tercio del siglo XVIII. [L.A.M.]



ARBETETA MIRA, L., *El arte de la joyería en la colección Lázaro Galdiano*, Caja Segovia, Obra Social y Cultural, 1993, p. 146, n.º cat. 130, p. 160.

ARBETETA MIRA, L., "La joyería: manifestación suntuaria de dos mundos", *El oro y la plata de Indias en la época de los Austrias*, Madrid, ICO, 1999, pp. 430-440, n.º cat. 225, p. 704.

SANZ SERRANO, M.J., "El tesoro de la Virgen de Gracia", *La Virgen de Gracia de Carmona*, Carmona, Hermandad de Nuestra Señora la Santísima Virgen de Gracia, 1990, pp. 74-6, figs. 2 y 5.

HEREDIA MORENO, M.C., ORBE SIVATTE, M. y ORBE SIVATTE, A., *Arte hispanoamericano en Navarra*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, p. 178.





## Mitra y báculo del tesoro de San Fermín

Taller de Cantón (China), 1764.  
Plata sobredorada, filigrana y pedrería, mitra: 41 x 23 x 18 cm; infulas: 39 x 5 cm y báculo: 120 x 20 cm.  
Pamplona. Parroquia de San Lorenzo.  
Exposiciones: *Filipinas, puerta de Oriente. De Legazpi a Malaspina*, San Sebastián-Manila, 2003.

Este conjunto de mitra y báculo fue costeado por Felipe Iriarte, indiano residente en México, aunque natural de Alcoz, en el valle de la Ulzama. Se conserva en la capilla de San Fermín, en la parroquia de San Lorenzo de Pamplona, y es habitualmente utilizado en el culto requerido por la imagen relicario del Patrono de Navarra, especialmente en sus grandes festividades. En una carta fechada en 22 de mayo de 1765 el donante da razón pormenorizada de los antecedentes de la donación, cuyo periplo avala la ingente extensión territorial de la Monarquía Hispánica. Por la misiva se llega a conocer que se elaboró en talleres de Cantón, en la China meridional. El valioso presente viajó, en primer lugar, a Manila, la capital de las Filipinas, para desde allí navegar hasta Acapulco, en un periplo no exento de dificultades, aunque con adecuado término, "cuya buena prueba es el viaje del varco donde vino de Manila (á más del de Cantón), el que tubo tan feliz asta Acapulco; y tan breve que ... no llegó a seis meses". Largo trayecto en verdad, ya que "cuando llegue ay (a Pamplona) la mitra habrá andado seis mil leguas largas. Y aunque desde hay (ahí) á Cantón hay por el aire, línea recta, cinco mil, se andan más de seis mil por lo que se sube y vaja, por razón del impedimento de tierras que motivan rodear". El cajoncito cruzó el Atlántico, entre Acapulco y Cádiz, a bordo del navío de guerra *El Aquiles*. Finalmente salvó por mar la distancia entre el puerto andaluz y el de San Sebastián, al preferir el comitente la vía marítima a la terrestre por razones fiscales y de rapidez, "teniendo presente la dificultad que hay en introducir en ese Reino (de Navarra) cosas de plata y que se empantanaban en Logroño". Iriarte cifra el valor material de la mitra y el báculo en 35.630 pesos y siete reales, a tenor del estado de precios entonces vigente en Acapulco.

El 19 de febrero de 1766 el Regimiento de Pamplona da cuenta de haber recibido estas preciadas obras de orfebrería y encarga su peritación, orientada a la recomposición de los inevitables desperfectos padecidos, al platero vecino de la ciudad José Jiraud, orfebre de prestigio, desde 1752 miembro del correspondiente gremio, que en 1765 había limpiado y rearmado el delicado retablo románico de esmaltes de San Miguel de Aralar. El informe entregado a los pocos días por el artífice resulta hoy de evidente interés descriptivo. Según esta descripción la mitra está constituida por dos chapas contrapuestas de plata sobredorada, solapadas en los laterales y aseguradas por cinco clavos, respectivamente, con una labor grabada o cincelada en su superficie, que imita flores entretejidas. Los espacios lisos cuentan con agujeros o calados para asegurar las piezas de filigrana. La parte infe-

rior está adornada con dos órdenes de pequeñas flores de filigrana que engarzan piedras, azules y encarnadas; entre uno y otro discurre una banda de esferitas, unidas mediante antenas a los puntos donde nacen las flores. En la cara delantera y por encima de lo descrito se aprecia un rosal ascendente, de filigrana, constituido por rosas de distintos tamaños, que, mediante puntas de hilo, sujetan piedras, coloradas y azules, alternativamente. Este rico ornato se extiende por la superficie delantera del tocado episcopal, entremezclando piezas de filigrana sobredorada, que imitan mariposas y alacranes, todos asegurados por hilos delgados en forma de pequeñas espirales, resortes que ofrecen la posibilidad de tensar o distender los muelles, de manera que la ornamentación resulta a voluntad más o menos abultada. Lo que permite que se mantengan en continuo movimiento –*tembleques* las denomina gráficamente en su carta el mecenas–, de acuerdo con la mentalidad estética del barroco, que procura en lo posible incorporar elementos luminicos y dinámicos cambiantes, y que alcanza su máxima expresividad durante las procesiones, cuando la efígie de San Fermín, portada en andas, recorre las calles pamplonesas.

Algo más simplificada se presenta la parte posterior de la mitra, que repite el motivo del rosal, mariposas y alacranes, afiligranadas y sobredorados. Por lo que respecta a las infulas o cintas que penden por detrás de la mitra –*aciforas*, en la documentación–, formadas cada una por cuatro piezas de filigrana con gozne, ofrecen margaritas, con vidrios coloreados, y mariposas, que se alternan con hojas.

El báculo remitido por Iriarte constaba inicialmente de cinco piezas, cuatro para la vara y una para el remate, todas con sus roscas de tornillo y numeradas para facilitar la labor de armado. El bastón, de chapa de plata, presenta trabajos de poco relieve en imitación de flores. El golete ofrece decoración variada y afiligranada. El mayor ornato se reserva para el remate que, formado por dos mitades soldadas, cierra casi en redondo: su decoración original, actualmente algo simplificada, consistía en flores, como siempre con engarce de piedras encarnadas o azules, amén de hojas de filigrana y mariposas doradas.

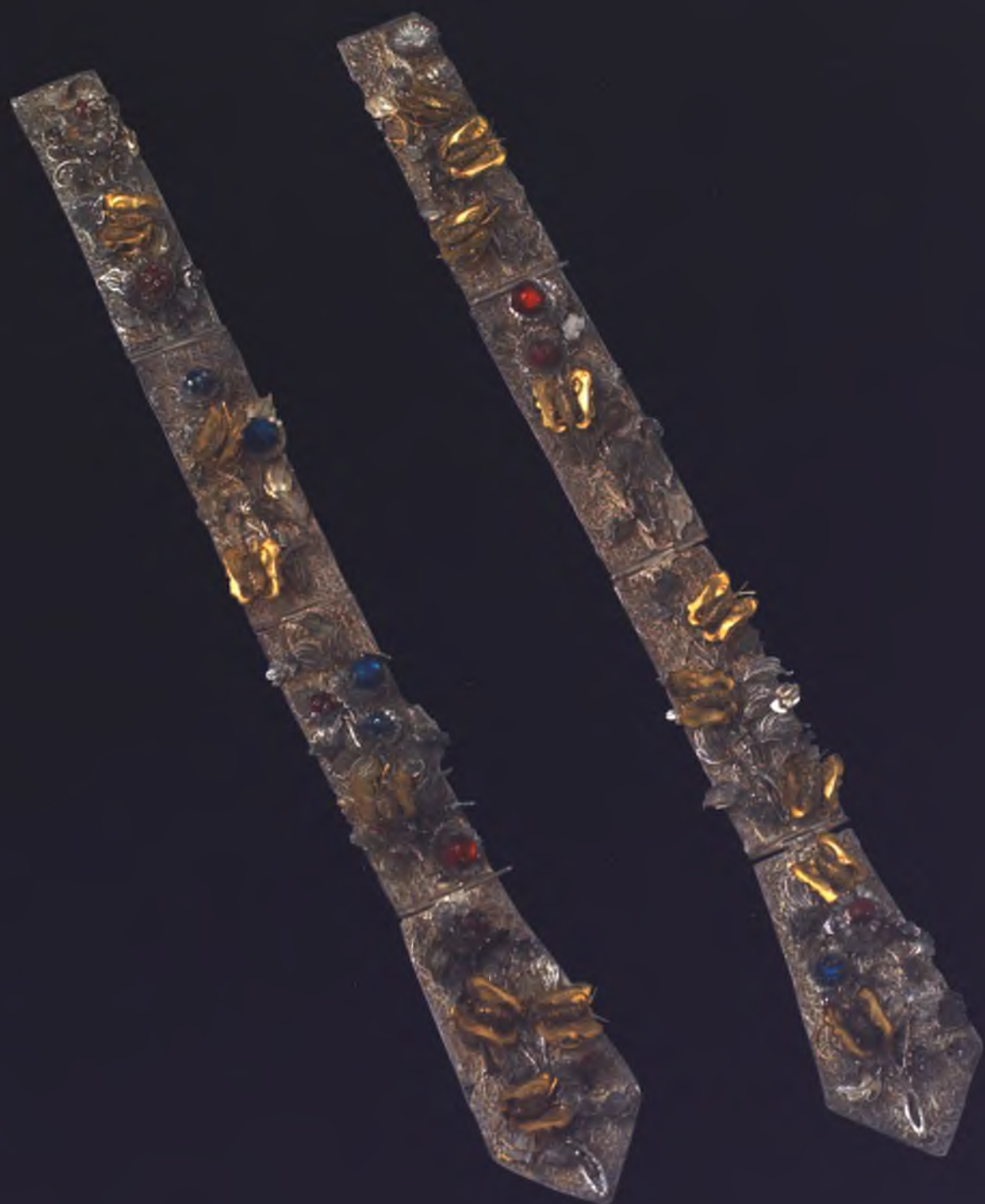
El platero José Jiraud, en su ocupación de restaurar y adecuar estos elementos a la imagen de San Fermín, hubo de suprimir dos de los cuatro cañones de la vara, porque su longitud resultaba excesiva. En el interior de la mitra dispuso un crucero de plata, con su correspondiente tornillo, para ajustarla a la cabeza. Y colocó en las infulas dos pequeños ganchos para mejor colgarlas. (J. L.M.M.)

MOLINS MUGUETA, J.L., "La mitra y báculo dieciochescos de San Fermín", en *Diario de Navarra* (extraordinario. San Fermín), Pamplona, 1984, pp. 9 y 10.  
GARCÍA-GAÍNZA, M.C. y OTROS, *Catálogo Monumental de Navarra. V\*\*\* Merindad de Pamplona*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1997, p. 184.  
MOLINS MUGUETA, J.L., "Mitra y báculo de San Fermín", en *Filipinas, puerta de Oriente. De Legazpi a Malaspina*, Barcelona, SEACEX-Lunwerg, 2003, pp. 306-307.











## Bandejas y jarras del tesoro de San Fermín

Lima, Perú, c. 1730.

Plata en su color, cincelada, repujada y grabada.

Dos fuentes de 63 cm de diámetro, otras dos de 52 cm y una de 65 cm. Dos jarras de 44 cm de alto.

Escudo cuartelado, con dos vacas y dos castillos repetidos en aspa y con bordura de trofeos militares.

Pamplona. Parroquia de San Lorenzo.

Exposiciones:

*Exposición*

*Iberoamericana de Sevilla. Catálogo del Pabellón de Navarra*, Sevilla, 1929, núms. 258, 259, 260, 261, 262, 264 y 265.

*Exposición Iberoamericana de Sevilla. Catálogo del Pabellón de Navarra*, Pamplona, 1929-30, núms. 258-265.

HEREDIA MORENO, M.<sup>a</sup> C., "Ejemplos de mecenazgo indiano en la capilla de San Fermín de Pamplona", *Anuario de Estudios Americanos*, Tomo XLVI, 1989, pp. 409-421.

HEREDIA MORENO, M.<sup>a</sup> C., ORBE SIVATTE, M. y ORBE SIVATTE, A., *Arte Hispanoamericano en Navarra. Plata, pintura y escultura*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, pp. 174-178.

GARCÍA GAÍNZA, M.<sup>a</sup> C., ORBE SIVATTE, A., DOMÉNO MARTÍNEZ DE MORENTIN, A. y AZANZA LÓPEZ, J. J., *Catálogo Monumental de Navarra V\*\*\**, Pamplona, Príncipe de Viana, 1997, pp. 182-183.

Este espléndido conjunto de plata labrada, junto con una cadena de oro y un pectoral de oro y esmeraldas, constituye uno de los legados más ricos enviados desde las Indias para el culto de San Fermín, tras finalizar las obras de su capilla, construida de acuerdo a las trazas dadas en el año 1696 por Santiago Raón, vecino de Calahorra, en la iglesia de San Lorenzo de Pamplona.

El donante fue el ilustre pamplonés don José de Armendáriz y Perurena, hijo de Juan de Armendáriz y García-Usechi y de Josefa Perurena y Muguiro, bautizado en la parroquia de San Juan Bautista de Pamplona. A lo largo de su vida ostentó los cargos de gobernador general de Guipúzcoa, capitán general de los ejércitos españoles, maestre de campo de dragones y caballero del Toisón de Oro y de Santiago, Orden, esta última, en la que ingresó el 14 de diciembre del año 1699. En 1711, Felipe V le otorgó el título de marqués de Castelfuerte y en 1723 lo nombró virrey del Perú, cargo que desempeñó hasta 1736.

Su carácter piadoso y el amor a su tierra lo erigen en uno de los mecenas indianos más significativos del barroco navarro. En el año 1727, la junta de la Congregación de los Navarros de Madrid le dio poder para pedir limosna a favor de dicha institución. En 1735 se ofreció a sufragar el retablo mayor y los colaterales de la iglesia de las benedictinas de Corella además de regalarle cuatro candeleros, una custodia, sesenta pebeteros y una copacabana grande. También entregó una cadena de oro de quince onzas y dos arañas de plata para la Virgen del Camino de Pamplona. Pero el legado más espectacular fue el que envió en 1730 desde Lima a través de su hermano, don Francisco de Armendáriz, mariscal de campo y caballero de la Orden de Santiago: "Para el glorioso San Fermín un pectoral de oro guarnecido con veinte esmeraldas y una cadena de la misma materia... con cinco fuentes de plata y dos jarrones...". Además, el marqués de Castelfuerte mandó cuatro mil pesos en metálico aportados por otros navarros residentes en Indias, según la costumbre de los indianos navarros de recaudar fondos destinados al culto de sus santos patronos en sus respectivos lugares de origen. En diferentes sesiones del Ayuntamiento de Pamplona se acordó gastar esta cantidad en la hechura de cuatro blandones de plata, hoy desaparecidos, y en costear la peana de plata del santo que se estaba labrando en estos momentos.

En cuanto a las piezas de plata donadas por el marqués de Castelfuerte, las cinco fuentes son circulares, están labradas en gruesa chapa de plata con repujado de gran realce y ostentan las

armas del marqués en el rosetón del centro. Las tres fuentes más pequeñas, dos de las cuales forman pareja, son obras limeñas que presentan el diseño característico de las obras peruanas contemporáneas. La pareja tiene orilla plana separada del borde ondulado por un grueso baquetón. Una tupida ornamentación vegetal de líneas quebradas recorre su superficie. El cuerpo, muy profundo y de asiento bulboso, se articula por bandas concéntricas divididas en campos bulbosos y conopiales en torno al rosetón central. En la franja exterior se reproducen aves y flores y en las restantes alternan flores carnosas y capullos. La tercera fuente ofrece un aspecto mucho más sobrio, ya que reduce su decoración vegetal al anillo interno que contornea el escudo del donante, pero presenta un sutil cromatismo al dividir la orilla y el campo en superficies cóncavas que producen bellos efectos de luces y de movimiento.

La pareja mayor de fuentes ostenta orilla plana de borde moldurado por finos baquetones y cuerpo poco profundo, de asiento plano. La superficie se cubre de tupida decoración vegetal a base de roleos con hojas y frutos en torno a finos tallos dispuestos radialmente. El diseño se asemeja al de algunas fuentes mexicanas contemporáneas, por lo que no descartamos que éstas de Pamplona las labrase un artífice limeño siguiendo modelos importados del Virreinato de Nueva España.

En cuanto a los dos jarrones, el diseño curvilíneo del cuerpo, la ondulación del labio y las curvas contrapuestas del asa y de la sirena alada fitomorfa prestan flexibilidad y movimiento a la línea de contorno. Su barroquismo se acentúa por el repujado vegetal y por los niños alados que sujetan el escudo del donante.

La riqueza y calidad de todas estas piezas y sus considerables dimensiones convierten este legado en el conjunto de plata labrada más importante del barroco peruano conservado en Navarra y en uno de los más significativos de la Península. [M.C.H.M.]





















## Inmaculada Concepción

Escuela napolitana,  
1772. Madera  
policromada, 73 cm.  
Pamplona. Parroquia de  
San Saturnino.

Entre los grandes focos artísticos europeos de los siglos del barroco destaca la ciudad de Nápoles, desde la que llegaron a España notables conjuntos de pintura y escultura, especialmente a través de los virreyes que gobernaban aquel territorio de la monarquía española. Destacadas familias de nobles dejaron en sus fundaciones hispanas ejemplos bien significativos, como el conde de Monterrey en las agustinas recoletas de Salamanca o el conde de Peñaranda en las carmelitas descalzas en Peñaranda de Bracamonte.

Navarra no cuenta con un conjunto que acoja numerosas piezas debidas a un mecenas o promotor. Sin embargo, tampoco se pudo sustraer a la admiración que causaban los lienzos y las esculturas que llegaban desde aquel virreinato. Algunos inventarios, tanto en los que se realizaban a la muerte de destacados personajes, como en los de conventos y monasterios, suelen señalar el origen de piezas napolitanas, caracterizadas siempre por su finura y delicadeza. En algunos conventos femeninos de clausura, los Niños Jesús de procedencia napolitana eran estimados en gran manera, tal y como dan a entender inventarios y otras fuentes manuscritas. Veamos algunas de las más significativas esculturas.

Entre todas esas piezas, destaca por sus propios valores la escultura de la Purísima Concepción que se aloja en el banco del retablo de la Virgen del Camino, en su capilla de la parroquia de San Cernin de la capital navarra. En 1772, el recién terminado retablo de la Virgen del Camino de Pamplona, se enriquecía con sendas esculturas de Santa Teresa y la Inmaculada, enviadas por don Agustín de Leiza y Eraso, del Consejo y Cámara de Su Majestad. En sesión de la Obrería Parroquial de 4 de marzo de aquel año se expuso que por la devoción que siempre había tenido el citado caballero a la Virgen del Camino "ofrece enviar dos bultos especiales de hechura de Nápoles que representan las imágenes de Nuestra Señora de la Concepción y Santa Teresa, con ánimo de que se coloquen en el nuevo altar y sitio que pareciere a la parroquia, poniéndolos en esta ciudad a sus propias expensas". En el mismo documento la Obrería admitió el generoso donativo, acordó dar las gracias al donante y que ambas tallas se colocasen en las dos mesas laterales del altar, para lo cual tratarían con el maestro que hacía el retablo. Hemos localizado entre los papeles de un legajo de cartas de peticiones para la construcción de la capilla de la Virgen del Camino, el texto del agradecimiento de don Agustín de Leiza y Eraso a la parro-

quia por tal decisión. Su texto reza: "Muy señores míos: Con particular satisfacción recibo la de Vuestras Mercedes, agradeciéndoles infinito el favor que me dispensan en colocar las dos efigies en el altar de la Virgen del Camino y siéndome muy apreciable la fineza de Vuestras Mercedes, será siempre mi reconocimiento, deseando acreditar esta verdad, en cuanto me prevenga. Dios guarde a Vuestras Mercedes. Madrid y marzo, 10 de 1772. Beso la mano de Vuestra Merced, su más atento y seguro servidor Don Agustín de Leiza y Eraso".

En 1772 el donante residía en la Villa y Corte, en donde había realizado una carrera fulgurante de ascenso en la administración. Para aquellas fechas, este aragonés, descendiente de Navarra e hijo del marqués de Alcázar, había sido alcalde de Corte (1744) y oidor del Consejo Real de Navarra entre 1755 y 1765. En este último año fue ascendido en la capital de España a alcalde de Casa y Corte, en 1767 pasó a ser oidor del Consejo de Hacienda y, en 1770, alcanzó uno de los puestos más relevantes de la administración española en la Cámara de Castilla. Los años de estancia de don Agustín en la capital navarra le debieron dejar una impronta y especial devoción a la Virgen del Camino, tan venerada en aquellas décadas centrales del Siglo de las Luces, en vísperas de la construcción de su nueva y monumental capilla en la parroquia de San Saturnino.

Las esculturas de Santa Teresa y la Inmaculada llaman poderosamente la atención, en relación con la medianía del resto de las esculturas del retablo, tanto las de contenido sacro como las alegóricas, ya que distan mucho en calidad. Son de pequeño tamaño y gusto rococó, con todo el primor y delicia que caracterizan a las piezas de aquel periodo. Una y otra tienen ricas peanas de follaje vegetal con volutas en las esquinas y nubes, sobre las que asientan las esculturas propiamente dichas.

La Inmaculada pisa la media luna apocalíptica y la serpiente. Su figura es extraordinariamente delicada y fina, destacando el rostro idealizado, de pequeñas facciones y los brazos y manos que se cruzan en su pecho. El típico manto volado, característico de esta iconografía mariana ya desde el siglo XVII, aporta dinamismo a la pieza. Su policromía, a base de motivos vegetales a punta de pincel revaloriza, si cabe, las calidades de la talla. Las representaciones de la Concepción Inmaculada de María experimentaron un nuevo impulso a partir de 1760, cuando Carlos III logró el patronato de la Inmaculada sobre España y sus dominios, bajo el pontificado de Clemente XIII. [R.F.G.]

MOLINS MUGUETA, J. L. y FERNÁNDEZ GRACIA, R., "La capilla de Nuestra Señora del Camino". *La Virgen del Camino de Pamplona. IV Centenario de su aparición (1487-1997)*. Pamplona, Mutua Pamplona, 1987, p. 91.  
FERNÁNDEZ GRACIA, R., *La Inmaculada Concepción en Navarra. Arte y devoción durante los siglos del Barroco. Mentores, artistas e iconografía*. Pamplona, Eusa, 2004, pp. 134-137.





## Santa Teresa

Escuela napolitana,  
1772. Madera  
policromada, 75 cm.  
Pamplona. Parroquia  
de San Saturnino

Esta escultura llegó de Nápoles en 1772 y fue su donante, el mismo don Agustín de Leiza y Eraso, del Consejo y Cámara de Su Majestad, al que nos hemos referido al tratar de la imagen de la Inmaculada Concepción.

Pese a ser un tema el de la transverberación, aparentemente más pictórico que escultórico, hay que señalar que los conjuntos de plástica abundan, de modo especial en el siglo XVIII, en que encontramos a la santa en éxtasis con el ángel sobre su hombro, con claras diferencias respecto al modelo impuesto por Benini, a mediados de la centuria anterior.

Los ejemplares del siglo XVIII obedecen a dos tipos, uno en el que la santa permanece erguida mientras es asaeteada y otra, en la que aparece en posición de desmayo, apoyándose sobre un reclinatorio.

Este pasaje de la vida de la santa carmelita es, sin duda, el hecho artísticamente más representado, en base a lo que ella misma nos relata en el capítulo XXIX de su autobiografía, en el que leemos: "veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo, en forma corporal, lo que no puedo ver sino por maravilla; aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos... esta visión quiso el Señor le viese así: no era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos que parece todos se abrasan: deben ser los que llaman querubines, ... Veíale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecía tener algo de fuego; este me parecía meter en el corazón algunas veces y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que no hay que desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal sino espiritual, aunque no deja participar el cuerpo algo, y aun harto". (Santa Teresa de Jesús, Vida, 29, 13).

Al éxito del tema colaboró el hecho de asociarse a este hecho la presencia del corazón de la santa en Alba de Tormes. La devoción por la visión creció de tal modo que la orden del Carmen consiguió el 25 de mayo de 1726 que la Santa Sede le otorgase su celebración con misa propia para el 26 de agosto.

La santa aparece sobre rica peana de hojarasca y nube, en contraposto y en actitud visionaria. Viste ricos hábitos policromados a base de rameados de vivos colores, realizados a punta de pincel, especialmente cuidados en la orla del manto. A diferencia con otros ejemplares, en este caso no encontramos rastro al-

guno de sus atributos como escritora. La diagonal formada por su brazo derecho extendido y el angelito asaeteador, semiarrodillado sobre su hombro izquierdo contribuye a aumentar los efectos de la retórica propia de las visiones barrocas.

Entre los grandes focos artísticos europeos de los siglos del barroco destaca la ciudad de Nápoles, desde la que llegaron a España destacados conjuntos de pintura y escultura, especialmente a través de los virreyes que gobernaban aquel territorio de la monarquía española. Destacadas familias de nobles dejaron en sus fundaciones hispanas ejemplos bien significativos, como el conde de Monterrey en las agustinas recoletas de Salamanca o el conde de Peñaranda en las carmelitas descalzas en Peñaranda de Bracamonte.

En algunos conventos femeninos de clausura, los Niños Jesús de procedencia napolitana eran estimados en gran manera, tal y como dan a entender inventarios y otras fuentes manuscritas. Entre las piezas napolitanas importadas de especial significación en Navarra, destaca la Inmaculada Concepción de las Recoletas de Pamplona, que llegó a la capital navarra en 1665 gracias a la generosidad de don José de Azpiroz, hermano de la priora del convento y familiar del cardenal don Pascual de Aragón. Asimismo destacan las esculturas de San José y Santa Teresa de la sacristía de la catedral de Tudela, obsequio del deán don Sebastián Cortés y Lacárcel, fallecido en Madrid en 1703 y, de modo especial, un magnífico Crucificado en el palacio de Urbasa, bajo la advocación del Cristo de la Agonía, firmado por Jacobo Bonavita en 1703, maestro que se afincó en Nápoles hacia 1676, después de trabajar en otros lugares como en la sillería coral de la iglesia de la Madre de Dios de Bagnoli Irpino. [R.F.G.]

MOLINS MUGUETA, J. L. y FERNÁNDEZ GRACIA, R., "La capilla de Nuestra Señora del Camino". *La Virgen del Camino de Pamplona. IV Centenario de su aparición (1487-1997)*. Pamplona, Mutua Pamplona, 1987, p. 91.  
FERNÁNDEZ GRACIA, R., *La Inmaculada Concepción en Navarra. Arte y devoción durante los siglos del Barroco. Mentores, artistas e iconografía*. Pamplona, Euns, 2004, pp. 116 y ss.





## Conjunto de platería

Santiago de Guatemala, c. 1748.

Plata parcialmente sobre-dorada, cincelada, repujada, grabada y fundida. Custodia: 71,5 cm de alto, 26,6 cm de diámetro de base y 30 cm de diámetro de sol.

Relicario: 23 cm de alto, 10,2 cm de diámetro de base y 9 x 11 cm de diámetro de sol.

Cáliz: 24 cm de alto, 14,5 cm de diámetro de base y 7,7 cm de diámetro de copa.

Cáliz: 21,9 cm de alto, 15,8 cm de diámetro de base y 7,7 cm de diámetro de copa.

Copón: 29,5 cm de alto, 15 cm de base y 15 de copa.

Cruz: 50 x 44,5 cm los brazos de la cruz.

Altar con dosel: 67,5 x 41 la base del altar y 96,5 x 74 cm el dosel.

Marcas: venera esquemática y corona de tres puntas con escotaduras interiores, junto con la burilada, en la custodia, la cruz y el dosel.

Lesaka (Navarra). Parroquia de San Martín.

Exposiciones: *Exposición Iberoamericana de Sevilla. Catálogo del Pabellón de Navarra*, Pamplona, 1929, núms. 36-39.

Este rico conjunto de plata labrada está integrado por una custodia de sol, un relicario, dos cálices, un copón, una cruz procesional y un altar con dosel, y se viene identificando con la parte que ha sobrevivido del legado que, según la tradición, don Juan de Barreneche y Aguirre envió en el año 1748 desde Santiago de los Caballeros de Guatemala, la actual Antigua, a la parroquia navarra de Lesaka, su localidad natal. En su origen estaba compuesto también por un frontal de altar y otras varias piezas de la misma procedencia ultramarina, que se vendieron tras finalizar la guerra de la Independencia y de las cuales se desconoce su paradero.

Aunque la documentación es de carácter muy general y las piezas no están individualizadas en los documentos, su procedencia de los talleres guatemaltecos de Santiago de los Caballeros es innegable por razones estilísticas. Además, tres de ellas ostentan dos marcas distintivas e inequívocas de su origen: la concha o venera esquemática y la corona de tres puntas. La primera alude de forma simbólica al santo patrón de la ciudad, Santiago peregrino, y fue descubierta por el profesor Angulo. La segunda es la marca fiscal del impuesto del quinto. Ambos formatos, con ligeras variaciones en el perfil de la primera marca, se mantuvieron en vigor hasta mediados del siglo XVIII. En estos momentos, la marca de localidad se transformó en un jinete pasante entre dos volcanes, representando a Santiago a caballo sobre los volcanes que circundan la ciudad, al tiempo que la del impuesto del quinto se convirtió en una corona imperial bulbosa.

En cuanto a los rasgos estilísticos de las obras, su calidad y su semejanza permiten pensar en un solo artífice o en un mismo taller antiguo. En general, las estructuras destacan por su arcaísmo, carácter particularmente perceptible en el perfil de la cruz procesional y en el formato conopial de algunos temas ornamentales, que recuerdan prototipos tardogóticos o renacentistas de ascendencia hispana. Uno de los cálices presenta el basamento y la rosa de contorno curvilíneo y con varias capas imbricadas, semejantes al de la parroquia navarra de Doneztebe y a otros ejemplares guatemaltecos. En cambio, los basamentos poli-

gonales del segundo cáliz, el copón, la custodia y el relicario se observan semejanzas con algunas obras contemporáneas del Virreinato de Nueva España.

No obstante, en el conjunto de Lesaka las aristas de la base no se transmiten en vertical al resto de las obras. Por el contrario, los astiles muestran diseños redondeados formados por la superposición de varios cuerpos esferoides gallonados, que se intercalan, a veces, entre otros análogos pero más transparentes compuestos en torno a un vástago vertical interno. Así se consigue un aspecto diáfano y ligero pese al recargamiento de los temas ornamentales que recubren gran parte de la superficie. En el conjunto predomina la técnica del repujado, el naturalismo inspirado en la vegetación local y la claridad y la fluidez del dibujo en los roleos, tallos y flores que se entrecruzan formando un entramado de gran efecto visual.

Sin duda se trata del legado guatemalteco más importante de Navarra por su calidad y riqueza, y del conjunto de platería barroca guatemalteca más espectacular conservado en la Península. [M.C.H.M.]

*Exposición Iberoamericana de Sevilla. Catálogo del Pabellón de Navarra*, Pamplona, 1929.

ANGULO INIGUEZ, D., "Orfebrería religiosa en Guatemala", *Actas del XXIII Congreso Internacional de Americanistas*, Sevilla, 1966, Vol. IV, pp. 287-292.

HEREDIA MORENO, M.<sup>a</sup> C., "Un conjunto de orfebrería de Guatemala en la parroquia de San Martín de Navarra", *Res Gestas*, Rosario (Argentina) núm. 7, 1980, pp. 24-31.

HEREDIA MORENO, M.<sup>a</sup> C., ORBE SIVATTE, M. y ORBE SIVATTE, A., *Arte Hispanoamericano en Navarra. Plata, pintura y escultura*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, pp. 135-144.

HEREDIA MORENO, M.<sup>a</sup> C., "Platería de Guatemala en Navarra", *Anales de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala*, Vol. LXXI, 1996, pp. 73-90.













## Custodia de cáliz y vinajeras

México, mediados del siglo XVIII.

Plata sobredorada.

Custodia:

55 x 23 x 28,5 cm;

cáliz: 24 x 15 x 8 cm;

vinajeras: 22 x 13 cm

(salvilla), 11 x 4 cm

(recipientes) y

13,5 x 6,5 cm

(campanilla).

Marcas: México,

fiscal: águila del quinto,

ensayador: Diego

González de la Cueva.

Goizueta (Navarra).

Parroquia de Santa

María.

Los, a veces, espléndidos regalos que enviaron las personas que se afincaron en los distintos territorios del Nuevo Mundo a las parroquias de su lugar de origen, en las que fueron bautizadas, son testimonio tanto de su recuerdo, agradecimiento y generosidad, como de su promoción socio-económica, de la que querían dejar constancia ante sus paisanos. Hemos de pensar que muchas de estas gentes si hubieran permanecido en su tierra difícilmente hubieran podido realizar estos legados.

Como muchas otras iglesias navarras, la parroquia de Santa María de Goizueta vio enriquecido su ajuar litúrgico a mitad del siglo XVIII con un hermoso conjunto de platería remitido desde México, la capital del virreinato de Nueva España. En 1756 Juan José de Fagoaga envió la custodia de sol y dos años después, su pariente Santiago de Fagoaga el juego de altar formado por un cáliz y unas vinajeras con su campanilla.

El dinamismo que anima la traza de las piezas, patente en el perfil mixtilíneo del pie de la custodia y de la salvilla de las vinajeras, el ritmo sinuoso de las piezas de astil o el protagonismo de las formas redondeadas, visibles en el cáliz y vinajeras son rasgos acordes con la estética barroca en pleno vigor en esos años. Barroco también es el sentido ornamental en el que dominan los temas vegetales, algunos como la vid o espigas de trigo con claro simbolismo eucarístico, aunque se aprecia diferencias en la interpretación. Las placas de plata blanca con menudos motivos que se aplican y superponen sobre la plancha de plata dorada de la custodia, valorando así el cromatismo y el relieve, junto con la traza mixtilínea la vinculan con el gusto rococó. Por su parte, en el cáliz y vinajeras prevalece el dorado, y la ornamentación realizada con la técnica del repujado enmascara la traza.

Pero sin duda el aspecto por el que destaca este legado es por el protagonismo dado a la figuración. Así, siguiendo una fórmula bastante extendida en el barroco mexicano, y de la que en Navarra se guardan varios ejemplares, el astil del ostensorio lo configura un personaje. Se eligen personajes, como San Juan Bautista, algún santo dominico, o la Inmaculada que están íntimamente relacionados con los misterios de la Encarnación de Cristo y de la Eucaristía. En el caso de Goizueta se recurre al arcángel San Miguel como presentador del misterio eucarístico. En efecto, el arcángel agarra con su mano izquierda un racimo de uva —en clara alusión a la sangre de Cristo—, y sostiene sobre su cabeza desnuda un sol de tupidos y densos rayos, cuyo viril custodiará el Cuerpo de Cristo, en la Sagrada Forma. La opción de San Miguel, capitán

triumfal de las milicias celestes, mostrando el Cuerpo de Cristo se interpreta en clave contrareformista como la victoria de la fe de la Iglesia, de la que es protector, sobre el error y la herejía de la Reforma protestante, que había puesto en entredicho la doctrina eucarística.

En el cáliz los ángeles y los niños son los protagonistas. Las cabezas de los primeros orlan distintas partes de la pieza y figuras semidesnudas de niños circundan la base del astil y la copa en actitud de atlantes. La presencia de ángeles y querubines en una pieza de claro sentido cristológico como es el cáliz, no es un mero motivo ornamental, pues no hay que olvidar que en la tradición cristiana estos seres cumplen una misión en el orden divino. El recurso de los niños, por su parte, convierte a la pieza en singular, pero resulta difícil saber qué significado tienen. Quizá hay que entenderlo conforme a las ideas del Renacimiento, y como los telamones que soportan algunos retablos simbolizan la esclavitud de las pasiones y del pecado que amenazan al hombre y de la que Cristo le libera con su muerte, cuya sangre contiene la copa sagrada.

Tanto en la representación de estas criaturas como en la de San Miguel del ostensorio son evidentes los rasgos indígenas, habituales en el arte americano.

También las vinajeras se enriquecen con imágenes, centradas en los frentes de los recipientes donde aparecen, a modo de medallas, los rostros de los padres de la Iglesia, San Agustín, San Ambrosio, San Jerónimo y San Gregorio, en cuyas enseñanzas se fundamenta la doctrina de la Iglesia.

En las tres piezas se contemplan las mismas marcas que dejan patente que fueron supervisadas por los funcionarios correspondientes. Así se distingue la de localidad, que certifica que fueron labradas en la ciudad de México, el águila del quinto, que indica que se pagó este impuesto real, y la del ensayador mayor Diego González de la Cueva, responsable de analizar la calidad del metal. La morfología de las mismas confirma las fechas de su ejecución que coinciden con los años en los que están registradas las donaciones.

Sin embargo la ausencia de la señal de autor y de datos documentales impiden determinar el nombre del artifice de estos ricos trabajos. Sin embargo, gracias a la semejanza que guarda el ostensorio con otro conservado en el museo Franz Mayer, obra del platero Francisco de Peña Roja, se han atribuido los ostensorios navarros de Arráiz y Goizueta a este artifice sevillano, asentado en México a mediados del siglo XVIII. [A.O.S.]

HEREDIA MORENO, M.C., "Iconografía del ostensorio mexicano del siglo XVIII con astil de figura", *El Coloquio de iconografía*, Madrid, n.º 7, 1991, pp. 323-330; HEREDIA MORENO, M.C., ORBE SIVATTE, M. ORBE SIVATTE, A., *Arte hispanoamericano en Navarra. Plata, pintura y escultura*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, pp. 85-88.





## Custodia

Potosí, c. 1734

Plata sobredorada con  
sobrepuestos de plata  
en su color,  
70 x 29 x 29 cm.

PROPIEDAD DE D(ON)  
MELCHOR IRISARRI  
P(ARRO)CO DE S(AN)  
SATURNINO DE  
PAMPLONA

Pamplona. Parroquia de  
San Saturnino.

Esta custodia resulta una digna representación de los magníficos regalos que llegaron a las iglesias navarras desde el virreinato del Perú durante el siglo XVIII, enviados por algunos navarros que se establecieron allí, y que, al mejorar su posición socio-económica, no se olvidaron de su tierra natal.

Aunque hoy forma parte del rico tesoro de la parroquia pamplonesa de San Cernin, el ostensorio perteneció en origen a la parroquia de Santa María de Olite, y era una regalo que hizo a esta última Pedro Navarro desde la ciudad de Potosí. En una carta fechada allí en noviembre de 1734 Pedro Navarro comunica que enviaba una custodia "esmaltada y muy rica" para su primo Juan Antonio Navarro, "cura y vicario de Santa María la Real de Olite". Sin embargo, debido al fallecimiento del párroco la custodia no llegó a Olite hasta 1745.

Por esas fechas se reunieron en Olite dos custodias peruanas, ésta de Santa María y otra perteneciente al convento de los franciscanos. Dada la solemnidad con que tradicionalmente se celebraba en la orden la festividad de la Inmaculada no extraña que en los cultos de su fiesta ambas custodias desempeñaran un importante papel. Recordemos que la doctrina de la Iglesia afirma que en la Forma del viril está el Hijo-Dios, quien concedió a su madre la gracia de la Concepción Inmaculada. Sin embargo, sabemos que en el siglo XIX, quizá por las penurias económicas que pasaron las instituciones religiosas a raíz de la desamortización, la parroquia olitense tuvo que enajenar su custodia peruana que la adquirió don Melchor Irisarri, párroco de San Cernin de Pamplona, quien murió en 1865.

El brillo que alcanzó el culto al Santísimo Sacramento durante los siglos del barroco, auspiciado por la doctrina del Concilio de Trento, se tradujo en múltiples manifestaciones. Entonces se consolidó la festividad del Corpus Christi, se popularizó la procesión y otros actos de adopción como los autos sacramentales. Surgieron cofradías dedicadas al culto de la Eucaristía como la cofradía de la Minerva, e incluso se construyeron grandes capillas-sagrario que albergaban el Santísimo. También el ajuar litúrgico se enriqueció con nuevas tipologías eucarísticas entre las que destaca la custodia de sol.

Estructuralmente sigue las pautas de las piezas de astil, pero el elemento que la define es el sol que la corona, cuyos rayos orlan el viril central, lugar reservado al Santísimo Sacramento. La custodia de sol, portadora de un rico y profundo simbolismo, proliferó en el mundo católico después de Trento. En efecto, la propia traza de la pieza, puede interpretarse como un

relicario que muestra, exhibe y manifiesta al mismo Cristo encarnado, muerto y resucitado. A la vez el sol fulgurante que lo enmarca subraya que Cristo es luz y señor del universo y, como tal, nos recuerda el sol todos los días, retornará por oriente. Pero también es una pieza que lo mismo se presenta pequeña y sencilla que grande y suntuosa, por lo que era accesible tanto a la iglesia modesta como a la rica. Y además era válida para distintas funciones, como la adoración, bendición o la procesional.

La pieza que comentamos, es de tipo procesional y refleja la riqueza y esplendor de algunas de estas custodias de sol. En este caso se labró conforme al sentido estético de la platería del barroco peruano, como denuncia su traza en la que destaca el astil con múltiples cuerpos y abundancia de tornapuntas. Sin embargo distintos elementos confirman que se labró en algún taller de la ciudad Imperial de Potosí. A la platería de esta ciudad minera remite el templete circular al pie del astil, jalonado por columnas salomónicas y cuyas hornacinas albergan las figuras de los evangelistas, San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan. Sin duda este elemento enriquece y completa el mensaje de la pieza. El templete en una doble evocación puede aludir por una parte al templo de la Antigua Alianza, que tuvo su culminación en Cristo, y por otra al Santo Sepulcro, escenario de su muerte y resurrección, actualizadas misteriosamente en la Eucaristía, mientras que los evangelistas son los testigos y transmisores de la vida y mensaje de Cristo a todas las generaciones. En el conjunto de su profusa ornamentación, con claro dominio de lo vegetal, sobresale la labor calada y densa del faldón de la base y del sol, característica también de esta ciudad virreinal. Los rostros empenachados de querubines con rasgos indígenas, muy frecuentes en la platería peruana, en los que terminan los rayos solares enlazan con la tradición bíblica que los sitúa junto al trono divino, y a la vez sirven de ejemplo temprano de "inculturación" en el arte.

El ostensorio, como es habitual en la platería peruana, carece de toda señal o marca, lo que indica que vulneró la legislación sobre el marcaje entonces en vigor. Así podemos deducir que por ella no se pagaron los aranceles correspondientes. Pero, asimismo, dado que lo silencia la documentación, impide conocer el nombre del artifice que en torno a 1734 labró esta magnífica custodia de sol en su taller de la ciudad de Potosí, en el virreinato del Perú, y que fue remitida como regalo a la parroquia de Santa María de Olite, aunque hoy se guarde en San Saturnino de Pamplona. [A.O.S.]

HEREDIA MORENO, M.C., ORBE SIVATTE, M. ORBE SIVATTE, A., *Arte hispanoamericano en Navarra. Plata, pintura y escultura*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, p. 172  
Datos documentales facilitados por Javier Corcín Ortigosa.





## Tibores

Escuela china, familia rosa, s. XVIII, época Ch'ing, período Kienlong.  
Porcelana pintada con toques de oro.  
75 x 45 cm.  
Parroquia de San Saturnino, Pamplona.  
Exposiciones: *Filipinas, puerta de Oriente. De Legazpi a Malaspina*, San Sebastián 2004, núm. 171.

Par de vasijas de porcelana, en forma bulbosa, del tipo llamado *tibor*. Decoración de cenefas con arcos y, entre ellas, escena que presenta un ave fantástica, posada en un jardín rocoso, con una pata apoyada en la valla o lindero del jardín, en el que se aprecian hojas y flores diversas, entre ellas grandes peonías. Los colores son gris oscuro, dorado y una gama de rojos que viran del pardo al rosa asalmonado.

El término *familia rosa* corresponde a una clasificación convencional de las porcelanas chinas, en atención al color predominante, sistematizadas por Jacquemart y Le Blant en el siglo XIX. Los pigmentos vitreos propios de esta familia, importados de Europa en el siglo XVIII, están compuestos principalmente por una gama purpúrea de varias gradaciones que varía del rosa pálido al grana encendido, paleta no tradicional en China, donde, según recoge Riviére, recibía la denominación de *color extranjero (Yang t'sai)*, pues proviene del rosa proveniente de la sal de cloruro de oro, descubierto por Andreas Cassius en Leyden hacia 1680 y, posteriormente, transmitido probablemente por los jesuitas. Nien Hi-Yao, el director de la fábrica imperial, comenzó a utilizarlo en algún momento de su mandato entre 1726-1736, y su éxito varió las preferencias del mercado. Con su sucesor Tang Yin se alcanza una nueva edad de oro en la elaboración china de la porcelana, y se producen piezas extraordinarias, tanto para el mercado exterior como para la exportación, en las que predominan los temas que aquí se reproducen: aves, plantas y flores.

Aunque no es tradicional la existencia de objetos emparejados con similar decoración, los motivos pintados sí corresponden a la tradición pictórica china para decoración de ajuares domésticos con símbolos de felicidad, como la representación del ave fantástica, el *feng-huang*, que en Occidente se identifica con el Ave Fénix, pero que alude en realidad y desde tiempos antiguos al Sur (el pájaro rojo) y al principio femenino, refiriéndose además a la armonía que debe imperar entre los principios mas-

culino y femenino, mientras que los vegetales diversos (cerezo, loto, bambú...) simbolizan el paso de las estaciones y, por tanto, la eternidad en perfecta unión y armonía conyugales.

La cabeza del ave es parecida a la pintada en otras piezas existentes en España, y aparece en tibores como los existentes en el Palacio Real de Madrid y el de la Granja de San Ildefonso en Segovia, con otra gama de colores además del rojo y las aves enmarcadas por medallones. Pese a que las mencionadas son obras magníficas, consideramos la versión pamplonesa de mejor calidad técnica y artística.

Estos tibores, tenidos como especialmente valiosos, lo son en efecto, al tratarse de piezas de gran importancia dentro de la producción del período Kienlong.

Fueron donados por un ilustre navarro, Don Felipe de Iriarte, natural del valle de Ulzama y residente en la Nueva España, quien los envió en 1768 para el ornato de la capilla de la Virgen del Camino en la parroquia de San Saturnino y, años más tarde, en 1799 costeó el monumento del santo titular en la misma parroquia. Sin duda, fueron transportados hasta México en el *Galeón de Acapulco o Nao de China*, al igual que los muy singulares báculo y mitra de San Fermín, donados por el mismo prócer y ejemplo notable de las labores cantonesas de filigrana adaptadas al gusto europeo. [L.A.M.]



MOLINS MÜGETA y FERNÁNDEZ GRACIA, "La capilla de Nuestra señora del Camino", *La Virgen del camino de Pamplona. V Centenario de su aparición (1487-1987)*, Pamplona, Mutua de Seguros de Pamplona, 1987, p. 104.  
ECHEVERRÍA GOÑI, P., "Mecenas y legados de indios en Navarra", *Segundo Congreso General de Historia de Navarra*, Pamplona, Príncipe de Viana, anejo 13, 1991, p. 188.  
HEREDIA MORENO, M.C., ORBE SIVATTE, M., y ORBE SIVATTE, A., *Arte Hispanoamericano en Navarra*, Pamplona, Príncipe de Viana, 1992, pp. 79-80.  
FERNÁNDEZ GRACIA, R., "Tibor", *Filipinas, puerta de Oriente. De Legazpi a Malaspina*, catálogo de la exposición, San Sebastián 2004, pp. 291-292.





## Autorretrato del pintor Antonio González Ruiz

Antonio González Ruiz,  
c. 1768

Óleo sobre lienzo,  
75 x 65 cm.

D. Antonio González  
Ruiz.

Madrid. Real Academia  
de Bellas Artes de San  
Fernando.

Navarro de nacimiento (Corella, 21-VII-1711; Madrid, 1-IV-1788), se trasladó muy joven a Madrid en donde estudió con M. A. Houasse. Poco después del regreso de éste a Francia se trasladó, por cuenta propia a París, prosiguiendo allí su formación que completaría en Madrid dentro de la órbita del escultor Olivieri. Desde 1739 empezó a trabajar al servicio del Rey, siendo uno de los primeros directores de Pintura de la Real Academia de San Fernando de la que llegó a ser su Director General entre 1768 y 1771.

Casado con doña Antonia Palomino, hija del grabador Juan Bernabé Palomino, fue artista de temperamento disciplinado, trabajador y serio alcanzando el nombramiento de Pintor de Cámara por cuyo empleo obtenía 12.000 reales al año a los que sumaba otros 3.000 por su condición de Director de Pintura de la Academia, más el dinero que obtenía con los encargos de la Real Fábrica de Tapices y los particulares que recibía.

De su actividad pictórica se aprecia especialmente su condición de excelente y seguro retratista, género que le sirvió para mostrar con sinceridad la vida interior de sus modelos así como manifestar con elegancia sus expresiones corporales y, con agudeza, la individualidad de los mismos. Indudablemente tuvo una capacidad superior a la de otros retratistas contemporáneos españoles –Valero Iriarte, Miguel Tobar, Andrés Calleja o Luis González Velázquez– para mostrar en sus retratos efectos de auténtica e intensa sensación de vida y naturalidad que les aproximan, como se ha dicho, a una inmediatez de tono familiar.

Sus retratos, que resultan algo duros y secos por la excesiva sujeción al dibujo, arte en la que también sobresalió por encima de sus colegas, casi siempre están tratados con una gama de colores planos, con dominio de los tonos castaños rojizos que evocan supervivencias tradicionales de su formación castiza, mientras que en el modo de componer manifiestan una deuda evidente hacia lo francés, en especial por Louis Michael Van Loo.

Envuelto en severo marco de tono clásico, se representa de medio cuerpo. Su cabeza aparece tocada con peluca empolvada a la moda del tiempo de Carlos III, mientras que su rostro muy expresivo y lleno de vida fija su intensa mirada llena de sinceridad en el espectador que le contempla. Viste casaca bordada sobre la que ostenta, colgada del cuello adornado por corbata, una gran medalla de oro. Seguramente para acreditar su rango de profesor, se autorretrata sosteniendo con su mano iz-

quierda una carpeta repleta de papeles y lápiz o carboncillo de dibujo mientras su derecha parece subrayar la importancia del dibujo como base para la correcta formación pictórica.

El 25 de febrero de 1760 la Real Academia, considerando justo lo expuesto en un memorial por el pintor que recordaba el celo con que la había servido desde sus primeros principios, acordó extenderle un certificado honorífico y concederle una “medalla de Su Majestad, que Dios guarde, con su adorno y cadena todo de oro para que pudiese usar de ella en las ocasiones que juzgara oportunas”, en la misma forma que se practicó con don Juan Domingo Olivieri, convirtiéndose en el segundo artista premiado por esta corporación. Costó 3.789 reales y se la entregó el 17 de mayo don Ignacio Hermosilla, su secretario general, en consideración a las “continuas fatigas y su esmero en la enseñanza de la juventud”.

Arrese consideró que podría ser una obra pintada cuando el artista contaba 49 años, es decir en 1760. En cambio, Pérez Sánchez prefirió retrasar su cronología y situarle en torno a 1768 por la estrecha semejanza que ofrece con el retrato del grabador de la Casa de la Moneda, Tomás Francisco Prieto (1716-1782), que González Ruiz pintó hacia 1766 y que igualmente fue Director de la Academia. Quizá sea más lógico pensar que su cronología se encuentre próxima a la concesión de la indicada medalla académica expresando de esta manera la inmediata complacencia que sentiría el artista por tan merecido reconocimiento.

De tan excelente autorretrato existe una réplica, con alguna variante en la manga de la casaca, que se conserva en la Pinacoteca Virreinal de México. El retrato lo grabó en 1786 su yerno el mallorquín Francisco Muntaner (1743-1805), envejeciendo los rasgos y cambiando el peinado pero respetando literalmente la composición y el gesto. Una copia moderna, debida al restaurador Mostacero, se conserva en Corella. [J. U. F.]

SENTENACH, N., *Los grandes retratistas de España*, Madrid, 1914, p. 112; ARRESE, J. L. de, *Antonio González Ruiz*, Instituto de Estudios Madrileños, Valencia, 1973, p. 143; PAREDES, C., *Antonio González Ruiz, Corella 1771-Madrid 1788*, Pamplona, 1990; PÉREZ SÁNCHEZ, A. E., “Algunos retratos desconocidos de Antonio González Ruiz”, en *Tiempo y Espacio en el Arte. Homenaje al profesor Antonio Bonet Correa*, II, Madrid, 1994, pp. 915 y 917





## Inmaculada Concepción

Luis Salvador Carmona,  
c. 1754

Madera policromada,  
153 x 74 cm.

*Luis Salvador y Carmona*  
Lesaka (Navarra).

Parroquia de San Martín

Exposiciones: *Salve:*

*700 años de arte y*

*devoción mariana en*

*Navarra*, Caja de

Ahorros de Navarra,

1994.

Puede considerarse obra de primerísima mano del escultor cortesano Luis Salvador Carmona que firma en la peana de la imagen, maestro al que pertenecen otras esculturas presentes en esta exposición. Nacido en 1708 en Nava del Rey (Valladolid) su formación tiene lugar en Madrid, donde hizo su aprendizaje (1723-1729) con el escultor asturiano Juan A. Villabrille y Ron en un taller gremial. Allí aprendió los últimos modos del barroquismo junto a un excelente oficio. Completó luego su formación junto a Juan Domingo Olivieri participando en el Sistema de Adornos del Palacio Real Nuevo, donde asimiló un lenguaje internacional que había de aplicar a las esculturas de los Reyes de España que le tocó labrar. En esta misma línea, Luis Salvador Carmona asistió desde las primeras sesiones de lo que había de ser el germen de la Real Academia de San Fernando. Establecida ya la Academia, fue nombrado el 12 de abril de 1752 Teniente Director de Escultura junto a Pascual de Mena y Roberto Michel. Su relación continuada hasta su muerte en 1767 con la Real Institución le permitió ponerse en contacto con un mundo de ideas nuevo y conocer un amplio repertorio de modelos de la Antigüedad y del barroco italiano que enriquecería su arte, proporcionándole un aire internacional. A ello contribuirían también los álbumes de grabados franceses y de otro origen que el artista tenía en su obrador, según figura en el Inventario de bienes. Se reúne así en Salvador Carmona de una manera afortunada la variedad de fuentes de inspiración en un artista que ha visto y asimilado mucho con un oficio aprendido según métodos tradicionales que hacen de él un virtuoso de la técnica. Dotado también de un gusto exquisito, combinará con sabiduría una selección de la tradición imaginera con el refinamiento académico.

La Inmaculada Concepción de Lesaca se encuentra entre lo más selecto de la producción de este escultor y se fecha en un momento de plenitud del artista, justamente dos años después de haber sido nombrado Teniente Director de Escultura de la Academia. Se venera bajo un templete situado en el centro del grandioso retablo mayor que ejecutó el arquitecto Tomás de Jáuregui entre 1751 y 1754, gracias al generoso legado dejado en Guatemala por un indiano originario de Lesaca que alcanzaba los 100 000 pesos guatemaltecos. De este cuantioso donativo, Juan de Barreneche y Aguirre destinaba en una Memoria (1748) 4.000 pesos para la construcción de retablos. Jáuregui se comprometió a realizar únicamente la arquitectura del retablo inspirándose en los grandes retablos

guipuzcoanos de Vergara y Segura que introdujeron en el País Vasco el modelo de traza de José Benito Churriguera en su fase tardía. Por emular a estos grandes conjuntos encargará, como en aquellos, la escultura a Luis Salvador Carmona. Por la documentación se conoce que la Inmaculada Concepción y el San Martín que ocupa el camarín del mismo retablo vinieron de Madrid, así como el precio de cada una de ellas y el de su transporte. La Concepción costó 160 pesos; el transporte de ambas de Madrid a Pamplona costó 138 pesos, siete reales y un maravedí y desde Pamplona a Lesaca, 31 pesos.

Esta Inmaculada Concepción es la única de esta iconografía debida a este escultor, que cuenta con toda una serie de Vírgenes del Rosario. La iconografía representa la imagen de la Inmaculada apocalíptica pisando con un pie el creciente lunar y con el otro la serpiente que guarda la manzana en la boca, y coronada por doce estrellas.

La figura descansa sobre una peana de nubes de ágil diseño con seis cabecitas de ángeles, juntas las dos centrales, de rostros hermosos y risueños. María está representada erguida con una delicada mano sobre el pecho y la otra extendida en actitud dispensadora. La cuidada policromía que se aplicaba en el propio obrador de Luis Salvador Carmona contribuye a su acabado exquisito. Viste la Virgen una túnica con rameados en tonos fríos –azules, verdes y platas– que imita las sedas dieciochescas y sujeta por un ceñidor carmin. Del mismo color es el envés de la túnica según deja ver la vuelta de las mangas y el pliegue del escote. Por debajo asoma un jubón blanco visible en el cuello y en las mangas de puños abotonados. Pero es el manto color azul ultramar, con bordes delgados como una lámina, movidos por el viento y tallados con gran virtuosismo, el elemento esencial en la valoración del volumen de la figura y en lo dinámico de sus perfiles. Ligeramente ladeada está la cabeza enmarcada por una melena de oscuros cabellos que caen sobre los hombros y espalda. Un velo de color blanco marfil cubre la cabeza. La dureza de ese rostro casi infantil es propia de los rostros femeninos de Luis Salvador Carmona, que sabe captarla de modo especial. El modelado suave y blando conforma un óvalo perfecto, cejas arqueadas, ojos de cristal mirando a los fieles, nariz correcta y boca menuda. La carnación es clara, poco brillante. En la Inmaculada de Lesaca se reúnen, según es propio de este escultor, el virtuosismo de la tradición imaginera española con la elegancia aristocrática del arte de Corte. [M.C.G.G.]

GARCÍA GAINZA, M.C., "Los retablos de Lesaca. Dos nuevas obras de Luis Salvador Carmona", *Homenaje a Don José Esteban Uranga*, Pamplona, Aranzadi, 1971, pp. 327-363.  
GARCÍA GAINZA, M.C., "Luis Salvador Carmona, imaginero del siglo XVIII", *Goya*, n.º 124, 1976, pp. 206-215.  
GARCÍA GAINZA, M.C., *El escultor Luis Salvador Carmona*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1990, pp. 97-98.  
MARTÍN GONZÁLEZ, J.J., *Luis Salvador Carmona. Escultor y Académico*, Madrid, Alpuerto, 1990.





## Nuestra Señora de los Ángeles

Sicilia (?), segunda mitad del siglo XVIII.  
Marfil policromado, 29 cm.  
Arizkun (Navarra)  
Clarisas.

Dada a conocer por Clavería esta interesante escultura presenta a la Virgen en su advocación de Santa María de los Ángeles, en pie sobre un alto basamento desarrollado en tres pisos. La figura de María aparece con velo corto despegado de la cabeza en airosos vuelos a su derecha y sujeto por una extraña corona con dos remates en triángulo. De fino rostro de menudas facciones enmarcado por el cabello en bucles sobre los hombros, se cubre con túnica de pliegues rectilíneos bien concebidos y sujeta a la cintura. El manto sobre la espalda cruza en diagonal por delante con vuelos a la derecha.

La figura aparece sostenida por tres querubines en escorzos bien concebidos que se cubren por un breve paño por debajo de la cintura y se yerguen sobre peana que a su vez sostienen dos querubines más pequeños y desnudos. Éstos se asientan sobre una breve base sostenida por un largo vástago alrededor del cual se representan ángeles músicos de cuerpos ágiles cubiertos de túnicas de escote en pico y cortas que subrayan con sus pliegues el leve movimiento de las figuras. Presentan las mismas finas facciones que las de la Virgen y, como ella, marcan en negro el iris de los ojos. En la base de madera que sustenta el conjunto aparecen aún tres angelitos en marfil de movidas actitudes.

Su cronología puede calcularse a través de diversos detalles que la sitúan en la segunda mitad del siglo XVIII, pero su adscripción a una escuela determinada presenta dificultades debido a la somera talla de las figuras y a su pequeño tamaño. Se intentó localizar el modelo que apuntaba claramente a lo europeo sin olvidar que las escuelas coloniales se inspiran asimismo y directamente en composiciones de arte occidental.

Precisamente se conocía un interesante ejemplar de esta advocación de la Virgen de los Ángeles en la antigua colección Blanco Cicerón de Santiago de Compostela que excepcionalmente presenta influencia de las esculturas del vallisoletano Gregorio Fernández. Clasificada como obra de la escuela indoportuguesa, en su base desarrolla un interesante conjunto de ángeles músicos, pero su parecido con los que aparecen en la Virgen de Arizkun es meramente temático aunque en ambos casos se detecte la influencia europea a través de un modelo no localizado. Comparada con ejemplares de diferentes escuelas europeas que trabajaron el marfil se advirtieron algunos detalles que recordaban los presentados por piezas de la pequeña escultura italiana. Así por ejemplo los ángeles músicos de la peana presentaban actitudes similares a los que, de relieve y en bronce, decoran el magnífico relicario de Santa Cecilia, obra italiana llegada a la catedral de

Jaén después del año de 1780 y preciosa joya que integra trabajos de marfil, bronce, piedras preciosas y pinturas. Es más clara la semejanza de las figurillas de Arizkun con las que aparecen en el precioso medallón en marfil de la parroquia de San Sebastián de Madrid, firmado por el siciliano Vincentius Marabiti (1749) que derivan en parte de, por ejemplo, los ángeles que decoran la orla de una bella Inmaculada en el Palacio del Pardo firmada por Claudio Beissonat que trabaja en Nápoles hacia 1700, artista con el que aparece relacionado el magnífico Calvario de la Colegiata de Santa María de Toro (Zamora), que recientemente se ha atribuido a talleres del sur de Italia, posiblemente sicilianos por el hecho de que su donante fue Virrey de Sicilia. Algún detalle, como el del iris en negro, aunque no es definitivo, es típico de la escultura en marfil napolitana del siglo XVIII incluidas las finas figuras de los relieves neoclásicos de Andrea Pozzo de la Casita del Príncipe del Escorial.

Su complicada composición recuerda también en cierto modo, más en su espíritu que en su conformación, producciones sicilianas en marfil como el curioso "monte" de coral que talla Andrea Tipa Drepanensis, en realidad el conocido grupo en marfil de la llamada Caída de los Ángeles. Este artista firma el interesante Nacimiento del Convento de las Salesas de Madrid que desarrolla numerosas y complicadas composiciones con figuras de coral, marfil y pequeñas construcciones de nácar.

Resumiendo, puede aceptarse que la interesante Virgen de Arizkun es obra de la segunda mitad del siglo XVIII posiblemente de una escuela del sur de Italia pues su cierto parecido con obras coloniales, como la Virgen de la colección gallega citada puede explicarse por el modelo europeo, no localizado, que inspiró a ambas.

Trens, el conocido tratadista de la iconografía mariana, no recoge esta advocación de la Virgen de los Ángeles pero sí la describe en su estudio del tema de la Maestá, apoteosis de la Maternidad divina y humana de la Virgen, con acompañamiento de ángeles músicos, representado desde los siglos XIV y XV y en representaciones grabadas con corona que se abre en puntas triangulares. No obstante, ninguna de sus representaciones recibe el nombre de Virgen de los Ángeles y además el ejemplar de Arizkun no presenta el Niño que siempre acompaña a la Maestá. Quizás la denominación sea más moderna y la composición responda a otra advocación como podía ser la de la Coronación o la Asunción de Nuestra Señora o simplemente responder al título de Regina Angelorum que se le atribuye en la Letanía. [M.E.M.]

CLAVERÍA ARANGUA, J., "Iconografía y Santuarios de la Virgen en Navarra". Pamplona, 1944.  
KNIPPING, J.B., "Iconography of the Counter Reformation. Heaven on earth". Leiden, 1974.  
ESTELLA MARCOS, M.M., "La escultura barroca de marfil en España. Las escuelas europeas y las coloniales". Madrid, C.S.I.C., 1984.  
BARRICELLI, A., "Una montagna di corallo e la scultura di Andrea Tipa", *Le Arti in Sicilia nel Settecento. Studi in Memoria di Maria Accascina*. Palermo, 1985, pp. 237-250.





## Nuestra Señora de los Remedios

Juan Correa, c. 1700

Óleo sobre lienzo,

163 x 106 cm.

Juan Correa

Estella (Navarra).

Parroquia de San Pedro de la Rúa.

Nuestra Señora de los Remedios se venera en México desde los tiempos de la conquista. La tradición dice que fue llevada a América por Juan Rodríguez Villafuerte –soldado de Hernán Cortés– y que esta fue la imagen que, juntamente con una Cruz, Cortés colocó en el templo mayor de la ciudad de Tenochtitlán al tiempo que derribaba los ídolos que allí se encontraban. Pero el 10 de julio de 1520 los españoles sufrieron una derrota que los obligó a salir huyendo de la población; episodio que se conoce como la Noche Triste. Rodríguez Villafuerte salvó la imagen y la escondió en el cerro de Totoltepec debajo de unos magueyes (agaves) cuyas hojas fueron creciendo alrededor de ella.

Corría el año de 1540 cuando el indio cacique Juan Cuauhtli encontró la imagen y la llevó a su casa en donde permaneció por varios años hasta que él mismo levantó una pequeña capilla sobre el sitio en que la encontró. En esa humilde capilla comenzó el culto a la Virgen de los Remedios. En 1574 el Ayuntamiento decidió levantar un templo digno de ese culto. A partir de 1628, en que se construyó el crucero, no cesó la actividad arquitectónica hasta no lograr el espléndido Santuario barroco de los Remedios, el cual, aunque habiendo perdido parte de su antiguo esplendor sigue siendo uno de los sitios marianos más visitados.

De acuerdo con la tradición, la Virgen de los Remedios ayudó a los conquistadores en su empresa, quienes a partir de la derrota de la Noche Triste, comenzaron a obtener sucesivas victorias sobre los indígenas. Con tal motivo la Virgen de los Remedios siempre representó “el bando” opuesto al de la Virgen de Guadalupe quien, obviamente amparaba a la nación mexicana: indios y criollos. Mucha literatura se ha escrito en torno a esta santa rivalidad, provocada por la sociedad de la Nueva España.

La imagen que se venera en el Santuario de los Remedios es de madera tallada y estofada, obra posiblemente de principios del siglo XVI. La devoción popular la ha revestido de ricos atuendos, telas adornadas con pedrería y la ha adornado con joyas y encajes. En esta pintura se la ve colocada sobre una suntuosa peana de plata, de contornos barrocos, posteriormente cambiada por una de gusto neoclásico.

Juan Correa representó a la Virgen sobre una mesa de altar que tiene un magnífico frontal pintado que seguramente fue el que tuvo en el siglo XVII cuando Correa hizo el cuadro. El altar se adorna con candeleros y floreros cargados con hermosas flores; el conjunto enmarcado con cortinajes manifiesta el gusto por la teatralidad imperante en esos años.

Por lo que respecta a la apariencia de la imagen, el pintor fue fiel a la realidad y reprodujo muy bien sus lujosas vestiduras, sus finas facciones y su cabello rubio. La Virgen lleva un cetro en su mano derecha y de la izquierda cuelga una bolsa triangular, rebordada con perlas.

En España existe desde el siglo XII, la Orden de la Santísima Trinidad para la redención de cautivos. Que propagó el culto de Nuestra Señora del Remedio. De esa imagen española, la mexicana conserva los siguientes elementos iconográficos: el Niño sentado en su brazo izquierdo, las coronas que Madre e Hijo llevan en sus cabezas, el globo terráqueo que sostiene el Niño y la bolsa llena de oro que, según la tradición española, la Virgen entregó a San Juan de Mata para el rescate de cautivos. La imagen mexicana lleva además el mencionado cetro.

En el angosto medallón ovalado que figura al centro del frontal, aparece el tradicional lirio, símbolo de la pureza de la Virgen María, rodeado de elegantes follajes, pintados con rica policromía.

Esta pintura, que se supone representación fiel de la realidad, no permite apreciar el estilo personal del pintor puesto que en ella no hay creación propiamente dicha, pero en el tratamiento de las flores, de los vestidos, del frontal y de todos los elementos del conjunto sí queda patente el magnífico oficio del pintor mulato Juan Correa. [E.V.]

R. P. F. ACEPEDA., *América Mariana, o sea Historia Compendiada de las imágenes de la Santísima Virgen más veneradas en el Nuevo Mundo*. Imprenta de José Sáenz Moneo, México-Barcelona, 1905.  
VARGASLUGO, E., VICTORIA, J. G. et alii, *Juan Correa su Vida y su Obra. Catálogo*. Tomo II, Primera Parte. México, UNAM, 1985.





## Virgen de Guadalupe con las cuatro apariciones

Antonio de Torres,  
1720.  
Óleo sobre lienzo,  
206 x 154 cm.  
*Ant(ton)io de Torres 1720*  
Tudela (Navarra).  
Compañía de María.

Este lienzo sintetiza la tradición acerca de las apariciones de la Virgen de Guadalupe al indio Juan Diego, en diciembre de 1531. El año de 1648 se publicó, por primera vez, el libro apolo-gético sobre las Apariciones, escrito por Miguel Sánchez. La primera aparición tuvo lugar el 9 de diciembre en la mañana. Juan Diego se dirigía a oír misa a Santiago Tlatelolco. La Virgen le habló en nahuatl y lo envió a ver al obispo fray Juan de Zumárraga, para comunicarle que era su deseo que ahí, en el lugar preciso de su aparición, se construyera un templo. La segunda aparición sucedió el mismo sábado 9 en la tarde. Juan Diego comunicó a la Virgen que el obispo no le había prestado atención. La Virgen insistió en que debía regresar a ver al obispo. En esa segunda visita Zumárraga le pidió "una prueba" o "señal". La tercera aparición aconteció el domingo 10 y el lunes 11. Juan Diego fue a su pueblo porque su tío Bernardino estaba muy enfermo, para tratar de curarlo al verlo moribundo; al día siguiente se encaminó a Tlatelolco en busca de un confesor. En su camino se topó a la Señora. Juan Diego se excusó de hablar con ella porque, como le dijo, le urgía volver a casa de su tío. La Virgen lo calmó diciéndole que su tío ya estaba sano y que él subiera a lo alto del cerro del Tepeyac a cortar las flores que allí encontraría y que las llevara al obispo como "la señal" requerida, recomendándole que sólo el obispo debía ver aquellas flores. La cuarta aparición sucedió el lunes 11 o el martes 12. Resume el momento en que Juan Diego despliega su tilma frente al obispo quien queda sobrecogido al ver las rosas que caen y al darse cuenta de la impresión de la imagen Virgen en la tilma del indio. En ese momento, acompañó al obispo Juan González, clérigo que sirvió de intérprete entre Zumárraga y Juan Diego. La mayor estatura que muestra en esta escena la figura de Juan Diego, fue un recurso para poder mostrar la tilma completamente extendida y dar, por otra parte, la importancia alegórica tan grande que tuvo Juan Diego en este acontecimiento sobrenatural.

La lectura de las escenas comienza en el ángulo superior izquierdo, pasa al ángulo superior derecho y continúa en la parte baja también de izquierda a derecha.

En el medallón rectangular que aparece a los pies de la imagen, se representó la Villa de Guadalupe a la que se llegaba por una calzada, que cruzaba la Laguna de México. Se reproduce el Santuario pintado con cuatro torres, como fue un proyecto que no se llevó a cabo y que se cambió por otro justamente hacia 1720, fecha en que se pintó esta obra.

Desde el siglo XVII quedó fijada la iconografía tradicional, modelo al que muchos artistas agregaban elementos simbólicos y decorativos. En este lienzo la imagen se acompañó con cuatro angelillos que llevan, unos, rosas, y los otros, el *Espejo sin mancha* y la *Puerta del Cielo*, imprecaciones de la Letanía Lauretana.

La imagen de la Virgen deriva de las composiciones marianas de género apocalíptico. Se singulariza por eliminar elementos que la relacionaran directamente con el texto de san Juan. Sólo la luna, los rayos del Sol Divino y el angelito a sus pies, son figuras concretas derivadas de la narración apocalíptica. La Virgen lleva corona real a la antigua, viste los colores tradicionales para las imágenes marianas: túnica color de rosa y manto azul, con adornos en dorado. En la túnica se ven flores y estrellas en el manto. Cuello y puños, llevan trabajo de plumaria, de acuerdo con su altísima categoría, ya que el uso de las plumas preciosas sólo era permitido a la nobleza de la sociedad precolombina.

La Guadalupana debe lucir –con mayor o menor intensidad– un rostro moreno del color peculiar de la población indígena de México. En este lienzo se la ve mucho más morena que la imagen original. En el *Arte Hispanoamericano en Navarra* se dice que este lienzo podría ser el que obsequió en 1734, sor Ignacia de Azlor y Echevers, fundadora del Colegio de María en la Ciudad de México. Es posible que sor María de Azlor lo haya mandado pintar así especialmente, para regalar a España una Guadalupana con rostro "muy mexicano", pues no es frecuente encontrar rostros tan oscuros pintados por artistas de la categoría de Antonio de Torres quien tampoco los pintó de ese color en otras imágenes de la misma advocación. (E.V.)

HEREDIA MORENO, M. C.,  
ORBE SIVATTE, M. y ORBE SIVATTE, A., *Arte Hispanoamericano en Navarra. Plata, pintura y escultura*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, p. 216.





## Sagrada Familia

Miguel Jacinto Meléndez, 1722  
Óleo sobre lienzo,  
234 x 163 cm.  
*SE YZO ESTA PINTURA  
A \_EV°CI° / DE D° M°  
THERESA/ Y D°  
JOSEPHA DE/  
OLAZAGUTIA/  
RELIGIOSAS DE/ VEL°  
NEGR° ESTE/  
MONASTERIO \_S°  
COMENDADORAS/ DE  
SANTI SPIRITUS/ MC°  
ME° P° R° F°/ A° D°  
1722.*

Puente la Reina  
(Navarra).  
Comendadoras de  
*Sancti Spiritus*.

Nos encontramos ante uno de los más bellos lienzos de Miguel Jacinto Meléndez, ovetense de nacimiento y artista, al igual que su hermano Francisco Antonio, miniaturista, y su sobrino Luis, importante bodegonista y retratista del siglo XVIII. Su formación se completó en Madrid, frecuentando diversas academias y tomando el testigo de Carreño, también asturiano. Su producción en la capital del Reino le llevaría a ser nombrado, en 1712, pintor del Rey. Fructífera resultó su labor como retratista en la Corte, gracias a la cual se conservan múltiples retratos de la familia de Felipe V, en los que se aprecia un cierto abandono de los modelos tradicionales españoles, y un paulatino acercamiento a la retratística francesa, más acorde con la recién instaurada dinastía. Al margen de ello, también abordó el género religioso, en el que se mostró mucho más continuista con lo realizado por la escuela madrileña durante el reinado de Carlos II, en sintonía con uno de sus estandartes, Claudio Coello. Entre su producción destacan lienzos como el de los Desposorios del seminario de Toledo, la Inmaculada del Museo Lázaro Galdiano, un San Antonio con el niño del Museo de Bellas Artes de Asturias, o los lienzos del convento de San Plácido de Madrid.

Por lo que respecta al lienzo, se representa la Sagrada Familia, iconografía arraigada en el Renacimiento, cuando en un ambiente contrarreformista San José se consolida como padre activo y protector de Cristo durante su infancia. En los siglos del barroco, alimentada por escritos como los de Sor María Jesús de Ágreda, dicha representación se asentó definitivamente en la cotidianidad española, multiplicándose sus muestras en el ámbito artístico. Tipos que en un principio se asociaban al regreso de Egipto o al hallazgo del Niño en el templo van a tomar otro cariz, adoptando un significado superior, el de la Trinidad en la tierra como manifestación de la Trinidad celestial. Las características de la escuela madrileña de fines de siglo, como el rompimiento de Gloria, los querubines, el protagonismo de la luz y la difuminación de los contornos de las figuras, se entremezclan con elementos más propios del pintor, como sus habituales tonos azulados y carmines, armen de sus característicos celajes, que contribuyen a crear una atmósfera propicia para el desarrollo de la escena. Destaca su composición romboidal, con Jesucristo en el centro, nexo de unión de las dos Trinidades. El hecho de que San José quede representado en primer término, acaba con las connotaciones negativas hacia su persona, constituyén-

dose el dicho santo como una de las representaciones favoritas de Meléndez, que lo pintará de nuevo junto al Niño en un lienzo conservado en el Museo de Bellas Artes de Asturias.

En el ángulo inferior izquierdo encontramos un zócalo cuya inscripción hace referencia a la realización y promoción de la obra, señalando como donantes a las hermanas María Teresa y Josefa de Olazagutía, que profesaron en el monasterio del Sancti Spiritus de Puente la Reina en 1701 y 1710 respectivamente. Esta extraordinaria promoción se explica por la figura de su padre, Don Francisco de Olazagutía, puentesino de nacimiento. Tras finalizar estudios de medicina en Zaragoza en 1661, acometió un meteórico curriculum (Médico del Hospital General, Doctor por la Universidad de Irache, Protomédico del ejército y de las cárceles Reales, Protomédico Interino, Protomédico Sustituto y Protomédico de Futura) que le llevaría a ser nombrado Protomédico del Reino de Navarra en 1689, cargo que ostentaría hasta su muerte, acaecida en 1707. Era un puesto de gran importancia, creado en Castilla por los Reyes Católicos en 1477, promovido por Felipe II y desaparecido oficialmente en 1822. Se adaptó a la administración del Viejo Reino, acaparando funciones tales como aplicar medidas de higiene y velar por su cumplimiento, castigar el intrusismo profesional, examinar a aspirantes y profesores e informar sobre las ingerencias gremiales, entre otras muchas atribuciones. Suponía la instancia superior en cuanto a asuntos médicos se refería y recibía una copiosa gratificación monetaria por sus servicios, que, a la postre, fue lo que propició el encargo y donación del lienzo que nos atañe. [E.M.S.]

Archivo General de Navarra.  
Prot. Not. Puente la Reina  
Martín de Larráinzar, 1709.  
Archivo de las Comendadoras  
de *Sancti Spiritus* de Puente la  
Reina, Libro de recepciones,  
profesiones y finadas.  
SANTIAGO PAÉZ, M.ª E., *Miguel Jacinto Meléndez*, Oviedo,  
Museo de Bellas Artes de Asturias,  
1989, pp. 116 y 177.  
SÁNCHEZ ÁLVAREZ, J., *El Protomédico navarro*, Pamplona,  
Tesis sustentada por la Facultad  
de Medicina de la Universidad  
de Navarra, 1990, pp. 396-398.  
PÉREZ SÁNCHEZ, A. E., *Pintura  
Barroca en España (1600-  
1750)*, Madrid, Cátedra, 1992,  
pp. 409 y 410.





## Nuestra Señora de la Soledad

Blas Enríquez, c. 1780

Óleo sobre cobre y marco de plata en su color, repujado y cincelado.

70 x 54,5 cm.

Enríquez fec.

Marcas: Cabeza masculina de perfil sobre M entre columnas surmontado por corona y burilada. Pamplona. Colección particular.

Bella imagen de Nuestra Señora de la Soledad arrodillada sobre un altar, vestida de viuda, con la cabeza baja, coronada por una rica aureola argéntea de rayos flameados, de rostro sereno y expresión doliente, de finos y delicados rasgos, que resaltan sobre el blanco de la toca. Presenta las manos entrelazadas a la altura del pecho, en actitud orante, sobre la túnica blanca que viste, de pliegues verticales y pincelada suelta, destaca un rosario de cuentas que cuelga formando una curva en forma de uve. Un amplio manto negro le cubre la cabeza y baja abriéndose simétricamente a los lados, formando un perfil piramidal, y anudándose en las rodillas mediante un lazo.

La figura se inscribe en un altar, cerrando la parte superior de la composición un rico dosel, formado por una cenefa de palmetas doradas, del que pende un cortinaje en tonos rojos con cenefa igual a la del dosel, que se recoge mediante cintas a los lados. La parte inferior está delimitada por la mesa de altar donde apoya la figura, delante de la cual se sitúan parte de las Armas Christi: corona de espinas y tres clavos, enmarcados a los lados por sendos jarrones de cristal con flores, con un rico colorido de tonalidades rojas, verdes y azules.

Esta representación de la Soledad sigue el modelo creado por Gaspar Becerra a mediados del siglo XVI para Isabel de Valois, que mandó le pusiesen vestimenta de viuda, y que se venera en la iglesia de San Francisco de Paula de Madrid. La imagen, así como su devoción pasaron de España a México, donde se hizo muy popular a mediados del siglo XVII, momento en que se le dedican capillas en las catedrales de México y Puebla, construyéndose igualmente templos bajo su advocación en México, Puebla y Oaxaca.

Esta obra está firmada en el ángulo inferior derecho, *Enríquez fec*, firma que creemos corresponde al pintor Blas Enríquez, asentado en México en la segunda mitad del siglo XVIII, y del que desconocemos su parentesco con el también pintor Nicolás Enríquez, activo en el segundo tercio de dicha centuria. La atribución a ese pintor viene dada por la concepción de estas obras, de factura suave y carnaciones rosáceas, en comparación con el tratamiento más duro de la obra de Nicolás Enríquez.

Presenta un rico marco ornamental labrado en chapas de plata montadas sobre un alma de madera, de forma rectangular y perfil escalonado, bipartito. El cuerpo interno, cóncavo entre molduras rectas, presenta una sobria decoración a base de elementos y ces vegetales, rocallas y veneras estriadas que resal-

tan los ángulos y la parte central del marco; mientras que el cuerpo externo, recto y de mayor desarrollo, dispone en los laterales aletas de perfil mixtilíneo rematadas por veneras, alcanzando mayor desarrollo la situada en la parte superior, a modo de copete, formado por una palmeta vegetal que sustenta una venera de gallones cóncavos. Recubre todo este cuerpo una abigarrada decoración repujada y cincelada conformada por ces y elementos vegetales, rocallas y veneras estriadas, en una confusión de motivos, con un bello juego de contrastes entre la superficie lisa y pulida de los motivos ornamentales, y el fondo punteado sobre el que se disponen. Repetida varias veces en las molduras rectas, aletas y venera del copete, está punzonada la marca de México, una cabeza de perfil sobre una M entre columnas, todo ello surmontado por corona, aunque carece del resto de marcas obligatorias en México, las de autor, contraste e impuesto fiscal. Se conservan piezas similares a éstas, enmarcando sendas imágenes de la Virgen de Guadalupe, en una colección privada de Bera (Navarra) y en el Museo Soumaya de México. [I.M.V.]

RODRÍGUEZ G. DE CEBALLOS, A., "La literatura ascética y la retórica cristiana reflejados en el arte de la Edad Moderna", *Lecturas de Historia del Arte*, Ephialte, 1990, pp. 80-90.

TOUSSAINT, M., *Pintura colonial en México*, México, Universidad Nacional Autónoma, 1990, p. 173.

PÉREZ SÁNCHEZ, A.E., *Tesoros del Museo Soumaya de México. Siglos XV-XIX*, Madrid, BBVA, 2004, p. 49.





## Cristo de Santa Teresa

Blas Enríquez, c. 1780.

Óleo sobre cobre y marco de plata en su color, repujado y cincelado.

70 x 54,5 cm.

Marcas: Cabeza masculina de perfil sobre M entre columnas surmontado por corona y burilada. Pamplona. Colección particular.

Representación pictórica del Crucificado, situado en el interior de una hornacina de arco de medio punto moldurado, espacio que se divide por la posición de la cruz, composición que se ve reforzada por la disposición simétrica de los floreros, de clara adscripción novohispana, relicarios y cruz que se sitúan en la repisa del altar. Cuelga de la cruz, bajo una cartela de ces vegetales contrapuestas con el INRI, un Cristo de tres clavos muerto, con la cabeza coronada de espinas, inclinada sobre el hombro derecho, los ojos cerrados y la boca entreabierta, con el óvalo de la cara enmarcado por la barba y los mechones de cabello. El cuerpo se halla en un suave contraposto, los brazos con una ligera inclinación, el torso marcado y los pies cruzados, sin subpedáneo. Se cubre con un gran paño de pureza interpretado en forma de banda horizontal con nudo de gran vuelo ajustado a la cadera izquierda, mediante un broche en forma de roseta, que contribuye al efecto decorativo al imitar una tela de ricos brocados bordados en oro con elementos vegetales, propios del arte colonial. Pone una nota de dramatismo en la pieza la abundancia de sangre, que se distribuye en los brazos, parte superior del torso, piernas y pies, pero que centra la atención en la llaga del costado, de la que mana con profusión, y que contrasta con la actitud serena de Cristo, de carnaciones suaves y tonalidades rosáceas, que se subraya por la policromía de los jarrones que lo enmarcan, en un efecto de gran luminosidad, recortándose sobre el fondo neutro de la hornacina en la que se emplaza.

Aunque carece de firma, se puede adscribir a Blas Enríquez, pintor que firma la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, formando un conjunto con los cobres de la Inmaculada y la Virgen del Carmen, así como con un San José con el Niño y una Dolorosa, con los que comparten los mismos rasgos estilísticos.

Esta pintura reproduce una imagen del Crucificado que llegó a ser una de las más famosas y veneradas de México. Don Alonso de Villaseca, rico minero, donó en 1545 un Cristo a una iglesia de las cercanías de Ixmiquilpan, por lo que también se le conoce como el *Cristo de Ixmiquilpan*, imagen que ya para 1615 era considerada milagrosa por los devotos del lugar. En dicho año, y debido al mal estado de la imagen, el Obispo ordenó que fuese enterrada con el primer adulto que muriese, pero durante cinco años no falleció ninguno, comenzando a ocurrir sucesos milagrosos en el templo. Una noche, después de escuchar ruidos extraños, los vecinos entraron en la iglesia en busca

de posibles ladrones y descubrieron con gran sorpresa que el Cristo se había renovado a sí mismo. Aceptado este hecho como milagroso, el arzobispo Juan Pérez de la Serna mandó trasladar la imagen al palacio arzobispal, y cuando este prelado regresó a España, ordenó el traslado de la venerada imagen al convento de carmelitas descalzos de San José, más tarde conocido como de Santa Teresa la Antigua, de donde el Cristo tomó su nombre. Sin embargo esta imagen fue destruida en 1845 cuando durante un terremoto la capilla que lo cobijaba se vino abajo, encargándose una copia de la misma al escultor Francisco Terrazas.

Al igual que la pintura precedente, tiene un rico marco labrado en chapa de plata, repujada y cincelada, con una abigarrada decoración a base de elementos vegetales, ces, rocallas y veneras estriadas al más puro estilo rococó, obra que se puede adscribir a talleres mexicanos, cuya marca presenta punzonada varias veces. [I.M.V.]





## Inmaculada Concepción

Blas Enriquez, c. 1780

Óleo sobre cobre y marco de plata en su color, repujado y cincelado.

70 x 54,5 cm

Marcas: Cabeza masculina de perfil sobre M entre columnas surmontado por corona y burlada. Pamplona. Colección particular.

Hermosa pintura de la Inmaculada Concepción que sigue la representación habitual de esta iconografía que, iniciada ya en el siglo XVI, se establece definitivamente a lo largo del siglo XVII. La figura de María se sitúa en pie, erguida, describiendo su cuerpo una suave ondulación, rompiendo la frontalidad de la imagen al no presentar las manos cruzadas sobre el pecho, sino en actitud declamatoria, un brazo abierto y la otra mano al corazón. La cabeza presenta una leve inclinación, siguiendo la línea del brazo derecho, cayendo la larga cabellera sobre los hombros y la espalda, enmarcando el óvalo del rostro, de suaves carnaciones, con la mirada al frente. El manto azul que cubre a la Virgen no se cruza por delante como suele ser habitual, sino que se abre a los lados, en pliegues verticales, dejando ver la túnica blanca hasta los pies, ceñida a la cintura mediante una cenefa dorada, que se repite en el cuello, de pincelada suelta y vaporosa, de un blanco luminoso. Aquí se muestra hábil el pintor, mediante un rico juego de contrastes entre las tonalidades azul y blanca del manto y túnica de la Virgen, de rico colorido y con luz propia, con las de la gloria de nubes y el cielo sobre los que se recorta la figura de María, de carácter más esbozado y simple, en un vaporoso manejo de los contornos, suavidad y gracia de la madre de Dios.

El modelo acuñado de representación de la Inmaculada va a constituir una imagen híbrida entre la Virgen *tota pulchra*, cuyos símbolos están extraídos de las Sagradas Escrituras, sobre todo de los Salmos y del Cantar de los Cantares, que se integraron poco a poco en las alabanzas que, aplicadas a María, cuajaron en la letanía lauretana, con los rasgos de la mujer apocalíptica, basada en un pasaje del Apocalipsis (12, 1) “y allí apareció ya maravilla en el cielo: una mujer vestida con el sol, y la luna a sus pies, y sobre su cabeza una corona de doce estrellas”. Toda esta simbología alude a los privilegios y virtudes de María, que aparece apoyada sobre el creciente lunar, con la serpiente a sus pies, enmarcada por la palmera y el lirio, con una corona de doce estrellas sobre la cabeza, que se recorta sobre los rayos del sol y parece abrirse paso entre una gloria de nubes de la que surgen querubines. La corona de estrellas es un elemento de hondo significado ya desde el siglo XVII, momento en que se desarrolla la devoción del *stellarium*, un modo peculiar de rosario franciscano diferente al difundido por los dominicos.

Hay que señalar cómo esta pintura se ejecuta poco años después de que en 1760 Car-

los III pusiese España y las Indias bajo el patronato de la Inmaculada, y aunque tampoco aparece firmada, la creemos obra de Blas Enriquez, pintor que firma el cobre de Nuestra Señora de la Soledad. Como el resto de las piezas está enmarcado por un lujoso marco de chapas de plata que presentan una exuberante ornamentación a base de elementos vegetales, rocallas y veneras estriadas propias del rococó, entre las que se disponen los punzones de localidad de México. [I.M.V.]

TRENS, M., *María. Iconografía de la Virgen en el arte*, Madrid, Plus Ultra, 1946.

STRATTON, S., *La Inmaculada Concepción en el Arte Español*, Madrid, Fundación universitaria española, 1988.

FERNÁNDEZ GRACIA, R., *La Inmaculada Concepción en Navarra. Arte y devoción durante los siglos del Barroco. Mentores, artistas e iconografía*, Pamplona, Eunsa, 2004.





## Virgen del Carmen

Blas Enríquez, c. 1780

Óleo sobre cobre y marco de plata en su color, repujado y cincelado.

70 x 54,5 cm.

Marcas: Cabeza masculina de perfil sobre M entre columnas surmontado por corona y burilada. Pamplona. Colección particular.

Pintura en la que se muestra a la Virgen del Carmen con el Niño en el regazo, en una gloria de nubes y querubines, en un ritmo contenido, centrando la atención la luminosidad de las masas de colores de las vestimentas de la Virgen y el Niño, con una pincelada suelta y brillante. La figura de María se sitúa sentada, con las rodillas flexionadas apoyados los pies sobre querubines, enmarcada por una gloria de nubes, en una posición no bien resuelta ya que parece artificial y forzada, con los brazos abiertos en actitud de acogida. La cabeza, ligeramente ladeada hacia el hombro, con una rica corona imperial de oro y pedrería, rodeada por un nimbo de doce estrellas, deja caer el cabello sobre los hombros, enmarcando el rostro, de gesto dulce y sereno. Con la mano izquierda tiende el escapulario hacia el espectador, mientras que con la derecha sostiene al Niño apoyándolo sobre su costado. Viste un amplio manto de color blanco con el forro en azul, que se abre a los lados, cayendo recto por la derecha, mientras que por la izquierda dibuja un fuerte movimiento, recogiénose en un pliegue siguiendo la forma de las rodillas, dejando ver debajo el hábito carmelitano recubierto de estrellas. El Niño, vestido con una túnica en tonalidades rosáceas, presenta la misma actitud que María, con la cabeza ladeada hacia el hombro, de rostro dulce y angélico, tocado con corona, con la mano izquierda sobre el corazón y el brazo derecho extendido ofreciendo, al igual que su madre, el escapulario al espectador.

Se representa en esta pintura a Nuestra Señora rodeada de ángeles en una gloria de nubes, tal y como dice la tradición que se le apareció a San Simón Stock en el monasterio inglés de Aylesford hacia 1250. La devoción a la Virgen del Carmen en México alcanzó una dimensión especial, siendo una de las advocaciones marianas más populares en la intercesión por las almas del purgatorio. Su atributo es el escapulario ya que cuando se apareció a San Simón le hizo la promesa, tras enseñárselo, de que a los carmelitas, que por sus reglas portaban el escapulario, que fueran condenados al purgatorio se les liberaría el primer sábado después de su muerte. En cumplimiento de esta promesa el papa Juan XXII en 1316 concedió a los carmelitas, mediante la Bula Sabatina, las indulgencias para liberar las almas del purgatorio el sábado que siguiera al día de la muerte, cuyos efectos amplió Benedicto XIII a todo aquél que portase un escapulario. Debido a esto la Virgen del Carmen y su escapulario gozaron de gran popularidad en México, siendo habitual que los fieles se enterrasen con

el hábito de dicha orden o, mayormente, con el escapulario.

Aunque esta obra tampoco presenta firma, el hecho de pertenecer al mismo grupo de pinturas que la imagen de la Soledad, así como la concordancia entre los rasgos estilísticos de estos cobres, nos lleva a pensar en la autoría de Blas Enríquez para todos ellos. Igualmente presenta el mismo marco que los anteriores, de chapa de plata sobre alma de madera, repujada y cincelada, con una suntuosa labor de ces, elementos vegetales, rocallas y venetas estriadas de fuerte carácter plástico, y al igual que éstos, lleva estampada la marca de México en las molduras, aletas y copete del mismo. [I.M.V.]





## Cornucopia

Talleres de Pamplona,  
1774.

Madera tallada,  
esculpida, dorada  
y policromada,  
240 x 150 cm.

Pamplona. Parroquia  
de San Saturnino.

Conjunto de dos cornucopias rectangulares con un sencillo marco moldurado de madera dorada, al que se superpone una decoración de elementos geométricos, vegetales y rocallas recortadas, de líneas sinuosas y quebradas, que le confieren un fuerte efecto plástico y gran monumentalidad. Insertas entre la abundancia decorativa se posan en la parte superior tres palomas, con un movimiento contorsionado, en una delicada policromía de tonalidades marrones, mientras que en la parte inferior se inscriben dos serpientes aladas, con manzanas en la boca, de un exuberante colorido a base de rojos y verdes.

La presencia de las palomas y las serpientes en el espejo aluden al texto de San Mateo (10, 16) en el que se recoge la alocución de Jesús a los Apóstoles, aconsejándoles ser prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas, "He aquí que os envío como a ovejas en medio de los lobos; hacedos, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas", por lo cual resulta lógica su presencia alegórica en el espejo de una sacristía, en clara alusión a las virtudes que deben adornar a todo buen sacerdote, ya que éste es el lugar donde los sacerdotes, continuadores de la misión evangélica de los Apóstoles, se revisten de sus vestiduras litúrgicas, y en el que se organiza la pro-

cesión de entrada para los diferentes cultos a celebrar en el altar.

En la misma sacristía se conservan, junto a estas dos cornucopias, otras dos de menor tamaño, todas ellas datables hacia 1772-1774, y deudoras de las cornucopias que diez años antes había instalado Silvestre Soria en la sacristía de los canónigos de la catedral, que responden a un rococó más calmado y sereno, que las diferencia del movimiento exacerbado que presentan las de San Cernin. Completa la decoración de la sacristía diversas pinturas con cartelas y marcos dorados mixtilíneos, la cajería, un reloj, placas recortadas de las que penden adornos dorados de guirnalda de rocallas y el papel que recubre las paredes, conformando uno de los conjuntos decorativos más suntuosos del rococó de Pamplona, sólo comparable a la citada sacristía de los canónigos de la catedral. Su construcción y decoración coincidió con las fases finales de la edificación de la capilla de la Virgen del Camino, y fue encargada por la obrería de la iglesia en 1772 a José Pérez de Eulate, debido al mal estado en que se encontraba la sacristía vieja, y que se inscribe dentro de un periodo de febril actividad constructiva en Pamplona, momento en que se monumentaliza la ciudad, conformándose su casco histórico tal y como hoy lo conocemos. [I.M.V.]

GARCÍA GAÍNZA, M.C., et alii,  
*Catálogo Monumental de Pamplona. Merindad de Pamplona. V\*\*\**, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1997, pp. 131-132.





## Consola

Silvestre Soria,  
1760-1762.  
Madera esculpida,  
tallada, policromada  
y dorada, y mármol,  
92 x 146 x 66 cm.  
Pamplona, Catedral.

Consola rococó de madera policromada y dorada, con tablero moldurado de perfil quebrado en mármol negro vetado, silueteado por una moldura de madera dorada. El faldón está dividido mediante un filete dorado paralelo al contorno del tablero, presentando la parte inferior una sinuosa línea a base de volutas y rocallas, entrelazadas en una equilibrada simetría, que enmarcan en la parte central un espejo calado, con un marco de rocallas y copete vegetal, similar a los situados en el arranque de las patas, de cabriolé rematadas en delfines. La chambrana está concebida como un curioso lazo que se anuda en la parte inferior de las patas, uniéndose al centro, donde sostiene un elemento vegetal a base de rocallas de perfil mixtilíneo elevado. Cubre toda la superficie, en un rico juego de contrastes, una policromía en blanco y dorado, esta última resaltando una abigarrada ornamentación de elementos vegetales, rocallas y espejos formando los elementos decorativos, mientras que las líneas estructurales presentan un fondo blanco sobre el que destaca una delicada decoración de ramilletes florales de fina ejecución en tonos rojos y verdes, colorido que se complementa con el vetado del mármol del tablero.

Esta consola sigue en su concepción modelos cortesanos, siendo parecida a otras conservadas en el Palacio Real de Madrid, en el palacio de Capodimonte en Nápoles o en la colección del antiguo Banco Central Hispano, y a los diseños elaborados por Juan de Herrera para el palacio real de Aranjuez en 1747. Forma parte del mobiliario de la sacristía de los canónigos de la catedral de Pamplona, que aunque mandada construir en el siglo XVI por el obispo Antonio de Zapata y Mendoza, fue remodelada completamente entre 1760 y 1762 bajo el patrocinio de Pedro Fermín de Jáuregui y Aldecoa, arcediano de la cámara de la catedral, convirtiéndola en un suntuoso espacio rococó, más propio de una sala palaciega que de un ámbito sagrado, como bien han testimoniado viajeros de paso por Pamplona como Pedro de Madrazo o Víctor Hugo.

La remodelación de la sacristía fue llevada a cabo por Silvestre Soria, natural de Sesma y vecindado en Madrid, arquitecto y adornista que había trabajado en el Palacio Real a las órdenes de Juan Antonio Olivieri, lo que le permitió conocer y asimilar el lenguaje del rococó internacional dominante en la corte en estos momentos. En 1759 regresó a Navarra, asentándose en Pamplona, donde se convirtió en dueño del panorama artístico de la ciudad gracias a su privilegiada formación en el Pala-

cio Real. Sin duda fue su conocimiento del lenguaje dominante en la corte lo que movió a Pedro Fermín de Jáuregui a encargar a este artista no sólo la remodelación de la sacristía, sino también el proyecto para la remodelación del trascoro, que no llegó a ejecutarse, la nueva biblioteca y el ornato de la sala capitular, para adecuarla a la recién remodelada sacristía. En esta última, Soria creó un espacio unitario mediante la conjunción de elementos decorativos, pinturas y mobiliario, que le confiere gran dinamismo, en un derroche rococó de lujo y abigarramiento que paradójicamente es más propio del gusto imperante en el reinado de Fernando VI que en la corte de Carlos III, donde había sido superado ya, tendiéndose hacia el clasicismo. Esta decoración fue posteriormente imitada en las sacristías de las iglesias de Santa María de Viana y de San Cernin de Pamplona. [I.M.V.]



*El Real Sitio de Aranjuez y el Arte Cortesano del siglo XVIII*, Madrid, Patrimonio Nacional, 1987, p. 330.

SPINOSA, N., *El arte de la Corte de Nápoles en el siglo XVIII*, Madrid, Ministerio de Cultura, 1990, pp. 236-237.

JUNQUERA MATO, J.J., "Artes Decorativas", en *Colección Central Hispano. Del Renacimiento al Romanticismo*, Madrid, Banco Central Hispano, 1996, p. 242.

GARCÍA GAINZA, M.C., "La sacristía mayor de la catedral de Pamplona: mecenas y artistas", en *Príncipe de Viana*, n.º 217, 1999, pp. 383-397.





## Reloj

Londres. M. Russell, 1774.

Reloj: caja de madera lacada y taracea, latón dorado y plateado, y acero, 95 x 52 x 30 cm.

Cornucopia: madera tallada y dorada. 190 x 120 cm.

M. Russell, LONDON  
Pamplona. Parroquia de San Saturnino.

Reloj inglés, de notables dimensiones, del tipo conocido como "bracket", enmarcado por una suntuosa cornucopia de líneas quebradas formada por elementos vegetales y rocallas entrelazadas, caladas y recortadas, que lo rodean por completo, inscribiendo en la parte superior, en una cartela a modo de copete, sobre un fondo policromado en verde, la fecha de finalización, 1774, de las obras de construcción de esta sacristía. Aunque de mayor desarrollo, esta cornucopia forma juego con las guirnalda doradas de rocallas que penden de placas recortadas marcando los arcos formeros de la sacristía.

Sobre una peana triangular se sitúa el reloj, con caja de caoba que apoya sobre una base con faldón mixtilíneo, con cuatro patas metálicas de molduras rectas, sobre la que asienta un cuerpo moldurado que da paso a la caja rectangular. Ésta tiene puertas acristaladas de medio punto en los frentes y laterales, que dejan ver la maquinaria, y está rematada por una cúpula consistente en un doble cuerpo retranqueado, el inferior cóncavo y el superior convexo, así como por cuatro jarrones en los ángulos. Presenta una rica ornamentación de taracea de madera a base de elementos vegetales y geométricos que recubren por completo la caja, al igual que la peana donde apoya, y que se completa en la cúpula con una paisaje de estilo chinosco, tema recurrente en la relojería inglesa de estos momentos, mientras que al interior se repite la taracea de elementos geométricos y vegetales en las enjutas del arco y los adornos de latón dorado en la maquinaria. Conserva en los laterales de la caja el asa propia de los *bracket*, que servía para su traslado.

La maquinaria está compuesta por una triple esfera cobijada bajo un arco de medio punto. La principal presenta un círculo central de latón dorado, donde se inserta el calendario, enmarcado por dos anillos horarios plateados y grabados, separados por medio de una doble moldura, en los que se inscriben las horas en números romanos y los minutos en arábigos. Tiene doble manecilla de acero, una para indicar las horas, recortada y calada, de forma geométrica, y otra más sencilla y alargada, con rasgos vegetales, para los minutos. En la parte superior se sitúan otras dos esferas, una silenciador de sonería y la otra segunda, flanqueando una cartela mixtilínea con inscripción que indica el autor de esta obra: *M. Russell, LONDON*. El péndulo del reloj se sitúa en la parte trasera de la maquinaria, pudiendo verse a través de la puerta posterior de la caja.

Nada sabemos del autor del reloj, salvo su residencia en Londres, pudiendo ser pariente de John Russell (1745-1817), a quien el príncipe regente, futuro Jorge IV, nombró en 1803 *Relojero para Escocia*, realizando varios trabajos para la corte inglesa. Con decoración muy similar al aquí estudiado existe un reloj en el Museo de Artes Decorativas de Praga, obra de Robert Finch; e igualmente de tipo *Bracket*, similares a éste, se conservan relojes en varias colecciones españolas, como las de Patrimonio Nacional o la del antiguo Banco Central Hispano, ya que este tipo de reloj de procedencia inglesa tuvo amplia difusión a lo largo de los siglos XVIII y XIX en el continente.

Este conjunto formado por el reloj y la cornucopia que lo enmarca se inscribe dentro de la suntuosa decoración de la sacristía de la iglesia de San Cernin de Pamplona, uno de los espacios rococós más ricos y bellos de la capital navarra. [I.M.V.]

COLÓN DE CARVAJAL, J. R., *Catálogo de relojes del Patrimonio Nacional*, Madrid, Patrimonio Nacional, 1987.

URESOVA, L., *El arte de la relojería*, Madrid, Libsa, 1990, pp. 82-83.

GARCÍA GAÍNZA, M. C. y otros, *Catálogo Monumental de Pamplona. Merindad de Pamplona V\*\*\**, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1997, pp. 131-132.





## Niño Jesús Nazareno, "Niño del Dolor"

Alonso Cano.

Atribución, mediados del siglo XVII.

Madera policromada, 80 cm. Madrid. Real Congregación de San Fermín de los Navarros. Exposiciones: *Alonso Cano. 1601-1667. Arte e Iconografía*, Granada, Arzobispado, 2002. *Conservar y restaurar*, Madrid, Comunidad de Madrid, 2003.

El Niño del Dolor o Niño Jesús Nazareno es la joya artística más sobresaliente que conserva la Real Congregación de San Fermín de los Navarros y una de las más destacadas también por su historia y atribución a Alonso Cano. Por el P. Pío Sagüés sabemos que esta obra perteneció a doña Mariana de Neoburgo, que la dejó en su primer testamento (1730), junto con otras imágenes, "en sufragio de su alma". Un segundo testamento (1737) ratificaba estas mandas y dejaba como heredera universal a su sobrina Isabel de Farnesio. Esas obras pasaron a poder de la Real Congregación en 1761, pues en la Junta celebrada el 19 de abril de 1761 se informó de que "por interposición de los señores Conde de Saceda y don Francisco de Indaburu ha merecido nuestra Congregación la piedad de la Reina Madre, nuestra señora, doce blandones dorados maltratados, un Niño Dios, con la cruz a cuestras, San Francisco de Paula, Santa Bárbara y un esqueleto de la muerte, que fueron de la testamentaria de la Srma. señora doña Mariana de Neoburgo, como parecía de la copia de la libranza, en la que se expresa ser en sufragio de su alma...". Los dos congregantes que hicieron valer sus oficios para la donación eran el primero mayordomo y tesorero de la Reina Farnesio y el segundo secretario de la misma. A raíz de la donación regia, se celebró un funeral solemne por doña Mariana de Neoburgo el 24 de mayo de 1761. Desde entonces el Niño del Dolor ha pertenecido a la Real Congregación, donde se guarda en su Sala de Juntas. Así, en un inventario de la Congregación de 10 de agosto de 1761 se describe la imagen de esta manera: "Una efigie de Cristo, con la cruz a cuestras, de vara de alto, sobre tres [son cuatro] cabezas de serafines, y un mundo terrestre, retasado en mil y doscientos reales".

La historia de la obra, especialmente su pertenencia a la reina y la consiguiente donación, dicen ya mucho del valor de la misma. Se trata, sin duda, de una obra bella y exquisita a la altura de lo exigido en una imagen de devoción de una reina. Su autor había tenido que ser famoso y reconocido para satisfacer a su regia propietaria. Era ya tradicional designar a Alonso Cano como autor de la misma. Este escultor la habría realizado en su estancia madrileña (1657-60), en los años en que también hizo el Crucificado para el convento de Monserrat de Madrid que, por cierto, según dice Palomino, la propia doña Mariana de Neoburgo obligó a Cano a terminarlo antes de regresar a Granada. La atribución a Cano, ya antigua, debe datar del siglo XIX, según Domingo Sánchez Mesa, y tiene su base más firme en don Manuel Gómez Moreno, quien la consideró obra del periodo madrileño, y en M.

Elena Gómez Moreno, quien estudió detalladamente la obra y consideró la atribución al maestro granadino como indiscutible. Wethy incluyó el Niño del Dolor en el Catálogo de Cano, pero puntualizando que esta atribución tiene base "bastante insignificante, tanto estilísticamente como en cualquier otro sentido". En los últimos años esta obra ha sido relacionada con el arte de otros escultores como Manuel Pereira, con el que Jesús Urrea advierte ciertas coincidencias estilísticas entre los ángeles de la peana del Niño de la Pasión con los que aparecen en las Inmaculadas –San Esteban de Salamanca o Recoletas de Pamplona–, obra del portugués, o como la Roldana, cuyo nombre ha sido sugerido por el profesor R. Gutiérrez de Ceballos. Por su parte, Sánchez Mesa ha mantenido y mantiene en la actualidad la atribución a Cano en atención a "los rasgos y finura de esta talla", si bien reconociendo "la singularidad de la obra".

Figura de bulto redondo y derivada de imágenes procesionales, la escultura está hecha para ser contemplada desde todas las perspectivas o puntos de vista. Se trata de un Nazareno Niño inspirado en las imágenes granadinas y sevillanas de esta iconografía, en la que se representa al Niño dando el paso, caminando con la cruz sobre su hombro. Apoya el pie adelantado sobre la esfera del mundo y el retrasado sobre la cabeza de un querubín. Éste con otros tres querubines de rostros entristecidos y nubes componen la peana de la figura. El Niño Jesús avanza inclinado con expresión de sufrimiento y hondo misticismo que provoca el sentimiento del devoto. El rostro infantil pleno de sensibilidad y blandura dirige la mirada hacia abajo. Está enmarcado por una larga melena con rizos sueltos que dejan oquedades en su interior. Esta melena trabajada con apuramiento y la cruz arbórea de tronco nudoso contrastan con la blanda lisura del rostro y de las manos. Viste el Niño una túnica de policromía exquisita en dos tonos de morado con toques de oro, toda recubierta de un tupido rameado vegetal que integra medallones con temas bíblicos referidos al tema de la Pasión: Sacrificio de Isaac, Lucha de Jacob con el Ángel, y otros. En el globo terráqueo se dibujan los continentes con letreros en latín. La imagen tiene ojos de cristal y telas encoladas en algunos bordes de la túnica.

Obra exquisita de total acierto en su concepción y técnica resulta claro exponente de la calidad alcanzada por la imaginería barroca española a mediados del siglo XVII. Su atribución a Alonso Cano, aun advirtiendo su singularidad dentro de la obra del gran maestro granadino, no parece en nuestros días fácil de sustituir por otra más convincente. [M.C.G.G.]

GÓMEZ MORENO, M. E., *Breve historia de la escultura Española*, Madrid, Dossat 1951, pp. 134-35; *Alonso Cano. Estudio y Catálogo de la Exposición celebrada en Granada en junio de 1954*, Madrid, 1954, cat. n.º 49, p. 67; SAGÜÉS AZCÓN, P. P., *La Real Congregación de San Fermín de los Navarros (1683-1961)*, Madrid, 1963, pp. 259-62; SÁNCHEZ MESA MARTÍN, D., *Técnica de la escultura policromada granadina*, Granada, Universidad de Granada 1971, pp. 139-40; URREA FERNÁNDEZ, J., "Alonso Cano Escultor: su Catálogo" en ÁLVAREZ LÓPERA, J. (Coord.), *Figuras e imágenes del Barroco. Estudios sobre el barroco español y sobre la obra de Alonso Cano*, Madrid, Fundación Argentina, 1999, p. 248; SÁNCHEZ MESA MARTÍN, D. y MARTÍNEZ JUSTICIA, M. J., *Niño Jesús Nazareno, Niño del Dolor, Alonso Cano. 1601-1667. Arte e Iconografía*, Granada, Arzobispado, 2002, pp. 475 y 476.





## Constituciones de la Real Congregación de San Fermín de los Navarros

Madrid, 1761.

21 x 15 cm.

Madrid. Real

Congregación de San Fermín de los Navarros.

Al establecer Felipe III en 1605 con carácter definitivo la capital en Madrid, comenzó a ejercer ésta una indudable y lógica atracción. Las Cortes, los Consejos, Tribunales, Secretarías, la gobernación de la inmensa monarquía, su comercio eran atractivos no sólo a los que vivían en las distintas regiones de la Península, sino también a quienes, como flamencos, italianos, portugueses, formaban parte de la monarquía hispánica. Madrid, poblachón con castillo moro, fue surgiendo y creciendo como auténtica capital.

Las distintas comunidades comenzaron a organizarse para celebrar sus fiestas, la asistencia hospitalaria, médica, la mutua ayuda, la asistencia a presos, pobres, necesitados, y así surgieron las distintas asociaciones de "naturales" aragoneses, navarros, vascos, italianos, flamencos, portugueses, etc. Hasta siete.

"Los hijos y descendientes de aquel Reyno, que residen en esta católica Corte de Madrid, determinaron juntos consagrarle en públicos y perpetuos cultos, como a Patrón y Valedor....estableciendo una Real Congregación Nacional", dice la Introducción de las Constituciones que se conservan en el archivo de la Real Congregación de San Fermín de los Navarros, de Madrid. Don Esteban Fermín de Marichalar quedó encargado de redactar las Constituciones, que fueron aprobadas en Juntas generales (16 de agosto y 25 de septiembre de 1683), y por el Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, Don Luis Manuel Fernández Portocarrero, el 16 de mayo de 1684. Los fundadores de la Real Congregación fueron 327. Se celebró la primera Junta general el 25 de junio de 1684, siendo elegidos: Prefecto el Duque de Alba, Condestable de Navarra y Conde de Lerín y 24 ilustres navarros, entre ellos Don Esteban Fermín de Marichalar, como primer Consiliario, y Don Juan de Goyeneche, éste como "Celador de pobres".

El 6 de julio de aquel año se celebró Junta general para la ceremonia del juramento y la erección del estandarte: "Juramos y votamos solemnemente que la Santísima Virgen María, Madre de Dios y Señora nuestra, en ningún tiempo ni instante, tuvo mancha de pecado original... (que) consiguió ser más Inmaculada y pura que los ángeles.... Ponemos este juramento en la obediencia, protección y disposición de nuestra Santa Iglesia, Católica, apostólica, de Roma y de nuestro Santo Padre Inocencio Undécimo".

El Rey Carlos II se asentó como "Prefecto perpetuo". Desde Fernando VI todos los reyes de España, incluido el Jefe del Estado Francisco Franco, han sido sus prefectos perpetuos. Debe hacerse notar, sin embargo, que hasta Fernando

VI, los cargos de prefecto y viceprefecto son términos sinónimos, pues, según las primeras constituciones, se denominaban prefectos los que desde entonces se vienen llamando viceprefectos.

Los prefectos perpetuos han sido 11, incluido D. Juan Carlos de Borbón, que firmó su asentamiento el 7 de julio de 1977. No consta que lo fueran Felipe V, ni su hijo Luis I.

La lista de prefectos o viceprefectos, que comienza con el fundador Duque de Alba, Condestable de Navarra y Conde de Lerín, ha sido hasta hoy de 114, repitiendo algunos su mandato (el Conde de Heredia Spínola 11 veces, durante 26 años, de 1866 a 1892). Don José Yáñez (1946) y D. Jesús García Orcóyen (1979) lo fueron por 19 años, el Conde de Lizarraga, 17, D. Joaquín Fagoaga y el Marqués de Alcañices, 7 años.

Al trasladarse la sede de la Real Congregación en 1744 al Paseo del Prado, donde tendría sede propia, una hermosa capilla, sala de juntas y vivienda para el capellán, comenzó una nueva y distinta etapa de su vida.

Consideraron que las antiguas Constituciones no podían ya servir y decidieron establecer nuevas normas, cuya redacción encomendaron a Francisco Fernández de Mendiola, de Sesma. Eran los años 1755 a 1757.

Después de morir el rey Fernando VI, que había accedido a ser Prefecto perpetuo el 25 de diciembre de 1755, su sucesor, el rey Carlos III aceptó recibir a la Real Congregación bajo su protección y la de "los señores reyes sus sucesores", y el 4 de agosto de 1760, firmó en La Granja la cédula aprobando las nuevas Constituciones y concediendo el derecho de poner en la puerta de la iglesia el escudo de las armas reales.

Las diferencias con las anteriores se podrían reducir a la introducción del nombre y concepto de Viceprefecto, para designar al Presidente, reservando el título de Prefecto para el Rey y sus sucesores. El Viceprefecto era el que prácticamente gobernaba la Congregación en nombre del Rey. Asimismo a las fiestas votivas se añadió la de San Saturnino, el 29 de noviembre. Estas nuevas constituciones son las que hoy están vigentes.

La solicitud de protección que "los navarros en Madrid" habían dirigido a las Cortes del Reyno de Navarra (18 agosto 1683), al tiempo de constituir la Real Congregación, iba a tener respuesta cumplida pasado dos siglos y medio. Por iniciativa del Viceprefecto, Luis de Marichalar y Monreal, Vizconde de Eza, se llegó a un acuerdo con la Diputación Foral de Navarra, cuya vicepresidencia (presidencia efectiva) la ostentaba el Conde de Rodezno, Tomás Domínguez de Arévalo. [F. J. L. I.]



# CONSTITUCIONES

DE LA REAL PRIMITIVA CONGREGACION  
Nacional de los Hijos , y Descendientes del  
Nobilísimo , y Fidelísimo Reyno de Navarra,  
que residen en esta Imperial Villa de Madrid,  
fundada en el año de 1684. baxo de la Real  
Proteccion del Señor Carlos Segundo, y recibida  
asimismo el de 1755. por la Catholica Magestad  
del Señor D. Fernando Sexto, con declaracion de  
su Prefecto perpetuo, por sí, y demás Successores  
en sus Reynos : y ultimamente confirmada por  
la del Rey nuestro Señor D. CARLOS III.

(que Dios prospere) el año de 1760.

## CONSAGRADA

A SU GLORIOSO, GRANDE, Y BENEFICO PATRON

SAN FERMIN MARTYR,

NATURAL, Y PRIMER OBISPO

de la Antiquísima Ciudad de Pamplona , en la Iglesia  
propia, que à expensas de la devocion de los Congregantes  
se erigió en el año de 1746. en el Prado Viejo  
de San Geronymo de esta Corte.

---

En Madrid, año de M.DCC.LXI.



## Santa Rosa de Viterbo

Luis Salvador Carmona,  
1749.

Madera policromada,  
114 cm.

Olite (Navarra).  
Franciscanos.

La escultura de Santa Rosa de Viterbo preside un retablo de una capilla del convento de San Francisco de Olite (Navarra) y hace pareja con la de San Francisco de Asís que fue titular de la iglesia. La historia manuscrita del convento o Breve Compendio del P. Herce, escrita en 1772 y extraída de documentación hoy perdida, dice que la imagen "de San Francisco de Asís se trajo de Madrid y costó 100 pesos el año 1750. La hizo a sus expensas Don Alejandro la Vega, superintendente general de este Real Colegio apostólico y especial bienhechor que lo dió de limosna". Era éste caballero de la Orden de Santiago y fue albacea en el testamento de Gerónimo de Uztáriz con Juan Bautista de Yturralde. Y más adelante en tono admirativo añade: "hermosa imagen de Nuestro Santo Padre San Francisco como de cinco cuartas de alto, primor y portento de arte en todas sus partes y facciones". Esta escultura que vino de Madrid en 1750 es obra indudable de Luis Salvador Carmona por la semejanza que guarda con otros santos de Asís debidos al maestro. Costó 100 pesos, dato que nos habla de la cotización del escultor en los inicios de la etapa central de su producción.

La escultura de Santa Rosa de Viterbo fue regalada por Doña Bernarda Munárriz en 1749, junto a dos imágenes de vestir, la Virgen de la Misericordia y la Inmaculada Concepción. La historia manuscrita del P. Herce nos informa sobre la identidad de la donante, una "señora mui devota, estando esta señora en Madrid las mandó hacer allá a los mejores artifices" y *prosigue* "es del mismo tamaño y mano que N. P. San Francisco y está en la misma postura y además propísimo de predicadora y con un crucifijo en su mano siniestra, como que predicó a los herejes sobre las bases de fuego que allí se representan también a lo vivo, siendo imán de corazones su risueño y hermosísimo rostro pues lo es a la verdad mucho". No hay exageración en estas palabras si contemplamos a Santa Rosa de Viterbo, bellissimo ejemplar de monja dieciochesca y obra indiscutible de Luis Salvador Carmona.

Sobre la donante se puede añadir su relación familiar con Doña Manuela Munárriz, esposa de Juan Bautista de Yturralde y ambas hijas de padres nacidos en Estella. Piénsese que Yturralde fue también probable cliente de Salvador Carmona que hizo el gran conjunto de esculturas para el convento de dominicos de Valverde del que el financiero navarro fue protector. Se amplía así la clientela y las relaciones de Salvador Carmona.

La escultura de Santa Rosa de Viterbo se asienta en una base de pequeños leños en llamas, aludiendo al pasaje de la vida de la Santa

según el cual se arrojó a una hoguera con una Biblia para demostrar la verdad de la Fe. Santa Rosa va vestida con sayal franciscano ceñido con cordón natural del que cuelga un rosario de madera, una comprobación más de la utilización por parte de Salvador Carmona de elementos postizos, algo tan propio de la escultura barroca. Tiene rostro de sutil delicadeza en forma de óvalo carnoso y risueña expresión que muestra el acierto del escultor para representar la belleza femenina. Los ojos son grandes con la mirada dirigida al crucifijo, nariz recta, labios entreabiertos y pequeño mentón. Orla el rostro un cordoncillo que recoge la toca plegada en aristados y menudos dobles de modo semejante a la Santa Rita de Casia de La Granja, obra documentada del escultor con la que guarda gran parecido. Muy sabia es la disposición del velo negro de bordes ondulantes y delgados que cae en punta sobre el hombro y se levanta por la espalda. Este rasgo es como la firma de Salvador Carmona, algo que repite en sus imágenes marianas o monjiles. Su postura es semejante a la de San Francisco de Asís, ambos contemplando el crucifijo que llevan en su mano y dejando la otra extendida. El modelado es suave, lleno de blandura. La policromía es cuidada, marrón con rayado negro en el sayal, blanco marfil en la toca en contraste con el velo negro y carnaciones semibrillantes; se aviva el color con el amarillo y carmín de los leños encendidos.

Es interesante destacar su actitud espiritual como monja contemplativa al igual que la Santa Rita de Casia de La Granja, en contraste con la Santa Teresa de Jesús de Vergara representada como monja activa bajo el impulso de la inspiración divina. Dos registros espirituales que aporta Salvador Carmona a la imaginería española del siglo XVIII en las representaciones monjiles.

El P. Herce en su *Breve Compendio...* narra las celebraciones que tuvieron lugar con motivo de su colocación en el retablo; se colocó "esta hermosa imagen de Santa Rosa con pública solemnidad el día 18 de mayo de 1749 [...] dicha la misa y cantada con solemnidad [...] se hizo solemne procesión con la santa imagen en andas y por el territorio acostumbrado cantando Te Deum [...]". Después "salió el predicador que fue el P. fray Manuel Molero e hizo una buena, docta y devota plática en honor y alabanza de la Santa. Acabada ésta se entonó la antifona Veni Sponsa con el cántico Magnificat y dicho el versículo con su oración propia dos sacerdotes cogieron la santa imagen y, llevándola a su capilla, la colocaron con ternura y reverencia en su trono y centro del retablo y se concluyó la función con el *Benedicamus domino*". [M.C.G.G.]

Archivo del convento de San Francisco de Olite, Manuscrito de 1772-1774. *Breve Compendio de la fundación de este convento y colegio franciscano de Olite por el Padre Herce*. RUIZ DE LARRINAGA, P. J., *A la seráfica Provincia de Cantabria en el septuagésimo quinto año de la Restauración (1859-1934)*, Aranzazu, 1935. GARCÍA GAINZA, M. C., *El escultor Luis Salvador Carmona*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1990, pp. 91-93.





## Virgen del Rosario

Luis Salvador Carmona,  
1765.

Madera policromada,  
142 cm.

Lekaroz (Navarra).

Parroquia de San  
Bartolomé.

La Virgen del Rosario forma parte de un grupo de siete esculturas de origen madrileño que presiden los retablos de la parroquia de Lekároz. Su presencia aquí se explica al ser éstas regaladas por distintos miembros de la familia Jáuregui, nacidos en el palacio de Jaureguía de Oharritz, barrio de Lekároz. En el Inventario de la parroquia aparecen especificados las distintas esculturas y sus respectivos comitentes. Consta también su procedencia madrileña y la fecha de 1765, año en el que fue donada la Virgen del Rosario.

El grupo central, el Martirio de San Bartolomé, fue legado por don Agustín de Jáuregui, futuro virrey de Lima, al igual que San Matías, y "José Echeverría Larreche vecino de Madrid hijo de la casa Echeverría de este lugar" regaló el San José. Los tres en el retablo mayor. El futuro virrey seguía la pauta de su hermano Francisco Martín de Jáuregui "vecino de Madrid e hijo de Jaureguía" que ingresó como congregante de San Fermín de los Navarros el 26 de junio de 1729. En 1746 aparece en una lista de candidatos para las elecciones de la Junta directiva, y en 1747 regaló a la Congregación un San Joaquín y una Santa Ana, obra de Luis Salvador Carmona. No resulta extraño que él mismo regalara a la parroquia de Lekároz una escultura de Santa Catalina del mismo escultor. De nuevo se repite la fórmula del baztánés bien situado en Madrid que regala imágenes encargadas en la Corte a la iglesia de su pueblo natal. Con bastante seguridad don Francisco Martín habría actuado como comisionario de sus hermanos ante el escultor.

Un tercer miembro de la familia Jáuregui, hermano de los anteriores, regalaría asimismo esculturas madrileñas a la parroquia baztanesa. Se trata de don Pedro Fermín de Jáuregui, canónigo dignidad y arcediano de la catedral de Pamplona, "hijo de la casa Jaureguía" como los anteriores, que regaló la Virgen del Rosario en 1765, la única escultura fechada del conjunto que preside su correspondiente retablo. Este canónigo fue un destacado mecenas de la catedral de Pamplona y con gusto innovador renovó la sacristía catedralicia con los caprichos y arabescos del rococó.

La Virgen del Rosario de Lekároz confirma con su apariencia y acabado la mano de Luis Salvador Carmona. Efectivamente responde esta imagen al modelo de la Virgen del Rosario acuñado por el escultor con gran acierto y bien representado a través de una larga serie cuyos ejemplos más sobresalientes los constituyen la de Santa Marina de Oxirondo de Vergara (Guipúzcoa), la exquisita de San Fermín

de los Navarros, la de la Colegiata de La Granja y las de Azpilkueta, Doneztebe y Elizondo, estas tres últimas en el valle de Baztán y sus proximidades. Aun contando con toda la tradición iconográfica mariana de la tradición imaginera, el tipo de la Virgen del Rosario de Salvador Carmona se cuenta entre las creaciones más personales del escultor y constituye una de las más acertadas imágenes en las que se manifiesta el espíritu rococó de la época. Hay en ella sensibilidad y refinamiento. Se representa a María en pie con el Niño en su brazo izquierdo. Ambos ofrecen el rosario con sus respectivos brazos extendidos. El rostro de María muy fino y risueño dirige su mirada baja a los devotos. Es, sin duda, uno de los agradados rostros femeninos de Carmona. La cabeza está cubierta por un velo cuyos bordes despegados caen hacia atrás sobre la espalda. Viste túnica y manto terciado por delante cuyos hábiles pliegues trazan las líneas principales del volumen de la figura y de sus bien valorados perfiles. El bello Niño está cubierto por un pañal blanco delicadamente plegado. La policromía renovada torpemente en 1930 hace desmerecer la imagen que es obra de indudable calidad. Se adivina por los restos la policromía primitiva, túnica rosa con vueltas carmines y manto azul intenso con el envés azul celeste. Como en las imágenes de la Virgen del Rosario más completas, la Virgen se apoya sobre una peana de nubes plateada con sus cabecitas de ángeles. De acuerdo con el recurso del escultor, dos risueños serafines juntan sus rostros en la parte central de la peana en tanto que los otros cuatro se distribuyen dos a cada lado separadamente.

Esta imagen de la Virgen del Rosario de Lekároz fechada en 1765 hay que situarla en los últimos años de vida del escultor que fallece el 3 de enero de 1767. A pesar de que se trata de años de limitación y falta de fuerzas de Salvador Carmona que le inclinan a pedir, precisamente en la fecha de esta imagen, la jubilación de su cargo de Teniente Director de Escultura de la Academia de San Fernando, la calidad de su producción es sostenida. Así lo muestran las esculturas para el Santuario de Loiola (1763-1764) y esta Virgen del Rosario de Lekároz que será una de sus últimas esculturas con la que concluirá su ingente obra. [M.C.G.G.]

Archivo de la parroquia de Lekároz, *Libro de Fábrica, Inventario*

SAGÜES AZCONA, P.P., *La Real Congregación de San Fermín de los Navarros*, Madrid, 1963, pp. 157-73.

GARCÍA GAINZA, M.C., "Aportaciones a la obra de Luis Salvador Carmona", *Reales Sitios*, n.º 162, 1993, pp. 49-55.





## San Rafael

Luis Salvador Carmona,  
c. 1747.

Madera policromada,  
130 cm.

Sesma (Navarra).  
Parroquia de Santa  
María.

Un conjunto de tres esculturas –San Rafael, Nuestra Señora del Rosario y San Francisco de Asís– que presiden sus respectivos retablos en la iglesia parroquial de Sesma (Navarra) se consideran obra de Luis Salvador Carmona, pues acusan con claridad la mano del artista. La vía del encargo en la Corte por una personalidad distinguida se puede alegar aquí como en otros casos. El comitente debió de ser casi con entera certeza el ilustrísimo señor don Juan Antonio Pérez de Arellano, obispo de Casia y Auxiliar del Infante Cardenal Arzobispo de Toledo y natural de Sesma que estaba en la Corte. Ingresó como congregante de San Fermín de los Navarros el 28 de julio de 1739, y llegó a ser elegido dos veces –1741 y 1742– como Prefecto de la Real Congregación. Este prelado fue encargado, en compañía de otros congregantes, de redactar en 1747 las nuevas Constituciones para la Congregación. Asimismo tomó parte en la redacción de las Instrucciones para capellanes y sacristanes que fueron aprobadas en 1749. Como puede verse, el obispo de Casia se mantenía muy activo en el seno de la Real Congregación justamente en los años en los que Luis Salvador Carmona trabajaba en los encargos de esculturas para la capilla de San Fermín del Prado de San Jerónimo. Precisamente en 1747 el escultor hacía un segundo contrato con la Real Congregación en el que se contaba un San Rafael. El obispo de Casia conocería las esculturas del famoso maestro de la Corte y de ahí surgiría el deseo de dotar a la parroquia de su villa natal con imágenes semejantes de tres iconografías que, por cierto, habían sido encargadas para San Fermín de los Navarros. En la parroquia de Sesma, una lauda sepulcral junto al púlpito señala su sepultura y la fecha de su muerte, 1756.

Salvador Carmona se esmeró con su ilustrado cliente. San Rafael es una figura de gentil elegancia que le presta el sombrero ladeado que cubre su cabeza y la túnica de ágil movimiento. Existe una gran semejanza entre este San Rafael de Sesma y otros arcángeles atribuidos al escultor, como el del convento de capuchinas de Nava del Rey (Valladolid), aunque éste lleva túnica corta hasta las rodillas frente a otros ejemplares como el de la colección particular de Zaragoza, procedente de La Granja, o el navarro presente en esta exposición, que llevan túnica larga. Estos dos últimos, a diferente escala, reproducen a San Rafael de modo muy semejante, que se representa avanzando el paso como caminante con el bordón en una mano y el pez bajo el brazo. Lleva las frondosas alas abiertas y va vestido con una túni-

ca larga bermellón recogida por delante con un broche en forma de rombo para facilitar el movimiento de las piernas al dar el paso. De esta manera, los bordes ondulantes de la túnica dejan ver la pierna adelantada por encima de la rodilla, que lleva sandalias atadas que dejan los dedos al descubierto. Sobre la túnica va una sobretúnica corta de mangas perdidas de color verde ceñida a la cintura, con orlas doradas en sus bordes y salpicadas de flores; queda abierta por delante y sus extremos triangulares despegados, dando sensación de avance y movimiento. Cubre los hombros una esclavina verde oliva, también abierta por delante con las conchas de peregrino. Un esbelto cuello sostiene la cabeza de melena rizada cubierta por un sombrero de peregrino con veneras. Su rostro femenino de exquisito modelado y expresión graciosa acusa a las claras la mano del escultor. Lleva el arcángel un gran pez, que se ajusta con su forma curva a su cuerpo, cuyas escamas plateadas están policromadas con primoroso detalle. El San Rafael de Sesma constituye una de las expresiones más felices del gusto rococó en el conjunto de la obra de Luis Salvador Carmona. [M.C.G.G.]

SAGÜÉS AZCONA, P.P., *La Real Congregación de San Fermín de los Navarros*, Madrid, 1963, pp. 123 y 136.  
GARCÍA GAINZA, M.C., HEREDIA MORENO, M.C., RIVAS CARMONA, J. y ORBE SIVATTE, M., *Catálogo Monumental de Navarra II\*\* Merindad de Estella*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1983, p. 485.  
GARCÍA GAINZA, M.C., *El escultor Luis Salvador Carmona*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1990, p. 102.





## San Fermín y San Francisco Javier con la Eucaristía

Juan Correa,  
comienzos del s. XVIII  
Óleo sobre lienzo,  
166 x 101 cm.  
Juan Correa  
Madrid. Real  
Congregación de San  
Fermín de los Navarros.

Las imágenes de San Francisco Javier, en su versión de santo predicador y evangelizador, haciendo *pendant* con San Fermín, se divulgará extraordinariamente a partir de la segunda mitad del siglo XVII, tras ser declarados ambos *aeque patroni principales*, por decisión pontificia de 1657.

Particular importancia en la difusión de esta iconografía javeriana tuvieron varios grabados que aparecieron en algunos libros del Padre Moret, muy divulgados en el Reino y fuera de él, en el siglo XVII, en los que aparecía la figura de San Francisco Javier. A ellos nos referiremos más adelante.

Una pintura conservada en el Ayuntamiento de Pamplona datada en 1657 y realizada por Juan Andrés Armendáriz, conocido policromador, es una buena muestra de otros lienzos que se debieron realizar en la capital del Reino con motivo de la sanción papal del patronato de Navarra. La pintura la hemos documentado a través de una libranza del ayuntamiento de la capital navarra, datada el 26 de agosto de 1657, por la que se le entregaron 400 reales, correspondientes al "trabajo y recados que ha puesto en el retablo que con orden de la dicha ciudad ha hecho de los Gloriosos Santos Fermín y Francisco Xavier, patronos del Reino". Ambos santos se encuentran a los lados del cuadro; el obispo, de pontifical impartiendo la bendición y el jesuita con la cruz y una vara de azucenas. En el centro aparecen los escudos de Navarra y Pamplona, en tanto que un larga inscripción, encerrada en una decorativa cartela de cueros retorcidos, recuerda en letras capitales quiénes ocupaban los puestos de gobierno en la ciudad, tanto en 1657, año del breve papal, como en 1656, cuando se alcanzó el acuerdo entre la Diputación y el Regimiento municipal de la capital navarra.

Entre las obras que por su carácter de portada de libro alcanzaron una enorme difusión y sirvieron para modelo a escultores y pintores, hemos de citar dos estampas que acompañan a sendas obras del Padre Moret, cronista del Reino y autor de sus famosos *Anales*. Este jesuita daba a la luz en 1665 sus *Investigaciones históricas de las antigüedades del Reyno de Navarra*, en las que se incluye una preciosa estampa de los dos copatronos navarros, San Fermín y San Francisco Javier sosteniendo las armas del Reino, enmarcadas en una lujosa cartela.

Asimismo, en la primera edición de los *Anales*, de 1684 también aparecen ambos santos en la misma disposición e iconografía, siendo el autor de la composición, un artista resi-

dente en Madrid, Gregorio Fosman y Medina, grabador flamenco fallecido en la capital de España en 1713. Ambas estampas de las obras del Padre Moret están en dependencia directa de otras que se grabaron unos cincuenta años antes por Juan de Courbes y que sirvieron de portadas a importantes libros.

Buena muestra de la difusión de las portadas de los libros de Moret, son algunos lienzos que copian su contenido y forma. Así la portada de los *Anales* fue recreada por el pintor novohispano Juan Correa en el lienzo que presentamos, conservado en la Real Congregación de San Fermín de los Navarros de Madrid, con una modificación, consistente en suprimir el escudo de Navarra y colocar en su lugar un ostensorio eucarístico. La sustitución encaja de pleno en tiempos de exaltación del misterio eucarístico por parte de la Iglesia católica.

El autor del lienzo, el mulato Juan Correa (1646-1716) fue miembro de una familia de pintores y se le considera como el maestro novohispano más importante en el paso del siglo XVII al XVIII. Su obra ha sido estudiada y catalogada por la prof. Vargas Lugo, poniendo de manifiesto, además del carácter prolífico de su pintura, la variedad de clientes para los que trabajó, por lo que su obra muestra distintos niveles de calidad.

El origen de la pieza y su llegada a la Real Congregación no nos es conocido, si bien hay que pensar que hay que relacionarla con algún congregante que pasó a comienzos del siglo XVIII a tierras mexicanas. [R.F.G.]

FERNÁNDEZ GRACIA, R., *San Francisco Javier en la memoria colectiva de Navarra. Fiesta, religiosidad e iconografía en los siglos XVII-XVIII*. Biblioteca Javeriana, núm. 4. Pamplona, Fundación Diario de Navarra, 2004, p. 215.





## San Fermín

Juan Bernabé Palomino  
por dibujo de Matías  
de Irala, 1732.

Grabado a buril, talla  
dulce, prueba *avant la  
lettre*, 28,2 x 21,5 cm.  
Pamplona. Colección  
Particular.

De las iconografías de los santos navarros, la de San Fermín es, sin duda, una de las que más se han identificado, junto a la de San Francisco Javier, fuera de Navarra con el Viejo Reino y, de manera especial, con su capital, Pamplona. En la difusión de la iconografía de San Fermín jugó un papel extraordinario, en Madrid, la Real Congregación de San Fermín de los Navarros, establecida en el convento de los Mínimos y más tarde en el de los trinitarios, para acabar por tener sede propia en el Paseo del Prado. Esta institución, que contó entre sus congregantes con los hacendados y prohombres del Viejo Reino establecidos en la capital de España, como los Goyeneche, Arizcun o Iturralde, divulgó desde su sede privilegiada, en la villa y corte, la imagen del patrón San Fermín a través de las sucesivas esculturas que recibieron culto en su iglesia y dependencias y de los grabados que encargó su junta, bien como estampas sueltas o como ilustración de las *Constituciones* que se distribuyeron no sólo en España sino también en Indias.

La caracterización iconográfica de San Fermín es muy sencilla, un obispo con vestiduras episcopales, anillo, báculo, con la mitra y la capa pluvial de color rojo alusivo a su martirio. El rostro moreno no será exclusivo de su conocido busto relicario de su capilla, su imagen oficial, sino que se repetirá en numerosas esculturas repartidas por toda la geografía foral. Respecto a los tipos iconográficos, únicamente tenemos la imagen aislada como santo obispo y escasas representaciones del martirio.

Las planchas para grabar que la Real Congregación de San Fermín de los Navarros mandó abrir en Madrid en el siglo XVIII a insignes artistas como Juan Bernabé Palomino, Manuel Espinosa o fray Matías de Irala, presentan al santo de cuerpo entero con sus consabidos atuendos episcopales.

La estampa diseñada por fray Matías de Irala, cuya lámina de estampación hizo Juan Bernabé Palomino, fue realizada en 1732. Resulta de las más ricas en contenido iconográfico, por incorporar figuras alegóricas de convertidos, tullidos e, incluso al fondo se da cabida a la escena de la invención del cuerpo del Santo, de donde parten luces luminosas que atraen a diversos enfermos. A los atributos episcopales se le añade, en este caso, el Crucifijo, como símbolo de la primera evangelización de las tierras navarras.

El autor del diseño de la composición, fray Matías de Irala y Yuso (Madrid, 1680-Madrid, 1753) fue un destacado tratadista, dibujante, pintor y grabador que le convierten en

una de las personalidades más importantes de la primera mitad del siglo XVIII. Pertenecía a la Orden de San Francisco de Paula (Mínimos) y se formó en el claustro, copiando estampas extranjeras, alcanzando una corrección nada usual en el oficio. Realizó numerosas estampas devocionales y retratos, algunas portadas, temas científicos y emblemáticos. Fue autor de un *Método sucinto i compendioso de cinco simetrías apropiadas a las cinco órdenes de Arquitectura adornada con otras reglas útiles*, con el que proporcionó una auténtica enciclopedia y verdadera síntesis de numerosas cartillas y modelos que corrían por los talleres de grabado y pintura de la Corte madrileña.

Por lo que respecta al artista, sabemos que Juan Bernabé Palomino (1692-1777) fue grabador de Cámara desde 1737, profesor de la Real Academia de San Fernando y una de las más destacadas figuras en su especialidad del siglo XVIII. [R.F.G.]

SAGÜES AZCONA, P., *La Real Congregación de San Fermín de los Navarros*. Madrid, 1963, p. 91.

FERNÁNDEZ GRACIA, R., "La estampa devocional en Navarra", *Signos de identidad histórica para Navarra*. Vol. II. Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1996, p. 190.





*S. Fermin Martir, Natural y primero obispo de  
Pamplona, Patron del Reyno de Navarra*



## Recibo y convenio otorgado por Luis Salvador Carmona de una escultura de San Miguel para San Fermín de los Navarros de Madrid

Madrid,  
17 de julio de 1746  
Madrid. Real  
Congregación de San  
Fermín de los Navarros.

El conjunto de quince esculturas que hizo Luis Salvador Carmona para la capilla de San Fermín de los Navarros en el Paseo del Prado se contaba entre lo más selecto de su producción. El escultor se sentía satisfecho de ellas y así las menciona en su *Memorial* de 6 de abril de 1748 solicitando se le diese el título de Escultura del Rey: "En la de San Fermín de esta corte un San Miguel además de un crecido número de figuras, de varios tamaños executados todas por su mano". Precisamente, el documento que se muestra en esta exposición es el contrato de la escultura de San Miguel por Luis Salvador Carmona, firmado el 17 de julio de 1746, en el que recibe un anticipo de 1.500 reales de vellón del congregante don Miguel Gastón de Iriarte.

El documento autógrafo del famoso escultor dice así: "Recibí del Sr. Dn. Miguel Gastón mil y quinientos reales de vellón, a cuenta de una efigie del Arcángel Sn. Miguel, de estatura y proporción de cinco pies de alto, con Luzbel a sus pies, en figura de hombre ridículo, y todos los demás adherentes que pide el asunto, lo que me obligo a ejecutarlo con el mayor esmero y prolijidad que mi corta habilidad alcance, así en la madera, como en el pintado, y darla concluida a mediados de septiembre próximo venidero, y dicho Señor se obliga abonarme cuatro mil reales de vellón, cantidad en que está ajustada dicha efigie, y por la verdad lo firmé en Madrid y julio 17 de 1746 años. Luis Salvador Carmona". A continuación figuran dos pagos más, el primero de 2.000 reales y el segundo de los 500 restantes, firmados ambos por el escultor. El precio de 4.000 reales es elevadísimo y es muestra de la alta cotización del escultor. Bien es verdad que la figura de San Miguel era una de las mejores de un conjunto que desapareció lamentablemente en la guerra civil y cuya imagen conocemos gracias a las fotografías del Archivo Moreno, que reproducen obras de primerísima calidad. Como había prometido Salvador Carmona, el San Miguel era un prodigio de habilidad y virtuosismo que equivalen a las palabras del maestro de "esmero" y "prolijidad", y eso que está realizado en un plazo corto. Esta iconografía había sido ya ensayada por el escultor en los ejemplares guipuzcoanos de Vergara e Idiazabal y, a su vez, era muy semejante al San Miguel del Paular, hoy en Rascafría, con Luzbel en retorcida posición "en figura de hombre ridículo", con una correcta anatomía que muestra que Salvador Carmona había trabajado el modelo vivo en la Academia.

Respecto al comitente, don Miguel Gastón de Iriarte, que debió de ser también quien sufragó la imagen de su santo patrón, fue figu-

ra de particular relevancia en el seno de la Real Congregación de San Fermín de los Navarros. Era natural de Erratzu (Baztán), del palacio de Iriarte. Fue allegado y protegido por don Juan de Goyeneche y se dedicó a los negocios de la pólvora con su pariente Miguel Francisco de Aldecoa. En compañía de Francisco Miguel de Goyeneche tomó parte muy activa en la gestión de las obras de la nueva capilla de San Fermín en el Paseo del Prado. Fue también el encargado de la contratación de esculturas y de pagarlas a los maestros como muestra el documento objeto de este comentario. Don Miguel Gastón regaló a la parroquia de Erratzu (Baztán) un Crucificado y una Virgen del Rosario sedente de Luis Salvador Carmona e hizo un legado de plata y alhajas en 1753.

Constituye un ejemplo más de las múltiples relaciones y contactos que se establecieron en la Real Congregación de San Fermín entre los navarros y la clientela artística tan numerosa a que dio lugar, que fue causa de importantes legados que revirtieron al reino originario. [M.C.G.G.]

SAGÜES AZCONA, P.P., *La Real Congregación de San Fermín de los Navarros en Madrid (1683-1961)*, Madrid, 1963, pp. 169-170.  
GARCÍA GAINZA, M.C., *El escultor Luis Salvador Carmona*, Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 1990, pp. 59-61.  
GARCÍA GAINZA, M.C., "Aportaciones a la obra de Luis Salvador Carmona", *Reales Sitios*, n.º 116, 1993, pp. 49-55.

Recibo del Sr. Dn Miguel Caston, mill y  
quinientos m<sup>os</sup> de 2<sup>da</sup> cuenta de una pe-  
figie del Arcangul S<sup>to</sup> Miguel, de estatura y  
proporcion de cinco pies de alto. Con luz del a  
sus pies en figura de Ombra radiante, y todos los  
de mas adrentes q. pide el asunto, lo q. me obligo  
a lo ejecutar con el mayor esmero y proliuidad  
q. mi poca Abilidad alcanza. asienta madera como  
en el pintado, y de darla conchida a medrados  
de setiembre proximo venidero, y alho S<sup>to</sup> se obliga  
a bonar me quatro mil R<sup>os</sup> de 2<sup>da</sup> cantidad en q. esta  
asustada de la figura, y por verdad lo firme en  
Madrid, y Julio 17 de 1746. a<sup>o</sup>

Con 10500 R<sup>os</sup> de 2<sup>da</sup>

Juan Salvador

Carmena

Mar 10<sup>ta</sup> de Julio. Domicilio de la casa de la  
ag<sup>ta</sup> de lo q. se expresa arriba. R<sup>os</sup> 14  
de Agosto de 1746

Con 20 de 2<sup>da</sup> de 2<sup>da</sup>

Juan Salvador Carmena

Mar. Recibo los quinientos R<sup>os</sup> de tan los  
q. contiene este Contrato. a<sup>o</sup>

Con 0500 R<sup>os</sup> de 2<sup>da</sup>

Juan Salvador Carmena



## Frontal de altar

Escuela napolitana,  
1665.

Tisú, sedas de colores,  
oro y plata.

110 x 300 cm.

Pamplona. Agustinas  
Recoletas

El frontal de altar de la Inmaculada Concepción es la pieza más destacada del ajuar textil del convento de las Agustinas Recoletas de Pamplona y, sin duda, el mejor y más rico exponente del bordado foráneo en Navarra. El frontal llegó al convento en 1665 y aparece recogido en los inventarios como "un frontal muy rico que se hizo azer en Napoles bordado de oro y plata, con sedas de matices y la Ymagen de Nuestra Señora de la Concepcion en medio y todos los atributos". Su presencia en el convento, al igual que la de otras piezas artísticas de procedencia napolitana, se debe a don José de Azpiroz, hermano de la entonces priora del monasterio sor Teresa de los Ángeles y persona que parece pudo actuar como contacto para la adquisición de la obra. Los inventarios no resuelven si don José de Azpiroz, que estaba en Nápoles en estos momentos y que años después acabaría siendo canónigo de la catedral de Toledo, participó en la financiación de la pieza, pero sí recogen otros donativos efectuados al convento y su papel como "bienhechor de la casa". Por otro lado, y siguiendo lo narrado por el Padre Villerino en su libro sobre

las religiosas Recoletas, es de reseñar la relación de Azpiroz con don Pascual de Aragón, virrey de Nápoles por las mismas fechas. Este contacto con el cardenal Aragón, cuyo gusto por las artes fue notorio y al que se le debe la presencia en España de importantes piezas artísticas italianas, pudo quizá influir en la llegada de esta señalada obra al convento pamploñés, especialmente si tenemos en cuenta que el virrey Aragón envió por los mismos años a la catedral de Toledo dos frontales bordados también en Nápoles.

Las propias características técnicas y formales del frontal apuntan igualmente hacia el bordado napolitano del momento. Éste presenta sobre un fondo paisajístico la figura central de la Inmaculada Concepción en delicada postura, rodeada de los diferentes atributos marianos. A cada lado, dos columnas salomónicas rematadas con querubines a modo de capiteles delimitan el espacio en los extremos laterales, cobijando entre ellas dos grandes jarrones con lirios, rosas y azucenas. Encima de la Inmaculada, una cabeza de ángel con la frase "HORTUS CONCLUSUS SOROR MEA SPONSA", define la



FERNÁNDEZ GRACIA, R., *La Inmaculada Concepción en Navarra: Arte y devoción durante los siglos del Barroco. Mentore artistas e iconografía*, Pamplona: EUNSA, 2004, pp. 110-123.  
ANDUEZA PÉREZ, A., "Presencia europea en el arte del bordado en Navarra", *XII Jornada Internacionales de Historia del Arte: El arte foráneo en España. Presencia e influencia*, Departamento de Historia del Arte, Instituto de Historia, CSIC, Madrid, 22-26 de noviembre de 2004 (En prensa).



composición por la parte superior junto a ricas guirnaldas de frutos que enlazan los capiteles, en tanto que en la parte inferior una balaustrada donde figura el símbolo de San Agustín, es la encargada de cerrar y encuadrar la escena a modo de marco de la misma. La imagen de la Virgen, los fondos, las guirnaldas y las flores, aparecen bordadas en punto de matiz con una depurada y perfecta técnica. Mientras, el oro y la plata componen en su totalidad los balaustres, la cenefa superior y otros motivos decorativos, así como las columnas, los jarrones y los angelotes, partes estas últimas que sobresalen por encontrarse bordadas al sobrepuesto y con un importante realce.

El gusto por la policromía y por la ambientación paisajística, la simetría en la composición y el uso del bordado en fuerte relieve a través del cual se logra definir y marcar los efectos de volumen, son aspectos propios del frontal descrito que entroncan con las cualidades que caracterizan a las manufacturas del bordado barroco napolitano y de toda la parte meridional de Italia, principalmente a las producciones sicilianas.

De hecho, en esta zona y durante la segunda mitad del siglo XVII y primera mitad del XVIII, se produjo una tipología claramente identificable de frontales de altar, calificados y conocidos como frontales de arquitectura, y entre los que podemos incluir la obra que aquí nos ocupa. Estos frontales se ejecutaron en diversos materiales: bordados, en mármoles y piedras duras, en plata o en madera; y con varios temas, como jardines, escenas de puerto o arquitecturas urbanas, pero siempre con unas particularidades propias que se repiten en la mayoría de piezas, como en el frontal bordado de la iglesia de Santa Maria a Corteorlandini de Lucca o en el conservado en el Instituto Mondragone de Nápoles. En estos ejemplares y a pesar de las distancias naturales de calidad y de estilo, triunfa lo escenográfico y teatral, y los motivos de columnas salomónicas, de jarrones con flores, de guirnaldas y, especialmente, el uso de marcos arquitectónicos que encuadran la escena, a modo de pórtico o de balaustrada, se repiten en todos ellos al igual que en el espléndido frontal del convento pamplo-nés. [A.A.P.]













## Retrato de Martín de Elizacochea obispo de Michoacán

Escuela Novohispana.

Año 1751.

Óleo sobre lienzo.

280 x 196 cm.

*El Ilustrísimo S. D. D. Martin de Elizacochea, Colegial en el de la Madre de D. de los Theologos de Alcalá, Cathedrático de Philosophia en dicha Universidad. Canonigo Maestro Escuela y Dean que fue de la S.ª Iglesia Metropolitana de Mexico. Chancelario de su R. Universidad. Comisario Apostólico. Sub Delegado General de la S.ª Cruzada. Del Consejo de S. M. Obpo de la S.ª Iglesia de Durango en la nueva Vizcaya consagrado en 6 de Mayo año 1736 y actual Obispo de la S.ª Iglesia de Michoacán. De 71 años. Se sacó retrato en el de 1751. Azpilkueta (Navarra). Parroquia de San Andrés.*

CASTELLANO DE GASTÓN, G., "Baztaneses en América: Epistolario de un Eclesiástico, de un Indiano y de un Oficial de Artillería", *Segundo Congreso General de Historia de Navarra*, Príncipe de Viana, Anejo 13, 1991, pp. 283-84.

ECHEVERRÍA GOÑI, PL., "Mezenazgo y legados artísticos de indios en Navarra", *Segundo Congreso General de Historia de Navarra*, Príncipe de Viana, Anejo 13, 1991, pp. 157-200.

GARCÍA GAINZA, M. C. et alii, *Catálogo Monumental de Navarra*, vol. V.ª, *Merindad de Pamplona*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1994, pp. 320-23.

HEREDIA MORENO, M. C., ORBE SIVATTE, M. y ORBE SIVATTE, A., *Arte Hispanoamericano en Navarra. Plata, pintura y escultura*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1992, p. 222.

VALLEBUENO GARCINAVA, M., "Los bienes del obispo de Durango Martín de Elizacochea", *Los vascos en las regiones de México. Siglos XVI-XX*, t. III, México, 1996, pp. 273-90.

Nacido en 1679 en la casa *Dorrea* de Azpilkueta, don Martín de Elizacochea Echenique estudió ciencias eclesiásticas en el Colegio de la Madre de Dios de la Universidad de Alcalá de Henares, en la que tras graduarse como doctor en Teología regentó la cátedra de Filosofía. Más adelante el rey Felipe V le ofreció una canonjía en la Metropolitana de Méjico, ascendiendo con posterioridad a las dignidades de Maestrescuela, Chantre, Arcediano y Deán de la catedral azteca; desempeñó además otra serie de cargos como los de Cancelario de la Real Universidad, Comisario Apostólico, Subdelegado del Tribunal de la Santa Cruzada y Examinador Sinodal de Arzobispado. En 1736 fue consagrado obispo de Durango en la Nueva Vizcaya, y once años más tarde promovido a la sede de Valladolid de Michoacán, localidad en la que falleció de forma repentina el 19 de noviembre de 1756, a los 77 años de edad.

A lo largo de su periplo mexicano, don Martín de Elizacochea dio numerosas muestras de su interés por las artes. No resulta extraño en consecuencia que, al tener noticia del estado de deterioro en que se encontraba la parroquia de San Andrés de su localidad natal, auspiciara la construcción de un templo de nueva planta, para lo cual envió entre 1747 y 1750 diversas cantidades hasta alcanzar un total de 6.000 pesos, merced a los cuales pudo llevarse a cabo la fábrica parroquial conforme a las trazas del maestro de obras pamplonés Juan Miguel de Goyeneta. Los caudales americanos sirvieron para sufragar igualmente el conjunto de cinco retablos y mesas de altar a juego de exquisita ornamentación rococó ejecutados hacia 1752 por el tallista navarro Silvestre de Soria, a cuyo elegante diseño se une la maestría de Luis Salvador Carmoña en las imágenes de los titulares.

No olvidó tampoco el obispo a sus familiares y parientes cercanos, a quienes remitió distintas sumas desde México con el propósito de contribuir a su ascenso social y prosperidad económica; apoyo que tuvo su continuación en el testamento redactado en 1746, por el que legaba una manda de dos mil pesos a cada uno de sus cuatro hermanos: Francisco y María ya difuntos –por lo que el dinero pasó a sus sobrinos–, Catalina y Estefanía, cantidad que tras superar diversos trámites burocráticos y una vez descontados los derechos reales y gastos de su embarque y conducción desde Veracruz a Cádiz, recibieron diez años después del fallecimiento de don Martín merced al buen hacer de don Sebastián de Indaburu, Cajero de la Tesorería de la reina madre Isabel de Farnesio. Tuvo presente también don Martín de Elizacochea su casa nativa

*Dorrea*, que ordenó reedificar y constituye un buen ejemplo de arquitectura doméstica del Valle del Baztán, ennoblecida por un blasón cuyo campo comparten la mitra episcopal y el ajedrezado baztanés.

Rodeado por una bella cornucopia rococó enriquecida con espejos y rocallas, el retrato de don Martín de Elizacochea se ajusta plenamente al modelo de retrato oficial novohispano, concebido más como testimonio histórico que busca la caracterización social antes que la física o psicológica. La figura del retratado aparece de cuerpo entero en el eje central del lienzo, en actitud de bendecir con su mano derecha y en posición de tres cuartos que le confiere rigidez y le resta naturalidad; contaba el prelado 71 años de edad en el momento de ser efigiado, si bien su rostro, de trazo duro y mirada severa y poco elocuente, tiende a la simplificación de los rasgos sobre una piel lisa ajena a particularizar la edad. Viste la indumentaria distintiva de su categoría, roquete, capa y pectoral rojos, y solideo. Complemento indispensable son una mesa y una cortina; esta última, de apariencia aterciopelada y recogida en amplios pliegues, queda detrás del personaje, de forma que sus tonos azulados suponen el contrapunto cromático a los rojos cálidos de las vestiduras episcopales. Sobre la mesa cubierta con un paño figuran objetos alusivos a la categoría eclesiástica del retratado: un libro, dos bonetes negros –sobre uno de los cuales apoya su mano izquierda–, y dos mitras episcopales en referencia a las sedes de Durango y Valladolid de Michoacán cuyos destinos rigió Elizacochea.

Tampoco faltan en el retrato de don Martín dos elementos consustanciales al retrato novohispano como son la cartela informativa y la heráldica familiar. A los pies de la mesa aparece una gran cartela en la que una leyenda recoge el nombre, biografía y rango del retratado, así como la fecha de ejecución de la obra en el año 1751. Y en el ángulo superior derecho se encuentran las armas del obispo en un escudo de campo cuartelado: primero, ajedrezado de plata y sable; medio cortado de oro, con un chevrón de oro acompañado de tres panelas de gules; segundo, ajedrezado de plata y sable; tercero, ajedrezado de plata y sable; medio cortado de oro con una faja de gules; cuarto de oro, con chevrón de oro acompañado de tres panelas de gules. El actual estado de conservación del lienzo nos impide concretar si incorpora al fondo una librería con las obras preferidas del personaje, elemento muy frecuente en retratos de esta naturaleza, así como algún motivo arquitectónico que pudiera aludir a su labor de promoción de las artes. [J.J.A.L.]



EL ILUSTRÍSSIMO S. D. D.  
DON JUAN DE LUGO  
Catedrático de Filosofía  
y Teología de Alcalá  
Maestre de la Escuela  
de San Ildefonso  
y de San Isidro  
y de San Juan de los Rios  
y de San Pedro de Alcántara  
y de San Francisco de Asís  
y de San Agustín  
y de San Jerónimo  
y de San Basilio  
y de San Gregorio  
y de San Ambrosio  
y de San Crisóstomo  
y de San Hilario  
y de San Idelfonso  
y de San Eusebio  
y de San Pío  
y de San Celestino  
y de San Sixto  
y de San Teodoro  
y de San Agustín  
y de San Jerónimo  
y de San Basilio  
y de San Gregorio  
y de San Ambrosio  
y de San Crisóstomo  
y de San Hilario  
y de San Idelfonso  
y de San Eusebio  
y de San Pío  
y de San Celestino  
y de San Sixto  
y de San Teodoro













IMPRESSIO HUIUS OPERIS  
CONFECTA EST IV IDUS  
OCTOBRIS ANNO DOMINI  
MMVº, IN FESTO B.M.V. DE  
COLUMNNA, IN QUO  
CELEBRATUR  
ANIVERSARIUM BAPTISMI  
EGREGII DOMINI  
IOHANNIS DE GOYENECHE



